Universidad Autónoma de Entre Ríos

Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales

Licenciatura en Psicología

El concepto de Feminidad en la obra de Freud.

Autora: María Antonella Pozzer

Dirección: Matías Amarillo

Paraná, 5 de marzo de 2024

Este obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-Compartirigual 4.0 Internacional

RIDA Repositorio Institucional Digital Abierto

FHAyCS Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales

Universidad Autónoma de Entre Ríos



Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales.

Licenciatura en Psicología

“El concepto de Feminidad en la obra de Freud”

Estudio Bibliográfico

Tesista: Pozzer, María Antonella

D.N.I: 35.442.853

Correo electrónico: maripozan@gmail.com

Celular: 0343 - 155041996

Director: Mg. Matías Amarillo

Paraná, 5 de Marzo 2024

AGRADECIMIENTOS…

A la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales (UADER) y a la Universidad Pública, por ser fuente generosa e inagotable en mi formación humana, espiritual e intelectual.

Al director de este TIF, Matías Amarillo, por su comprensión e infinita paciencia para con mis vacilaciones y atolladeros en la producción de esta investigación, así también como por sus contribuciones y aportes desinteresados para la materialización de este proyecto.

Al Departamento de Tesis, sus coordinadoras y colaboradoras, Mariana Scrinzi, Laura Leiva, Corina Vainstub y Verónica Herrera, por la buena disposición frente a mis dudas y consultas, y el aliento firme en cada reunión para que no decline en mi compromiso de finalizar este trabajo.

A mi familia, que apoyó emocional y financieramente la decisión de estudiar esta carrera, y supo respetar mis ritmos y mis tiempos.

A Susana, por su calidez humana y compromiso.

Y a todas mis amistades, compañeros de cursada, personal docente y profesionales de diferentes áreas por la interlocución constante, la escucha, los interrogantes sembrados, opiniones, consejos y sugerencias. Este trabajo fue posible gracias al cariño y acompañamiento de todos ellos.

ÍNDICE

Contenido

RESUMEN 5
INTRODUCCIÓN 6
Estado del debate 8
Perspectiva de trabajo 11
CAPÍTULO 1: Consideraciones teóricas iniciales 16
Epistemología y Psicoanálisis, o de una Epistemología en psicoanálisis 17
Epistemología 17
Dimensión histórica 21
Concepto 22
Enunciar en Psicoanálisis 25
Condiciones de producción del saber en psicoanálisis 25
Enunciado 26
CAPÍTULO 2: El término feminidad en la obra de Freud 30
a) Una aproximación a la Obra de Sigmund Freud 30
b) Prehistoria de la feminidad en los enunciados de Freud 33
c) La joven homosexual y las concepciones de Freud sobre la sexualidad femenina 38
d) Conclusiones del capítulo 43
CAPÍTULO 3: Biología y cultura: una tensión constante en la obra de Freud 46
a) Usos y costumbres. La función de la cultura, la educación y las convenciones en la constitución de la feminidad 47
b) La sexualidad femenina desde una perspectiva biológica y el enigma de la diferencia sexual. 51
i. El desarrollo sexual anatómico y sus correlatos a nivel psicológico 51
ii. Masculino y femenino: dos conceptos indefinidos 54
c) El problema (inacabado) de la bisexualidad 57
d) Conclusiones del capítulo 60
CAPÍTULO 4: La feminidad: ¿un concepto en la obra de Freud? 62
a) Freud y la feminidad como un rasgo fenoménico 63
b) La feminidad: ¿un misterio freudiano sin resolver? 65
c) ¿Es la feminidad un concepto en la obra de Freud? 68
d) Conclusiones del capítulo 70
CONSIDERACIONES FINALES 71

Lecturas críticas posteriores a Freud en torno a sus enunciados sobre feminidad y sexualidad femenina 76

RESUMEN

El presente trabajo tiene como objetivo revisar los enunciados acerca de la feminidad en los textos de Freud. Desde un enfoque de tipo bibliográfico se pretende reconocer si la noción de feminidad dentro del Psicoanálisis freudiano puede considerarse un concepto claro y definido, comparado con otros que constituyen el edificio teórico psicoanalítico. A su vez, diferenciarla de otros enunciados, como ser femenino/a, mujer o maternidad, con los cuales se halla en estrecha vinculación. Se consideran aspectos epistemológicos y socio-históricos que sostienen dichos enunciados, considerando que operan como criterios de base a toda producción de conocimiento.

Palabras clave: feminidad, enunciado, concepto.

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es revisar los enunciados sobre feminidad dentro del Psicoanálisis, específicamente en la obra de Freud a partir de una revisión bibliográfica. Se destaca que la finalidad de esta producción es propiciar en la comunidad académica una lectura analítica y pormenorizada de los postulados que el autor propuso acerca del tema.

El interés por la feminidad ha ido tomando diferentes matices. Es así que en los últimos años y en relación a los acontecimientos que se fueron desenvolviendo en el campo social (NI UNA MENOS, la visibilización mediática del feminicidio, Ley 26.485 (2009), los debates en torno a la ILE, etc.), el tema vuelve a cobrar relevancia y se considera pertinente un abordaje desde el campo disciplinar propio con la intención de enriquecer las miradas, el análisis y contribuir al debate.

Por otra parte, es importante subrayar que el recorte de dicho tema es impulsado por las revisiones y lecturas críticas que se efectúan del Psicoanálisis freudiano cuando de reflexionar acerca del papel de las mujeres en la historia occidental se trata, críticas que tienden a colocarlo como un corpus teórico edificado sobre una base machista, colonial, patriarcal y heterosexual, motorizada por una serie de conceptos centrados predominantemente en una lógica masculina, y que si no son erradicables, al menos exigen ser revisados: falta, castración, envidia del pene; una lógica binaria del tener vs no tener que ubica a los seres hablantes de un lado o del otro, pero en una jerarquía en la cual unos quedan por encima de otros, operando lo que da en llamarse por algunos autores una inferiorización de la diferencia (Fernández, 1993).

Estas críticas provienen de distintos sectores, contándose entre ellos movimientos feministas y disidentes como minorías que en los últimos 70 años se han sumado a las luchas por transformar estos cánones buscando poner en discusión las injusticias de una sociedad jerárquica y piramidal que coloca al hombre blanco-culto-heterosexual-europeo por encima del resto. Pero también desde diferentes campos disciplinarios que dentro de los muros de la academia se tornaron en portavoces de estos grupos sociales. Los mismos se gestan tanto fuera (De Beauvoir, S.; 1949, 1967, 1970; Preciado, P. B.; 2002, 2008, 2019; Segato, R.; 2003, 2013, 2017) como dentro del territorio de la Psicología o el Psicoanálisis -donde se encuentran producciones internacionales (Mitchell, 1971, 1974; Irigaray, 1974; Chasseguet-Smirgel, 1975; Chodorow, 1978) como nacionales (Fernández A. M.; 1993, 1999, 2013; Dio Bleichmar, 1998, 2000; Glocer Fiorini, 2002, 2008; Serra Frediani, 2005; Tajer, D.; 2012, 2013; Reitter, J.; 2019)-. Los autores mencionados son solo algunos de los muchos que han producido una abultada literatura sobre el tema que, a su vez, continua en desarrollo. Es importante recordar que incluso en vida, Sigmund Freud ya tenía en cuenta a estudiosos que se dedicaban al tema de la feminidad y la sexualidad femenina desde una perspectiva crítica (como Horney, Abraham o Deutsch) (Freud, 1925).

El análisis precedente no desconoce el hecho de que la pluma de Freud ha hecho mérito para granjearse tal reputación: no sólo se está frente a un corpus conceptual de ecos polémicos en sus postulados, sino que buena parte de la producción literaria freudiana en torno a la feminidad ha trascendido en concepciones o frases célebres como: "¿qué demanda una mujer?" (Freud, 1925, pág. 262), la metáfora del "continente negro" (Freud, 1926, pág. 199) para referir a lo femenino, o afirmaciones que sostienen que a la feminidad solamente se arribaría por medio de la maternidad (Freud, 1925, 1931). Sin embargo, el problema no radicaría en los enunciados o postulados, si no en lo que deriva del descansar en ellos y elevarlos a máximas inmutables.

Dentro de este orden de ideas, la teoría psicoanalítica se presta a cuestionamientos y análisis tan legítimos como los de cualquier otra, en tanto y en cuanto no se pierdan de vista algunos criterios. En primer lugar, los conceptos están atravesados por una historicidad y epistemología propias. En segundo lugar y, en conexión con lo dicho antes, la construcción de Freud de su campo de conocimiento no parece seguir un carácter lineal sino más bien dialéctico. Es observable un ir y venir permanente de la práctica clínica a la teoría escrita, y viceversa; no es lo mismo el concepto que encontramos de Histeria en 1895 (Freud, 1895) que el que da en 1905 (Freud, 1905) o el que arroja en 1908 (Freud, 1908). Vemos entonces la importancia que adquiere la práctica clínica, causante de sucesivas transformaciones, adecuaciones o aspectos desechables, producto de una labor diaria dentro del consultorio-laboratorio psicoanalítico.

Por todo lo mencionado, este trabajo tiene como objetivo general revisar los enunciados freudianos acerca de la **feminidad**. Y dentro de los objetivos específicos que se pretenden alcanzar se ubicarían: reconocer el concepto de feminidad en la obra de Freud y diferenciar la feminidad de otros enunciados cercanos, como ser **femenino**, **mujer** y **maternidad**. Se destaca además que el enfoque epistemológico que sostiene la investigación torna necesario recuperar una historicidad del concepto de feminidad: cómo y cuándo aparece, frente a qué problemas o preguntas se le presentó a Freud, con qué otros enunciados estaría vinculado, qué tan ligado se encuentra a la noción de sexualidad, entre otros.

Cabe aclarar dos cuestiones: en primera instancia, este trabajo de revisión ya lo han realizado numerosos investigadores, de los que algunos se han mencionados y se han tenido en cuenta aportes para la elaboración de este trabajo. Pero no se pretende analizar las críticas o aportes que se hicieron al psicoanálisis freudiano sino centrar la atención en la obra de Sigmund Freud, cómo se construyeron los enunciados acerca de la feminidad fueron construidos y el trasfondo epistemológico que subyace a ellos.

Estado del debate

Este apartado pretende mostrar qué se ha dicho o estudiado sobre el tema que convoca la realización de este Trabajo Integrador Final. En otras palabras, conocer el corpus de conocimientos que existe sobre la investigación de esta producción, para conducir y guiar con mayor claridad hacia el área que se pretende investigar (Orozco Alvarado & Díaz Pérez, 2018).

Es importante aclarar que el criterio de búsqueda se estructuró en base a los enunciados 'feminidad', 'femenino' y 'mujer', en investigaciones fundamentadas desde el psicoanálisis. Algunos de los trabajos señalados son bibliográficos, mientras que otros llevan adelante un trabajo de campo (con entrevistas o análisis de casos).

Se tomaron en consideración antecedentes con no más de 10 años de antigüedad y se seleccionó producción tanto nacional como local, excluyendo antecedentes de carácter internacional. En el caso de la producción local, se creyó conveniente revisar el listado de tesinas producidas al interior de la Licenciatura en Psicología de la FHAyCS-UADER. Dentro de las que se abocan a investigar los temas feminidad, femenino, mujer o género, se observan tres tópicos predominantes: violencia de género y violencia conyugal, maternidad y feminidad. Se dejaron por fuera aquellas referentes a los dos primeros, y se tomaron las que se ocupan de lleno del último.

La presentación de los antecedentes a continuación se considera partiendo de los menos relevantes a los más significativos por su proximidad con nuestro tema de investigación.

Se emprende esta exposición con un trabajo titulado *"Histeria, feminidad y locura en los tiempos del Otro que no existe"*, de Naparsterk, F. et al. (2016). En este trabajo, los investigadores efectúan un recorrido por diferentes referencias teóricas buscando ubicar la especificidad de las llamadas locuras en las mujeres, diferenciando locura histérica de locura propiamente femenina. Si en este punto se permite un paréntesis, podría ponerse un signo de pregunta en esta relación naturalizada entre la locura y lo femenino. ¿Qué tan locas se presentan las mujeres en la historia del psicoanálisis? ¿Y qué cualidades adquiere esta locura que la diferenciaría, si se quiere, de una locura masculina?

Las *locuras*, desde la perspectiva de esta investigación, responderían a coordenadas subjetivas, a su vez entrelazadas estrechamente con las estructuras y avatares de cada época en particular. El marco teórico de esta investigación también aporta por el lado del recorrido conceptual de Freud sobre la feminidad, demarcando diferencias en lo que refiere a histeria y feminidad, aunque lo haga hablando de locura, goce y síntoma, conceptos que bordean y se encuentran más vinculados a la terminología lacaniana.

En segundo lugar, se halla *"Historiar desde la praxis: clínica de la homosexualidad femenina"*, una investigación realizada dentro del proyecto UBACyT, ubicada dentro de la historia de la Psicología, la

Psiquiatría y el Psicoanálisis en Argentina. Su autora, García Neira, N. (2013) fundamenta esta elaboración en la importancia y la novedad que supone integrar al campo de estudio de la Psiquiatría y el Psicoanálisis lo relativo a la homosexualidad femenina. Particularmente el análisis del material clínico como fuente privilegiada de información para la construcción conceptual de dicho fenómeno clínico.

Si bien estudia cuatro autores paradigmáticos de la Psiquiatría y el Psicoanálisis de finales del siglo XIX, principios del XX, lo interesante para nuestro trabajo es lo aportado por Freud a la cuestión. Aunque el trabajo no lo desarrolla, es dable observar que toma un periodo bastante amplio que va desde 1905 hasta 1931; es decir: inicia con el tratamiento desplegado por Freud en el caso Dora, pasando por "Sobre la Psicogénesis de un caso de Homosexualidad Femenina" (Freud, 1920), hasta llegar a los descubrimientos que realiza a partir de 1925, donde marcará los puntos distintivos entre la psiquis masculina y la psiquis femenina. Lo que sostiene la autora es que, si bien los fundamentos conceptuales y prácticas clínicas de Freud conservan huellas discursivas de sus antecesores y contemporáneos, generaron un quiebre con el saber psiquiátrico dominante, subvirtiendo los conceptos de homosexualidad femenina, perversión y sexualidad femenina. Por ejemplo: mientras Krafft-Ebing, fiel al modelo de la Psiquiatría clásica, postulaba una sexualidad normal y una perversa, Freud oponía el concepto de pulsión al de instinto, y con él separaba la sexual de lo meramente genital o reproductivo. Con ello universaliza todo aquello que queda por fuera de la sexualidad normativa para tornarlo constitutivo o inherente a una sexualidad contra-natura o perversa en sí misma.

Seguidamente, se retoma otra tesina de nuestra casa de estudios; en este caso, *"Una lectura psicoanalítica acerca de la función psíquica de la escritura y su relación con la femineidad. El decir de las poetas Silvina Giaganti, Natalia Litvinova y Tamara Tenenbaum"*, de M. Mantica (2019). Aquí su autora parte de la hipótesis de que la escritura, como acto creativo, podría pensarse en el estatuto del síntoma, una producción inconsciente que se colocaría al mismo nivel que un sueño, un chiste u otra manifestación de las que forman parte de la psicopatología de la vida cotidiana. Entrelazar la escritura con la femineidad la lleva a preguntarse, dentro del contexto epocal, qué se dice cuando se habla de femineidad. Además, se interroga respecto de si existe o no un modo femenino de escritura, si la diferencia sexual anatómica, como dice Freud, es determinante a la hora de escribir. Y su propósito es averiguarlo a través del análisis de cuentos, poesías y textos autobiográficos de tres autoras argentinas contemporáneas. Otro objetivo de la investigación es definir en cada poeta cómo se construye la sexuación, es decir, la articulación inconsciente entre significante y goce.

Entre las conclusiones a las que arriba el estudio tomamos lo referente a la cuestión femenina, y aquí sostiene que lo femenino es esquivo, una hiancia que se abre y descompleta, y que no tiene identidad. Si la autora puede afirmar que en su trabajo de campo halló una relación entre la escritura y lo femenino

es en tanto y en cuanto la escritura es una relación con lo inconsciente, y nunca se da en solitario sino en un 'entre dos': lo inconsciente y el yo, lo masculino y lo femenino, la hija y la madre, etc.

Por último, se presenta otra investigación de la Licenciatura en Psicología (FHAyCS-UADER), denominada *"Mujeres: sobre estragos, mascaradas y semblantes",* cuya autora D. Balcaza (2013), se propone pensar la feminidad en relación con el estrago materno, la mascarada y el semblante. Como objetivo general busca indagar en casos clínicos de mujeres cuya sintomatología denote las consecuencias del estrago materno, cómo se juega la mascarada y el semblante en ellas. De otro modo, pensar cómo se constituye el ser o el semblante femenino en mujeres estragadas, tomadas por lo ilimitado del goce materno y sin posibilidad de que medie la figura paterna.

Al partir de una revisión bibliográfica de los conceptos, trabaja fundamentalmente desde las concepciones de Freud y de Lacan. Como muestra se sirve de dos casos clínicos que le sirven para ilustrar su recorrido teórico. En lo relativo a Freud hace hincapié en los textos de 1925 en adelante, momento desde el cual empieza a pensar el desarrollo psicosexual de la niña como diferente al del niño, viraje que le permitirá hablar por primera vez de la fase preedípica, en la cual se ubica a la madre como primer objeto de amor no ya solo del niño sino también de la niña. Esta fase dejará, según Freud, profundas y duraderas huellas en el psiquismo femenino, e imprimiendo las características de la ligazón entre la niña y su madre a todo vínculo posterior con un otro.

Sin embargo, la investigación sitúa su objeto de interés en averiguar qué sucede cuando esta operación se ve dificultada, cuando la madre, que es quien debe habilitar al padre a intervenir (terceridad simbólica), no lo hace, no lo permite, y la niña queda tomada por ese deseo materno sin corte. Se puede decir que el aporte fundamental está en el trabajo con las categorías: cómo ubica la feminidad en la obra freudiana, como la diferencia de lo femenino, así como también en el cuadro de época que pinta en la presentación y los muchos interrogantes que atraviesan el recorrido. Por otro lado, al leer expresiones como *la niña*, *el niño*, *la madre*, *el padre*, somos invitados a preguntarnos por el uso arbitrario de estos universales. Por el lado de la epistemología, es dable pensar que se trata de conceptos y no de observables empíricos directos. ¿Pero qué tan claro está? Si no existe una mirada normativa que nos comprenda y explique a todos, ¿cómo trasladar esto al decir de la teoría y al trabajo con la clínica?

En líneas generales, la lectura de los antecedentes proporciona tres cuestiones que se presentan como comunes: en primer lugar, que el periodo más importante a partir del cual Freud elabora sus enunciados nodales sobre feminidad se sitúan a partir de 1925; en segundo lugar, casi siempre el tratamiento de la feminidad o lo femenino en Psicoanálisis aparece ligado tanto a los aportes de Freud como de Lacan. Como si se tratase de un binomio, nunca iría uno sin el otro. Y, por último, y este aspecto se liga al segundo: la dificultad de hallar estudios que aborden con exclusividad la feminidad desde los textos de

Freud. Frecuentemente el enunciado aparece con relación a otros: maternidad y estrago materno, histeria, locura, homosexualidad, etc.

Se hallan vacancias en torno a algunos de los interrogantes iniciales del presente trabajo integrador final. Por ejemplo, respecto a cómo toman lugar los enunciados sobre feminidad en los textos de Freud o si es posible diferenciarlo de lo que refiere a la sexualidad femenina. Tampoco se ha dado con análisis que se detengan en las concepciones de *feminidad*, *femenino* o *mujer* -sea para dar cuenta de sus similitudes o de sus diferencias- ni se aprecia un tratamiento histórico y/o epistemológico de estos términos en la obra de Freud. Todo lo dicho justifica la necesidad de llevar adelante el presente TIF.

Perspectiva de trabajo

En este apartado se explicitan las categorías y perspectivas teóricas que le darán fundamento al presente trabajo.

Los enunciados principales a rastrear y estudiar dentro del entramado teórico freudiano circulan alrededor del término feminidad. Junto a él se asocian otros a los que podríamos llamar *accesorios* o *secundarios*, como ser **sexualidad femenina**, **femenino**, **mujer** y **niña**; en todo caso cumplen con la función de profundizar y nutrir más a aquel que oficia como central.

Al tratarse de ubicar el nacimiento y la evolución de un concepto dentro de la obra de un autor determinado, el trabajo de investigación presenta dos facetas: por un lado, el carácter histórico del término (cuándo surge o es aprehendido por el autor dentro de su obra, en qué momentos toma relevancia el interés por la problemática, qué circunstancias se desenvolvían alrededor de su práctica, etc.). Por el otro está el carácter epistemológico (cómo es presentado y abordado, en relación con qué situaciones u obstáculos del trabajo clínico aparece, cómo se articula con otras nociones fundamentales del psicoanálisis freudiano, y en este punto, si ratifica, rectifica o sencillamente viene a sumarse a puntos teóricos nodales).

Talak sostiene que “todos los objetos de conocimiento en Psicología son históricos” (Talak, 2004). La palabra Psicología aquí es fácilmente sustituible por la de Psicoanálisis. En efecto, la preocupación de la autora se desprende de la observación de que, en Argentina, en los últimos años, el campo de estudios históricos en relación con la Psicología y el Psicoanálisis tuvo un impulso significativo en el marco de diferentes proyectos de investigación. Sin embargo, señala que hay una significativa ausencia o abandono de las cuestiones epistemológicas en la historia de la disciplina:

> (…) indagan la constitución histórica de estos saberes, sin cuestionar los criterios que en cada época han incluido de hecho esos saberes dentro de las fronteras disciplinares, y sin reflexionar sobre el valor del conocimiento producido, ya que para evaluarlo es necesario tener preguntas y criterios epistemológicos. (Talak, 2009, p. 477).

Esto se correlaciona con la preocupación aquí presente de revisar el carácter histórico y epistemológico del concepto de feminidad en la bibliografía freudiana. Intentamos efectuar un trabajo de arqueólogo, buscar restos dispersos referidos a la feminidad en la escritura de Freud, lo aprehensible a simple vista y lo que subyace bajo cada capa, sin perder de vista la aparición de categorías emergentes.

En lo que refiere a las fuentes bibliográficas sobre las cuales realizar esta tarea de rastreo, se justifica en los párrafos subsiguientes la elección editorial.

Durante el cursado de la Licenciatura en Psicología de la FHAYCS-UADER, las distintas cátedras dedicadas a la lectura de los textos freudianos usaron dos editoriales: la de López-Ballesteros y la de Amorrortu, primando significativamente el uso de esta última. Si bien existe la creencia de que los textos de esta edición serían una traducción de 'segunda mano' (del alemán al inglés, y del inglés al castellano), la edición de Amorrortu es una traducción directa de los textos alemanes a la lengua castellana, efectuada por José L. Etcheverry, filósofo y traductor argentino. Etcheverry se sirvió de las traducciones de James Strachey para contrastar cada concepto que aquel tradujo a su lengua, pero sin dejar de consultar la obra en su idioma original.

En la Standard Edition el orden de los textos sigue una línea más cronológica que temática, aunque en casos estrictamente necesarios, se realizan excepciones. Incluye además de los textos de Freud, comentarios de Strachey previos a cada escrito; notas numeradas de pie de página que figuran entre corchetes para diferenciarlas de las de Freud, en las cuales se indican variaciones en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican referencias geográficas, históricas, literarias; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluye un número importante de referencias internas a otras obras de Freud; al final de cada volumen se encuentra un índice bibliográfico que consigna todos los libros, artículos y temas citados en el mismo, así como también un índice alfabético de autores y temas en lo que se suman, en algunos casos, índices especiales.

Por estas características, y en acuerdo con el Director de esta producción, se ha decidido recurrir al material de la editorial *Amorrortu Editores* para realizar este trabajo de investigación.

Se resalta que el diseño de la investigación, como se ha mencionado, se enmarca en el tipo bibliográfico y se fundamenta a partir de un conjunto de textos consultados sobre el concepto de feminidad en la obra

escrita por Freud. La bibliografía seleccionada comprende la generalidad de los volúmenes publicados por la editorial seleccionada.

Según el tipo de datos con los que se trabajará (los textos freudianos) el diseño es bibliográfico y de tipo histórico. A partir de lo expresado -la práctica de revisar un concepto implica, entre otras cosas, una tarea de historización-, se acuerda con Sabino en que "el diseño bibliográfico es indispensable cuando hacemos estudios históricos; no hay otro modo, en general, de enterarnos de los hechos pasados si no es apelando a una gran proporción de datos secundarios" (Sabino, 1996, 97).

Se destaca que la investigación bibliográfica se puede comprender (Stewart, 1984; McMillan & Kennedy, 1981; Hart, 2001; Pritchard & Scott, 1996) como:

> (…) un proceso mediante el cual recopilamos conceptos con el propósito de obtener un conocimiento sistematizado. El objetivo es procesar los escritos principales de un tema particular. Este tipo de investigación adquiere diferentes nombres: de gabinete, de biblioteca, documental, bibliográfica, de la literatura, secundaria, resumen, etc. (Méndez Rodríguez & Astudillo Moya, 2008, p. 16).

A partir de la revisión bibliográfica se define el tipo de fuente de información, que puede ser clasificada en tres tipos: primaria o directa, secundaria y terciaria (Barrantes, 2013). En este trabajo, las fuentes se consideran de dos tipos: primaria -los textos de Freud- y secundarias -otros investigadores que se han ocupado de abordar el tema o que han realizado estudios e investigaciones de carácter similar a la presente-.

Es pertinente subrayar que la información se estructura en dos pasos: en primera instancia, una lectura minuciosa de los textos respetando el orden histórico y rastreando una serie de categorías en relación a nuestro objeto de conocimiento: feminidad, femenino, sexualidad femenina, mujer, niña. En segunda instancia, la revisión de los datos recolectados (anotaciones, recuperaciones de oraciones, párrafos o ideas de distintos textos, etc.) y la identificación de frases significativas que permitan estructurar el origen, desarrollo y resonancia dela feminidad al interior del edificio teórico freudiano.

En relación a las técnicas de lectura podrían resumirse en tres tipos y niveles: una primera referencial, en la que nos centramos en los textos freudianos que desarrollan nociones en torno a la feminidad o las palabras clave; una segunda extractiva, que identifica ideas y frases significativas específicas en torno a la feminidad, separándolas del resto del texto; y una tercera analítica, que nos posiciona en el terreno semiológico, para visualizar y establecer los sentidos bajo los cuales aparece mencionada la feminidad.

A continuación, se hace exposición del orden y los contenidos que constituyen el marco teórico de la presente investigación.

En el primer capítulo puede apreciarse una aproximación a las categorías conceptuales que han permitido el abordaje de la problemática en torno a la feminidad desde una posición epistemológica determinada. La importancia de incluir este desarrollo radica en que se consideran distintos aportes vinculados a las condiciones o criterios de producción de conocimiento en Psicoanálisis, así como a la falta de consenso dentro de la comunidad psicoanalítica a la hora de que estos sean aplicados. Por otra parte, se toman a consideración categorías que enmarcan el tema de la feminidad dentro de la obra de Freud desde una dimensión social e histórica determinada, la que condiciona y opera sobre el surgimiento y la legitimidad de los discursos considerados médico-científicos.

En el segundo capítulo denominado *El término feminidad en la obra de Freud*, se realiza un primer recorrido cronológico a través de sus textos con la finalidad de ubicar cómo y desde qué momento aparece la preocupación de Freud por la problemática de la feminidad. En la exposición del capítulo se pueden observar cuatro apartados: una primero, que abarca una aproximación a su obra por medio de un trabajo de fichado de los textos consultados. El mismo contribuye a mostrar un resultado estadístico del término feminidad, así como de otros que forman parte de la búsqueda en la intención de profundizar un poco más el tema de interés; un segundo apartado construye la prehistoria del término feminidad, con la intención de recuperar momentos e interrogantes puntuales que condujeron a Freud a ocuparse de aquella; un tercero, en el que se recorre la historia propiamente dicha de la feminidad o aquellos textos y producciones teóricas que la abordan en un sentido más explícito y, por último, conclusiones e ideas generales del capítulo.

A continuación, se expone el segundo capítulo del marco teórico que se organiza en tres apartados. Aquí interesa reflexionar sobre el lugar y la importancia que Freud atribuye a la biología, por un lado, y a lo social y cultural, por el otro, en los enunciados acerca de la feminidad. Se parte del supuesto de que habría una tensión entre estas dos dimensiones, y se las presenta iniciando por los aspectos sociales y culturales -los que se consideran como más externos o periféricos en el nivel de incidencia que tienen en las plasmaciones enunciativas sobre la feminidad-, luego pasando por los aspectos biológicos -altamente determinantes en el desarrollo y la configuración de la sexualidad femenina-, y finaliza con un abordaje de la noción de bisexualidad que echaría luz en los interrogantes y obstáculos de carácter clínico y epistemológico que Freud encuentra en su recorrido sobre la feminidad.

En el tercer y último capítulo se trabajan las aproximaciones, conceptualizaciones parciales y desafíos de Freud desde los inicios de su obra hasta los últimos textos en los que desarrolla concienzudamente sus contribuciones a la sexualidad femenina. Aquí se buscará responder si, en lo que a feminidad refiere, estamos frente a un concepto propiamente dicho o no, y en qué materiales y lugares específicos del

trabajo de análisis se encuentran puntos de apoyo que ratifiquen o rectifiquen el título del presente trabajo.

Como puede observarse, el trabajo de análisis de este trabajo integrador final sigue un formato de carácter espiralado. Esto quiere decir: pasar varias veces sobre puntos específicos de la obra freudiana, pero desde una dimensión analítica diferente por cada vez, para no dejar por fuera el enfoque integral y complejo que requiere la reflexión sobre el tema.

Por lo consignado previamente se piensa que el tema de investigación junto al recorte de la problemática es pertinente al campo de la Psicología y convierte a este trabajo integrador final en una contribución para continuar pensando e interrogando los contenidos teóricos de los maestros fundadores del Psicoanálisis.

CAPÍTULO 1: Consideraciones teóricas iniciales

Las lecturas y revisiones realizadas sobre algunas nociones psicoanalíticas, como sexualidad femenina, feminidad, femenina/o, mujer, niña, guardan una relación cercana con cuestiones referentes a la epistemología freudiana o al cómo se investiga y se produce conocimiento al interior del campo psicoanalítico. En tal sentido, surgen preguntas como: ¿qué es un concepto en psicoanálisis? ¿Qué lo caracteriza? ¿Se trata de conceptos al sentido más tradicional del término: algo definido, delimitado, compacto? ¿O su exposición sigue una lógica diferente? Y si esto es así, ¿Cuál sería esa lógica?

El presente trabajo pretende una *lectura metodológica* de los enunciados de Freud acerca de la feminidad. Pero este *cómo* se produce algo -un enunciado, o varios de ellos, que persiguen una generalidad, o al menos contemplar una serie de casos-, se anuda necesariamente a la *cuestión epistemológica*: cuáles son las condiciones que permiten que estos enunciados puedan considerarse como un saber o conocimiento nodal dentro de la teoría.

Tomando como punto de partida los interrogantes mencionados, en este apartado se considerarán dos cuestiones. La primera tiene que ver con el cómo y en qué condiciones se producen conceptos a partir del trabajo clínico en la experiencia psicoanalítica; y la segunda apunta a cómo leer los enunciados en el psicoanálisis freudiano.

Epistemología y Psicoanálisis, o de una Epistemología en psicoanálisis

"Y cuando nos percatábamos de la imposibilidad de incluir al psicoanálisis
en el único modelo prestigioso disponible sin incurrir en sobresimplificaciones
o sin llevar al absurdo los descubrimientos de Freud,
nos retirábamos del campo de lucha, orgullosos pero dolidos,
a nuestros consultorios y a nuestras sociedades psicoanalíticas.
Esquivando el contacto con el afuera nos entendíamos entre nosotros.
Hablábamos un idioma cada vez más esotérico
mientras nuestras asociaciones se transformaban en sociedades secretas.
Y esta deficiente ubicación teórica fue una
causa adicional de la reclusión del psicoanalista dentro del consultorio privado.
Carecíamos de armas para la discusión en el hospital y en la universidad.
No hacían falta para actuar con el paciente 'de diván' pues ahí no se discute, se interpreta.
La situación cambió en el último cuarto de siglo"

(Langer, M., 1976).

Existe una gran preocupación por saber qué dijo o quiso decir Freud respecto de tal o cual tema, pero muy poca por averiguar cómo o en vistas a qué dijo lo que dijo. Así se encuentra una vasta producción escrita en psicoanálisis. Al punto de que ya no se habla de "el" psicoanálisis, sino de "los" psicoanálisis. La cita al comienzo indica que este alejamiento de los cánones oficiales ha dejado como a la intemperie a quienes se proponen investigar en psicoanálisis; al escribir y querer dar cuenta de sus propias experiencias, lo han hecho sin ocuparse demasiado por hallar criterios o pautas comunes, o una marca identitaria de aquel universo al cual refieren. Como si en la búsqueda se tomaran los textos únicamente como jeroglíficos a descifrar, pasando por alto el método de investigación empleado. En este sentido Berchérie dice: "(…) antes que encarnizarse en descubrir sus secretos [los de Freud], hubiera sido más sencillo tomar primero nota de su discurso manifiesto" (Berchérie, 1988, p. 446). Ese 'discurso manifiesto' indicaría las claves o criterios a partir de los cuales investigaba Freud.

Así una primera dificultad de este trabajo no es que no existan investigaciones acerca de cómo se produce el saber psicoanalítico, sino que lo que hay muchas veces aparece con relación a un concepto en particular, sea inconsciente, narcisismo, pulsión, etc. Retomando la idea inicial del cómo o para qué del discurso freudiano, podríamos decir que el *cómo* da cuenta de los modos en que se produce conocimiento al interior del entramado psicoanalítico, mientras que el *para qué* apunta al trabajo clínico, fuente y meta última de la práctica psicoanalítica.

Epistemología

Definir la epistemología en relación con el Psicoanálisis puede que sea el punto más espinoso que nos toca atravesar. En primer lugar, porque como lo hemos señalado, parece algo que fue evadido o desestimado por muchos practicantes del Psicoanálisis (Fernández, 1993). Y en segundo lugar porque quienes sí se propusieron abordar las condiciones de producción de conocimiento de acuerdo con el

espíritu propio del psicoanálisis se encontraron con atolladeros que supieron resolver de maneras distintas.

A quienes pertenecen a este segundo grupo, Beuchot (1989) los subdivide en otros dos: los que buscan adecuar el Psicoanálisis al modelo de las ciencias naturales, y los que persiguen un estatuto propio y original para el Psicoanálisis, diferente a lo dado. Sobre este segundo grupo recae nuestro interés.

¿Qué quiere decir hablar de una epistemología del psicoanálisis? Koren responde lo siguiente:

> Cuando enunciamos 'epistemología del psicoanálisis' apuntamos a la posibilidad de una crítica exhaustiva y rigurosa de los fundamentos teóricos del que permita a la vez la afinación conceptual y la formalización conveniente de la teoría psicoanalítica con vistas a su coherencia y consistencia teórica y a su transmisión; por lo tanto, y en tanto crítica, se opone resueltamente a toda pretensión de dogmatismo o de 'ortodoxia'. (Beuchot, 1998, p. 108).

Esta definición importa por dos cuestiones: primero, porque sostiene que es posible una revisión epistemológica seria acerca de las bases teóricas del Psicoanálisis, y segundo, porque al recalcar que se opone a toda pretensión de dogmatismo y ortodoxia deja entrever que aquí se trata de generar un nuevo paradigma. Contundente, Perrés afirma que “el psicoanálisis no sólo no cumple ni siquiera con los mínimos requerimientos de "cientificidad", sino que nunca los va a cumplir, hagamos lo que hagamos” (Perrés, 1998, p. 2). Y se trata justamente de no hacer nada si lo que se quiere es preservar su identidad epistémica. Es cierto que Freud en sus comienzos estaba preocupado por brindar a la psicología una base científica al modo en que esta era concebida por la física y las ciencias naturales de la época (ver la correspondencia con Fliess (1887 – 1904) y el *Proyecto de Psicología para neurólogos* (1950)). Pero aun con el uso de los modelos y la terminología propia de aquellas, el interés por lo que iba descubriendo cobraba más peso, yendo por encima del canon y superando el modelo impuesto por el positivismo decimonónico (Beuchot, 1989).

Ahora bien, ¿qué tipo de corriente o línea epistemológica se adecuaría a las condiciones de la teoría psicoanalítica? Perrés sostiene que no es posible concebir un estudio epistemológico que no contemple la dimensión histórico-social de la producción de conocimiento: “Vale decir, todo el análisis de las coyunturas socio-histórico-económico-político-institucionales en las que se inscribe cualquier producción de conocimientos, sea este "científico" o simplemente cualquier "saber"” y continúa:

> (…) no todo estudio histórico pretende ser, o se constituye en, un análisis epistemológico; pero en cambio todo abordaje epistemológico que pretenda dar cuenta en forma abarcativa del entramado que se

> juega en toda producción de conocimientos, no puede nunca dejar de ser simultáneamente un análisis de "lo social histórico. (Perrés, 1998, p. 6).

Se trataría de elaborar una especie de sociología del conocimiento centrada en considerar el contexto de descubrimiento que subyace a toda teoría. Pero Perrés reconoce la complejidad que acarrea empresa semejante, sobre todo porque tratándose del Psicoanálisis hay que agregar otra dimensión tanto o más importante que la histórica, a saber: el entramado de la subjetividad y del o los sujetos (1998).

Hasta aquí se exponen consideraciones que serían de carácter externo. Al interior del campo psi, se plantean otros desafíos. Por ejemplo, hablar no de un Psicoanálisis (claro, definido, consensuado entre los diferentes actores que se incluyen dentro de este campo) sino de "los" Psicoanálisis. Perrés diferencia tres niveles epistemológicos: una epistemología de Freud (aquellos que influyeron en la constitución de su obra: maestros, modelos, paradigmas de época), una epistemología freudiana (esa creación en la que creía estar respetando los marcos vigentes de producción y validación de conocimiento cuando en realidad estaba dando a luz algo totalmente nuevo, bajo reglas diferentes) y finalmente, una epistemología del o de los Psicoanálisis:

> (…) diversidad de corrientes psicoanalíticas, que componen el "mapa" del Psicoanálisis contemporáneo, cada una con su "praxis" clínica, con sus propias conceptualizaciones y, especialmente, en su propia concepción epistemológica, la que finalmente constituye, quiérase o no, el verdadero sustento de dicha praxis clínica. (1998, p. 10).

El objeto de interés de nuestro trabajo se enmarcaría en la segunda de estas epistemologías: la epistemología propia de la obra de Freud.

Es importante remarcar la alusión de Perrés a la práctica clínica porque se trata justamente de aquello que le da sustento al Psicoanálisis. El autor insiste en que no se trata de un proceso lineal, causa-efecto, sino de una red enmarañada en la que tres planos se articulan y actúan en simultáneo: el teórico, el clínico y el autoanalítico, tarea a la que Freud se abocó por entero en los inicios (Perrés, 1998). Una epistemología del Psicoanálisis freudiano debería pues dar cuenta de estos discursos, de sus articulaciones y complementariedades. No es reducible a un mero dispositivo de 'aplicación' de la teoría constituida, sino que comporta un nivel con un código y reglas propios que debería servir para cuestionar permanentemente las generalizaciones y/o rigideces reaseguradoras de la propia teoría "que nunca debe convertirse en "dogma", lo que constituiría su muerte" (Perrés, 1998, p. 10). Aquí el autor se sirve de Assoun (1981, 1993) para hipotetizar que el nexo que permitiría pensar en términos epistemológicos la

dimensión teórica junto con la dimensión clínica sería la metapsicología freudiana, que no se homologa a ninguno de los dos niveles mencionados, sin embargo, los articula y abarca.

Ante lo mencionado hay dos aspectos que sobresalen: uno refiere al hecho de la reformulación constante del problema, con cada vez que nos acercamos al tema, con nuevas lecturas y ampliaciones bibliográficas:

> (…) las nuevas formas de preguntarme y preguntarle a la epistemología del Psicoanálisis (en suma, de formular preguntas inéditas y a veces insólitas) redunda en constantes rectificaciones y modificaciones de los puntos de vista antes manejados, dentro de una modalidad de pensamiento que no pierde nunca cierta continuidad. (Perrés, 1998, p. 1).

El otro, anudado a esta idea de teoría abierta tiene que ver con la reflexión epistemológica como practica ética: reflexionar acerca de las relaciones entre el discurso teórico y el discurso clínico sin dejar de vigilar sus repercusiones sobre el trabajo con el o los analizantes.

Dimensión histórica

En correlato directo con la cuestión epistemológica está la dimensión histórica. Investigadores como Ana María Talak, quien coloca el acento en recuperar tanto una como la otra a la hora de abordar enfoques de estudio propios para disciplinas como la Psicología y el Psicoanálisis. Así como lo exponía María Langer, para Talak el abandono progresivo de la perspectiva epistemológica dentro de la historia de la disciplina impide una reflexión seria sobre el conocimiento producido, ya que para hacerlo es preciso contar con preguntas y criterios epistemológicos. Los enfoques se renuevan, pero la dificultad no se despeja si no se establecen pautas para evaluar teorías y producción de conocimiento psicológico (Talak, 2009).

Destaca que, en Psicología, excepto contados casos, se han mantenido separados los trabajos epistemológicos de los estudios históricos. Y agrega:

> (…) partiendo de las hipótesis de que en la producción de conocimiento en psicología intervienen cuestiones de carácter epistémico y aspectos de carácter institucional, social y cultural, ético y político; y que para realizar una reflexión filosófica sobre el conocimiento científico es necesario tener en cuenta los desarrollos específicos de cada ciencia, considero que es necesario que los estudios locales avancen en una línea de indagación que recupere el estudio articulado de la historia de la psicología con las reflexiones epistemológicas. (Talak, 2009, p. 478).

Y agrega luego que una línea de indagación que entreteja la historia, la epistemología y la psicología requiere de una pluralidad de herramientas conceptuales, enfoques metodológicos e inspiraciones teóricas disponibles. Se trata de promover estudios de articulación específicos, que se inspiren pero que también puedan ir más allá de las reflexiones epistemológicas de carácter general (Talak, 2009, p.480). Conviene recordar que esta es, palabras más palabras menos, la misma posición que adopta Perrés (1998) cuando reflexiona sobre un marco epistemológico posible para el psicoanálisis. Talak tampoco deja de lado la dimensión subjetiva. Se refiere a ella como un problema ético y político.

Varios son los investigadores que sostienen que, pese a que Freud estuvo fuertemente influenciado por el modelo positivista imperante durante el siglo XIX, tempranamente se encontró con la imposibilidad de hacer entrar a la Psicología por la puerta de las ciencias naturales (Jiménez, 1994; Ramírez, 2002; Lutereau, 2010; Gargiulo, 2014 citados en Sánchez Domínguez, 2018). Para Ricoeur

> (…) no se trata de cumplir con la exigencia epistemológica de un material compuesto por ‘casos’ clínicos observados por investigadores independientes, sino que el material psicoanalítico es una secuencia de

> hechos donde es posible distinguir ciertos tipos en las semejanzas entre caso y caso (...). Precisamente, por cuanto lo típico es lo que hace comprender en historia, como la regularidad explica en ciencias naturales, es por lo que se considera la historia como ciencia (...) en este sentido la teoría psicoanalítica tiene como función el situar el trabajo de la interpretación dentro del campo de la palabra, en la región del deseo. (Ricoeur, 1970, p. 327).

Se postula así que el modelo para abordar el psicoanálisis debería ser de carácter histórico, no naturalista. Y en esta línea, Cordero Pando (1978) sostiene que el psicoanalista busca captar el sentido -y las variaciones de este- en la historia del sujeto. "Por esa razón, podría aproximarse el psicoanálisis a las disciplinas históricas, en cuanto se trata de un esfuerzo por captar el sentido -en su caso, el sentido de una conducta- mediante un trabajo de interpretación" (citado en Beuchot, M., 1989, p. 150).

Concepto

La palabra 'concepto' es un término que aparece en reiteradas ocasiones en los textos de Freud, especialmente en sus trabajos sobre metapsicología: "*mi concepto de represión*" (Freud, 1914, p. 15), "*conceptos de libido yoica y libido de objeto*" (Freud, 1914, p. 75), "*concepto fronterizo*" (Freud, 1915, p. 117), etc.

Si nos remitimos a una definición de diccionario de la RAE, por **concepto** hallaríamos varias acepciones: "idea que concibe o forma el entendimiento", "opinión, juicio" o "crédito que se tiene a alguien o algo", "representación mental asociada a un significante lingüístico". Y una última acepción que refiere a "determinar algo en la mente después de examinadas las circunstancias" (https://dle.rae.es/concepto). Mientras las primeras parecen familiarizarse más a los usos y costumbres establecidos convencionalmente, la última estaría más cercana al modo en que trabaja el conocimiento científico. Si, por otro lado, nos restringimos a una definición desde la Filosofía Clásica, al modo en que, por ejemplo, Platón entendía un concepto, nos encontraríamos con que se trata de aquello que permanece, lo universal y único frente a la singularidad de casos particulares (Carpio, 1974). Se puede decir que esta forma de entender y definir lo que es un concepto ha formado parte del sentido común, al que Freud no era ajeno. Sin embargo, al inicio de uno de sus artículos de metapsicología, puede leerse lo siguiente: "Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones" (Freud, 1915, p. 113).

Al negar que tales ideales científicos se cumplan en la práctica da cuenta, implícitamente, de que el modo de generar conocimientos que él mismo emplea es distinto, pero no por ello menos legítimo. Continúa:

> El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. (Freud, 1915, p. 113).

Esto último alude claramente a su labor clínica, fuente de materia prima, y al laboratorio en el que volcaba sus hipótesis. El resto del párrafo expone la dificultad a la que se enfrentaba Freud para dar solidez a su edificio conceptual. Cómo se le iban presentando obstáculos epistemológicos a los que era necesario dar forma, y no cualquier forma. Nombrar, nominar y ubicar de acuerdo con los parámetros establecidos por la comunidad científica de su época. Pero estaba claro que investigar con la metodología clásica planteaba callejones sin salida, por lo cual se hacía necesario innovar, hacer un camino propio: "Los conceptos freudianos se validan tanto por una necesidad lógica que los legitima al hacer inteligible un campo de fenómenos de otro modo inexplicable, como por las pruebas clínicas aportadas por la investigación realizada con el método analítico" (Rubistein, 1997, citado en Sánchez Domínguez, 2018, p. 4).

No obstante, Freud hace uso de los paradigmas y modelos conceptuales vigentes (Assoun, 1981; Bercherie, 1988). Busca otorgar a la teoría del funcionamiento psíquico "un enfoque cuantitativo, una especie de economía de la energía nerviosa" (Freud, 1950 [1892-99]). Será un tema central que ocupará buena parte de su correspondencia con Fliess (1887 – 1904) y en sus trabajos de metapsicología el interés se mantendrá constante (ver Freud, 1914, 1915).

En su Proyecto de una psicología para neurólogos, Freud comienza diciendo que el propósito de este es brindar una psicología de ciencia natural en la que se observen procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables, y hacerlo de modo que esos procesos se vuelvan intuibles y exentos de contradicción (Freud, 1895). Pero según avanza en la observación y análisis de sus pacientes que se va operando el viraje.

> La evolución de Freud a lo largo de los años 1892-1896, a través de sus artículos y relatos de casos, es extremadamente sorprendente: habiendo partido de la concepción muy mecanicista que continúa sosteniendo su teoría, se lo ve evolucionar hacia una aprehensión cada vez más fina de los fenómenos psicológicos, una intuición cada vez más segura de los móviles de síntomas y comportamientos de sus enfermos […] Los

> modelos que utilizaba proporcionaron al mismo tiempo un marco a su pensamiento, orientaciones a sus interrogantes, un método a sus investigaciones hasta que los resultados obtenidos lo obligaron a una reestructuración. (Bercherie, 1988, p. 308).

La idea de 'reestructurar' condice con lo que sostiene al inicio del texto Pulsión y sus destinos (Freud, 1915): que todo conocimiento está sujeto a ser modificado cuantas veces se haga necesario. Trabajar sobre un terreno movedizo y cambiante, como puede serlo la psiquis humana, dejaba en claro que en la búsqueda de verdades científicas no hay nada definitivo: "(…) el progreso del conocimiento no tolera rigidez alguna, tampoco en las definiciones. Como lo enseña palmariamente el ejemplo de la física, también los «conceptos básicos» fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido" (Freud, 1915, p. 113). Vuelve a quedar demostrado que el objetivo no estaba puesto en cumplir con los ideales del espíritu intelectual de la época, sino en un serio compromiso con los padecimientos subjetivos, a los que quería brindar solución.

Freud se anticipó tempranamente a un debate que se daría ya entrado el siglo XX: el de encontrar un modelo epistemológico acorde al objeto y método de estudio de las ciencias sociales. En este sentido, es interesante recuperar a Foucault cuando sostiene que en la historia de las ideas vale más prestar atención a los quiebres y emergentes que a lo que esta pueda tener de homogéneo y compacto. Una aparente armonía que vista de cerca no deja de ser otra cosa que una arbitrariedad:

> las reglas de formación [de conceptos] tienen su lugar no en la "mentalidad" o la conciencia de los individuos, sino en el discurso mismo; se imponen, por consiguiente, según una especie de anonimato uniforme, a todos los individuos que se disponen a hablar en ese campo discursivo (…) las reglas de formación de los conceptos (…) no son el resultado (…) de operaciones efectuadas por los individuos. (Foucault, 2015, p. 85).

En otras palabras, en el campo científico no hay verdades definitivas, sólo acuerdos transitorios que pueden ser modificados según las necesidades y demandas de una época determinada.

Por lo tanto, los vocablos propios de las ciencias naturales del siglo XIX sirvieron como un móvil metafórico de los hallazgos freudianos, pero son apenas una cáscara en el edificio teórico, que para construirse debió franquear los límites del discurso médico de su tiempo.

Enunciar en Psicoanálisis

"El discurso no es la vida: su tiempo no es el vuestro;
en él, no os reconciliaréis con la muerte;
puede muy bien ocurrir que hayáis matado a Dios
bajo el peso de todo lo que habéis dicho;
pero no penséis que podréis hacer, de todo lo que decís,
un hombre que viva más que Él"

(Foucault, M., 1969)

Condiciones de producción del saber en psicoanálisis

El malestar histérico se presentaba con una serie de síntomas para los cuales el saber médico del siglo XIX no hallaba respuesta. Y en lugar de reconocerse en falta optaba por negar la existencia de la histeria como enfermedad y etiquetar de simuladores a quienes la padecían. Sirviéndose de técnicas rudimentarias (la hipnosis y la sugestión, tan sospechosas a los ojos de la medicina clásica como el objeto al cual se dirigían) Freud inicia su investigación.

> (…) sus hallazgos fueron forjados en el caldero de los hechos reales de cada paciente, demostrables y colegibles bajo cierta condición clínica, teórica y metodológica, si bien, para la ciencia positiva de su época estos descubrimientos carecían de validez, *la verdad* que trajo consigo para la comprensión de la realidad humana fue históricamente irreversible. (Sánchez Domínguez, 2018, p. 2).

Allí donde la Psiquiatría rechazaba o aislaba a estos sujetos separándolos del mundo y relegándolos al encierro hospitalario, Freud funda una nueva forma de curar. Aquí situamos un primer punto de quiebre y una primera condición: la separación de la medicina clásica.

Es sabido que en los inicios del Psicoanálisis Freud practicaba el autoanálisis para aplicar sobre sí mismo el método que estaba creando (Freud, 1991, pp. 277-315). Lo que quiere decir que los resultados de dicho autoanálisis sumados a los de su labor clínica constituyeron la materia prima sobre la cual se originó el saber psicoanalítico. Aquí hay un segundo punto de quiebre importante con la forma clásica de producir conocimiento científico: "contrario a la rigidez racional el psicoanálisis nos ha demostrado que, la realidad de quien investiga no puede desarticularse de los procesos de subjetivación que constituyen su posición misma como sujetos deseosos de producir un saber" (Sánchez Domínguez, 2018, p. 5).

Y un tercer punto de quiebre lo ocupa la transferencia y el deseo del analista en contraposición a la lógica de investigación positivista. Mientras que esta pretende resguardar al sujeto de cualquier tipo de observación personal dentro de la interacción con el objeto de estudio, hacer de la investigación como experiencia humana un proceso objetivo, controlable, repetible y comprobable, el análisis personal es

lo que permite trabajar sobre la transferencia y hacerla herramienta de interpretación; permite interrogar las dificultades que se presentan en la práctica clínica-investigativa, sin limitarse solo a intervenir sino también a conocer los efectos de dichas intervenciones.

Para la clásica filosofía del conocimiento, en el acto de conocer el sujeto es pasivo y es el objeto el que influye sobre aquel brindando una representación lo más fidedigna posible de sí mismo. La modernidad junto a Kant y su 'giro copernicano' establecen que esto es exactamente al revés: es el sujeto quien ocupa una posición activa en el acto de conocer y el objeto se somete a él, a las condiciones formales impuestas por la estructura de las facultades cognoscitivas del hombre.

Y aquí vendría un cuarto punto de quiebre en la obra freudiana: suponer que el psicoanálisis freudiano opera una nueva revolución cognoscitiva, en la cual no solo sujeto-objeto son activos en el acto de producir nuevo conocimiento, sino que además lo hacen desde una dimensión desconocida: el inconsciente. La emergencia de este saber intersubjetivo es considerado el "accidente científico" (Legendre, 2008, citado en Sánchez Domínguez, 2018) que da lugar a los esquemas teóricos prácticos que harán del Psicoanálisis una nueva disciplina. Pero he aquí que este saber intersubjetivo sólo puede constituirse como conocimiento parcial ya que el objeto-sujeto de estudio no puede ser sometido a un control racional y exacto.

Sánchez Domínguez concluye:

> la claridad teórico-práctica de Freud y la posición ética con la cual se condujo en cada momento de la historia de su movimiento no deja ninguna duda de que sus descubrimientos fueron por demás sistemáticos y rigurosos, sin embargo, al desarrollarse ésta investigación en la singularidad de cada caso no se admite comparación con una práctica investigativa donde el objeto que se estudia puede ser aprehensible, observable y cuantificable. (2018, p. 11).

Enunciado

En este apartado trataremos de definir lo que entendemos por enunciado, como pieza clave de nuestro trabajo de investigación. La metapsicología freudiana es el ejemplo más claro para demostrar que el Psicoanálisis se soporta en una estructura hecha de representaciones (Sánchez Domínguez, 2018). Y puede que aquí se encuentre el escollo más grande que lo alejó de los cánones oficiales de cualquier

ciencia natural. Insistimos en este alejamiento porque resulta útil como prueba de lo que Foucault señaló en su *Arqueología del Saber* (1970), al decir que la historia del pensamiento multiplica las discontinuidades y rupturas en detrimento de la historia a secas, que parece borrar la irrupción de los acontecimientos.

Hablar de representaciones en el sentido que lo entiende el Psicoanálisis es hablar de discurso, de una forma particular en que el inconsciente plasma sus manifestaciones. Y la obra freudiana es el intento de vehiculizar este discurso, hacerlo claro y asequible a todo aquel que esté interesado en ejercer como analizante o como analizado. En otros términos, Perrés refiere al Psicoanálisis como una disciplina que: "(…) debe ser estudiada en torno a enunciados, vueltos prácticas discursivas y transformadas luego en "saberes"" (1998, p. 7).

Foucault señala que la historia natural de los siglos XVII y XVIII (es decir, las ciencias naturales que se inauguran con la modernidad) es predominantemente "un conjunto de reglas para poner en serie unos enunciados, un conjunto de esquemas obligatorio de dependencias, de orden y de sucesiones en que se distribuyen los elementos recurrentes que puedan valer como conceptos" (Foucault, 2015, p. 78). Como se observa al leer con detenimiento el texto de este autor, el orden como la relación entre distintos elementos se vuelve clave para comprender la lógica discursiva sobre la que se edifican los enunciados que se instalan como saberes o que pretenden guardar un estatuto de verdad. "Lo que pertenece propiamente a una formación discursiva y lo que permite delimitar el grupo de conceptos (…) es la manera en que esos diferentes elementos se hallan en relación los unos con los otros" (Foucault, 2015, p. 81). Es decir, la validez y la legitimidad no está dada por el enunciado en sí, como ente aislado e individual, sino por su relación y función en medio de un conjunto más grande de enunciados en el cual aquel se incluye.

Al momento de identificar una definición de enunciado en Foucault, se aprecia que se trata de algo complejo y multidimensional:

> "(…) una función de existencia que pertenece en propiedad a los signos y a partir de la cual se puede decidir, a continuación, por el análisis o la intuición, si "casan" o no, según qué reglas se suceden o se yuxtaponen, de qué son signo, y qué especie de acto se encuentra efectuado por su formulación (oral o escrita) (…) no es en sí mismo una unidad sino una función que cruza un dominio de estructuras y de unidades posibles y que las hace aparecer, con contenidos concretos, en el tiempo y en el espacio" (Foucault, 2015, p. 115).

Según lo que establece Foucault, habría dos características destacadas en esta forma de entender lo que es un enunciado. La primera: se trata de algo más que una mera frase o un conjunto de oraciones:

> (…) El campo asociado que hace de una frase o de una serie de signos un enunciado (…) está constituido (…) por la serie de las demás formulaciones en el interior de las cuales el enunciado se inscribe y forma un elemento […] Una secuencia de elementos lingüísticos no es un enunciado más que en el caso de que esté inmersa en un campo enunciativo en el que aparece entonces como elemento singular. (Foucault, 2015, pp. 128-130).

Y la segunda de estas características obedecería al plano de la interrelación:

> No existe enunciado que no suponga otros; no hay uno solo que no tenga en torno de él un campo de coexistencias, unos efectos de serie y de sucesión, una distribución de funciones y de papeles. Si se puede hablar de un enunciado, es en la medida que una frase (una proposición) figura en un punto definido, con una posición determinada, en un juego enunciativo que la rebasa. (Foucault, 2015, pp. 130-31).

La materialidad que pueda tener el enunciado, dice Foucault, está más del lado de la institución que de una localización espacio-temporal. Identidad y peso están dados por el lugar y la función que ocupa con relación a un conjunto más amplio, por el dominio en que puede ser utilizado o aplicado, por el rol o función que ha de desempeñar. Decir ‘la tierra es redonda’ o ‘las especies evolucionan’ no alteran en nada la estructura gramatical o semántica de las palabras, lo que se modifica es la relación de esas afirmaciones con otras proposiciones (Foucault, 2015). Por ello esta identidad no es eterna e inmutable, es relativa y oscila de acuerdo con el uso y la manipulación que se hace de él. En todo caso, la conservación o constancia dependerá del campo de utilización en que se encuentre inserto.

El enunciado aparece entonces, en palabras del mismo Foucault, como:

> (…) un objeto específico y paradójico, pero como un objeto, a pesar de todo, entre todos los que los hombres producen, manipulan, utilizan, transforman, cambian, combinan, descomponen, y eventualmente destruyen. En lugar de ser una cosa dicha de una vez para siempre -y perdida en el pasado como la decisión de una batalla, una catástrofe geológica o la muerte de un rey-, el enunciado, a la vez que surge en su materialidad, aparece con un estatuto, entra en unas tramas, se sitúa en

> campos de utilización, se ofrece a traspasos y a modificaciones posibles, se integra en operaciones y en estrategias donde su identidad se mantiene o se pierde. Así, el enunciado circula, sirve, se sustrae, permite o impide realizar un deseo, es dócil o rebelde a unos intereses, entra en el orden de las contiendas y de las luchas, se convierte en tema de apropiación o de rivalidad. (Foucault, 2015, p. 138).

Este recorrido ha intentado servirse de las herramientas teóricas necesarias para abordar los enunciados sobre feminidad en la obra de Freud. Se considera que trabajar el enunciado desde una dimensión discursiva es lo más apropiado dado que este trabajo se anuda directamente con el problema del estatuto epistemológico que atraviesa al Psicoanálisis. ¿Y qué se quiere decir cuando se habla de estatuto epistemológico? En resumen, de aquellos mecanismos que subyacen a la producción de conocimiento al interior de una teoría: en qué condiciones se generan preguntas, respuestas, reflexiones y afirmaciones que le darán cuerpo a un edificio conceptual; cuál es el contexto de surgimiento y descubrimiento que acompaña a un texto o a un conjunto de ellos; qué modelos y paradigmas rigen una época, qué métodos de investigación son validados y reconocidos por una comunidad científica.

Si, como se reconoció al principio de este apartado, interesa tanto una lectura metodológica como la cuestión epistemológica de fondo, es porque no es posible pensar una sin tocar la otra. Y analizar y reflexionar en torno a los enunciados de feminidad en los textos de Freud es, de alguna manera, preguntarse por el estatuto de esos enunciados, las condiciones que los hicieron posible y a qué demanda buscaban responder. En otro sentido, por qué, para qué y para quién enunciar acerca de la feminidad.

Todas esas condiciones pueden resumirse muy bien al interior del ámbito discursivo. Es que, a fin de cuentas, toda lucha por dar con el dominio de un conocimiento, cómo y bajo qué criterios se puede dar con un saber legítimo y verdadero, no se libra más que en el campo de lo discursivo, ese espacio minado de arbitrariedades, consensos y acuerdos, aceptaciones y admisiones, adhesiones y rechazos que se hacen en un momento y lugar determinados, sujetos a transformarse, reemplazarse o desecharse según emergencias y urgencias que eventualmente puedan aparecer.

CAPÍTULO 2: El término feminidad en la obra de Freud

"Fue la visita de esa dama Louise N. (...).
«Préstame algo para leer».
Le ofrezco She {Ella}, de Rider Haggard.
«Un libro raro, pero lleno de un sentido oculto —así empiezo a exponerle—;
el eterno femenino, lo imperecedero de nuestros afectos».
Entonces ella me interrumpió:
«A eso ya lo conozco. ¿No tienes nada tuyo?».
«No, mis obras imperecederas todavía no fueron escritas»"

(Freud, 1900 [1899]).

En este capítulo se efectúa una primera aproximación a la categoría de feminidad en los textos de Freud para recuperar su génesis y sus matices a lo largo de su obra. El objetivo es ver la forma en que el autor construyó las bases de dicho término para definir si se trata de una categoría conceptual como otras presentes en el Psicoanálisis freudiano o qué lugar le correspondería.

En este capítulo se recuperan, además, el trabajo de fichado y sistematizaciones correspondientes realizados para ubicar en el interior de los textos de Freud categorías estrechamente vinculadas con la femineidad. Y, en este sentido, se presenta un exhaustivo trabajo bajo el formato de un cuadro de doble entrada.

Se destaca, por otra parte, que el capítulo se organiza a partir de tres ejes centrales que procuran realizar un abordaje histórico respecto de la temática de este trabajo final integrador. En este sentido, se incluyen los siguientes apartados: *Una aproximación a la Obra de Sigmund Freud*, *Prehistoria de la feminidad en los enunciados de Freud* y *La joven homosexual* y *las concepciones de Freud acerca de la sexualidad femenina.*

a) Una aproximación a la Obra de Sigmund Freud

Para abordar los enunciados acerca del término feminidad en la obra de Freud, se elaboró un fichado. El mismo retoma desde el primer volumen de la editorial Amorrortu -en el cual se hallan las primeras publicaciones pre-psicoanalíticas y algunas de las cartas de la correspondencia entre Freud y Fliess (1985)- hasta el último -con algunos artículos póstumos-.

A continuación, se presenta un cuadro de frecuencia en el cual es dable observar la cantidad de veces que aparecen en cada tomo, palabras clave que dirigieron la búsqueda: **sexualidad femenina**, **feminidad**, **femenino/a**, **mujer** y **niña**. Es pertinente destacar que para la elaboración de este cuadro se realizó una lectura exhaustiva y minuciosa de cada fragmento, conjunto de oraciones y párrafos extraídos en los cuales se encontraban alguna o varias de estas palabras clave, incluyendo todos los volúmenes que comprenden la obra de Freud, compilada y publicada por la editorial Amorrortu (ver anexos).

Las categorías se presentan en el cuadro según el orden en que aparecen dentro del fichado. Se observa que el termino feminidad aparece por primera vez a la altura del tomo VII, adquiriendo en lo sucesivo una aparición intermitente. Desde el tomo XVII aumentará su número de frecuencia, siendo mencionado en todos los demás volúmenes.

Por su parte, el término femenino/a hace aparición en proporciones mucho mayores al de feminidad y es comprendido en todos los tomos, mientras que el de sexualidad femenina se presenta como el más pobre en número de frecuencia, siendo mencionado por Freud solamente en 3 (tres) oportunidades dentro de toda su obra, y en una de ellas, como el título de su artículo de 1931. Lo llamativo es que bajo su rótulo se integran las elucubraciones freudianas que giran alrededor de los otros dos.

En lo respectivo a **mujer** y **niña**, puede decirse que se tomaron como palabras clave accesorias. Sin embargo, por una cuestión de organización temática, los fragmentos incorporados forman parte solo del fichado, más no se incluyen ni se trabajan en el presente análisis, siempre que no aparezcan en estrecha relación con los términos mencionados.

Cabe aclarar que, al tratarse este de un estudio de corte bibliográfico, considerar los datos desde una perspectiva cuantitativa es solo con la finalidad de ubicar en qué momento de la obra freudiana y con relación a qué problemáticas surge el interés por problematizar la feminidad.

	Sexualidad Femenina	**Feminidad**	**Femenino/a**	**Mujer**	**Niña**[1]
TOMO I	0	0	14	62	12
TOMO II	0	0	2	35	34
TOMO III	0	0	13	57	20
TOMO IV	0	0	12	99	30
TOMO V	0	0	22	62	17
TOMO VI	0	0	7	38	9
TOMO VII	1	3	44	103	36
TOMO VIII	0	0	2	28	5
TOMO IX	0	0	10	70	11
TOMO X	0	0	10	45	19
TOMO XI	0	2	23	123	7
TOMO XII	0	3	29	102	19
TOMO XIII	0	0	4	57	2
TOMO XIV	0	4	13	60	3
TOMO XV	0	0	25	54	7
TOMO XVI	0	1	10	46	14
TOMO XVII	0	7	50	70	46
TOMO XVIII	0	1	24	86	7
TOMO XIX	0	10	40	37	39
TOMO XX	0	1	9	22	6
TOMO XXI	2	14	34	76	37
TOMO XXII	0	25	42	77	45
TOMO XXIII	0	7	18	37	9

En las investigaciones del estado del debate de este trabajo, se dice que la historicidad hecha de la sexualidad femenina y cómo Freud concibe la construcción del psiquismo en la mujer, se ubican a partir de mediados de la década de 1920. Por esos años, Freud publica dos artículos en los que explicitará por primera vez que hay diferencias notables en el desarrollo psicosexual de la niña respecto del varón (Freud, 1924, 1925). Sin embargo, el trabajo de fichado (ver anexos) arroja que desde las llamadas

[1] Cuadro de elaboración propia.

publicaciones pre-psicoanalíticas (1888-1896) se anticipan varias de las ideas que posteriormente solo se retomarán con mayor rigor.

Por ello este capítulo pretende exponer primero esa prehistoria de la feminidad en Freud, para luego reconsiderar los textos donde la feminidad se trabaja en sentido explícito.

La exposición que sigue no pretende hacer una descripción en detalle de la psicopatología neurótica ni de sus características psíquicas. Se recurre a ella de manera periférica y con el propósito de describir cómo y cuándo Freud se encuentra con el malestar femenino fundante, de qué modo este lo conduce a hablar de la problemática femenina y en qué sentido se orienta para establecer a la sexualidad como piedra fundante de los procesos inconscientes y como eje a partir del cual edificar sus apreciaciones en torno a la feminidad.

b) Prehistoria de la feminidad en los enunciados de Freud

Freud egresa de la Universidad de Viena como médico neurólogo a principios de la década de 1880 (Jones, 1953). Por aquel entonces, el problema de conocimiento que desafiaba a la medicina europea era el cuadro clínico que presentaban algunas mujeres, popularmente conocidas como “histéricas”. La etimología misma del término, “hysterus”, remitía al útero, generando así una referencia directa al organismo femenino (Freud, 1888). Esto hacía pensar que la enfermedad como tal afectaba solo a mujeres. La psiquiatría clásica de la época, que diagnosticaba y trataba desde fundamentos biológicos, no aportaba esclarecimiento acerca de la etiología orgánica de la histeria, por tanto, no hallaba una explicación que lógicamente dé cuenta de los síntomas físicos que acompañaban el cuadro histérico. Concluía así en que las histéricas no tenían daños reales, sino que ‘simulaban’ las dolencias, parálisis y ataques.

Por aquel entonces, Freud había iniciado su carrera en medicina como investigador -de hecho, llegó a publicar varios trabajos muy interesantes que abarcan desde el estudio del sistema nervioso de algunos peces hasta las propiedades anestésicas de la cocaína (Jones, 1953; Freud, 1914, 1925)-. Sin embargo, por razones personales, progresivamente abandona la investigación para introducirse en el campo de los trastornos nerviosos. Y es en ese escenario donde se encuentra cara a cara con las histéricas.

Durante sus años de formación obtuvo una beca para asistir a las lecciones del médico neurólogo francés, Jean-Martin Charcot (1825 – 1893). Las demostraciones que Charcot hacía en sus clases induciendo ataques histéricos por vía de la sugestión llevó a que Freud se preguntase por las causas psicológicas subyacentes al trastorno (Freud, 1956, 1886, 1893).

Es así que durante los años 1888 a 1893, junto a un amigo y colega, Josef Breuer (1842 – 1925), comienza a ocuparse de la histeria empleando la hipnosis y la sugestión como técnicas terapéuticas. Si bien las mismas no eran tomadas seriamente dentro de la comunidad médica resultaban útiles para recomponer al paciente y liberarlo de los síntomas. Solo que dicha liberación era apenas transitoria, pues tras un tiempo se comprobaba que los síntomas volvían a aparecer (Freud, 1888, 1889, 1891, 1892-94). Esto llevó a Freud al abandono de la hipnosis y la sugestión más no de sus investigaciones acerca de la histeria y su causación.

En 1893 publica un artículo de alto contenido neuropatológico en el cual establece una diferencia entre las parálisis motrices de origen orgánico y las parálisis motrices observadas en los cuadros de histeria. Con este trabajo despeja dos cuestiones: 1) que la etiología de la histeria no tendría base orgánica, pues los síntomas no se corresponden con los observables en las afecciones físicas, y 2) que las histéricas no fingían, sino que sufrían efectivamente de padecimientos a nivel somático, por tanto, el origen y la explicación de dicho malestar habría de hallarse por otra vía. Este descubrimiento marca el momento en que Freud entra por completo en el campo de las constelaciones psíquicas.

Entre 1892-95 publica junto a Breuer *Estudios sobre la Histeria*, un compendio de casos donde las pacientes son mujeres provenientes de clase alta. Si uno se detiene en estos textos, encuentra pinturas acerca de la mujer histérica que dan muestra de un ideal femenino alimentado por la época, y el cual parece quedarle conveniente a Freud como marco de comprensión para el carácter de sus pacientes.

Al focalizar la atención en lo relacionado a Elisabeth Von R., uno de los casos paradigmáticos para este momento de la elaboración teórica, Freud la describe como una muchacha de "talento, ambición, fineza moral [y una] necesidad hipertrófica de amor" (Freud & Breuer, 1892-95, p. 175); de naturaleza independiente, terca y combativa, características todas que, a su juicio, rebasaban en mucho al ideal femenino. Dice también que ella se hallaba descontenta en su "condición de mujer" (Freud & Breuer, 1892-95, p. 155) ya que tenía planes ambiciosos, como estudiar o desarrollarse artísticamente, o rebelarse ante la idea de un matrimonio que la condujese a sacrificar su libertad y sus inclinaciones (Freud & Breuer, 1892-95).

En las descripciones que acompañan la presentación de otras pacientes (como ser, Cäcilie M. y Emmy Von N.) continúan primando calificativos similares: sobresalientes, con una seriedad ética en la concepción de sus deberes, de inteligencia y energía directamente masculinas, elevada cultura y amor por la verdad, todos rasgos de carácter que condicen además con un bondadoso desvelo por las personas a su cargo, modestia y refinamiento en el trato, volviéndose así estimables en su condición de damas.

Siguiendo la exposición de rasgos de carácter que operan como denominador común en las pacientes histéricas, Freud se preocupa en resaltar el vínculo que había entre la enfermedad, por un lado, y la

inteligencia que dominaba a estas mujeres, por el otro, dejando en claro que eran distintas de lo que, por regla general, se esperaba del comportamiento y/o aspiraciones de una muchacha por aquella época.

> (…) una histeria de la forma más grave es conciliable con las más ricas y originales dotes –un hecho que (…) ponen bien en evidencia las biografías de las mujeres importantes para la historia y la literatura-, (…) la histeria tampoco excluye un importante desarrollo del carácter y una vida consciente de sus metas. (Freud & Breuer, 1892-95, p. 121).

Con estas apreciaciones Freud se proponía diferenciar a los individuos degenerados de los predispuestos. A su juicio, llamar degeneradas a este tipo de mujeres era inapropiado, de lo contrario había que admitir que la humanidad debía buena parte de sus grandes conquistas a los empeños de individuos degenerados (Freud & Breuer, 1892-95).

Siguiendo esta ilación de pensamiento, resulta llamativo el hecho de que Freud asocie el surgimiento de la enfermedad de Elisabeth con la aparición de "un sentimiento de debilidad como mujer, una añoranza de amor en la que, según sus propias palabras, la solidez de su ser empezaba a derretirse" (Freud & Breuer, 1892-95, p. 169). Esto conduce a pensar que Freud no solo situaba a la sexualidad como causación de la histeria, sino más específicamente, a la convivencia de aspiraciones masculinas y femeninas que, por su intensidad, entraban en conflicto.

Un dato no menor al momento de pensar sobre las histéricas de Freud es el medio socio-económico del cual provenían, pues había una relación muy estrecha entre el nivel social al cuál pertenecían y el conflicto concomitante entre su sentir sexual y el deber moral. Por otra parte, no cualquiera podía costear un tratamiento que incluía sesiones largas y de varias veces a la semana.

En lo sucesivo, Freud continúa trabajando con relación a la neurosis, y afirma que, en la mayoría de los casos, las obsesiones afectan más a los varones, por el elemento activo de la vida sexual, mientras que la histeria, acorde a la pasividad sexual, muestra más afinidad con las mujeres (Freud, 1896). A esta altura Freud ya está convencido de que la sexualidad está en la base misma de las afecciones nerviosas, y de que esta se exterioriza en manifestaciones de carácter inconsciente. Es pues en esa dirección que se decide a orientar sus investigaciones, aun a sabiendas de la resistencia que ello podía generar en la comunidad médica como en la sociedad puritana y moralista de la Viena victoriana (Freud, 1914).

La publicación de *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) divorcia definitivamente a Freud de la neurología y la psiquiatría clásica dando surgimiento al Psicoanálisis como estudio y tratamiento de los procesos inconscientes. En este trabajo se inaugura la gráfica del aparato psíquico (o Primera tópica), los elementos que lo componen y las leyes que lo rigen. Este esquema le permitirá explicar el mecanismo

del sueño y de qué manera opera en favor de las manifestaciones del inconsciente, nociones de las que hará uso cuando trabaje en el análisis del caso Dora (1905 [1901]).

Sobre *La interpretación de los sueños* se encuentran algunos enunciados generales, casi supuestos, en los que la feminidad se aparece de manera indirecta. Habla de "instinto maternal" de la niña mayor hacia un hermano más pequeño (Freud, 1900, p. 261), "estado de gravidez" como equivalente de "actitud femenina" (Freud, 1900, p. 414) o "la niña como varón castrado" (Freud, 1900, p. 369). En líneas generales, lo femenino (Freud, 1900) se aparece vinculado a representaciones y simbolismos de los sueños que guardan relación con los genitales o la anatomía de la mujer, siempre manteniendo un trasfondo sexual.

Tres ensayos de teoría sexual (1905) se presenta como el texto más rico en material teórico para este trabajo en tanto es aquí donde aparecen mencionados por primera vez los términos de feminidad y sexualidad femenina, y donde germinarán de manera más o menos explícita todas las concepciones sobre el tema que irán tomando una forma conceptual más definida a lo largo de la obra freudiana. Este artículo es contemporáneo de *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905 [1901]), considerado uno de sus historiales paradigmáticos. Y puede decirse que, si hasta el momento Freud estaba preocupado en determinar las causas de una enfermedad en la vida adulta de las mujeres, ahora se vuelca a investigar las huellas de lo sexual en la vida infantil.

Aquí se encuentran varias cuestiones de extrema importancia que podrían reducirse a un enunciado principal: "la sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino" (Freud, 1905, p. 200). Esta afirmación contiene en potencia todas las tesis y elucubraciones que el autor sostendrá luego sobre la sexualidad femenina.

Por otra parte, se observa a partir de aquí que la sexualidad femenina es abordada desde los estratos más inconscientes de la psique (dimensión bio-psicológica) hasta sus aspectos más externos (variables sociológicas). Esto último se ejemplifica en un enunciado en el cual Freud habla de rasgos psíquicos femeninos o de "propiedades anímicas femeninas: pusilanimidad, timidez, necesidad de enseñanza y ayuda" (Freud, 1905, p. 131) que parece más cercano a una opinión popular que a condiciones psíquicas profundas.

También destaca que la psicopatología es útil para hallar el funcionamiento sano o esperable del aparato psíquico. Así lo demuestra en el siguiente enunciado:

> (…) en este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que (…), elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria. Estas condiciones se entraman entonces, y de

> la manera más íntima, con la naturaleza de la feminidad. (Freud, 1905, p. 202).

De lo dicho hasta aquí se puede concluir que la histeria le permite a Freud identificar ese viraje neurótico que sufre la mujer cuando su desarrollo psicosexual se ve perturbado e impedido de continuar por las vías esperables, al tiempo que aparece como el ejemplo más grafico de la convivencia y simultaneidad de rasgos psicológicos de carácter bisexual -lo masculino y lo femenino- superponiéndose unos sobre otros, sin lograr una armonía o definición duradera. Y continuando en un nivel de interpretación más profundo del fragmento anterior, se observaría una relación entre histeria, complejo de masculinidad y feminidad. En otras palabras: una disposición genética donde predominen componentes de naturaleza masculina sumada a factores accidentales de la primera infancia, conllevarían un entorpecimiento o desvío del desarrollo psicosexual, derivando en un cuadro de histeria en la pubertad.

En un fragmento del historial de Dora se lee lo siguiente:

> (…) hasta su primera enfermedad había andado pareja con su hermano, pero desde entonces se retrasó respecto de él en el aprendizaje. Como si hasta entonces hubiera sido un varón, y sólo después se hubiera convertido en una niña. Y en realidad era una criatura salvaje, pero desde el «asma» se volvió tranquila y decente. La contracción de esta enfermedad marcó en ella la frontera entre dos fases de la vida sexual; de ellas, la primera tuvo carácter masculino, y la segunda, femenino. (Freud, 1905 [1901], p. 72).

De los *Tres Ensayos para una teoría sexual* (1905) es importante destacar, además, las sucesivas notas al pie que fueron agregadas en 1915. Por esa fecha, Freud desarrollaría sus trabajos sobre metapsicología y los conceptos fundamentales del Psicoanálisis (represión, inconsciente, pulsión, etc.). Surge entonces el siguiente interrogante: ¿Por qué en este punto de la teoría reivindica lo confuso que es para la ciencia establecer conceptualmente qué es lo femenino y qué lo masculino? Una respuesta posible de arrojar es que su investigación alcanzaba su nivel más abstracto de teorización (la construcción y el funcionamiento del aparato psíquico descripto en términos metapsicológicos) y, una vez más, necesitaba encontrar un punto de apoyo en la biología, especialmente en la anatomía, como materia fundante del psiquismo. Como aclaración se agrega que en estas notas al pie tanto lo masculino como lo femenino se aparecen como sinónimos de masculinidad y feminidad.

La cuestión de lo cultural y de lo social se vuelve más significativa en el presente trabajo si es tomada desde el punto de vista epistemológico. Freud asevera que es la sexualidad del varón la que puede estudiarse mejor y la que se hace más asequible a la investigación, y agrega: "(…) la de la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable, en parte a causa de la atrofia cultural, pero

en parte también por la reserva y la insinceridad convencionales de las mujeres" (Freud, 1905, p. 137). Reconoce así el autor que las convenciones se tornan un obstáculo epistemológico importante para la tarea de descifrar la vida sexual femenina.

Sobre la incidencia de lo cultural en la sexualidad femenina volverá en 1908, al publicar un ensayo de alto contenido sociológico, cuya exposición corresponde al capítulo siguiente de este trabajo.

Para concluir con el presente apartado se dirá que la prehistoria del término feminidad comienza desde la década de 1890 y concluye en 1905. Lo que viene posteriormente es una revisión y ampliación de ideas ya mencionadas, predominantemente, en los *Tres ensayos para una teoría sexual*.

c) La joven homosexual y las concepciones de Freud sobre la sexualidad femenina

En 1920 Freud publica *Sobre la Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, artículo por medio del cual presenta los resultados del trabajo clínico con una jovencita que es llevada a la consulta por su padre, quien, por medio del análisis, quiere disuadirla de que continúe relaciones con una cocotte. Este texto resulta pertinente porque a partir de aquí podría situarse la historia del término feminidad propiamente dicha, junto a un retorno de la atención de Freud al tema de la sexualidad femenina.

Una lectura detenida permite identificar en el mismo las salidas al Complejo de Edipo femenino. La muchacha se encuentra transitando la reedición del Complejo de Edipo, esto es: con la pubertad sobreviene una activación de aquella sexualidad infantil inconsciente reprimida, que devuelve a la joven los deseos de infancia: recibir un hijo del padre como resarcimiento de la castración. Pero he aquí que un factor externo, accidental, la priva de aquello, pues ese hijo no lo recibe ella sino la madre de la joven. Conjetura así: "Tras ese primer gran fracaso, desestimó su feminidad y procuró otra colocación para su libido" (Freud, 1920, p. 151). Como puede observarse, no hay un desarrollo completo del Edipo en la mujer, pero sí una mención de dos de sus posibles salidas: el deseo de hijo, en concordancia con la ecuación simbólica pene-hijo (y la maternidad anudada al ideal de feminidad), y el complejo de masculinidad, desvío o salida alterna, producto de una frustración externa. Por lo que, en la búsqueda de un refugio para esta frustración externa, la joven retornaría hacia aquel momento en que la sexualidad poseía un carácter enteramente masculino (Freud, 1905).

En una descripción acerca de los rasgos de carácter de esta muchacha, Freud la presenta como "de genio vivo y pendenciero, tajante inteligencia y fría claridad de pensamiento" (Freud, 1920, p. 161). Opone además el complejo de masculinidad al de feminidad y arguye que la muchacha se comporta en todo como un varón: en su elección de objeto y en el tipo de amor que le profesa (Freud, 1920).

Entre 1923 y 1925 Freud publica tres artículos en los que recoge con mayor armonía los aportes mencionados en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). Nos limitamos a exponer los puntos más relevantes para el tema que nos ocupa.

En *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)* (1923), elabora la organización fálica e indica que aquí se da el primado de los genitales masculinos (premisa universal del pene) y admite que el elemento femenino adviene tardíamente, mucho después de transitada la primera infancia y el correlativo periodo de latencia. Este sería un aporte fundamental para comprender la construcción de lo femenino a nivel del psiquismo. Freud sostiene que, conforme al avance de la libido por las distintas etapas del desarrollo psicosexual, la polaridad sexual va mutando hasta alcanzar formas más definidas.

A continuación, se expone un cuadro donde observar esquemáticamente este desarrollo. Puede verse que, a las etapas oral, sádico-anal y fálico-uretral le corresponden las polaridades de tipo sujeto-objeto, activo-pasivo y castrado-no castrado, respectivamente. Es a partir de la pubertad, cuando los órganos sexuales maduran para la reproducción, donde se construye una representación psicológica de lo femenino y de la diferenciación del individuo en dos sexos. Lo masculino contendría al sujeto, la actividad y la portación del pene, mientras que lo femenino, al objeto, la pasividad y el útero como albergue del pene-hijo.

		Fases	**Polaridad sexual regente**
Desarrollo Psicosexual de la libido[2]	*Primera Infancia*	Oral	Sujeto – Objeto
		Sádico – anal	Activo – Pasivo
		Fálico – uretral	Castrado – No castrado
	Pubertad	Genital	Masculino – Femenino

En *El sepultamiento del Complejo de Edipo* (1924) sostiene que "la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico" y aquí parafrasea a Napoleón enunciando una de sus frases más icónicas: "la anatomía es el destino" (Freud, 1924, p. 185). En lo que refiere al superyó de la niña va a diferenciarlo tajantemente del varón, diciendo que este es lábil, debido a que en ella la

[2] Cuadro de elaboración propia.

castración ya es un hecho consumado, por lo que no existe la urgencia por el retiro de la libido desde el objeto al yo (narcisismo secundario). Esto también provocaría que el complejo de Edipo femenino se abandone de manera muy progresiva o no se abandone nunca. Sobre lo cual agrega: "ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual" (Freud, 1924, p. 185).

En relación directa al termino feminidad solo dirá que las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir le son intrínsecamente características (Freud, 1924).

En *Algunas consecuencias psíquicas sobre la diferencia anatómica entre los sexos* (1925) volverá a estas proposiciones. Se cree aquí que el foco central está puesto en profundizar mejor el camino de la libido hacia la conformación de la feminidad. Y resalta la importancia que tiene a nivel psicológico el reconocimiento de la diferenciación sexual anatómica: es el asumirse como castrada (falta de pene) lo que a la niña la conduciría a renunciar a su virilidad, y a perseverar, como premio consuelo, en la esperanza de recibir alguna vez el pene-hijo. Siempre y cuando dicha esperanza no se vea frustrada por factores externos -como sucede con la Joven Homosexual- reforzándose el complejo de masculinidad, considerado un grave obstáculo para el advenimiento de la feminidad. Otro de los efectos que tendría el reconocimiento de la castración es el alejamiento de la masturbación, cuya práctica es considerada de carácter masculino para Freud, ya que se ejerce sobre el clítoris (pequeño pene). Aquí también sopesa el papel que la educación y la represión ejercen en la vida de las niñas pequeñas, pero insiste en que hay de base una explicación de tinte morfológico: el narcisismo herido la obliga a retirar su libido de allí y reforzar las aspiraciones de meta pasiva, ya que no se encuentra a la altura del varón como para compararse y competir con él. No obstante, esta idea será cuestionada por el propio Freud en 1931.

En lo que refiere a lo femenino, solo habla de actitud femenina, y la define como el adoptar el lugar de objeto de amor para el padre (Freud, 1925) y puede darse tanto en el niño como en la niña.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]) dirá que la angustia de castración es universal, por tanto, se presenta tanto en el niño como en la niña, solo que, esta última, al asumirse castrada de entrada, no temería la pérdida del miembro efectivamente sino la pérdida de amor por parte del objeto, un rasgo psicológico que Freud atribuirá en exclusivo a la vida amorosa femenina.

Finalmente, en 1931 redacta *Sobre la sexualidad femenina*, un artículo paradigmático dentro del campo psicoanalítico en lo que a la feminidad refiere. Aquí Freud no solo vuelve a reafirmar lo dicho previamente, sino que añade dos nuevos aportes de central importancia.

En primer lugar, aborda la fase preedípica de la sexualidad femenina en la que reconoce la fuerte ligazón madre que prevalece entre aquella y la niña. Al principio, la madre se toma como objeto de amor tanto

para el niño como para la niña, pero al alcanzar el estadio de la organización fálica, ésta última la hará culpable de haberla hecho defectuosa (castrada), y se alejará de ella en dirección al padre, de quien espera el resarcimiento a su defecto. La introducción de esta fase preedípica le es útil a Freud para justificar dos cosas: una, el cambio de objeto (de la madre al padre), y la otra, el descenso de aspiraciones libidinales activas (acordes con el objeto madre) hacia aspiraciones de meta pasiva (para ser tomada ahora como objeto de amor del padre). Esto recuerda a la polaridad sexual anteriormente planteada, dando como resultado que la niña gire de una posición primaria de sujeto a una secundaria de objeto.

El segundo aporte de este texto, y en íntima concordancia con el primero, radica en el desarrollo inédito, y ahora completo, del Complejo de Castración y el Edipo en la niña pequeña. Para ello recupera las diferencias morfológicas entre los sexos, ya planteadas en 1925, pero para centrarse en sus consecuencias psicológicas, ya no en el niño varón (en quien se había enfocado tempranamente desde 1905 en adelante) sino en la niña pequeña y en lo que deriva del reconocimiento de la castración. Aclara que el desarrollo de la sexualidad femenina tiene una dificultad extra que no sufre la del varón: a saber, el doble cambio, de zona erógena primero, y de elección de objeto, luego. El primero, introduce a la niña en el Complejo de Castración, mientras que el segundo, en plena correlación con aquel otro, la dirige hacia el Complejo de Edipo.

Al desarrollar el Edipo femenino Freud mencionará por primera vez de forma detallada las tres orientaciones que este puede tomar:

> Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esta situación desagradable. De esta actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de la virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de poseer un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados periodos. También este ‘complejo de masculinidad’ en la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Solo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina

> que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo (Freud, 1931, pp. 231-32).

Esta cita resulta de gran importancia porque sintetiza la visión de Freud sobre la feminidad y a la sexualidad como fundamento último de esta. Por otro lado, abre a interrogantes acerca de cuánto hay de mandatos sociales y culturales en el modo en que el autor lee la configuración subjetiva que lleva a un sujeto de ser una niña a convertirse en una mujer.

En 1933 Freud publica su último trabajo acerca de la sexualidad femenina, y el segundo en importancia sobre este tema. Si se vuelve sobre el cuadro de frecuencia colocado al principio del capítulo, se verá que es en esta 33ma conferencia de sus *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis* (1933 [1932]) el texto donde más veces aparece enunciado el término feminidad.

Llegado a este punto del recorrido teórico resta aclarar que Freud, en este texto, no aporta nada nuevo. Simplemente se propone reivindicar los obstáculos que ha ido encontrando a lo largo del estudio de la sexualidad femenina y limitarse a compendiar algunas contribuciones sostenidas en el tiempo.

A primera vista insiste en aquella dificultad que ya planteaba en una carta a su amigo Whilhelm Fliess (1896), sobre la dificultad de definir lo masculino y lo femenino desde la biología, que en nada se esclarece en el terreno de la psicología:

> Ahora ya están ustedes preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la feminidad. Ese esclarecimiento (…) tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que averigüemos cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos. (Freud, 1933 [1932], pp. 107-08).

Y continúa: "(…) el Psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer -una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual" (Freud, 1933 [1932], p. 108).

A pesar de las limitaciones halladas, se anima a ensayar algunas conclusiones, las que se exponen a continuación.

1. El despliegue de la feminidad está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de la prehistoria masculina;
2. Lo que comúnmente se nomina como 'enigma femenino' acaso derive del problema aun no aclarado de la bisexualidad, que además "resalta con mucha mayor nitidez en la mujer que en el varón" (Freud, 1931, pp. 229-230).

3. Las particularidades psíquicas que Freud imprime al carácter psicológico de la mujer o de lo femenino están tomadas de la observación analítica. Sin embargo, rápidamente aclara que "no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social" (Freud, 1933 [1932), pp. 121-125). A continuación, desarrolla una serie de puntos en los que se mencionan: el alto grado de narcisismo (más que de amar se trata de ser amada y en este deseo de amor participa el deseo de pene); la vergüenza (atribuida a su defecto genital); escaso sentido de la justicia (justificado en la presencia de la envidia en su vida anímica); intereses sociales más endebles y una baja capacidad para la sublimación de lo pulsional.

   Este último punto resulta de particular interés en la medida que Freud lo vincula con los alcances del trabajo clínico con pacientes mujeres. Adopta un punto de vista pesimista al reconocer que, mientras que el varón puede aprovechar mejor las posibilidades que le abre un trabajo de análisis, una mujer, de la misma edad, se muestra rígida e inmutable, como si su libido se hubiera fijado a posiciones definitivas, perdiendo así la capacidad para mudar a otras. Justifica este estado de cosas en el agotamiento psíquico que le pudo suponer el tortuoso camino hacia la feminidad.

Con este tercer apartado, concluye la historia del término feminidad en Freud. Lo que queda de manifiesto en la exposición precedente es que, en su mayoría, los contenidos teóricos acerca de la feminidad siguen una línea dialéctica, si se entiende por la misma una conversación permanente de los casos clínicos del consultorio junto a otras elaboraciones conceptuales del entramado psicoanalítico. Por otra parte, hay una ampliación y desarrollo de las ideas tempranas de la teoría freudiana, en las que se avanza desde un marco más global y general hacia el análisis y la consideración de piezas más finas y pequeñas del desarrollo psicosexual infantil femenino.

d) Conclusiones del capítulo

A partir de lo elaborado se presentarán una serie de conclusiones que siguen el orden de los apartados que constituyen la estructura de este capítulo.

En lo respectivo al Cuadro de Frecuencia de los términos considerados para el fichado, puede decirse que, mientras que las categorías de femenino/a y feminidad aparecen en mayor proporción, la de sexualidad femenina, en cambio, se presenta como la más escaza en número de frecuencia, siendo mencionada de forma explícita por Freud solamente en 3 (tres) oportunidades dentro de toda la obra, y en una de ellas, sólo como el título de su artículo de 1931. Sin embargo, debe reconocerse que es bajo

su rótulo que se integran y se justifican todas las elucubraciones freudianas que giran alrededor de los otras dos.

Sobre el apartado que aborda la prehistoria del término feminidad, se resumen y comentan dos cuestiones de extrema importancia.

La primera de ellas tiene que ver con identificar a la histeria como aquel obstáculo epistemológico que a Freud le abrió paso hacia otras vías de investigación. Con *Estudios sobre la histeria* (1892-95) se inauguran por lo menos dos aspectos acerca del estudio de la feminidad:

1. La detección de aspiraciones de carácter tanto masculinas como femeninas en individuos del género femenino y el hecho de que al desenvolverse en intensidades parecidas puedan desatar un conflicto anímico que desembocaría en un cuadro de histeria;
2. La diversidad de conductas frente a las representaciones y sensaciones sexuales cuya variación se subordina a los imperativos y mandatos sociales, la influencia de la educación y los deberes morales.

La segunda cuestión de importancia está dada por los *Tres Ensayos de teoría sexual* (1905) y la afirmación de Freud del carácter completamente masculino que posee la sexualidad infantil femenina. Se reconoce esta afirmación como una tesis central y contenedora de todas las hipótesis y elucubraciones freudianas posteriores porque en sí misma contiene elementos que se abordarán en profundidad de allí en adelante.

A saber:

i. la problemática conceptual que supone definir lo masculino y lo femenino (sobre este tema se trabajará más en profundidad en el siguiente capítulo);
ii. la oposición activo-pasivo como correlato psicológico de un fundamento biológico;
iii. la diferenciación en la sexualidad de la niña respecto de la del niño, dada por el cambio de zona erógena y de elección de objeto;
iv. la naturaleza masculina de la libido (que es también justificada desde la biología), y
v. la influencia de lo cultural: de qué forma el modo de vida, las convenciones sociales y la educación adquirida marcan diferencias cualitativas entre hombres y mujeres en su forma de vivir, experimentar y significar la sexualidad.

Si, por otra parte, se efectúa una lectura conjunta de los desarrollos sobre la histeria y los *Tres Ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905), la histeria como cuadro clínico podría estar en correlación con la segunda de las tres salidas que Freud propone para el Edipo femenino: el complejo de masculinidad y la hiperinsistencia en sostener los rasgos viriles de la primera infancia. Esta idea se refuerza si se vuelve

sobre aquellos rasgos de carácter con los que eran descriptas las histéricas de *Estudios sobre la Histeria* (Freud & Breuer, 1892-95) así como esta doble fase en la vida sexual infantil de Dora, donde en una predominaba lo masculino mientras que la segunda giró hacia el primado de lo femenino (Freud, 1905 [1901]). En todo caso, la histeria como tal no sería un equivalente del Complejo de Masculinidad sino algo situado entre medio: una salida que vacila y oscila entre lo masculino y lo femenino.

En lo respectivo al segundo apartado, cabe destacar que la importancia de las variables sociológicas cobra cada vez mayor consideración en las elaboraciones de Freud, pero siempre como un elemento secundario y no preponderante, como sí se aparece la dimensión biológica. En sus enunciados las conjeturas siempre terminan por señalar a la biología como el correlato directo de las representaciones psicológicas acerca de la sexualidad. Al menos así lo deja ver la tercera de estas orientaciones, considerada como la ideal y auténticamente femenina, y vinculada estrechamente a la maternidad, remediadora del conflicto anímico que supone la aceptación de la castración.

CAPÍTULO 3: Biología y cultura: una tensión constante en la obra de Freud

"Quiero vivir oscura y muellemente en mi feminidad. Quiero un hombre que se eche encima de mí, siempre encima de mí. Que su voluntad, su placer, su deseo, su vida, su trabajo, su sexualidad sean mi piedra de toque, el mandato, mi punto de apoyo. No me importa trabajar y conservar intelectual y artísticamente mi propia vida, pero como mujer, oh Dios, como mujer quiero ser dominada"

Anaïs Nin (1992)

En este apartado, se abordarán las perspectivas a partir de las cuales el autor investigado construyó los enunciados de feminidad. De los datos extraídos del trabajo de fichado, y junto a una segunda lectura analítica y pormenorizada de estos, se identifican al menos dos campos de gran influencia en la producción teórica que realizó Freud en torno a la sexualidad femenina. Y se dice sexualidad femenina porque, como se verá en lo que sigue, esta contiene el germen de todo lo relativo a la feminidad.

Con la siguiente exposición el lector encontrará que la organización del capítulo inicia retomando el marco social y cultural de la época de Freud, y cuyos efectos de sentido son identificables al interior de sus enunciados. La exposición de dicho marco se limita a la lectura y el análisis de los fragmentos freudianos (esto es, los escritos por el mismo Freud) ya que, por cuestiones de extensión, sería pretencioso reconstruirlo desde otra bibliografía ajena a la de nuestra muestra de estudio. El considerar los aspectos sociales y culturales en su obra permite ubicar la dimensión más periférica al tema central de la investigación, para descubrir cuáles son aquellos rasgos de este que estarían presentes en las concepciones freudianas acerca de la feminidad.

Seguidamente se retoman cuestiones más intrínsecas (o inconscientes), que son situadas en el terreno de la biología, para delimitar cómo esta oficia de soporte y basamento rocoso de la construcción del psiquismo.

Y para finalizar, se pretende identificar aquellos rodeos e interrogantes que Freud no pudo salvar. Este tercer y último punto efectúa una revisión del concepto de bisexualidad y de qué modo el mismo, desde las consideraciones realizadas para este presente trabajo, simboliza la piedra angular como también un enorme obstáculo de conocimiento en lo que constituyen sus averiguaciones en torno a la feminidad y a la sexualidad femenina. Se admite que el tema es de una complejidad significativa por lo que el capítulo se limita a trabajar solo con aquellos aspectos más relevantes en lo que a la sexualidad femenina y a la feminidad refieren.

a) Usos y costumbres. La función de la cultura, la educación y las convenciones en la constitución de la feminidad

En este primer apartado, se analizan fragmentos y oraciones que contienen ideales, costumbres, tradiciones y juicios de valor acerca de la mujer y de lo femenino. Con ello se pretende demarcar cuánto de lo social y de lo cultural condiciona a los enunciados freudianos y en qué medida respaldan o anulan sus concepciones acerca de la feminidad.

En el capítulo anterior, se mencionó que el nacimiento del Psicoanálisis se justifica en buena medida por el malestar histérico, para el cual el conocimiento médico de la época no tenía respuestas ni tampoco pretensiones de encontrarlas. En *Estudios sobre la histeria* (Freud & Breuer, 1892-95), Freud describe el carácter de estas pacientes sirviéndose de juicios de valor y representaciones que se asociaban a lo viril: inteligencia, terquedad, espíritu combativo; deseos de estudiar y/o adquirir formación, inclinaciones artísticas, rechazo al matrimonio y a la subordinación a un otro que condicione la libertad individual. Tal es así que encuentra aquí una primera incongruencia -y causa posible de la fuente de malestar- entre las aspiraciones de estas jóvenes y lo que su medio social deparaba para ellas.

Dentro de este orden de ideas, en *Tres Ensayos para una teoría sexual* (Freud, 1905) (texto contemporáneo a *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905 [1901]) o popularmente conocido como el Caso Dora) se observa que, en su intento por explicar la sexualidad infantil y considerar su desarrollo como homólogo para ambos sexos, Freud afirma que los diques morales impuestos por la represión (vergüenza, moral y asco) se cumplen antes y con menor esfuerzo en la niña pequeña (Freud, 1905). Si bien no analiza detenidamente las causas que lo expliquen, se halla una reconducción al papel que la educación juega en ello.

Al interior de esta obra, también se encuentra un paralelismo entre el niño como un “pequeño perverso polimorfo” y la “mujer ordinaria no cultivada” (Freud, 1905, p. 175) en la cual Freud encuentra una idéntica disposición perversa polimorfa. Llega a decir que es la cualidad que la prostituta explotaría en su oficio. Estos enunciados resultan de interés porque la expresión ‘mujer ordinaria no cultivada’ tendría como supuesto una categoría dentro de la sociedad, a la que pertenecerían individuos femeninos que, por sus condiciones materiales de existencia, no tendrían o no habrían tenido el acceso a una educación de carácter instructivo, como sí la tenían mujeres que pertenecían a otra clase social. En otros términos, es como si estas mujeres ‘no cultivadas’ intelectualmente hubiesen quedado fijadas a un punto del desarrollo sexual sin posibilidad de superarlo. Freud aun no aborda de manera explícita los efectos que la educación y los ideales culturales tendrían en la configuración psíquica de la feminidad, pero esta comparación permite ver que ya los estaba considerando.

Por lo demás, admite la dificultad que le implica efectuar averiguaciones acerca de la vida amorosa [sexual] de la mujer considerándola inmersa en una "oscuridad impenetrable", que se explicaría por la "atrofia cultural, reserva e insinceridad convencionales en las mujeres" (Freud, 1905, p. 137).

Desde 1908 y hasta 1918 aproximadamente, se despliega un período sociológico y antropológico en la obra de Freud, que se explicaría por el hecho de que, anteriormente, se había enfocado en trabajar los canales por medio de los cuales se manifestaba el inconsciente. Esto es: el sueño (Freud, 1900 [1899]), los lapsus y actos fallidos (Freud, 1901) y el chiste (Freud, 1905). Ahora busca dar solidez a estas averiguaciones mediante estudios acerca del comportamiento de comunidades primitivas, por ejemplo, entre otros. Como se observa, todos los trabajos son contemporáneos a sus investigaciones acerca de la sexualidad infantil. De allí en adelante Freud intentará investigar el antagonismo entre cultura y vida pulsional, entendiendo que es aquella la que reprime las libertades sexuales, tan pujantes en la primera infancia, con el fin de que el pequeño perverso polimorfo se integre correctamente al entramado social. En otras palabras, que el cachorro humano devenga en un sujeto pensante-hablante capaz de convivir con cierto grado de armonía entre sus semejantes.

De estos diez años de producción, interesa detenerse en *"La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna"* (Freud, 1908), texto que inaugura las inclinaciones culturales de Freud como posibles contribuciones a la comprensión del desarrollo sexual humano. Aquí se amplían nociones que habían sido presentadas en los *Tres ensayos…* (Freud, 1905) cuando introduce el período de latencia sexual, acarreado por la salida al Complejo de Edipo y la instauración del superyó y el ideal del yo. En líneas generales, Freud expone la relación entre moral sexual y nerviosidad moderna, argumentando que la contracción de enfermedades nerviosas es producto de las limitaciones que la sociedad impone a la pulsión sexual, en pos de levantar el edificio cultural. Freud asume que es la educación la que se ocupa de poner un freno a los impulsos libidinales, para reencauzarlos hacia la consecución de metas culturalmente aceptables. La parte negativa de dicha operatoria se daría cuando estas exigencias culturales y sociales se vuelven tan grandes que pierden de vista satisfacciones y placeres necesarios para la vida individual. Y en pos de elevar espiritualmente al sujeto, derivan en un fracaso de la vida sexual que resulta en la contracción de neurosis o enfermedades nerviosas de otro tipo.

El tomar en cuenta y esclarecer esta dimensión de la vida humana, le permite a Freud comprender el impacto diferenciado que tiene la moral cultural sobre la sexualidad de los pueblos: mientras que el varón puede ser sexualmente sano y amoral a nivel social, la mujer se diría moralmente aceptable, pero a costa del fracaso y la enfermedad en lo concerniente a su vida sexual. A diferencia del primero, ella sufre más la tiranía de las convenciones y de los mandatos educativos impartidos, puesto que, no solo se le deniega todo tipo de actividad sexual (cosa que comparte también con el varón) sino que además se le deniega toda inclinación o saber acerca de lo sexual. La represión actúa no solo en el plano de los

hechos sino también en el de las ideas, y la mujer es criada así en ideales de ingenuidad, pureza e indiferencia. Tanto es así que cuando por fin accede a la vida matrimonial y la sociedad consiente ahora el despertar sexual, se siente desorientada, extrañada, experimentando con displacer o ajenidad (frigidez) la vida conyugal al lado de su partenaire sexual. Pero he aquí lo interesante: tras estas exposiciones, Freud sostiene que la fuerte represión sexual que recae sobre el género íntegro de las mujeres afecta, inevitablemente, su desarrollo intelectual: "el hecho indudable de la inferioridad intelectual de tantísimas mujeres debe reconducirse a la inhibición de pensar que se requiere para sofocar lo sexual" (Freud, 1908, p. 175).

Así, Freud concluye el artículo con una fuerte crítica hacia las imposiciones de la moral sexual cultural a la vida matrimonial y sexual que, lejos de contribuir a su mejoramiento, las estropea. Sin embargo, dicha critica se dirige a los medios y no al fin último que aquella persigue. Aunque preocupado por la situación social de las mujeres, no apunta a concebirlas libres o por fuera del ideal que se espera de ellas.

Estas conjeturas se refuerzan a partir de lo que dice en las *Conferencias de introducción al Psicoanálisis* (1915-1917) donde vuelve sobre los perjuicios que la educación ocasiona en la vida amorosa de la mujer: "su formación intelectual ha rebajado su interés por el papel femenino a que está destinada" (Freud, 1917, pp. 321-22). Este enunciado abre a, por lo menos, dos interrogantes: primero, ¿qué entendía Freud por formación intelectual? ¿Era la misma formación por la que clamaban las histéricas de sus *Estudios sobre la histeria* (Freud & Breuer, 1892-1895)? ¿Comprende la noción de lo intelectual en el mismo sentido en que la utilizó en 1908? Y segundo, ¿a qué tipo de papel femenino se refiere? ¿Cuál es ese destino al que la mujer estaría fijada? Quizás asomen algunas respuestas dentro de estas mismas conferencias al tropezar con una alusión a la histeria, cuando recuerda a Anna O., paciente de su entonces amigo y colega Josep Breuer, y dice: "a pesar de su restablecimiento, en cierto aspecto permaneció segregada de la vida; quedó por cierto sana y capaz de rendimiento, pero se apartó del destino normal en la mujer" (Freud, 1917 [1916-1917], pp. 250-51), y en una nota al pie se aclara que nunca se casó[3].

El análisis procedente se conecta con ideas similares que se encuentran acerca de la relación entre la educación en la mujer y el mínimo de apetencia sexual que la diferencia del hombre. En *El creador literario y el fantaseo* (Freud, 1908 [1907]) alude a la otredad que caracteriza la vida amorosa de la mujer: "la reserva y la seducción, la ternura plena de entrega y la sensualidad en despiadado acecho que devora al varón como a algo extraño" (Freud, 1910, p. 101). Estas apreciaciones son enmarcadas dentro de la simbolización de la mujer o de lo femenino que se hace por la vía artística masculina.

[3] La nota al pie es un comentario del compilador James Strachey, tomada de la biografía de Freud realizada por Ernest Jones (Jones, 1953).

Entre 1910 y 1918 publica una serie de tres ensayos que nomina *Contribuciones a la Psicología del amor* (I, II y III). Continúa trabajando los aspectos socio-culturales de la sexualidad en hombres y en mujeres, las diferencias en el modo en que la asume y la manifiesta cada uno, y los tipos de relaciones que cada quien establece con el objeto amoroso. En este compendio se encuentran ideas tales como que el valor [social] de la mujer se halla regido por su integridad sexual y el rasgo de liviandad lo rebajaría (Freud, 1910) o que, aunque suene poco alentador, la felicidad de la vida sexual de un hombre depende de superar el respeto por la mujer y admitir el incesto con su madre y su hermana (Freud, 1912). Marca además una diferencia en el modo en que cada uno se vincula con el objeto sexual: mientras que el varón necesita degradarlo, la mujer tiene que ocultarlo y mantenerlo bajo la categoría de lo prohibido. Justifica esta inclinación al rol desempeñado por la educación y las sofocaciones pulsionales que impone.

En *El tabú de la virginidad* (1918 [1917]) trabaja la idea de un horror básico a la mujer que se justificaría en el hecho de representar la diferencia, lo misterioso e incomprensible, lo ajeno y lo hostil, generando un temor en el varón, a que se contagie de su feminidad, sea debilitado y se vuelva incompetente. La expresión de 'horror básico' se retoma de sus investigaciones acerca de las huellas psicológicas heredadas del hombre primitivo, tema que abordó en *Tótem y Tabú* (Freud, 1913), ensayo antropológico por excelencia dentro del psicoanálisis freudiano. Este texto, como lo indica su nombre, recoge las reacciones de la mujer ante el primer coito, centrándose en la descarga de hostilidad y rechazo que recibiría el hombre que la abordase, pero siempre desde una perspectiva primitiva. Freud busca apoyarse en la antropología en su intento de justificar y diferenciar las conductas de hombres y mujeres respecto al objeto sexual. Lo interesante de este texto es que afirma que las secuelas que deja una educación o tradición severas en la vida sexual de una mujer, pueden ser superadas, e incluso puestas a su favor, por el hombre que le prodigue paciencia y un trato amoroso.

Se observa que al final de la obra *Sobre la sexualidad femenina* (1931), vuelve a mencionar el papel de la educación en la niña, y atribuye que la hostilidad que esta experimenta contra su madre se justificaría en buena medida porque sobre aquella recae el deber de instalar los hábitos de higiene y comportamiento, típicamente femeninos.

Cabe considerar, por otra parte, que en lo que a los juegos infantiles y objetos de preferencia se refiere, Freud cree advertir que la "predilección" de la niña pequeña por jugar con muñecas es "signo del temprano despertar por la feminidad" (Freud, 1931, pp. 237-38). Si bien la identificación e imagen del cuerpo propio desempeña un lugar muy importante en el modo en que niños y niñas se representan a sí mismos y en relación con su entorno, el enunciado se lee como si se tratase de un rasgo psicológico, y no como un aspecto perteneciente a la crianza como dispositivo de adaptación cultural.

Con lo expuesto hasta aquí se da por finalizado el apartado acerca de la incidencia de lo social y lo cultural en los enunciados freudianos acerca de la feminidad. Si bien se está frente a un tema que merece mayor detenimiento y análisis, el presente apartado se limita a concentrar los aspectos más relacionados con el tema de la feminidad. Es importante aclarar que Freud insistía en desestimar el carácter misógino que podían sugerir sus apreciaciones. En *Introducción al narcisismo* (1914) dice que se encuentra lejos de menospreciar a la mujer en su pintura de la vida amorosa femenina, y añade: "estas conformaciones responden a la diferenciación de funciones dentro de una trabazón biológica en extremo compleja" (Freud, 1914, p. 86). Y en relación directa con la dimensión biológica es que se presenta el apartado que se incluye a continuación.

b) La sexualidad femenina desde una perspectiva biológica y el enigma de la diferencia sexual

En el desarrollo del presente subapartado, interesa colocar el foco en aquellos enunciados que permiten analizar la importancia que Freud le atribuyó al componente biológico como sedimento y cimiento de los procesos psicológicos posteriores. En ellos se observa la fuerte herencia médico-científica que atravesaba a las conceptualizaciones de Freud, no solamente en la forma en que las expresaba sino en el modo en que buscaba justificarlas.

En lo siguiente, se verá un desarrollo en sentido cronológico de la evolución sexual con base en la anatomía y la constitución psíquica resultante. Esta revisión permitirá sobre el final revisar la tensión biología-cultura presente en la obra de Freud y su impacto en las concepciones acerca de la feminidad y la sexualidad femenina. En principio se abordará el desarrollo sexual anatómico y sus derivados, y se finalizará con el enigma que acarrea la diferenciación del ser vivo en dos sexos.

i. El desarrollo sexual anatómico y sus correlatos a nivel psicológico

Como ha sido mencionado en más de una oportunidad, el texto con el cual Freud inaugura el estudio de la sexualidad infantil es *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). Es aquí donde trabaja, entre otras cosas, el concepto de Complejo de Edipo entendiéndolo como heredero de las identificaciones paternas e instaurador de un tipo y un modo de relación con el objeto. Sin embargo, durante un largo período Freud sostendrá que este fenómeno, así como el desarrollo psicosexual infantil en su conjunto suceden en modo idéntico tanto en la niña como en el niño. Incluso en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1915 – 1917) plantea que "para que la niñita se haga mujer importa mucho que el clítoris ceda a tiempo y por completo esa sensibilidad a la vagina" (Freud, 1917, p. 290) pero pese a la

insistencia en este cambio de zona erógena altamente significativo continúa pensando que el Edipo es de alcance universal y que se desenvuelve en un todo igual en ambos sexos, acorde a las respectivas especificidades de cada caso. En un Edipo esperable esto es que el niño se identifica con el padre y toma por objeto de amor a la madre, y la niña se identifica con la madre y toma como objeto de amor al padre.

Sin embargo, en *De la historia de una neurosis infantil*, instala la idea de "la castración como condición de la feminidad" (Freud, 1918 [1914], p. 72), significativa desde varios puntos de vista si se considera que replantearse el despliegue de la castración de acuerdo con cada sexo, lo llevará prontamente a comprender que, cuando el niño sale del Edipo ante el inminente temor de que se realice la amenaza de castración, la niña se introduce en él debido a que ya se reconoce como castrada. En otras palabras, si se puede identificar un momento en Freud para situar el surgimiento del Edipo femenino junto a sus particularidades, sería a la altura de estos textos.

En *Sobre las transposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal* (Freud, 1917), ya menciona la ecuación simbólica que deriva de esta castración femenina consumada. La niña nunca aceptará plenamente la carencia del miembro viril ni resignará completamente sus identificaciones masculinas infantiles, por lo que el deseo de pene seguirá siempre vigente, solo que mudará luego al deseo de varón (identificación con el portador del miembro deseado) para luego albergar el deseo de hijo (figuración simbólica del pene). Plantea esta como la salida ideal, ya que un fragmento de esa masculinidad resignada se transfiere a la feminidad y se vuelve inocua para la función femenina. Freud deduce de esto que es por el lado de la maternidad que la naturaleza le devuelve a la mujer aquello que en principio le deniega. Reconoce entonces en el deseo de pene un deseo auténticamente femenino.

No obstante, puede ocurrir que el tránsito deseable, por razones constitucionales o factores accidentales, arruinen el devenir de la feminidad y el sujeto gire hacia un acentuado complejo de masculinidad, una histeria o una homosexualidad manifiesta. Y esta última posibilidad introduce a *Sobre la Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920). En este caso, Freud inicia señalando los rasgos viriles en la joven, no solo a nivel del carácter sino también de lo físico, como en la elección de su objeto y la actitud abiertamente masculina hacia él. Intenta reconducirlos a una explicación biológica (caracteres somáticos hereditarios) pero rápidamente abandona esta idea sosteniendo que "estos distingos responden más a la convención que a la ciencia" (Freud, 1920, p. 147).

Con el análisis de la joven homosexual, Freud aun no menciona la diferenciación a nivel morfológico y sus efectos en la constitución subjetiva, aunque ya anticipa las salidas que tendrá el Edipo que, como hemos visto (ver capítulo 2), las trabajará de manera exhaustiva recién una década más tarde.

Siguiendo por esta línea, en *El sepultamiento del Complejo de Edipo* (1924), Freud afirma: "la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico". Y añade:

"parafraseando una sentencia de Napoleón, 'la anatomía es el destino'" (Freud, 1924, p. 185). A partir de este momento, Freud ya no solo consiente en la idea de que hay diferencias cualitativamente significativas en el desarrollo psicosexual de varones y de niñas, sino que además éstas hallan su fundamento último a nivel del cuerpo.

Para profundizar en la cuestión, publica un año después *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925). Este artículo será de importancia capital puesto que a partir de aquí se hace explícito el interés que, de manera inédita, Freud dedica al abordaje de la feminidad. Pero, sobre todo, porque apoya en la biología la trabazón y las particularidades del desarrollo sexual y sus efectos en la constitución psíquica. En congruencia con esto se pueden leer enunciados como el siguiente: "(…) el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad" (Freud, 1925, p. 273).

Y unas páginas después agrega:

> La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración. (Freud, 1925, p. 275).

Estas últimas citas condensan dos aportes de importancia para la comprensión de la sexualidad femenina. Por un lado, que es el descubrimiento de una diferencia a nivel de lo concreto y tangible (lo anatómico) lo que producirá un efecto a posteriori: esto es, que la niña se apartaría de la sexualidad masculina para encaminarse hacia una femenina. Y, por otro lado, que una lógica a nivel de lo biológico (tener-no tener, castrado-no castrado) establecería una lógica a nivel de lo psicológico: de la aceptación, lograda o malograda de la castración, derivarían efectos de sentido. Con estas nuevas lecturas, Freud se ve necesariamente llevado a revisar y reelaborar algunas categorías tales como complejo de masculinidad y desmentida, castración, masturbación, envidia del pene, complejo de Edipo y el superyó en la mujer.

Sin embargo, estas revisiones lo devuelven, inevitablemente, a un punto antiguo y aun no esclarecido sobre la discusión acerca de la sexualidad humana: la problemática que se desenvuelve en torno a los conceptos de masculino y femenino.

ii. Masculino y femenino: dos conceptos indefinidos

La cuestión de lo femenino y lo masculino se presenta tempranamente en la obra freudiana, desde el momento en que busca establecer la diferencia entre hombres y mujeres en la contracción de neurosis (Freud, 1888). Por otra parte, en la correspondencia con Fliess, se puede ver que el interés que le dispensaba se justificaba por la necesidad de hallar bases orgánicas a las causas de la enfermedad mental (Freud & Breuer, 1892-95; Freud, 1894; 1895; 1896, 1950 [1897]).

En obras como *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) o *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), analiza las figuraciones y simbolismos que se pueden dar en el sueño o en el lenguaje, donde objetos y expresiones pueden simbolizar o dirigirse a lo masculino, y otros a lo femenino, dándose también aquellos casos en los que diversos elementos, condensan y representan ambos.

Sin embargo, es recién a la altura de *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905 [1901]) donde plantea, por primera vez, que la enfermedad de Dora establece en la paciente la frontera entre dos fases de la vida sexual, en la que una tuvo un carácter masculino y la posterior, femenino. Mencionar este punto del historial es de importancia si se recuerda que en *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908), señalará que el síntoma histérico por excelencia es aquel que reúne, bajo una solución de compromiso, una moción sexual de carácter masculino (activa) y otra de carácter sexual femenino (pasiva).

Es ese texto clave, *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), donde aparece por primera vez y con declarado interés el problema conceptual de lo masculino y lo femenino. En el apartado sobre *invertidos sexuales*, Freud menciona varias investigaciones de colegas contemporáneos que pretenden fundamentar la inversión sexual por medio de explicaciones orgánicas. Y para ello recurren al hermafroditismo. Esto da pie a Freud para adherir a la idea de que en todo ser vivo se encuentran, originariamente, ambos aparatos genitales, solo que en un estado de atrofia. En lo posterior se establecería una diferenciación progresiva en la que uno se impondrá más que el otro, y sobre los restos de aquel aparato resignado se instauran nuevas funciones que sirven de soporte a las del aparato dominante. Pero lo que Freud quiere averiguar y la biología no logra responder es qué fenómeno opera para que la diferenciación sexual tenga lugar.

El enigma de la diferenciación sexual surge entonces en la búsqueda de explicaciones para la inversión sexual. Es solo que Freud la extiende al terreno de la heterosexualidad: “en el sentido del psicoanálisis (…) ni siquiera el interés del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento, respecto del cual cabe suponer una atracción en el fondo de carácter químico” (Freud, 1905, pp. 132-33). Esto quiere decir que Freud descansaba en la idea de hallar algunas explicaciones

orgánicas a las incógnitas que planteaba la sexualidad o la relación de la pulsión con el objeto. Y seguidamente a este enunciado, afirma que solo tras la pubertad se establece la conducta sexual definitiva, premisa que sostendrá de allí en adelante.

Otro punto a destacar dentro de *Tres ensayos para una teoría sexual* (Freud, 1905) y en relación a este tema, es que presenta la polaridad sexual (ver cuadro 2, capítulo 2), la cual se constituye con arreglo a la evolución de la libido por las diferentes fases psicosexuales, con el primado de las zonas erógenas y los consiguientes puntos de fijación libidinal. Establece entonces que lo femenino forma parte del último nivel de la polaridad sexual, y no está presente en la temprana infancia, sino que adviene tardíamente, con la llegada de la pubertad. En este sentido se comprende que, en el intento de dar un contenido más preciso a los conceptos de lo masculino y femenino, afirma: "la libido es regularmente (…) de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer" (Freud, 1905, p. 200).

En una nota a pie de página agregada en 1915, Freud vuelve sobre la dificultad de definir estos dos conceptos, aduciendo que, aunque comunes a la opinión corriente, dentro de la ciencia se cuentan dentro de los más difíciles de definir. Y a continuación los divide en tres dimensiones: una biológica, una psicológica y una sociológica. De la primera de ellas dice que es la que admite la más clara definición, ya que lo masculino y lo femenino se definen por la presencia del semen y del óvulo respectivamente, y que la actividad suele ir soldada a la virilidad biológica; no obstante, hay especies donde se observan excepciones. De la dimensión psicológica, dice que lo masculino y lo femenino se pueden reconducir a la dualidad activo-pasivo, que es este el sentido en que ambas categorías se aplican dentro del psicoanálisis y que son útiles para pensar la naturaleza de la libido, que siempre es activa aun cuando la pulsión tenga una meta pasiva. Y, por último, la dimensión sociológica, es la que se refiere a la observación en la realidad de individuos masculinos y femeninos.

La cuestión de la actividad-pasividad, que se desprende de este sentido que tiene lo masculino y lo femenino a nivel de lo biológico, Freud lo anuda a pensar el papel de la mujer en su función sexual. Es decir, circunscribe un rasgo de carácter psicológico a la posición que la hembra debe adoptar en el terreno biológico: dejarse dominar y tornarse en una presa accesible al macho, en cuya agresividad la naturaleza confía la reproducción de la especie (Freud, 1915-1917). Sin embargo, Freud entiende tempranamente que esta presencia real de elementos masculinos y femeninos en ambos sexos complejiza el entendimiento de la sexualidad y la psicopatología a ella anudada mucho más de lo que él querría admitir.

> Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla

> de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos. (Freud, 1905, pp. 200-01).

Esta cita condensa el inicio de un hueco a nivel de la teoría acerca de la sexualidad femenina que Freud intentará responder en más de una ocasión, pero siempre con respuestas parciales y no del todo satisfactorias. Volverá sobre él muchos años después, cuando en *El malestar en la cultura* (1930), se lo encuentra diciendo que: "La sexualidad es un hecho biológico que, aunque de extraordinaria significación para la vida anímica, es difícil de asir psicológicamente" y que "es la anatomía, y no la psicología, la que puede registrar el carácter de lo masculino y lo femenino" (Freud, 1930 [1929], p. 103). Vuelve a sostener que en términos psicológicos la cuestión de reduce a lo activo-pasivo, y que apresuradamente queremos asociar lo uno a lo masculino y lo otro a lo femenino, pero que esta correspondencia en modo alguno se corrobora sin excepciones en el mundo animal.

Para concluir este apartado de la dimensión biológica en la obra freudiana, se mencionarán dos enunciados donde uno aparece vinculado a la problemática de conceptualizar lo femenino y lo masculino, mientras que el otro da cuenta de la aprehensión de Freud al terreno de la biología, sostenida desde el comienzo y mantenida durante toda su producción teórica.

En *Análisis terminable e interminable* (1937) sostiene lo siguiente: "para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. (…) la desautorización de la feminidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran estigma de la sexualidad" (Freud, 1937, pp. 253-54). Con esto Freud quiere decir que, si hay un menosprecio o subestimación de la sexualidad, esta no se apoyaría en cuestiones culturales o sociológicas sino en la biología, más precisamente, en la conformación anatómica diferenciada.

Por otra parte, desde un punto de vista más clínico, en *Esquema del Psicoanálisis* (1940 [1937]), se encuentra que, de las formaciones psicológicas menos asequibles al influjo psicoanalítico se cuentan: "en la mujer, el deseo del pene; en el varón, la actitud femenina hacia el sexo propio, que tiene por premisa la pérdida del pene" (pp. 192-94). La idea de que el elemento genuinamente reprimido es siempre el femenino es una idea que la sostuvo tempranamente y es hallable en la correspondencia que mantenía con Fliess (Freud, 1950 [1897]).

c) El problema (inacabado) de la bisexualidad

Con el abordaje de este concepto se concluye el presente capítulo. Como se ha mencionado en la introducción, la noción de bisexualidad es en sí misma muy rica e interesante, por lo que merecería un estudio en profundidad. Por razones de recorte que exige el trabajo aquí presente, se centra la atención en aquellos aspectos que más contribuyen a esclarecer el desarrollo de la feminidad en Freud.

Se verá que la bisexualidad aparece en diferentes textos y momentos de la obra freudiana, y estrechamente vinculada al par masculino y femenino, así como a su correlato psicológico activo-pasivo. Ambas concepciones tuvieron su desarrollo en las líneas precedentes por lo que aquí se buscará ubicar la cuestión de la bisexualidad en lo que atañe al problema de la sexualidad, en particular, de la sexualidad femenina.

Desde *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) hasta *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925), la idea de una bisexualidad constitutiva, aparece soldada a la oscilación permanente de todo individuo entre aspiraciones de carácter masculino como femenino. Esto quiere decir que, si bien había temas y conceptos dentro de la obra que no estaban claros, no habían sido una preocupación urgente para Freud. A partir de 1925, comienzan a aparecer otros enunciados, que ahora sí dan cuenta del retorno freudiano hacia enigmas anteriores. Por ejemplo, cuando dice que "masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto" (Freud, 1925, p. 276) o que "la expectativa de un acabado paralelismo entre ambos sexos era bastante natural, pero resultó desacertada. Posteriores indagaciones descubrieron profundas diferencias entre el desarrollo sexual del hombre y el de la mujer" (Freud, 1925, p. 263). En 1920, por ejemplo, afirma que: "(…) el psicoanálisis se sitúa en un terreno común a la biología en la medida en que adopta como premisa una originaria bisexualidad del individuo humano (así como del animal)" (Freud, 1920, p. 164).

Estos fragmentos resultan de extrema importancia por dos cuestiones: primero, porque ponen en evidencia un criterio epistemológico desde el cual se posicionaría Freud (el enfoque biologicista que pretende para su obra). Y segundo, porque deja entrever que hay un seguimiento y un compromiso por parte del autor con su obra en responder interrogantes que se originaron tempranamente. Esto también puede traducirse de otro modo: en los inicios, la idea de la bisexualidad constitutiva le permitía justificar la presencia de caracteres femeninos y masculinos en el desarrollo sexual infantil, así como establecer paralelismos y similitudes en ambos. Pero es con el advenimiento de la pubertad, y la maduración de los caracteres sexuales secundarios, que la diferenciación sexual propiamente dicha, acarrea nuevos enigmas que los conceptos, tal y como vienen siendo pensados, ya no pueden responder. Y es en ese preciso momento, de la mano de esta 'suerte de involución' que cree observar en el desarrollo de la sexualidad femenina, que comienza a pensar la cuestión de la bisexualidad desde otra óptica.

En 1930 escribe uno de sus textos sociológicos más interesantes, *El malestar en la cultura*, y allí expresa por primera vez que la doctrina de la bisexualidad se le presenta como un terreno oscuro (Freud, 1930 [1929]). Esta oscuridad le venía dada por el lado de la clínica con mujeres y correspondientes observaciones de los casos, porque un año después dirá que "la bisexualidad resalta con mucha mayor nitidez en la mujer que en el varón" (Freud, 1931, pp. 229-30). Para explicar esta afirmación, Freud parte de la biología y de la premisa de la zona genésica rectora: mientras que el niño solo posee una, el pene, que es desde el principio y en adelante una y la misma, la niña tiene dos: por un lado, el clítoris, zona erógena rectora de la primera infancia y cuya naturaleza es enteramente masculina, y por otro, la vagina, auténticamente femenina y destinada a relevar al clítoris tras la salida del complejo de Edipo (abandono de la sexualidad masculina infantil) y el advenimiento de la pubertad (maduración de los órganos genitales al servicio de la reproducción).

Sin embargo, Freud halla que la remoción de esta sexualidad de carácter viril no se observa en todos los casos, y encuentra en ello una complicación: "la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer de una manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente" (Freud, 1931, p. 230). Este descubrimiento le permite a Freud identificar una respuesta biológica para las dificultades en el desarrollo de la mujer hacia la feminidad, así como ubicar a la bisexualidad como causa de que la sexualidad de la niña se separe de la del varón. En otras palabras:

> (…) [la ciencia] Les hace notar que partes del aparato sexual masculino se encuentran también en el cuerpo de la mujer, si bien en un estado de atrofia, y lo mismo es válido para el otro sexo. Ella ve en este hecho el indicio de una bisexualidad, como si el individuo no fuera varón o mujer, sino ambas cosas en cada caso, sólo que más lo uno que lo otro. (Freud, 1933 [1932], pp. 105-06).

Con el estudio de la bisexualidad y sus connotaciones en la vida anímica, Freud busca que ciertos misterios que se le presentan acerca de la sexualidad humana, se respondan por las vías de la ciencia natural. Pero concluye en que esto no parece posible: "aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender" (Freud, 1933 [1932], p. 106). Este enunciado es de alto valor teórico si se considera que nuestro autor admite que buena parte de su recorrido arrojó descubrimientos muy interesantes, pero otros continúan sin esclarecimiento.

En su conferencia acerca de la sexualidad femenina, retomará la misma exposición que supo plantear en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905). Se pregunta si al no hallar la respuesta a lo que es lo masculino y lo femenino por el lado de la biología, puede venir entonces la psicología en su auxilio. A continuación, se desglosa un extenso párrafo en el cual Freud intenta un último rodeo sobre la indefinición de este problema.

Admite que el término bisexualidad ha sido trasladado al psicoanálisis para pensar las cualidades anímicas de lo masculino y lo femenino. Y agrega:

> Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. (Freud, 1933 [1932], p. 106).

Continua, y aclara que la asociación del par activo-pasivo (a la que adopta con significado psicológico) es tomada por regla general para referir a lo masculino y a lo femenino. Es decir, no es un significado del que se pueda apropiar la psicología con exclusividad, ya que la conducta sexual activa y/o pasiva es observable a simple vista en el comportamiento de una gran mayoría de seres vivos. Sin embargo, asociar lo activo a masculino y lo femenino a pasivo, encuentra muchas excepciones solo en el terreno de lo animal, donde la agresividad puede ser característica de algunas hembras y otras funciones, típicamente femeninas, como las de alimentación y crianza, se dan en algunas especies de machos. En el campo mismo de la especie humana, se observa que hay incongruencias significativas en hacer coincidir estos dos elementos: la madre, por ejemplo, es activa y pasiva respecto del hijo: lo amamanta, pero también se deja mamar por él. Y a medida que uno se aleja del ámbito estrictamente sexual, esta superposición se va tornando cada vez más errónea: las mujeres, dice, pueden desplegar altos grados de actividad en diversas direcciones, y los varones, entre iguales, no pueden establecer una convivencia con otros si no desarrollan algún grado de docilidad.

Finaliza este extenso párrafo diciendo:

> Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «femenino». Pero se los desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo. (Freud, 1933 [1932], p. 108).

Freud inicia acariciando la idea de hallar una bisexualidad bio-psicológica, capaz de explicar algunos agujeros negros dentro de la teoría psicoanalítica, pero con esta cita queda establecida una posición diversa acerca del tema. Es tajante en su aceptación de que no hay posibilidad cierta de establecer la bisexualidad a nivel anatómico como correlato de una bisexualidad anímica. No habría ningún aporte diferencial reduciendo la problemática a las nociones de actividad y de pasividad. La bisexualidad se instituye así solo como una causa posible del desarrollo tortuoso de la mujer hacia la feminidad, pero

más allá de eso, se esconden otras particularidades para las cuales la biología tampoco tendría una respuesta.

d) Conclusiones del capítulo

Por todo lo dicho hasta aquí, se puede concluir que Freud parte de la problemática que presentaban algunas mujeres a nivel socio-cultural. Es decir, mujeres que no estaban conformes con sus hábitos de vida, con los principios e ideales en los que habían sido educadas o con lo que su medio más próximo esperaba de ellas o les tenía destinado. Pertenecientes a una sociedad enmarcada en deberes éticos y morales muy estrictos, la histeria aparece como una posible vía de rebelión al status quo. Esto es lo que descubre Freud cuando comienza a escuchar a las mujeres en su consultorio. Sin embargo, una lectura más detallada permite detectar que no habría en él una preocupación política, ni mucho menos feminista. Los textos sociológicos o antropológicos lo muestran preocupado por comprender los efectos del medio cultural en el desarrollo de las mujeres, pero por la vía de identificar supuestos psicológicos que le faciliten allanar el curso que sigue la sexualidad femenina.

Lo dicho anteriormente halla justificaciones si se vuelve sobre el texto *La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna* (1908), en el cual Freud realiza una fuerte crítica a las exigencias culturales que pretenden mantener altos niveles de opresión sexual en pos de la consecución plena y segura del matrimonio, como un dispositivo básico de ordenamiento social. Pero no critica al matrimonio como institución ni a los modos en que la cultura de occidente piensa a la familia. Cuando recuerda a Anna O., lamenta que esta no se haya casado.

Con esto se quiere decir que el recorrido precedente permite identificar que lo social y lo cultural dentro de la obra de Freud, más que en tensión con la biología, se presenta como subordinado a ella. Esta afirmación se vuelve más considerable cuando se analiza la dimensión de la biología en sus enunciados acerca del devenir sexual infantil. En la histeria Freud detectó la presencia de rasgos de carácter viriles (caracteres psicológicos masculinos), y en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) sostendrá una premisa que mantendrá durante toda su obra: la niña pequeña se comporta en todo como si fuese un varón, se siente como tal y, por consiguiente, su sexualidad contiene un carácter enteramente masculino.

Por medio de la noción de bisexualidad constitutiva tomada desde la biología, Freud da con un punto de apoyo para reafirmarse en esta premisa. No establece un paralelismo entre el desarrollo sexual de varones y niñas de manera errónea, o porque lo ve todo desde una lógica masculina, o porque le faltaban piezas de análisis. Freud sostiene hasta el final que la sexualidad femenina, pese a lograr el camino hacia la feminidad por intermedio de la maternidad, que la resarce a través de un hijo de aquella carencia

constitutiva, en su fuero más interno (inconsciente) no se resigna nunca por completo a la idea de no tener un pene. A nivel de la fantasía, a nivel de lo reprimido, continúa presente.

No obstante, la bisexualidad desde su perspectiva biológica y la presencia de caracteres masculinos y femeninos en mujeres y varones a lo largo de toda su existencia, no resuelve la cuestión, dado que Freud parece ir detrás de una definición clara, consistente, que no encuentra en la biología y tampoco es respondida por el psicoanálisis y sus averiguaciones. En todo caso, puede arriesgarse una conjetura, que devuelve el foco al punto de partida: las histéricas. La histeria es el enigma freudiano por excelencia, en sentido pleno, en acto y en potencia. En acto, porque se instituye como el obstáculo de conocimiento para la medicina clásica, justificando de ese modo el nacimiento del psicoanálisis, como modelo de investigación y como tratamiento clínico. Y en potencia porque contiene en sí todos los interrogantes sobre la sexualidad femenina que Freud desplegará a lo largo de los años. Esto se corrobora cuando elabora su tesis 9 (nueve) acerca del síntoma histérico (Freud, 1908) y dice que lo característico de toda sintomatología histérica es la presencia de lo masculino y lo femenino en simultáneo. La histérica es la única que, con su enfermedad nerviosa, se pregunta qué es ser una mujer, y en sus ataques la encarna fallidamente. Freud supo leer y alojar esta pregunta, dando respuestas más o menos fallidas.

Ahora bien, lo dicho hasta aquí deja entrever que la histeria abre a Freud una puerta de acceso (entre otras) al estudio de la feminidad o al cómo una niña devendría en una mujer, en términos psicosexuales. Esto podría llevar a pensar que, si la mujer histérica se define por ser aquella que mejor encarna la oposición masculino-femenino, en la que además oscila la mayoría de los seres vivos, a la ‘mujer femenina’ ¿qué la define? Si la feminidad es, en palabras del mismo Freud, una construcción teórica de contenido incierto (Freud, 1933 [1932]), ¿se puede decir que la feminidad es en la obra de Freud un concepto? ¿Qué enunció Freud cuando enunció acerca de la feminidad? Estas son preguntas para intentar responder en el tercer y último capítulo de este trabajo integrador final.

CAPÍTULO 4: La feminidad: ¿un concepto en la obra de Freud?

"En la punta de los dedos sentía la necesidad
de escribir y en mi garganta, el gusto de las palabras,
pero no sabía qué emprender. (…) De hecho, tenía
necesidad de hablar de mí (…). Me daba cuenta
de que se planteaba un primer problema: ¿qué es lo
que había significado para mí ser mujer?"

Simone de Beauvoir (1963)

Para revisar los contenidos trabajados desde el marco teórico hasta aquí, se observa que el presente trabajo de investigación ha tenido como finalidad revisar el concepto o las conceptualizaciones freudianas acerca de la feminidad, sin perder de vista la complejidad que dicho tema implica. En otras palabras, considerando las diferentes dimensiones que atraviesan las nociones de Freud: lo biológico, lo cultural y lo social-histórico.

Como se ve en el capítulo introductorio al marco teórico de este trabajo integrador final, la construcción de conceptos y de entramados teóricos en el Psicoanálisis no tiene razón de ser si no se parte del supuesto de que responde a las demandas y emergentes de una época y momento histórico determinado. Allí confluyen saberes dominantes (como pueden serlo los discursos médico-científicos, los modelos de conocimiento o los paradigmas de producción y validación de dicho conocimiento) pero también, se dejan entrever los enunciados freudianos que constituyeron la pieza fundamental de este análisis, saberes populares, creencias y juicios de valor que circulan en el imaginario colectivo y hacen eco de un discurso social que, aunque no científico, participa en la constitución subjetiva.

Dentro de este orden de ideas, el gran aporte que el Psicoanálisis de Freud hace a la psicología es ampliar el campo de investigación que, tradicionalmente, se había ocupado de dar respuestas al malestar humano desde perspectivas experimentales, medibles y cuantificables, desechando todo aquello que no calificaba en dichos estándares.

Es desde esta lógica de investigación, holística y compleja, que se ha tratado de abordar y considerar lo dicho por Freud acerca de la feminidad. Puede decirse que lo anterior funciona como un marco o criterio de abordaje al tema, mientras que, en este capítulo final, la propuesta está en situarse sobre aquellos enunciados taxativos en torno de la feminidad para responder el interrogante que hace al título de esta investigación.

En estas páginas se trabajará sobre estas afirmaciones, así como de aquellas en las que el autor comienza a tomar conciencia de los agujeros en la teoría y los desafíos para el porvenir. En el primer apartado, se recuperan algunos enunciados en los que se observan conceptualizaciones parciales acerca de la

feminidad. Luego, balances y confesiones de carácter epistémico efectuadas por el mismo Freud respecto de sus hallazgos acerca de la feminidad y la mujer. Y para finalizar, estas piezas del análisis serán puestas en tensión con las dimensiones que se suponen fundantes de la producción de conocimiento en Psicoanálisis.

a) Freud y la feminidad como un rasgo fenoménico

En capítulos anteriores se procuró trabajar aquellos enunciados freudianos que sostenían cuestiones periféricas o generales acerca del tema de la feminidad, como ser lo femenino y la sexualidad femenina. Aquí se expondrán oraciones y fragmentos en los que aparece explícita la feminidad, para establecer en qué lugar estaría ubicada para el autor. Esto quiere decir: ¿se trata de un rasgo fenoménico? ¿Es un rasgo de carácter? ¿Una esencia innata o heredada? ¿O más bien se trataría de algo a desarrollar y adquirir?

En su ensayo sobre la *dementia paranoides*[4] realizado en base a la lectura de las memorias del presidente Paul D. Schereber, Freud hace una alusión a la "mudanza en mujer" (Freud, 1912, p. 32) como un equivalente de feminidad o de actitud femenina. Por ejemplo, ubica rasgos de feminidad en los cuidados especiales que el Dr. Schereber le procuraba a su cuerpo e imagen, situadas más allá de las inclinaciones homosexuales de aquel, que se ofrecía como objeto de amor ante la figura de su médico. En otros textos contemporáneos al mencionado, se lee: "de gracia y belleza inusuales, su aspecto era el de una genuina feminidad" (Freud, 1915, p. 263) o "bastante bien conservada, era evidente que no había dado por concluida su feminidad" (Freud, 1910, p. 221). Estos enunciados constatan que existiría un rasgo de lo femenino situable a nivel de lo fenoménico, lo visible, y por otros calificativos que acompañan a la oración, del lado de la juventud.

La presencia de lo juvenil cobra aun mayor relevancia cuando se lee, en otro texto:

> (…) las mujeres, después de resignadas sus funciones genitales, a menudo alteran su carácter de curiosa manera. Se vuelven peleadoras, martirizadoras y querellonas, mezquinas y avaras, (…), muestran típicos rasgos sádicos y anal-eróticos que no poseían antes, en la época de la feminidad. (Freud, 1913, p. 343).

[4] El término es tomado de la nominación que el propio Freud eligió para referir a este cuadro de la psicopatología.

Aquí, el componente de lo juvenil se acentúa por la expresión ‘funciones genitales’ y ‘época de la feminidad’, como si lo femenino se tratase de una cualidad anudada estrechamente a las condiciones para la reproducción: ser mujer y en edad fértil.

De este modo se evidencia la férrea posición de Freud al plano de lo biológico. Las referencias a la castración o carencia de pene también dan cuenta de este compromiso entre feminidad y anatomía, cuando afirma que necesariamente una es causante de la otra (Freud, 1917 [1918]; 1923) o bien, la feminidad puede servir como una vía de escape del varón a la rivalidad con el padre. Sin embargo, sea que opte por rivalizar o sea que opte por ponerse como objeto de amor del progenitor del mismo sexo, ambas acciones conllevan la castración como condición (Freud, 1928 [1927]). Hasta aquí, estos enunciados permiten reconocer que la feminidad implica algunas condiciones, a saber: estar castrado y ser apto para concebir y parir descendencia. Estas dos condiciones se unirían a otra más: la pasividad sexual que Freud atribuye a la hembra humana.

Como se vio en el capítulo anterior (ver capítulo 2), lo activo-pasivo es para Freud una traducción psicológica de lo masculino y lo femenino a nivel de lo biológico que, por lo demás, tampoco queda tan claro, debido a la constitución bisexual que forma parte de todo ser vivo. Esto le permite afirmar que, independientemente se trate de varones o de mujeres, la mezcla de estos dos elementos es variable. Por lo cual puede haber mujeres de naturaleza mucho más viril como hombres de naturaleza más pasible que agresiva. No obstante, se apoya en la castración (un resultado biológico) para afirmar que es la niña pequeña la que al descubrir su falta de pene debe, en su desarrollo psicosexual, renunciar a las metas activas para adoptar progresivamente las pasivas (ver capítulo 3). Esto con el fin de volverse un objeto sexual adecuadamente aprehensible para al momento de la maduración sexual, cuando los órganos genitales finalmente alcanzan la maduración requerida para la reproducción (Freud, 1905; 1924; 1925; 1933 [1932]).

La pasividad sexual es un tema que tempranamente Freud vinculó a la mujer, sobre todo cuando comenzó sus averiguaciones en torno a la etiología de la histeria (Freud, 1892-1895; 1896; 1913; 1926 [1925]). Por otra parte, es también esa temprana ligazón-madre que se establece entre aquella y la niña pequeña, de la que se desprendería un sentimiento de hostilidad, debido a las imposiciones de la educación y el cuidado del cuerpo, generalmente impuestas por cuidadoras adultas o la madre propiamente dicha (Freud, 1931). La actitud pasiva permitiría que la niña se aleje del progenitor de su mismo sexo como objeto primario de amor (elección homosexual) y tome al padre en su lugar (elección heterosexual), allanando así el camino hacia la feminidad.

Cabe aclarar que, si bien aparecen afirmaciones en las cuales la feminidad se muestra como ligada a rasgos de carácter físico, a Freud le preocupaban aquellos de carácter psicológico. Y en los últimos años de su investigación psicoanalítica (Freud, 1924; 1925; 1931; 1933 [1932]) las pretensiones estuvieron

puestas en traducir a respuestas psicológicas aquel desarrollo de la sexualidad femenina junto a todos sus desafíos y vericuetos. Así se halla que muchas de las "reacciones característicamente femeninas" (Freud, 1926, p. 199) (ver capítulo 2), se fundamentan en esta prevalencia de la envidia en su vida anímica, producto del pene del que se vio privada y cuya falta, no superaría nunca (Freud, 1937; 1940 [1938]).

b) La feminidad: ¿un misterio freudiano sin resolver?

En el recorrido previo se sitúa el comienzo de las teorizaciones freudianas alrededor de la feminidad y la sexualidad femenina propiamente dichas a partir de su encuentro con la joven homosexual (ver capítulo 2). Este momento coincide con su presentación de la segunda tópica, en la que se ve una evolución y reorganización de las instancias del aparato psíquico tal como habían sido sostenidas desde 1900. Estos movimientos teóricos tan significativos a nivel de la estructura, lo conducen a revisiones y re-conceptualizaciones que ahora se encuentran directamente orientadas hacia el desarrollo sexual femenino, ya separado y diferenciado del varón.

Sin embargo, es también en los desarrollos de este período que Freud comienza a reconocer que existen preguntas con respuestas no del todo armónicas en lo que refiere a la feminidad. En *El sepultamiento del complejo de Edipo* afirma: "es preciso confesar que nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas" (Freud, 1924, p. 185). Y un año después, en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, finaliza la exposición diciendo:

> (…) esta apreciación sólo puede sustentarse si los descubrimientos hechos en apenas un puñado de casos se corroboran universalmente y demuestran ser típicos. De lo contrario no serían más que una contribución al conocimiento de los múltiples caminos que sigue el desarrollo de la vida sexual. (Freud, 1925, p. 276).

Estas confesiones permiten reconocer que el autor no estaba satisfecho con las elucidaciones que presentaba sobre la base de su trabajo clínico. Cabe recordar que, en artículos anteriores, Freud admite las dificultades que acarreaba el tratamiento terapéutico con mujeres quienes, a diferencia del varón, eran mucho más reservadas e insinceras (Freud, 1905).

> (…) Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark*

> *continent*[5] {continente negro} para la psicología. (Freud, 1926, pp. 198-99).

Y concluye el párrafo circunscribiendo a sus averiguaciones, a saber: que sufre pesadamente la ausencia del pene o de un miembro sexual equivalente, lo cual la lleva a sentirse inferior, dando así origen a actitudes y rasgos de carácter psicológicos específicamente femeninos.

Es en esta conferencia de 1933 donde hace una síntesis y última presentación en vida del tema de la feminidad. De hecho, la bautiza con este término. La misma retoma ya varios de los puntos que había planteado en su trabajo sobre la sexualidad femenina, dos años antes. Afirma, entre otras cosas, que la feminidad se caracteriza por la predilección por metas pasivas, aclarando que esto no es igual a pasividad, ya que puede precisarse una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Agrega, además:

> (…) Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual (Freud, 1933 [1932], p. 107).

Dos aspectos son trascendentes en este punto. El primero, que Freud reivindica su concepción de que la función sexual de la mujer es la que instituye y tiñe la vida psicológica de la misma. Y el segundo, que dicha constitución psíquica o subjetiva no la da solo la función sexual, sino que la reforzaría la educación que se impone sobre la herencia biológica.

Posteriormente, añade: "el Psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer (…), sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual" (Freud, 1933 [1932], p. 108). Afirma que no pretende seguir el ulterior desarrollo de la feminidad a través de la pubertad hasta llegar a la madurez, ya que las intelecciones alcanzadas hasta entonces le resultan insuficientes.

Como los puntos esenciales de dicha conferencia ya fueron mencionados en el capítulo segundo de este trabajo de investigación, solo resta situar como novedad el reconocimiento, por parte de Freud, de que los fenómenos de la prehistoria masculina perturban el despliegue de la feminidad, los cuales justificarían el que, en diferentes momentos de la vida, la mujer oscile entre actitudes masculinas y femeninas. E incluso justifica por este lado aquello que los hombres han dado en llamar el 'enigma

[5] La cursiva pertenece al original.

femenino', que posiblemente podría ser descifrado por esta expresión de la bisexualidad en la vida de la mujer (Freud, 1933 [1932]).

Y finaliza el texto sosteniendo lo siguiente:

> Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. (…) la mujer individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjanse a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada. (Freud, 1933 [1932], p. 125).

De este modo, Freud da por concluida sus apreciaciones acerca de la feminidad. Considerando que se trata del último párrafo del texto, y del último de sus artículos publicados en vida dedicados al tema en cuestión, se reconocen al menos dos aspectos en estos enunciados: en principio, el hecho de reivindicar que su posición está del lado de la biología (y, por tanto, de la ciencia) al referirse a la 'función sexual', y por otro lado, invita a otros interesados a seguir haciendo sus propias averiguaciones acerca de la psicología femenina, ampliando el rango al género de lo literario o incluso de lo autobiográfico.

Para finalizar el apartado actual solo se dirá que, en sus últimos años de trabajo e investigación, Freud volvió a referirse al tema de lo femenino, pero solo para retomar cuestiones antiguas, las que reafirma, pero sin agregar nada nuevo. Estas se vinculan con el reconocimiento de aquellas piezas inconscientes inamovibles e irreductibles para el trabajo de análisis: en la mujer, la envidia del pene (traducida como un positivo querer alcanzar el genital masculino), y para el hombre, la revuelta contra su actitud femenina o pasiva hacia otro hombre (Freud, 1937; 1940 [1938]). Se admite que no es un tema novedoso en la obra de Freud porque, en todo caso, reformula o transforma tesis que ya anunciaba de antaño, como ser la desvalorización que el hombre profiere hacia la niña, y luego hacia la mujer, cuando descubre que ésta está castrada (Freud, 1922; 1931; 1933). No obstante, es una cuestión un tanto espinosa en la obra freudiana puesto que, mientras en algunos textos admite que esta desvalorización hacia lo femenino y la feminidad se produciría tempranamente, en otros, sostiene que lo femenino adviene de manera tardía, recién en la pubertad (Freud, 1905; 1913; 1923).

c) ¿Es la feminidad un concepto en la obra de Freud?

En los capítulos anteriores se encuentra que el término feminidad en la obra de Freud se trabaja tanto desde un enfoque cronológico como desde uno lógico. Esto quiere decir que, más allá de considerar la evolución del tema siguiendo la lectura de los enunciados a través de una línea de tiempo (el orden en que los textos fueron apareciendo) también se repasa ese ir y venir constante del autor a través de sus diversas publicaciones. Lo cual respondería a la perspectiva compleja e integral que merece el tema de la feminidad en el presente trabajo. Así se observa que existen temas que son recurrentes dentro de la obra freudiana, y cuyo foco de interés se refuerza o se debilita de acuerdo a los problemas de conocimiento a los que el autor se encuentra abocado en momentos puntuales de la producción de conocimiento.

En este apartado se retomarán las categorías presentes en el primer capítulo del marco teórico de este trabajo, para dialogar con el análisis confeccionado en los capítulos posteriores. De esta manera se intenta dar respuesta al tema en cuestión: ¿es la feminidad un concepto dentro de la obra de Freud? ¿Aplica como una nominación pasible de ser universal? ¿O más bien contempla las singularidades y particularidades del caso por caso? ¿Fue una preocupación de Freud universalizar el tema de lo femenino?

Planteados los interrogantes se hace necesario situar un encuadre posible desde el cual responder. Por lo revisado previamente, se sostiene que el Psicoanálisis tal como fue desarrollado por el propio Freud no aplica a los criterios de cientificidad de la epistemología de su tiempo, por lo cual se torna necesario pensar otros criterios que incluyan una mirada holística sobre la constitución psíquica y sus vericuetos. Al repasar los desarrollos acerca de la feminidad, desde los inicios con la histeria hasta el final, cuando intenta responder qué sería la mujer desde la función sexual, no puede desconocerse que Freud apeló a cuanta disciplina pudo en la búsqueda de respuestas. Y aun cuando sus contribuciones pretendían situarse la mayoría de las veces en el terreno de la biología como rama de las ciencias naturales, esto no lo limitó en sus anhelos de explorar más allá. Por lo cual se insiste en no descuidar ni mucho menos descartar la importancia de la dimensión socio-histórica en el proceso psicoanalítico de construcción de conocimiento.

Este posicionamiento buscaría responder a dos de las preguntas precedentes, a saber: el Psicoanálisis freudiano no puede (ni pretende) cumplir con los requerimientos del positivismo del siglo XIX ni de las ciencias duras del siglo XX, ni tampoco está en condiciones de saldar satisfactoriamente las demandas del nuevo milenio, que operan bajo una lógica de organización social-histórica muy distinta a la de la Viena del siglo pasado.

Sin embargo, estas cuestiones no obturan el diálogo con los escritos freudianos. En efecto, el mismo Freud comete actos de 'honestidad intelectual' al admitir que se enfrenta a interrogantes para los que no tiene una respuesta o las que ensaya le resultan incompletas, insatisfactorias y vagas (Freud, 1925; 1933). Más allá de su toma de posición como investigador, no debe desconocerse que, lejos de ser el científico aislado en su laboratorio y ajeno a todo contacto con la realidad fue, en cambio, un ávido interlocutor que se mantenía actualizado respecto de las novedades y debates de su tiempo.

En lo que pertenece al campo conceptual y al modo en que Freud conceptualizaba, como ya se ha visto, el autor no perseguía partir de ideas claras y definidas, sino más bien reservarse a describir una serie de casos, estudiarlos, cotejarlos y, luego, agruparlos e insertarlos en otras conexiones. Esta representación se hace más clara al observar cómo fue construyendo sus enunciados acerca de la feminidad. Freud iba de lo particular (el caso por caso) hacia lo general (la búsqueda de una ley o patrón que los agrupe bajo una misma denominación). Y en esa línea sí puede decirse que quizás acariciaba la idea de alcanzar un conocimiento de carácter universal respecto de la feminidad. Sin embargo, no abandonaba la sensatez de reconocer que sus observaciones podían bastar para apenas un puñado de casos, y apreciarse, nada más, como otra contribución a los caminos posibles que emprende el desarrollo de la feminidad (Freud, 1925). Desde otro lugar se dice que, si bien elabora tesis y posicionamientos sobre el tema, no pretende otorgarles un carácter ortodoxo ni dogmático.

Lo previamente señalado se vincula con la función que cumple el enunciado desde la perspectiva de Foucault (1970) (ver capítulo 1), a la cual el análisis del presente trabajo adhiere en relación de los textos y fragmentos freudianos. En función de lo planteado, se aprecia que el psicoanálisis se constituye como una estructura de representaciones acerca del sujeto, y la validez o legitimidad que alcancen sus enunciados al respecto no viene dada por premisas de carácter totalizante sino por la relación que estas tengan dentro de un campo enunciativo singular, con leyes y funciones específicas. El enunciado desde esta mirada no se piensa como una unidad compacta e incuestionable, sino como una función instituida y mediada por otras funciones, dentro de en un espacio-tiempo determinado.

Resumiendo lo desarrollado hasta aquí, la feminidad puede pensarse como una concepción sujeta a una época, a configuraciones psíquicas particulares, a sujetos con problemáticas propias del momento y el lugar en el que les toca vivir, y por todo esto, la feminidad no puede pensarse sino por medio de una lógica que esté receptiva a un movimiento constante.

d) Conclusiones del capítulo

Por lo consignado previamente, puede decirse que la psicología de la feminidad resulta de la traducción que Freud realiza en torno de la anatomía femenina y su desarrollo hacia la maduración genital. Es decir, más allá o más acá de las dificultades que le representa trabajar sobre la subjetividad femenina, se observa que los cuadros neuróticos o psicopatológicos, así como el transito más o menos esperable hacia una feminidad normal (Freud, 1917; 1933 [1932]; 1937) guardan estrecha relación con la base biológica desde la cual emprenden su desarrollo.

El salvaguardar esta posición a lo largo de todos sus años de reflexión teórica, evidencia el marco epistemológico de Freud: contrae un compromiso con la ciencia y adhiere a él de forma constante. Sin embargo, esto no lo conduce a olvidar que el estudio de la psiquis humana también comprende otros aspectos complejos y de encuadres muy distintos a los del paradigma del modelo experimental tan en boga en la primera mitad del siglo XX.

CONSIDERACIONES FINALES

El recorrido elaborado en este trabajo integrador final permite ensayar algunas conclusiones acerca del tema de la feminidad en la obra de Sigmund Freud. En un sentido general, puede decirse que el término feminidad como enunciado freudiano se ubica entre la naturaleza y la cultura. Esto quiere decir que se sostiene sobre una doble base, por expresarlo de alguna manera, asentada por una parte en la biología, y por la otra, en lo socio-histórico. Y desde este análisis precedente se desprende que la noción de lo psíquico/psicológico para Freud debe pensarse como resultado de un entrecruce entre estas distintas coordenadas. Todos los elementos a partir de los que el autor construye sus enunciados sobre la feminidad interactúan entre sí y se configuran como rasgos o accionares propios de aquella. Sin embargo, no deja de ser llamativo el peso que el autor termina por darle invariablemente a la matriz biológica.

A partir de este punto se analizarán de manera general las conjeturas pertinentes a esta producción escrita. A continuación, se exponen 8 (ocho) hallazgos acerca de la feminidad en la obra de Freud.

1. ***La sexualidad femenina es el eje articulador de los enunciados freudianos acerca de la feminidad***

El cuadro de frecuencia presente en el capítulo 2 del marco teórico enseña que, aunque los términos feminidad y sexualidad femenina aparecen mencionados en un número muy reducido de veces en comparación a otros como femenino/a, mujer o niña, constituyen en realidad el punto alrededor del cual gira el interés central de Freud sobre la psicología de lo femenino. Es la sexualidad femenina y sus manifestaciones en los cuadros de histeria lo que moviliza a Freud a desarrollar otro enfoque y técnica de estudio. Y es la sexualidad femenina fundamentalmente desde una perspectiva biológica.

2. ***La sexualidad (femenina) tiene un carácter enteramente masculino***

El uso del paréntesis se utiliza con el propósito de resaltar que, para Freud, la sexualidad en general, se trate de hombres, mujeres u otros géneros o identidades posibles, está teñida, en su fuero más inconsciente, de caracteres viriles y/o masculinos. La libido es de naturaleza activa, por tanto, masculina. Tratándose de una tesis que elabora tempranamente (1905), en el resto de su obra solo se dedica a reivindicarla aportando nuevos puntos de vista o reelaboraciones, apoyadas

predominantemente en la biología. No obstante, es una premisa fundamental a la que no desecha ni renuncia nunca.

3. Existe en la obra de Freud una prehistoria del término feminidad

El estado del arte del presente trabajo permitió observar que las investigaciones dedicadas al tema de la feminidad o lo femenino en el psicoanálisis freudiano retoman los textos escritos a partir de 1920 en adelante. Incluso algunas solo se concentran en *Sobre la sexualidad femenina* (Freud, 1931) y la *conferencia N° 33* (Freud, 1933 [1932]) argumentando que allí se encuentran sintetizadas todas las posturas del autor respecto del tema. Sin embargo, una lectura detenida del trabajo de fichado abrió otras aristas que dejaron en evidencia que la histeria, por ejemplo, inaugura un nuevo campo de conocimiento -la investigación de la sexualidad como origen de los trastornos nerviosos-, y una pregunta sobre lo que da cuenta del funcionamiento de la feminidad y de la sexualidad femenina como de los efectos que ejercen a nivel de lo psíquico.

4. La influencia de la educación, las normas de comportamiento y el entorno cultural son condicionantes de menor peso que la anatomía y la herencia biológica

Sea porque Freud viene del campo de la medicina, sea porque su tiempo estaba estrictamente atravesado por la ciencia experimental y su obstinación en medirlo y cuantificarlo todo, el autor constantemente pretende justificar sus enunciados recurriendo a la herencia biológica y a la conformación anatómica. No se interesa en profundizar en los aspectos sociales de la feminidad, sino que su interés está colocado en los enigmas que plantea la diferencia sexual y su respuesta siempre es dada desde el terreno de la biología. En ese sentido se dice que la cultura, la sociedad y el marco histórico tienen un lugar en sus concepciones, pero en última instancia son subordinados a una cuestión empírica como ser el cuerpo y sus caracteres sexuales.

5. La histeria como una incógnita dentro de los desarrollos freudianos sobre la feminidad

Como se ha mencionado en el desarrollo de este trabajo integrador, la histeria tiene un papel protagónico dentro del Psicoanálisis, y en particular, dentro de la feminidad. Varios de los nudos y las no respuestas que se encontró Freud se desprendían del malestar histérico o, mejor dicho, encontraban allí el lugar

donde desplegarse a la perfección. La oscilación constante entre lo femenino y lo masculino (que hacen a la esencia del síntoma histérico), los rasgos de carácter viriles, pero a la vez la necesidad de afecto y comprensión, el no reflejarse en los ideales sociales acerca de lo femenino (el casarse, ser madre, postergar o renunciar a ideales propios en pos de otros), etc. Freud dice que el camino hacia la feminidad culmina en la maternidad pero que en la travesía hasta llegar allí pueden darse tropiezos o bifurcaciones que, combinados con factores constitucionales, desviarían a la niña de aquel destino ideal. La histérica enferma producto de este desvío, como buscando en la enfermedad una salida de escape o un refugio; la histérica instala una pregunta incómoda que la ciencia se niega a responder. Por su lado Freud no la rechaza, sino que la aloja e intenta dar respuesta con las herramientas de su época y cae (¿inconscientemente?) en querer re-direccionarla a ese mismo camino que ella no desea transitar. Sin embargo, pareciera que, en los últimos años, justo cuando se abren nuevas revisiones en torno a la feminidad y admite su descontento con las hipótesis que arroja, reconociera tácitamente su equívoco, pero ya sin contar con el tiempo ni las fuerzas para ensayar nuevas respuestas. Deposita esta tarea en la posteridad.

En relación con este tema, cabe destacar que la histeria es un campo fecundo de análisis dentro de los textos freudianos, así como también lo son las implicancias acerca de la castración, las salidas del complejo de Edipo femenino y otros derivados de los cuales Freud extrae conclusiones acerca del carácter típicamente femenino. Solo por mencionarlo, hay poco desarrollo en Freud acerca de ese "universal extrañamiento respecto de la sexualidad" (Freud, 1931, p. 231). ¿En qué premisas o puntos de su obra se apoya esta idea? ¿Qué observaciones o qué casos lo llevan a concluir esto? ¿Qué significa 'extrañarse' y de manera 'universal' de la sexualidad o de todo lo relacionado con ella?

6. La bisexualidad constitutiva es el fundamento sobre el cual se apoyan las preguntas sin respuesta acerca de la psique femenina

La bisexualidad que constituye a todo ser vivo es el gran problema que atraviesa toda la obra de Freud en lo que a sexualidad humana refiere. Se trata de un aspecto que aparece tempranamente en su obra y que retoma, una y otra vez, hasta las últimas publicaciones en vida. Confiesa que la Psicología intenta hacer una traducción de aquello que se nombra como masculino y femenino, pero logra articulaciones vagas e imprecisas. Sin embargo, a la biología tampoco le iría mejor. No hay definiciones ni psicológicas ni biológicas acerca de lo que constituye la masculinidad o la feminidad. Es en el dominio de lo social y lo cultural donde estas imprecisiones alcanzarían algún punto de diferenciación. La sociedad resolvería genérica, abstracta y arbitrariamente, lo que en los otros dos campos se muestra difuso. Así, los rasgos viriles (como la agresividad, los impulsos de dominio, la inexpresividad

emocional o un gran sentido del deber) se ponen del lado de los hombres, y los rasgos pasivos o femeninos (sumisión, debilidad de carácter, emocionalidad o escaso sentido de la justicia y el deber) se colocan del lado de las mujeres. Por supuesto, en el plano real y concreto uno se encuentra con una vasta variedad de sujetos y respuestas.

Sin embargo, Freud admite que la bisexualidad se manifiesta con mayor énfasis en el desarrollo sexual de la mujer más que en el del varón. Mientras que este nace y se desarrolla bajo el primado de una única y misma zona erógena -el pene-, la mujer debe realizar un cambio (que no será sólo de zona erógena sino también de objeto): del clítoris (órgano sexual de carácter masculino) a la vagina (propiamente femenina). Es bajo esta bisexualidad constitutiva que Freud coloca los 'enigmas de lo femenino', así como la creencia de que las dificultades deparadas al despliegue de la feminidad son resultado de esta prehistoria masculina nunca superada en su totalidad.

El punto de la bisexualidad y su importancia en la sexualidad femenina dispone a pensar que, así como habría dos zonas erógenas en la anatomía femenina, existiría también un desdoblamiento que condiciona fuertemente su psicología: es femenina en cuanto hembra humana reproductora de la especie, pero masculina en cuanto individuo que persigue su propia satisfacción sexual.

7. La necesidad de generar criterios epistemológicos acordes al Psicoanálisis de Freud

La búsqueda de categorías de análisis para trabajar los términos como feminidad, femenino o sexualidad femenina condujo a comprender el peso de la variable socio-histórica no solo en la forma de construcción y categorización del conocimiento, sino también en la institución del psiquismo y sus giros subjetivos. Elaborar un marco de validación epistémica que no reduzca al Psicoanálisis a un mero edificio de conceptos abstractos vaciados de sentido se torna en una condición sine qua non. Se trataría de incentivar a la comunidad psicoanalítica que investiga a establecer y acordar criterios específicos de producción de conocimiento capaces de abarcar la complejidad que el modelo requiere, sin perder de vista los aspectos subjetivos e inconscientes que operan invariablemente en toda búsqueda de saber.

8. La feminidad en la obra de Freud no es un concepto

Este octavo y último hallazgo es el que responde al tema central de esta investigación. Y se encuentra que la feminidad no es un concepto si por lo mismo se entiende un enunciado capaz de contemplar una generalidad o universalidad aplicable a una serie considerable de casos. Tampoco lo es comparado a

otras nociones dentro de la obra freudiana, como ser ‘inconsciente’, ‘represión’, ‘pulsión’, ‘narcisismo’, etc. Conceptos como estos y muchos otros más encuentran definiciones más o menos precisas dentro de los textos. Puede que las descripciones varíen a lo largo del tiempo, sean revisadas, reelaboradas o bien descartadas, pero lo que se observa es que hay un interés detrás por darles un recorte preciso. No sucede así con la feminidad. Las apreciaciones en torno a la misma se escriben de una manera mucho más fragmentaria que totalizante. Como si Freud, a la manera en que Roland Barthes trata de definir el amor (1977) escapara a la tentación del sentido, para no hacer consistir a la mujer en un concepto, no coagularla dentro de un estereotipo. La feminidad, como el amor, se representa mejor en lo inefable, en un agujero del lenguaje, ese lugar del discurso donde falta -paradójicamente- el cuerpo.

Resta aclarar que, pese a no quedar conforme con sus elucubraciones sobre la feminidad, Freud no culpa al Psicoanálisis de estas limitaciones sino a su papel de hombre como confesor de mujeres en la Viena ultra conservadora de principios del siglo pasado. Por ello cree que las analistas mujeres correrían con mayor suerte, dado que la situación transferencial, requisito determinante dentro de la práctica clínica, se cumpliría en mejores términos (Freud, 1931).

Para finalizar el recorrido realizado durante este trabajo y a modo de palabras finales, solo queda agregar que es dable observar en Freud un compromiso evolucionista. El mismo se aprecia en la fidelidad a los modelos científicos de su época (enfoque epistemológico) así como en su concepción acerca del papel de la sexualidad femenina como reproductora de su propia especie (enfoque filogenético y ontogenético).

ADDENDA:
Lecturas críticas posteriores a Freud en torno a sus enunciados sobre feminidad y sexualidad femenina

"Solo pienso que las mujeres
tienen mente y tienen alma, además de corazón.
Y tienen ambición y talento, además de belleza.
Estoy harta de que me digan que solo sirven para el amor.
Me cansé de eso. ¡Pero me siento muy sola!"

Gerwing et. Al. (2019)

Como se señaló en la introducción de este trabajo, durante el último siglo y dentro de este nuevo milenio, las concepciones de Freud acerca de la sexualidad femenina siguen dando de qué hablar. Y es una discusión que se renueva cada cierto tiempo, a la luz de nuevos acontecimientos y transformaciones en el campo social. El propósito general de este Trabajo Integrador Final ha sido ocuparse de los enunciados de Freud dentro de la obra del mismo Sigmund Freud. Sin embargo, no se pasa por alto el hecho de que este tema haya interesado a muchos otros psicoanalistas y estudiosos de disciplinas como la Psicología, la Filosofía o los Estudios de Género, generando interrogantes, debates y aportes muy interesantes. Por una cuestión de recorte del tema, estas lecturas posteriores no fueron incluidas en el cuerpo general del trabajo de investigación, pero se considera pertinente darle aquí un lugar como una invitación a seguir pensando y preguntando sobre la sexualidad femenina desde el punto de vista del Psicoanálisis.

A continuación, se exponen algunos tópicos de importancia en lo que refiere a las concepciones acerca de la feminidad desde el psicoanálisis freudiano, y cómo éstos son cuestionados y leídos desde puntos de vista diferentes por investigadoras que han hecho relecturas de la obra de Freud.

- **Una mirada epistémica profundamente masculina en torno a la construcción de la feminidad como objeto de conocimiento**

Contemporánea de Freud, la voz de Karen Horney se eleva entre las críticas pioneras al señalar que el psicoanálisis ha sido creación de un genio masculino, y que la mayoría de aquellos que han desarrollado sus ideas fueron hombres. Por lo que es lógico que tenga lugar una psicología masculina y se entienda más del desarrollo de los hombres que de las mujeres. "(…) lo que hasta ahora representa la psicología de las mujeres es un depósito de deseos y desengaños de los hombres" (Horney, 1926, p. 60).

El hecho de leer en Freud expresiones como "castración" o "envidia del pene" instituye representaciones sobre la feminidad alrededor de la carencia, la ausencia o la falta. Por tanto, se dice

que la feminidad ha sido históricamente enunciada por el discurso masculino desde una perspectiva negativa donde lo distinto se ubica como inferior y en subordinación a otro (varón) (Irigaray, 1980; Fernández, 1993).

Para la investigadora Luce Irigaray, en la mujer no hay un predominio de la envidia del pene sino una relación diferente con el propio cuerpo y su sexualidad. Por ello, se rebela contra los enfoques binarios acerca de la sexualidad humana que no toman en consideración la complejidad y la diversidad de experiencias que la atraviesan, y que no ven a la mujer como un sujeto autónomo sino como un objeto de deseo masculino (Irigaray, 1970).

En esa misma línea, Ana María Fernández sostiene: "en nuestra cultura, las nociones de Hombre y Mujer se organizan desde una lógica binaria: activo-pasivo, fuerte-débil, racional-emocional, etc. Donde la diferencia pierde su especificidad para ser inscrita en una jerarquización" (Fernández, 1993, p. 37). Para esta autora dicha lógica es heredera de la filosofía de la modernidad que ubica al Hombre como la medida de todas las cosas; el hombre (varón, masculino) no tiene otra medida más que él mismo y el conocimiento que se pueda producir sería: "(…) un saber (…) desde categorías que abren a identidades y no diferencias (…). Lo *mismo* será siempre eje de medida, positividad. Lo *otro* será siempre margen, negatividad, doble, sombra, reverso, complemento. Lo *mismo* (…) se ha transformado en lo *único*" (Fernández, 1993, p. 35).

En lo que a la maternidad refiere, Fernández la señala como otra construcción de carácter social que se disfraza de instinto o de fenómeno natural inherente a las mujeres. Adopta una posición crítica respecto del paradigma de la Mujer-Madre argumentando que esta concepción limita la autonomía y diversidad de experiencias femeninas. No existiría tal cosa como un sentimiento maternal solo por el hecho de portar útero y ovarios. En todo caso, se trata de un mito social que equipara el ser mujer con el ser madre y que ha sido utilizado para reforzar estereotipos de género y mantener estructuras de poder patriarcales que relegan a las mujeres a un papel meramente reproductivo y doméstico.

❖ Críticas a la universalidad del Complejo de Edipo y a sus concepciones acerca de la bisexualidad

Junto a los cuestionamientos que se les realizan a los enunciados freudianos al concebir la feminidad como un desarrollo que se efectúa en función de una carencia o falta, también se cuestionan las concepciones universales que se hacen del Complejo de Edipo y sus efectos para ambos sexos, donde nuevamente, la feminidad y su evolución psicosexual quedan en estrecha dependencia con la del varón.

En este punto, Marie Langer sostiene que "la prohibición del incesto es pareja para ambos sexos, pero una vez alcanzada la diferenciación sexual, la normativización del deseo del hombre y la mujer circula por caminos opuestos" (citado en Dio Bleichmar, 1985, p. 12). Otros investigadores se apoyan en la configuración de las dinámicas familiares para fundamentar el hecho de que niños y niñas internalizan de manera diferente la conflictiva edípica. Y en esta línea, Nancy Chodorow (1978) se pregunta por el carácter universal que Freud le daba al Complejo de Edipo, argumentando que las experiencias que tanto niñas como niños tengan con sus padres dependerán de factores sociales y culturales. Por ello se interesa por una visión contextualizada y relacional del mismo. Le otorga peso a las dinámicas familiares en la influencia que las mismas tienen para la construcción de la identidad de género, la internalización de roles y de normas de comportamiento.

Cuestionar una concepción del Edipo tradicional, como la que se expone en los textos freudianos, es también cuestionar los caminos hacia una feminidad ortodoxa que se alcanzaría por medio de una escisión del Ideal del Yo, donde el ser mujer consistiría en una mitad 'femenina', dependiente y apegada a un hombre (sustituto de la imago parental), y otra mitad 'masculina', de ambiciones y valores cuya realización se delegarían en el hombre elegido o eventualmente en sus hijos. Pero es un hecho que en el día a día, y producto de los cambios que generacionalmente se suceden en los roles que van asumiendo las mujeres, lo que se observa es que tanto metas femeninas como masculinas del Ideal del Yo y del Super yo coexisten unas y otras sin necesidad de ser depositadas en la figura de un hombre (Benedeck, 1959, citado en Irigaray, 1970).

Este punto se anuda con el problema de la bisexualidad, un aspecto de la sexualidad humana en la que Freud parece quedar entrampado, y tiende a resolver subordinando una vez más la sexualidad femenina a la masculina. En relación a esto, Irigaray (1970) considera que la idea freudiana de la bisexualidad descansa sobre la bipolaridad del deseo, no del género. La madre constituye tanto para el varón como para la nena un ideal temprano, razón por la cual el desarrollo psicosexual del varón es más complicado que para la niña, en lo que atañe al género. Este señalamiento que realiza la autora marca una diferencia importante con la perspectiva de Freud. Mientras que para este último la bisexualidad en términos biológicos resalta con mayor nitidez en la niña pequeña y genera una mayor serie de obstáculos en su desarrollo hacia la feminidad (Freud, 1931) para Irigaray, en el plano de lo social, sería el varón el que se encuentra con mayores dificultades debido a su temprana relación con la figura de la madre.

❖ Histeria, envidia del pene y deseos reprimidos de ser un varón

En íntima conexión con lo dicho acerca de la bisexualidad y la presencia de lo masculino y lo femenino, está el problema de la histeria. Como quedó demostrado en la investigación expuesta en los capítulos previos, este cuadro psicopatológico fue lo que movió a Freud a explorar por caminos alternativos a los de la ciencia y la medicina clásica. Fue, en otras palabras, lo que dio a luz al Psicoanálisis como nuevo método y tratamiento de los trastornos anímicos. Sin embargo, cabe preguntarse si este discurso acerca de la histeria, y de la feminidad en general, pudo descentrarse del discurso médico que pesaba sobre la mujer: "¿Cuánto de la idea aristotélica de la mujer como hombre fallado se encuentra aún operante en la controvertida noción de envidia del pene, roca viva de la feminidad? ¿logra realmente Freud diferenciar, en este punto, histeria de feminidad?" (Fernández, 1993, p. 91).

La autora afirma que, al no haber una diferencia clara entre feminidad y sexualidad femenina, no habría tampoco una mejor comprensión de la histeria "ya que la feminidad constituye un continente negro, un enigma quizá mucho más ignorado tanto para la mujer como para el hombre que el constituido por la sexualidad femenina" (Fernández, 1993, p. 205). Con esto, Fernández señala que la feminidad no está ligada tanto a lo pulsional o a lo sexual como al conjunto de convenciones que cada sociedad establece para identificar lo que es femenino y lo que es masculino. Y es la histérica la que se interroga sobre esta situación que no le viene por una imposición natural sino por un orden ajeno que la tipifica y objetualiza, y al cual ella con su enfermedad resiste.

En otras palabras, la histérica no se interroga si es hombre o mujer en función de roles sexuales, sino en lo que refiere al poder, la valoración y las formas de obtener reconocimiento. No reacciona a una diferencia entre los sexos sino a la desigualdad que impera entre ellos. La pregunta sobre qué es una mujer podría fácilmente girar a "(…) cómo acceder a poder identificarse con su género sin que esto implique ser inferior" (Dio Bleichmar, 1985, p. 212). La histeria representaría así el síntoma de la estructura conflictual de la feminidad en nuestra cultura.

Por otra parte, la concepción de envidia del pene vuelve a reivindicar el punto de vista masculino que pesa sobre las teorizaciones psicoanalíticas en torno a la feminidad. Y dicha nominación invisibiliza o neutraliza cuestiones de la vida anímica masculina que probablemente Freud minimizó o pasó por alto. Es así como Karen Horney se pregunta si la capacidad de gestación que tiene la mujer no habría sido una fuente de envidia para el hombre, o un equivalente de la envidia del pene femenina. O por qué en lugar de universalizar términos como 'fantasía de castración' no se habla, en el caso de la mujer, de 'temores a lesiones vaginales' (Horney, 1924, 1926).

En el caso de Chasseguet-Smirgel “la envidia del pene no es, en el fondo, más que la expresión simbólica de otro deseo. La mujer no quiere ser un hombre, sino separarse de su madre, siendo completa, autónoma, mujer” (1973, p. 151). Y esto abre a otra dimensión que estas autoras señalan en sus relecturas a la obra freudiana: la importancia de la figura paterna.

❖ La figura del padre y su importancia a nivel simbólico

Esta lectura analítica respecto de la dinámica familiar y el lugar de la figura masculina llevan a considerar al padre y/o el falo como elementos simbólicos primordiales para la construcción de la cultura y la civilización.

En sus escritos, Karen Horney (1924) ya planteaba esta cuestión instalando una diferencia interesante con los enfoques de Sigmund Freud. La envidia del pene, por ejemplo, no la consideraba un factor central para la psicología femenina sino simplemente un efecto de la identificación que la niña experimentaba con el padre. Sin embargo, este planteo no le resta importancia a la cuestión. Para Horney, la identificación de la niña con el padre ejerce una influencia potente en las actitudes y representaciones que esta tenga de la masculinidad, la feminidad y el género. Asimismo, sostiene que el complejo de masculinidad en la mujer no es una renegación de su destino biológico de mujer, por el contrario, colabora en la autoimagen y la representación de la feminidad que desarrollará en torno de sí misma. Estas relecturas de Horney acerca de conceptos clave en el psicoanálisis freudiano, amplían la comprensión de los fenómenos de la psiquis femenina.

En una línea de lectura similar, Chodorow (1978) reivindica la importancia del padre en la primera infancia. Mientras que Freud le da mayor importancia a la madre en el periodo preedípico, no le otorga importancia a la figura paterna como un factor crucial para la construcción de una identidad independiente y diferenciada de la figura materna. Una presencia activa y participativa del padre en la crianza de las niñas abriría paso a una identidad de género más equilibrada y flexible, donde el padre desempeñaría un papel significativo en la socialización de las niñas, al proporcionar modelos de masculinidad y al fomentar la autonomía y la autoestima en sus hijas. La presencia de un padre involucrado y afectuoso puede contribuir a una mayor diversidad de experiencias y roles de género en el desarrollo de las niñas.

Por otro lado, dentro de la mirada psicoanalítica se reconoce al padre como transmisor del lenguaje, elemento central en la configuración de la experiencia humana y en la construcción de significados culturales que influyen en la percepción de uno mismo y en las relaciones sociales, la internalización

de normas y valores que moldean la feminidad y condicionan las experiencias de las mujeres en la sociedad (Mitchell, 1974).

Sea para legitimar conductas establecidas o sea para cuestionar y transformar el estado de cosas, las autoras mencionadas coinciden en que el rol de dicha figura y su incidencia en la psique femenina merece una mayor atención.

❖ El peso de la dimensión social sobre la biología cuando de sexualidad se trata

Como se pudo observar en los puntos precedentes, las críticas hacia las teorías de Freud sobre la sexualidad femenina apuntan a su enfoque biologicista, una falta de consideración de la realidad social como de énfasis en la transformación cultural, y el uso del psicoanálisis para mantener o legitimar normas sociales preexistentes. Mientras que el autor se apoya en una base biológica u orgánica para justificar el desprendimiento de actitudes psicológicas típicamente femeninas (Freud, 1933), las autoras señaladas ensayan interpretaciones distintas y con un fuerte sesgo socio-cultural.

Para Horney, "debido al carácter hasta ahora puramente masculino de nuestra civilización, a las mujeres les ha sido mucho más difícil conseguir cualquier tipo de sublimación que realmente satisficiera a su naturaleza" (Horney, 1926, p. 75). En otras palabras, si se reconocen sentimientos de inferioridad en las mujeres estos son producto de desigualdades sociales entre los géneros y no de una constitución física.

Por otro lado, la culpa, entendida por Freud como un rasgo psicológico particularmente femenino, puede entenderse como resultado de la internalización de ideales inalcanzables como de estereotipos de género históricamente perpetuados. La presión social para cumplir con ciertas expectativas y roles preestablecidos puede alimentar la culpabilidad femenina y limitar la autonomía y la libertad de las mujeres en la vivencia del deseo, la intimidad y la sexualidad en general (Chasseguet-Smirgel, 1973). Se vio en el capítulo 3 del presente trabajo que Freud dedicó un artículo al estudio de la moral sexual y sus efectos negativos en la sexualidad femenina (Freud, 1908). El problema es que no siguió en esta línea de investigación en sus textos posteriores, y la cuestión de lo social y lo cultural quedó relegada a un papel secundario.

Ana María Fernández también insiste en resaltar que las estrategias simbólicas que se dan a nivel de lo cultural tienen una eficacia en el plano de lo corporal, construyéndose así "una feminidad más pasiva que activa, más objeto que sujeto, más partenaire que protagonista" (Fernández, 1993, p. 88). Para la autora, la pasividad no es natural -como lo atribuye Freud- sino resultado de prácticas históricamente construidas. Y a esta feminidad histórica y no natural le sigue una maternidad que también es un producto histórico y no natural.

De este modo, investigadores como Robert Stoller y Margaret Mahler sostienen que la biología sólo refuerza lo que del género ya ha sido estructurado por el intercambio humano (citado en Dio Bleichmar, 1985). Mitchell argumenta que la sociedad humana coloca en un segundo plano las diferencias biológicas entre los sexos, ya que son en realidad las normas culturales y las estructuras de poder las que moldean la identidad y las relaciones de género de manera significativa. Aunque las diferencias biológicas pueden existir, son las construcciones sociales y culturales las que determinan la formación del sujeto humano y las relaciones de poder en la sociedad (Mitchell, 1974).

Resumiendo la exposición hasta aquí realizada, puede decirse que estas autoras abogan por la génesis de un modelo de lectura interdisciplinario que vincule Psicoanálisis, Epistemología y Teorías de Género junto a una dimensión histórica de carácter genealógico que no pierda de vista la violencia simbólica que opera en la configuración de la identidad como emblema de poder. Una indagación genealógica es lo que permite observar cómo se construyen y significan a lo largo del tiempo las nociones, conceptos y categorías que utilizamos en el análisis de fenómenos sociales, culturales y políticos. Al investigar el origen, la evolución y las transformaciones de estas categorías, se pueden identificar las relaciones de poder, los discursos dominantes y las prácticas de exclusión que han dado forma a su significado y uso en diferentes contextos históricos, así como también comprender que las diferencias de género no son sencillamente efectos de la naturaleza o la biología sino que son resultado de variables complejas como ser la raza, el sector de pertenencia social, las prácticas culturales, etc. (Fernández, 1993).

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía General

-Assoun P-L. (1982). *Introducción a la epistemología freudiana.* Siglo XXI Editores.

-Assoun, P-L. (1993). *Freud y la mujer* (P. Betesh, trad.). Nueva Visión. (Original publicado en 1983).

-Azcona, M. & Lahitte, H. B. (2014). *El método de Freud y la tradición hermenéutica en psicoanálisis. Revista latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*. Vol. 4. N° 2.

-Balcaza, D. (2013). *Mujeres: sobre estragos, mascaradas y semblantes.* (Tesina de Grado). FHAyCS-UADER.

-Barthes, R. (1977). *Fragmentos de un discurso amoroso.* Siglo XXI Editores.

-Beuchot, M. (2000 [1997]). *Tratado de hermenéutica analógica: hacia un nuevo modelo de interpretación*. UNAM.

-Bercherie, P. (1988). *Génesis de los conceptos freudianos*. Paidós.

-Brucco, Sofia (2019). *Psicoanálisis y feminidad: un diálogo carenciado. Hacia una nueva conceptualización de lo femenino.* XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

-Chasseguet-Smirgel, J. (1977). *La sexualidad femenina*. Barcelona. (Original publicado en 1973).

-Chodorow, N. (1984). *La reproducción de la maternidad: Psicoanálisis y Sociología de género.* Gedisa. (Original publicado en 1978).

-De Beauvoir, S. (2016). *La fuerza de las cosas*. Debolsillo. (Original publicado en 1963).

-Dio Bleichmar, E. (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de trastornos narcisistas de la feminidad.* Distribuciones Fontamara, S.A. (Original publicado en 1985).

-Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión*. Paidos.

-Fernández, S. (1999). *Epistemología y psicoanálisis*. *Cinta moebio* 5: 64-71

-Freud, S.

- (1899/1992). *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. Obras completas, Vol. I, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1895/1992). *Estudios sobre la histeria.* Obras completas, Vol. II, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1899/1992). *Primeras publicaciones psicoanalíticas*. Obras completas, Vol. III, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1900/1992). *La interpretación de los sueños (I).* Obras completas, Vol. IV, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1901/1992). *La interpretación de los sueños (II).* Obras completas, Vol. V, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1901/1992). *Psicopatología de la vida cotidiana.* Obras completas, Vol. VI, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1905/1992). *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras.* Obras completas, Vol. VII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1905/1992). *El chiste y su relación con lo Inconciente.* Obras completas, Vol. VIII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1908/1992). *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen, y otras obras.* Obras completas, Vol. IX, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1909/1992). *"Análisis de la fobia de un niño de cinco años" y "A propósito de un caso de neurosis obsesiva".* Obras completas, Vol. X, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1910/1992). *Cinco conferencias sobre Psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci, y otras obras*. Obras completas, Vol. XI, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1913/1992). *Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras. "Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Caso Schreber)".* Obras completas, Vol. XII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1914/1992). *Tótem y tabú, y otras obras.* Obras completas, Vol. XIII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1916/1992). *Trabajos sobre metapsicología, y otras obras. "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico".* Obras completas, Vol. XIV, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1916/1992). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (parte I y II).* Obras completas, Vol. XV, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.

- (1917/1992). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (parte III).* Obras completas, Vol. XVI, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1919/1992). *"De la historia de una neurosis infantil (caso del Hombre de los Lobos)", y otras obras.* Obras completas, Vol. XVII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1922/1992). *Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras.* Obras completas, Vol. XVIII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1925/1992). *El yo y el ello, y otras obras.* Obras completas, Vol. XIX, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1926/1992). *Presentación autobiográfica, Inhibición, síntoma y angustia, ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Y otras obras.* Obras completas, Vol. XX, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1931/1992). *El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, y otras obras.* Obras completas, Vol. XXI, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1936/1992). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras.* Obras completas, Vol. XXII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.
- (1939/1992). *Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis, y otras obras.* Obras completas, Vol. XXIII, t. trad. José L. Etcheverry, Amorrortu Editores.

-Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber. La formación de las modalidades enunciativas, 4*. Siglo XXI Editores.

-Gallegos, M. (2012). *La noción de inconsciente en Freud: antecedentes históricos y elaboraciones teóricas.* Revista latinoamericana de Psicopatología fundamental. Vol. 15. N° 4.

-García Neira, N. (2013). *Historiar desde la praxis: clínica de la homosexualidad femenina.* Anuario de Investigaciones, Vol. 20, N° 2. UBA.

-Horney, K. (1924). *Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer.* Revista Internacional de Psicoanálisis.

-Horney, K. (1926). *La huida de la feminidad*. Revista internacional de Psicoanálisis.

-Irigaray, L. (1980). *Espéculo de la otra mujer*. Akal. (Original publicado en 1974).

-Jones, E. (1953). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Horme Editorial.

-Laurent, E. (1999). *Posiciones femeninas del ser* (G. Yankelevich, trad.). Editorial Tres Haches. (Original publicado en 1993).

-Langer, M. (1976). "Prefacio" al libro *Psicología: ideología y ciencia*, de N. Braunstein *et al*. Siglo XXI, 2a. edición.

-Laznik, D. et Al. (2022). *Problemas freudianos relativos al rechazo de la femineidad y su relación con el odio*. Facultad de Psicología UBA. Anuario de investigaciones. Volumen XXIX.

-Mantica, M. (2019). *Una lectura psicoanalítica acerca de la función psíquica de la escritura y su relación con la femineidad. El decir de las poetas Silvina Giaganti, Natalia Litvinova y Tamara Tenenbaum.* (Tesina de Grado). FHAyCS-UADER.

-Mitchell, J. (1974). *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*. Anagrama.

-Nin, A. (2006). *Incesto: Diario Amoroso (1932-1934).* Editorial Siruela. (Original publicado en 1992).

-Nasparstek, F. et Al. (2016). *Histeria, femineidad y locura en los tiempos del Otro que no existe.* Facultad de Psicología UBA. Anuario de investigaciones. Volumen XXIII.

-Nuñez, S. (2019). *Sobre el papel de la sexualidad y la feminidad en Psicoanálisis*. El seminario (portal web).

(Disponible en: https:// http://www.elseminario.com.ar/Biblioteca/Nunez_Sexualidad_Femineidad_Psicoanalisis.pdf)

-Perrés, J. (1988). *El nacimiento del Psicoanálisis: apuntes críticos para una delimitación epistemológica.* Plaza y Valdés. Universidad Autónoma Metropolitana.

-Rodríguez, E. N. (2016). *La mujer es un ser humano*. Editorial Topía.

(Disponible en: https://www.topia.com.ar/sites/default/files/ebook_la_mujer_es_un_ser_humano.pdf)

-Roudinesco, E. (2010*). La familia en desorden* (H. Pons, trad.). Fondo de Cultura Económica. (Original publicado en 2002).

-Sánchez Vázquez, M.J. (Coord.) (2013). *Investigar en Ciencias Humanas. Reflexiones epistemológicas, metodológicas y éticas aplicadas a la Psicología*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

-Soler, C. (2007). *Lo que Lacan dijo de las mujeres.* Paidos Ibérica. (Original publicado en 2005).

-Tort, M. (2008). *El fin del dogma paterno*. Paidos Ibérica.

Bibliografía Metodológica

-Barrantes Echavarría, R. (2013). *Métodos de estudio a distancia e investigación: módulo de investigación: a la búsqueda del conocimiento científico*. San José, EUNED.

-Letzen, D. & Lodeyro, P. (2009). *Epistemología e historia de la ciencia. Historia y epistemología de la Psicología: razones de un encuentro necesario*. Selección de trabajos de la XIX Jornadas, Vol. 15. Universidad Nacional de Córdoba.

-Méndez Rodríguez, A. & Astudillo Moya, M. (2008). *La investigación en la era de la información: guía para realizar la bibliografía y fichas de trabajo*. Editorial Trillas.

-Orozco Alvarado, J. C. & Díaz Pérez, A. A. (2018). *¿Cómo redactar los antecedentes de una investigación cualitativa?* Revista electrónica de conocimientos, saberes y prácticas. Año 1, Vol. 1, Número 2.
E-ISSN: 2616-8294 / http://recsp.org

-Sabino, A. C. (1996). *El proceso de investigación*. Grupo editorial Lumen.

-Talak, A. M. (2004). *La historicidad de los objetos de conocimiento en Psicología*. Facultad de Psicología. UBA.

Audiovisuales

-Gerwig, G. (Directora) (2019). *Little Women [Mujercitas]* [Película]. Columbia Pictures; Regency Enterprises; Pascal Pictures.

ANEXOS

Búsqueda en la obra de Freud (Amorrortu) de las siguientes palabras clave: *SEXUALIDAD FEMENINA – FEMINIDAD – FEMENINO – MUJER – NIÑA.*

Tomo 1

Sexualidad Femenina:

1.1. No hay entradas.

Feminidad:

1.2. No hay entradas.

Femenino (14):

1.3.1. "El nombre de «histeria» proviene de los primeros tiempos de la medicina y expresa el prejuicio, sólo superado en nuestra época, de que esta neurosis va unida a unas afecciones del **aparato genésico femenino**". (Freud, 1888, pag. 45).

1.3.2. "No obstante, se debe admitir que unas constelaciones funcionales relativas a la vida sexual desempeñan un gran papel en la etiología de la histeria (así como de todas las otras neurosis), y ello a causa de la elevada significatividad psíquica de esta función, particular en el **sexo femenino**". (Freud, 1888, pag. 56).

1.3.3. "El **sistema nervioso** masculino tiene una predisposición a la neurastenia, tanto como el **femenino** a la histeria. Por otra parte, la frecuencia de la **histeria femenina** se sobrestima; la mayoría de las mujeres que suscitan en los médicos el recelo de ser histéricas son, en rigor, solamente neurasténicas". (Freud, 1888, pag. 58).

1.3.4. "Creo estar autorizado, pues, para designar a mi enferma como una hystérique d'occasion, ya que bajo el influjo de una causa ocasional fue capaz de producir un complejo de síntomas cuyo mecanismo era por excelencia histérico. Se puede admitir aquí como causa ocasional la excitación previa al primer parto o el agotamiento que le siguió, puesto que el primer parto corresponde a la máxima conmoción a que está expuesto el **organismo femenino**, y a consecuencia de ella la mujer suele producir toda clase de síntomas neuróticos para los cuales la disposición dormita en ella" (Freud, 1892-93, pag. 157).

1.3.5. “Pero estos casos no divergen de la **histeria femenina** común, sino que, directamente son paradigmáticos respecto de ella” (Freud, 1940-41 [1892], pag. 188).

1.3.6. “Camino de la excitación en el **proceso sexual** masculino y **femenino**” (Freud, 1950, [sin fecha, ¿1894?] pag. 226).

1.3.7. “A las segundas me las has dado a conocer tú como múltiplos destacados de los **períodos femeninos** de veintiocho días” […] “Para elucidar la decisión entre perversión o neurosis, me valgo de la bisexualidad de todos los seres humanos. En un ser puramente masculino, habría sin duda un excedente de desprendimiento masculino por las dos barreras sexuales, y por tanto se generaría placer, y en consecuencia perversión; en un **ser** puramente **femenino**, un excedente de sustancia de displacer por esas épocas. En las primeras fases ambos desprendimientos serían paralelos, es decir, darían por resultado un excedente normal de placer. A ello se reconduciría la predilección de las mujeres genuinas por las neurosis de defensa”. (Freud, 1950 [1896], 279).

1.3.8. “Por la identificación con estas personas de moral inferior [sirvientas], que como un **material femenino** carente de valor tan a menudo son recordadas en relaciones sexuales con el padre o el hermano, se vuelve posible un sinnúmero de cargos con reproches (hurto, aborto); y, a consecuencia de la sublimación de estas muchachas en las fantasías, se incluyen luego en estas fantasías acusaciones muy inverosímiles contra otras personas” (Freud, 1950 [1897], pags. 289-90).

1.3.9. “Se llega a la conjetura de que el **elemento** genuinamente reprimido es siempre el **femenino**, y ello se corrobora por el hecho de que tanto las mujeres como los varones entregan más fácilmente las vivencias que tuvieron con mujeres, y no con hombres”. (Freud, 1950 [1897], pag. 292).

1.3.10. “Así, es evidente que con las oleadas de desarrollo el niño es revestido de piedad, vergüenza, etc., y que la falta de ese sepultamiento de zonas sexuales puede producir la moral insanity {insania moral} como inhibición del desarrollo. Estas oleadas se dispondrán diversamente en el orden del tiempo en el **sexo** masculino y en el **femenino**” (Freud, 1950 [1897], pag. 312).

1.3.11. “Lo psicológico en esto no sería difícil de captar; en cuanto al factor orgánico, consiste en que la resignación de las zonas sexuales se produzca según el tipo de **desarrollo** masculino o **femenino**, o no se produzca” […] “De acuerdo con ello, he resuelto considerar en lo sucesivo como factores separados lo que produce libido y lo que produce angustia. También he renunciado a declarar que la libido es el **factor** masculino, y la represión el **femenino**” (Freud, 1950 [1897], pag. 313).

Mujer (62):

1.4.1. “(…) y terminó por convertirse en un asilo para **mujeres** ancianas (…)” (Freud, 1956 [1886], pag. 6).

1.4.2. “El enfermo fue acusado de hurto por una **mujer**; (…)” (Freud, 1886, pag. 29).

1.4.3. “(…) por último, el cordón espermático izquierdo es muy sensible al dolor, y esta zona se continúa, siguiendo la trayectoria del cordón espermático, dentro de la cavidad abdominal, hasta el lugar que en las **mujeres** tan a menudo es la sede de las «ovaralgias»” (Freud, 1886, pag. 33).

1.4.4. “Estos lugares [zonas histerógenas] pueden tener su sede en la piel, en las partes profundas, huesos, mucosas, y hasta en los órganos de los sentidos; son más frecuentes en el tronco que en las extremidades y muestran ciertas predilecciones: por ejemplo, un lugar de la pared abdominal correspendiente a los ovarios en **mujeres** (y aun en hombres), la coronilla, la región situada bajo el pecho, y en los hombres los testículos y el cordón espermático” (Freud, 1888, 47-8).

1.4.5. “Además, se ha observado histeria con insuficiencia total de los genitales, y todo médico habrá visto una serie de casos de afección histérica en mujeres cuyos genitales no mostraban ninguna clase de alteración anatómica —y, a la inversa, la mayoría de las **mujeres** con afecciones en los "genitales no padecen de histeria—” (Freud, 1888, pag. 56).

1.4.6. “Como se sabe, el período de la juventud, desde los quince años en adelante, es aquel en que de preferencia se manifiesta vivamente la neurosis histérica en las **mujeres**” (…) “Pasados los cuarenta años, no suele producir ya nuevos fenómenos en las **mujeres**; no obstante, pueden persistir viejos síntomas, y ocasiones eficaces reforzar el estado patológico aun a avanzada edad” (Freud, 1888, pag. 57).

1.4.7. “Por otra parte, la frecuencia de la histeria femenina se sobrestima; la mayoría de las **mujeres** que suscitan en los médicos el recelo de ser histéricas son, en rigor, solamente neurasténicas” (Freud, 1888, pag. 58).

1.4.8. “Antes de irme, debí contradecir todavía una observación del afligido esposo, en el sentido de que la hipnosis sería capaz de arruinar totalmente los nervios de una **mujer**” (Freud, 1892-93, pag. 153).

1.4.9. “Se puede admitir aquí como causa ocasional la excitación previa al primer parto o el agotamiento que le siguió, puesto que el primer parto corresponde a la máxima conmoción a que está expuesto el organismo femenino, y a consecuencia de ella la **mujer** suele producir toda clase de síntomas neuróticos para los cuales la disposición dormita en ella” (Freud, 1892-93, pag. 157).

1.4.10. “(Histeria de las monjas, de las **mujeres** abstinentes, de los muchachos bien criados, de las personas que registran en su interior una inclinación por el arte, el teatro, etc.)” (Freud, 1940-41[1892], pag. 190).

1.4.11. “¿Es la anestesia sexual de la **mujer** algo diverso de un efecto de la impotencia? ¿Puede crear por sí sola neurosis?” […] “La neurastenia de la **mujer** es la consecuencia directa de la neurastenia del varón, por mediación de ese aminoramiento de la potencia” […] “Hombres y **mujeres** que permanecieron sanos” (…) “**Mujeres** estériles, donde no hay traumas debidos a cautelas anticonceptivas en el comercio conyugal” (…) “**Mujeres** aquejadas de gonorrea”. (Freud, 1950 [sin fecha ¿1892?], pag. 216).

1.4.12. “Tratemos por separado la neurastenia de los hombres y de las **mujeres**” (Freud, 1950 [1893], pag. 218).

1.4.13. “En el círculo de sus propios conocidos, uno puede advertir que han escapado de la neurastenia las personas que experimentaron una temprana seducción por una **mujer**, al menos entre la población urbana” (Freud, 1950 [1893], pag. 219).

1.4.14. “La neurastenia de las **mujeres**” [subtítulo]. (…) “A menor potencia del marido, mayor predominio de la histeria en la **mujer**; así, el neurasténico sexual en verdad no vuelve a su esposa tanto neurasténica como histérica” […] “Esta neurosis nace junto con la neurastenia de los hombres a raíz de la segunda oleada de noxas sexuales, que para la **mujer**, a quien hemos supuesto saludable, posee una significatividad mucho mayor. Por eso en el primer decenio de la pubertad uno ve muchos más varones nerviosos, y en el segundo, muchas más **mujeres**. Aquí resulta de la nocividad de las medidas anticonceptivas. No es fácil establecer la serie de estos influjos nocivos; en general, nada se podría considerar del todo inocuo para la mujer, de suerte que ella, siendo la parte más afectada, ni siquiera en el caso más favorable (condón) escaparía a la neurastenia leve” (Freud, 1950 [1893], pag. 220).

1.4.15. “El ataque de angustia es más propio de las formas conectadas con una histeria, vale decir, es más frecuente en **mujeres**, y los síntomas permanentes son más comunes entre varones neurasténicos” […] “Pero es incuestionablemente adquirida, y lo es por hombres y **mujeres** en el matrimonio, en el segundo período de influjos nocivos sexuales por obra del coitus interruptus”. (Freud, 1950 [1893], pag. 221).

1.4.16. “Los casos de neurosis de angustia fuera del matrimonio, más raros, se presentan en particular en hombres, se resuelven como congressus interruptus, dada una fuerte connivencia psíquica con **mujeres** por quienes se tiene miramiento {para que alcancen ellas la satisfacción}, y en esas circunstancias este procedimiento es para los hombres más nocivo que el coitus interruptus en el matrimonio, que a menudo es rectificado, por así

decir, mediante coito normal fuera del hogar" […] "La primera parte de esa tarea, la prevención de la nocividad sexual del primer período, coincide con la profilaxis de la sífilis y la gonorrea, pues son estas las noxas que amenazan a quien se sustrae de la masturbación. El único camino alternativo sería el libre comercio sexual entre la juventud masculina y muchachas de buena clase social, pero sólo se lo podría transitar si existieran medios inocuos para prevenir la concepción. De lo contrario, la alternativa es: onanismo, neurastenia del varón, histero-neurastenia de la **mujer**, o bien lúes del varón, lúes de la siguiente generación, gonorrea del varón, gonorrea y esterilidad de la **mujer**". (Freud, 1950 [1893], pags. 221-222).

1.4.17. "En el segundo caso: una **mujercita** bien tonta, la angustia es muy acusada, al poco tiempo tiene por primera vez histeria" (Freud, 1950 [1893], pag. 224).

1.4.18. "Enseguida tuve en claro que la angustia de mis neuróticos tiene mucho que ver con la sexualidad, y en verdad me sorprendió la seguridad con que el coitus interruptus perpetrado en la **mujer** conduce a la neurosis de angustia. (…) "Podía señalar dos órdenes de ocasiones para la sensación de angustia en el coitus interruptus: en la **mujer**, el temor de quedar embarazada; en el hombre, el cuidado de que fallara su artificio [anticonceptivo]" […] "Un segundo punto firme, de extrema importancia, se me ofreció mediante la siguiente observación: la neurosis de angustia aqueja tanto a **mujeres** anestésicas en el coito normal como a las sensibles" […] "Angustia en personas virginales (percepciones y comunicaciones sexuales, vislumbres de la vida sexual); corroborada por numerosos ejemplos seguros, en ambos sexos, prevaleciendo las **mujeres**". (Freud, 1950 [sin fecha ¿1894?], pag. 229).

1.4.19. "Angustia en personas voluntariamente abstinentes, mojigatos (un tipo de neurópatas). Son hombres y **mujeres** que se distinguen por su pedante minuciosidad y su sentido de la limpieza, para quienes todo lo sexual es horroroso; estas mismas personas se inclinan a procesar la angustia en fobias, acciones obsesivas, folie du doute" […] "Angustia de las abstinentes forzosas, **mujeres** que son desdeñadas por el marido o no son satisfechas por falta de potencia" […] "Angustia de las **mujeres** que viven en coitus interruptus, o, lo que es semejante, de las **mujeres** cuyo marido tiene eyaculación precoz; vale decir, personas que tras estimulación física no llegan a la satisfacción" […] "Angustia de los hombres que se abstienen ocasionalmente, hombres jóvenes casados con **mujeres** más viejas que en verdad les causan horror, o de los neurasténicos que se han retraído de la masturbación mediante un quehacer espiritual sin practicar el coito a cambio, o que á raíz de incipiente debilitamiento de potencia en el matrimonio se abstienen a causa de unas sensaciones post coitum" (Freud, 1950 [sin fecha, ¿1894?], pag. 230).

1.4.20. “Angustia de la abstinencia forzosa. En realidad es lo mismo, pues tales **mujeres** se crean las más de las veces, para no caer en tentación, un rehusamiento psíquico”. […] “Angustia del coitus interruptus en **mujeres**” (Freud, 1950 [sin fecha, ¿1894?], pag. 233).

1.4.21. “Orgánicamente sano, sin graves preocupaciones ni emociones; sobre sexualidad: onanismo de los 12 a los 16 años, luego muy sólido en el comercio con **mujeres**, el atractivo no era hiperpotente” (Freud, 1950 [1894], pag. 237).

1.4.22. “Al hombre le hace bien cualquier tratamiento, cualquier ausencia, o sea, cualquier liberación del coito; desde luego, es fiel a su **mujer**, como él dice” (Freud, 1950 [1894], pag. 238).

1.4.23. “(…) por un tipo de **mujeres** psíquicamente menesterosas, en quienes la añoranza se vuelca con facilidad en melancolía, y que son anestésicas” (Freud, 1950 [sin fecha, ¿1895?], pag. 240).

1.4.24. “Habría que elucidar por qué la anestesia es tan predominantemente una peculiaridad de las **mujeres**. Esto proviene del papel pasivo de la **mujer**. Un hombre anestésico pronto desistirá de todo coito, a la **mujer** no le preguntan” […] “Pero a la **mujer** se le pide que abandone el terreno de la reacción específica, y a cambio se le demandan acciones específicas permanentes que seduzcan al individuo masculino para la acción específica. De ese modo, la tensión sexual se mantiene baja, se bloquea en todo lo posible su aflujo al ps. G. y se solventa de otra manera la intensidad indispensable del ps. G. Si entonces el ps. G. cae en el estado de añoranza, esta se muda con facilidad en melancolía dado el bajo nivel [de tensión] del E. En sí mismo, el ps. G. es poco resistente. Este es el tipo inmaduro juvenil de la libido, y las mencionadas **mujeres** demandadoras-anestésicas [cf. a. 3, pág. 240] no hacen más que prolongar ese tipo” […] “Las **mujeres** con harta frecuencia se casan, entran al acto sexual, sin amor (o sea, con s. S. y tensión en E. escasas). Entonces son frígidas, y lo siguen siendo” (Freud, 1950 [sin fecha ¿1895?], pag. 244).

1.4.25. “Cuando la vieja doncella se aficiona a un perro, y el solterón colecciona tabaqueras, la primera sustituye su necesidad de comunidad conyugal, y el segundo, su necesidad de. . . conquistas numerosas”. (…) “Las **mujeres** los conocen también. El tratamiento ginecológico cae en esta categoría. Existen dos clases de **mujeres** enfermas: unas son tan fieles al médico como a su marido, las otras cambian de médico como de amante” (Freud, 1950 [1895], 249-50).

1.4.26. “Ella lo corrobora; la insinceridad de las **mujeres** empieza al omitir ellas de sus estados los síntomas sexuales característicos” (Freud, 1950 [sin fecha ¿1895?], 257).

1.4.27. “La pasividad sexual natural de la **mujer** explica su predilección por la histeria” (Freud, 1950 [1896], 268).

1.4.28. “A ello se reconduciría la predilección de las **mujeres** genuinas por las neurosis de defensa” (Freud, 1950 [1896], pag. 279).

1.4.29. “Yo opino a la inversa; la **mujer** madura se vuelve más tolerante en cosas sexuales” (Freud, 1950 [1897], 287).

1.4.30. “Se llega a la conjetura de que el elemento genuinamente reprimido es siempre el femenino, y ello se corrobora por el hecho de que tanto las **mujeres** como los varones entregan más fácilmente las vivencias que tuvieron con **mujeres**, y no con hombres” (Freud, 1950 [1897], pág. 292).

1.4.31. “Yo sólo puedo indicar que en mí el Viejo [su padre] no desempeña ningún papel activo, pero que yo he dirigido sobre él, desde mí, un razonamiento por analogía, pues mi «causante» fue una **mujer** fea, vieja pero sabía, que me contó muchas cosas sobre el buen Dios y sobre el infierno y me instiló una elevada opinión sobre mis propias capacidades; que luego (entre los dos años y los dos años y medio) se despertó mi libido hacia matrem, y ello en ocasión de viajar con ella de Leipzig a Viena, en cuyo viaje pernoctamos juntos y debo de haber tenido oportunidad de verla nudam (tú hace tiempo has extraído la consecuencia de ello para tu hijo, como me lo dejó traslucir una observación tuya); que yo he recibido a mi hermano varón un año menor que yo (y muerto de pocos meses) con malos deseos y genuinos celos infantiles, y que desde su muerte ha quedado en mí el germen para unos reproches” (Freud, 1950 [1897], 303).

1.4.32. “Si ellas acudieran, y yo consiguiera solucionar mi propia histeria, se lo debería a aquella vieja **mujer** que en una época tan temprana me brindó los medios para vivir y sobrevivir, y tendría que honrar su memoria” (Freud, 1950 [1897], 304).

1.4.33. “Y es que hacia esta época se sepulta en la **mujer** (en todo o en parte) otra zona sexual que en el varón subsiste. Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que durante la infancia aparece concentrada la sensibilidad sexual de la niña también. De ahí que hacia esta época a la **mujer** la inunde la vergüenza, hasta que de manera espontánea o reflectoria es despertada la nueva zona, la vaginal. De ahí tal vez la anestesia de las señoras, el papel de la masturbación en las niñas destinadas a la histeria y el cese de la masturbación cuando de ella deviene una histeria. Pasemos ahora a las neurosis. Vivencias infantiles que alcanzan meramente a lo genital nunca producen neurosis en el varón (ni en la **mujer** masculina), sino sólo una compulsión masturbatoria y libido” (Freud, 1950 [1897], 312).

1.4.34. “Ahora se averigua que a los catorce años la niña se descubrió una atresia del himen y desesperaba de servir como **mujer**, etc.” (Freud, 1950 [1899], pag. 319).

Niña (12):

1.5.1. “En primer lugar, se halla histeria en **niñas** y niños sexualmente inmaduros, y por otra parte la neurosis aparece también con todos sus signos distintivos en el sexo masculino, sólo que es muchísimo más rara en este (1:20)”. (Freud, 1888, pag. 56).

1.5.2. “El período que antecede y sigue a la pubertad suele traer consigo, en niños y **niñas** de intensa disposición histérica, un primer estallido de la neurosis” (Freud, 1888, pág. 57).

1.5.3. “La madre, agotada por la angustia y por el cuidado de la enferma, se propone no dejar salir sonido alguno de sus labios, para no perturbar a la **niña** en su dormir tan trabajosamente obtenido” (Freud, 1892-93, pag. 158).

1.5.4. “Familia en extremo nerviosa. Tiene 28 años; desde hace semanas, cansancio, presión intracraneana, temblor en las rodillas, disminución de la potencia, eyaculación demasiado rápida, perversidad incipiente: las **niñas** muy jovencitas lo excitan más que las maduras” (Freud, 1950 [sin fecha ¿1895?], pag. 239).

1.5.5. “La neurosis alimentaria paralela a la melancolía es la anorexia. La famosa anorexia nervosa de las **niñas** jóvenes me parece (luego de una observación detenida) una melancolía en presencia de una sexualidad no desarrollada”. (Freud, 1950 [sin fecha ¿1895?], 240).

1.5.6. “Aquí la vivencia primaria estuvo dotada de placer; fue activa (en el varoncito) o pasiva (en la **niña**), sin injerencia de dolor ni asco, lo cual en la **niña** presupone una edad mayor (hacia los ocho años)” (Freud, 1950 [1896], pag. 263).

1.5.7. “(El asco sobreviene antes en la **niña** pequeña que en el varoncito). Ahora bien, la diferencia rectora entre ambos sexos se instaura hacia la pubertad, cuando una repugnancia sexual que no es neurótica se apodera de la muchacha, y la libido del varón. Y es que hacia esta época se sepulta en la mujer (en todo o en parte) otra zona sexual que en el varón subsiste. Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que durante la infancia aparece concentrada la sensibilidad sexual de la **niña** también. De ahí que hacia esta época a la mujer la inunde la vergüenza, hasta que de manera espontánea o reflectoria es despertada la nueva zona, la vaginal. De ahí tal vez la anestesia de las señoras, el papel de la masturbación en las **niñas** destinadas a la histeria y el cese de la masturbación cuando de ella deviene una histeria” (Freud, 1950 [1897], pag. 312).

1.5.8. “Ahora se averigua que a los catorce años la **niña** se descubrió una atresia del himen y desesperaba de servir como mujer, etc”. (Freud, 1950 [1899], pag. 319).

1.5.9. “Siendo una **niña** de ocho años, fue por dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas, y este caballero le pellizcó los genitales a través del vestido” (Freud, 1950 [1895], pag. 401).

Tomo 2

Sexualidad Femenina:

2.1. No hay entradas.

Feminidad:

2.2. No hay entradas.

Femenino (2):

2.3.1. “Me he empeñado en entretejer los esclarecimientos que puedo dar sobre el caso de la señorita Elisabeth von R. en la exposición de su historial de curación; acaso no sea superfino repetir aquí lo esencial en su trabazón. He descrito el carácter de la enferma, los rasgos que se repiten en tantos histéricos y que en verdad no parece que se puedan atribuir a una degeneración: talento, ambición, fineza moral, necesidad hipertrófica de amor, que al comienzo halla su satisfacción dentro de la familia; la independencia de su naturaleza, que rebasaba en mucho al ideal **femenino** y que se exteriorizaba en una buena porción de terquedad, espíritu combativo y reserva” (Freud & Breuer, 1893-95, pag. 175).

2.3.2. “Así, al comienzo de histerias de grado superior suele observarse durante cierto tiempo un síndrome que parece lícito designar como de histeria aguda. (En las anamnesis de histéricos varones, es común hallar esta forma de la enfermedad bajo el nombre de «encefalitis»; en las histerias **femeninas**, la neuralgia ovárica ha dado ocasión al diagnóstico de «peritonitis».)” (Freud & Breuer, 1893-95, pag. 246).

Mujer (35):

2.4.1. “A esas cosas penosas, justamente, se las halla luego en la hipnosis como base de fenómenos histéricos (delirios histéricos de monjes y religiosas, de **mujeres** abstinentes, de niños bien educados)” (Breuer & Freud, 1893-95, pag.36).

2.4.2. “No sabemos decir nada nuevo acerca del fundamento de los estados hipnoides predisponentes. Nos inclinamos a creer que se desarrollan a menudo desde los «sueños diurnos», tan frecuentes también en personas sanas, y a los que tanta ocasión ofrecen, por ejemplo, las labores manuales de la **mujer**” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 38).

2.4.3. “Informaré luego sobre cómo esa ensoñación habitual de la **mujer** sana pasó directamente a la enfermedad” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 48).

2.4.4. “Durante el masaje, que hoy reanudo tras una interrupción de varios días, me cuenta algunas historias, poco conectadas entre sí, pero que acaso fueran verdaderas; por ejemplo, de un sapo encontrado en un sótano, de una madre excéntrica que criaba de un modo muy peculiar a su hijo idiota, de una **mujer** a quien encerraron en un manicomio a causa de su melancolía, y así deja discernir qué clase de reminiscencias le pasan por la mente cuando un talante desasosegado se apodera de ella” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 87).

2.4.5. Nota al pie agregada por el autor en el historial de Emmy Von N.: “En posterior reflexión debo decirme que esos «calambres en la nuca» pudieron ser de condicionamiento orgánico, unos estados análogos a la migraña. In praxi uno ve muchos estados de ese tipo que no han sido descritos y muestran una coincidencia harto llamativa con el ataque clásico de hemicrania, a punto tal que uno se inclinaría a ampliar el concepto de esta última y a relegar a un segundo término la localización del dolor. Como es sabido, muchas **mujeres** neurópatas suelen conectar al ataque de migraña unos ataques histéricos (convulsiones y delirios). Siempre que en la señora Emmy pude observar un «calambre en la nuca», sufría también de un ataque de delirio”. [Cf. pág. 114.] (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 91).

2.4.6. “En la hipnosis indica que en ocasiones tiene todavía representaciones angustiantes, como que a sus hijas pudiera sucederles algo, podrían enfermar o no quedar con vida; el hermano de ella, que ahora está en viaje de bodas, podría sufrir un accidente, morir la **mujer** de él; es que todos sus hermanos y hermanas han tenido vida matrimonial breve. No le puedo sonsacar otros temores” (Breuer & Freud, 1893-95, 92).

2.4.7. “Fue cuando me dio la respuesta, proveniente del delirio, de que ella era una **mujer** del siglo pasado [pág. 74, n. 9]” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 115).

2.4.8. “Era grande el círculo de sus deberes, y debía realizar sola todo el trabajo psíquico que sus obligaciones le imponían, sin amigo ni persona de confianza, casi aislada de su familia, y con la dificultad adicional de su escrupulosidad, su inclinación al automartirio, a menudo su natural desconcierto de **mujer**” […] “Pero si considero la reserva con que me refirió en la hipnosis la pequeña aventura de su camarera en el hotel, me entra la sospecha de que esta **mujer** violenta, capaz de tan intensas sensaciones, no pudo triunfar sobre sus necesidades sexuales sin serias luchas y sin sufrir de tiempo en tiempo un agotamiento psíquico en el ensayo de sofocar esta pulsión, la más poderosa de todas” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 120).

2.4.9. “Si de la observación de la señora Cacilie M. habíamos inferido que una histeria de la forma más grave es conciliable con las más ricas y originales dotes —un hecho que, por otra parte, ponen bien en evidencia las biografías de las **mujeres** importantes para la historia y la literatura—, en la señora Emmy von N. teníamos un ejemplo de que la histeria

tampoco excluye un intachable desarrollo del carácter y una vida conciente de sus metas. Esta que nos tocaba conocer era una **mujer** sobresaliente; a ambos nos impresionó su seriedad ética en la concepción de sus deberes, su inteligencia y su energía directamente masculinas, su elevada cultura y su amor por la verdad; al mismo tiempo, su bondadoso desvelo por las personas a su cargo, su intrínseca modestia y la finura de su trato la volvían estimable también en su condición de dama. Llamar «degenerada» a una **mujer** así equivaldría a desfigurar el significado de esta palabra hasta hacerlo irreconocible. Convendrá separar conceptualmente a las personas «predispuestas» de las «degeneradas», pues de lo contrario habrá que admitir que la humanidad debe buena parte de sus grandes conquistas a los empeños de unos individuos «degenerados»" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 121).

2.4.10. "Esa era, pues, la segunda escena, situada a mayor profundidad, que había tenido el efecto de un trauma y dejado como secuela un símbolo mnémico. Pero, ¿a qué se debía la eficacia de esa escena? Pregunté: «¿Cuál de estas escenas fue anterior en el tiempo, esta o la de los pastelillos quemados?». — «La segunda escena {la que acaba de contarle} es la primera, y por casi dos meses». — «¿Y por qué esta defensa del padre le clavó a usted una espina? La reprimenda no se dirigía contra usted». — «Pero no era justo atropellar {anfahren} así a un señor mayor, que es un amigo querido y por añadidura huésped. Uno no puede decirlo tranquilamente». — «Entonces, ¿sólo la lastimó la forma violenta de su patrón? ¿Se avergonzó por él, o acaso pensó: "Si por una pequeñez así puede ser tan violento con un viejo amigo y huésped, cuánto más no lo sería conmigo si yo fuera su **mujer**"?». — «No, no es eso». — «¿Entonces fue por la violencia?». — «Sí, por el besar a las niñas, nunca le gustó». — Y hete aquí que reaflora, bajo la presión de mi mano, el recuerdo de una escena todavía más antigua, que fue el trauma genuinamente eficaz y había prestado eficacia traumática también a la escena con el jefe de contaduría" (Breuer & Freud, 1893-95, Pag. 136).

2.4.11. "La menor de tres hijas **mujeres**, había pasado su juventud, con tierno apego a sus padres, en una finca de Hungría" (Breuer & Freud, 1893-95, Pag. 155).

2.4.12. "De hecho, ella estaba harto descontenta con su condición de **mujer**; rebosaba de ambiciosos planes, quería estudiar o adquirir formación musical, se indignaba ante la idea de tener que sacrificar en un matrimonio sus inclinaciones y la libertad de su juicio" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 155).

2.4.13. "El vacío que la muerte del padre dejó en esta familia compuesta por cuatro **mujeres**; el aislamiento social, el cese de tantas relaciones que prometían incitación y goce; la salud ahora más quebrantada de la madre: todo ello empañó el talante de nuestra

paciente, pero al mismo tiempo movió en ella el ardiente deseo de que los suyos pronto hallaran un sustituto de la dicha perdida, y le hizo concentrar todo su apego y desvelos en la madre supérstite" […] "Era más de lo que Elisabeth podía tolerar; se sintió llamada a asumir la lucha contra el cuñado en cuanta ocasión se ofreciera, en tanto las otras **mujeres** consentían los estallidos del excitable temperamento de aquel" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 156).

2.4.14. "El matrimonio de la segunda hermana pareció más promisorio para el futuro de la familia, pues este segundo cuñado, menos dotado intelectualmente, era un hombre cordial para estas **mujeres** sensibles y educadas en el cultivo de toda suerte de miramientos; su conducta reconcilió a Elisabeth con la institución del matrimonio y con la idea de los sacrificios a ella enlazados" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 157).

2.4.15. "Se culparon a ellos mismos y a los médicos por haber permitido el matrimonio, y no se pudo ahorrarle al infortunado viudo el reproche de haber puesto en peligro la salud de su **mujer** con dos embarazos sin que mediara una pausa. La triste impresión de que habiéndose dado las condiciones para un matrimonio feliz, tan raras, es dicha tuviera que terminar así, ocupó a partir de entonces los pensamientos de Elisabeth sin contradicción. Pero además veía hacerse pedazos dentro de sí todo cuanto había anhelado para su madre. El cuñado viudo era inconsolable y se alejó de la familia de su esposa. Parece que su propia familia, de la cual se había enajenado durante su breve y dichoso matrimonio, aprovechó el momento propicio para atraerlo de nuevo hacia sus propios rumbos. No se halló camino alguno para mantener la anterior comunidad; una convivencia con la madre bajo el mismo techo era impracticable por miramiento a la cuñada soltera, y cuando se rehusó a dejar a las dos **mujeres** el niño, única herencia de la muerta, les dio por primera vez ocasión para culparlo de dureza" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 158).

2.4.16. "Estaba ella de talante particularmente sentimental, se buena gana se unió al círculo de personas amigas; era un bello día, no demasiado caluroso; su mamá permaneció en casa, su hermana mayor ya había partido de viaje, la segunda no se sentía bien pero no quiso estropearle el disfrute; el marido de esta hermana declaró al comienzo que se quedaría junto a su **mujer**, y después marchó también por amor de ella (de Elisabeth)" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 166).

2.4.17. "Hasta entonces se le antojaba que era lo bastante fuerte para prescindir del apoyo de un hombre; ahora se apoderaba de ella un sentimiento de su debilidad como **mujer**, una añoranza de amor en la que, según sus propias palabras, la solidez de su ser empezaba a derretirse" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 169).

2.4.18. “En aquella caminata enlazada de manera tan íntima con los dolores de Elisabeth, el cuñado al principio no quería participar, pues prefería permanecer junto a su **mujer** enferma” (Breuer & Freud, 1893-95, pag, 169-70).

2.4.19. “Lo descarto de nuevo: esta **mujer** no se halla enferma; la abreacción subsecuente no es, a pesar de su semejanza, un proceso histérico. Cabe preguntarse, entonces, por qué en una persona sobreviene una histeria tras cuidar a un enfermo, y en otra no. No puede deberse a la predisposición personal, puesto que en la dama a que me he referido esta última estaba presente en máxima medida” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 177).

2.4.20. “El marido de esta tía, un hombre de personalidad evidentemente patológica, maltrataba a su **mujer** y a los niños de la manera más brutal y, en particular, los afrentaba con su desembozada predilección sexual por las muchachas de servicio y niñeras que vivían en la casa, lo cual se volvía más y más chocante a medida que los niños crecían” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 184).

2.4.21. NOTA AL PIE: “La joven **mujer** se había visto llevada, por penosas vivencias habidas en su familia, a dedicarse a las tablas” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 183).

2.4.22. “Esta **mujer** conjeturaba en su marido un interés de mayor hondura por su sobrina, y lo dispuso todo para estropearle totalmente a la muchacha su estadía en Viena” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 184).

2.4.23. “Consideremos un caso ordinario. Una **mujer**, frente a cada afecto, contrae un eritema en cuello, pecho y rostro, primero en forma de manchas y luego confluyente. Está condicionado por representaciones y es, por tanto, según Moebius, un fenómeno histérico” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 199).

2.4.24. “La histeria no excluye grado alguno de unas dotes psíquicas efectivas, de valía, si bien es cierto que en virtud de la enfermedad el rendimiento real suele volverse imposible. Y, en verdad, la patrona de la histeria, Santa Teresa, fue una **mujer** genial de grandísima capacidad práctica” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 242).

2.4.25. NOTA AL PIE: “Algunas observaciones nos llevan a creer que el miedo al contacto (en verdad, el miedo a emporcarse) que constriñe a las **mujeres** a lavarse a cada instante las manos tiene harto a menudo este origen. La acción de lavarse brota de los mismos procesos anímicos que en Lady Macbeth” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 255).

2.4.26. “No creo exagerar si asevero que en las **mujeres** casadas la gran mayoría de las neurosis graves proviene del lecho conyugal”. [En cursiva en el original]. (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 256).

2.4.27. “Lo hipnoide sale a la luz de la manera más nítida como ataque histérico, y en aquel estado que se puede designar como de histeria aguda y que, según parece, desempeña un

papel tan sustantivo en el desarrollo de la gran histeria (pág. 246). Son estados prolongados —a menudo duran varios meses—, nítidamente psicóticos, que es preciso designar sin más como de confusión alucinatoria; y aun si la perturbación no llega a tanto, en ellos afloran diversos fenómenos histéricos, algunos de los cuales persisten en lo sucesivo. El contenido psíquico de esos estados consiste en parte, justamente, en representaciones que en la vida de vigilia fueron combatidas por la defensa y reprimidas de la conciencia (véanse los «delirios histéricos de monjes y religiosas, de **mujeres** abstinentes, de niños bien educados»)" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 258).

2.4.28. "Daré uno o dos ejemplos de los efectos que produce esa actividad censuradora a raíz del primer afloramiento de los recuerdos patógenos. El enfermo ve un busto de **mujer** con la ropa algo entreabierta, como por abandono; sólo mucho después agrega a ese torso la cabeza, revelando ahora una persona y un vínculo" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 287-88).

2.4.29. "Ya he indicado [pág. 273] el importante papel que corresponde a la persona del médico en la creación de motivos destinados a derrotar la fuerza psíquica de la resistencia. En no pocos casos, en particular en **mujeres** y donde se trata de aclarar unas ilaciones de pensamiento eróticas, la colaboración de los pacientes pasa a ser un sacrificio personal que tiene que ser recompensando mediante algún subrogado del amor" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 305-06).

Niña (34):

2.5.1. "Una **niña** sufre hace años de ataques de convulsiones generales que podían creerse epilépticos y de hecho se los tuvo por tales. A fin de establecer el diagnóstico diferencial se la hipnotiza y enseguida sufre su ataque. Ahora bien, preguntada: «¿Qué ves ahora?», responde: «¡El perro, viene el perro!»; y efectivamente se averiguó que el primer ataque de esta índole le sobrevino cierta vez tras ser perseguida por un perro salvaje. Después, el éxito de la terapia perfeccionó la decisión diagnóstica" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 39-40)

2.5.2. "Acepta, sin objetar palabra, mi propuesta de separarse de ambas **niñas**, que tienen su gobernanta, e internarse en un sanatorio donde yo podré verla todos los días" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 73).

2.5.3. "Ha dormido bien sin que yo le renovara la sugestión, pero tuvo dolores de estómago por la mañana. Ya los sintió ayer en el jardín, donde pasó demasiado tiempo con sus hijas. Consiente en que le limite la visita de las **niñas** a dos horas y media; hace unos días se había reprochado dejarlas solas. Hoy la encuentro algo excitada, el ceño fruncido,

chasquidos y tartamudeos. Mientras le administran el masaje nos cuenta que la gobernanta de las **niñas** le ha traído un atlas histórico-cultural, y que algunas de sus imágenes, que muestran a unos indios disfrazados de animales, le causaron grandísimo terror. «¡Imaginen que estuvieran vivos!». (Gesto de horror.)" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 76).

2.5.4. "(…) Y ahora respondía sin reflexionar más, pero con gran excitación y con tropiezos espásticos en el habla: «Cómo cierta vez se desbocaron los caballos con el carruaje en que iban sentados los niños, y cómo otra vez yo viajaba con las **niñas** por el bosque en medio de una tormenta y el rayo cayó en un árbol justo frente a los caballos y los caballos se asustaron y yo pensé entre mí: "Ahora tienes que permanecer totalmente quieta, de lo contrario asustarás todavía más a los caballos con tus gritos y el cochero no podrá contenerlos". Desde entonces apareció eso». Este relato la ha excitado muchísimo; me entero además de que el tartamudeo le apareció tras la primera de esas dos ocasiones, pero desapareció al poco tiempo para quedarle permanente desde la segunda ocasión similar. Le extingo el recuerdo plástico de estas escenas, pero la exhorto a que se las represente una vez más. Parece intentarlo y luego se queda calma; además, a partir de ese momento habla en la hipnosis sin ningún tartamudeo espástico" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 79-80).

2.5.5. "Cómo ellos estaban en un lugar de la Riviera, que ambos amaban mucho, y pasaban por un puente y a él le sobrevino de pronto un espasmo de corazón, se desplomó de repente, estuvo ahí tendido unos minutos como sin vida, pero después se levantó ileso. Cómo después, durante su puerperio por la pequeña, el marido, que desayunaba en una mesilla ante su cama y leía los periódicos, de pronto se puso de pie, la miró de una manera peculiar, dio algunos pasos y cayó muerto al piso. Ella saltó de la cama; los médicos llamados habrían intentado revivirlo, y ella escuchaba todo desde la otra habitación; pero fue en vano. Y luego continúa: Y cómo la **niña**, que entonces tenía unas semanas de edad, se enfermó muy grave y así permaneció durante seis meses, tiempo en el cual ella misma estuvo postrada en cama con alta fiebre. — Y luego siguen, en secuencia cronológica, sus cargos contra esa **niña**; los prorrumpe rápidamente y con expresión de enojo en el rostro, como cuando se habla de alguien de quien uno está harto. Que durante largo tiempo fue muy rara, que siempre berreaba y nunca dormía, que contrajo una parálisis de la pierna izquierda de cuya curación se desesperaba casi; que a los cuatro años tuvo visiones, que empezó a caminar tarde y tarde empezó a hablar, de suerte que por mucho tiempo se la tuvo por idiota; según declararon los médicos, había tenido una inflamación en el encéfalo y la médula espinal, y quién sabe cuántas cosas más. En este punto la interrumpo, le señalo que esa misma **niña** es hoy normal y está hermosa, y le quito la posibilidad de volver a ver

todas esas tristes cosas, pues no sólo le borro el recuerdo plástico, sino que le revoco la reminiscencia entera de su memoria, como si nada de eso hubiera sucedido. Le prometo en cambio que cesará la expectativa de desgracia que de continuo la martiriza, así como los dolores en todo el cuerpo, de los que se había quejado justamente durante el relato, cuando hacía varios días que ni los mencionaba" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 82).

2.5.6. "Y luego por tres años ha odiado a la **niña**, porque siempre se decía que habría podido cuidar a su marido hasta que sanase de no haber guardado cama a causa de ella" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 84).

2.5.7. "Ha dormido hasta las ocho y media, pero hacia la mañana se fue inquietando y me recibe con ligeros tics, chasquidos y alguna inhibición para hablar, «Me muero de angustia». Preguntada, cuenta que la pensión donde se alojan aquí las **niñas** se encuentra en un cuarto piso, y se llega a ella por medio de un ascensor. Ayer pidió que las **niñas** lo utilizaran también para bajar, y ahora se lo reprocha, pues dice que el ascensor no es del todo seguro" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 87).

2.5.8. NOTA AL PIE AGREGADA POR FREUD: "El proceso había sido, pues, el siguiente: Cuando despertó por la mañana se encontró con un talante angustiado, y para explicárselo recurrió a la representación angustiosa que halló más a mano. A la siesta del día anterior había mantenido una conversación sobre el ascensor de la casa de las **niñas**" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 88).

2.5.9. "Cuando ya en su hogar le reaparecieron, la madre acudió al ginecólogo de la ciudad universitaria próxima; este aplicó a la muchacha una terapia combinada local y general, que empero llevó a que la **niña** contrajera una neurosis grave" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 97).

2.5.10. "Pues en el tiempo en que el estado de su hija le impuso nuevos deberes y sintió que la nerviosidad volvía a ganar imperio sobre ella, estatuyó para sí que todo lo relativo a esa **niña** debía permanecer sustraído de la confusión, así todo lo demás hubiera de ponerse de través en su cabeza" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 100).

2.5.11. "Recibí una desfavorable impresión sobre la alteración psíquica que había sufrido la **niña**, y para formular mi prognosis debí considerar además el hecho de que todos los hermanastros de la enferma (hijos del primer matrimonio del señor Von N.) habían sucumbido a la paranoia" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 102).

2.5.12. "La angustia ante el manicomio y sus moradores se remonta a toda una serie de tristes experiencias de su familia y a unas descripciones que una tonta muchacha de servicio le hizo a la crédula **niña** [pág. 77]; además, esta fobia se apoya por una parte en el horror primario e instintivo que el cuerdo siente ante el loco, y por la otra en la aprensión

existente en ella, como en todo neurótico, de caer presa de la locura" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 106).

2.5.13. "Y el aminoramiento del asco adherido de antiguo a las comidas no pudo producirse porque ella siempre se vio precisada a sofocarlo en vez de librarse de él mediante una reacción; de **niña**, por miedo al castigo debía comer con asco la comida fría, y ya adulta, el miramiento por sus hermanos le impedía exteriorizar los afectos a que la sometían las comidas compartidas" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 108).

2.5.14. "Es probable que este designio evocara una representación contrastante, el miedo de hacer empero un ruido que turbara el tan ansiado sueño de la **niña**. Tales representaciones contrastantes respecto de un designio se engendran también en nosotros de una manera notable cuando no nos sentimos seguros en la ejecución de un designio importante" (Breuer & Freud, 1893-95, pag.110).

2.5.15. NOTA AL PIE AGREGADA POR FREUD: "Por fin liberada de ese obstáculo, esta **niña** ambiciosa y algo simple resolvió cultivarse con todo empeño para alcanzar a sus hermanas y compañeras de su misma edad. Se esforzó para eso desmedidamente, y cada empeño de esa clase" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 112).

2.5.16. "Así parecía completo el análisis de la sensación olfatoria subjetiva; de hecho, esta había sido objetiva en su momento, y además asociada íntimamente con una vivencia, una pequeña escena, en que libraron batalla encontrados afectos: la lástima por abandonar a las **niñas** y las afrentas que empero la empujaban a tomar esa decisión" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 132).

2.5.17. "Entonces, del hecho de que Miss Lucy R. hubiera caído presa de la conversión histérica en aquel momento yo extraje la conclusión de que entre las premisas de ese trauma tenía que haber una que ella deliberadamente quisiera dejar en la oscuridad, que se empeñara por olvidar. Si uno compaginaba la ternura hacia las **niñas** y la animadversión hacia las otras personas de la casa, esto sólo admitía una interpretación. Tuve la osadía de comunicársela a la paciente. Le dije: «No creo que esas sean todas las razones de su sentimiento hacia las dos **niñas**; más bien conjeturo que usted está enamorada de su patrón, el director, acaso sin saberlo usted misma; creo que alimenta en su alma la esperanza de ocupar de hecho el lugar de la madre, y que a eso se debe, además, que se haya vuelto tan suspicaz hacia el personal de servicio, con el cual ha convivido en paz durante tanto tiempo. Usted tiene miedo de que noten algo de su esperanza y se le mofen por ello" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 133-34).

2.5.18. "Pero esta vez ella no sabía de dónde provenía esa sensación olfatoria subjetiva; no sabía en qué oportunidad importante había sido objetiva. «En casa todos los días se fuma

—dijo—; en realidad no sé si el olor que siento significa una oportunidad particular». Entonces yo me obstiné en que intentara acordarse bajo la presión de mi mano. Ya he consignado que sus recuerdos tenían vividez plástica, que ella era una «visual». Y, de hecho, bajo mi esforzar {Drangen} le afloró una imagen, al comienzo vacilante y sólo fragmentaria. Era el comedor de su casa, donde aguardaba con las **niñas** a que los señores vinieran de la fábrica para el almuerzo" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 135-36).

2.5.19. "Lo mismo había sucedido meses antes; una dama amiga de la familia vino a visitarlos y al despedirse besó a las dos **niñas** en la boca. El padre, que estaba presente, se dominó para no decir nada a la dama, pero ida esta descargó su cólera sobre la desdichada gobernanta. Le declaró que la hacía responsable si alguien llegaba a besar a las **niñas** en la boca; era su deber no tolerarlo, y faltaba a sus obligaciones si lo consentía. Si volvía a ocurrir, confiaría a otras manos la educación de las **niñas**. Era la época en que aún se creía amada y esperaba una repetición de aquel coloquio amistoso. Esta escena pulverizó sus esperanzas. Se dijo: «Si por una cuestión tan pequeña, y en la que además yo soy por entero inocente, puede desatarse {losfahren} contra mí de ese modo, puede decirme tales amenazas, yo me he equivocado, nunca ha tenido un sentimiento más cálido hacia mí. Este le habría impuesto miramientos». — Evidentemente, fue el recuerdo de esa penosa escena el que le acudió cuando el jefe de contaduría quiso besar a las **niñas** y el padre lo reprendió por ello.

Cuando Miss Lucy volvió a visitarme dos días después de este último análisis, no pude menos que preguntarle qué le había sucedido de grato. Estaba como trasformada, sonreía y llevaba la cabeza erguida. Por un instante llegué a pensar que había apreciado erróneamente la situación, y que la gobernanta de las **niñas** era ahora la novia del director" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 136-37).

2.5.20. "En la historia de nuestra paciente, el momento traumático corresponde a la escena que le hizo el director por el beso a las **niñas**. Pero esa escena permanece por un tiempo sin efecto visible; acaso empezaron con ella la desazón y la animosidad, no lo sé: los síntomas histéricos se generaron sólo después, en momentos que uno designaría «auxiliares» y caracterizaría diciendo que en ellos, como en la conciencia sonámbula ensanchada, confluyen temporariamente los dos grupos psíquicos divorciados. El primero de esos momentos, en el que se produjo la conversión, fue en Miss Lucy R. la escena de la mesa, cuando el jefe de contaduría quiso besar a las **niñas.** Aquí conjugó el recuerdo traumático, y ella se comportó como si todo lo que se refería a su inclinación hacia su patrón no se hubiera arruinado ya" (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 139).

2.5.21. “En este aspecto, el caso de Katharina es típico; en el análisis de cualquier histeria que tenga por fundamento traumas sexuales, uno halla impresiones de la época presexual que, no habiendo producido efectos sobre la **niña**, más tarde cobran, como recuerdos, una violencia traumática al abrirse para la joven virgen o la esposa el entendimiento de la vida sexual” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 148-49).

2.5.22. “La edad de las **niñas** movió a la familia a trasladarse a la capital, donde por un tiempo Elisabeth pudo gozar de una vida más rica y alegre dentro de la familia. Pero luego sobrevino el golpe que aniquiló la dicha de ese hogar” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 156).

2.5.23. “De pronto la **niña** da un grito, le ha venido un dolor taladrante en la frente, entre los ojos; le duró varias semanas” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 192).

2.5.24. “De él recibí el siguiente esclarecimiento: En la época en que trató por aquellos primeros ataques a esta muchacha adolescente, de muy bien desarrollado cuerpo, le llamó la atención la hipertrófica ternura del trato entre ella y la gobernanta alojada en la casa. Le entraron sospechas y movió a la abuela a que vigilara ese trato. Al poco tiempo la anciana señora estuvo en condiciones de informarle que la gobernanta solía hacer a la **niña** visitas nocturnas en la cama, y con toda regularidad, tras esas noches, la hallaban con el ataque. No vacilaron en alejar, discretamente, a esta corruptora de niños. Los niños, y la misma madre, quedaron con la creencia de que la gobernanta abandonaba la casa para casarse. — En cuanto a la terapia, exitosa de primera intención, consistió en comunicarle yo a la señora el esclarecimiento que me habían dado” (Breuer & Freud, 1893-95, pag. 281).

Tomo 3

Sexualidad Femenina:

3.1.1. No hay entradas.

Feminidad:

3.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (13):

3.3.1. “En personas del **sexo femenino**, tales representaciones inconciliables nacen las más de las veces sobre el suelo del vivenciar y el sentir sexuales, y las afectadas se acuerdan con toda la precisión deseable de sus empeños defensivos, de su propósito de «ahuyentar» {fortschieben, «empujar lejos»} la cosa, de no pensar en ella, de sofocarla. He aquí unos ejemplos pertinentes, tomados de mi experiencia, que por otra parte podría multiplicar sin dificultad: El caso de una joven señorita que se echa en cara, mientras cuida a su padre enfermo, pensar en el joven que le ha dejado una leve impresión erótica; el caso de una gobernanta que se había enamorado de su patrón, y resolvió quitarse de la cabeza esa simpatía por parecerle inconciliable con su orgullo, etc.” (Freud, 1894, pag. 49).

3.3.2. “Para la exposición más exacta de las condiciones etiológicas bajo las cuales se produce la neurosis de angustia es recomendable tratar por separado a hombres y mujeres. En individuos del **sexo femenino** —y prescindiendo de su predisposición—, la neurosis de angustia sobreviene en los siguientes casos (…)” (Freud, 1895 [1894] pag. 100).

3.3.3. “Los casos c, d y e contienen las condiciones bajo las cuales la neurosis de angustia se genera en el **sexo femenino** con la mayor frecuencia y, en principio, independientemente de predisposición hereditaria. Para estos casos —curables, adquiridos— de neurosis de angustia intentaré demostrar que la noxa sexual descubierta constituye verdaderamente el factor etiológico de la neurosis” (Freud, 1895 [1894] pag. 101).

3.3.4. “Me abstendré de figurar de la misma manera casos más complicados del proceso sexual. Sólo quiero sostener que este esquema se puede trasferir en lo esencial también a la mujer, no obstante todo el retardo artificial y toda la atrofia de la **pulsión sexual femenina**, que embrollan el problema” (Freud, 1895 [1894] pag. 109).

3.3.5. “La importancia del elemento activo de la vida sexual como causa de las obsesiones, y de la pasividad sexual para la patogénesis de la histeria, parece incluso revelar la razón del nexo más íntimo de la histeria con el **sexo femenino** y de la preferencia de los hombres

por la neurosis de obsesiones. A veces uno encuentra parejas de enfermos neuróticos que han sido una pareja de pequeños amantes en su niñez temprana y de ellos el hombre sufre de obsesiones, y de histeria la mujer; si se trata de un hermano y su hermana, se podrá tomar equivocadamente por un efecto de la herencia nerviosa lo que en verdad deriva de experiencias sexuales precoces" (Freud, 1896, pag. 155).

3.3.6. "Hallé cumplida esta condición específica de la histeria —pasividad sexual en períodos presexuales— en todos los casos de histeria analizados (entre ellos, dos hombres). Apenas si hace falta indicar todo lo que disminuye, en virtud de la apuntada condicionalidad de los factores etiológicos accidentales, el reclamo de una predisposición hereditaria; además, empezamos a entender la frecuencia incomparablemente mayor de la histeria en el **sexo femenino**, que, en efecto, es más estimulador de ataques sexuales aun en la niñez" (Freud, 1896, pag. 164).

3.3.7. "Luego empezó a ver imágenes que la espantaban, alucinaciones de **desnudeces femeninas**, en particular de un **regazo femenino** desnudo, con vello; en ocasiones, también genitales masculinos" (Freud, 1896, pag. 176).

3.3.8. "Sobre el origen de las alucinaciones visuales o, al menos, de las imágenes vivaces, averigüé lo siguiente: La imagen del **regazo femenino** acudía casi siempre junto con la sensación de órgano en el regazo, pero esta última era mucho más constante y solía presentarse sin la imagen. Las primeras imágenes de **regazos femeninos** se le habían aparecido en el instituto de cura de aguas, pocas horas después que hubiera visto a unas mujeres realmente desnudas en la sala de baños; probaron ser, entonces, simples reproducciones de una impresión real. Ahora bien, era lícito suponer que si estas impresiones se habían repetido, sólo pudo deberse a que se les anudó un gran interés" (Freud, 1896, pag. 178).

3.3.9. "La imagen de un **regazo femenino** desnudo (pero ahora reducido a unas proporciones infantiles y sin vello) ora le acudía, ora le faltaba, según que la escena en cuestión hubiera ocurrido a plena luz o en la oscuridad" (Freud, 1896, pag. 180).

3.3.10. "Ahora bien, cuando había una relación entre dos niños, en ciertos casos se consiguió probar que el varón —que por cierto desempeña aquí el papel agresivo— había sido seducido antes por una persona adulta del **sexo femenino**, y luego, bajo la presión de su libido prematuramente despertada y a consecuencia de la compulsión mnémica, buscó repetir en la niñita justamente las mismas prácticas que había aprendido del adulto, sin emprender él mismo una modificación autónoma en la variedad del quehacer sexual" (Freud, 1896, pag. 207).

3.3.11. “He ahí la exteriorización de una mojigatería indigna del médico, mojigatería que se cubra apenas con unos malos argumentos. Si factores de la vida sexual se disciernen real y efectivamente como causas patológicas, averiguar tales factores y traerlos a colación se convierte, sin más reparos, en un deber del médico. La lesión del pudor en que de ese modo incurre no es diversa ni más enojosa, se diría, que la inspección de los **genitales femeninos** por él emprendida para curar una afección local, a realizar la cual la propia academia lo obliga. De señoras mayores que pasaron su juventud en provincias a menudo se oye contar todavía que alguna vez estuvieron a punto de desfallecer a raíz de hemorragias genitales desmedidas, porque no podían resolverse a permitir que un médico mirara sus desnudeces. El influjo educativo ejercido por los médicos sobre el público ha conseguido, en el curso de una generación, que rarísima vez nuestras señoras jóvenes muestren esa renuencia. Y toda vez que se manifieste, se la condenará como incomprensible mojigatería, vergüenza donde no corresponde. ¿Acaso vivimos en Turquía —preguntaría el marido—, donde la señora enferma sólo tiene permitido enseñar al médico el brazo por un agujero practicado en la pared?” (Freud, 1898, pag. 258).

Mujer (57):

3.4.1. “Por ese tiempo, toda vez que visitaba con su médico jefe uno de los departamentos de la Salpétriére (instituto asistencial de **mujeres**) y recorría esa selva de parálisis, espasmos y convulsiones que hace cuarenta años no habían sido bautizados ni eran entendidos, solía decirse: «Faudrait y retourner et y rester»;* y cumplió su palabra. Designado médecin des hópitaux, procuró enseguida ingresar en uno de aquellos departamentos de la Salpétriére, que albergaban a las enfermas nerviosas; y una vez que lo hubo conseguido, permaneció allí, sin usar del derecho que en Francia permite al médecin des hópitaux cambiar, en turnos regulares, de hospital y de departamento, y por tanto de especialidad” (Freud, 1893, pags. 13-4).

3.4.2. “Mientras era estudiante, el azar lo puso frente a una doméstica que padecía de unos curiosos temblores y por su torpeza no conseguía empleo. (…) Tomó a su servicio a la interesante **mujer**, a costa de una pequeña fortuna que al paso de los años tuvo que desembolsar en fuentes y platos; y cuando finalmente murió, pudo demostrar en ella que la paralysie choréiforme era la expresión clínica de la esclerosis cerebro-espinal múltiple” (Freud, 1893, pag. 16).

3.4.3. “Y bien; un análisis psicológico escrupuloso de estos casos muestra que el estado emotivo como tal está siempre justificado. La muchacha de la Observación 1 tiene buenas razones para sus remordimientos; las **mujeres** de la Observación 3, que dudaban de su

resistencia a las tentaciones, sabían bien por qué; la muchacha de la Observación 4, que detestaba a las sirvientas, tenía harto derecho para quejarse, etc" (Freud,1895 [1894] pag. 76).

3.4.4. "Varias **mujeres** se quejaban de la obsesión de arrojarse por la ventana, herir a sus hijos con cuchillos, tijeras, etc.

Enderezamiento. Obsesiones de tentaciones típicas. Eran **mujeres** que, en modo alguno satisfechas en el matrimonio, se debatían contra los deseos y las ideas voluptuosas que las asaltaban a la vista de otros hombres" (Freud, 1895 [1894] pag. 77).

3.4.5. "Era una obsesión de tentación o de desconfianza. No desconfiaba de su vejiga sino de su resistencia frente a una impulsión amorosa. El origen de la obsesión lo mostraba bien. Cierta vez, en el teatro, a la vista de un hombre que le gustaba había sentido unas ganas amorosas acompañadas (como siempre ocurre en la polución espontánea de las **mujeres**) de unas ganas de orinar. Se vio obligada a abandonar el teatro, y desde entonces fue presa del miedo de tener la misma sensación, pero las ganas de orinar habían sustituido a las amorosas. Curó por completo" (Freud, 1895 [1894] pag. 78).

3.4.6. "Una **mujer** había contraído la necesidad de contar siempre las placas del parqué, los escalones, etc., cosa que hacía en un estado de angustia ridículo.

Enderezamiento. Había comenzado a contar para distraerse de sus ideas obsedentes (de tentación). Lo había conseguido, pero la impulsión a contar había remplazado a la obsesión primitiva" (Freud, 1895 [1894] pag. 78).

3.4.7. "Una **mujer** sufría de ataques de esta obsesión que sólo cesaban cuando ella estaba enferma, para dejar sitio a temores hipocondríacos. El tema del ataque era una parte del cuerpo o una función, por ejemplo la respiración: «¿Por qué hay que respirar? ¿Y si yo no quisiera respirar?», etc" (Freud, 1895 [1894] pag. 78).

3.4.8. "Una **mujer** se lavaba las manos cíen veces por día y sólo tocaba los picaportes de las puertas con el codo.

Enderezamiento. Era el caso de Lady Macbeth. Los lavajes eran simbólicos y estaban destinados a sustituir por la pureza física la pureza moral que lamentaba haber perdido. Se atormentaba con remordimientos por una infidelidad conyugal cuyo recuerdo había decidido expulsar. Se lavaba también los genitales" (Freud, 1895 [1894] pag. 80).

3.4.9. "Es en esas condiciones, extremadamente habituales (sobre todo para la **mujer**) en la sociedad actual, que se desarrolla la neurosis ansiosa de la cual las fobias son una manifestación psíquica" (Freud, 1895 [1894] pag. 82).

3.4.10. “Para la exposición más exacta de las condiciones etiológicas bajo las cuales se produce la neurosis de angustia es recomendable tratar por separado a hombres y **mujeres**” (Freud, 1895 [1894], pag. 100).

3.4.11. “(…) Estos casos [c y d] se unifican, pues tras examinar un gran número de ejemplos es fácil convencerse de que interesa solamente que la **mujer** alcance o no la satisfacción en el coito. Si no la alcanza, está dada la condición para la génesis de la neurosis de angustia. En cambio, la **mujer** queda a salvo de la neurosis si el marido aquejado de *ejaculatio praecox* puede repetir el coito inmediatamente después con mejor éxito. El *coitus reservatus* por medio del preservativo no configura para la **mujer** nocividad alguna cuando ella es muy rápidamente excitable y el marido es muy potente; en caso contrario, esta variedad del comercio sexual preventivo no le va en zaga a la otra en cuanto a nocividad. El *coitus interruptus* es dañino casi por regla general. Ahora bien, para la **mujer** lo es sólo si el hombre lo practica sin miramiento, o sea que interrumpe el coito cuando él está próximo a eyacular, sin cuidarse del decurso excitatorio de la **mujer**; si, en cambio, el hombre aguarda la satisfacción de la **mujer,** el coito adquiere para esta última el significado de un coito normal; pero entonces es el hombre quien enferma de neurosis de angustia. He reunido y analizado gran número de observaciones, de las que resultan las tesis antes expuestas” (Freud, 1895 [1894], pag. 100-01).

3.4.12. “Los casos c, d y e contienen las condiciones bajo las cuales la neurosis de angustia se genera en el sexo femenino con la mayor frecuencia y, en principio, independientemente de predisposición hereditaria. Para estos casos —curables, adquiridos— de neurosis de angustia intentaré demostrar que la noxa sexual descubierta constituye verdaderamente el factor etiológico de la neurosis. Me ceñiré a considerar antes las condiciones sexuales de la neurosis de angustia en varones. Estableceré los siguientes grupos, todos los cuales hallan sus analogías entre las **mujeres** (…)” (Freud, 1895 [1894], pag. 101).

3.4.13. “B. Angustia de los varones con excitación frustránea (p. e., durante el noviazgo) o de las personas (que por temor a las consecuencias del comercio sexual) se conforman con mirar o tocar a la **mujer**. Este grupo de condiciones (que por otra parte se puede trasferir inalterado al otro sexo: noviazgo, relaciones con abstención sexual) brinda los casos más puros de la neurosis” (Freud, 1895 [1894], pag. 101-02)

3.4.14. “C. Angustia de los varones que practican el *coitus interruptus*. Como ya se ha señalado, el *coitus interruptus* es nocivo para la **mujer** cuando se lo practica sin miramiento por la satisfacción de ella; pero cobra nocividad para el varón cuando este, atendiendo a la satisfacción de la **mujer**, dirige voluntariamente el coito, pospone la eyaculación. Por eso se comprende que en los matrimonios que viven en el *coitus*

interruptus por lo común enferme sólo uno de los cónyuges. En los varones, por lo demás, el *coitus interruptus* rara vez produce neurosis de angustia pura; las más de las veces, genera una mezcla de esta con una neurastenia" (Freud, 1895 [1894], pag. 102).

3.4.15. "D. Angustia de los varones en la senescencia. Hay hombres que, como las **mujeres**, muestran un climaterio y en la época de su potencia declinante y su libido creciente producen una neurosis de angustia" (Freud, 1895 [1894], pag. 102).

3.4.16. "Señalo aquí, como algo importante para entender la neurosis de angustia, que una plasmación algo acusada de ella sólo sobreviene en varones que han permanecido potentes y en **mujeres** no anestésicas. En neurasténicos que por la masturbación han adquirido ya grave menoscabo en su potencia, la neurosis de angustia en caso de abstinencia se presenta muy mezquina y la mayoría de las veces se limita a hipocondría y vértigos crónicos leves. En cuanto a las **mujeres**, es preciso considerarlas «potentes» en su mayoría; una **mujer** realmente impotente, o sea, realmente anestésica, es de igual modo poco proclive a la neurosis de angustia y tolera llamativamente bien los mencionados influjos nocivos" (Freud, 1895 [1894], pag. 102-03).

3.4.17. "En la anamnesis de muchos casos de neurosis de angustia, tanto en hombres como en **mujeres**, se descubre una llamativa oscilación en la intensidad de los fenómenos, y aun en la aparición y desaparición del estado íntegro. Cierto año todo anduvo casi a las mil maravillas, pero el siguiente fue terrible, etc. En una ocasión la mejoría pareció deberse a cierta cura, que al siguiente ataque resultó infructuosa, y así. Si uno averigua el número y la secuencia de los hijos y coteja esta crónica matrimonial con la curiosa trayectoria de la neurosis, obtendrá esta solución simple: los períodos de mejoría o de bienestar coinciden con los embarazos de la mujer, durante los cuales, desde luego, no había motivo para adoptar prevenciones en el comercio sexual. Pero al marido —se creyó— lo había beneficiado aquella cura, fuera la del pastor Kneipp o la de un instituto de hidroterapia, luego de la cual encontró a su **mujer** grávida" (Freud, 1895 [1894], pag. 104).

3.4.18. "Por ejemplo, a un hombre le da un ataque cardíaco cuando recibe la noticia de la muerte de su padre, y desde entonces lo aqueja la neurosis de angustia. El caso no se comprende, pues ese hombre no era neurótico hasta ese momento; la muerte del padre venerado en modo alguno sobrevino bajo circunstancias particulares, y se admitirá que el fallecimiento normal y esperado de un padre anciano no se incluye entre las vivencias que pudieran enfermar a un adulto sano. Quizás el análisis etiológico cobre más trasparencia si agrego que ese hombre practica desde hace once años el coitus interruptus con miramiento por la satisfacción de su **mujer**. Los fenómenos son, al menos, exactamente

los mismos que aparecen en otras personas tras una breve nocividad sexual de esta clase y sin que ocurriera entretanto ningún otro trauma" (Freud, 1895 [1894], pag. 105).

3.4.19. "Pero he descubierto que la, presencia de ese estado de ánimo en la **mujer** o en el varón durante el coitus interruptus es indiferente para la génesis de la neurosis de angustia, pues señoras en el fondo desinteresadas de las consecuencias de una posible concepción están expuestas a esta neurosis en igual medida que las temerosas de esa posibilidad, y sólo importa cuál de las dos partes es despojada de su satisfacción por esa técnica sexual" (Freud, 1895 [1894], pag. 107).

3.4.20. "Me abstendré de figurar de la misma manera casos más complicados del proceso sexual. Sólo quiero sostener que este esquema se puede trasferir en lo esencial también a la **mujer**, no obstante todo el retardo artificial y toda la atrofia de la pulsión sexual femenina, que embrollan el problema. También para la **mujer** cabe suponer una excitación sexual somática y un estado en que esta excitación deviene estímulo psíquico, libido, y provoca el esfuerzo hacia la acción específica a la que se anuda el sentimiento de voluptuosidad. Sólo que en el caso de la **mujer** somos incapaces de indicar qué sería lo análogo a la distensión de las vesículas seminales" (Freud, 1895 [1894], pag. 109).

3.4.21. "El tercer caso, el del coitus reservatus con miramiento por la **mujer**, influye perturbando el apronte psíquico para el decurso sexual, pues introduce otra tarea psíquica, una tarea distractiva, junto a la de dominar {Beivaltigung} el afecto sexual. Como también en virtud de esta desviación psíquica desaparece poco a poco la libido, la ulterior trayectoria es la misma que en el caso de la abstinencia. La angustia en la senescencia (el climaterio de los varones) requiere otra explicación. Aquí la libido no cede. Pero sobreviene, como durante el climaterio de las **mujeres**, un acrecentamiento tal en la producción de la excitación somática que la psique prueba ser relativamente insuficiente para dominarla" (Freud, 1895 [1894], pag. 110).

3.4.22. "No nos depara dificultades mayores subsumir bajo el punto de vista mencionado las condiciones etiológicas en el caso de la **mujer**. El ejemplo de la angustia virginal es particularmente claro. Es que aquí no se han desarrollado todavía lo bastante los grupos de representación con los cuales está destinada a enlazarse la excitación sexual somática. En las recién casadas anestésicas, la angustia sólo aparece cuando los primeros coitos despiertan una medida suficiente de excitación somática; toda vez que faltan los signos locales de esa condición excitada (como una sensación de estimulación espontánea, ganas de orinar, etc.), también está ausente la angustia. Los casos de *ejaculatio praecox* y de *coitus interruptus* se explican de parecida manera que en el varón, por desaparecer poco a poco la libido para ese acto psíquicamente insatisfactorio, al par que la excitación por él

despertada se gasta subcorticalmente. En la mujer se establece más rápido, y es más difícil de eliminar, la enajenación {Entfremdung} entre lo somático y lo psíquico en el decurso de la excitación sexual. Los casos de la viudez y la abstinencia voluntaria, así como el del climaterio, se tramitan en la **mujer** exactamente igual que en el varón; no obstante, en la abstinencia viene a sumarse por cierto la represión deliberada del círculo de representación sexual, a la cual a menudo tiene que decidirse la señora abstinente en lucha contra la tentación; y parecido efecto tendría en la época de la menopausia el horror que siente la **mujer** que envejece hacia la libido devenida hipertrófica" (Freud, 1895 [1894], pag. 110-11).

3.4.23. "Pues bien, eso era lo que sucedía en mis casos de neurosis de angustia. El hombre que (enigmáticamente) cayó enfermo al ser anoticiado de la muerte de su padre (introduzco esa glosa entre paréntesis porque la muerte no era inesperada ni sobrevino en circunstancias inhabituales, conmovedoras); ese hombre, digo, hacía once años que vivía en coitus interruptus con su esposa, a quien él procuraba satisfacer la mayoría de las veces; el joven que no toleraba las disputas entre su **mujer** y su madre había practicado desde el comienzo con su esposa el retiro para ahorrarse cargar con una descendencia; el estudiante que por exceso de trabajo contrajo una neurosis de angustia, en lugar de la cerebrastenia que sería de esperar, mantenía desde hacía tres años una relación con una muchacha a quien tenía prohibido preñar; la señora sin hijos que cayó enferma de neurosis de angustia por la salud de su sobrina estaba casada con un hombre impotente y nunca había sido satisfecha sexualmente, etc. No todos estos casos presentan la misma claridad ni poseen el mismo poder probatorio para mi tesis; pero si los clasifico junto con el muy considerable número de aquellos cuya etiología no muestra otra cosa que el factor específico, se articulan sin contradicción dentro de la doctrina por mí formulada y permiten ensanchar nuestro entendimiento etiológico más allá de las fronteras hasta ahora existentes" (Freud, 1895, pags. 127-28).

3.4.24. "Conozco casos de neurosis de angustia a pesar de embarazos repetidos año tras año, porque (increíblemente) todo comercio se suspendió desde el coito fecundador, de suerte que la señora llena de hijos sufría privación todos los años. Ningún médico desconoce que ciertas **mujeres** conciben de maridos muy poco potentes, incapaces de procurarles satisfacción; y, por último (cosa con la que deberían contar sobre todo los sostenedores de la etiología hereditaria), hay bastantes **mujeres** aquejadas de una neurosis de angustia congénita, o sea que traen por herencia, o desarrollan sin perturbación exterior demostrable, una vita sexualis como la que de ordinario sólo se adquiere por coitus interruptus y noxas semejantes. En algunas de estas **mujeres** se puede pesquisar una

afección histérica contraída en su juventud; en lo sucesivo la vita sexualis quedó perturbada, y permanentemente desviada de lo psíquico la tensión sexual. **Mujeres** con esta sexualidad son incapaces de una satisfacción real, aun mediante coito normal, y desarrollan neurosis de angustia ya sea de manera espontánea o tras la aparición de otros factores eficientes. ¿Qué habrá habido de todo esto en el caso de Lowenfeld? No lo sé, pero, repito, este caso sólo sería probatorio contra mí si la dama que responde con una neurosis de angustia a un terror único gozó antes de una vita sexualis normal" (Freud, 1895, pags. 128-29).

3.4.25. "Una exploración más atenta descubre, con gran regularidad, un proceso sexual irritador (o sea, uno capaz de desatar tensión sexual somática), al que le sigue el ataque de angustia tras cierto intervalo, que a menudo presenta una total constancia. En **mujeres** abstinentes este papel lo desempeñan la excitación menstrual, las poluciones nocturnas (que son igualmente de recurrencia periódica), pero sobre todo el comercio sexual mismo (nocivo por incompleto), que trasfiere a sus efectos, los ataques de angustia, esta periodicidad suya" (Freud, 1895, pag. 132).

3.4.26. "La importancia del elemento activo de la vida sexual como causa de las obsesiones, y de la pasividad sexual para la patogénesis de la histeria, parece incluso revelar la razón del nexo más íntimo de la histeria con el sexo femenino y de la preferencia de los hombres por la neurosis de obsesiones. A veces uno encuentra parejas de enfermos neuróticos que han sido una pareja de pequeños amantes en su niñez temprana y de ellos el hombre sufre de obsesiones, y de histeria la **mujer**; si se trata de un hermano y su hermana, se podrá tomar equivocadamente por un efecto de la herencia nerviosa lo que en verdad deriva de experiencias sexuales precoces" (Freud, 1896, pag. 155).

3.4.27. "Las imágenes eran muy martirizadoras para ella, pues las tenía cuando estaba en compañía de una **mujer**, y entonces seguía la interpretación de que ella veía a esa **mujer** en desnudez indecorosa, pero en el mismo momento esta tenía la misma imagen de ella (!)" (Freud, 1896, pag. 176).

3.4.28. "Las primeras imágenes de regazos femeninos se le habían aparecido en el instituto de cura de aguas, pocas horas después que hubiera visto a unas **mujeres** realmente desnudas en la sala de baños; probaron ser, entonces, simples reproducciones de una impresión real. Ahora bien, era lícito suponer que si estas impresiones se habían repetido, sólo pudo deberse a- que se les anudó un gran interés. Informó que en aquel momento había sentido vergüenza por aquellas **mujeres**; y ella misma, desde que tiene memoria, se avergüenza de que la vean desnuda" (Freud, 1896, pag. 178).

3.4.29. “En los comienzos de su vida conyugal despertó en ella —evidentemente por un despertar inconciente de su relación infantil, en que jugaban a marido y **mujer**— una gran aversión sexual; estaba siempre temerosa de que los vecinos pudieran oír palabras y ruidos a través de la pared medianera, y esta vergüenza se le mudó en un sentimiento de enojo hacia los vecinos” (Freud, 1896, pag. 182).

3.4.30. “El retorno de lo reprimido en imágenes visuales se acerca más al carácter de la histeria que al de la neurosis obsesiva; empero, la histeria suele repetir sus símbolos mnémicos sin modificación, mientras que la alucinación mnémica paranoica experimenta una desfiguración, como sucede en la neurosis obsesiva; una imagen moderna análoga remplaza a la reprimida (regazo de una **mujer** adulta, y no el de una niña; y por eso mismo el vello particularmente nítido, dado que este faltaba en la impresión originaria)” (Freud, 1896, pag. 183).

3.4.31. “Y otra vez ocurrió que dos **mujeres** bajo tratamiento habían mantenido de niñas comercio sexual con la misma persona masculina, a raíz de lo cual se habían producido algunas escenas a trois. Cierto síntoma que se derivaba de estas vivencias infantiles había conseguido plasmarse en los dos casos como testimonio de esta comunidad” (Freud, 1896, pag. 205).

3.4.32. “Por último, los resultados de mis análisis se bastan para hablar por sí solos. En los dieciocho casos sin excepción (de histeria pura, y de histeria combinada con representaciones obsesivas, seis hombres y doce **mujeres**), tomé noticia, como ya he consignado, de tales vivencias sexuales de la infancia. Puedo clasificar mis casos en tres grupos, de acuerdo con el origen de la estimulación sexual. En el primer grupo se trata de atentados únicos o al menos de abusos aislados, las más de las veces perpetrados en niñas por adultos extraños a ellas (que en ese acto atinaron a evitar un daño mecánico grosero); en tales casos no contó para nada la aquiescencia de los niños, y como secuela inmediata de la vivencia prevaleció el terror. Un segundo grupo lo forman aquellos casos, mucho más numerosos, en que una persona adulta cuidadora del niño —niñera, aya, gobernanta, maestro, y por desdicha también, con harta frecuencia, un pariente próximo— introdujo al niño en el comercio sexual y mantuvo con él una relación amorosa formal —plasmada también en el aspecto anímico— a menudo durante años. Finalmente, al tercer grupo pertenecen las relaciones infantiles genuinas, vínculos sexuales entre dos niños de sexo diferente, la mayoría de las veces entre hermanitos, que a menudo continuaron hasta pasada la pubertad y conllevaron las más persistentes consecuencias para la pareja en cuestión. En la mayoría de mis casos se averiguó un efecto combinado de dos o más de estas etiologías; en algunos, la acumulación de vivencias sexuales de diferente origen era directamente

asombrosa. Pero ustedes comprenderán con facilidad esta característica de mis observaciones si consideran que todos los casos que debí tratar eran de afección neurótica grave, que amenazaba con incapacitar al individuo para la existencia" (Freud, 1896, pags. 206-7).

3.4.33. "Yo no estoy todavía en condiciones, señores, de dar una respuesta confiable a este problema. No son suficientes para ello el número de mis casos analizados, ni la diversidad de las condiciones presentes en ellos. Hasta ahora llevo observado que, ante el análisis, las representaciones obsesivas por lo general *se desenmascaran* como unos encubiertos y mudados *reproches a causa de agresiones sexuales en la infancia*; por eso se las encuentra más a menudo en varones que en **mujeres**, y en los varones las representaciones obsesivas son más frecuentes que la histeria" (Freud, 1896, pag. 217).

3.4.34. "El médico, oigo decir, no tiene ningún derecho a inmiscuirse en los secretos sexuales de sus pacientes, a herir groseramente con ese examen su pudor —sobre todo en el caso de las **mujeres**" (Freud, 1898, pags. 257-58).

3.4.35. "Nocivo es todo cuanto estorba que advenga la satisfacción; y bien, como es notorio, no poseemos por el momento ningún medio anticonceptivo que cumpla todos los razonables requisitos, es decir, que sea seguro, cómodo, y no menoscabe la sensación de placer en el coito ni lastime la delicadeza de la **mujer**" (Freud, 1898, pag. 270).

3.4.36. "Es cosa evidente, pero merecedora de expresa mención, que los recuerdos infantiles conservados atestiguan sobre aquellas impresiones a las cuales se dirigía el interés del niño, a diferencia del interés del adulto. Así se explica fácilmente que una **mujer** comunique, por ejemplo, acordarse de diversos accidentes sufridos por sus muñecas cuando ella tenía dos años, mientras que es amnésica para los más serios y tristes sucesos que habría podido percibir en esa época" (Freud, 1899, pag. 299).

3.4.37. "La escena me parece bastante indiferente, e incomprensible su fijación. Permita usted que se la describa: Veo un prado cuadrangular, algo empinado, verde y de tupida vegetación; dentro de lo verde, muchísimas flores amarillas, evidentemente son de diente de león común. En lo alto del prado, una casa campesina, ante cuya puerta están de pie dos **mujeres** que conversan animadamente entre sí: la campesina, de pañuelo en la cabeza, y un niñera" (Freud, 1899, pag. 304-5).

Niña (20):

3.5.1. "Ya de **niña**, su madre, muy severa, cuando ella rechazaba la carne en el almuerzo la obligaba a comerla dos horas después de levantada la mesa, fría, con la grasa endurecida;

lo hacía con gran asco, y conservó el recuerdo de ello, de suerte que más tarde, cuando ya no estaba sujeta a ese castigo, seguía yendo a la mesa con asco" (Freud, 1893, pag. 34).

3.5.2. "No en todos los casos es tan trasparente la determinación del síntoma por el trauma psíquico. A menudo, ella sólo consiste en una referencia simbólica, digamos así, entre el ocasionamiento y el síntoma histérico. Esto es particularmente válido para los dolores. Así, una enferma padecía de penetrantes dolores en el entrecejo. La razón era que una vez, de **niña**, su abuela la escudriñó «penetrándola» con la mirada" (Freud, 1893, pag. 35).

3.5.3. "Esta **niña** había sido involuntario testigo de una cita amorosa de su madre. Se había cubierto el rostro y tapado las orejas, y puso el máximo empeño en olvidar la escena, que la disgustaba y le habría impedido permanecer junto a su madre, a quien amaba tiernamente. Lo consiguió, pero la cólera por haberle sido mancillada la imagen del amor persistió en ella, y con ese estado emotivo no tardó en asociarse la idea de una persona que pudiera remplazar a la madre" (Freud, 1895 [1894], pag. 77).

3.5.4. "Cierto número de observaciones indudables me han mostrado que un primer encuentro con el problema sexual, una revelación algo brusca de lo hasta entonces velado —sea por la visión de un acto sexual, por una comunicación o por lecturas—, puede provocar en **niñas** adolescentes una neurosis de angustia que de manera casi típica se combina con una histeria" (Freud, 1895 [1894], pag. 100).

3.5.5. "Agregaré sin demora algunos detalles de hecho y algunos comentarios al resultado enunciado, para combatir la desconfianza que espero encontrar. He podido practicar el psicoanálisis completo en trece casos de histeria, tres de los cuales eran genuinas combinaciones de histeria con neurosis de obsesiones (no digo: histeria *con* obsesiones). En ninguno de ellos faltaba el suceso caracterizado en el párrafo anterior; estaba representado por un atentado brutal cometido por una persona adulta, o por una seducción menos brusca y menos repelente pero que llevó al mismo fin. En siete casos sobre trece se trataba de una relación infantil por ambas partes, unas relaciones sexuales entre una **niña** y un varoncito un poco mayor, las más de las veces su hermano, que había sido víctima él mismo de una seducción anterior. Estas relaciones habían proseguido a veces durante años, hasta la pubertad de los pequeños culpables; el muchacho repetía siempre y sin innovación sobre la **niña** las mismas prácticas que a su turno había sufrido de una sirvienta o gobernanta, y que a causa de este origen eran a menudo de naturaleza repugnante. En algunos casos había concurrencia de atentado y de relación infantil, o abuso brutal reiterado" (Freud, 1896, pags. 151-2).

3.5.6. "Hay una sola diferencia, que parece capital. Hemos descubierto en el fondo de la etiología histérica un acontecimiento sexual pasivo, una experiencia sufrida con

indiferencia o con un poquitín de amargura o de espanto. En la neurosis de obsesiones se trata, por el contrario, de un acontecimiento que ha causado placer, de una agresión sexual inspirada por el deseo (en el caso del varoncito) o de una participación con goce en las relaciones sexuales (en el caso de la **niña**)" (Freud, 1896, pag. 154).

3.5.7. NOTA AL PIE: "En un ensayo sobre la neurosis de angustia [(1895*b*), supra, pág. 100], mencioné que «un primer encuentro con el problema sexual (...) puede provocar en **niñas** adolescentes una neurosis de angustia que de manera casi típica se combina con una histeria». Hoy sé que la ocasión a raíz de la cual estalla esa angustia virginal no corresponde precisamente al primer encuentro con la sexualidad, sino que en esas personas la precedió una vivencia sexual pasiva en la infancia, cuyo recuerdo fue despertado a raíz del «primer encuentro»" (Freud, 1896, pag. 167).

3.5.8. "Comprendí entonces el significado de la ocurrencia repentina de que la observaban cuando se metía en cama. Era un fragmento inalterado del viejo recuerdo-reproche, y ella reparaba ahora con su vergüenza lo que había omitido de **niña**" (Freud, 1896, pag. 178).

3.5.9. "El retorno de lo reprimido en imágenes visuales se acerca más al carácter de la histeria que al de la neurosis obsesiva; empero, la histeria suele repetir sus símbolos mnémicos sin modificación, mientras que la alucinación mnémica paranoica experimenta una desfiguración, como sucede en la neurosis obsesiva; una imagen moderna análoga remplaza a la reprimida (regazo de una mujer adulta, y no el de una **niña**; y por eso mismo el vello *particularmente* nítido, dado que este faltaba en la impresión originaria)" (Freud, 1896, pag. 183).

3.5.10. "Y otra vez ocurrió que dos mujeres bajo tratamiento habían mantenido de **niñas** comercio sexual con la misma persona masculina, a raíz de lo cual se habían producido algunas escenas a trois. Cierto síntoma que se derivaba de estas vivencias infantiles había conseguido plasmarse en los dos casos como testimonio de esta comunidad" (Freud, 1896, pag. 205).

3.5.11. "(…) En el primer grupo se trata de atentados únicos o al menos de abusos aislados, las más de las veces perpetrados en **niñas** por adultos extraños a ellas (que en ese acto atinaron a evitar un daño mecánico grosero); en tales casos no contó para nada la aquiescencia de los niños, y como secuela inmediata de la vivencia prevaleció el terror" (Freud, 1896, pags. 206-07).

3.5.12. "Ahora bien, cuando había una relación entre dos niños, en ciertos casos se consiguió probar que el varón —que por cierto desempeña aquí el papel agresivo— había sido seducido antes por una persona adulta del sexo femenino, y luego, bajo la presión de su libido prematuramente despertada y a consecuencia de la compulsión mnémica, buscó

repetir en la **niñita** justamente las mismas prácticas que había aprendido del adulto, sin emprender él mismo una modificación autónoma en la variedad del quehacer sexual" (Freud, 1896, pag. 207).

3.5.13. "En el prado juegan tres niños, uno de ellos soy yo (entre dos y tres años de edad), los otros dos mi primo, un año mayor, y mi prima, hermana de él, que tiene casi mi misma edad. Cogemos las flores amarillas y cada uno tiene en la mano un número de flores ya cogidas. El ramillete más hermoso lo tiene la **niñita**; pero nosotros, los varones, como obedeciendo a una consigna caemos sobre ella y le arrancamos las flores. Ella corre llorando cuesta arriba por el prado y recibe como consuelo de la campesina un gran trozo de pan negro. Apenas nosotros lo vemos, arrojamos las flores, nos precipitamos también hacia la casa e igualmente pedimos pan. Lo recibimos también, la campesina corta el pan con un cuchillo largo. Este pan me sabe exquisito en el recuerdo; y con esto se interrumpe la escena" (Freud, 1899, pag. 305).

3.5.14. "»Ahora bien, ¿qué justifica en esta vivencia el gasto mnémico a que me ha movido? En vano me he quebrado la cabeza acerca de ello: ¿Recae el acento en nuestra poco amable conducta hacia la **niñita**? ¿Acaso el amarillo del diente de león, que hoy naturalmente no hallo hermoso, agradaba tanto por entonces a mis ojos? ¿O después de travesear por el prado el pan me supo tanto, pero tanto mejor que de ordinario como para convertírseme en una impresión imborrable? Tampoco puedo hallar vínculos de esta escena con el interés, fácil de colegir, que otorga coherencia a las otras escenas infantiles" (Freud, 1899, pag. 305).

3.5.15. "Enseguida se lo aclaro. De su escena infantil ha destacado usted, como el elemento más intenso, que le supo exquisito el pan campesino. ¿No advierte que esta representación, sentida casi alucinatoriamente, se corresponde con aquella idea de su fantasía, que de haber permanecido en el solar natal, casándose entonces con aquella **niña** [la del vestido amarillo], cuan cómoda le habría resultado la vida o, expresado simbólicamente, cuan bien le habría sabido su pan, por el cual debía luchar tanto en ese tiempo posterior? Y el amarillo de las flores apunta a la misma **niña**. Por otra parte, en la escena de infancia tiene usted elementos que se pueden referir a la segunda fantasía, la de haberse casado con su prima. Arrojar las flores para trocarlas por un pan no me parece un mal disfraz para el propósito que su padre tenía hacia usted: debía usted abandonar sus ideales poco prácticos y abrazar un «estudio para ganarse el pan», ¿no es verdad?" (Freud, 1899, pag. 308).

3.5.16. "En lo amarillo de las flores, opino yo. Es verdad, no puedo desconocer que la figuración del amor en esta escena suya de infancia se queda muy a la zaga de mis experiencias corrientes. «No, de ningún modo. La figuración del amor es incluso lo

principal en ella. ¡Sólo ahora lo comprendo! Considere usted: quitar las flores a una **niña**, eso equivale a decir "desflorarla". ¡Qué oposición entre el descaro de esta fantasía y mi timidez en la primera oportunidad, y mi indiferencia en la segunda!» (Freud, 1899, pag. 309).

3.5.17. "«Ahora yo mismo puedo continuarlo. Lo más atractivo de todo el tema es, para el tunante mozalbete, la representación de la noche de bodas; ¿qué sabe él de lo que viene después {nachkommen; también, "tener descendencia"}? Pero esta representación no osa salir a la luz: la voz dominante de la discreción y del respeto a la **niña** la mantiene sofocada. Entonces permanece inconciente. . .»" (Freud, 1899, pag. 310).

3.5.18. "«Si es así, he perdido toda confianza en la autenticidad de esa escena de los dientes de león. Presupongo que en mi interior, con los dos mencionados ocasionamientos, y apoyado por unos motivos reales bien palpables, afloró este pensamiento: "Si te hubieras casado con esta **niña** o con la otra, tu vida habría sido mucho más agradable"; que la corriente sensual repite dentro de mí los pensamientos de la protasis en unas representaciones que pueden brindarle satisfacción; que esta segunda versión del mismo pensamiento permanece inconciente a consecuencia de ser inconciliable con la predisposición sexual dominante, pero justamente por ello fue puesta en estado de perdurar dentro de la vida psíquica cuando hacía mucho que la versión conciente había sido derogada por la alteración de la realidad objetiva; que la frase que permaneció inconciente se afana, siguiendo una ley vigente, como dice usted, en trasmudarse a una escena (lo infancia que tiene permitido devenir conciente a causa de su inocencia; que a tal fin tuvo que experimentar una refundición nueva, o más bien dos: una que arrebata a la protasis lo chocante, expresándolo figuralmente, y otra que comprime la apódosis en una forma que es susceptible de figuración visual, para lo cual se emplea la representación intermediaria "pan-estudio para ganarse el pan"" (Freud, 1899, pags. 310-11)".

Tomo 4

Sexualidad Femenina:

1.1. No hay entradas.

Feminidad:

2.1. No hay entradas.

Femenina/o (12):

4.3.1. “Sospecho la razón por la cual la fórmula de trimetilamina ocupó en el sueño un lugar tan ostentoso. Es que muchas cosas harto importantes se reúnen en esta palabra: no sólo alude al todopoderoso factor de la sexualidad, sino a una persona cuya aprobación recuerdo contento cada vez que me siento aislado en mis opiniones. ¿Acaso este amigo que desempeña un papel tan importante en mi vida no ha de aparecer en otras partes de la trabazón de pensamientos del sueño? Por cierto que sí; es un notable conocedor de los efectos provocados por las afecciones de la nariz y de sus cavidades, y ha descubierto para la ciencia algunas portentosas relaciones entre los cornetes y los **órganos sexuales femeninos** (las tres formaciones rugosas en la garganta de Irma). He hecho que examinara a Irma para averiguar si sus dolores de estómago podían tener origen nasal. Pero él mismo sufre de supuraciones nasales que me dan cuidado, y a eso alude sin duda la piemia que vislumbré con ocasión de las metástasis del sueño” (Freud, 1900 [1899], pag. 137).

4.3.2. “(…) Por otros fragmentos del mismo sueño pudo completarse esto: ella había descubierto el parentesco de la palabra inglesa “box” con la alemana “büchse” {cajita}, y la importunó el recuerdo de que “büchse” se usaba también como designación vulgar de los **genitales femeninos**” (Freud, 1900 [1899], pags. 171-72).

4.3.3. “(…) Por lo demás, la mención del infanticidio no quedó explicada. ¿Cómo llega usted a ese **delito** específicamente **femenino**?». «He de confesarle que hace algunos años estuve enredado en un asunto así. Tuve la culpa de que una muchacha buscara desembarazarse mediante un aborto de las consecuencias de una relación conmigo. No había tenido yo participación alguna en la ejecución de ese atentado, pero durante mucho tiempo me asedió la lógica angustia de que el hecho se descubriese». «Ahora comprendo: ese recuerdo aportó una segunda razón para que la sospecha de que usted había ejecutado mal su artificio debiera serle penosa»” (Freud, 1900 [1899], pag. 174).

4.3.4. NOTA AL PIE agregada en 1911: "(…) Es cierto que desde esta impresión hasta su reaparición en el sueño corren 27 + 1 días, un "**periodo femenino**" según Fliess. Pero, por desdicha para el carácter probatorio de este ejemplo, debo consignar que *el mismo día del sueño* recibí la visita (por primera vez desde mi regreso) de un meritorio pero adusto colega a quien años antes yo había puesto el mote de 'rabí Savonarola'" (Freud, 1900 [1899], pag. 184).

4.3.5. "(…) Es entonces como si quisiera decir: «Por favor, no mire usted, no vale la pena». Así la caja se completa como caja toráxica, y la interpretación del sueño nos lleva directamente a la época de su desarrollo corporal, cuando empezó a quedar insatisfecha con las formas de su cuerpo. Y aun nos lleva a épocas anteriores si tomamos en cuenta el «asco» y el «mal sonido» y recordamos la gran frecuencia con que los pequeños hemisferios del **cuerpo femenino** —a través de una relación de oposición y de sustitución— remplazan a los grandes en la alusión y en el sueño" (Freud, 1900 [1899], pag. 201).

4.3.6. "También aquí una ocasión real; ayer, en efecto, introdujo una vela en el candelero; pero no estaba quebrada. Aquí se ha empleado un trasparente simbolismo. La vela es un objeto que estimula los **genitales femeninos**; si está quebrada de modo que no se tiene derecha, ello significa la impotencia del hombre («no es culpa de ella»)" (Freud, 1900 [1899], pag. 202).

4.3.7. "(…) En el pecho de la mujer coinciden el amor y el hambre. Erase un joven, dice la anécdota, gran venerador de la **belleza femenina**; cierta vez en que la conversación recayó sobre la bella nodriza que lo amamantara, exclamó: «¡Me pesa no haber aprovechado entonces mejor esa buena ocasión!»" (Freud, 1900 [1899], pag. 218).

4.3.8. Referencia al pie (*): "Regierungsbeischläfer", 'el que duerme con el gobierno' (porque solía dormirse en lugar de cumplir con su tarea) es un juego de palabras con «Regierungsvertreter», «el delegado del gobierno». El apodo tiene otro sentido en alemán, pues «regierung» —a diferencia del castellano «gobierno»— es **femenino**" (Freud, 1900 [1899], pags. 222-23).

4.3.9. "(…) Repárese, además, en la concordancia entre el orinal masculino y la **valija femenina**, *box*" (Freud, 1900 [1899], pag. 229).

4.3.10. "(…) Ahora bien, la palabra "tutelrein" se separa en tres direcciones, y así apunta a tres de las materias subrogadas dentro de los pensamientos oníricos: "tutela" = curatela; "tutel" (quizá "tuttel") es también un nombre vulgar del **pecho femenino**; y el elemento "rein" se une con las primeras sílabas de "zimmertelegraph" {"timbre"} para formar "zimmerrein" {"limpieza de la habitación"}, que tiene mucho que ver con la mojadura del

piso y además suena parecido al apellido de un miembro de la familia del soñante" (Freud, 1900 [1899], pag. 304).

4.3.11. "(…) Tal el sueño de un niño de diez años sobre la «categoría», comunicado por V. Tausk (19131*b*). «Categoría» significa aquí los **genitales femeninos**, y «categorizar» equivale a orinar" (Freud, 1900 [1899], pag. 310).

4.3.12. "(…) En vano se empeña en recordar el contenido y el propósito de aquella fantasía de muchachito a que el sueño manifiestamente alude. Pero al final caemos en la cuenta de que el contenido buscado ya está presente en la manifestación sobre el pasaje oscuro del sueño. Las «lagunas» son las aberturas genitales de las mujeres que están por meterse en cama: «ahí falta algo» describe el carácter principal de los **genitales femeninos**. De muchacho lo consumía el apetito de saber {Wissbegierde}, de ver los genitales de una mujer, y entonces todavía se inclinaba a creer en la teoría sexual infantil que atribuye a la mujer la posesión del miembro masculino" (Freud, 1900 [1899], pag. 337).

Mujer (99):

4.4.1. "Un sueño hipermnésico, que se singulariza por el hecho de que en el sueño que sobrevino inmediatamente después se produjo la identificación del recuerdo primero no reconocido, es el que relata el marqués d'Hervey de St. Denis [1867, pág. 305] (según Vaschide, 1911, págs. 232-3): «Soñé cierta vez con una joven **mujer** de dorados cabellos; la vi en plática con mi hermana mientras le mostraba un bordado. En el sueño me pareció muy conocida, y aún creí haberla visto repetidas veces. Ya despierto, ese rostro seguía vívido frente a mí, pero no pude reconocerlo en absoluto. Volví a dormirme, y la imagen onírica se repitió. Pero en este nuevo sueño dirigí la palabra a la blonda dama y le pregunté si no había tenido ya el placer de conocerla en alguna parte. "Sin duda —respondió—; recuerde usted la playa de Pornic". Al punto me desperté y pude recordar con toda seguridad las circunstancias asociadas con ese rostro encantador que había visto en el sueño» (Freud, 1900 [1899], pag. 40).

4.4.2. "Parece que ni siquiera en tiempos recientes faltan ejemplos creíbles de tales rendimientos diagnósticos del sueño. Por ejemplo, Tissié (1898 [pags. 62-3]) relata, siguiendo a Artigues (1884 [pag. 43]), la historia de una **mujer** de 43 años, en apariencia totalmente sana, que durante algunos años fue frecuentada por sueños de angustia y en quien el examen médico pudo descubrir después una incipiente afección cardíaca, que pronto hubo de llevarla a la tumba" (Freud, 1900 [1899], pag. 59).

4.4.3. "(…) En el sueño sexual de una **mujer**, el espacio que corre donde se unen los muslos puede simbolizarse por un estrecho patio cercado de edificios, y la vagina por un senderito muy estrecho, untuosamente suave, que corre por mitad del patio y que la soñante debe atravesar, por ejemplo, para llevar una carta a un señor» {ibid., pág. 34}" (Freud, 1900 [1899], pag. 108).

4.4.4. "(…) Hay observaciones parecidas en De Sanctis [1899, pág. 226] (equivalente onírico de la paranoia en un alcohólico, voces que acusan a su **mujer** de infidelidad) y en Tissié" (Freud, 1900 [1899], pag. 111).

4.4.5. NOTA AL PIE agregada en 1914: "Entre estas preguntas se incluyen, por lo general, las que piden indicaciones precisas sobre los parientes más próximos (padres, **mujer**, hijos), así como la fórmula típica: *«Habuistine in hac note copulam conjugalem ante vel post somnium?»* {"¿Has copulado con tu **mujer** antes o después del sueño?"}. — *«L'idée dominante dans l'inierprétation des songes consiste á expliquer le réve par son opposée»* {«La idea dominante en la interpretación de los sueños consiste en explicar al sueño por su opuesto»}" (Freud, 1900 [1899], pag. 120).

4.4.6. SUEÑO DEL 23/24 DE JULIO DE 1895: "(…) Ella se ve pálida y abotagada; pienso que después de todo he descuidado sin duda algo orgánico. La llevo hasta la ventana y reviso el interior de su garganta. Se muestra un poco renuente, como las **mujeres** que llevan dentadura postiza" (Freud, 1900 [1899], pag. 128).

4.4.7. "(…) El sueño ocurrió hallándome en Bellevue, y pocos días antes del cumpleaños de mi **mujer**. La víspera ella me había expresado su esperanza de que para su cumpleaños viniesen a vernos muchos amigos, y entre ellos también Irma, como huéspedes nuestros. Mi sueño anticipa entonces esa situación: Es el cumpleaños de mi **mujer**, y muchas personas, Irma entre ellas, serán recibidas por nosotros como invitados {huéspedes} en el gran vestíbulo de Bellevue" (Freud, 1900 [1899], pag. 129).

4.4.8. NOTA AL PIE: "A esta tercera persona puede reconducirse también la queja, todavía no explicada, sobre *dolores en el vientre*. Se trata, desde luego, de mi propia **mujer**; los dolores del vientre me recuerdan una de las ocasiones en que se me hizo evidente su renuencia. Tengo que confesar que no trato muy amablemente a Irma ni a mi **mujer** en este sueño, pero nótese, en mi descargo, que las mido con el ideal de la paciente dócil y valiente" (Freud, 1900 [1899], pag. 131).

4.4.9. NOTA AL PIE: "Sospecho que la interpretación de este fragmento no avanzó lo suficiente para desentrañar todo su sentido oculto. Si quisiera proseguir la comparación de las tres **mujeres**, me llevaría muy lejos. –Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el

cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido" [Cf. *Infra*, 5, pag. 519] (Freud, 1900 [1899], pag. 132).

4.4.10. "(…) De un destacado clínico solía contarse que nunca examinó a sus pacientes **mujeres** sino a través de los vestidos" (Freud, 1900 [1899], pag. 134).

4.4.11. "*Con un preparado de propilo, propileno. . . ácido propiónico.* ¿Cómo di en esto? Esa misma velada, tras la cual yo redacté la historia clínica y después soñé, mi **mujer** abrió una botella de licor en la que se leía «ananás» y era obsequio de nuestro amigo Otto. Es que él tenía la costumbre de hacer regalos con cualquier motivo imaginable; ojalá que alguna vez una mujer lo cure de ello. Este licor despedía tal olor a aguardiente barato, amílico, que me negué a probarlo. Mi **mujer** opinó que se lo obsequiásemos al personal de servicio, pero yo, más precavido, se lo prohibí con la observación humanitaria de que tampoco ellos tenían por qué envenenarse. Ahora bien, ese olor a aguardiente (amilo. . .) manifiestamente evocó en mí el recuerdo de toda la serie: propilo, metilo, etc., que brindó al sueño el preparado de propilo" (Freud, 1900 [1899], pag. 136).

4.4.12. "*Es probable también que la jeringa no estuviera limpia*. Otro reproche contra Otto, pero que viene de otra parte. Ayer me encontré por casualidad con el hijo de una dama de ochenta y dos años a quien debo administrar diariamente dos inyecciones de morfina. En este momento ella está en el campo, y me enteré de que sufre de una flebitis. Al punto di en pensar que se trata de una infiltración por jeringa sucia. Me precio de no haber ocasionado ni una sola infiltración en dos años; es que mi preocupación permanente es la limpieza de la jeringa. Soy muy concienzudo. De la flebitis vuelvo a mi **mujer**, que durante un embarazo sufrió de várices, y ahora surgen en mi recuerdo otras tres situaciones parecidas, con mi **mujer**, con Irma y con la Mathilde muerta, cuya identidad me da manifiestamente el derecho de sustituir una con otra estas tres personas en el sueño" (Freud, 1900 [1899], pag. 138).

4.4.13. "En el sueño operan todavía otros temas cuya relación con mi descargo por la enfermedad de Irma no es tan trasparente: La enfermedad de mi hija y la de una paciente de igual nombre, el perjuicio de la cocaína, la afección de mi paciente que viajó a Egipto, mi cuidado por la salud de mi **mujer**, de mi hermano, del doctor M., mis propios trastornos corporales, la preocupación por el amigo ausente que sufre de supuraciones nasales" (Freud, 1900 [1899], pag. 140).

4.4.14. "(…) Horas después, en la noche, me sobrevino de nuevo una gran sed que trajo consigo sus incomodidades. Para procurarme agua debía levantarme y buscar el vaso que estaba sobre la mesita de luz de mi **mujer**. Soñé entonces, en armonía con este fin, que mi **mujer** me daba de beber en un cacharro; este era una urna cineraria etrusca que yo había

traído para mi casa de un viaje a Italia, y que después regalé" (…) "Es probable que la intromisión de la urna cineraria sea otro cumplimiento de deseo; me pesaba no poseer más ese cacharro, como por otra parte no me era asequible el vaso de agua que estaba del lado de mi **mujer**. La urna cineraria se adecúa también a la sensación del sabor salado, que ahora se ha intensificado y sé que me obligará a despertar" (Freud, 1900 [1899], pag.144).

4.4.15. "(…) Un sueño similar de pereza, cuya forma es particularmente chistosa, me fue comunicado por uno de mis jóvenes colegas que parece compartir mi gusto por dormir. Vivía él cerca del hospital; su hospedera tenía el estricto encargo de despertarlo a hora cada mañana, pero buen trabajo le daba cumplirlo. Cierta mañana el dormir era particularmente dulce. La **mujer** dio voces a través de la puerta: «¡A levantarse, señor Pepi, que hay que ir al hospital!». Sobre eso soñó el durmiente con una habitación del hospital, una cama en la que él yacía, y una pizarra de cabecera donde podía leerse: «Pepi H. . . . cand. med. {candidato a médico}, veintidós años». Díjose en sueños: «Puesto que ya estoy en el hospital, no necesito encaminarme a él»; y se dio vuelta y siguió durmiendo. Así se había confesado sin tapujos el motivo de su sueño" (Freud, 1900 [1899], pags. 144-5).

4.4.16. "No es difícil descubrir el cumplimiento de deseo en algunos otros sueños que he recogido de personas sanas. Un amigo que conoce mi teoría sobre el sueño y la ha comunicado a su **mujer** me dijo cierto día: «Debo contarte algo de mi **mujer**; ayer ha soñado que tenía el período. ¿Sabrás decirme el significado de eso?». Por cierto que sé: si la joven señora ha soñado que tiene el período, es que este no apareció. Puedo suponer que le gustaría gozar todavía por algún tiempo de su libertad antes de afrontar los trabajos de la maternidad. Fue un hábil modo de dar noticia de su primer embarazo. Otro amigo escribe que su **mujer** soñó, no ha mucho, que descubría manchas de leche en su blusa. Es también señal de un embarazo, pero no del primero; la joven madre desea entre sí tener para su segundo hijo más alimento que tuvo para el primero" (Freud, 1900 [1899], pags. 145-6).

4.4.17. "Otro sueño de carácter más lúgubre me fue presentado por una paciente también como objeción a la teoría del cumplimiento de deseo. La paciente, **mujer** joven, empezó así: «Recuerda usted que mi hermana tiene ahora un solo niño, Karl; al otro, Otto, lo perdió cuando yo todavía estaba en su casa. Otto era mi preferido, y en verdad lo crié yo. Por el pequeño siento también cariño, pero desde luego no tanto como sentí por el muerto. Bueno, esta noche soñé que *veía a Karl muerto frente a mí. Yacía en su pequeño ataúd, las manos recogidas, con velas en derredor, poco más o menos como estuvo el pequeño Otto, cuya muerte me conmovió tanto.* Dígame usted ahora, ¿qué significa eso? Me conoce usted bien; ¿acaso soy tan perversa que desee a mi hermana la pérdida del único hijo que lo queda?

¿O significa el sueño que yo desearía que el muerto fuese Karl y no Otto, por quien sentí un cariño tanto mayor?» (Freud, 1900 [1899], pag. 170).

4.4.18. "(…) Tan pronto la esclarecí sobre esto, no negó que esa imagen onírica correspondía realmente a un deseo suyo. Como tantas **mujeres** jóvenes, en modo alguno se sintió dichosa cuando quedó grávida, y más de una vez hubo de confesarse el deseo de que su hijo muriera en el vientre; y aun, presa de furor después de una áspera escena con su marido, llegó a golpearse el vientre con los puños para atentar contra el hijo. La niña muerta era realmente, pues, cumplimiento de un deseo, pero de uno que había abandonado desde hacía quince años, y no es maravilla entonces que el cumplimiento del deseo, tras una demora tan prolongada, no fuese ya reconocible" (Freud, 1900 [1899], pag. 172).

4.4.19. "¿Es una **mujer** casada?" (Freud, 1900 [1899], pag. 173).

4.4.20. "*Hago una visita a una casa donde no me dejan pasar sino con dificultades, etc.; entretanto, dejo a una* ***mujer*** ESPERÁNDOME. […] *Veo dos* ***mujeres*** *por la calle,* MADRE E HIJA, *siendo la segunda mi paciente.* […] *En la librería de S. y R. me suscribo a una publicación periódica que cuesta por año* VEINTE FLORINES. *Fuente:* Mi **mujer** me recordó el día anterior que todavía le estoy debiendo los veinte florines de la asignación semanal" (Freud, 1900 [1899], pag. 182).

4.4.21. "(…) Ciclamen es la flor preferida de mi **mujer**. Me reprocho acordarme tan rara vez de llevarle flores, como ella lo desearía. (…) Esta señora L. encontró a mi **mujer** hace dos días; le comunicó que se sentía bien y le pidió noticias de mí. Años antes la había tenido yo bajo tratamiento" (Freud, 1900 [1899], pags. 186-7).

4.4.22. "(…) Más cortés que yo, mi **mujer** suele traerme del mercado esta flor de mi predilección" (Freud, 1900 [1899], pag. 188).

4.4.23. "(…) Todas las ilaciones de pensamiento esbozadas acerca de las aficiones de mi **mujer** y de las mías, de la cocaína, de las dificultades del tratamiento médico entre colegas, de mi predilección por los estudios monográficos y mi descuido de ciertas disciplinas como la botánica, todo eso encuentra después su continuación y desemboca en alguno de los hilos de aquella charla tan ramificada" (Freud, 1900 [1899], pags. 189-90).

4.4.24. "(…) Con la representación de la monografía sobre el ciclamen se habría enlazado, de no mediar influencias de otro origen, solamente la idea de que esta es la flor predilecta de mi **mujer**, y quizás el recuerdo del ramo de flores que echó de menos la señora L. No creo que estos pensamientos segundos bastaran para provocar un sueño" (Freud, 1900 [1899], pag. 191).

4.25. "(…) Pero veamos: en el análisis se recordó que el hombre que perturbó nuestra conversación se llamaba *Gärtner* {jardinero} y que yo hallé *floreciente* a su **mujer**; y aun

recuerdo ahora, con posterioridad, que una de mis pacientes, que lleva el bello nombre de *Flora*, ocupó un momento el núcleo de nuestra charla" […] "Doy por descontado que esta explicación será tildada de arbitraria o de artificiosa. ¿Qué habría ocurrido si el profesor Gärtner y su floreciente **mujer** no se hubiesen presentado, o si la paciente aludida no se llamase *Flora*, sino *Anna*?" (Freud, 1900 [1899], pags. 191-2).

4.4.26. NOTA AL PIE: "Para los curiosos anoto que tras el sueño se oculta una fantasía de conducta indecorosa, sexualmente provocadora, de mi parte, y de defensa de parte de la dama. Si a alguien le parece inaudita esta interpretación, yo le recuerdo los numerosos casos en que los médicos han experimentado acusaciones de ese tipo de parte de **mujeres** histéricas en quienes esa misma fantasía no apareció desfigurada y como sueño, sino que se hizo francamente conciente y se volvió delirante" (Freud, 1900 [1899], pag. 200).

4.4.27. "¿De dónde proviene entonces la ambición que el sueño me inspiró? Aquí se me ocurre lo que tantas veces oí contar en mi niñez: con motivo de mi nacimiento, una vieja campesina, que profetizaba a mi madre la buenaventura del recién nacido, le dijo que había echado al mundo un grande hombre. Harto frecuentes han de ser tales profecías; ¡hay tantas madres esperanzadas y tantas viejas campesinas u otras viejas **mujeres** que han perdido su poder en la tierra y por eso se han vuelto al futuro!" (Freud, 1900 [1899], pag. 207).

4.4.28. "Con esto armoniza una conocida tonadilla, que habla de *dos muchachos*: El otro muchacho se llama María (era, entonces, **mujer**). — La ***mujer** de pie*: Tras la escena con los dos muchachos él fue a pasear a la ribera del Danubio y aprovechó lo solitario del paraje para orinar *contra una tapia*. Después siguió su camino y una **mujer** mayor, vestida con decoro, le sonrió muy amistosamente y quiso darle su tarjeta.

Puesto que la **mujer** del sueño está de pie como él en el acto de orinar, se trata de una **mujer** que orina y a ello se debe la terrible «mirada», el *asomo de la carne roja*, lo que sólo puede referirse a los genitales que se entreabren estando en cuclillas, lo cual, visto en la infancia, vuelve a aflorar en el recuerdo posterior como «*carne viva*» o «herida»" (Freud, 1900 [1899], pag. 215).

4.4.29. "Cuando una **mujer** sueña que se cae, en general ello tiene sentido sexual: queda hecha una «*caída*»" (Freud, 1900 [1899], pag. 216).

4.4.30. "Después de una jornada de viaje, molido y famélico me echo en la cama. Mientras duermo se anuncian las grandes necesidades de la vida y yo sueño: *Entro en una cocina para que me den masitas. Allí están tres **mujeres** de las que una es la hospedera y da vueltas alguna cosa entre sus manos como si quisiera hacer albóndigas. Responde que debo esperar hasta que esté lista (esto no es nítido como dicho). Me impaciento y me retiro*

ofendido. Me pongo un abrigo; el primero que me pruebo me queda demasiado largo. Torno a quitármelo, algo sorprendido de que esté guarnecido de piel. Un segundo abrigo que me pongo tiene adosado un largo listen con bordados turcos. Un desconocido de rostro alargado y de breve barba en punta se llega y me estorba el ponérmelo, declarando que es el suyo. Pero yo le muestro que está todo bordado a la turca. El pregunta: «¿Qué le importan a usted los (dibujos, bordados) turcos. . .?». Con todo, quedamos juntos en buena compañía" (Freud, 1900 [1899], pag. 218).

4.4.31. "En el análisis de este sueño doy en pensar de manera por completo inesperada en la primera novela que leí, quizás a los trece años, y que empecé por el final del primer tomo. El título de la novela y el nombre de su autor nunca los supe, pero ahora conservo un vivo recuerdo del final. El héroe caía en delirio y daba continuas voces invocando los nombres de las tres **mujeres** que en su vida le habían reportado la máxima dicha y la máxima desgracia. *Pélagie* era uno de esos nombres. Todavía no sé lo que ha de principiar en el análisis con esta ocurrencia. De pronto, de las tres **mujeres** emergen las tres parcas, las que hilan la ventura de los hombres, y yo sé que una de las tres **mujeres**, la hospedera del sueño, es la madre que da la vida y a veces también, como en mi caso, da al que vive el primer alimento. En el pecho de la **mujer** coinciden el amor y el hambre. Erase un joven, dice la anécdota, gran venerador de la belleza femenina; cierta vez en que la conversación recayó sobre la bella nodriza que lo amamantara, exclamó: «¡Me pesa no haber aprovechado entonces mejor esa buena ocasión!»" (Freud, 1900 [1899], pag. 218).

4.4.32. "Entonces eran de verdad las parcas esas **mujeres** que vi al entrar en la cocina, como tantas veces hice de niño, cuando tenía hambre y mi madre junto al hogar me hacía esperar hasta que el almuerzo estuviera listo" (Freud, 1900 [1899], pag. 219).

4.4.33. "El desconocido de rostro alargado y barba en punta que me estorba el ponérmelo lleva los rasgos de un comerciante de Spalato en cuya casa mi **mujer** compró una generosa cantidad de telas turcas" (Freud, 1900 [1899], pag. 220).

4.4.34. [Fragmento de un sueño] "(…) *Me abro camino a través de una serie de habitaciones ricamente amuebladas, sin duda despachos gubernamentales, con muebles de un color entre castaño y violeta, y por fin doy con un pasadizo en el que está sentada una conserje,* ***mujer*** *anciana y obesa*" (Freud, 1900 [1899], pag. 223).

4.4.35. "El enlace de los pensamientos me lleva después a Inglaterra, a casa de mi hermano, quien por broma solía llamar a su **mujer** «Fifty years ago» {«Hace cincuenta años»}, por el título de una poesía de Lord Tennyson, ante lo cual sus hijos tenían costumbre de rectificar: «Fifteen years ago» {«Hace quince años»}" (Freud, 1900 [1899], pag. 225).

4.4.36. “La serie de habitaciones que aparece en el sueño debe su estímulo al coche que servía de salón a Su Excelencia, dentro del cual atisbé un momento; pero las habitaciones significan, como es tan frecuente en los sueños, **mujeres** (**mujeres** mantenidas por el erario)”

NOTA AL PIE: “[«Prauenzimmer», literalmente «departamento de **mujer**», suele emplearse para designar a una **mujer** en forma levemente peyorativa. Cf. *infra*, **5**, pag. 360.]” (Freud, 1900 [1899], pag. 228).

4.4.37. “(…) Pero a media mañana mi **mujer** me preguntó: «¿Oíste hoy temprano el terrible repicar de las campanas?»” (Freud, 1900 [1899], pag. 244).

4.4.38. “(…) Soñó con un cierto G. Reich, de *Hussiatyn* {ciudad de Galitzia}, a quien él conocía por un pleito; pero *Hussiatyn* se le impuso de manera cada vez más imperiosa hasta que tuvo que despertarse y oyó que su **mujer**, que padecía de un catarro bronquial, tosía (*busten*) con violencia” (Freud, 1900 [1899], pag. 245).

4.4.39. [Fragmento de un sueño] “(…) *De pronto veo que una **mujer** de servicio baja por la escalera y entonces viene a mi encuentro. Me avergüenzo, quiero apresurarme, y ahora aparece aquella parálisis, me quedo clavado en los escalones y no me muevo del sitio*” (Freud, 1900 [1899], pag. 250).

4.4.40. “Pero la escalera por la que subo no es la de mi casa; primero no la reconozco, y sólo la persona que sale a mi encuentro me hace caer en la cuenta del lugar aludido. Esta persona es la **mujer** de servicio de la señora mayor a quien visito dos veces por día para ponerle inyecciones [cf. pág. 138]; y también la escalera se parece en todo a la que dos veces por día debo subir allí.

Ahora bien, ¿cómo llegaron esta escalera y esta persona de servicio a mi sueño? La vergüenza por no estar del todo vestido tiene sin duda carácter sexual; la **mujer** de servicio con la que sueño es mayor que yo, gruñona y nada atractiva” (Freud, 1900 [1899], pag. 250).

4.4.41. “La víspera del sueño, el partido de la portera se reforzó con la **mujer** de servicio. Había cumplido de prisa, como siempre, mi visita a la enferma, cuando la criada me detuvo en la antecámara y me espetó esta observación: «Señor doctor, sería bueno que se hubiese limpiado hoy los botines antes de entrar en la habitación. La alfombra roja está toda emporcada por sus pies». Es todo el derecho que pueden reclamar escaleras y **mujeres** de servicio para aparecer en mi sueño” (Freud, 1900 [1899], pag. 251).

4.4.42. NOTA AL PIE agregada en 1911: “Ferenczi [1910*a*] ha comunicado cierto número de interesantes sueños de desnudez sobrevenidos a **mujeres;** ellos se dejan reconducir sin

dificultad al placer exhibicionista infantil, pero por muchos rasgos divergen del sueño «típico» de desnudez considerado en el texto" (Freud, 1900 [1899], pag. 255).

4.4.43. "Tendría que poderse reconducir entonces a vivencias infantiles, y el conocerlas tendría que proporcionarnos esclarecimiento sobre la medida en que la conducta que la **mujer** de servicio tiene hacia mí, y su reproche de haberle emporcado la alfombra, contribuyen a darle la posición que ocupa en el sueño" (Freud, 1900 [1899], pag. 257).

4.4.44. "Por eso, en la medida en que la **mujer** de servicio se empeña en proseguir esa labor educativa, ella reclama que yo la traté en el sueño como la encarnación de la vieja prehistórica. Cabe suponer que el niño dio su amor a esa educadora a pesar de sus malos tratos" (Freud, 1900 [1899], pag. 258).

4.4.45. "La experiencia nos encamina a la solución de esta dificultad: los sueños de muerte de los padres recaen con la máxima frecuencia sobre el que tiene el mismo sexo que el soñante; vale decir que el varón suena con la muerte del padre y la **mujer** con la muerte de la madre" (Freud, 1900 [1899], pag. 265).

4.4.46. "(…) Una niña de cuatro años, muy dotada y muy vivaz, en quien es particularmente claro este rasgo de la psicología infantil, declara sin ambages: «Ahora mamita puede marcharse, después papiro debe casarse conmigo y yo quiero ser su **mujer**»" (Freud, 1900 [1899], pag. 267).

4.4.47. "(…) Apenas le hube comunicado que este sueño tenía que significar el deseo infantil de ver a la madre muerta, y que a causa de ese deseo se le ocurría que sus familiares se horrorizarían de ella, la **mujer** proporcionó algún material para el esclarecimiento del sueño" […] "Una buena cantidad de estos versaban de manera más o menos encubierta sobre la muerte de la madre; ora asistía al entierro de una **mujer** vieja, ora se veía a la mesa con su hermana, vestidas ambas de luto; no cabía duda alguna sobre el sentido de estos sueños" (Freud, 1900 [1899], pag. 268).

4.4.48. "(…) Durante muchos años reina en paz y dignamente, y engendra en su madre, no sabiendo quién es ella, dos varones y dos **mujeres**, hasta que estalla una peste que motiva una nueva consulta al oráculo de parte de los tebanos. Aquí comienza la tragedia de Sófocles" (Freud, 1900 [1899], pag. 270).

4.4.49. "(…) El día del sueño había estado de visita, y mi **mujer** observó que se lo veía cansado y abatido" (Freud, 1900 [1899], pag. 278).

4.4.50. "(…) A «botánica» corresponden las reminiscencias de la persona del profesor Gärtner {jardinero}, de su *floreciente* **mujer**, de mi paciente llamada *Flora* y de la dama [In señora L.] de quien yo conté la historia de las flores olvidadas. Gärtner me lleva de nuevo al laboratorio y a la conversación con Königstein; a esta misma pertenece la

mención de las dos pacientes [Flora y la señora L.]. Desde la **mujer** de las flores se bifurca una vía de pensamientos hasta las *flores predilectas* de mi **mujer**, cuya otra rama llega hasta el título de la monografía que vi de pasada el día anterior" (Freud, 1900 [1899], pag. 290).

4.4.51. "(…) Aunque yo sabía que poco antes mi paciente había mantenido y había roto una relación amorosa con una **mujer** de teatro, en modo alguno esperaba que mi ocurrencia interpretativa resultase confirmada" (Freud, 1900 [1899], pag. 293).

4.4.52. "(…) Es que resulta fácil averiguar la inversión aludida: En Safo el hombre carga a la **mujer** que mantiene con él relaciones sexuales; por tanto, en los pensamientos oníricos se trata, a la inversa, de una **mujer** que carga al hombre, y como este caso sólo puede ocurrir en la infancia, se relaciona de nuevo con la nodriza que carga al lactante. La conclusión del sueño acierta entonces a figurar a Safo y a la nodriza con la misma alusión" (Freud, 1900 [1899], pag. 295).

4.4.53. "(…) El hermano no es otra cosa que el subrogado, inscrito en la escena infantil por un «fantaseo retrospectivo», de todos los venideros rivales con las **mujeres**" (Freud, 1900 [1899], pag. 296).

4.4.54. "(…) Debido a su renuencia en abrir la boca, esta misma Irma pasa a aludir a otra señora que yo examiné una vez, y además, en el mismo contexto, a mi propia **mujer**" (Freud, 1900 [1899], pag. 299).

4.4.55. "(…) Las primeras de estas palabras llevan a la ocasión del sueño, significativa esta vez: Había yo obsequiado a mi **mujer** varios volúmenes de un conocido autor con quien mi hermano mantiene lazos de amistad y que, según me he enterado, es oriundo del mismo lugar que yo (J. J. David). Platicábamos con mi **mujer** una tarde sobre la profunda impresión que le había hecho la conmovedora y triste historia de un talento malogrado, que David cuenta en una de sus novelas, y nuestra conversación recayó sobre las señales de talento que percibíamos en nuestros propios hijos. Subyugada por su reciente lectura, ella exteriorizó una aprensión con respecto a los niños, y yo la consolé haciéndole notar que esos precisamente son los peligros que pueden evitarse mediante la educación. Una noche proseguí la ilación de mis pensamientos, recogí la aprensión de mi **mujer** y con ello urdí algo enteramente diverso. Una observación que el escritor había hecho a mi hermano acerca del matrimonio indicó a mis pensamientos un camino lateral por el que podían figurarse en el sueño. Ese camino llevaba a Bresiau, donde se había casado una dama que tiene gran amistad con nosotros. Y para la aprensión de perderse por culpa de una **mujer**, que constituía el núcleo de mis pensamientos oníricos, encontré en Bresiau los ejemplos

de Lasker y de Lassalle, que me permitieron figurar al mismo tiempo los dos modos en que esa influencia fatal puede ejercerse"

NOTA AL PIE: "Lasker murió de tabes, es decir, como resultado de una infección (sífilis) contagiada de una **mujer**; Lasalle, como todos saben, cayó en un duelo a causa de una **mujer**. [*The tragic comedians*, de George Meredith, se basa en la historia de este último] (Freud, 1900 [1899], pag. 306).

4.4.56. "Es precisamente lo que hago en el sueño. Ahora bien, ¿qué cumplimiento de deseo puede ser ese, el de confesar que me había equivocado? Pero ese es mi deseo; me gustaría andar equivocado con mis temores, y correlativamente me gustaría que lo anduviera también mi **mujer** con los suyos, que yo me apropio en los pensamientos oníricos. El tema a que se refiere en el sueño el tener razón o el estar equivocado no se halla muy lejos de lo que realmente interesa a los pensamientos oníricos. Es la misma alternativa que media entre deterioro orgánico o deterioro funcional por causa de la **mujer**, o más propiamente por causa de la vida sexual: parálisis tabética o neurosis. Y el fin de Lassalle puede asimilarse laxamente a esta última" […] "Estas dos impresiones se conectaron entonces por contigüidad, porque se vivenciaron de un mismo tirón, y cuando en el sueño recojo la historia de la neurosis, con ella sustituyo lo que se dijo sobre la educación, que muestra una trabazón más estrecha con los pensamientos oníricos por rozar tan de cerca las aprensiones exteriorizadas después por mi **mujer**. Así logra entrar también en el contenido del sueño mi angustia" (Freud, 1900 [1899], pags. 307-8).

4.4.57. "Un soñante se procura un lugar mixto combinando dos sitios donde se practica la Kur: mi consultorio y el local público donde conoció a su **mujer**".

Referencia al pie: "{«Kur» es tanto «cura» como «cortejo» (en el sentido de «cortejar» a una **mujer**)}" (Freud, 1900 [1899], pag. 330).

4.4.58. "(…) Las «lagunas» son las aberturas genitales de las **mujeres** que están por meterse en cama: «ahí falta algo» describe el carácter principal de los genitales femeninos. De muchacho lo consumía el apetito de saber {*Wissbegierde*}, de ver los genitales de una **mujer**, y entonces todavía se inclinaba a creer en la teoría sexual infantil que atribuye a la **mujer** la posesión del miembro masculino.

De manera enteramente parecida se revistió una reminiscencia análoga de otro soñante. He aquí su sueño: *Voy con la señorita K. al restaurante del Volksgarten*. . . viene luego un pasaje oscuro, una interrupción..., *después me encuentro en la sala de un burdel, donde veo a dos o tres* ***mujeres****, una de ellas en camisa y calzón*" (Freud, 1900 [1899], pag. 337).

4.4.59. "(…) Tuvo muy pocas ocasiones de hablar con ella, pero una vez hubo un coloquio entre ellos en el que 'cada uno reconoció, por así decir, su sexo, como si uno dijese: Yo soy hombre y tú eres **mujer**'" (Freud, 1900 [1899], pag. 338).

Niña (30):

4.5.1. "También en la **niña** de ocho años y medio despertaron durante esa excursión deseos que el sueño debió satisfacer" (Freud, 1900 [1899], pag.147).

4.5.2. "Pero la **niña** se aferró por lo menos a una parte del sueño, y para la teoría de las neurosis interesa mucho saber a cuál: «Que Emilio se haya quedado para siempre con nosotros es un absurdo, pero lo de las tabletas de chocolate no»" (…) "La razón por la cual las tabletas de chocolate fueron arrojadas bajo las camas no podía esclarecerse, desde luego, sin indagar a la **niña.**

Por un amigo conozco un sueño en un todo semejante al de mi hijo varón. Lo tuvo una **niña** de ocho años" (…) "A la mañana siguiente, la **niña** de ocho años acudió satisfecha a su papá (…)" (Freud, 1900 [1899], pag.148).

4.5.3. "Huérfana muy temprano, la **niña** se crió en casa de una hermana que le llevaba mucha edad; allí, entre los amigos y visitantes de la casa, se encontró también con el hombre que dejaría una huella imborrable en su corazón" (Freud, 1900 [1899], pag.170).

4.5.4. "La **niña** muerta era realmente, pues, cumplimiento de un deseo, pero de uno que había abandonado desde hacía quince años, y no es maravilla entonces que el cumplimiento del deseo, tras una demora tan prolongada, no fuese ya reconocible" (Freud, 1900 [1899], pag.172).

4.5.5. "*Mete una vela en el candelera; pero la vela está quebrada, de moda que no se tiene derecha. Las **niñas** de la escuela dicen que ella es inhábil; pero la celadora dice que no es culpa de ella*" (Freud, 1900 [1899], pag. 202).

4.5.6. "(…) Por lo demás, el sueño ha de interpretarse como un sueño de impaciencia, como el de la joven que llevaba en su bolsillo el billete para el concierto (págs. 170-1), el de la **niña** a quien su padre había prometido una excursión a Hameau (págs. 148-9), etc." (Freud, 1900 [1899], pag. 204).

4.5.7. "(…) El sueño reúne dos ocasiones en las cuales, siendo niño, pudo ver los genitales de **niñitas**, al revolcarse y al orinar ellas, y conserva el recuerdo de un castigo o amenaza de su padre a causa de la curiosidad sexual demostrada por el pequeño en esas ocasiones" (Freud, 1900 [1899], pag. 215).

4.5.8. “Es la misma paciente que en sus sueños anda siempre corrida como corría de **niña**” (Freud, 1900 [1899], pag. 216).

4.5.9. “Y ahora emerge tras eso una oscura reminiscencia del tiempo en que ella tenía diez años, de una niñera que con un servidor de la casa tenía en el campo escenas de amor de las que la **niña** pudo haber notado algo, y que junto con su amante fue «*expedida*», «*arrojada afuera*» (lo contrario en el sueño: «*arrojar adentro*»), historia esta a la que ya nos habíamos aproximado por muchos oíros caminos” (Freud, 1900 [1899], pag. 217).

4.5.10. “Ya hemos elucidado un sueño en que pudimos aprender que los deseos que en sueños se figuran como cumplidos no siempre son deseos actuales. Pueden ser también unos deseos expirados, archivados, enterrados y reprimidos, a los que sólo por su reaparición en el sueño debemos atribuirles una suerte de supervivencia. No están muertos como entendemos lo están nuestros difuntos, sino como las sombras de La Odisea, que, tan pronto beben sangre, despiertan a una cierta vida. En aquel sueño de una **niña** muerta en la caja (pág. 171) se trataba de un deseo que fue actual quince años atrás y francamente confesado en ese tiempo. Quizá no sea indiferente para la teoría del sueño si agrego que también en el fondo de este deseo había un recuerdo de la primera infancia. Siendo muy **niña** —no recuerda el momento preciso—, la soñante oyó decir que su madre, durante el embarazo cuyo fruto fue ella, cayó en honda desazón y deseó fervientemente que muriese el hijo que llevaba en su vientre. Adulta y grávida a su vez, no hizo sino seguir el ejemplo de la madre” (Freud, 1900 [1899], pag. 259).

4.5.11. “(…) Conozco el caso de una **niña**, aún no tenía tres años, que intentó ahogar en la cuna al bebé, de cuya ulterior presencia nada bueno vislumbraba. En esta época de la vida son capaces los niños de tener celos con toda fuerza y nitidez” (…) “Después de cierto lapso, en la **niña** mayor despertarán los instintos maternales hacia el desvalido niñito” (Freud, 1900 [1899], pag. 261).

4.5.12. “(…) En los últimos meses, después que el magnífico desarrollo de la **niña** dejó atrás ese menosprecio, él aprendió a fundamentar de otro modo su advertencia de que no merece tanta atención” (Freud, 1900 [1899], pag. 262).

4.5.13. NOTA AL PIE agregada en 1919: “La observación de un padre instruido en el psicoanálisis apresó también el momento en que su hijita de cuatro años, de notable inteligencia, reconoció el distingo entre ‘estar lejos’ y ‘estar muerto’. La **niña** opuso dificultades para comer y se sintió observada inamistosamente por una de las mucamas de la pensión donde se alojaban. ‘Ojalá que Josefina se muera’, dijo por eso al padre. ‘¿Por qué justamente que se muera?’, preguntó este conciliadoramente: ‘¿No basta con que se mande a mudar?’. ‘No –respondió la **niña**-, porque entonces vuelve’. Para el irrestricto

egoísmo (narcisismo) del niño, toda perturbación es un *crimen laesae majestatis* y, como la legislación draconiana, frente a todo crimen de esa clase el sentimiento del niño impone una única pena, que no admite grados" (Freud, 1900 [1899], pag. 264).

4.5.14. "(…) Dicho groseramente, las cosas se presentan como si desde muy temprano se abriera paso una preferencia sexual, como si el varón viera en el padre, y la **niña** en la madre, competidores en el amor, cuya desaparición no les reportaría sino ventajas" (Freud, 1900 [1899], pag. 265).

4.5.15. "Los análisis de psiconeuróticos confirman con total certidumbre, respecto de estos, tal conjetura. Llegamos a saber que los deseos sexuales del niño —si es que en ese estado germinal merecen tal nombre— despertaron muy temprano, y que la primera inclinación de la **niña** atendió al padre y los primeros apetitos infantiles del varón apuntaron a la madre. Así, para el varón el padre y para la **niña** la madre devinieron competidores estorbosos, y ya respecto de los hermanos puntualizamos cuan poco se necesita para que este sentimiento lleve al deseo de muerte. Es regla que la preferencia sexual se imponga ya en los propios padres; un impulso natural vela por que el hombre halague a su pequeña y la madre favorezca al varón, al paso que ambos, donde el ensalmo del sexo no enturbia su juicio, se empeñan con rigor en la educación de sus hijos. El niño advierte muy bien la preferencia y se revuelve contra el miembro de la pareja parental que se le opone. Para él, hallar amor en el adulto no es sólo la satisfacción de una necesidad particular; también significa que su voluntad será obedecida en todo lo demás. Así, cuando elige a uno de sus progenitores en el mismo sentido en que ellos lo hacen, cede a su propia pulsión sexual, renovando al mismo tiempo la incitación que partió de ellos.

Los signos de estas inclinaciones infantiles suelen pasar inadvertidos. No obstante, algunos pueden observarse después del primer año de vida. Una **niña** de ocho años que yo conozco aprovechó una oportunidad en que la madre se ausentó de la mesa para proclamarse su sucesora: «Ahora quiero ser la mamá. Karl, ¿quieres más legumbres? Tómalas, te lo ruego», etc. Una **niña** de cuatro años, muy dotada y muy vivaz, en quien es particularmente claro este rasgo de la psicología infantil, declara sin ambages: «Ahora mamita puede marcharse, después papito debe casarse conmigo y yo quiero ser su mujer». En la vida infantil este deseo en modo alguno excluye que la **niña** ame tiernamente a su madre. Si el varoncito tuvo permiso para dormir junto a su madre mientras el padre estaba de viaje, y después que este regresó tuvo que volver a su habitación con una persona que le gusta mucho menos, es fácil que forme el deseo de que el padre esté siempre ausente a fin de que él pueda conservar su sitio junto a la mamá querida, a la mamá linda, y un medio para alcanzar ese deseo es, manifiestamente, que el padre muera, pues esto es lo que su

experiencia le ha enseñado: las personas «muertas», por ejemplo el abuelo, están siempre ausentes, nunca regresan" (Freud, 1900 [1899], pag. 267).

4.5.16. "(…) El tema de la crueldad hacia los animales la ocupa más. Hace unos años, su hija, en una residencia de verano que tuvieron en cierta comarca, se mostró muy cruel con los bichos. Reunió una colección de mariposas y le pidió arsénico para matarlas. Una vez se dio el caso de una mariposa nocturna que revoloteó todavía largo rato por la habitación, el cuerpo atravesado por un alfiler; otra vez, unos gusanillos que había guardado para ver su metamorfosis se le murieron de hambre. Esta misma **niña**, en edad todavía más tierna, arrancaba las alas a abejorros y mariposas; hoy le espantarían esas acciones crueles, tanto se ha vuelto de buen corazón" (Freud, 1900 [1899], pag. 297).

4.5.17. "(…) Puesto que frente a esa imagen se le ocurren el ángel que en los cuadros de la Anunciación de María (ella se llama María) lleva en la mano una vara de azucenas y las **niñas** que van vestidas de blanco en la procesión de Corpus Christi, mientras las calles se adornan con verdes ramos, la rama florida del sueño es una inequívoca alusión a la inocencia sexual. Pero la rama está cargada de nutridas flores *rojas*, cada una de las cuales es idéntica a una camelia. Al final de su camino, sigue diciéndose en el sueño, las flores ya están bastante deshojadas; después siguen innegables alusiones al período. Y así esa misma rama que es llevada como una azucena y como por una **niña** inocente se convierte, al mismo tiempo, en una alusión a la dama de las camelias, que, según se sabe, siempre lleva una camelia blanca, pero en la época del período lleva una roja. El mismo ramo florido («las flores de la **niña**» de las canciones de la molinera en Goethe) figura la inocencia sexual y también su opuesto" (Freud, 1900 [1899], pags. 324-25).

4.5.18. "(…) Una muchacha, luego de que su hermano mayor le prometió convidarla con caviar, sueña que este hermano tiene las piernas como brotadas con las *huevas negras del caviar*. Los elementos *«contagio»* en sentido moral y el recuerdo de una *erupción* que, siendo **niña**, hizo que sus piernas apareciesen brotadas de puntitos no negros sino *rojos*, se reúnen aquí con las *huevas de caviar* en un nuevo concepto: el de «*lo que ella ha recibido de su hermano*». Partes del cuerpo humano son tratadas en este sueño como objetos, como por lo demás suele ocurrir en los sueños (Freud, 1900 [1899], pag. 330).

Tomo 5

Sexualidad Femenina:

1.1. No hay entradas.

Feminidad:

2.1. No hay entradas.

Femenina/o (22):

5.3.1. “Los estuches, cajitas, cofres, armarios, hornos, corresponden al **vientre femenino** [1909], como también cavidades, barcos y toda clase de recipientes [1919]” (Freud, 1900 [1899], pags. 359-60).

5.3.2. “Una relación interesante con la investigación sexual infantil se establece cuando se sueña con dos habitaciones que antes eran una, o el soñante ve partida en dos la habitación de una casa conocida, o a la inversa. En la infancia se creyó que los **genitales femeninos** (la cola) formaban un espacio único (la teoría infantil de la cloaca), y sólo después se supo que esta región del cuerpo comprendía dos cavidades y aberturas separadas [1919.]” (Freud, 1900 [1899], pag. 360).

5.3.3. “«Madera» parece ser en general, por sus referencias lingüísticas, un subrogado del **material femenino** (materia)” (Freud, 1900 [1899], pag. 361).

5.3.4. “(…) Pero no juzgo superfluo hacer constar que, de acuerdo con mis experiencias, el enunciado universal de Stekel tiene que dejar sitio al reconocimiento de una mayor diversidad. Además de símbolos que con igual frecuencia hacen las veces de **genitales** masculinos y **femeninos**, hay otros que predominantemente o de manera casi exclusiva designan a uno de los sexos, y los hay también de los que no se conoce sino el significado sólo masculino o sólo **femenino**. Es que la fantasía no admite usar objetos alargados y rígidos, o armas, como símbolos de los **genitales femeninos**, ni cavidades (estuches, cajitas, polveras, etc.) como símbolos de los genitales masculinos. [1911.]” (…) “También puede extraviarnos y llevarnos al supuesto erróneo de un símbolo bisexual el olvidar que en muchos sueños ocurre una inversión general de los sexos, de suerte que lo masculino es figurado por lo **femenino** y a la inversa. Tales sueños expresan, en una mujer por ejemplo, el deseo de ser un hombre. [1925.].

Los genitales pueden estar subrogados en el sueño también por otras partes del cuerpo; el miembro masculino, por la mano o el pie; el **orificio genital femenino**, por la boca, la oreja y aun el ojo" (Freud, 1900 [1899], pags. 364-65).

5.3.5. "Desde mucho antes que la paciente me comunicase este sueño yo conocía el símbolo del sombrero. Por otros casos, si bien menos trasparentes, creí lícito inferir que el sombrero puede hacer las veces también de los **genitales femeninos**" (Freud, 1900 [1899], pag. 367).

5.3.6. TÍTULO DE UN APARTADO: "*Simbolización de los genitales masculinos por personas y de los* ***femeninos*** *por un paisaje* [1911]" (Freud, 1900 [1899], pag. 371).

5.3.7. "Por consiguiente, el simbolismo floral del sueño contiene el símbolo de la **virginidad femenina**, el símbolo masculino y la referencia a una desfloración violenta. Cabe apuntar que en el simbolismo sexual de las flores, por lo demás harto difundido, los órganos sexuales humanos se simbolizan mediante flores, órganos sexuales de las plantas; probablemente el regalarse flores los amantes tenga este significado Inconciente" (Freud, 1900 [1899], pag. 380).

5.3.8. "(…) El es **femenino** hacia mí, como es viril hacia la mujer" (Freud, 1900 [1899], pag. 387).

5.3.9. "También afirmaciones como «tras todo sueño se descubre la cercanía de la muerte» (Stekel [1911*a*, pág. 34]), o la de que en todo sueño puede reconocerse un «avance de la **línea femenina** a la masculina» (Adler [1910]), trasgreden, creo, la medida de lo permisible en la interpretación de los sueños. [1911.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 399).

5.3.10. "Quien tenga alguna práctica en la traducción de sueños recordará enseguida que el penetrar en espacios estrechos y el abrir puertas cerradas son parte del simbolismo sexual más socorrido, y con facilidad descubrirá en este sueño una figuración de un ensayo de coito desde atrás (entre las dos suntuosas nalgas del **cuerpo femenino**)" (Freud, 1900 [1899], pag. 400).

5.3.11. "El ladrón era siempre el padre, y los fantasmas, con preferencia personas del **sexo femenino** que llevaban blancos camisones. [1909.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 406).

5.3.12. "Por sí solo interpreta el rajar el *listón* {*Leiste*} como un gran *logro* {*Leistung*} mediante el cual se libra de su incómoda situación (en la cura), arrancándose de su **actitud femenina**" (…) "Todo se conjuga entonces en esta interpretación: él supera la amenaza de castración que lo ha puesto en la **actitud femenina**" (Freud, 1900 [1899], pags. 413-14).

5.3.13. "Y, además, no pudo dejar de trabar conversación con las otras dos personas del **sexo femenino** que encontró en mi casa; en modo alguno eran jóvenes esas dos empleadas

que alternativamente solían abrirle la puerta, y como las halló poco locuaces, dio en pensar que le tenían por un señor mayor «asentado»" (Freud, 1900 [1899], pag. 418).

5.3.14. Fragmento de un sueño de Freud: "*Me siento sobre el borde de una fuente y estoy muy triste, casi lloro. Una persona del* ***sexo femenino*** *—cuidadora, monja— saca a los dos varoncitos y los entrega al padre, que no soy yo*" (Freud, 1900 [1899], pag. 440).

5.3.15. "A quien alguna vez se haya formado una impresión exacta de la vastedad de la condensación onírica le será fácil imaginar qué gran cantidad de páginas exigiría el análisis detallado de este sueño. Pero, para alivio de nuestra ilación, sólo lo tomo aquí como ejemplo del asombro experimentado en sueños, que en este caso se da a conocer por la intercalación «*cosa bastante rara*». Paso a considerar la ocasión del sueño. Fue la visita de esa dama Louise N. que también en el sueño asiste al trabajo. «Préstame algo para leer». Le ofrezco *She* {*Ella*}, de Rider Haggard. «Un libro raro, pero lleno de un sentido oculto —así empiezo a exponerle—; el **eterno femenino**, lo imperecedero de nuestros afectos». Entonces ella me interrumpió: «A eso ya lo conozco. ¿No tienes nada tuyo?». «No, mis obras imperecederas todavía no fueron escritas»" (Freud, 1900 [1899], pags. 451-52).

5.3.16. "(…) Era ella una matrona frondosa, de rasgos desagradables, y cuya edad ya frisaba el tiempo en que se marchita la **lozanía femenina**; el hombre no dijo esta boca es mía, y se quedó ahí sentado sin venirle conato alguno" (Freud, 1900 [1899], pag. 455).

5.3.17. "Toda una serie de símbolos oníricos es, por lo demás, bisexual; puede ser referida, según el contexto, a los **genitales** masculinos o a los **femeninos**" (Freud, 1900 [1899], pag. 666).

Mujer (62):

5.4.1. "(…) La interpretación «amor secreto» está apoyada también por la mención del primo, que está sentado con su **mujer** en la platea, y por el *amorío desembozado* que le endilgan a ella" (Freud, 1900 [1899], pag. 349).

5.4.2. NOTA AL PIE agregada en 1914: "En los sueños de franceses y de hablantes de otras lenguas romances, la habitación sirve como figuración simbólica de la **mujer**, aunque estos pueblos no conocen nada análogo a la expresión alemana «*Frauenzimmer*»" (Freud, 1900 [1899], pag. 358).

5.4.3. "Las habitaciones son en los sueños casi siempre **mujeres** [cf. pág. 358, *n.* 6], y si están descritas sus diversas entradas y salidas difícilmente nos engañemos en esta interpretación. [1909.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 360).

5.4.4. NOTA AL PIE agregada en 1919: "«Uno de mis pacientes, que vivía en una pensión, soñó que *se encontraba con alguna de las muchachas de servicio y le preguntaba qué*

número tenía; ella respondió, para su sorpresa: "14". De hecho, él mantenía relaciones con esa muchacha y hasta habían tenido varias citas en el dormitorio de él. Como es natural, temió que la patrona entrase en sospechas, y el día anterior al sueño se había formado el propósito de encontrarse con ella en una de las habitaciones desocupadas. En la realidad, esta tenía el número 14, mientras que en el sueño es la **mujer** la que lleva ese número. Difícilmente pueda imaginarse una prueba más clara de la identificación entre **mujer** y habitación» (Jones, 1914*a*)" (Freud, 1900 [1899], pag. 360).

5.4.5. "(…) Mesas, mesas preparadas para una comida y tablas son asimismo **mujeres**, sin duda por la oposición que aquí cancela las redondeces del cuerpo. [1909.] «Madera» parece ser en general, por sus referencias lingüísticas, un subrogado del material femenino (materia). El nombre de la isla Madeira significa eso en portugués, madera. [1911.] Puesto que «mesa y cama» constituyen el matrimonio, a menudo en el sueño la primera sustituye a la segunda y, hasta donde es posible, el complejo de representaciones sexuales es traspuesto al complejo de la comida. [1909.] — Entre los adminículos de la vestimenta, el sombrero de una **mujer** muy frecuentemente ha de interpretarse con certeza como los genitales, y por cierto del hombre" (Freud, 1900 [1899], pag. 361).

5.4.6. "(…) Los niños que aparecen en los sueños no suelen significar sino genitales, así como hombres y **mujeres** tienen la costumbre de designar mimosamente a sus genitales como su «pequeño». [1909.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 362).

5.4.7. "(…) Tales sueños expresan, en una **mujer** por ejemplo, el deseo de ser un hombre. [1925.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 365).

5.4.8. "(Fragmento del sueño de una **mujer** joven, agorafóbica a consecuencia de una angustia de tentación)" (Freud, 1900 [1899], pag. 366).

5.4.9. "(…) Aquí la madre aparece, entonces, como la que estorba sus afanes de amor, papel que de hecho esa rigurosa **mujer** había cumplido en la adolescencia de la paciente. — La ocurrencia siguiente es sobre la frase «avizora por si se ven atrás los pedazos». Dentro de la fachada del sueño, desde luego, habría que pensar en los pedazos de la hijita aplastada y despedazada. Pero la ocurrencia apunta en muy diversa dirección. Recuerda que una vez vio en el baño a su padre desnudo; lo vio desde atrás. Da en hablar sobre las diferencias entre los sexos, y destaca que en el hombre los genitales pueden verse también desde atrás, no así en la **mujer**" (Freud, 1900 [1899], pag. 368).

5.4.10. "(Sueño de una **mujer** de pueblo cuyo marido es policía; comunicado por B. Dattner)" (Freud, 1900 [1899], pag. 371).

5.4.11. "»Todavía una observación sobre los dos cuadros, que, prescindiendo de su significado real, valen también en sentido simbólico como "*Weibsbilder*" según lo prueba

ya el hecho de que se trata de un cuadro grande y de uno pequeño, así como en el contenido del sueño aparecen una **mujer** grande (adulta) y una niña pequeña" (Freud, 1900 [1899], pag. 376).

5.4.12. "(…) Conjeturé que la palabra "lirio" aparecía en este sueño en su significado popular de símbolo de la castidad; ella corrobora esto, pues para "lirio" se le ocurre "*purity*" ("pureza"). "*Valley*", el valle, es un frecuente símbolo de la **mujer**; así, el hecho accidental de que ambos símbolos se conjuguen en el nombre "lirios del valle" es aprovechado en el simbolismo onírico para destacar su preciosa virginidad —"expensive flowers, one has to pay for them"— y expresar la esperanza de que el hombre sepa apreciar su valor" […] "El "*one has to pay for them*" significa aquí la vida, con que ella ha de pagar el hacerse **mujer** y madre" (Freud, 1900 [1899], pag. 379).

5.4.13. "Es el sueño de un joven que se esforzaba por abandonar sus hábitos onanistas en favor del comercio con la **mujer**" (Freud, 1900 [1899], pag. 385).

5.4.14. "(…) Dentro de esta situación, por tanto, el magnesio de la retorta es la **mujer**; por ahí andan las cosas, en definitiva. El es femenino hacia mí, como es viril hacia la **mujer**" (Freud, 1900 [1899], pag. 387).

5.4.15. "Pero conseguir una **mujer**, aun la más dulce, no está entre los deseos del soñante" (Freud, 1900 [1899], pag. 389).

5.4.16. NOTA AL PIE agregada en 1909: "Según una comunicación de C. G. Jung, los sueños por estímulo dentario tienen en las **mujeres** el significado de sueños de nacimiento" (Freud, 1900 [1899], pag. 391).

5.4.17. "Los sueños de caída presentan más a menudo el carácter de angustia. Su interpretación no ofrece dificultad alguna en las **mujeres**, pues casi siempre ellas aceptan el uso simbólico de la caída como paráfrasis del ceder a una tentación erótica" (Freud, 1900 [1899], pag. 397).

5.4.18. NOTA AL PIE agregada en 1914. No obstante, el fragmento a continuación pertenecería a un ensayo que se agregó junto a esta nota en 1925: "(…) Los hechos de la vida del soñante tienen un solo punto de contacto con el contenido de este sueño. Mantiene una relación secreta con una **mujer** casada, y una frase ambigua del marido, a quien lo liga la amistad, despertó en él la sospecha de que pudo haber notado algo. Pero en la realidad hay en juego algo más, que en el sueño se omite mencionar y que, no obstante es la única clave que permite comprenderlo. La vida del marido está amenazada por una enfermedad orgánica. Su **mujer** está preparada para la posibilidad de su muerte repentina, y nuestro soñante alienta concientemente el designio de tomar por **mujer** a la joven viuda tras la desaparición del esposo. Esta situación externa traslada al soñante a la constelación del

sueño de Edipo; su deseo puede matar al marido para conseguir a la esposa como **mujer**; su sueño expresa este deseo en una desfiguración hipócrita. En lugar de estar ella casada con otro, las cosas se presentan como si otro quisiera casarse con ella, lo cual corresponde a su propio secreto propósito, y los deseos hostiles hacia el marido se esconden tras unas ternezas demostrativas que provienen del recuerdo de su trato infantil con el padre»" (Freud, 1900 [1899], pag. 401).

5.4.19. "A los sueños de nacimiento se enlazan los sueños de «rescate». Rescatar, en particular rescatar del agua, tiene el significado de parir si la soñante es **mujer**, pero este sentido se modifica si es hombre" [1909] (Freud, 1900 [1899], pag. 406).

5.4.20. "El soñante *saca al descubierto {hervorziehen} a una* ***mujer*** *por detrás de la cama*. Significado: le *da la preferencia {vorziehen}"* (Freud, 1900 [1899], pag. 410).

5.4.21. "(…) Si es el «*inconciente*», como elemento de los pensamientos de vigilia, el que ha de encontrar figuración en el sueño, muy oportunamente se lo sustituye por sitios «*subterráneos*» que en otro caso, y sin relación alguna con la cura psicoanalítica, habrían significado el vientre de la **mujer** o el seno materno" (Freud, 1900 [1899], pag. 411).

5.4.22. "A. sueña que *ve a su anterior gobernanta con un traje de lustrina {Luster} negra, muy ceñido en las caderas*. — Significa que declara *lasciva {lüstem}* a esta **mujer**" (Freud, 1900 [1899], pag. 413).

5.4.23. "(…) Mi paciente era una de aquellas personas que después que ven a una **mujer** no pueden apartar sus pensamientos de ella" (Freud, 1900 [1899], pag. 418).

5.4.24. "He aquí la ocasión inocente de ese sueño; después de cenar hace con su **mujer** una visita a los honrados, pero en modo alguno *apetitosos*, vecinos" (…) "De nuevo a solas con su **mujer**, echa pestes contra la importuna insistencia de la vecina y también contra la calidad del manjar que hubo de probar" (Freud, 1900 [1899], pag. 421).

5.4.25. "Un tercer ejemplo, de mi propia experiencia:

Voy con P. por una comarca donde hay casas y jardines, hacia el hospital. Tengo la idea de haber visto en sueños ya muchas veces esa comarca. No me oriento muy bien; él me enseña un camino que, doblando una esquina, lleva a un recreo (salón, no jardín); allí pregunto por la señora Doni y me dicen que mora en el traspatio, en una habitación pequeña, con tres hijos. Voy allí y ya antes de llegar encuentro a una persona desdibujada con mis dos hijitas, que llevo conmigo después de estar un rato con ellas. Hay una suerte de reproche contra mi ***mujer*** *por haberlas abandonado ahí*" (Freud, 1900 [1899], pag. 445).

5.4.26. "(…) El día anterior leí en un periódico el aviso necrológico de una señora *Dona A*. . . y (de donde yo formé *Doni*), que murió de un *parto*; mi **mujer** me dijo que la difunta

había sido atendida por la misma partera que la asistió a ella en el caso de nuestros dos últimos hijos" (Freud, 1900 [1899], pag. 448).

5.4.27. "(…) Y temo con fundamento que parecida acogida ha de tener el descubrimiento del insospechado papel que desempeña el *padre* respecto de las más tempranas mociones sexuales en el caso de ciertas enfermas **mujeres**" (Freud, 1900 [1899], pag. 450).

5.4.28. "(…) En las dos novelas una **mujer** es la guía, y en ambas se trata de expediciones peligrosas; en *She*, de un atrevido viaje a lo no descubierto, a lo jamás hollado" (Freud, 1900 [1899], pag. 452).

5.4.29. Fragmento de un sueño de Freud: "(…) *Su **mujer** enferma se encuentra con sus hijos en el castillo amenazado"* (Freud, 1900 [1899], pag. 461).

5.4.30. "Fue un año antes, en Venecia; era un día mágicamente hermoso, estábamos a la ventana de nuestra habitación sobre la Riva degli Schiavoni y contemplábamos la azul laguna, donde ese día había más movimiento que de costumbre. Se esperaban unos buques ingleses que iban a recibirse con fiestas, y de pronto gritó mi **mujer**, alegre como un niño: *«¡Ahí viene el navio de guerra inglés!»"* (Freud, 1900 [1899], pag. 463).

5.4.31. "(…) En el armazón no nítido de uno de mis sueños de laboratorio tenía yo precisamente la edad que me traslada al año más sombrío e infructuoso de mi carrera médica; carecía de posición y no sabía cómo habría de ganarme la vida, pero de pronto era el caso que yo podía escoger entre varias **mujeres** para casarme. Entonces, yo era de nuevo joven, y sobre todo era de nuevo joven la **mujer** que compartió conmigo esos años difíciles" (Freud, 1900 [1899], pag. 473).

5.4.32. "(…) Después lo conducen a un local estrecho donde encuentra a una **mujer** con un niño en los brazos. Uno de sus acompañantes dice: «Es el señor Müller»" (…) "Por fin le hace una pregunta, que él responde con un «Sí». Después se vuelve para mirar a la **mujer** y observa que a ella le ha salido una gran barba" (Freud, 1900 [1899], pags. 490-91).

5.4.33. "(…) Con la aparición de la novia en persona en el sueño, la fantasía de casamiento prevaleció sobre la fantasía de arresto que la encubría. Y al hecho de que esta novia, al final, deje ver una barba pude explicarlo por una información —no se llegó a hacer un análisis—: El día anterior el soñante iba caminando por la calle con un amigo, tan reacio al matrimonio como él; en eso llamó su atención sobre una beldad morena que venía hacia ellos, pero el amigo observó: «¡Bah! ¡Si no fuera porque a estas **mujeres** les salen con los años unas barbas como las de su padre!»" (Freud, 1900 [1899], pag. 491).

5.4.34. "(…) ¿Quién no se sentiría cautivado —y tanto más un francés, e historiador de la cultura— por esas descripciones de la época del Terror en que la nobleza, sus hombres y sus **mujeres**, la flor de la Nación, mostraban cómo se podía morir con ánimo sereno, y aun

frente a la cita fatal conservaban la frescura de su espíritu y la finura de sus maneras? ¡Cuán tentador verse en la fantasía en medio de ellos, como uno de esos jóvenes que se despedían de las damas con un besamanos en el momento de subir impertérritos al cadalso!" (Freud, 1900 [1899], pag. 493).

5.4.35. "(…) Ya en los Estudios sobre la histeria, publicados en 1895, pude comunicar el esclarecimiento de un primer ataque histérico que la paciente, una **mujer** que había superado la cuarentena, tuvo a los quince años" (Freud, 1900 [1899], pag. 516).

5.4.36. Fragmento de un sueño de Freud. "Comienzo no nítido. *Digo a mi **mujer** que tengo una noticia para ella, algo muy particular. Ella se asusta y no quiere oír nada*" (Freud, 1900 [1899], pag. 551).

5.4.37. NOTA AL PIE agregada en 1919 (fragmento): "(…) Un hada buena promete a una pareja pobre, marido y **mujer**, el cumplimiento de los tres primeros deseos que se les ocurran. Eso los llena de dicha y se proponen escoger con cuidado los tres deseos. Pero la **mujer** se deja seducir por el aroma de unas salchichas que cocinan en la choza vecina, y desea para sí un par de salchichas como esas. Y volando están ellas ahí; es el primer cumplimiento de deseo. Entonces el marido se enoja y en su ira desea que las salchichas le queden a su **mujer** colgadas de la nariz. También esto se consuma, y las salchichas no pueden removerse de su nuevo lugar; he ahí el segundo cumplimiento de deseo, peto el deseo fue del hombre: a la **mujer** no le gusta nada ese cumplimiento de deseo. Ya saben cómo sigue el cuento. Puesto que los dos en el fondo son uno, marido y **mujer**, el tercer deseo tiene que ser que las salchichas se aparten de la nariz de la mujer" (Freud, 1900 [1899], pag. 572).

5.4.38. "El año pasado fui llamado a consulta, y me vi frente a una muchacha que lucía inteligente y desprejuiciada. Su compostura es extraña; la **mujer** suele cuidar de sus vestidos hasta la última arruga, mientras que ella lleva una media colgando y dos botones de la blusa desprendidos" (Freud, 1900 [1899], pag. 605).

5.4.39. "(…) Un padre duro, de mal genio, que vivía en querella con la madre y cuyo recurso pedagógico eran las amenazas; la separación del padre respecto de esa madre blanda y tierna; el nuevo matrimonio de él, quien un día trajo a la casa a una **mujer** joven presentándola como la nueva mamá" (Freud, 1900 [1899], pag. 606).

5.4.40. "(…) Tales sueños deben de ocurrirle ahora con frecuencia; son una parte del tardío castigo que le es deparado a la **mujer** por la crueldad que tuvo en su juventud" (Freud, 1900 [1899], pag. 611).

5.4.41. "(…) Así, un hombre me cuenta el sueño de su joven **mujer**: Le ha venido el período. No puedo menos que pensar que el período no llega, y por eso la joven señora espera inquieta un embarazo" (Freud, 1901, pag. 630).

5.4.42. "Nos inclinaremos a conjeturar que una trasposición así, a una situación, se ha producido también en el caso de los sueños confusos, aunque no podemos saber si también aquí recayó sobre un enunciado desiderativo. El ejemplo de sueño que comunicamos al principio, y en cuyo análisis nos hemos internado un tramo, en dos puntos nos da ocasión sin duda de sospechar algo de esa índole. En el análisis acontece que mi **mujer** se ocupa de otros estando a la mesa, y yo me resiento de ello con desagrado; el sueño contiene exactamente lo contrario, a saber, que la persona que sustituye a mi mujer se me consagra por entero" (Freud, 1901, pag. 632).

5.4.43. "(…) Del «consagrárseme por entero», desde luego, ni hablar en ese entonces; yo sé por el análisis que este elemento es el cumplimiento de deseo por oposición, que corresponde a la conducta de mi **mujer** en la *table d'hóte*" (Freud, 1901, pag. 633).

5.4.44. "(…) El trabajo del sueño gusta en extremo de figurar dos representaciones, situadas en un vínculo de oposición, mediante idéntico producto mixto; así, una **mujer** se ve en el sueño portadora de un alto ramo florido, según es figurado el ángel en los cuadros de la Anunciación de María (inocencia; María es el nombre de ella), pero el ramo está poblado de grandes flores blancas, que semejan camelias (opuesto a la inocencia: *La dama de las camelias*)" (Freud, 1901, pag. 636)

5.4.45. "El ejemplo que escogimos para analizar exhibe por lo menos un grado de desplazamiento tal que su contenido aparece centrado diversamente que los pensamientos oníricos. Esfuerza hasta el primer plano del contenido del sueño una situación en la que una **mujer** parecería hacerme unos avances;* en los pensamientos oníricos, el centro de gravedad descansa en el deseo de gozar alguna vez de un amor desinteresado, que «nada cuesta», y esta idea se esconde tras el giro idiomático de los lindos ojos y tras la remota alusión a «espinaca»" (Freud, 1901, pag. 638).

5.4.46. "(…) Hay símbolos traducibles de manera casi universalmente unívoca; así, emperador y emperatriz (rey y reina) significan a los padres; las habitaciones figuran **mujeres**, y las entradas y salidas de ellas, las aberturas del cuerpo" (…) "Si armas aguzadas, objetos alargados y rígidos como troncos de árboles y bastones, subrogan en el sueño a los genitales masculinos, y si armarios, cajitas, coches, hornos, lo hacen con la matriz de la **mujer**, el *tertium comparationis*, lo común a estas sustituciones, nos resulta comprensible de inmediato. Mas no para todos los símbolos es tan fácil aprehender las conexiones. Símbolos como el de la escalera y el subir por una escalera para el comercio

sexual, el de la corbata para el miembro masculino, el de la madera para el vientre de la **mujer**, despiertan nuestra incredulidad hasta que no hemos adquirido por otras vías la intelección del vínculo simbólico. (Freud, 1901, pags. 665-66).

Niña (17):

5.5.1. "(…) Mis análisis me han mostrado que es un fenómeno regular en el pensamiento inconciente de los neuróticos y que se remonta a una curiosidad sexual cuyo objeto son, para los niños y las **niñas** en crecimiento, los genitales del otro sexo, pero también los del propio" (Freud, 1900 [1899], pag. 352).

5.5.2 "La interpretación más profunda de este sueño se obtiene por otro que tuvo la misma noche y en el que se identifica con su hermano. En realidad, de **niña** fue un poco machota y muchas veces le dijeron que era lástima que no hubiese nacido varón. En esta identificación con el hermano se vuelve particularmente claro que «pequeño» significa los genitales. La madre lo (la) amenaza con la castración, que no puede ser sino el castigo por jugar con el miembro, y así la identificación revela que ella misma se masturbó de **niña**, cosa que hasta el momento su recuerdo sólo había acreditado respecto de su hermano. En esa época temprana, según lo índica este segundo sueño, ella tiene que haber adquirido un conocimiento de los genitales masculinos, que después perdió. Además, el segundo sueño alude a la teoría sexual infantil según la cual las **niñas** son varones castrados. Después que yo le expuse esa opinión infantil, ella la corrobora al punto recordando la anécdota en que el varoncito pregunta a la **niñita**: «¿Cortado?», a lo cual ella responde: «No, siempre fue así»" (Freud, 1900 [1899], pag. 369).

5.5.3. "Otra figuración de edades en el sueño: *Una mujer anda con dos **niñas** pequeñas, cuya diferencia es de quince meses*. La soñante no encuentra ninguna familia conocida a la que esto se le aplique. Ella misma interpreta que las dos **niñas** figuran a su propia persona y el sueño le dice que los dos acontecimientos traumáticos de su infancia estuvieron separados por ese tiempo (a los tres años y medio, y a los cuatro años y nueve meses). [1914.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 411).

5.5.4. "(…) Una dama cuenta: «Recuerdo aún que de **niña** soñé repetidas veces: *El buen Dios tiene un bonete de papel puntiagudo sobre la cabeza*. Ahora bien, un bonete así solían ponerme muchas veces estando a la mesa, para que yo no pudiese atisbar el plato de los otros niños y ver cuánto les daban de algún manjar. Como había oído decir que Dios es omnisapiente, el sueño significa que yo lo sabía todo a pesar del bonete que me pusieron». [1909.]" (Freud, 1900 [1899], pag. 415).

5.5.5. "(…) Una **niñita** me preguntó cómo se llegaba a cierta calle; debí disculparme diciéndole que no lo sabía, y manifesté después a mi amigo: «Esperemos que la pequeña dé pruebas después, en su vida, de mayor agudeza para elegir las personas que habrán de guiarla»" (Freud, 1900 [1899], pag. 442).

5.5.6. "Pero el sueño contiene, además, otra referencia nítida a una ilación de pensamientos que lícitamente provoca satisfacción. Mi amigo [Fliess] acaba de tener, después de mucho esperarla, una hijita. Yo sé cuánto lamentó a su hermana, la que él perdió temprano, y le escribo que sobre esa **niña** habrá de trasferir el amor que él sentía por su hermana; esta **niñita** le hará olvidar por fin esa pérdida irreparable" (Freud, 1900 [1899], pag. 482).

5.5.7. "Prefiero mostrar el modelo, tomado de mi recuerdo, al que obedeció ese error de lenguaje. Tenía yo diecinueve años y había viajado por primera vez a Inglaterra. Un día me fui a pasear por las playas del Irish Sea. Me entregué desde luego a la búsqueda de los animales marinos que la marea había depositado, y estaba absorbido por una estrella de mar (el sueño empieza con *Hollthurn-holoturias*) cuando una encantadora **niñita** se llegó a mí y me preguntó: «*Is it a starfish? Is it alive*?» {«¿Es una estrella de mar? ¿Está viva?»}. Yo respondí: «*Yes, he is alive*» {«Sí, está viva»}, pero enseguida me avergoncé por la incorrección y repetí la frase correctamente" (Freud, 1900 [1899], pag. 514).

5.5.8. "Por tanto, comunicaré algunos ejemplos de sueños que he recopilado de niños. Una **niña** de diecinueve meses debió guardar ayuno todo un día porque había vomitado por la mañana y, según lo dicho por la niñera, se había indigestado con fresas" (…) "— Una **niñita** de tres años y tres meses había dado durante el día un paseo por el lago que seguramente le pareció corto, pues se echó a llorar cuando debió desembarcar. A la mañana siguiente contó que durante la noche había viajado por el lago; prosiguió, pues, el interrumpido paseo" (…) "Idénticamente procedió el sueño de una **niña** de seis años cuyo padre, por lo avanzado de la hora, hubo de interrumpir un paseo antes de alcanzada la meta. De regreso le saltó a la vista un cartel indicador que nombraba otro lugar de excursión, y el padre le había prometido que otro día la llevaría también ahí. A la mañana siguiente recibió a su padre con la comunicación de que por la noche soñó que *el padre había estado con ella en un lugar y también en el otro*" […] "Una **niña** que todavía no tenía cuatro años fue llevada desde el campo a la ciudad a causa de una afección poliomielítica y pernoctó en casa de una tía sin hijos, en una cama grande —en extremo grande, desde luego, para ella—. A la mañana siguiente informó que había soñado que *la cama le quedaba tan chica que no cabía en ella*. La solución de este sueño como sueño de deseo se obtiene con facilidad si se recuerda que «*ser grande*» es un deseo, a menudo también expreso, de los niños. El grandor de la cama le hacía presente a la agrandada **niña** su pequeñez,

remarcándosela en demasía; por eso corrigió en el sueño esa proporción que le disgustaba, y se hizo tan grande que aun esa gran cama le quedaba demasiado chica" (Freud, 1901, pags. 627-29).

Tomo 6

Sexualidad Femenina:

6.1.1. No hay entradas.

Feminidad:

6.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (7):

6.3.1. "(…) El nombre de una ciudad italiana se sustrae del recuerdo a consecuencia de su gran semejanza acústica con un nombre de pila **femenino** al que se anudan toda clase de recuerdos plenos de afecto, sin duda no explicitados de una manera exhaustiva en la comunicación. S. Ferenczi (Budapest), quien observó en sí mismo este caso de olvido, lo ha analizado como a un sueño o una idea neurótica, y por cierto que acertadamente" (Freud, 1901, pag. 34).

6.3.2. "En otra ocasión, este mismo profesor de anatomía manifestó: «En el caso de los **genitales femeninos**, a pesar de muchas *Versuchungen* {tentaciones}... Perdón: *Versuche* {experimentos}...»" (Freud, 1901, pag. 81).

6.3.3. "Me consolé de eventuales inexactitudes en la reproducción de esta fantasía diciéndome que en casa, con el libro en mano, fácilmente las corregiría. Cuando luego hojeé *Le Nabab* a fin de cotejar el pasaje de mi manuscrito ya listo para ser impreso, me produjo gran bochorno y confusión no hallar ahí nada de semejante ensoñación del señor Jocelyn, pues el pobre tenedor de libros ni siquiera llevaba ese nombre, sino que se llamaba «Monsieur *Joyeuse*». Este segundo error dio enseguida la clave para aclarar el primero, el espejismo del recuerdo. *Joyeux* (palabra de la cual el nombre del personaje es la **forma femenina**): así, y no de otro modo, se traduciría al francés mi propio apellido, *Freud* {alegre}" (Freud, 1901, pag. 148).

6.3.4. "(…) De pequeño, había tenido él muchísimo apego a este médico, y me refiere que hace poco tiempo, por vía de autoanálisis, pudo descubrir que a la edad de tres años y medio había tenido una fantasía doble con relación al nacimiento de una hermanita, a saber: que la nena era en primer lugar de él mismo y de su madre, y en segundo lugar del doctor y de él mismo. Dentro de esta fantasía desempeñaba, pues, tanto el papel masculino como el **femenino**" (Freud, 1901, pag. 192).

6.3.5. "»A los ocho años lo impresionó la comunicación de un muchacho mayor que él: le dijo que era costumbre del médico acostarse con sus pacientes mujeres. En verdad, él mismo seguramente daba asidero a tales rumores, y en todo caso las mujeres del vecindario, incluida su propia madre, eran muy afectas a este médico joven y guapo. El propio analizado había experimentado en diversas oportunidades tentación sexual con relación a sus **pacientes femeninas**, por dos veces se había enamorado, y al fin se casó con una" (Freud, 1901, pag. 193).

6.3.6. "Mientras preparo para su publicación el historial clínico de una de mis pacientes, me pongo a considerar el nombre de pila que debo darle en el trabajo. Aparentemente tengo un amplio margen de elección; es cierto que algunos nombres quedan excluidos de antemano: en primer lugar, el nombre auténtico; luego, los de integrantes de mi propia familia, pues ello me resultaría chocante, y acaso otros **nombres femeninos** de sonido particularmente raro; pero, por lo demás, no tendría por qué desconcertarme en la elección del nombre. Uno esperaría —y de hecho yo lo espero— contar con un cúmulo de **nombres femeninos**. En lugar de ello afloró uno solo, y ninguno más: el nombre «Dora»" (Freud, 1901, pag. 234).

Mujer (38):

6.4.1. "(…) —Por cierto que no es difícil. Usted me ha preparado bastante para ello. *Piense en los santos del calendario, en la fluidificación de la sangre cierto día, la alteración si el suceso no sobreviene, la nítida amenaza de que el milagro se consume pues si no...* Ha procesado usted el milagro de San Jenaro como una espléndida alusión al período de la **mujer**" (Freud, 1901, pag. 19).

6.4.2. "Un paciente me pide que le recomiende un lugar de restablecimiento en la Riviera. Sé de uno muy próximo a Genova, y hasta recuerdo el nombre del colega alemán que allí ejerce, pero soy incapaz de nombrar el lugar mismo, por más que creo conocerlo. No me queda más remedio que rogarle al paciente que espere y acudir a toda prisa a las **mujeres** de mi familia" (Freud, 1901, pag. 29).

6.4.3. NOTA AL PIE: "{El significado del primer trabalenguas es: «Lavanderas de Viena lavan la ropa blanca»; un efecto semejante tiene en castellano «Tres tristes tigres tragaban tres trozos de trigo», con la salvedad de que la frase citada por Freud se presta a posibles equívocos —p. ej., si «*Wiener*» («de Viena») se trueca en «*Weiner*» («lloronas») por contagio con la palabra que sigue—. El segundo ejemplo significa «aleta», pero alguien podría pronunciar erróneamente «*Flisch-Fosse*» («**mujer** de la calle»)}" (Freud, 1901, pag. 65).

6.4.4. “Un marido recién casado a quien su esposa, preocupada por conservar su juvenil silueta, sólo de mala gana le concede un comercio sexual frecuente, me contó esta historia, que con posterioridad les hizo muchísima gracia a ambos. Tras una noche en que había vuelto a infringir el mandamiento de abstinencia dictado por su **mujer**, se afeita por la mañana en el dormitorio común, y para ello se vale –como ya lo había hecho muchas veces por comodidad- de la *brocha de empolvar* que ha tomado del cofrecillo de noche de su esposa cuando ella dormía” (Freud, 1901, pags. 79-80).

6.4.5. NOTA AL PIE: {“Literalmente, “**mujer** caga huevos”, por “trocitos de clara de huevo”} (Freud, 1901, pag. 84).

6.4.6. “(…) El trastrabarse se vuelve aquí un recurso para la expresión mímica, claro que en muchos casos para la de aquello que no se quería decir: se vuelve un medio de traicionarse a sí mismo. Por ejemplo, cierto individuo, que en sus relaciones con la **mujer** no prefiere el comercio llamado normal, interviene de pronto en una plática acerca de una muchacha a quien motejan de coqueta {*kokett*}: «Ya le quitaría yo esa costumbre de *köettieren*». No hay duda: sólo la palabra «*koitieren*» {«tener coito»} pudo provocar aquella alteración de la intentada «*kokettieren*» {«coquetear»}” (Freud, 1901, pag. 88).

6.4.7. “»Tan pronto le hube corregido el error, le pedí que lo explicara, pero él empezó con las usuales respuestas de asombro: que todo ser humano tiene pleno derecho a trastrabarse, que se debe sólo al azar y nada hay que buscar detrás, etc. Repliqué que toda equivocación en el habla debe tener su fundamento, y que estaría tentado de creer que él mismo era el héroe de la historia, si no fuera porque antes me había comunicado que permanecía soltero; en tal caso, en efecto, el desliz se explicaría por el deseo de que su **mujer,** y no él, perdiera el proceso, a fin de no tener que pagarle alimentos (de acuerdo con nuestro derecho en materia de matrimonio) y poder casarse de nuevo en la ciudad de Nueva York” (Freud, 1901, pag. 91).

6.4.8. “(…) Cierta tarde debo disculparme por no haber pasado a buscar a mi **mujer** por el teatro, y digo: «Estuve en el teatro a las *diez y diez minutos*». Me corrigen: «Querrás decir "*menos diez*"». Desde luego, quise decir «*diez menos diez*». A las diez y *diez* ya no habría disculpa. Me habían dicho que la cartelera del teatro consignaba: «La función termina antes de las diez». Cuando llegué, el vestíbulo ya estaba en sombras, y el teatro, vacío. La representación había terminado, y mi **mujer** no me esperó” (Freud, 1901, pag. 101).

6.4.9. “Un día recibo una carta de las cercanías de Viena que me comunica una noticia conmovedora. Llamo en el acto a mi **mujer** y le participo que la pobre Wilhelm, M. está gravísima y ha sido desahuciada por los médicos. Pero algo tiene que haber sonado a falso en las palabras con que yo visto mi congoja, pues mi **mujer** desconfía, pide ver la carta y

manifiesta su convicción de que eso no puede ser, pues nadie menciona a una señora por el nombre del marido y, además, afirma que la remitente conoce muy bien el nombre de pila de esta señora. Sostengo con empecinamiento mi aseveración y le invoco las tarjetas de presentación, tan usuales, en que una **mujer** se designa a sí misma con el nombre de pila del marido. Al fin tengo que volver a tomar la carta, y de hecho leemos en ella «el pobre W. M.», y algo más, que yo había omitido por completo: «el pobre doctor W. M.». Por tanto, mi trasver importa un intento, por así decir espasmódico, de trasladar del marido a la esposa esa triste nueva. El título interpolado entre el calificativo y el nombre se presta mal al reclamo de que se mencione a la **mujer**: por eso mismo fue eliminado al leer. Ahora bien, el motivo de esta falsificación no fue que la **mujer** me resultara menos simpática que el marido, sino que el destino de ese pobre hombre había despertado mi inquietud por otra persona, próxima a mí, que compartía con este caso una de las condiciones por mí conocidas de la enfermedad" (Freud, 1901, pag. 110).

6.4.10. "Cierto verano mi esposa me dio una ocasión, inocente en sí misma, para un fuerte enojo. Estábamos sentados a la table d'hóte frente a un señor de Viena a quien yo conocía y que sin duda se acordaría también de mí. Pero tenía mis razones para no reanudar el trato. Mi **mujer**, que sólo había oído su distinguido nombre, dejó traslucir demasiado que prestaba atención a la plática de él con su vecino, pues de tiempo en tiempo me hacía preguntas que retomaban los hilos ahí desovillados. Me puse impaciente y al fin me irrité. Pocas semanas después me quejé ante una parienta por esta conducta de mi **mujer**. Pero no fui capaz de recordar una sola palabra de la conversación de aquel señor. Soy bastante rencoroso y no olvido detalle de los episodios que me hayan causado enojo. Entonces, mi amnesia en este caso está sin duda motivada por miramientos relativos a la persona de mi esposa. Algo parecido me volvió a ocurrir hace poco tiempo. Junto a un conocido íntimo, quise divertirme con algo que mi **mujer** había dicho pocas horas antes, pero me estorbó ese designio la curiosísima circunstancia de haber olvidado yo por completo la frase en cuestión. No tuve más remedio que pedirle a mi **mujer** que me la recordase" (Freud, 1901, pag. 136).

6.4.11. NOTA AL PIE agregada en 1912: "Una vivencia en un todo semejante refiere Jones en el trabajo que ya hemos citado varias veces [1911*b*, pág. 484]. Un médico cuya esposa padece de una afección a las piernas de incierto diagnóstico le apuntó, a modo de consuelo: «Es bueno, siquiera, que en tu familia no se haya producido ningún caso de tuberculosis». Y la **mujer** respondió, sorprendidísima: «¿Has olvidado que mi madre murió de tuberculosis, y que mi hermana no se restableció de la suya sino después que los médicos la deshauciaran»?" (Freud, 1901, pag. 144).

6.4.12. “El servicio a la **mujer**, como el servicio militar, exigen que esté exento de olvido todo cuanto a ellos atañe, y así sugieren la opinión de que el olvido es admisible en cosas nimias, mientras que en las importantes es indicio de que uno quiere tratarlas como nimias, o sea, de que las despoja de su importancia” (Freud, 1901, pag. 152).

6.4.13. NOTA AL PIE: “Las **mujeres**, con su discernimiento más fino de los procesos anímicos inconcientes, en general se inclinan más por tomar a afrenta que no se las reconozca, y por eso no se las salude en la calle, que a dar crédito a las consiguientes explicaciones: que el descuidado es miope o, ensimismado en sus pensamientos, no advirtió su presencia. Infieren que sin duda uno las habría advertido de «importarle algo de ellas»” (Freud, 1901, pag. 154).

6.4.14. NOTA AL PIE: “(…) A las más íntimas y menos aclaradas mociones se debe que las **mujeres**, en especial, muestren un particular desagrado a pagar los honorarios al médico. Lo usual es que olviden su portamonedas y no paguen, por ende, en la hora de consulta; luego, habitualmente olvidan remitir los honorarios desde su casa, y de ese modo consiguen que uno las haya tratado gratis —«por sus lindos ojos»—. Pagan, por así decir, con su mirada” (Freud, 1901, pag. 156).

6.4.15. NOTA AL PIE: “El caso no es diferente, en definitiva, al del atentado sexual cometido contra una **mujer**, en que el ataque del varón no puede ser rechazado con toda la fuerza muscular de esta porque es solicitado, propiciándolo, por una parte de las mociones inconcientes de la atacada. Se suele decir que una situación así paraliza las fuerzas de la **mujer**; sólo es preciso agregar las razones de esa paralización. En este sentido, es psicológicamente injusta la ingeniosa sentencia de Sancho Panza cuando era gobernador de su ínsula (Don Quijote, segunda parte, capítulo XLV). Una **mujer** arrastra ante el juez a un hombre que, según ella dice, le robó la honra violándola. Sancho la resarce con la bolsa repleta de monedas que quita al acusado y, cuando la **mujer** se ha retirado, da permiso a este para correr tras ella y recuperar su bolsa. Vuelven ambos trenzados en riña, y la **mujer** se ufana de que el malvado no ha sido capaz de apoderarse de la bolsa. Sobre eso dice Sancho: «Si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa lo mostrarais, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran falta»” (Freud, 1901, pag. 178).

6.4.16. NOTA AL PIE agregada en 1920: “Sobre el tema de la «autopunición por medio de operaciones fallidas», un corresponsal me escribe: «Si uno observa el comportamiento de la gente por la calle puede comprobar cuan a menudo les sucede un pequeño accidente a los hombres que, como es tan usual, se dan vuelta para mirar a las **mujeres** que pasan.

Uno se tuerce un pie —en suelo llano—, otro se da de bruces contra un farol de alumbrado o aun se hiere de alguna otra manera»" (Freud, 1901, pag. 182).

6.4.17. "(…) Entonces me resultó fácil suponer que este hombre, poco satisfecho de su esposa, tuvo en aquel tiempo la siguiente idea o designio: «Si este pequeño ser, de quien nada me importa, muriera, yo quedaría libre y podría divorciarme de mi **mujer**»" (Freud, 1901, pag. 185).

6.4.18. "En cuanto a las acciones casuales esporádicas [cf. Pag. 190*n*], comunicaré un ejemplo que, aun sin mediar análisis, admitió una interpretación más profunda. (…) Y durante el paseo de la siesta afirmó de pronto que yo sin duda tendría hambre, y no debía posponer mi cena por causa suya, pues él comería solamente después que llegara su **mujer**. Entendí la señal y me senté a la mesa, mientras él se iba a la estación de ferrocarril. A la mañana siguiente nos encontramos en el vestíbulo del hotel. Me presentó a su **mujer** y agregó: «¿Tomará usted el desayuno junto con nosotros?». Yo tenía una pequeña cosa que hacer a una cuadra de allí, y aseguré que volvería enseguida" (Freud, 1901, pag. 206).

6.4.19. "Prohibo a un paciente llamar por teléfono a la amante con quien él mismo querría romper, pues cada plática le enciende una nueva lucha por desacostumbrarse a esa **mujer**. Le impongo comunicarle su última decisión por escrito, aunque tiene dificultades para dirigirle cartas" (Freud, 1901, pag. 217).

6.4.20. "Referiré como «error» también un episodio de serio trasfondo que me fue contado por un testigo presencial. Cierta dama ha pasado la tarde en el campo con su marido y en compañía de dos extraños. Uno de estos últimos es su amigo íntimo, de lo cual los otros nada saben ni deben saber. Los amigos acompañan a la pareja hasta la puerta de su casa. Mientras se aguarda que abran la puerta, es la despedida. La dama hace una inclinación al extraño, le ofrece la mano y le dirige algunas palabras de cumplido. Luego se toma del brazo de su amado secreto, se vuelve hacia su marido y hace ademán de despedirse de igual manera. El marido acepta la situación, se quita el sombrero y dice con extremada cortesía: «Beso su mano, estimada señora». La **mujer**, espantada, suelta el brazo del amante, y antes que aparezca el conserje aún tiene tiempo de suspirar: «¡Ah! Que le pase a una semejante cosa...». El hombre era uno de esos maridos que quieren desterrar del reino de lo posible una infidelidad de su **mujer**. Había jurado repetidas veces que en un caso así más de una vida peligraría. Por eso, los más poderosos estorbos interiores le impedían notar el desafío contenido en aquel yerro" (Freud, 1901, pag. 220).

6.4.21. "(…) Cierta vez que exponía en unas conferencias el historial clínico de la muchacha ahora llamada «Dora», publicado hacía ya mucho tiempo, se me ocurrió que una de las dos **mujeres** que estaban entre el auditorio llevaba ese mismo nombre, «Dora»,

que yo había pronunciado con tanta frecuencia y en los más diversos enlaces; me dirigí entonces a la joven colega, a quien además conocía personalmente, presentándole la disculpa de que en realidad no había pensado en que también ella se llamaba así; y le ofrecí sustituir en las conferencias ese nombre por otro" (Freud, 1901, pag. 235).

6.4.22. "(…) Desde ese momento me propuse seguir la carrera de este hombre, y hete ahí que hoy (1899) la ha terminado, es comandante de artillería y ya se jubila. Quise calcular el tiempo en que él había recorrido ese camino, sobre la base de que yo lo había visto en el hospital en 1882. Serían, pues, 17 años. Se lo conté a mi **mujer**, y ella observó: "Entonces, (¡tú también deberías jubilarte ahora?". Y yo protesté: "¡Dios me guarde!"" (Freud, 1901, pag. 236).

6.4.23. "El marido, que no supo hallar el determinismo de su propio número, enseguida descubrió la solución cuando su **mujer** escogió un número supuestamente por libre albedrío. En realidad, la esposa había capturado muy bien el complejo de donde provenía el número de su marido, y escogió su propio número desde el mismo complejo, común por cierto a ambas personas, pues se trataba de la relación entre sus respectivas edades" (Freud, 1901, pag. 239).

6.4.24. NOTA AL PIE agregada en 1924: "Apunto aquí un buen ejemplo, entorno del cual N. Ossipow (1922) elucida la diferencia entre concepción supersticiosa psicoanalítica y mística. El se había casado en un pequeño pueblo provinciano de Rusia, y enseguida emprendió viaje con su joven esposa hacia Moscú. En cierta estación, dos horas antes de llegar a destino, le entró el deseo de salir de allí y echar un vistazo por la ciudad. Según su expectativa, el tren se quedaría el tiempo suficiente, pero cuando regresó, a los pocos minutos, ya había partido con su joven esposa a bordo. Cuando su vieja aya se enteró en casa de ese accidente, manifestó, meneando la cabeza: «De ese matrimonio no saldrá nada bueno». Ossipow se rió entonces de esa profecía. Pero cuando cinco meses después se separó de su **mujer** no pudo dejar de comprender, con posterioridad, su abandono del tren como una «protesta inconciente» contra su casamiento. La ciudad donde le sucedió esta operación fallida cobró luego gran significado para él, pues en ella vivía una persona con quien el destino lo enlazó estrechamente. Esta persona, y el hecho mismo de su existencia, le eran por completo desconocidos en aquella época. Pero la explicación mística de su conducta diría que dejó en aquella ciudad el tren a Moscú, y abandonó a su esposa, porque quiso anunciársele el futuro que el vínculo con aquella persona habría de depararle" (Freud, 1901, pag. 251).

Niña (9):

6.5.1. “Un hombre de veinticuatro años ha conservado la siguiente imagen de su quinto año de vida: Está sentado en el jardín de una residencia veraniega sobre una sillita, junto a una tía que se empeña en inculcarle el abecedario. El distingo entre *m* y *n* le trae dificultades y ruega a la tía que le diga cómo se discierne cuál es una y cuál la otra. La tía le hace notar que la *m* tiene toda una pieza más que la *n*, su tercer trazo. — No había motivo alguno para poner en tela de juicio la fidelidad de tal recuerdo de infancia; sin embargo, sólo más tarde adquirió este su significatividad: cuando se hubo mostrado apto para asumir la subrogación simbólica de otro apetito de saber del muchacho. En efecto, así como entonces quería saber la diferencia entre *m* y *n*, más tarde se empeñó en averiguar la diferencia entre varón y **niña**, y por cierto le habría complacido que justamente esa tía fuera su maestra. Y entonces descubrió que la diferencia era semejante: también el varoncito tenía toda una pieza más que la **nena**; y en la época de este discernimiento despertó su recuerdo del correspondiente apetito de saber infantil” (Freud, 1901, pag. 53).

6.5.2. NOTA AL PIE agregada en 1924: “Quien se interese por la vida anímica de estos años infantiles colegirá con facilidad el condicionamiento más profundo del reclamo dirigido al hermano mayor. El niño, que todavía no cumplió tres años, ha entendido que su hermanita recién llegada creció en el vientre de la madre. No está muy de acuerdo con ese incremento, y sospecha que el vientre materno puede esconder otros niños aún. Él armario o canasta es para él un símbolo del vientre materno. Pide entonces mirar dentro de esa cesta, y para ello se vuelve al hermano mayor, quien, como se averigua por otro material, ha pasado a ser rival del pequeño en remplazo del padre. Contra ese hermano se dirige, además, la fundada sospecha de haber hecho «encanastar» a la niñera echada de menos, y aun otra, a saber, que de alguna manera había metido en el vientre materno la **niña** recién nacida. El afecto de desilusión cuando se halló vacía la canasta proviene, entonces, de la motivación superficial del pedido infantil. Respecto de la aspiración más profunda, se sitúa en un lugar falso. Por el contrario, la gran satisfacción por la espigada silueta de la madre que regresa sólo se vuelve cabalmente inteligible a partir de este estrato más profundo” (Freud, 1901, pags. 55-6).

6.5.3. “(…) Ya el afloramiento en los pensamientos oníricos de tantos nombres tomados de piezas teatrales permite conjeturar que en su juventud la soñante alimentó un secreto entusiasmo por el oficio de actriz. El comienzo del sueño, «Un niño ha resuelto poner fin a su vida mediante la mordedura de un ofidio», no significa realmente otra cosa que: Ella se ha propuesto de **niña** llegar a ser alguna vez una famosa actriz de teatro” (Freud, 1901, pag. 69).

6.5.4. NOTA AL PIE agregada en 1924: "(…) Una paciente muy propensa a duplicar tartamudeando la sílaba inicial de los nombres propios había alterado el nombre de Protágoras en "Protrágoras". Poco antes había dicho, en lugar de, "Alexandros {Alejandro}", "*A-alexandros*". La averiguación dio por resultado que de **niña** había sido muy afecta a la picardía que consiste en repetir las sílabas de sonido «*a*» y «*po*» {en el lenguaje infantil, «*aa*» y «*popo*» designan «caca» y «cola»}, jugueteo este que no rara vez conduce al tartamudeo en los niños" (Freud, 1901, pag. 84).

6.5.5. NOTA AL PIE: "Por la época en que yo redactaba estas páginas, me sucedió el siguiente caso de olvido, apenas creíble: El 1° de enero reviso mi agenda de consultas a fin de enviar mis demandas de honorarios, y hete ahí que para junio me topo con el nombre «M. . .1», y no puedo acordarme de la persona a quien pertenecía. Mi asombro crece cuando sigo hojeando y me entero de que traté el caso en un sanatorio, con visitas diarias durante varias semanas. El médico difícilmente olvide, trascurridos apenas seis meses, a un enfermo de quien se ocupó en esas condiciones. «¿Habrá sido un hombre —me pregunté—, un paralítico, un caso sin interés?». Al fin, la anotación sobre los honorarios recibidos me devolvió la noticia sobre todo cuanto quería sustraerse del recuerdo. «M...1» había sido una muchacha de catorce años, el caso más singular de mis últimos años, que me dejó una enseñanza que yo difícilmente olvide, y cuyo desenlace me deparó las horas más penosas. La **niña** estaba aquejada de una inequívoca histeria, que en mis manos experimentó una rápida y radical mejoría. Tras esta última, los padres me la quitaron; aún se quejaba de unos dolores abdominales, a los que correspondía el papel principal en el cuadro de síntomas histéricos. Dos meses después, moría de sarcoma en las glándulas abdominales. La histeria, a la cual la **niña** tenía una predisposición suplementaria, había tomado la formación tumoral como causa provocadora, y yo, cautivado por las ruidosas pero inofensivas manifestaciones de la histeria, quizá descuidé los primeros síntomas de la subrepticia e incurable enfermedad" (Freud, 1901, pag. 145).

6.5.6. "Un caso de error que también se puede describir como «trastrabarse»: Un joven padre se dirige a la oficina de registro de las personas para inscribir a su segunda hija. Preguntado por el nombre que llevará, responde: «Hanna», y debió oír entonces al funcionario decirle: «¡Pero si ya tiene usted una **niña** de ese nombre!». Inferiremos que esta segunda hija no ha sido tan bien recibida como en su momento lo fue la primera" (Freud, 1901, pag. 219).

6.5.7. "Sé que este asunto merecería el más exhaustivo tratamiento, pero sólo he de traer aquí el análisis de un caso de «*déjà vu*» cuya sensación se caracterizó por una intensidad y una persistencia particulares. Una dama que ahora tiene treinta y siete años asevera

recordarlo de la manera más neta: a la edad de doce años y medio visitó por primera vez a unas amigas de escuela en el campo, y cuando entró en la huerta tuvo inmediatamente la sensación de haber estado allí antes; y esa sensación se le repitió al entrar en las habitaciones, a punto tal que creía saber cuál sería la siguiente, qué aspecto tendría, etc. Ahora bien, está por completo excluido, y refutado por la averiguación que ella hizo a sus padres, que este sentimiento de familiaridad pudiera tener su fuente en una visita anterior a la casa y a la huerta, por ejemplo de **niñita**. La dama que esto informaba no andaba en busca de una explicación psicológica, sino que veía en la emergencia de esa sensación un indicio profético de la significatividad que justamente estas amigas cobrarían luego para su vida de sentimientos" (Freud, 1901, pag. 258).

Tomo 7

Sexualidad Femenina:

7.1.1. "(…) A raíz de esto habíamos considerado la diferenciación de la **sexualidad** masculina y **femenina,** y hallamos que esta última requiere de una nueva represión que suprime un sector de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital rectora" (Freud, 1905, pag. 214).

Feminidad (3):

7.2.1. "Más unívoca es la situación en el caso de la mujer: las invertidas activas presentan con particular frecuencia caracteres somáticos y anímicos viriles y requiere **feminidad** en su objeto sexual. No obstante, un conocimiento más circunstanciado podría revelarnos también aquí la existencia de una mayor variedad" (Freud, 1905, pags. 132-33).

7.2.2. NOTA AL PIE agregada en 1915: "(…) Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una **feminidad** puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos" (Freud, 1905, pags. 200-01).

7.2.3. "Toda vez que logra trasferir la estimulabilidad erógena del clítoris a la vagina, la mujer ha mudado la zona rectora para su práctica sexual posterior. En cambio, el hombre la conserva desde la infancia. En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que, por así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria. Estas condiciones se entraman entonces, y de la manera más íntima, con la naturaleza de la **feminidad**" (Freud, 1905, pag. 202).

Femenina/o (44):

7.3.1. "(…) La presión del miembro erecto tuvo probablemente por consecuencia una alteración análoga en el correspondiente **órgano femenino**, el clítoris, y la excitación de esta segunda zona erógena quedó fijada en el tórax por desplazamiento sobre la simultánea sensación de presión. El horror a los hombres que pueden hallarse en estado de excitación sexual obedece al mecanismo de una fobia destinada a proteger contra una revivencia de la percepción reprimida" (Freud, 1905 [1901], pag. 28).

7.3.2. NOTA AL PIE: "En todas estas elucidaciones hay mucho de típico y de universalmente válido para la histeria. El tema de la erección soluciona algunos de los síntomas histéricos más interesantes. La **atención femenina** al contorno de los genitales masculinos perceptible a través de la ropa pasa a ser, tras su represión, motivo de muchísimos casos de timidez y de angustia frente al trato social. — Difícilmente se exagerará la importancia patógena del vasto enlace entre lo sexual y lo excrementicio, que sirve de base a una enorme cantidad de fobias histéricas" (Freud, 1905 [1901], pag. 29).

7.3.3. "(…) La moción de **celos femeninos** estaba acoplada en el inconciente con unos celos como los que sentiría un hombre. Estas corrientes de sentimientos varoniles o, como es mejor decir, ginecófilos han de considerarse típicas de la vida amorosa inconciente de las muchachas histéricas" (Freud, 1905 [1901], pag. 56).

7.3.4. "(…) —Entonces correspondía retribuir el obsequio. Quizás usted no sabe que «alhajero» es una designación preferida para lo mismo a que usted aludió no hace mucho con la carterita de mano: los **genitales femeninos**" (Freud, 1905 [1901], pag. 61).

7.3.5. "(…) La caja —*box*—, como la carterita, como el alhajero, no es sino otro subrogado de la vulva, de los **genitales femeninos**" (Freud, 1905 [1901], pag. 68).

7.3.6. NOTA AL PIE: "(…) En cierto sentido era, asimismo, un «recuerdo encubridor» esto otro que ella dijo: hasta su primera enfermedad había andado pareja con su hermano, pero desde entonces se retrasó respecto de él en el aprendizaje. Como si hasta entonces hubiera sido un varón, y sólo entonces se hubiera convertido en una niña. Y en realidad era una criatura salvaje, pero desde el «asma» se volvió tranquila y decente. La contracción de esta enfermedad marcó en ella la frontera entre dos fases de la vida sexual; de ellas, la primera tuvo carácter masculino, y la segunda, **femenino**" (Freud, 1905 [1901], pag. 72).

7.3.7. "(…) Y el compuesto «alhajero» que ahora se engendra tiene todavía un particular valor subrogador. ¿No es «alhajero» una imagen usual para los **genitales femeninos** intactos e impolutos? ¿Y no es, por otra parte, una palabra inocente, y entonces apropiadísima para ocultar los pensamientos sexuales que hay tras el sueño y para aludir al mismo tiempo a ellos?" (Freud, 1905 [1901], pag. 80).

7.3.8. "(…) En ese momento una sospecha se me hizo certeza. *Bahnhof* {estación ferroviaria; literalmente, «patio de vías»} y *Friedhof* {cementerio; literalmente, «patio de paz»}, en lugar de los **genitales femeninos**, eran algo bastante llamativo; pero habían aguzado mi atención dirigiéndola a la palabra formada de modo similar «*Vorhof*» {vestíbulo; literalmente, «patio anterior»}, término anatómico para designar una determinada región de los **genitales femeninos**" (Freud, 1905 [1901], pag. 87).

7.3.9. "(…) Entonces, si esta interpretación era correcta, tras la primera situación del sueño se oculta una fantasía de desfloración: un hombre se esfuerza por penetrar en los **genitales femeninos**" (Freud, 1905 [1901], pag. 88).

7.3.10. "Desde Lydston [1889], Kiernan [1888] y Chevalier [1893], se ha recurrido, para explicar la posibilidad de una inversión sexual, a una serie de ideas que contienen un nuevo disenso con la opinión popular. Para esta, un ser humano es hombre o es mujer. Pero la ciencia conoce casos en que los caracteres sexuales aparecen borrosos y por tanto resulta difícil determinar el sexo; en primer lugar, en el campo anatómico. Los genitales de estas personas reúnen caracteres masculinos y **femeninos** (hermafroditismo). En casos raros, las dos clases de aparato sexual coexisten plenamente desarrolladas (hermafroditismo verdadero), pero, en la mayoría, ambas están atrofiadas.

Ahora bien, lo notable de estas anormalidades es que facilitan inesperadamente la comprensión de la formación normal. En efecto, cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o **femenino** de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo; o bien han perdurado carentes de función, como unos órganos rudimentarios, o bien se han modificado para tomar sobre sí otras funciones. (Freud, 1905, pags. 128-9).

7.3.11. "La doctrina de la bisexualidad ha sido formulada en su variante más cruda por un portavoz de los invertidos masculinos: «Un **cerebro femenino** en un cuerpo masculino». Sólo que no conocemos los caracteres de lo que sería un «**cerebro femenino**». Sustituir el problema psicológico por el anatómico es tan ocioso como injustificado. El intento de explicación de Krafft-Ebing parece concebido con mayor exactitud que el de Ulrichs, pero en esencia no difiere de él; según Krafft-Ebing [1895*a*, pág. 5], la disposición bisexual dota al individuo tanto de centros cerebrales masculinos y **femeninos** cuanto de órganos sexuales somáticos. Estos centros empiezan a desarrollarse en la época de la pubertad, las más de las veces bajo la influencia de las glándulas sexuales, que son independientes de ellos en cuanto a la disposición {constitucional}. Pero acerca de estos «centros» masculinos y **femeninos** cabe decir lo mismo que afirmamos para el supuesto cerebro masculino y **femenino**. Mientras tanto, ni siquiera sabemos si nos es lícito suponer para las funciones sexuales unas localizaciones cerebrales delimitadas («centros») como las que conocemos, por ejemplo, para el lenguaje" (Freud, 1905, pag. 130).

7.3.12. NOTA AL PIE: "(…) Un doctor Arduin (1900) formula la tesis de que 'en todo ser humano están presentes elementos masculinos y **femeninos** (cf. Hirschfeld, 1899, pags. 8-10), solo que, en tanto se trate de personas heterosexuales, y de acuerdo con el sexo a que pertenezcan, unos se han desarrollado incomparablemente más que los otros…'. Herman

(1903) comprueba que 'en toda mujer se contienen gérmenes y propiedades masculinos, y en todo hombre, **femeninos**', etc." (Freud, 1905, pag. 130).

7.3.13. "Pero si bien esto se aplica a toda una serie de invertidos, se encuentra muy lejos de denotar un carácter universal de la inversión. No cabe ninguna duda de que una gran parte de los invertidos masculinos han conservado el carácter psíquico de la virilidad, presentan relativamente escasos caracteres secundarios del otro sexo y en verdad buscan en su objeto sexual **rasgos psíquicos femeninos**. De otro modo sería incomprensible el hecho de que la prostitución masculina, que hoy como en la Antigüedad se ofrece a los invertidos, copie a las mujeres en todas las exteriorizaciones del vestido y el porte; de no ser así; en efecto, semejante imitación ofendería el ideal de los invertidos. Entre los griegos, donde los hombres más viriles se contaban entre los invertidos, es claro que lo que despertaba el amor del hombre por el efebo no era su carácter masculino, sino su semejanza física a la mujer, así como sus **propiedades anímicas femeninas**: pusilanimidad, timidez, necesidad de enseñanza y de ayuda" (Freud, 1905, pag. 131).

7.3.14. NOTA AL PIE agregada en 1915: "La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos. En la medida en que estudia otras excitaciones sexuales además de las que se dan a conocer de manera manifiesta, sabe que todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aun lo han consumado en el inconciente. Por otra parte, los sentimientos libidinosos en vinculación con personas del mismo sexo no desempeñan escaso papel como factores de la vida sexual, y ese papel es mayor que el de los dirigidos al sexo opuesto en cuanto motores de contracción de neurosis. El psicoanálisis considera más bien que lo originario a partir de lo cual se desarrollan luego, por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido es la independencia de la elección de objeto respecto del sexo de este último, la posibilidad abierta de disponer de **objetos** tanto masculinos cuanto **femeninos**, tal como se la puede observar en la infancia, en estados primitivos y en épocas prehistóricas. En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento, respecto del cual cabe suponer una atracción en el fondo de carácter químico. La conducta sexual definitiva se decide sólo tras la pubertad, y es el resultado de una serie de factores que todavía no podemos abarcar en su conjunto, y de naturaleza en parte constitucional, en parte accidental. Por cierto, algunos de estos factores pueden alcanzar una fuerza muy grande, en virtud de la cual gravitan sobre el resultado; pero, en general, la multiplicidad de los factores determinantes es reflejada por la diversidad de los desenlaces en la conducta sexual manifiesta de los seres humanos. En

todos los tipos de invertidos es posible comprobar el predominio de constituciones arcaicas y de mecanismos psíquicos primitivos. La vigencia de la *elección narcisista de objeto* y la *retención* de la importancia erótica de la *zona anal* aparecen como sus caracteres más esenciales. Pero no se gana nada si, sobre la base de esas propiedades constitucionales, los tipos más extremos de inversión son separados de los otros. Lo que creemos hallar en estos en calidad de fundamento suficiente puede rastrearse también, sólo que con fuerza menor, en la constitución de los tipos transicionales y en los fenotípicamente normales. Por más que las diferencias en los resultados puedan ser de naturaleza cualitativa, el análisis muestra que las diferencias en las condiciones son sólo cuantitativas. Entre las influencias accidentales sobre la elección de objeto hemos hallado, como digna de nota, la frustración (el amedrentamiento sexual temprano), y también hemos notado que la presencia de ambos miembros de la pareja parental desempeña un importante papel. La falta de un padre fuerte en la infancia favorece no rara vez la inversión. Por último, es lícito exigir que se separe, en el plano conceptual, la inversión del objeto sexual de la mezcla de caracteres sexuales en el interior de un sujeto. Cierto grado de independencia es innegable también en esta relación" (Freud, 1905, pags. 132-33).

7.3.15. NOTA AL PIE agregada en 1920: "Ferenczi (1914) ha presentado una serie de importantes puntos de vista sobre el problema de la inversión. Critica, con razón, que bajo el nombre de «homosexualidad» (que él propone sustituir por el más adecuado de «homoerotismo») se confundan una cantidad de estados muy diversos, de desigual valor tanto en lo orgánico como en lo psíquico. Pide que se distinga con claridad al menos entre estos dos tipos: el homoerótico en cuanto al sujeto, que se siente mujer y se comporta como tal, y el homoerótico en cuanto al objeto, que es enteramente masculino y no ha hecho más que permutar el **objeto femenino** por uno de su mismo sexo. A los primeros los reconoce como genuinos «intermedios sexuales» en el sentido de Magnus Hirschfeld; y a los segundos los caracteriza —menos felizmente— como neuróticos obsesivos. Sólo en el caso del homoerótico en cuanto al objeto puede haber una rebelión contra la tendencia a la inversión, así como la posibilidad de influencia psíquica {terapéutica}. Aun admitiendo estos dos tipos, es lícito agregar que en muchas personas hallamos, mezclados, cierto grado de homoerotismo en cuanto al sujeto con una cuota de homoerotismo en cuanto al objeto […] Mediante el experimento de castrar individuos pertenecientes a diversas especies de mamíferos, con subsiguiente implantación de glándulas germinales del otro sexo, se logró mudar machos en hembras y a la inversa. La mudanza afectó más o menos completamente a los caracteres sexuales somáticos y a la conducta psicosexual (vale decir, al erotismo en cuanto al sujeto y en cuanto al objeto). Se consideró que esta virtud determinante del sexo no era portada por las glándulas germinales mismas, que producen las células genésicas,

sino por el llamado tejido intersticial del órgano (las «glándulas de la pubertad»). En un caso se consiguió este vuelco sexual en un hombre que había perdido sus testículos a raíz de una tuberculosis. Se había comportado como un homosexual pasivo, **femenino**, y mostraba caracteres sexuales secundarios de **índole femenina**, muy marcados (ausencia de vello y barba, formaciones adiposas en las mamas y caderas) Tras la implantación de un testículo ectópico de otro hombre, empezó a comportarse virilmente y a dirigir su libido de manera normal a la mujer. Al mismo tiempo, desaparecieron los **caracteres somáticos femeninos**. (Lipschütz, 1919 [págs. 356-7].)" Freud, 1905, pags. 133-4).

7.3.16. NOTA AL PIE agregada en 1910: "Y correlativamente, el zapato o la pantufla son símbolos de los **genitales femeninos**" (Freud, 1905, pag. 141).

7.3.17. NOTA AL PIE agregada en 1915: "En muchos casos de fetichismo del pie puede demostrarse que la *pulsión de ver*, originariamente dirigida a los genitales y que quería alcanzar su objeto desde abajo, quedó detenida en su camino por prohibición o represión y por eso retuvo como fetiches al pie o al zapato. Y en ese proceso los **genitales femeninos** se imaginaron, de acuerdo con la expectativa infantil, como masculinos (Freud, 1905, pag. 141).

7.3.18. NOTA AL PIE agregada en 1924: "Consideraciones posteriores, que pudieron apoyarse en determinadas hipótesis acerca de la estructura del aparato anímico y de las clases de pulsiones operantes en él, me hicieron modificar en buena medida mi juicio sobre el masoquismo. Me vi llevado a admitir un masoquismo *primario —erógeno—*, a partir del cual se desarrollan después dos formas: el **masoquismo *femenino*** y el *moral*. Por reversión hacia la persona propia del sadismo que no encuentra aplicación en la vida, nace un masoquismo *secundario* que viene a añadirse al primario. (Cf. Freud, 1924*c*)" (Freud, 1905, pag. 144).

7.3.19. "(…) Por el contrario, estaríamos tentados de poner en relación la presencia simultánea de esos opuestos con la oposición de lo masculino y lo **femenino**, conjugada en la bisexualidad —el psicoanálisis a menudo se ve precisado a remplazar esta última oposición por la que media entre activo y pasivo—?" (Freud, 1905, pag. 145).

7.3.20. "El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino) es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles, grávidas de consecuencias. De poco le sirve al niño que la ciencia biológica dé razón a su prejuicio y deba reconocer al **clítoris femenino** como un auténtico sustituto del pene. En cuanto a la niñita, no incurre en tales rechazos cuando ve los genitales del varón con su conformación diversa. Al punto está dispuesta a reconocerla, y es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego" (Freud, 1905, pags. 177-78).

7.3.21. "(…) Pero como la investigación sexual infantil ignora dos elementos, el papel del semen fecundante y la existencia de la **abertura sexual femenina** —los mismos puntos, por lo demás, en que la organización infantil se encuentra todavía retrasada—, los esfuerzos del pequeño investigador resultan por lo general infructuosos y terminan en una renuncia que no rara vez deja como secuela un deterioro permanente de la pulsión de saber" (Freud, 1905, pag. 179).

7.3.22. "Una segunda fase pregenital es la de la organización *sádico-anal*. Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero, no se los puede llamar todavía *masculino* y ***femenino***, sino que es preciso decir *activo* y *pasivo*. La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Junto a ello, se practican otras pulsiones parciales de manera autoerótica. En esta fase, por tanto, ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno. Faltan todavía la organización y la subordinación a la función de la reproducción" (Freud, 1905, pag. 180).

7.3.23. "Como se sabe, sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el **carácter** masculino y el **femenino**, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos. Es cierto que ya en la niñez son reconocibles **disposiciones** masculinas y **femeninas**; el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la niña pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva. Pero la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos, y esta similitud suprime en la niñez la posibilidad de una diferencia entre los sexos como la que se establece después de la pubertad. Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «**femenino**», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer" (Freud, 1905, pag. 200).

7.3.24. NOTA AL PIE agregada en 1915: "Es indispensable dejar en claro que los **conceptos** de «masculino» y **«femenino»,** que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se cuentan entre los más confusos y deben descomponerse al menos en tres

direcciones. Se los emplea en el sentido de *actividad y pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aun en los casos en que se ha puesto una meta pasiva. El segundo significado, el biológico, es el que admite la más clara definición. Aquí, masculino y **femenino** se caracterizan por la presencia del semen o del óvulo, respectivamente, y por las funciones que de estos derivan. La actividad y sus exteriorizaciones colaterales (mayor desarrollo muscular, agresión, mayor intensidad de la libido) suelen, en general, ir soldados con la virilidad biológica; pero no es un enlace necesario, pues existen especies animales en las que estas propiedades corresponden más bien a la hembra. El tercer significado, el sociológico, cobra contenido por la observación de los **individuos** masculinos y **femeninos** existentes en la realidad. Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos" (Freud, 1905, pags. 200-01).

7.3.25. "(…) Y más tarde, cuando por fin el acto sexual es permitido, el clítoris mismo es excitado, y sobre él recae el papel de retrasmitir esa excitación a las **partes femeninas** vecinas, tal como un haz de ramas resinosas puede emplearse para encender una leña de combustión más difícil. A menudo se requiere cierto tiempo para que se realice esa trasferencia. Durante ese lapso la joven es anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona del clítoris se rehúsa a ceder su excitabilidad; una activación intensa en la niñez predispone a ello. Como es sabido, la anestesia de las mujeres no es a menudo sino aparente, local. Son anestésicas en la vagina, pero en modo alguno son inexcitables desde el clítoris o aun desde otras zonas. Y después, a estas ocasiones erógenas de la anestesia vienen a sumarse todavía las psíquicas, igualmente condicionadas por represión" (Freud, 1905, pas. 201-02).

7.3.26. "(…) Además, en el caso del varón, cabe suponer que su recuerdo infantil de la ternura de la madre y de otras **personas del sexo femenino** de quienes dependía cuando niño contribuye enérgicamente a dirigir su elección hacia la mujer; y que, al mismo tiempo, el temprano amedrentamiento sexual que experimentó de parte de su padre, y su actitud de competencia hacia él, lo desvían de su propio sexo" (Freud, 1905, pag. 209).

7.3.27. "(…) A raíz de esto habíamos considerado la diferenciación de la **sexualidad** masculina y **femenina**, y hallamos que esta última requiere de una nueva represión que suprime un sector de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital rectora" (Freud, 1905, pag. 214).

7.3.28. "Las condiciones hereditarias de los perversos positivos son menos conocidas, porque ellos suelen eludir la averiguación. No obstante, hay fundamento para suponer válido en las perversiones algo similar a lo que ocurre en las neurosis. En efecto, no es raro hallar en una misma familia perversión y psiconeurosis distribuidas así entre los sexos: los miembros masculinos, o uno de ellos, son perversos positivos, pero los **miembros femeninos**, de acuerdo con la proclividad de su sexo a la represión, son perversos negativos, histéricos. Es una buena prueba de la copertenencia que hemos descubierto entre ambas perturbaciones" (Freud, 1905, pag. 216).

7.3.29. "(…) A esto vino a sumarse cl hecho de que también en las formas mixtas, tan frecuentes, de neurastenia y neurosis de angustia podía demostrarse la presencia de las etiologías supuestas para cada una de ellas; y además, una bipartición así en la forma de manifestación de la neurosis parecía concordar bien con el carácter polar de la sexualidad (lo masculino y lo **femenino**)" (Freud, 1906 [1905], pag. 264).

Mujer (103):

7.4.1. "Entretanto yo había conocido en Viena a una hermana del padre, algo mayor que él, en quien individualicé una forma grave de psiconeurosis sin los síntomas característicos de la histeria. Tras una vida abrumada por un desdichado matrimonio, esta **mujer** murió a raíz de las manifestaciones, no bien esclarecidas, de un marasmo que progresó rápidamente. […] La muchacha, que se convirtió en mi paciente a los 18 años de edad, había depositado desde siempre sus simpatías en la familia paterna y, después de caer enferma, veía su modelo en la tía que acabo de mencionar. Tampoco era dudoso para mí que de esta familia le venían tanto sus dotes y su precocidad intelectual cuanto su disposición a enfermar. No conocí a la madre. De acuerdo con las comunicaciones del padre y de la muchacha, no pude menos que formarme esta idea: era una **mujer** de escasa cultura, pero sobre todo poco inteligente, que, tras la enfermedad de su marido y el consecuente distanciamiento, concentró todos sus intereses en la economía doméstica, y así ofrecía el cuadro de lo que puede llamarse la «psicosis del ama de casa». Carente de comprensión para los intereses más vivaces de sus hijos, ocupaba todo el día en hacer limpiar y en mantener limpios la vivienda, los muebles y los utensilios, a extremos que

casi imposibilitaban su uso y su goce. No se puede menos que incluir este estado, del cual bastante a menudo se encuentran indicios en las amas de casa normales, en la misma serie que las formas de lavado obsesivo y otras obsesiones de aseo; no obstante, tales **mujeres**, como sucedía en el caso de la madre de nuestra paciente, ignoran totalmente su propia enfermedad, no la reconocen y, por tanto, falta en ellas un rasgo esencial de la «neurosis obsesiva». La relación entre madre hija era desde hacía años muy inamistosa. La hija no hacía caso a su madre, la criticaba duramente y se había sustraído por completo a su influencia" (Freud, 1905 [1901], pags. 19-20).

7.4.2. "Una vez superadas las primeras dificultades de la cura, Dora me comunicó una vivencia anterior con el señor K., mucho más apropiada para producir el efecto de un trauma sexual. Tenía entonces 14 años. El señor K. había convenido con ella y con su **mujer** que, después del mediodía, las damas vendrían a su tienda, situada frente a la plaza principal de B., para contemplar desde allí unos festejos que se realizarían en la iglesia. Pero él hizo que su **mujer** se quedara, en casa, despachó a los empleados y estaba solo cuando la muchacha entró en el negocio" (Freud, 1905 [1901], pag. 26).

7.4.3. "(…) Era clarísimo que no podía perdonarle que continuase tratando al señor K. y, en particular, a la **mujer** de este. No obstante, tenía de ese trato una idea diferente de la que el padre querría prohijar. Para ella no había ninguna duda de que su padre había entablado con esa **mujer** joven y bella una vulgar relación amorosa" (Freud, 1905 [1901], pag. 30).

7.4.4. "(…) Y aquella señora, hasta entonces de salud quebrantada (se había visto obligada a internarse durante meses en un instituto para enfermos nerviosos pues no podía caminar), se había convertido en una **mujer** sana y rozagante" (Freud, 1905 [1901], pag. 31).

7.4.5. "(…) Si alguien le hubiera llamado la atención sobre la posibilidad de que una adolescente corriese peligro en el trato continuo y no vigilado con un hombre descontento de su **mujer**, con seguridad habría respondido que podía confiar en su hija, que un hombre como K. nunca podría ponerla en peligro, y además su amigo era incapaz de abrigar semejantes propósitos" (Freud, 1905 [1901], pag. 32).

7.4.6. "(…) En casa de Dora había habido una persona que tempranamente le abrió los ojos sobre las relaciones del padre con la señora K., y quiso incitarla a tomar partido en contra de esta **mujer**".

NOTA AL PIE: "Esta gobernanta solía leer toda clase de libros sobre la vida sexual y temas parecidos, y conversaba con Dora sobre sus lecturas; pero le había pedido francamente que guardara secreto ante sus padres de todo lo relativo a eso, pues nunca podía saberse qué punto de vista adoptarían ellos al respecto. Durante algún tiempo busqué

en esa **mujer** la fuente de todo el secreto conocimiento de Dora, y quizá no andaba del todo equivocado. (Freud, 1905 [1901], pag. 33).

7.4.7. "(…) El señor K. estaba de viaje durante una parte del año; cada vez que regresaba, hallaba doliente a su **mujer**, quien hasta el día anterior, según Dora sabía perfectamente, había gozado de buena salud. Dora comprendió que era la presencia del marido lo que hacía enfermar a la **mujer**, y que esta consideraba bienvenida su enfermedad para sustraerse de unos deberes conyugales que le eran odiosos" (Freud, 1905 [1901], pag. 35).

7.4.8. "(…) Por tanto, con sus enfermedades ella demostraba su amor por K., así como la **mujer** de este le demostraba su aversión. Sólo hacía falta suponer que se había comportado a la inversa que la **mujer**: enfermaba cuando él estaba ausente, y sanaba tras su regreso" (Freud, 1905 [1901], pag. 36).

7.4.9. NOTA AL PIE agregada en 1923: "(…) Además, factores exteriores, como la situación, mencionada a manera de ejemplo [en el párrafo siguiente], de una **mujer** sofocada {*unterdrückt*} por su marido, proporcionan motivos para enfermar y así constituyen la parte externa de la ganancia primaria de la enfermedad" (Freud, 1905 [1901], pag. 39).

7.4.10. "(…) Cuando la niña se ha hecho **mujer** y, en total contradicción con los reclamos de su infancia, se ha casado con un hombre desconsiderado, que sofoca su voluntad, explota sin contemplaciones su capacidad de trabajo y no le brinda ternura ni le da dinero, la única arma que le queda para afirmarse en la vida es la enfermedad" (Freud, 1905 [1901], pag. 40).

7.4.11. "(…) Es verdad que la **mujer** que yace paralizada en cama se levantaría de un salto si estallara un incendio en la habitación, que la **mujer** melindrosa olvidaría todos sus achaques si un hijo se le enfermara con riesgo de muerte o una catástrofe amenazara la situación hogareña" (Freud, 1905 [1901], pag. 41).

7.4.12. "(…) La extrañeza, creo, está motivada por mi osadía en hablar de cosas tan delicadas y desagradables con una muchacha joven —o, en general, con una **mujer** en edad de merecer—" (Freud, 1905 [1901], pag. 43).

7.4.13. "(…) Toda vez que se encuentra una histeria, ni hablar de «pensamientos inocentes» en el sentido de los padres y los educadores. En niños de diez, doce y catorce años, tanto varones como **mujeres**, he podido convencerme de que esta afirmación es válida sin excepciones" (Freud, 1905 [1901], pag. 44).

7.4.14. "La interpretación del síntoma de la garganta de Dora, que acabamos de referir, da lugar todavía a otra observación. Puede preguntarse cómo se compadece esta situación sexual fantaseada con la otra explicación, a saber, que el advenimiento y desaparición de

las manifestaciones patológicas imitaba la presencia y ausencia del hombre amado, lo cual, por tanto, incorporando la conducta de la señora K., expresaba este pensamiento: «Si yo fuera su **mujer**, lo amaría de manera totalmente diversa; enfermaría (de nostalgia) cuando él partiera de viaje, y sanaría (de contento) cuando regresara a casa»" (Freud, 1905 [1901], pag. 47).

7.4.15. "(…) Mi hermano me dice que los hijos no tenemos derecho a criticar estos actos del papá. No tenemos que hacer caso de ellos, y aun quizá debemos alegrarnos de que haya encontrado a una **mujer** de quien su corazón pueda prendarse, porque mamá lo comprende muy poco" (Freud, 1905 [1901], pag. 49).

7.4.16. "(…) Era evidente que su conducta rebasaba con mucho la esfera que corresponde a una hija; más bien sentía y obraba como una **mujer** celosa, tal como se lo habría esperado de la madre. Con su exigencia «o ella o yo», con las escenas que hacía y la amenaza de suicidio que dejó entrever, evidentemente ocupaba el lugar de la madre. Y si hemos colegido con acierto la fantasía referida a una situación sexual que estaba en la base de su tos, ella ocupaba en esa fantasía el lugar de la señora K. Por tanto, se identificaba con las dos **mujeres** amadas por el padre: con la que amaba ahora y con la que habría amado antes. La conclusión resulta obvia: se sentía inclinada hacia su padre en mayor medida de lo que sabía o querría admitir, pues estaba enamorada de él" (Freud, 1905 [1901], pag. 50).

7.4.17. "Dora, pues, estaba enamorada de su padre, pero durante varios años no lo exteriorizó; más bien mantuvo en ese lapso la más cariñosa armonía con la **mujer** que la había desalojado {*verdrängen*} del lugar que ocupaba junto a él, y aun favoreció su relación con este, como sabemos por sus autorreproches" (Freud, 1905 [1901], pag. 52).

7.4.18. "(…) Tras el itinerario de pensamientos hipervalentes que la hacían ocuparse de la relación de su padre con la señora K. se escondía, en efecto, una moción de celos cuyo objeto era esa **mujer**; vale decir, una moción que sólo podía basarse en una inclinación hacía el mismo sexo" (Freud, 1905 [1901], pag. 53).

7.4.19. "(…) Y ha de ser así, pues nunca he realizado el psicoanálisis de un hombre o de una **mujer** sin observar una muy acusada corriente homosexual de esta clase. En **mujeres** y muchachas histéricas cuya libido dirigida al hombre ha experimentado una sofocación enérgica, por regla general hallamos reforzada vicariamente, y aun conciente en parte, la libido dirigida a la **mujer**" (Freud, 1905 [1901], pag. 54).

7.4.20. "(…) Era la confidente y consejera de la **mujer** en todas las dificultades de su vida matrimonial; no había nada sobre lo cual no hubieran hablado" […] "Y aun debo consignar que nunca le escuché una palabra dura o airada acerca de esa **mujer**, en quien, empero,

desde el punto de vista de sus pensamientos hipervalentes, habría debido ver a la causante de su desdicha" (Freud, 1905 [1901], pag. 55).

7.4.21. "(…) Dora se decía sin cesar que su padre la había sacrificado a esa **mujer**, hacía ver ruidosamente que no la dejaría poseer al papá, y de ese modo se ocultaba lo contrario: que no dejaría al papá poseer el amor de esa **mujer**, que no le perdonaba a la **mujer** amada el desengaño que le causó con su traición. La moción de celos femeninos estaba acoplada en el inconciente con unos celos como los que sentiría un hombre. Estas corrientes de sentimientos varoniles o, como es mejor decir, ginecófilos han de considerarse típicas de la vida amorosa inconciente de las muchachas histéricas [cf. pág. 105*n*]" (Freud, 1905 [1901], pag. 56).

7.4.22. NOTA AL PIE: "Sospeché, aunque sin decírselo todavía a Dora, que ella había echado mano de este elemento a causa de su significado simbólico. «*Zimmer*» [habitación] subroga muy a menudo en el sueño a «*Frauenzimmer*» [palabra de matiz levemente despectivo para designar a una «**mujer**»; literalmente, «habitación de **mujer**»]. Y no puede resultar indiferente, desde luego, que una **mujer** esté «abierta» o «cerrada». Es bien notorio cuál es la «llave» que abre en este caso" (Freud, 1905 [1901], pag. 59).

7.4.23. "(…) En esta serie de pensamientos, su mamá tiene que ser sustituida por la señora K., quien sí estaba presente en ese momento. Por tanto, usted está dispuesta a obsequiarle al señor K. lo que su **mujer** le rehúsa" (Freud, 1905 [1901], pag. 62).

7.4.24. "(…) Ahora bien, las acciones sintomáticas y otros indicios me proporcionaron buenas razones para suponer que la niña, cuyo dormitorio se encontraba contiguo al de sus padres, espió con las orejas {*belauschen*} una visita nocturna del padre a su **mujer** y lo oyó jadear en el coito (de por sí, respiraba habitualmente con dificultad)" (Freud, 1905 [1901], pag. 70).

7.4.25. "(…) En nuestras **mujeres**, el orgullo por la conformación de sus genitales es una parte muy especial de su vanidad; y las afecciones de estos, consideradas capaces de inspirar repugnancia o aun asco, operan increíblemente a modo de afrentas: disminuyen el sentimiento de sí, provocan un estado de irritabilidad, susceptibilidad y desconfianza. Se considera que la secreción anormal de la mucosa de la vagina provoca asco" (Freud, 1905 [1901], pag. 74).

7.4.26. "(…) Ella sabe que hay también un mojarse a raíz del comercio sexual, que en el coito el hombre regala a la **mujer** algo liquido en *forma de gotas*" (Freud, 1905 [1901], pag. 78).

7.4.27. "(…) Si ella tenía en su mente al ingeniero, condeciría muy bien que esa meta fuera la posesión de una **mujer**, de su propia persona. En vez de eso era una… estación

ferroviaria, que por lo demás nos es lícito sustituir por una cajita según la correspondencia de la pregunta del sueño con la pregunta realmente formulada. Una cajita y una **mujer**, eso ya se compadece mejor" (Freud, 1905 [1901], pag. 85).

7.4.28. NOTA AL PIE: "La satisfacción sexual es sin duda alguna el mejor somnífero, así como el insomnio es casi siempre la consecuencia de la insatisfacción. El padre no duerme porque le falta el comercio sexual con la **mujer** amada. Cf. sobre esto la frase que viene más adelante; «No me importa nada de mi **mujer**»" (Freud, 1905 [1901], pag. 86).

7.4.29. NOTA AL PIE: "Aquí, por tercera vez: imagen (imágenes de ciudades, galería en Dresde), pero en un enlace mucho más significativo. A través de lo que se ve en la imagen {*Bild*}, pasa a ser una *Weibsbild* {**mujer**, en sentido peyorativo} (bosque, ninfas)" (Freud, 1905 [1901], pag. 87).

7.4.30. "—Ahora conozco el motivo de aquella bofetada con que usted respondió al cortejo. No fue la afrenta por el atrevimiento de él, sino la venganza por celos. Cuando la señorita le contó su historia, usted echó mano de su arte para desechar todo cuanto no convenía a sus sentimientos. Pero en el momento en que el señor K. usó las palabras «Nada me importa de mi **mujer**», que había dicho también a la señorita, nuevas mociones se despertaron en usted y la balanza se inclinó" (Freud, 1905 [1901], pag. 93).

7.4.31. NOTA AL PIE: "Quizá no fuera indiferente el hecho de que Dora podría haber oído de su padre, como yo mismo se lo escuché decir a él [pág. 25], idéntica queja respecto de su **mujer**, queja cuyo significado ella comprendía bien" (Freud, 1905 [1901], pag. 94).

7.4.32. "—¿No ha pensado en que él quería divorciarse de su **mujer** para casarse con usted? ¿Y que ahora ya no quiere hacerlo porque no tiene ninguna sustituta? Dos años atrás, es cierto, era usted muy joven; pero usted me ha contado que su mamá se comprometió teniendo 17 años y después esperó dos años a su marido. La historia amorosa de la madre suele convertirse en el modelo para la hija. Por eso usted también lo esperaría, y suponía que el sólo esperaba hasta que usted fuera bastante madura para convertirse en su **mujer.** Imagino que ese era en usted un plan de vida muy serio. Ni siquiera le queda el derecho de sostener que semejante propósito estaba excluido para el señor K.; me ha contado de él bastantes cosas que apuntan directamente a un propósito así. Tampoco contradice esto la conducta de él en L. Usted no lo dejó terminar y no sabe lo que quería decirle. Además, el plan no habría sido de ejecución tan imposible. Las relaciones entre su papá y la señora K., que usted probablemente apoyó tanto tiempo sólo por eso, le daban la seguridad de que se obtendría la aquiescencia de la **mujer** para el divorcio, y de su papá consigue usted lo que quiere. En verdad, si la tentación de L. hubiera tenido otro desenlace, esa habría sido la única solución posible para todas las partes. Creo también que por eso

lamentó usted tanto el otro desenlace, y lo corrigió en la fantasía que se presentó como apendicitis. Tiene que haber sido, entonces, un serio desengaño para usted que en vez de un renovado cortejo, sus acusaciones tuvieran por resultado la negativa y las calumnias de parte del señor K. Usted confiesa que nada la enfurece más que se crea que imaginó la escena del lago [cf. págs. 41-2]. Ahora sé qué es lo que no quiere que le recuerden: que usted imaginó que el cortejo iba en serio y el señor K. no cejaría hasta que usted se casara con él" (Freud, 1905 [1901], pag. 95).

7.4.33. NOTA AL PIE: "(…) En otros pasajes, oculto por estos pensamientos vengativos, se trasluce un material compuesto de fantasías tiernas provenientes del amor por el señor K., que prosiguió inconcientemente: «Te habría esperado hasta ser tu **mujer**», la desfloración, el parto" (Freud, 1905 [1901], pag. 97).

7.4.34. "(…) Dijo a la **mujer**: «Sé que tienes una relación con mi papá», y ella no lo negó. Y movió al marido a confesar la escena junto al lago, que él antes había impugnado. Llevó entonces a su padre esta noticia, justificatoria para ella. No reanudó el trato con esa familia" (Freud, 1905 [1901], pag. 106).

7.4.35. "(…) Por eso provoca gran sorpresa enterarse de que hay hombres cuyo objeto sexual no es la **mujer**, sino el hombre, y **mujeres** que no tienen por tal objeto al hombre, sino a la **mujer**. A esas personas se las llama de sexo contrario o, mejor, invertidas; y al hecho mismo, *inversión*" (Freud, 1905, pag. 124).

7.4.36. "Desde Lydston [1889], Kiernan [1888] y Chevalier [1893], se ha recurrido, para explicar la posibilidad de una inversión sexual, a una serie de ideas que contienen un nuevo disenso con la opinión popular. Para esta, un ser humano es hombre o es **mujer**" (Freud, 1905, pag. 128).

7.4.37. "El hermafroditismo psíquico ganaría en verosimilitud si con la inversión del objeto sexual corriera paralelo al menos un vuelco de las otras propiedades anímicas, pulsiones y rasgos de carácter, hacia la variante que es peculiar del otro sexo. Pero semejante inversión del carácter sólo se encuentra con alguna regularidad en las **mujeres** invertidas" (Freud, 1905, pag. 129).

7.4.38. NOTA AL PIE: "(…) Herman (1903) comprueba que «en toda **mujer** se contienen gérmenes y propiedades masculinos, y en todo hombre, femeninos», etc." (Freud, 1905, pag. 130).

7.4.39. "La teoría del hermafroditismo psíquico presupone que el objeto sexual de los invertidos es el contrario al normal. El hombre invertido sucumbiría, como la **mujer**, al encanto que dimana de las propiedades del cuerpo y del alma viriles; se sentiría a sí mismo como **mujer** y buscaría al hombre" […] "De otro modo sería incomprensible el hecho de

que la prostitución masculina, que hoy como en la Antigüedad se ofrece a los invertidos, copie a las **mujeres** en todas las exteriorizaciones del vestido y el porte; de no ser así; en efecto, semejante imitación ofendería el ideal de los invertidos. Entre los griegos, donde los hombres más viriles se contaban entre los invertidos, es claro que lo que despertaba el amor del hombre por el efebo no era su carácter masculino, sino su semejanza física a la **mujer**, así como sus propiedades anímicas femeninas: pusilanimidad, timidez, necesidad de enseñanza y de ayuda. Tan pronto como el efebo se hacía hombre, dejaba de ser un objeto sexual para el hombre y tal vez él mismo se convertía en amante de los efebos. Por tanto, en este caso como en muchos otros, el objeto sexual no es lo igual en cuanto al sexo, sino que reúne los caracteres de ambos sexos, acaso como un compromiso entre una moción que aspira al hombre y otra que aspira a la **mujer**, siempre bajo la condición de la virilidad del cuerpo (de los genitales): por así decir, el espejamiento de la propia naturaleza bisexual" (Freud, 1905, pag. 131).

7.4.40. "Más unívoca es la situación en el caso de la **mujer**: las invertidas activas presentan con particular frecuencia caracteres somáticos y anímicos viriles y requieren feminidad en su objeto sexual. No obstante, un conocimiento más circunstanciado podría revelarnos también aquí la existencia de una mayor variedad" (Freud, 1905, pags. 132-33).

7.4.41. NOTA AL PIE agregada en 1910/1915: "Es verdad que el psicoanálisis no ha aportado hasta ahora un esclarecimiento pleno sobre el origen de la inversión; no obstante, ha revelado el mecanismo psíquico de su génesis y enriquecido sustancialmente el planteo del problema. En todos los casos indagados comprobamos que las personas después invertidas atravesaron en los primeros años de su infancia una fase muy intensa, pero también muy breve, de fijación a la **mujer** (casi siempre a la madre), tras cuya superación se identificaron con la **mujer** y se tomaron a sí mismos como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo buscaron a hombres jóvenes, y parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado. Además, con mucha frecuencia hallamos que presuntos invertidos no eran en manera alguna insensibles al encanto de la **mujer**, sino que trasponían a un objeto masculino, sin solución de continuidad, la excitación que ella les provocaba. Así, durante toda su vida repetían el mecanismo por el cual se había engendrado su inversión. Su aspiración compulsiva al hombre aparecía condicionada por su incesante huida de la **mujer**" […] "(…) En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la **mujer** es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento, respecto del cual cabe suponer una atracción en el fondo de carácter químico" (Freud, 1905, pags. 131-32).

7.4.42. NOTA AL PIE agregada en 1920: "Ferenczi (1914) ha presentado una serie de importantes puntos de vista sobre el problema de la inversión. Critica, con razón, que bajo el nombre de «homosexualidad» (que él propone sustituir por el más adecuado de «homoerotismo») se confundan una cantidad de estados muy diversos, de desigual valor tanto en lo orgánico como en lo psíquico. Pide que se distinga con claridad al menos entre estos dos tipos: el *homoerótico en cuanto al sujeto*, que se siente **mujer** y se comporta como tal, y el *homoerótico en cuanto al objeto*, que es enteramente masculino y no ha hecho más que permutar el objeto femenino por uno de su mismo sexo. A los primeros los reconoce como genuinos «intermedios sexuales» en el sentido de Magnus Hirschfeld; y a los segundos los caracteriza —menos felizmente— como neuróticos obsesivos. Sólo en el caso del homoerótico en cuanto al objeto puede haber una rebelión contra la tendencia a la inversión, así como la posibilidad de influencia psíquica {terapéutica}. Aun admitiendo estos dos tipos, es lícito agregar que en muchas personas hallamos, mezclados, cierto grado de homoerotismo en cuanto al sujeto con una cuota de homoerotismo en cuanto al objeto.

En los últimos años, los trabajos realizados por biólogos, en particular por Eugen Steinach, han arrojado viva luz sobre las condiciones orgánicas del homoerotismo y las de los caracteres sexuales.

Mediante el experimento de castrar individuos pertenecientes a diversas especies de mamíferos, con subsiguiente implantación de glándulas germinales del otro sexo, se logró mudar machos en hembras y a la inversa. La mudanza afectó más o menos completamente a los caracteres sexuales somáticos y a la conducta psicosexual (vale decir, al erotismo en cuanto al sujeto y en cuanto al objeto). Se consideró que esta virtud determinante del sexo no era portada por las glándulas germinales mismas, que producen las células genésicas, sino por el llamado tejido intersticial del órgano (las «glándulas de la pubertad»). En un caso se consiguió este vuelco sexual en un hombre que había perdido sus testículos a raíz de una tuberculosis. Se había comportado como un homosexual pasivo, femenino, y mostraba caracteres sexuales secundarios de índole femenina, muy marcados (ausencia de vello y barba, formaciones adiposas en las mamas y caderas) Tras la implantación de un testículo ectópico de otro hombre, empezó a comportarse virilmente y a dirigir su libido de manera normal a la **mujer**. Al mismo tiempo, desaparecieron los caracteres somáticos femeninos. (Lipschütz, 1919 [págs. 356-7].) (Freud, 1905, pag. 133).

7.4.43. "Es importante retener un hecho: de ningún modo puede hablarse de meta sexual única en el caso de la inversión. En los hombres, comercio *per anum* e inversión no coinciden totalmente; la masturbación es con igual frecuencia la meta exclusiva, y las restricciones de la meta sexual —hasta llegar al mero desahogo afectivo— son aquí todavía

más comunes que en el amor heterosexual. También entre las **mujeres** invertidas son múltiples las metas sexuales; entre estas, el contacto con la mucosa bucal parece privilegiada" (Freud, 1905, pag. 134).

7.4.44. "La importancia de este factor de la sobrestimación sexual puede estudiarse mejor en el hombre, cuya vida amorosa es la única que se ha hecho asequible a la investigación, mientras que la de la **mujer** permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable, en parte a causa de la atrofia cultural, pero en parte también por la reserva y la insinceridad convencionales de las **mujeres**".

NOTA AL PIE: "En casos típicos, falta en la **mujer** una "sobrestimación sexual" del hombre, pero rara vez se la echa de menos respecto del hijo dado a luz por ella" (Freud, 1905, pag. 137).

7.4.45. "(…) En el asco se querría discernir uno de los poderes que han producido la restricción de la meta sexual. Ellos se detienen, por regla general, ante los genitales; pero no cabe duda de que también los genitales del otro sexo, en sí y por sí, pueden constituir objeto de asco, y esta conducta es una de las características de los histéricos (sobre todo de las **mujeres**)" […] "El papel sexual de la mucosa anal en manera alguna se restringe al comercio entre hombres; la predilección por él tampoco es característica de la sensibilidad de los invertidos. Al contrario, parece que la *paedicatio* del hombre debe su papel a la analogía con el acto en el caso de la **mujer**, mientras que la masturbación recíproca es la meta sexual que aparece predominantemente en el comercio de los invertidos" (Freud, 1905, pag. 138).

7.4.46. NOTA AL PIE agregada en 1910: "(…) Otra contribución al esclarecimiento de la preferencia fetichista por el pie resulta de las teorías sexuales infantiles (cf. *Infra* [pag. 177]): el pie sustituye al pene de la **mujer**, cuya falta se echa fuertemente de menos" (Freud, 1905, pag. 141).

7.4.47. NOTA AL PIE agregada en 1920: "El análisis revela en esta perversión —así como en la mayoría de las otras— una inesperada multiplicidad en cuanto a sus motivos y significaciones. La compulsión exhibicionista, por ejemplo, depende también estrechamente del complejo de castración; insiste una y otra vez en la integridad de los propios genitales (masculinos) y repite la satisfacción infantil por la falta del miembro en los de la **mujer**. [Cf. págs. 177-8.]" (Freud, 1905, pag. 143).

7.4.48. "Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las trasgresiones posibles. Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales trasgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido

todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral. En esto el niño no se comporta diversamente de la **mujer** ordinaria, no cultivada, en quien se conserva idéntica disposición perversa polimorfa. En condiciones corrientes, ella puede permanecer normal en el aspecto sexual; guiada por un hábil seductor, encontrará gusto en todas las perversiones y las retendrá en su práctica sexual. Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio; y en el inmenso número de las **mujeres** prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla, es imposible no reconocer algo común a todos los seres humanos, algo que tiene sus orígenes en la uniforme disposición a todas las perversiones" (Freud, 1905, pags. 173-74).

7.4.49. "El varoncito se aferra con energía a esta convicción, la defiende obstinadamente frente a la contradicción que muy pronto la realidad le opone, y la abandona sólo tras serias luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de este pene perdido de la **mujer** cumplen un importante papel en la conformación de múltiples perversiones".

NOTA AL PIE agregada en 1920: "Tenemos derecho a hablar de un complejo de castración también en las **mujeres**. Tanto los varoncitos como las niñas forman la teoría de que también la **mujer** tuvo originariamente un pene que perdió por castración. En el individuo de sexo masculino, la convicción finalmente adquirida de que la **mujer** no posee ningún pene deja a menudo como secuela un permanente menosprecio por el otro sexo" (Freud, 1905, pag. 177).

7.4.50. "(…) El del hombre es el más consecuente, y también el más accesible a nuestra comprensión, mientras que en la **mujer** se presenta hasta una suerte de involución" (Freud, 1905, pag. 189).

7.4.51. "(…) Quizá más trasparente aún es este otro caso: el de una persona no excitada sexualmente a quien se le estimula una zona erógena por contacto, como la piel del pecho en una **mujer**" (Freud, 1905, pag. 191).

7.4.52. "Los puntos débiles de esta doctrina, que encontramos, por ejemplo, en la exposición que hace Krafft-Ebing de los procesos sexuales, residen en lo siguiente: creada para explicar la actividad genésica del hombre maduro, toma poco en cuenta tres situaciones cuyo esclarecimiento debería brindar al mismo tiempo. Son las situaciones de los niños, de las **mujeres** y de los varones castrados" (Freud, 1905, pag. 195).

7.4.53. "(…) Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los

conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la **mujer**, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la **mujer**" (Freud, 1905, pag. 200).

7.4.54. "(…) Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad, considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la **mujer** como nos las ofrece la observación de los hechos" (Freud, 1905, pag. 201).

7.4.55. "Si se quiere comprender el proceso por el cual la niña se hace **mujer**, es menester perseguir los ulteriores destinos de esta excitabilidad del clítoris. La pubertad, que en el varón trae aparejado aquel gran empuje de la libido, se caracteriza para la muchacha por una nueva oleada de represión, que afecta justamente a la sexualidad del clítoris. Es un sector de vida sexual masculina el que así cae bajo la represión. El refuerzo de las inhibiciones sexuales, creado por esta represión que sobreviene a la **mujer** en la pubertad, proporciona después un estimulo a la libido del hombre, que se ve forzada a intensificar sus operaciones; y junto con la altitud de su libido aumenta su sobrestimación sexual, que en su cabal medida sólo tiene valimiento para la **mujer** que se rehúsa, que desmiente su sexualidad. Y más tarde, cuando por fin el acto sexual es permitido, el clítoris mismo es excitado, y sobre él recae el papel de retrasmitir esa excitación a las partes femeninas vecinas, tal como un haz de ramas resinosas puede emplearse para encender una leña de combustión más difícil. A menudo se requiere cierto tiempo para que se realice esa trasferencia. Durante ese lapso la joven es anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona del clítoris se rehúsa a ceder su excitabilidad; una activación intensa en la niñez predispone a ello. Como es sabido, la anestesia de las **mujeres** no es a menudo sino aparente, local. Son anestésicas en la vagina, pero en modo alguno son inexcitables desde el clítoris o aun desde otras zonas. Y después, a estas ocasiones erógenas de la anestesia vienen a sumarse todavía las psíquicas, igualmente condicionadas por represión.

Toda vez que logra trasferir la estimulabilidad erógena del clítoris a la vagina, la **mujer** ha mudado la zona rectora para su práctica sexual posterior. En cambio, el hombre la conserva desde la infancia. En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que, por así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la **mujer** a la neurosis, en particular a la histeria. Estas condiciones se entraman entonces, y de la manera más íntima, con la naturaleza de la feminidad" (Freud, 1905, pags. 201-02).

7.4.56. “Ni siquiera quien ha evitado felizmente la fijación incestuosa de su libido se sustrae por completo de su influencia. El hecho de que el primer enamoramiento serio del joven, como es tan frecuente, se dirija a una **mujer** madura, y el de la muchacha a un hombre mayor, dotado de autoridad, es un claro eco de esta fase del desarrollo: pueden revivirles, en efecto, la imagen de la madre y del padre” (Freud, 1905, pag. 208).

7.4.57. “(…) Además, en el caso del varón, cabe suponer que su recuerdo infantil de la ternura de la madre y de otras personas del sexo femenino de quienes dependía cuando niño contribuye enérgicamente a dirigir su elección hacia la **mujer**; y que, al mismo tiempo, el temprano amedrentamiento sexual que experimentó de parte de su padre, y su actitud de competencia hacia él, lo desvían de su propio sexo” (Freud, 1905, pag. 209).

7.4.58. “(…) A raíz de esto habíamos considerado la diferenciación de la sexualidad masculina y femenina, y hallamos que esta última requiere de una nueva represión que suprime un sector de virilidad infantil y prepara a la **mujer** para el cambio de la zona genital rectora” (Freud, 1905, pag. 214).

7.4.59. “(…) Toda vez que se trata de terapias novedosas, ni siquiera los médicos están siempre exentos de tales errores de juicio. Recuerdo que una vez ensayé psicoterapia en una **mujer** que había pasado buena parte de su existencia alternando manía y melancolía; durante dos semanas todo pareció andar bien; a la tercera, ya estábamos al comienzo de la nueva manía” (Freud, 1905, pag. 254).

Niña (36):

7.5.1. “Cuando la **niña** tenía alrededor de diez años, un desprendimiento de retina forzó al padre a una cura de oscuridad” (Freud, 1905 [1901], pag. 18).

7.5.2. “(…) La **niña**, convertida entretanto en una señorita madura, muy independiente en sus juicios, solía burlarse de los esfuerzos de los médicos y, por último, renunció a su asistencia” (Freud, 1905 [1901], pag. 21).

7.5.3. NOTA AL PIE: “Un ejemplo de esto último: Uno de mis colegas de Viena, cuyo convencimiento acerca de la irrelevancia de los factores sexuales en la histeria probablemente se afirmó mucho tras experiencias como la que diré, se decidió a formular a su paciente, una muchacha de catorce años con temibles vómitos histéricos, esta penosa pregunta: si no había tenido tal vez una relación amorosa. La **niña** respondió: «No», probablemente con un asombro bien fingido; después le contó a la madre, con su modo irrespetuoso de expresarse: «Figúrate, ese tipo estúpido me preguntó si yo estaba enamorada». Después yo la tuve bajo tratamiento y se descubrió —claro que no en la primera entrevista— que durante largos años había sido una masturbadora con fuerte *fluor*

albus (esto tenía mucha relación con los vómitos), y que por fin se había quitado a sí misma el hábito, pero en la abstinencia la afligía el más violento sentimiento de culpa, a punto tal que veía en cada desdicha que se abatía sobre la familia un castigo divino por su pecado. Además, estaba bajo la influencia de la novela {*Roman*} de su tía, cuyo embarazo extramatrimonial (una segunda determinación {*Determination*} para los vómitos) su familia creía haberle ocultado. La consideraban una «**niña** inocente», pero resultó que estaba iniciada en todo lo esencial de las relaciones sexuales" (Freud, 1905 [1901], pag. 23).

7.5.4. "En esta escena, la segunda en la serie pero la primera en el tiempo, la conducta de la **niña** de catorce años es ya totalmente histérica" (Freud, 1905 [1901], pag. 27).

7.5.5. "(…) Si alguien le hubiera llamado la atención sobre la posibilidad de que una adolescente corriese peligro en el trato continuo y no vigilado con un hombre descontento de su mujer, con seguridad habría respondido que podía confiar en su hija, que un hombre como K. nunca podría ponerla en peligro, y además su amigo era incapaz de abrigar semejantes propósitos. O bien que Dora era todavía una **niña** y como tal la trataba el señor K" (Freud, 1905 [1901], pag. 32).

7.5.6. "(…) Una observación de Dora acerca de su propia alternancia entre enfermedad y salud durante los primeros años que pasó en B. cuando era **niña** se insertó en este lugar; así, no pude menos que conjeturar que sus propios estados dependían de algo similar" (Freud, 1905 [1901], pag. 35).

7.5.7. "A menudo, los motivos para enfermar empiezan a obrar ya en la infancia. La **niña** hambrienta de amor que de mala gana comparte con sus hermanos la ternura de los padres observa que esta vuelve a afluirle si ella enferma y causa inquietud en los padres. Ahora conoce un medio para granjearse el amor de sus progenitores, y se valdrá de él tan pronto como disponga del material psíquico para producir una enfermedad. Cuando la **niña** se ha hecho mujer y, en total contradicción con los reclamos de su infancia, se ha casado con un hombre desconsiderado, que sofoca su voluntad, explota sin contemplaciones su capacidad de trabajo y no le brinda ternura ni le da dinero, la única arma que le queda para afirmarse en la vida es la enfermedad" (Freud, 1905 [1901], pag. 40).

7.5.8. "(…) Su disposición la hacía sentirse atraída por el padre, y las muchas enfermedades que este contrajo no pudieron menos que acrecentar su ternura hacia él; en esas situaciones sucedió también que su padre sólo de ella admitía los pequeños servicios que requería su cuidado; orgulloso por su precoz inteligencia, siendo todavía una **niña** la había convertido en su confidente. Cuando apareció la señora K. fue Dora, y no su madre, la suplantada [*verdrängen*] de más de una posición" (Freud, 1905 [1901], pag. 51).

7.5.9. "(…) Desde hace mucho se sabe, y a menudo se lo ha destacado, que en el varón y en la **niña** se observan durante la pubertad, aun en casos normales, claros indicios de una inclinación hacia el mismo sexo. La amistad apasionada con una compañera de escuela, signada por juramentos, besos, la promesa de eterna reciprocidad y todas las susceptibilidades de los celos, suele ser la precursora del primer enamoramiento intenso de la muchacha por un hombre. En circunstancias favorables, la corriente homosexual a menudo se seca después; pero cuando no se obtiene la dicha en el amor por el hombre, es despertada de nuevo por la libido en años posteriores y acrecentada con diversos grados de intensidad" […] "Me enteré entonces de que la joven señora y la **niña** apenas adolescente habían vivido durante años en la mayor confianza" (Freud, 1905 [1901], pags. 53-4).

7.5.10. NOTA AL PIE: "El nucleo del sueño podía traducirse tal vez con estas palabras: 'la tentación es muy fuerte. ¡Querido papá, protégeme como lo hacías cuando yo era **niña**, para que no moje mi cama!'" (Freud, 1905 [1901], pag. 64).

7.5.11. "(…) Ahora bien, las acciones sintomáticas y otros indicios me proporcionaron buenas razones para suponer que la **niña**, cuyo dormitorio se encontraba contiguo al de sus padres, espió con las orejas {*belauschen*} una visita nocturna del padre a su mujer y lo oyó jadear en el coito (de por sí, respiraba habitualmente con dificultad)" […] "Tiempo después, estando el padre ausente y añorándolo la **niña** enamorada, aquella impresión {impronta} se le repitió como ataque de asma" (Freud, 1905 [1901], pag. 70).

7.5.12. NOTA AL PIE: "(…) Como si hasta entonces hubiera sido un varón, y solo entonces se hubiera convertido en una **niña**".

NOTA AL PIE: "Idéntico papel desempeñó esta palabra [catarro] en la muchacha de catorce años cuyo historial clínico resumí en pocas líneas en la pág. 23*n*. Yo había instalado a la **niña** en una pensión, en compañía de una inteligente dama, que la cuidaba como un servicio hacia mí" (Freud, 1905 [1901], pag. 72).

7.5.13. "El sueño contiene, de hecho, un material infantil que no guarda relación alguna, discernible a primera vista, con el designio de escapar tanto de la casa del señor K. como de la tentación que emana de él. ¿A raíz de qué emerge el recuerdo de cuando se mojaba de **niña** en la cama y del trabajo que entonces se tomaba el padre para habituarla a la limpieza? Puede responderse: sólo con ayuda de este itinerario de pensamientos era posible sofocar los intensos pensamientos de tentación y hacer que prevaleciera el designio formado contra ellos. La **niña** se resuelve a huir *con* su padre; en realidad, huye a refugiarse *en* su padre por angustia frente al hombre que la asedia; convoca una inclinación infantil

hacia el padre destinada a protegerla de su inclinación reciente hacia el extraño" (Freud, 1905 [1901], pag. 75).

7.5.14. "(…) Sí; de **niña** se había torcido ese mismo pie. En B., al bajar las escaleras, resbaló sobre un escalón; el pie, que sin ninguna duda era el mismo que después arrastraba, se le hinchó, debió ser vendado y ella guardó reposo durante algunas semanas" (Freud, 1905 [1901], pag. 91).

7.5.15. "Entre las zonas erógenas del cuerpo infantil se encuentra una que no desempeña, por cierto, el papel principal ni puede ser la portadora de las mociones sexuales más antiguas, pero que está destinada a grandes cosas en el futuro. Tanto en los varones como en las **niñas** se relaciona con la micción (glande, clítoris), y en los primeros está dentro de un saco de mucosa, de manera que no puede faltarle estimulación por secreciones, que desde temprano son capaces de encender la excitación sexual. Las activaciones sexuales de esta zona erógena, que corresponde a las partes sexuales reales, son sin duda el comienzo de la posterior vida sexual «normal».

Por su situación anatómica, por el sobreaflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales (como las migraciones de lombrices intestinales en las **niñas**), es inevitable que la sensación placentera que estas partes del cuerpo son capaces de proporcionar se haga notar al niño ya en su período de lactancia, despertándole una necesidad de repetirla" (Freud, 1905, pag. 170).

7.5.16. "(…) La acción que elimina el estímulo y desencadena la satisfacción consiste en un contacto de frotación con la mano o en una presión, sin duda prefigurada como un reflejo, ejercida por la mano o apretando los muslos. Esta última operación es con mucho la más frecuente en la **niña**. En el caso del varón, la preferencia por la mano señala ya la importante contribución que la pulsión de apoderamiento está destinada a prestar a la actividad sexual masculina" (Freud, 1905, pag. 171).

7.5.17. "La excitación sexual del período de lactancia retorna en los años de la niñez indicados; puede hacerlo como un estímulo de picazón, condicionado centralmente, que reclama una satisfacción onanista, o como un proceso del tipo de una polución, que, de manera análoga a la polución de la época de madurez, alcanza la satisfacción sin ayuda de ninguna acción. Este último caso es el más frecuente en las **niñas** y en la segunda mitad de la niñez; no se lo conoce bien en su condicionamiento, y a menudo —aunque no regularmente— parece tener por premisa un período de onanismo activo anterior" (Freud, 1905, pag. 172).

7.5.18. NOTA AL PIE agregada en 1920: "Tenemos derecho a hablar de un complejo de castración también en las mujeres. Tanto los varoncitos como las **niñas** forman la teoría

de que también la mujer tuvo originariamente un pene que perdió por castración. En el individuo de sexo masculino, la convicción finalmente adquirida de que la mujer no posee ningún pene deja a menudo como secuela un permanente menosprecio por el otro sexo" (Freud, 1905, pag. 177).

7.5.19. "(…) En cuanto a la **niñita**, no incurre en tales rechazos cuando ve los genitales del varón con su conformación diversa. Al punto está dispuesta a reconocerla, y es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego" (Freud, 1905, pag. 178).

7.5.20. "(…) Es cierto que ya en la niñez son reconocibles disposiciones masculinas y femeninas; el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la **niña** pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva" (…) "Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: La sexualidad de la **niña** pequeña tiene un carácter enteramente masculino" (Freud, 1905, pag. 200).

7.5.21. "Aparte de lo anterior, sólo puedo agregar esto: en la **niña** la zona erógena rectora se sitúa sin duda en el clítoris, y es por tanto homologa a la zona genital masculina, el glande. Todo lo que he podido averiguar mediante la experiencia acerca de la masturbación en las **niñas** pequeñas se refería al clítoris y no a las partes de los genitales externos que después adquieren relevancia para las funciones genésicas. Y aun pongo en duda que la influencia de la seducción pueda provocar en la **niña** otra cosa que una masturbación en el clítoris; lo contrario sería totalmente excepcional. Las descargas espontáneas del estado de excitación sexual, tan comunes justamente en la **niña** pequeña, se exteriorizan en contracciones del clítoris; y las frecuentes erecciones de este posibilitan a la **niña** juzgar con acierto acerca de las manifestaciones sexuales del varón, aun sin ser instruida en ellas: sencillamente le trasfiere las sensaciones de sus propios procesos sexuales.

Si se quiere comprender el proceso por el cual la **niña** se hace mujer, es menester perseguir los ulteriores destinos de esta excitabilidad del clítoris" (Freud, 1905, pag. 201).

7.5.22. "(…) Y entre estas, en primer lugar, y con la frecuencia de una ley, la moción sexual del niño hacia sus progenitores, casi siempre ya diferenciada por la atracción del sexo opuesto: la del varón hacia su madre y la de la **niña** hacia su padre" (Freud, 1905, pag. 207).

7.5.23. "(…) Dessoir [1894] hizo notar con acierto la ley que se trasparenta en las apasionadas amistades de los adolescentes, varones y **niñas**, por los de su mismo sexo. El

gran poder que previene una inversión permanente del objeto sexual es, sin duda, la atracción recíproca de los caracteres sexuales opuestos; en el presente contexto no podemos dar explicación alguna acerca de estos últimos" (Freud, 1905, pag. 209).

Tomo 8

Sexualidad Femenina:

8.1.1 No hay entradas.

Feminidad:

8.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (2):

8.3.1. "(…) La libido de ver o tocar es en cada quien, de dos maneras, activa y pasiva, masculina y **femenina**, y según sea el carácter sexual que prevalezca se plasmará predominantemente en una u otra dirección" (Freud, 1905, pag. 93).

8.3.2. "(…) Entre gentes campesinas o en posadas de mala muerte se puede observar que sólo la entrada de la camarera o la posadera hace que salga a relucir la pulla; únicamente en niveles sociales más elevados ocurre lo contrario: la presencia de una **persona del sexo femenino** pone fin a la pulla; los hombres se reservan este tipo de conversación, que en su origen presupone una mujer que se avergüence, hasta encontrarse solos, «entre ellos»" (Freud, 1905, pag. 94).

Mujer (28):

8.4.1. "«El matrimonio X tiene un buen pasar. En opinión de algunos, el marido debe de haber *ganado mucho* {*viel verdient*} y luego con ello se ha *respaldado un poco* {*etwas zurückgelegt*}, mientras otros creen que su esposa se ha *respaldado un poco* {*etwas zurückgelegt*} y luego ha *ganado mucho* {*viel verdient*}».

¡Un chiste endiabladamente bueno! ¡Y cuan escasos recursos ha requerido! *Ganado mucho-respaldado un poco, respaldado un poco-ganado mucho*; en verdad, nada más que la trasposición de las dos frases, mediante la cual lo enunciado sobre el marido es diverso de la alusión respecto de la **mujer**. Pero tampoco en este caso se agota en ello toda la técnica del chiste. [Cf. *infra*, págs. 40 y 72.]" (Freud, 1905, pag. 33).

8.4.2. "(…) Así como en este ejemplo se prescinde de la realidad en favor de la posibilidad, en el anterior el casamentero insta al pretendiente a considerar la posibilidad de que una **mujer** quede paralítica por un accidente como algo mucho más sustantivo, frente a lo cual, se pretende, es desdeñable que esté o no paralítica" (Freud, 1905, pag. 61).

8.4.3. "(…) En toda una serie de los ejemplos indagados hasta aquí habíamos notado que su técnica no era simple, y ahora discernimos la alusión como el factor que los complicaba (p. ej., el chiste de reordenamiento de la **mujer** que se había respaldado un poco y entonces había ganado mucho [pág. 33], o el chiste de contrasentido, a raíz de las congratulaciones por el nuevo hijo, acerca de todo lo que son capaces de conseguir las manos del hombre [pág. 57])" (Freud, 1905, pag. 72).

8.4.4. "(…) Pero tiene su sentido utilizar las cambiantes modas en lugar de los cambios de la luna para determinar la edad de una **mujer**" (Freud, 1905, pag. 73).

8.4.5. "(…) Además, es propio de la pulla dirigirse a una persona determinada que a uno lo excita sexualmente, y en quien se pretende provocar igual excitación por el hecho de que, al escuchar la indecencia, toma noticia de la excitación del decidor. En lugar de excitada, puede ocurrirle que se vea avergonzada o turbada, lo cual no es sino un modo de reaccionar a su excitación y, por ese rodeo, una confesión de esta. Así, en su origen la pulla indecente está dirigida a la **mujer** y equivale a un intento de seducirla. Si luego relatar o escuchar tales pullas produce contento a un hombre en una sociedad de hombres es porque al mismo tiempo se representa la situación originaria, que no puede concretarse a consecuencia de inhibiciones sociales. Quien ríe por la pulla escuchada, lo hace como un espectador ante una agresión sexual" (Freud, 1905, 92).

8.4.6. "(…) En la **mujer**, a la inclinación exhibicionista pasiva se le sobrepone de una manera casi regular la grandiosa operación reactiva del pudor sexual, pero ello no sin que se le reserve, en el vestido, una puertecita de escape. Apenas hace falta señalar lo extensible y variable, de acuerdo con la convención y las circunstancias, que es esta medida de exhibición permitida a la **mujer**.

En el varón, un grado considerable de esta aspiración subsiste como pieza integrante de la libido y sirve como introducción al acto sexual. Cuando esta aspiración se hace valer en el primer acercamiento a la **mujer**, se ve precisada, por dos motivos, a servirse del decir. En primer lugar, para insinuársele y, en segundo, porque el despertar de la representación por medio del dicho pone a la **mujer** misma en la excitación correspondiente y es apto para despertar en ella la inclinación al exhibicionismo pasivo. Este dicho cortejante no es todavía la pulla indecente, pero se propasa hacia ella. En efecto, toda vez que la aquiescencia de la **mujer** sobreviene enseguida, el dicho obsceno es efímero, pronto deja

sitio a la acción sexual. Distinto es cuando no puede contarse con la pronta aquiescencia de la **mujer**, y en cambio afloran las reacciones defensivas de ella. Entonces el dicho sexualmente excitador deviene fin en sí mismo como pulla; al verse interceptada la agresión sexual en su progreso hasta el acto, se detiene en provocar la excitación y extrae placer de los indicios de esta en la **mujer**. Con ello la agresión cambia también su carácter, en el mismo sentido que cualquier moción libidinosa que tropiece con un obstáculo; se vuelve directamente hostil, cruel, pide ayuda entonces, contra el obstáculo, a los componentes sádicos de la pulsión sexual.

La inflexibilidad de la **mujer** es, pues, la condición inmediata para la plasmación de la pulla indecente; claro está, siempre que parezca significar una mera posposición y no haga perder esperanzas para un intento posterior. El caso ideal de una resistencia de esta índole en la **mujer** es el de la simultánea presencia de otro hombre, de un tercero, pues entonces el consentimiento inmediato de ella queda poco menos que excluido. Este tercero pronto cobra la máxima significación para el desarrollo de la pulla; al comienzo, empero, no se puede prescindir de la presencia de la **mujer**. Entre gentes campesinas o en posadas de mala muerte se puede observar que sólo la entrada de la camarera o la posadera hace que salga a relucir la pulla; únicamente en niveles sociales más elevados ocurre lo contrario: la presencia de una persona del sexo femenino pone fin a la pulla; los hombres se reservan este tipo de conversación, que en su origen presupone una **mujer** que se avergüence, hasta encontrarse solos, «entre ellos». Así, poco a poco, en lugar de la **mujer** es el espectador, y ahora el oyente, la instancia a que está destinada la pulla, mudanza con la cual el carácter de esta se aproxima ya al del chiste" […] "Cabe describir así el proceso: El impulso libidinoso de la primera despliega, tan pronto como halla inhibida su satisfacción por la **mujer**, una tendencia hostil dirigida a esta segunda persona, y convoca como aliada a la tercera persona, originariamente perturbadora. Mediante el dicho indecente de la primera, la **mujer** es desnudada ante ese tercero, quien ahora es sobornado como oyente —por la satisfacción fácil de su propia libido—" (Freud, 1905, pags. 93-94).

8.4.7. "Por fin se vuelve aquí palpable el servicio que el chiste presta a su tendencia. Posibilita la satisfacción de una pulsión (concupiscente u hostil) contra un obstáculo que se interpone en el camino; rodea este obstáculo y así extrae placer de una fuente que se había vuelto inasequible por obra de aquel. El obstáculo mismo no es en verdad otra cosa que la insusceptibilidad de la **mujer**, creciente en correlación a los grados superiores de la sociedad y la cultura, para soportar lo sexual sin disfraz. La **mujer**, concebida como presente en la situación inicial, es retenida en lo sucesivo como si lo estuviera, o bien su influjo sigue amedrentando al hombre aun ausente ella. Puede observarse cómo hombres

de estamentos superiores se ven movidos enseguida, en compañía de muchachas de inferior condición, a dejar que la pulla chistosa descienda hasta su forma simple.

Al poder que estorba o impide a la **mujer**, y en menor medida al hombre, el goce de la obscenidad sin disfraz lo llamamos «represión»; en él discernimos ese mismo proceso psíquico que en casos patológicos graves mantiene alejados de la conciencia íntegros complejos de mociones junto con sus retoños, y que demostró ser factor principal en la causación de las llamadas «psiconeurosis»" (Freud, 1905, pag. 95).

8.4.8. "(…) Ese es al menos «asunto terminado»: otra **mujer** con miembros derechos estaría de continuo expuesta a caerse y romperse una pierna, y luego vendrían la enfermedad, y los dolores, y los gastos del tratamiento, todo lo cual uno se ahorra con la que ya está coja. (…) Y, en efecto, lo que ambas historias se proponen indicar es que el pretendiente se coloca de hecho en ridículo al examinar con tanto cuidado cada una de las excelencias de la novia, frágiles todas ellas, y al olvidar de ese modo que debe prepararse para convertir en su **mujer** a una criatura humana con sus inevitables defectos, siendo que la única cualidad que volvería tolerable el matrimonio con la personalidad más o menos defectuosa de la **mujer** sería la simpatía mutua y la complacencia en una adaptación amorosa, de lo cual ni siquiera se habla en todo aquel trato" (Freud, 1905, pags. 101-02).

8.4.9. "(…) La comparación podría desarrollarse del siguiente modo: Uno se casa para ponerse a salvo del asedio de la sensualidad, y luego resulta que el matrimonio no le permite satisfacer ninguna necesidad algo más intensa, justamente como uno lleva consigo un paraguas para protegerse de la lluvia y luego se moja a pesar de él. En ambos casos es preciso procurarse una protección más fuerte: en este, tomar un vehículo público; en aquel, **mujeres** asequibles por dinero" (Freud, 1905, pag. 104).

8.4.10. "(…) En el chiste obsceno, que procede de la pulla indecente, convierte al tercero —originariamente perturbador de la situación sexual— en un cómplice ante quien la **mujer** debe avergonzarse, y lo logra sobornándolo mediante la comunicación de su ganancia de placer" (Freud, 1905, pag. 128).

8.4.11. "(…) En el primer acto los dos autores-actores, un pobre pescador y su brava **mujer**, se quejan de los duros tiempos y la magra ganancia" (Freud, 1905, pag. 175).

Niña (5):

8.5.1. "(…) La **niña** opina, pues, que el remedio prescrito por el médico se llama *Mädizin* por estar destinado a la *Mädi* {**niñita**; se pronuncia casi como Medi-}, e infiere que se llamará *Bubizin* cuando debe tomarlo el *Bubi* {varoncito}" […] "La indagación de un segundo ejemplo corroborará esta concepción. Unos hermanitos, una **niña** de 12 años y un

varón de 10, representan una pieza de teatro compuesta por ellos mismos ante una platea de tíos y tías" (Freud, 1905, pag. 175).

8.5.2. "(…) Hasta podría ser un chiste pasable: doble sentido con equivocidad o alusión equívoca, si es que la **niña** pudo vislumbrar la posibilidad del doble sentido" (Freud, 1905, pag. 176).

8.5.3. "(…) Ahora abordamos lo dicho desde dos diversos puntos de vista: una vez tal como se produjo en la **niña**, y la otra como se habría producido para nosotros; a raíz de esa comparación hallamos que el niño descubrió una identidad, venció una barrera que para nosotros subsiste, y entonces todo sigue como si nos dijéramos: «Si quieres comprender lo escuchado puedes ahorrarte el gasto que significa mantener esa barrera»" (Freud, 1905, pag. 178).

Tomo 9

Sexualidad Femenina:

9.1.1. No hay entradas.

Feminidad:

9.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (10):

9.3.1. "(…) Ahora bien, esta indagación arroja, para muchos casos, un resultado inesperado. Muestra que la resolución mediante una fantasía sexual inconciente, o mediante una serie de fantasías de las cuales una, la más sustantiva y originaria, es de naturaleza sexual, no basta respecto de numerosos casos de síntomas; para la solución de estos hacen falta dos fantasías sexuales, de las que una posee carácter masculino y **femenino** la otra, de suerte que una de esas fantasías corresponde a una moción homosexual" (Freud, 1908, pag. 145).

9.3.2. "Un síntoma histérico es la expresión de una fantasía sexual inconciente masculina, por una parte, y **femenina**, por la otra" (Freud, 1908, pag. 146).

9.3.3. "(…) La educación se asigna la tarea de sofocar la sensualidad de la muchacha hasta que se case, tarea sin duda difícil, pues trabaja con los más severos recursos. No sólo prohíbe el comercio sexual y establece elevadas primas al mantenimiento de la **inocencia femenina**, sino que también evita la tentación del **individuo femenino** que madura manteniéndolo en una total ignorancia en lo que se refiere al papel que le está destinado, y no tolerándole ninguna moción amorosa que no conduzca al matrimonio. El resultado es que la muchacha, cuando las autoridades parentales le permiten de pronto enamorarse, es incapaz de consumar esa operación psíquica y sus propios sentimientos andan inseguros en el matrimonio" (Freud, 1908, pag. 176).

9.3.4. "(…) Así, la preparación para el matrimonio desvirtúa los fines mismos de este último; y luego, cuando la mujer supera su demora en el desarrollo y, en el apogeo de su **existencia femenina**, ella despierta para la plena capacidad de amar, hace tiempo que la relación con su marido está arruinada; como premio de su anterior docilidad le queda elegir entre un insaciado anhelar, la infidelidad o la neurosis" (Freud, 1908, pag. 177).

9.3.5. "(…) La representación de la mujer con pene retorna aun más tarde en el soñar del adulto: en estado de excitación sexual nocturna derriba a una mujer, la desnuda y se dispone al coito, pero de pronto la visión del miembro plenamente formado en lugar de los **genitales femeninos** interrumpe el sueño y la excitación" […] "La anatomía ha discernido en el clítoris, dentro de la **vulva femenina**, un órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha podido agregar que ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer." (Freud, 1908, pags. 192-93).

9.3.6. "Entonces no era sino consecuente que el niño no concediera a la mujer el doloroso privilegio de parir. Si los hijos nacían por el ano, el varón podía parir igual que la mujer. Así, el muchacho podía fantasear que él mismo concebía hijos, sin que por eso pudieran imputársele **inclinaciones femeninas**. De ese modo, no hacía más que activar su erotismo anal todavía vivaz" (Freud, 1908, pag. 195).

9.3.7. "(…) Así, por ejemplo, la significativa teoría de que se recibe un hijo a través de un beso, que deja traslucir desde luego el predominio de la zona erógena bucal. De acuerdo con mi experiencia, esta **teoría** es exclusivamente **femenina** y muchas veces produce efecto patógeno en muchachas cuya investigación sexual experimentó las más poderosas inhibiciones en la infancia" (Freud, 1908, pag. 198).

9.3.8. "La pérdida de conciencia, la «ausencia» del ataque histérico, proviene de aquella pasajera pero inequívoca privación de conciencia que se registra en la cima de toda satisfacción sexual intensa (aun autoerótica). Este desarrollo puede perseguirse con la mayor certeza en la génesis de ausencias histéricas a partir de vértigos polutorios de individuos jóvenes del **sexo femenino**" (Freud, 1909 [1908], pag. 210-11).

Mujer (70):

9.4.1. "(…) Dos huéspedes recién llegados, un hombre y una **mujer**, a quienes debió juzgar hermanos a causa de cierto parecido —aunque era diverso el color de sus cabellos—, atrajeron allí su atención" (Freud, 1907 [1906], pag. 21).

9.4.2. "(…) Ella sabe defender el «tú» coloquial, que él brindaba naturalmente al espectro del mediodía pero había vuelto a retirar ante la **mujer** viva, y para el cual ella sin embargo hace valer antiguos derechos: «Si hallas más adecuado entre nosotros ese tratamiento {el

de "usted"}, también yo puedo emplearlo; pero el otro me acude de manera más natural a los labios" (Freud, 1907 [1906], pag. 26).

9.4.3. "(…) La ciencia de la Antigüedad se adueñó de él y solo le dejó interés por **mujeres** de piedra y bronce" (Freud, 1907 [1906], pag. 29).

9.4.4. "(…) Y hete aquí que la cruz se esfuma como una sombra, y en su lugar, en sustitución de ella, se eleva radiante la imagen de una voluptuosa **mujer** desnuda en la misma postura de crucifixión" (Freud, 1907 [1906, pag. 30).

9.4.5. "(…) Acaso el apellido Bertgang indicara que las **mujeres** de esa familia se distinguieron, ya en épocas antiguas, por aquella peculiaridad del hermoso andar, y acaso los Bertgang germánicos descendieran de aquellos griegos, una **mujer** de cuyo linaje había movido a un artista antiguo a fijar en la piedra la característica de su paso. Y como las variaciones singulares de la conformación humana no son independientes entre sí, y de hecho también en nuestro medio reaparecen de continuo los tipos antiguos que encontramos en las colecciones, no sería del todo imposible que una Bertgang moderna repitiera la figura de la **mujer** antigua que fue su ancestro, aun en todos los otros rasgos de su forma corporal" (Freud, 1907 [1906], pag. 36).

9.4.6. "(…) El psiquiatra acaso habría incluido el delirio de Norbert Hanold en el gran grupo de la paranoia, designándolo tal vez «erotomanía fetichista» por resultarle lo más llamativo el enamoramiento de la figura de piedra y porque, con su tendencia a concebir en términos gruesos todas las cosas, no podrá menos que parecerle sospechoso de «fetichismo» el interés del joven arqueólogo por el pie de la **mujer** y su posición al andar" (Freud, 1907 [1906], pag. 38).

9.4.7. "Norbert Hanold se comporta en un punto importante de manera muy diversa que un mortal corriente. No tiene interés por la **mujer** viva; la ciencia a la que sirve le ha absorbido ese interés y se lo ha desplazado a las **mujeres** de piedra o de bronce. Y no se lo considere una peculiaridad indiferente; antes bien, es la premisa básica del episodio relatado, pues un buen día sucede que una sola de esas figuras de piedra reclama para sí todo el interés que de ordinario pertenecería a la **mujer** viva, con lo cual está dado el delirio. Y vemos luego desplegarse ante nuestros ojos cómo este es curado por una feliz coincidencia, y entonces el interés es devuelto, de la piedra, a una **mujer** viva. El poeta no nos deja rastrear los influjos que hicieron caer a nuestro héroe en ese estado de extrañamiento respecto de la **mujer**; sólo nos pone sobre la pista de que esa conducta no se explica por su disposición {constitucional}, sino que más bien encierra en sí una pieza de necesidad subjetiva fantástica —complementaríamos por nuestra cuenta: erótica—. También averiguamos, desde un momento posterior, que en su infancia no rehuyó a otros

niños; en esa época mantuvo amistad con una niña pequeña, era inseparable de ella, compartían sus pequeñas colaciones y le daba de manotazos, lo que le valía que ella le tirara del cabello. En ese apego, en esa unión de ternura y agresión, se exterioriza el erotismo inmaduro de la vida infantil, que sólo con acción retardada {*nachträglich*} exterioriza sus efectos, pero entonces de una manera irresistible; y en la infancia misma sólo el médico o el poeta suelen discernirlo como tal erotismo. Nuestro poeta nos da a entender claramente que tampoco él es de diverso parecer, pues hace que en su héroe despierte, en la ocasión apropiada y de modo repentino, un vivo interés por el andar y la posición del pie de las **mujeres**, lo cual para la ciencia y entre las **mujeres** de su ciudad no puede menos que atraerle la mala reputación de ser un fetichista del pie, en tanto que para nosotros es la necesaria derivación del recuerdo de aquella su compañera en los juegos de la infancia. Sin duda que ella ya de niña mostraba la peculiaridad del bello andar, el paso con la punta del pie casi vertical, y por la figuración de ese andar, justamente, es que un bajorrelieve antiguo adquiere más tarde para Norbert Hanold su gran significación. Agreguemos enseguida, por lo demás, que en la derivación de ese fenómeno asombroso del fetichismo el poeta se mantiene en total acuerdo con la ciencia. En efecto, desde Binet [1888] intentamos reconducir el fetichismo a impresiones eróticas de la niñez.

El estado del extrañamiento permanente respecto de la **mujer** proporciona la aptitud personal —como solemos decir: la predisposición— para que se forme un delirio" (Freud, 1907 [1906], pags. 39-40).

9.4.8. "(…) Es con todo derecho una **mujer** antigua, la figura de piedra de una **mujer**, la que arranca a nuestro arqueólogo de su extrañamiento respecto del amor y lo amonesta a pagar a la vida la deuda que con ella tenemos desde nuestro nacimiento" (Freud, 1907 [1906], pag. 41).

9.4.9. "(…) Pero el problema de la «contextura corpórea» de Gradiva, que lo persigue durante todo ese día [págs. 18 y 20], no puede desmentir su descendencia del apetito erótico de saber que el niño dirige al cuerpo de la **mujer**, y ello por más que pretenda adoptar ropaje científico por la insistencia conciente en la curiosa oscilación de Gradiva entre la vida y la muerte" (Freud, 1907 [1906], pag. 66).

9.4.10. "(…) Se argüirá que más consecuente y no menos posible sería otro final, a saber: que el joven erudito, esclarecido en su error, se despidiera de la joven dama dándole cortesmente las gracias y desautorizara el amor de ella aduciendo como motivo que sería capaz de dedicar el más intenso interés a **mujeres** antiguas de bronce o piedra, y a sus originales, si pudiera tener trato con ellas, pero no sabría qué hacer con una muchacha contemporánea de carne y hueso. Se concluirá, entonces, que el poeta ha agregado de

manera por completo arbitraria una historia de amor a su fantasía arqueológica" (Freud, 1907 [1906], pag. 72).

9.4.11. "(…) Indiquemos, como ulterior testimonio, que en la velada que siguió a su segunda plática con Gradiva le pareció por primera vez simpática una **mujer** viva, aunque, como concesión a su anterior aborrecimiento por las parejas en viaje de bodas, no discernió en la simpática una recién casada" (Freud, 1907 [1906], pag. 73).

9.4.12. "Parece que casi todos los autores, hombres o **mujeres**, que han escrito sobre el esclarecimiento sexual de los niños se pronuncian en sentido afirmativo" (Freud, 1907, pag. 120).

9.4.13. "(…) En la **mujer** joven predominan casi exclusivamente los eróticos, pues su ambición acaba, en general, en el querer-alcanzar amoroso; en el hombre joven, junto a los deseos eróticos cobran urgencia los egoístas y de ambición. Sin embargo, no queremos destacar la oposición entre ambas orientaciones, sino más bien su frecuente reunión; así como en muchos retablos puede verse en un rincón la imagen del donador, en la mayoría de las fantasías egoístas se descubre en un rinconcito a la dama para la cual el fantaseador lleva a cabo todas esas hazañas, y a cuyos pies él pone todos sus logros. Ya ven ustedes: hay aquí hartos y poderosos motivos de ocultación; es que a la **mujer** bien educada sólo se le admite un mínimo de apetencia erótica, y el hombre joven debe aprender a sofocar la desmesura en su sentimiento de sí, en que lo malcriaron en su niñez, a fin de insertarse en una sociedad donde sobreabundan los individuos con parecidas pretensiones" (Freud, 1908 [1907], pag. 130).

9.4.14. "Otros rasgos típicos de estas narraciones egocéntricas apuntan también a idéntico parentesco. Si todas las **mujeres** de la novela se enamoran siempre del héroe, difícilmente se lo pueda concebir como una pintura de la realidad; sí se lo comprende, en cambio, como un patrimonio necesario del sueño diurno. Lo mismo cuando las otras personas de la novela se dividen tajantemente en buenas y malas, renunciando a la riqueza de matices que se observa en los caracteres humanos reales; los «buenos» son justamente los auxiliadores del yo devenido en el héroe, y los «malos», sus enemigos y rivales" (Freud, 1908 [1907], pag. 132).

9.4.15. "(…) Sin embargo, no sería lícito relegar a un segundo plano el valor del factor erótico aun en los varones; es que profundizando en sus sueños diurnos por lo común se averigua que han realizado todas esas hazañas y conseguido esos logros sólo para agradar a una **mujer** y para que ella los prefiera a otros hombres" (Freud, 1908, pag. 141).

9.4.16. "(…) Un proceso por entero análogo en este mismo campo es el que sobreviene cuando el masturbador, en sus fantasías concientes, intenta compenetrarse empáticamente

tanto con el varón como con la **mujer** de la situación representada; también en este caso hallamos correspondientes en ciertos ataques histéricos en que la enferma juega al mismo tiempo los dos papeles de la fantasía sexual que está en la base. Por ejemplo, como en un caso observado por mí, con una mano aprieta el vestido contra el vientre (en papel de **mujer**), y con la otra intenta arrancarla (en papel de varón)" (Freud, 1908, pags. 146-7).

9.4.17. "(…) Es fama que el dinero que el diablo obsequia a las **mujeres** con quienes tiene comercio se muda en excremento después que él se ausenta, y el diablo no es por cierto otra cosa que la personificación de la vida pulsional inconciente reprimida" (Freud, 1908, pag. 157).

9.4.18. "(…) Afirma que son características suyas trasferir a la vida sexual del varón requisitos que son propios de la **mujer**, así como prohibir todo comercio sexual fuera del matrimonio monogámico" (Freud, 1908, pag. 163).

9.4.19. "Es válido para ellos lo que luego hemos de repetir acerca de la abstinencia de hombres y **mujeres**, exigida en el tercer estadio de cultura" (Freud, 1908, pag. 171).

9.4.20. "(…) Hartas veces, en una misma familia el hermano es un perverso sexual, en tanto que la hermana, dotada de una pulsión sexual más débil en su calidad de **mujer**, es una neurótica cuyos síntomas, empero, expresan inclinaciones idénticas a las perversiones del hermano sexualmente más activo; en consonancia con ello, en muchas familias los varones son sanos, pero inmorales en una medida indeseada para la sociedad, mientras que las **mujeres** son nobles e hiperrefinadas, pero… sufren una grave afección de los nervios" (Freud, 1908, pag. 172).

9.4.21. "(…) Pero la experiencia también muestra que las **mujeres**, a quienes, en su condición de portadoras genuinas de los intereses sexuales del ser humano, les es concedido en menor grado el don de sublimar la pulsión, y a quienes les basta, sí, el lactante, pero no el hijo crecido, como sustituto del objeto sexual; las **mujeres**, digo, bajo las desilusiones del matrimonio contraen neurosis graves y que las perturban toda la vida. En las actuales condiciones de cultura, el matrimonio hace tiempo que ha dejado de ser la panacea para el sufrimiento neurótico de la **mujer**; y si nosotros, los médicos, seguimos aconsejándolo en tales casos, sabemos empero que, al contrario, una muchacha tiene que ser muy sana para «sobrellevarlo», y en cuanto a nuestros clientes varones, los disuadimos con energía de tomar por esposa a una muchacha que fue neurótica ya antes del matrimonio. El remedio para la nerviosidad nacida de este último sería más bien la infidelidad conyugal; cuanto más severa haya sido la crianza de una **mujer**, cuanto más seriamente se haya sometido al reclamo cultural, tanto más temerá esta salida y, en el

conflicto entre sus apetitos y su sentimiento del deber, buscará su amparo otra vez... en la neurosis. ” (Freud, 1908, pags. 174-75).

9.4.22. “(…) Por eso mismo la abstinencia total durante la juventud no suele ser la mejor preparación para el matrimonio en los muchachos. Las **mujeres** lo vislumbran y prefieren entre sus pretendientes a quienes ya se han acreditado como hombres ante otras **mujeres**. Evidentes en grado sumo son los nocivos efectos que el severo requerimiento de la abstinencia hasta el matrimonio provocará en la naturaleza de la **mujer.** La educación se asigna la tarea de sofocar la sensualidad de la muchacha hasta que se case, tarea sin duda difícil, pues trabaja con los más severos recursos. No sólo prohíbe el comercio sexual y establece elevadas primas al mantenimiento de la inocencia femenina, sino que también evita la tentación del individuo femenino que madura manteniéndolo en una total ignorancia en lo que se refiere al papel que le está destinado, y no tolerándole ninguna moción amorosa que no conduzca al matrimonio. El resultado es que la muchacha, cuando las autoridades parentales le permiten de pronto enamorarse, es incapaz de consumar esa operación psíquica y sus propios sentimientos andan inseguros en el matrimonio. A consecuencia de esa artificial demora de la función amorosa, sólo depara desengaños al hombre que ha reservado para ella todo su anhelar; en los sentimientos de su alma sigue dependiendo de sus padres, cuya autoridad creó en ella la sofocación de lo sexual; y en su conducta corporal se muestra frígida, lo cual estorba en el varón cualquier goce sexual de elevado valor. No sé si el tipo de la **mujer** anestésica se presenta también fuera de la educación cultural, pero lo considero probable. Comoquiera que sea, la educación directamente lo cultiva, y estas **mujeres**, que conciben sin placer, muestran luego escasa disposición a parir el fruto con dolor. Así, la preparación para el matrimonio desvirtúa los fines mismos de este último; y luego, cuando la **mujer** supera su demora en el desarrollo y, en el apogeo de su existencia femenina, ella despierta para la plena capacidad de amar, hace tiempo que la relación con su marido está arruinada; como premio de su anterior docilidad le queda elegir entre un insaciado anhelar, la infidelidad o la neurosis.

La conducta sexual de un ser humano suele ser *arquetípica* respecto de todos sus otros modos de reacción en el mundo. Si alguien conquista como hombre enérgicamente su objeto sexual, podemos confiar que mostrará una parecida energía sin miramientos también en la persecución de otras metas. En cambio, quien renuncia, por toda clase de miramientos, a la satisfacción de sus intensas pulsiones sexuales, también en otros campos de la vida se mostrará antes conciliador y resignado que vigoroso en la acción. En el género íntegro de las **mujeres** puede comprobarse con facilidad una aplicación especial de esta tesis sobre el carácter arquetípico de la vida sexual para el ejercicio de otras funciones. La

educación les deniega el ocuparse intelectualmente de los problemas sexuales, para los cuales, empero, traen congénito el máximo apetito de saber; las aterroriza con el juicio condenatorio {*Verurteilung*} de que semejante apetito de saber sería indigno de la **mujer** y signo de una disposición pecaminosa. Ello las disuade del pensar en general, les desvaloriza el saber. La prohibición de pensar rebasa la esfera sexual, en parte a consecuencia de los inevitables nexos, en parte de una manera automática, en un todo semejante al efecto que en los varones producen la prohibición religiosa de pensar o la relación de vasallaje de los buenos subditos. No creo que la oposición biológica entre trabajo intelectual y actividad genésica explique la «imbecilidad fisiológica» de la **mujer**, como lo sostuvo Moebius en su tan controvertido libro. Opino, en cambio, que el hecho indudable de la inferioridad intelectual de tantísimas **mujeres** debe reconducirse a la inhibición de pensar que se requiere para sofocar lo sexual" (Freud, 1908, pags. 176-78).

9.4.24. "Todos estos inevitables e indeseados resultados del reclamo de abstinencia confluyen en lo siguiente: arruinan de manera radical la preparación para el matrimonio, que, no obstante, de acuerdo con el propósito de la moral sexual cultural, estaba destinado a ser el único heredero de las aspiraciones sexuales. Todos los varones que a consecuencia de un ejercicio sexual perverso o masturbatorio han acomodado su libido a situaciones y condiciones de satisfacción diversas de las normales desarrollan en el matrimonio una potencia disminuida. También las **mujeres** a quienes sólo parecidos expedientes posibilitan conservar su virginidad se muestran en el matrimonio anestésicas para el comercio normal. Y un matrimonio iniciado con una rebajada capacidad de amar por ambas partes no hace sino caer víctima del proceso de disolución con mayor rapidez todavía que otro. A raíz de la escasa potencia del varón, la **mujer** no es satisfecha y permanece anestésica aun cuando la predisposición a la frigidez que la educación le instiló habría podido ser superada por un potente vivenciar sexual. Además, una pareja así halla más difícil prevenir la concepción que una pareja sana, pues la debilitada potencia del hombre tolera mal el empleo de recursos preventivos. En semejante desconcierto, pronto el comercio sexual se convierte en la fuente de toda clase de perplejidades, como consecuencia de lo cual se quiebra la base de la vida conyugal.

Exhorto a todos los especialistas a corroborar que no exagero, sino que describo unas constelaciones tan enojosas que pueden observarse cuantas veces se quiera. Para el profano será en realidad cosa de no creer cuan rara es la potencia normal en el varón y cuan a menudo es frígida la **mujer** en las parejas casadas que se encuentran bajo el imperio de nuestra moral sexual cultural; cuántas resignaciones, a menudo para ambas partes, conlleva el matrimonio, y a qué se limita la vida en él, su dicha tan nostalgiosamente anhelada. Ya

he consignado que bajo esas constelaciones la nerviosidad es el desenlace más cercano; pero ahora puntualizaré los efectos que semejante matrimonio trae para los hijos —el hijo único, o poco numerosos— de él nacidos. A primera vista pareciera tratarse de una trasmisión hereditaria; pero considerado más de cerca, se resuelve en el efecto de unas poderosas impresiones de la infancia. La **mujer** neurótica, insatisfecha por su marido, es hipertierna como madre e hiperangustiada hacia el hijo, sobre quien trasfiere su necesidad de amor; así le despierta una prematura madurez sexual. Además, la desavenencia entre los padres sobreestimula la vida afectiva del niño, le hace sentir intensamente amor, odio y celos a la más tierna edad. La educación severa, que no tolera quehacer alguno de la vida sexual despertada tan temprano, aporta el poder sofocador, y semejante conflicto a esa edad contiene todo lo que se requiere para la causación de la nerviosidad por toda la vida" (Freud, 1908, pags. 179-80).

9.4.25. "(…) Consideremos, por ejemplo, el caso tan frecuente de una **mujer** que no ama a su esposo porque, dadas las condiciones de su casamiento y las experiencias de su vida conyugal, no tiene razón alguna para amarlo, pero que a toda costa querría hacerlo, porque eso es lo único que corresponde al ideal de matrimonio en que fue educada" (Freud, 1908, pag. 181).

9.4.26. "La primera de estas teorías se anuda al descuido de las diferencias entre los sexos, que al comienzo de estas consideraciones destacamos como característico del niño. Ella consiste en *atribuir a todos los seres humanos, aun a las **mujeres**, un pene*, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio. (…) La representación de la **mujer** con pene retorna aun más tarde en el soñar del adulto: en estado de excitación sexual nocturna derriba a una **mujer**, la desnuda y se dispone al coito, pero de pronto la visión del miembro plenamente formado en lugar de los genitales femeninos interrumpe el sueño y la excitación. Los numerosos hermafroditas de la Antigüedad clásica son fiel reflejo de esta representación infantil antaño universal; se puede observar que ella no ofende a la mayoría de los hombres normales, mientras que las formaciones hermafroditas de los genitales realmente admitidas por la naturaleza casi siempre excitan el máximo horror.

Si esta representación de la **mujer** con pene se ha «fijado» en el niño, si ella resiste todos los influjos de la vida posterior y vuelve incapaz al varón de renunciar al pene en su objeto sexual, entonces el individuo, aun siendo normal su vida sexual en los demás aspectos, se verá precisado a convertirse en un homosexual, a buscar sus objetos sexuales entre hombres que por otros caracteres somáticos y anímicos recuerden a la **mujer**. La **mujer** verdadera, como más tarde la ha discernido, permanece imposible para él como objeto sexual pues carece del encanto {*Reiz*} sexual esencial, y aun, en conexión con otra

impresión de la vida infantil, acaso sienta horror hacia ella. El niño gobernado en lo principal por la excitación del pene ha solido procurarse placer estimulándolo con la mano; sus padres o las personas encargadas; de su guarda lo han pillado, y lo aterrorizaron con la amenaza de que le sería cortado el miembro. El efecto de esta «amenaza de castración» es, en su típico nexo con la estima que se tiene por esta parte del cuerpo, superlativa y extraordinariamente profundo y duradero. Sagas y mitos dan testimonio del tumulto en la vida de los sentimientos infantiles, del espanto que se anuda al complejo de castración, que incluso más tarde es recordado por la conciencia con la correspondiente revuelta. Los genitales de la **mujer**, percibidos luego y concebidos como mutilados, recuerdan aquella amenaza y por eso despiertan en el homosexual horror en vez de placer. Y en esa reacción ya no puede modificarse nada si el homosexual aprende de la ciencia que no anda tan errado el supuesto infantil de que también la **mujer** posee un pene. La anatomía ha discernido en el clítoris, dentro de la vulva femenina, un órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha podido agregar que ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la **mujer** como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la **mujer**. Enseña también la ciencia que muchas **mujeres** tienen menoscabada su función sexual porque esa excitabilidad del clítoris persiste tenazmente, lo cual las vuelve anestésicas en el coito, o porque la represión ha sido hipertrófica, de suerte que su efecto es cancelado en parte por una formación sustitutiva histérica; nada de esto refuta la teoría sexual infantil, como el hombre, posee un pene" (Freud, 1908, pags. 192-94).

9.4.27. "Entonces no era sino consecuente que el niño no concediera a la **mujer** el doloroso privilegio de parir. Si loa hijos nacían por el ano, el varón podía parir igual que la **mujer**" (Freud, 1908, pag. 195).

9.4.28. "El ataque se vuelve no trasparente por el hecho de que la enferma procura poner en escena las actividades de las dos personas que emergen en la fantasía, vale decir, por *identificación múltiple*. Confróntese el ejemplo que he mencionado en mi ensayo «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» (1908*a*), en que la enferma con una mano arrancaba la ropa (en papel de varón), mientras con la otra la oprimía contra su vientre (en papel de **mujer**)" (Freud, 1909 [1908], pag. 208).

9.4.29. "El dispositivo que señala a la libido reprimida el camino hacia la descarga motriz en el ataque es el mecanismo reflejo de la acción del coito, siempre aprontado en todas las personas —también en la **mujer**—, y que veremos manifiesto en una entrega sin barreras

a la actividad sexual. Ya los antiguos decían que el coito era una «pequeña epilepsia». ¡Debemos invertir los términos! El ataque convulsivo epiléptico es un equivalente del coito. La analogía con el ataque epiléptico nos sirve de poco, pues entendemos su génesis menos aún que la del ataque histérico.

Considerado globalmente, el ataque histérico, como la histeria en general, reintroduce en la **mujer** un fragmento de quehacer sexual que existió en la infancia y al cual en esa época se le podía discernir un carácter masculino por excelencia. A menudo es posible observar que justamente muchachas que hasta la pubertad mostraron un ser y unas inclinaciones varoniles devienen histéricas desde la pubertad en adelante. En toda una serie de casos, la neurosis histérica no responde sino a un sesgo excesivo de aquella típica oleada represiva que hace nacer a la **mujer** por remoción de la sexualidad masculina" (Freud, 1909 [1908], pag. 211).

9.4.30. "(…) Y aun el íntegro afán de sustituir al padre verdadero por uno más noble no es sino expresión de la añoranza del niño por la edad dichosa y perdida en que su padre le parecía el hombre más noble y poderoso, y su madre la **mujer** más bella y amorosa" (Freud, 1909 [1908], pag. 220).

Niña (11):

9.5.1. "(…) Figura a una joven doncella, pero que ya no es una **niña**, en tren de andar; recoge un poco su vestido, que le cae en abundantes pliegues, de suerte que pueden verse sus pies calzados con sandalias" (Freud, 1907 [1906], pag. 10).

9.5.2. "(…) Es que yo no tenía madre, ni hermana o hermano; para mi padre, una culebra ciega en alcohol era muchísimo más interesante que yo, y algo es preciso tener —así lo consideraba aun de **niña**— en lo cual una pueda ocupar sus pensamientos y todo lo que tiene que ver con estos" (Freud, 1907 [1906], pag. 27).

9.5.3. "(…) También averiguamos, desde un momento posterior, que en su infancia no rehuyó a otros niños; en esa época mantuvo amistad con una **niña** pequeña, era inseparable de ella, compartían sus pequeñas colaciones y le daba de manotazos, lo que le valía que ella le tirara del cabello" (…) "Sin duda que ella ya de **niña** mostraba la peculiaridad del bello andar, el paso con la punta del pie casi vertical, y por la figuración de ese andar, justamente, es que un bajorrelieve antiguo adquiere más tarde para Norbert Hanold su gran significación" (Freud, 1907 [1906], pag. 39).

9.5.4. "Reprimidos están en Norbert Hanold los recuerdos de su trato con la **niña** del bello andar, pero este no es todavía el abordaje justo de la situación psicológica" (Freud, 1907 [1906], pag. 41).

9.5.5. "(…) Un pequeño documento acaso muestre cuan torturante puede volverse este apetito de saber, sobre todo en niños más grandecitos; es la carta de una **niña** de once años y medio, huérfana de madre, que ha especulado sobre este problema con su hermanita menor" (Freud, 1907, pag. 119).

9.5.6. "(…) La anatomía ha discernido en el clítoris, dentro de la vulva femenina, un órgano análogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha podido agregar que ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la **niña** un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer" […] "En la **niña** pequeña se puede observar fácilmente que comparte por entero aquella estimación de su hermano. Desarrolla un gran interés por esa parte del cuerpo en el varón, interés que pronto pasa a estar comandado por la envidia. Se siente perjudicada, hace intentos de orinar en la postura posibilitada al varón por la posesión del pene grande, y cuando exterioriza el deseo: «Preferiría ser un muchacho», nosotros sabemos cuál es la falta que ese deseo está destinado a remediar" (Freud, 1908, pag. 194).

9.5.7. "(…) En un caso en que la educación había conseguido posponer la averiguación de lo sexual por un lapso particularmente largo, la **niña** de catorce años, ya menstruante, por incitación de sus lecturas dio en la idea de que estar casado consistía en una «*mezcla de la sangre*», y como su propia hermana aún no tenía el período, la concupiscente ensayó un atentado en una visitante que, según le había confesado, empezaba a menstruar, a fin de constreñirla a esa «mezcla de sangres»" (Freud, 1908, pag. 198).

9.5.8. "(…) Uno creería que determinado niño adquirió la noticia sobre los procesos reproductores en ciertos insectos; pero esta conjetura no se corrobora, la teoría aparece como una creación autónoma. Otras **niñas** descuidan el período de embarazo, la vida en el vientre materno, y suponen que el niño es dado a luz inmediatamente tras la noche del primer comercio" (Freud, 1908, pag. 200).

9.5.9. "(…) Ahora bien, aquí se muestra ya la influencia del sexo, pues el varoncito presenta inclinación a mociones hostiles mucho más hacia su padre que hacia su madre, y se inclina con mayor intensidad a emanciparse de aquel que de esta. Puede ocurrir que la actividad fantaseadora de la **niña** pequeña resulte harto más débil en este punto. En tales mociones concientemente recordadas de la infancia hallamos el factor que nos posibilita entender el mito" (Freud, 1909 [1908], pag. 218).

Tomo 10

Sexualidad Femenina:

10.1.1. No hay entradas.

Feminidad:

10.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (10):

10.3.1. “La respuesta es, naturalmente, falsa. El hace-pipí se le antoja cómico. Por otra parte, es la primera vez que admite de ese modo, en vez de desmentirla, la diferencia entre genital masculino y **femenino**” (Freud, 1909, pag. 20).

10.3.2. “(…) Puesto que, según estábamos autorizados a suponer por la prehistoria del pequeño, su libido adhería al deseo de ver el hace-pipí de la mamá, el padre debía sustraerle esa meta comunicándole que esta, y todas las otras personas del **sexo femenino**, como podía saberlo bien respecto de Hanna, no poseían hace-pipí alguno” (Freud, 1909, pag. 25).

10.3.3. “Desde luego, al niño le faltará una pieza esencial para entender las relaciones sexuales mientras el **genital femenino** no sea descubierto” (Freud, 1909, pag. 73).

10.3.4. NOTA AL PIE: “No hay ninguna necesidad de suponer aquí en Hans un **rasgo femenino** de añoranza por tener hijos. Puesto que él, como hijo, ha tenido arrobadoras vivencias junto a la madre, ahora repite esto en un papel activo, para lo cual no puede menos que hacer él mismo el papel de madre” (Freud, 1909, pag. 77).

10.3.5. “(…) No pueden prescindir del pene en la persona destinada a estimularlos para el comercio sexual, y en el mejor de los casos fijan su libido en la «mujer con pene», el jovencito de **femenina apariencia**. Los homosexuales son, entonces, personas a quienes el significado erógeno de su genital propio les ha impedido renunciar en su objeto sexual a esta semejanza con la persona propia” (Freud, 1909, pag. 90).

10.3.6. “El ulterior desarrollo de nuestro pequeño erótico no desemboca, empero, en la homosexualidad, sino en una masculinidad enérgica, de comportamiento polígamo, que sabe conducirse de manera diversa según los cambiantes **objetos femeninos**: unas veces, osada, conquista, y otras se consume, vergonzosa y añorante” (Freud, 1909, pags. 90-91).

10.3.7. “(…) Vemos al niño bajo el imperio de un componente pulsional sexual, el placer de ver, cuyo resultado es el deseo, que aflora siempre de nuevo y con mayor intensidad

cada vez, de ver desnudas a personas del **sexo femenino** que le gustan" (Freud, 1909, pag. 130).

10.3.8. "(…) Huelga consignar cuán grande extensión fue capaz de cobrar mediante este significado nuevo. «Tantas ratas, tantos florines» pudo, por ejemplo, valer como una certera caracterización de un **oficio femenino** muy aborrecido" (Freud, 1909, pag. 168).

10.3.9. "Un **trasero femenino** desnudo; en los pelos, liendres, larvas de piojos.

Fuente. Una escena olvidada, omitida en la confesión, con su hermana Julie, que tras la corrida se echó hacia atrás en la cama de modo que él tuvo esa visión desde adelante, sin piojos naturalmente. Sobre esto último, corrobora mi conjetura de que la palabra «liendres» {«*Nisse*») señala que algo simular ocurrió una vez en el cuarto de los niños" (Freud, 1909, pag. 220).

10.3.10. "(…) Hoy se atreve a abordar a la madre: un recuerdo muy temprano de cómo ella yace sobre el sofá, se endereza y saca algo amarillo de abajo de su vestido, y lo pone sobre un sillón. En ese momento él quiso tocarlo, gran horror; más tarde, en su recuerdo, eso devino una secreción, y de ahí una trasferencia: que todos los **miembros femeninos** de mi familia se ahogan en un mar de las más diversas y asquerosas secreciones" (Freud, 1909, pag. 231).

Mujer (45):

10.4.1. "Ya estas primeras observaciones nos despiertan la expectativa de que mucho, si no lo más, de cuanto el pequeño Hans nos muestra ha de ser típico del desarrollo sexual del niño. En una ocasión consigné que no hay que espantarse demasiado si en una **mujer** se encuentra la representación de mamar del miembro masculino. Esta chocante moción —decía— tiene un origen muy inocente, pues se deriva del mamar del pecho materno, para lo cual la teta de la vaca

—una mama por su naturaleza, pero un pene por su forma y situación— asume una mediación conveniente. El descubrimiento del pequeño Hans corrobora la primera parte de mi tesis" (Freud, 1909, pags. 8-9).

10.4.2. NOTA AL PIE: "Sobre el significado de su angustia; nada, todavía, sobre el hace-pipí de las **mujeres**" (Freud, 1909, pag. 26).

10.4.3. "Por esta fantasía ya podemos averiguar dos cosas: la primera, que la reprimenda de la madre surtió en su momento un intenso efecto sobre él, y la segunda, que al comienzo no acepta el esclarecimiento de que las **mujeres** no tienen un hace-pipí. Lamenta que deba ser así, y se aferra a él en la fantasía. Quizá tenga también sus razones para denegar creencia al padre por el momento" (Freud, 1909, pag. 29).

10.4.4. “El esclarecimiento que Hans ha recibido hace poco, a saber, que las **mujeres** efectivamente no poseen ningún hace-pipí, no pudo tener otro resultado que el de conmoverle su confianza en sí mismo y despertarle el complejo de castración. Por eso se revolvió contra esa comunicación y por eso ella no produjo éxito terapéutico: ¿Conque realmente existen seres vivos que no poseen un hace-pipí? ¡No sería entonces tan increíble que le quitaran el suyo; que, por así decir, lo hicieran **mujer**!” (Freud, 1909, pags. 31-32).

10.4.5. NOTA AL PIE: “No puedo interrumpir la trama lo bastante para mostrar cuánto de típico hay en estas ilaciones inconcientes de pensamiento que yo atribuyo aquí al pequeño Hans. El complejo de castración es la raíz inconciente más profunda del antisemitismo, pues ya en el cuarto de los niños el varoncito oye que a los judíos les han cortado algo en el pene —una parte del pene, cree él—, y esto le da derecho a despreciar al judío. Tampoco la arrogancia frente a la **mujer** tiene una raíz inconciente más poderosa que esta. Weininger, ese joven filósofo talentosísimo y sexualmente perturbado, que luego de su maravilloso libro *Geschlecht und Charakter* [1903] puso fin a su vida suicidándose, consideró con igual hostilidad, en un famoso capítulo, a los judíos y a la **mujer**, abrumándolos con los mismos denuestos. Weininger, como neurótico, estaba enteramente bajo el imperio de complejos infantiles; la referencia al complejo de castración es lo que allí tienen en común el judío y la **mujer**” (Freud, 1909, pag. 32).

10.4.6. “(…) Es evidente que ahora su interés recae sobre Lumpf y pipí, no sabemos por qué. La historia del barullo está tan poco satisfactoriamente esclarecida como la de los calzones amarillos y negros. Conjeturo que su agudo oído ha notado muy bien la diferencia del ruido según sea un hombre o una **mujer** quien orine. Pero el análisis ha comprimido algo artificialmente el material en la oposición entre las dos necesidades” (Freud, 1909, pag. 55).

10.4.7. “Vale decir, pues: **mujeres** grávidas. El arranque sádico inmediatamente anterior no puede dejar de tener algún nexo con nuestro tema” (Freud, 1909, pag. 68).

10.4.8. “(…) En quienes después serán homosexuales hallamos la misma preponderancia infantil de la zona genital, en especial del pene. Más aún: esta elevada estimación por el miembro masculino se convierte en destino para ellos. Escogen a la **mujer** como objeto sexual en su infancia mientras presuponen en ella la existencia de esta parte del cuerpo que reputan indispensable; cuando se convencen de que la **mujer** los ha engañado en este punto, ella se les vuelve inaceptable como objeto sexual. No pueden prescindir del pene en la persona destinada a estimularlos para el comercio sexual, y en el mejor de los casos fijan su libido en la «**mujer** con pene», el jovencito de femenina apariencia. Los homosexuales son, entonces, personas a quienes el significado erógeno de su genital propio

les ha impedido renunciar en su objeto sexual a esta semejanza con la persona propia. En el desarrollo desde el autoerotismo al amor de objeto han permanecido fijados en un lugar más próximo al primero" (Freud, 1909, pags. 89-90).

10.4.9. "(…) De las curas intentadas, la única provechosa fue un tratamiento de aguas en un instituto de X; pero se debió sólo a haber trabado allí con una **mujer** un vínculo que desembocó en un comercio sexual regular" (Freud, 1909, pag. 127).

10.4.10. NOTA AL PIE: "El doctor Alfred Adler, ex analista, examinó cierta vez, en una conferencia privada, el particular significado que poseen las primerísimas comunicaciones del paciente. He aquí una prueba de ello. Las palabras introductorias del paciente destacan el influjo que han ejercido sobre él los varones, el papel de la elección homosexual de objeto en su vida, y dejan resonar acto seguido un segundo motivo que más tarde resaltará como sustantivo: el conflicto y la oposición de intereses entre hombre y **mujer**. También debe considerarse dentro de este contexto el hecho de que a la primera bella gobernanta la recuerde por su apellido, que por casualidad se asemeja a un nombre masculino. En los círculos de clase media de Viena, lo común es llamar a una gobernanta por su nombre de pila, y que sea este el que se recuerde" (Freud, 1909, pags. 128-29).

10.4.11. "(…) El temor obsesivo rezaba, pues, restaurado su sentido: «Si yo tengo el deseo de ver desnuda a una **mujer**, mi padre tiene que morir»" (Freud, 1909, pag. 131).

10.4.12. "En la sesión siguiente, la séptima, él retoma el mismo tema. Dice no poder creer que haya tenido alguna vez ese deseo contra el padre. Se acuerda de una novela corta de Sudermann que le produjo honda impresión; en ella, una **mujer** sentía, junto al lecho de su hermana enferma, el deseo de que muriera para poder casarse con el marido de esa hermana" (Freud, 1909, pag. 145).

10.4.13. "Es preciso todavía tener presente la constelación en que hubo de formarse la gran idea obsesiva. En virtud de una prolongada abstinencia, así como de la amistosa solicitud con que el oficial joven puede contar entre las **mujeres**, él había devenido libidinoso, y además de ello había entrado, para las maniobras, en cierta enajenación respecto de su dama. Este acrecentamiento libidinal lo inclinó a retomar la lucha antigua y primordial contra la autoridad del padre, y osó pensar en una satisfacción sexual con otras **mujeres**. La duda en la feliz memoria que guardaba de su padre y los reparos contra el valor de la amada se habían acrecentado; en tal estado de ánimo, se dejó arrastrar a la blasfemia contra ambos, y luego se castigó por ello. Repetía de ese modo un viejo arquetipo. Cuando, concluidas las maniobras, vaciló tanto tiempo sobre si viajaría a Viena o permanecería para cumplir el juramento, lo que en verdad hacía era figurar en una unidad los dos conflictos

que desde siempre lo habían movido: si debía obedecer al padre y si debía permanecer fiel a la amada" (Freud, 1909, pag. 171).

10.4.14. "(…) La primera de estas teorías consiste en que los hijos salen por el ano; la segunda argumenta de manera consecuente con la posibilidad de que los varones puedan tener hijos lo mismo que las **mujeres**" (Freud, 1909, pag. 172).

10.4.15. "(…) Cuando regresó, a la pregunta sobre dónde había estado respondió: «Pues en lo de aquel anticuario»; en ese mismo momento le entró a la **mujer** la martirizadora duda: ¿No había poseído desde siempre el peine comprado para la niña? Desde luego, no atinó a descubrir el simple nexo" (Freud, 1909, pag. 178).

10.4.16. "Pero las dos corrientes conflictivas que restan tras esta simplificación, la oposición entre el padre y la amada, y la contradicción de amor y odio dentro de cada una de esas relaciones, nada tienen que ver entre sí, ni por su contenido ni genéticamente. El primero de esos dos conflictos corresponde a la oscilación normal entre varón y **mujer** como objetos de la elección amorosa, que le es acercada al niño por primera vez con la famosa pregunta: «¿A quién quieres más, a papá o a mamá?», y lo acompañará toda la vida a pesar de las diferencias en cuanto a la plasmación de las intensidades de sensación y a la fijación de las metas sexuales definitivas. Ahora bien, lo normal es que esta relación de oposición pierda pronto el carácter de una contradicción tajante, de un intransigente «o bien. . . o bien»; se deja espacio para los desiguales títulos de ambas partes, aunque también en la persona normal la estimación del valor de un sexo se compensa siempre con la desvalorización del otro" (Freud, 1909, pag. 186).

10.4.17. "Si de este modo el obsesivo ha descubierto el punto débil en la certidumbre de nuestra vida anímica, la infidelidad de la memoria, puede entonces, con su auxilio, extender la duda a todo, aun a acciones ya consumadas que todavía no estaban referidas al complejo amor-odio, y al pasado íntegro. Me acuerdo de aquella **mujer** que acababa de comprar en la tienda un peine para su hijita, y tras el recelo contra su marido empezó a dudar sobre si más bien no poseía el peine desde mucho tiempo atrás [pág. 178]. ¿Acaso no dice esta **mujer**, directamente: «Si puedo dudar de tu amor (y esto es sólo una proyección de su duda acerca de su propio amor hacia él), también puedo dudar de esto, puedo dudar de todo», entregando así a nuestro entendimiento el sentido oculto de la duda neurótica?" (Freud, 1909, pags. 189-90).

10.4.18. "(…) Otra vez cuando leyó en *Verdad y poesía* cómo Goethe, en un arrebato de ternura, se libró del efecto de una maldición que una amante había pronunciado para la **mujer** que besara sus labios" (Freud, 1909, pag. 205).

10.4.19. “(…) A los 11 años, iniciación en los secretos de la vida sexual por un primo a quien ahora odia terriblemente, que le presentó a todas las **mujeres** como unas putas, también a su madre y hermanas, de suerte que él le hizo la contrapregunta: «¿Crees lo mismo de tu madre?»” (Freud, 1909, pag. 217).

10.4.20. “A uno de sus secretarios de juzgado, un tipo sucio, se lo representa desnudo y una **mujer** le hace *minette* [*fellatio*]. ¡De nuevo mi hija! El tipo sucio es él mismo. Es que quiere ser pronto secretario para casarse” (Freud, 1909, pag. 221).

10.4.21. “(…) Se trata de una imagen: yo y mi **mujer** yacemos en la cama, entre nosotros un niño muerto. El sabe el origen. De pequeño (edad indeterminada, quizá cinco o seis años), yació así entre padre y madre y mojó la cama, tras lo cual el padre le pegó y lo echó afuera. El niño muerto sólo puede ser su hermana Katherine, él no puede menos que haber sacado provecho de su muerte. Confirma que la escena fue después de la muerte de ella” (Freud, 1909, pag. 222).

10.4.22. “(…) En efecto, cuenta una historia más: Cuando, pocos años antes, el padre regresó de Gleichenberg, dijo a su **mujer** que había visto un número tan increíblemente elevado de malas esposas que, después de treinta y tres años de matrimonio, se veía precisado a rogarle que le asegurase que nunca le había sido infiel” (Freud, 1909, pag. 228).

10.4.23. “(…) Es evidente que se defiende contra la tentación fantaseada de casarse con mi hija y no con su prima, también insultos contra mi **mujer** y mi hija” (Freud, 1909, pag. 229).

10.4.24. “Las trasferencias roñosas prosiguen, y se anuncian otras. Se revela como un olfateador, que en su juventud era capaz de discernir la ropa de las personas por su olor; para él existían olores de familia, sentía placer en oler los cabellos de las **mujeres**. Así se averigua, además, que se ha creado una trasferencia de la lucha Inconciente a raíz de la cual ha enfermado, replanteando {*schieben*} sobre la costurera su amor por la prima, y que ahora la hace competir con mi hija, que sería el partido más rico y encumbrado socialmente. Su potencia con la costurera es excelente. Hoy se atreve a abordar a la madre: un recuerdo muy temprano de cómo ella yace sobre el sofá, se endereza y saca algo amarillo de abajo de su vestido, y lo pone sobre un sillón. En ese momento él quiso tocarlo, gran horror; más tarde, en su recuerdo, eso devino una secreción, y de ahí una trasferencia: que todos los miembros femeninos de mi familia se ahogan en un mar de las más diversas y asquerosas secreciones. Suponía que todas las **mujeres** tienen secreciones asquerosas y luego le asombró mucho no descubrirlas en sus dos enredos amorosos. La madre sufría del bajo vientre y ahora tiene mal olor genital, cosa que lo molesta terriblemente. Ella misma

dice que hiede si no se baña a menudo, pero que no se puede permitir ese lujo; y esto a él lo horroriza" (Freud, 1909, pag. 231).

10.4.25. "Todo lo malo de su naturaleza, opina, lo tiene del lado materno. El abuelo materno era un hombre brutal que maltrataba a su **mujer**" (Freud, 1909, pag. 233).

10.4.26. "Anudada —pero no se puede determinar dónde—, una fantasía de trasferencia: entre dos **mujeres**, mi esposa y mi madre, hay estirado un arenque que del ano de una llega al de la otra, hasta que una niña lo corta en dos pedazos, tras lo cual los dos fragmentos (están como mondados) caen" (Freud, 1909, pags. 240-41).

10.4.27. "(…) Resume su sexualidad diciendo que se ha contentado con mirar, en el caso de la señorita Peter y otras **mujeres**. Toda vez que pensaba en una **mujer** desnuda que lo estimulaba, tenía una erección" (Freud, 1909, pag. 242).

10.4.28. "(…) Con esto encuentra destino al arenque de la fantasía trasferencial. Una vez anterior, cuando él me contó cómo su muchacha estaba echada boca abajo y el vello pubiano era visible por atrás, yo había lamentado que las **mujeres** no pusieran ahora ningún cuidado en esto, y lo califiqué de feo, y por eso cuida él por la falta de vello de las dos **mujeres** [en esa fantasía].

Mi madre debe de significar su abuela, que él mismo no ha conocido, pero se le ocurre la abuela de la prima. Casa dirigida por dos **mujeres**. Cuando yo le ofrecí la pequeña colación [pág. 237], tuvo enseguida la idea de que había sido preparada por dos **mujeres**" […] "Si *la rata es el gusano*, entonces es también el pene; me decido a decírselo. Así pues, su fórmula es simplemente la exteriorización libidinal del comercio sexual, de expresión arcaica (teoría sexual infantil del comercio por el ano), provista de un lado de deseo y otro de ira, de doble cara como la maldición de restregar el culo de los eslavos del Sur [pág. 168]. Antes me comunica hoy, muy alegre, la solución de la última fantasía. Mi ciencia es la niña que con alegre superioridad y «genialidad sonriente» soluciona el problema, despoja a sus ideas de sus disfraces, y así libera a las dos **mujeres** de sus deseos de arenques" (Freud, 1909, pág. 243).

10.4.29. "(…) Meses antes de que se formara, se topó por la calle con una **mujer** en quien al punto reconoció a una prostituta, o al menos a una **mujer** que mantenía relaciones sexuales con su acompañante. Ante la peculiar sonrisa de ella, tuvo la peregrina idea de que la prima estaba en el cuerpo de ella y sus genitales colocados por detrás de los de la **mujer**, de suerte que algo recibía a cada coito" (Freud, 1909, pag. 244).

10.4.30. "De ese hermoso cuerpo había escuchado hablar en 1898 a su hermana Hilde, cuando él se enamoró de ella. Le causó impresión tanto mayor cuanto que la propia Hilde

es muy bella de cuerpo. Esta es quizá la raíz de su amor. La prima supo entonces de qué hablaban, y se puso roja. También la costurera T., la que luego se mató, dijo que ella sabía bien que la prima era oficialmente considerada por él la más hermosa de las **mujeres,** aunque él bien sabe que las hay más hermosas" (Freud, 1909, pag. 248).

Niña (19):

10.5.1. NOTA AL PIE: "(…) En verdad, también la **niñita** posee un pequeño hace-pipí, que nosotros llamamos clítoris, si bien es cierto que no crece, sino que permanece atrofiado" (Freud, 1909, pag. 12).

10.5.2. "Un día, por la calle, Hans enferma de angustia: aun no puede decir de qué tiene miedo, pero al comienzo de su estado de angustia deja traslucir al padre el motivo de su condición de enfermo, la ganancia de la enfermedad. Quiere permanecer junto a la madre, hacerse cumplidos con ella; acaso, como opina el padre [pag. 80], contribuya a esta añoranza el recuerdo de haber estado separado de ella cuando vino la **niña**" (Freud, 1909, pags. 93-94).

10.5.3. "Y ahora Hans nos depara la sorpresa para la cual, de hecho, no estábamos preparados. Ha notado la gravidez de la madre, que culminó con el nacimiento de la pequeña cuando él tenía 3 1/2 años, y, al menos después del alumbramiento, se ha construido el correcto estado de cosas, quizá sin poderlo exteriorizar; en aquel momento sólo se observó que apenas producido el parto tuvo un comporta- miento harto escéptico frente a todos los signos destinados a indicar la presencia de la cigüeña [pág. 11]. *Pero que en lo inconciente, y en total oposición a sus dichos oficiales, ha sabido de dónde vino la* ***niña*** *y dónde moraba antes,* he ahí algo evidenciado fuera de toda duda por este análisis; es quizá su pieza más inconmovible" (Freud, 1909, pag. 104).

10.5.4. "(…) A los doce años de edad amaba a una **niña**, hermana de un amigo (preguntado, dice que no con un amor sensual, no quería verla desnuda, era demasiado pequeña), pero ella no era con él todo lo tierna que él deseaba" (Freud, 1909, pag. 141).

10.5.5. "(…) Ahora bien, sólo por un *desplazamiento* del afecto de reproche yo pude explicarme el contraste entre sus escrúpulos con los florines de papel y su falta de miramientos para abusar de las **niñas** a él confiadas" (Freud, 1909, pag. 155).

10.5.6. "(…) Era fuerza que se debiera a ese solo punto que el pensamiento de la muerte del padre ocupara al pequeño con intensidad inhabitual y abusiva (pág. 130), que tales pensamientos afloraran en el texto de sus ideas obsesivas infantiles, que pudiera desear esa muerte para que cierta **niña**, enternecida por la compasión, le mostrara cariño (págs. 141-2)" (Freud, 1909, pag. 158).

10.5.7. “(…) Cuando regresó, a la pregunta sobre dónde había estado respondió: «Pues en lo de aquel anticuario»; en ese mismo momento le entró a la mujer la martirizadora duda: ¿No había poseído desde siempre el peine comprado para la **niña**? Desde luego, no atinó a descubrir el simple nexo” (Freud, 1909, pag. 178).

10.5.8. “(…) A propósito del sueño: poco antes había visto en la ciudad un collar de perlas, y pensó que si tuviera dinero lo compraría para ella. «Perla de **niña**», le decía a menudo a ella, un giro usual entre los suyos. Además, «perla» le conviene bien a ella como algo precioso escondido, que uno tiene que buscar primero en la concha” (Freud, 1909, pag. 214).

10.5.9. “(…) Los detalles contados apenas dejan dudas de que este hombre ha atacado sexualmente a la **niña**, y halló solicitación en algo dentro de la **niña** misma, de lo cual ella no tenía noticia: el amor trasferido de su propio padre, que le faltaba desde hacía seis años. Así, la situación entre ambos es como glacial y tensa” (Freud, 1909, pag. 219).

10.5.10. “Cuenta dos encantadoras historias infantiles. Una, sobre una **niña** de 5 o 6 años que sentía terrible curiosidad por San Nicolás, se finge dormida y entonces ve cómo papá y mamá llenan sus zapatos y calcetines con manzanas y peras” (Freud, 1909, pag. 231).

10.5.11. “Anudada —pero no se puede determinar dónde—, una fantasía de trasferencia: entre dos mujeres, mi esposa y mi madre, hay estirado un arenque que del ano de una llega al de la otra, hasta que una **niña** lo corta en dos pedazos, tras lo cual los dos fragmentos (están como mondados) caen.

Acerca de esto, sólo la confesión de que el arenque no le gusta en absoluto; en una comida le sirvieron últimamente arenques, pero no los tocó. La **niña** es una que ha visto en la escalera y creyó que era mi hija de 12 años” (Freud, 1909, pags. 240-41). 10.5.12. “(…) Se acuerda con nitidez, en la piscina de damas había dos **niñas** de 12 y 13 años cuyas piernas le gustaron tanto que deseó claramente tener una hermana con piernas tan lindas” (…) “Sobre la **niña** que soluciona la tarea difícil con una «genialidad juguetona», se le ocurre Mizzi Q., una encantadora **niñita** que tenía 8 años cuando él se trataba con la familia de ella y aún no se había recibido de doctor. Viaje a Salzburgo hacia las 6 de la mañana” (Freud, 1909, pag. 242).

10.5.13. “(…) Antes me comunica hoy, muy alegre, la solución de la última fantasía. Mi ciencia es la **niña** que con alegre superioridad y «genialidad sonriente» soluciona el problema, despoja a sus ideas de sus disfraces, y así libera a las dos mujeres de sus deseos de arenques” (Freud, 1909, pag. 243).

10.5.14. “Alegre. Profusión de otras ocurrencias, trasferencias, etc., que momentáneamente renunciamos a interpretar. A raíz de la **niña** que solucionó la conexión

del arenque —la ciencia—, una fantasía: él le da un puntapié a esa **niña** y luego el padre rompe un cristal de ventana. Acerca de esto, una historia que fundamenta su inquina contra el padre" (Freud, 1909, pag. 245).

Tomo 11

Sexualidad Femenina:

11.1.1. No hay entradas.

Feminidad (2):

11.2.1. “Toda vez que el primitivo ha erigido un tabú es porque teme un peligro, y no puede negarse que en todos esos preceptos de evitación se exterioriza un horror básico a la mujer. Acaso se funde en que ella es diferente del varón, parece eternamente incomprensible y misteriosa, ajena y por eso hostil. El varón teme ser debilitado por la mujer, contagiarse de su **feminidad** y mostrarse luego incompetente. Acaso el efecto adormecedor del coito, resolutorio de tensiones, sea arquetípico respecto de tales temores, y la percepción de la influencia que la mujer consigue sobre el hombre mediante el comercio sexual, la elevada consideración que así obtiene, quizás explique la difusión de esa angustia. Nada de esto ha caducado, sino que perdura entre nosotros” (Freud, 1918 [1917], pag. 194).

11.2.2. “Hace unos días se presentó en mi consultorio, acompañada por una amiga en papel de protectora, una dama de mediana edad -entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años- que se quejaba de estados de angustia. Bastante bien conservada, era evidente que no había dado por concluida su **feminidad**. La ocasión del estallido de esos estados había sido su separación de su último esposo; pero indicó que la angustia se le había acrecentado mucho después de consultar a un joven médico en el suburbio en que vivía. Es que este le había dicho que la causa de su angustia era su privación sexual, que ella no podía prescindir del comercio con el varón y, por eso, sólo tenía tres caminos para recuperar la salud: regresar junto a su marido, tomar un amante o satisfacerse sola. Desde entonces ella tuvo el convencimiento de que era incurable, pues no quería regresar junto a su marido, y su moral y religiosidad le vedaban los otros dos recursos” (Freud, 1910, pag. 221).

Femenina/o (23):

11.3.1. “Hacia la época en que el niño es gobernado por el complejo nuclear no reprimido todavía, una parte significativa de su quehacer intelectual se pone al servicio de los intereses sexuales. Empieza a investigar de dónde vienen los niños y, valorando los indicios que se le ofrecen, colige sobre las circunstancias efectivas más de lo que los adultos sospecharían. Por lo común, la amenaza material que le significa un hermanito, en

el que ve al comienzo sólo al competidor, despierta su interés de investigación. Bajo el influjo de las pulsiones parciales activas dentro de él mismo, alcanza cierto número de *teorías sexuales infantiles*. Por ejemplo, que ambos sexos poseen el mismo genital masculino, que los niños se conciben por el comer y se paren por el recto, y que el comercio entre los sexos es un acto hostil, una suerte de sometimiento. Pero justamente la inmadurez de su constitución sexual y la laguna en sus noticias que le provoca la latencia del **canal sexual femenino** constriñen al investigador infantil a suspender su trabajo por infructuoso. El hecho de esta investigación infantil, así como las diversas teorías sexuales que produce, conservan valor determinante para la formación de carácter del niño y el contenido de su eventual neurosis posterior" (Freud, 1910 [1909], pags. 43-44).

11.3.2. "Su carácter como hombre mostraba todavía muchos otros rasgos insólitos y aparentes contradicciones. Cierta inactividad e indiferencia parecía inequívoca en él. En una época en que todo individuo procuraba conquistarse el más vasto campo para su quehacer, lo que forzosamente exige desplegar una enérgica agresividad hacia los demás, Leonardo se destacaba por su espíritu pacífico y calmo, que evitaba enemistades y querellas. Era suave y benévolo con todos, declinaba comer carne por considerar ilícito quitar la vida a los animales, y sentía un gusto particular en dejar en libertad a los pájaros que compraba en el mercado. Condenaba la guerra y el derramamiento de sangre, y no consideraba al hombre el rey de los animales, sino la más alevosa de las bestias salvajes. Pero esta **femenina terneza** de su sensibilidad no le impedía acompañar hasta el cadalso a los criminales para estudiar sus gestos desencajados por la angustia y esbozarlos en sus cuadernos de notas; tampoco era obstáculo para que proyectara las más crueles armas ofensivas y entrara al servicio de Cesare Borgia como su ingeniero militar en jefe. Con frecuencia parecía indiferente hacia el bien y el mal, o pedía ser medido con un rasero particular. Con un puesto de mando, acompañó a Cesare en la campaña que pondría a este, el más despiadado y solapado de todos los enemigos, en posesión de la Romagna. Ni una línea en los cuadernos de Leonardo deja traslucir una crítica o una toma de posición frente a los sucesos de esos días. Acaso no fuera desacertada la comparación con Goethe durante la campaña de Francia" (Freud, 1910, pag. 64).

11.3.3. "(…) En una época que asistía al combate entre la sensualidad más desenfrenada y un seco ascetismo, Leonardo era un ejemplo de una fría desautorización de lo sexual que no esperaríamos en el artista y figurador de la **belleza femenina**" (Freud, 1910, pags. 64-65).

11.3.4. "Si consideramos, pues, la fantasía de Leonardo con los ojos del psicoanalista, no nos 'presenta por mucho tiempo una apariencia desconocida; creemos recordar que a

menudo, por ejemplo en sueños, hemos hallado algo parecido, de suerte que nos atreveríamos a traducir esta fantasía de su lenguaje privado {*eigentümliche Sprache*} a palabras comunes comprensibles. Y bien; la traducción apunta a lo erótico. Cola, «*coda*», es uno de los más familiares símbolos y designaciones sustitutivas del miembro viril, no menos en italiano que en otras lenguas; la situación contenida en la fantasía, a saber, que un buitre abriese la boca del niño y se empeñase en hurgarle dentro [cf. pág. 77, n. 11], corresponde a la representación de una *fellatio*, un acto sexual en que el miembro es introducido en la boca de la persona usada. Es bastante raro que esta fantasía posea un carácter tan enteramente pasivo; por lo demás, recuerda a ciertos sueños y fantasías de mujeres u homosexuales pasivos (que desempeñan el **papel femenino** en el acto sexual)" (Freud, 1910, pag. 80).

11.3.5. "(…) Ahora bien, en la mayoría de sus figuraciones los egipcios dieron plasmación fálica a esta divinidad materna de cabeza de buitre; su **cuerpo**, caracterizado como **femenino** por los pechos, llevaba un miembro masculino en estado de erección" (Freud, 1910, pags. 87-88).

11.3.6. "La mitología puede informarnos de que la figura andrógina, la reunión de **caracteres sexuales** masculinos y **femeninos**, no era exclusiva de Mut; la tenían asimismo otras divinidades, como Isis y Hathor, pero estas quizá sólo en la medida en que también poseían naturaleza materna y estaban fusionadas con Mut. Nos enseña, además, que otras divinidades de los egipcios, como Neith de Sais, desde la que se desarrolló más tarde la Atenea de los griegos, fueron concebidas en su origen como andróginas, es decir, hermafroditas, y que esto mismo era válido para los dioses griegos, en particular los del círculo de Dioniso, pero también para Afrodita, limitada más tarde al carácter de **diosa femenina** del amor. Y acaso la mitología intente después explicarnos que el falo adosado al **cuerpo femenino** estaba destinado a significar la fuerza creadora primordial de la naturaleza, y que todas estas figuras divinas hermafroditas expresan la idea de que sólo la reunión de macho y hembra es capaz de proporcionar una figuración digna de la perfección divina. Pero ninguna de estas puntualizaciones nos aclara el enigma psicológico de que a la fantasía de los seres humanos no le escandalice dotar del signo de la fuerza viril, lo opuesto a la maternidad, a una figura en que supuestamente se corporizaría la esencia de la madre" (Freud, 1910, pag. 88).

11.3.7. "(…) Bajo el influjo de esta amenaza de castración, él reinterpreta ahora su concepción de los **genitales femeninos**; en lo sucesivo temblará por su propia virilidad, pero al mismo tiempo despreciará a las desdichadas criaturas en quienes, en su opinión, ya se ha consumado ese cruel castigo" (Freud, 1910, pag. 89).

11.3.8. "(…) La veneración fetichista del **pie y el zapato femeninos** parece tomar a aquel sólo como un símbolo sustitutivo del miembro de la mujer otrora venerado, y echado de menos desde entonces; los «cortadores de trenzas» desempeñan, sin saberlo, el papel de personas que ejecutan el acto de la castración en los **genitales femeninos**" (Freud, 1910, pag. 90).

11.3.9. "(…) Todos nuestros varones homosexuales habían mantenido en su primera infancia, olvidada después por el individuo, una ligazón erótica muy intensa con una **persona del sexo femenino**, por regla general la madre, provocada o favorecida por la hiperternura de la madre misma y sustentada, además, por un relegamiento del padre en la vida infantil. Sadger ha destacado que la madre de sus pacientes homosexuales era a menudo un marimacho, una mujer con enérgicos rasgos de carácter, capaz de expulsar al padre de la posición que le corresponde; en ocasiones yo he visto lo mismo, pero he recibido una impresión más fuerte de aquellos casos en que el padre faltó desde el comienzo o desapareció tempranamente, de suerte que el varoncito quedó librado al **influjo femenino**. De todos modos, parece como si la presencia de un padre fuerte asegurara al hijo varón, en la elección de objeto, la decisión correcta por alguien del sexo opuesto" (Freud, 1910 pags. 92-93).

11.3.10. "Quien evoque los retratos de Leonardo, recordará una sonrisa maravillosa, cautivadora y enigmática, que él ha ensalmado en los labios de sus **figuras femeninas**" (Freud, 1910, pag. 100).

11.3.11. "(…) Estos cuadros respiran una mística en cuyo misterio no osamos penetrar; uno puede intentar, a lo sumo, establecer su enlace con las anteriores creaciones de Leonardo. Las figuras son de nuevo andróginas, pero ya no en el sentido de la fantasía sobre el buitre; son hermosos jóvenes de **femenina ternura** y con **formas femeninas**; ya no bajan los ojos, sino que miran como en misterioso triunfo, como si supieran de una gran dicha lograda sobre la que fuera preciso callar; la consabida sonrisa arrobadora deja vislumbrar que se trata de un secreto de amor. Es posible que en estas figuras Leonardo desmintiera y superara en el arte la desdicha de su vida amorosa, figurando, en esa beatífica reunión de una **esencia** masculina y **femenina**, el cumplimiento de deseo del niño fascinado por su madre" (Freud, 1910, pags. 109-110).

11.3.12. "(…) La investigación biológica de nuestra época se inclina a explicar los rasgos principales de la constitución orgánica de un ser humano mediante la mezcla de **disposiciones** masculinas y **femeninas** en el sentido de las sustancias materiales [químicas]; tanto la belleza física como la zurdera de Leonardo ofrecerían muchos apuntalamientos para esto" (Freud, 1910, pag. 126).

11.3.13. "(…) Como el contenido más universal de este material patógeno, se destaca la fijación incestuosa no superada a la madre y hermanas. Además, debe tenerse en cuenta la influencia de impresiones penosas accidentales que se anudan al quehacer sexual infantil, así como los factores que de una manera general reducen la libido susceptible de ser dirigida al **objeto sexual femenino**" (Freud, 1912, pag.174).

11.3.14. "Opino que esa condición de lo prohibido es equiparable, en la **vida amorosa femenina**, a la necesidad de degradación del objeto sexual en el varón. Ambas son consecuencias de prolongado diferimiento entre madurez genésica y quehacer sexual, que la educación exige por razones culturales. Y ambas buscan cancelar la impotencia psíquica que resulta del desencuentro entre mociones tiernas y sensuales. Si el resultado de idénticas causas se muestra tan diverso en la mujer y en el varón, acaso se debe a otra diferencia entre la conducta de uno y otro sexo. La mujer de cultura no suele trasgredir la prohibición del quehacer sexual durante ese lapso de espera, y así adquiere el íntimo enlace entre prohibición y sexualidad. El varón la infringe en la mayoría de los casos bajo la condición de la degradación del objeto, y por eso retoma esta última en su posterior vida amorosa" (Freud, 1912, pag. 180).

11.3.15. "Preferiría no considerar en este punto los tan frecuentes intentos de huir del primer comercio sexual; en efecto, ellos son multívocos y ha de concebírselos en lo principal -aunque no en su totalidad- como expresión del universal afán defensivo de la mujer. En cambio, creo que arrojan luz sobre el enigma de la **frigidez femenina** ciertos casos en que la mujer, tras el primer comercio sexual y tras cada uno de los subsiguientes, expresa sin tapujos su hostilidad al varón insultándolo, levantándole la mano o pegándole de hecho. En un notable caso de esa índole que me fue posible analizar a fondo, ello acontecía a pesar de que la mujer amaba mucho a su marido y ella misma solía pedirle el coito, en el que sin ninguna duda hallaba gran satisfacción. Opino que esta rara reacción contraria es el resultado de las mismas mociones que de ordinario sólo pueden exteriorizarse como frigidez, vale decir, son capaces de atajar la reacción tierna, pero no de imponerse ellas mismas. En el caso patológico se desagrega, por así decir, en sus dos componentes eso mismo que en la frigidez, mucho más frecuente, se aúna en un efecto inhibitorio; esto es en un todo semejante a lo que hace ya tiempo hemos discernido en los llamados «síntomas de dos tiempos» de la neurosis obsesiva. El peligro que de ese modo se suscitaría por la desfloración de la mujer consistiría en atraerse su hostilidad, y justamente su futuro marido tendría todas las razones para evitarla.

Ahora bien, el análisis permite colegir fácilmente las mociones que colaboran en la mujer para producir aquella paradójica conducta en la que espero hallar el esclarecimiento de la

frigidez. El primer coito moviliza toda una serie de tales mociones, inutilizables para la deseada **actitud femenina**; por cierto que algunas de ellas no necesariamente habrán de repetirse en los actos posteriores. En primer término, cabe pensar aquí en el dolor que se inflige a la virgen en la desfloración, y acaso uno se inclinaría a considerar decisivo este factor, absteniéndose de buscar otros. No obstante, el dolor mismo no consiente bien que le atribuyamos esa significatividad; más bien es preciso remplazarlo por la afrenta narcisista engendrada por la destrucción de un órgano y que hasta encuentra subrogación acorde a la ratio en el conocimiento del menor valor sexual de la desflorada. Por otra parte, las costumbres relativas a la boda entre los primitivos contienen una advertencia contra esa sobrestimación. Consignamos ya que en muchos casos el ceremonial es de dos tiempos; al desgarramiento del himen (ejecutado con la mano o con un instrumento) sigue un coito oficial o seudocoito con los subrogadores del esposo, lo cual nos muestra que el sentido del tabú no se agota en evitar la desfloración anatómica, sino que está destinado a ahorrarle al marido algo más que la reacción de su cónyuge ante la lesión dolorosa" (Freud, 1918 [1917], pags. 197-98).

11.3.16. "Otro motivo cala hasta estratos todavía más profundos; puede demostrarse que es el principal responsable de la reacción paradójica frente al marido y, en mi opinión, exterioriza su influjo también en la frigidez de la mujer. Además de las antiguas mociones ya descritas, el primer coito activa en la mujer otras por entero contrarias a la función y al **papel femeninos**" (Freud, 1918 [1917], pags. 199-200).

Mujer (123):

11.4.1. "(…) Es notorio cuán a menudo grandes artistas se complacen en desfogar su fantasía en figuraciones eróticas y aun burdamente obscenas; de Leonardo, en cambio, sólo poseernos algunos dibujos anatómicos sobre los genitales internos de la **mujer**, la ubicación del feto en el seno materno, etc" (Freud, 1910, pag. 65).

11.4.2. "Es dudoso que Leonardo haya abrazado alguna vez a una **mujer** en arrebato amoroso; tampoco se tiene noticia de un vínculo anímico íntimo con una **mujer**, como el de Miguel Angel con Vittoria Colonna" (Freud, 1910, pag. 68).

11.4.3. "(…) Es bastante raro que esta fantasía posea un carácter tan enteramente pasivo; por lo demás, recuerda a ciertos sueños y fantasías de **mujeres** u homosexuales pasivos (que desempeñan el papel femenino en el acto sexual)" (Freud, 1910, pag. 80).

11.4.4. "La inclinación a tomar en la boca el miembro del varón para mamarlo, que la sociedad civilizada incluye entre las más aborrecibles perversiones sexuales, se presenta empero con mucha frecuencia entre las **mujeres** de nuestra época -y, como lo prueban

antiguas obras plásticas, también de épocas anteriores- y en el estado del enamoramiento parece perder todo carácter repelente. El médico encuentra fantasías basadas en esa inclinación aun en **mujeres** que no han tomado conocimiento de la posibilidad de una satisfacción sexual de esa clase a través de la lectura de la *Psychopathia Sexualis* de Von Krafft-Ebing [1893] o de alguna otra comunicación. Al parecer, a las **mujeres** les resulta fácil crear por sí mismas esas fantasías de deseo" (Freud, 1910, pag. 81).

11.4.5. "(…) Si de acuerdo con las mejores informaciones provenientes de la Antigüedad los buitres debían hacerse fecundar por el viento, ¿por qué no podría haber ocurrido alguna vez lo mismo con una **mujer**?" […] "La alusión establecida por aquellos autores a la representación de la Virgen con el Niño, cara a todo artista, no pudo menos que contribuir a que esa fantasía le pareciera valiosa y significativa. Y a esto se sumaba el identificarse con Cristo niño, el consolador y salvador no sólo de esta única **mujer**" (Freud, 1910, pag. 84)

11.4.6. "(…) Halla demasiado valiosa e importante a esta parte de su cuerpo para creer que podría faltarle a otras personas que siente tan parecidas a él. Como no tiene la posibilidad de colegir que existe otro tipo de genitales, igualmente valiosos, tiene que recurrir a la hipótesis de que todos los seres humanos, también las **mujeres**, poseen un miembro como el de él" […] "Antes que el niño cayera bajo el imperio del complejo de castración, en la época en que la **mujer** conservaba pleno valor para él, empezó a exteriorizarse en él un intenso placer de ver como quehacer pulsional erótico. Quería ver los genitales de otras personas; en el origen, probablemente, a fin de compararlos con los propios. La atracción erótica que partía de la persona de la madre culminó pronto en la añoranza de sus genitales, que él tenía por un pene. Con el discernimiento, adquirido sólo más tarde, de que la **mujer** no posee pene, esa añoranza a menudo se vuelca súbitamente a su contrario, deja sitio a un horror que en la pubertad puede convertirse en causa de la impotencia psíquica, de la misoginia, de la homosexualidad duradera. Pero la fijación al objeto antaño ansiosamente anhelado, el pene de la **mujer**, deja como secuela unas huellas imborrables en la vida anímica del niño que ha recorrido con particular ahondamiento esa pieza de investigación sexual infantil. La veneración fetichista del pie y el zapato femeninos parece tomar a aquel sólo como un símbolo sustitutivo del miembro de la **mujer** otrora venerado, y echado de menos desde entonces; los «cortadores de trenzas desempeñan, sin saberlo, el papel de personas que ejecutan el acto de la castración en los genitales femeninos" (Freud, 1910, pags. 89-90).

11.4.7. "Los varones homosexuales que en nuestros días han emprendido una enérgica acción contra la limitación legal de sus prácticas gustan de presentarse, por boca de sus

portavoces teóricos, como una variedad sexual distinta desde el comienzo, como un grado sexual intermedio, un «tercer sexo». Arguyen que serían hombres a quienes unas condiciones orgánicas, desde su concepción misma, compelen a buscar en el varón el contento que se les rehusaría en la **mujer**. Así como miramientos humanos nos llevan a suscribir de buen grado sus reclamos, de igual modo acogeremos con reserva sus teorías, que han sido formuladas sin tener en cuenta la génesis psíquica de la homosexualidad. El psicoanálisis ofrece el medio para llenar estas lagunas y someter a examen las aseveraciones de los homosexuales. Sólo ha podido dar cima a esta tarea en un escaso número de personas, pero todas las indagaciones emprendidas hasta ahora han aportado el mismo, sorprendente, resultado. Todos nuestros varones homosexuales habían mantenido en su primera infancia, olvidada después por el individuo, una ligazón erótica muy intensa con una persona del sexo femenino, por regla general la madre, provocada o favorecida por la hiperternura de la madre misma y sustentada, además, por un relegamiento del padre en la vida infantil. Sadger ha destacado que la madre de sus pacientes homosexuales era a menudo un marimacho, una **mujer** con enérgicos rasgos de carácter, capaz de expulsar al padre de la posición que le corresponde; en ocasiones yo he visto lo mismo, pero he recibido una impresión más fuerte de aquellos casos en que el padre faltó desde el comienzo o desapareció tempranamente, de suerte que el varoncito quedó librado al influjo femenino. De todos modos, parece como si la presencia de un padre fuerte asegurara al hijo varón, en la elección de objeto, la decisión correcta por alguien del sexo opuesto" (Freud, 1910, pags. 92-93).

11.4.8. "(…) Unas consideraciones psicológicas de mayor profundidad justifican la tesis de que la persona devenida homosexual por esa vía permanece en lo inconciente fijada a la imagen mnémica de su madre. En virtud de la represión del amor por su madre, conserva a este en su inconciente y desde entonces permanece fiel a la madre. Cuando parece correr como amante tras los muchachos, lo que en realidad hace es correr a refugiarse de las otras **mujeres** que podrían hacerlo infiel. Además, por la observación directa de casos hemos podido comprobar que esas personas, en apariencia sólo receptivas para el encanto masculino, en verdad están sometidas como las normales a la atracción que parte de la **mujer**; pero en cada nueva oportunidad se apresuran a trasladar a un objeto masculino la excitación recibida de la **mujer**, y de esa manera repiten de continuo el mecanismo por el cual han adquirido su homosexualidad" (Freud, 1910, pag. 94).

11.4.9. "En varios de los que formularon juicios sobre esto ha actuado la vislumbre de que en el sonreír de Monna Lisa se reúnen dos elementos diversos. Por eso disciernen en el juego facial de la hermosa florentina la figuración más perfecta de los opuestos que

gobiernan la vida amorosa de la **mujer**: la reserva y la seducción, la ternura plena de entrega y la sensualidad en despiadado acecho que devora al varón como a algo extraño" (Freud, 1910, pag. 101).

11.4.10. "Nos enteramos así de que su ejercicio del arte se inició con dos clases de objetos que no pueden menos que recordarnos a las dos clases de objetos sexuales que descubrimos a partir del análisis de su fantasía sobre el buitre. Si las cabezas de niño eran multiplicaciones de su propia persona infantil, las **mujeres** sonrientes no son otra cosa que repeticiones de Caterina, su madre, y empezamos a vislumbrar la posibilidad de que su madre hubiera poseído esa misteriosa sonrisa que él había perdido y que tanto lo cautivó al reencontrarla en la dama florentina.

La pintura de Leonardo más próxima en el tiempo a la Monna Lisa es la llamada Santa Ana, la Virgen y el Niño. Ambas **mujeres** muestran la sonrisa leonardesca en bellísima plasmación. Es imposible determinar cuánto tiempo antes o después del retrato de Monna Lisa empezó Leonardo a trabajar en esta obra." (Freud, 1910, pag. 104).

11.4.11. "(…) El grupo no deja de tener, por cierto, una apariencia un poco forzada. Pero la sonrisa que juega en los labios de ambas **mujeres**, si bien es inequívocamente la misma que la del cuadro de Monna Lisa, ha perdido su carácter ominoso {*unheimlich*} y enigmático; expresa interioridad y calma beatitud. […] Santa Ana, la madre de María y abuela del niño, que por fuerza sería una matrona, aquí es plasmada como algo más madura y severa que María, pero como una **mujer** joven todavía, y de belleza no marchita. En realidad, Leonardo ha dado dos madres al niño; una que extiende sus brazos hacia él, y otra en el trasfondo, ambas dotadas de la bienaventurada sonrisa de la dicha maternal. Esta peculiaridad del cuadro no ha dejado de provocar asombro a los autores; Muther, por ejemplo, opina que Leonardo no podía resolverse a pintar la vejez, pliegues y arrugas, y por eso creó a Santa Ana como una **mujer** de radiante belleza. ¿Podemos declararnos satisfechos con esta explicación? Otros han recurrido al expediente de poner en entredicho esa «igualdad de edades entre madre e hija»" (Freud, 1910, pag. 105).

11.4.12. NOTA AL PIE agregada en 1923: "[…] Si partimos de la composición del cartón> acaso Leonardo sintió la necesidad de cancelar la fusión onírica de las dos **mujeres**, que correspondía a su recuerdo de infancia, y separar su cabeza en el espacio" (Freud, 1910, pag. 106).

11.4.13. "Cuando Leonardo, en la cúspide de su vida, reencontró aquella sonrisa de beatífico arrobamiento que antaño había jugado en los labios de su madre al acariciarlo, hacía tiempo se encontraba bajo el imperio de una inhibición que le prohibía volver a anhelar nunca tales ternezas de labios de una **mujer**" (Freud, 1910, pag. 109).

11.4.14. “Ser Piero da Vinci, notario y descendiente de notarios, era hombre de una gran fuerza vital, que le atrajo prestigio y desahogada posición. Casado cuatro veces, las dos primeras **mujeres** fallecieron sin darle hijos; sólo de la tercera tuvo en 1476 su primer hijo varón legítimo, cuando Leonardo ya tenía 24 años y hacía tiempo que había cambiado la casa paterna por el *atelier* de su maestro Verrocchio; en su cuarta y última esposa, con quien casó siendo ya un hombre cincuentón, engendró todavía nueve hijos varones y dos **mujeres**” (Freud, 1910, pag. 112).

11.4.15. “(…) Nos limitamos a poner de relieve el hecho, apenas discutible, de que el crear del artista también da salida a su anhelar sexual, y respecto de Leonardo señalamos la noticia, trasmitida por Vasari [cf. págs. 103-41], de que entre sus primeros intentos artísticos descollaron cabezas de **mujeres** sonrientes y hermosos muchachos, es decir, unas figuraciones de sus objetos sexuales” (Freud, 1910, 123).

11.4.16. “En la cúspide de su vida, durante los primeros años después de cumplidos los cincuenta, en una época en que los caracteres sexuales ya han involucionado en la **mujer**, no es raro que en el hombre la libido aventure todavía un enérgico empuje. Es el momento en que sobreviene a Leonardo una nueva mudanza. Estratos todavía más profundos de su contenido anímico se vuelven otra vez activos; pero esta ulterior regresión favorece a su arte, que se atrofiaba. Se topa con la **mujer** que le despierta el recuerdo del sonreír dichoso y sensualmente arrobado de su madre, y bajo el influjo de este despertar cobra de nuevo la impulsión que lo había guiado al comienzo de sus ensayos artísticos, cuando plasmaba **mujeres** sonrientes. Pinta a Monna Lisa, Santa Ana, la Virgen y el Niño, y la serie de misteriosas imágenes singularizadas por aquella enigmática sonrisa. Con el auxilio de sus mociones eróticas más antiguas consagra el triunfo de superar de nuevo la inhibición en su arte. Este último desarrollo se difumina para nosotros en la oscuridad de la vejez que se aproxima. Antes de eso, su intelecto ya se había remontado hasta los supremos logros de una cosmovisión que dejaba muy atrás a su época” (Freud, 1910, pag. 124).

11.4.17. “(…) Ahora bien, desde que la sugestión de la sociedad hace que la **mujer** enferma acuda al ginecólogo, este se ha convertido en su auxiliador y salvador” (Freud, 1910, pag. 138).

11.4.18. “La primera de estas condiciones de amor debe caracterizarse directamente como específica; tan pronto uno la halla, está autorizado a pesquisar la presencia de los otros caracteres que integran el tipo. Puede llamársela la condición del «*tercero perjudicado*»; su contenido es que la persona en cuestión nunca elige como objeto amoroso a una **mujer** que permanezca libre, vale decir a una señorita o una señora que se encuentre sola, sino siempre a una sobre quien otro hombre pueda pretender derechos de propiedad en su

condición de marido, prometido o amigo. En muchos casos, esta condición demuestra ser tan implacable que una misma **mujer** pudo ser primero ignorada o aun desairada cuando no pertenecía a nadie, convirtiéndose de pronto en objeto de enamoramiento al entrar en una de las mencionadas relaciones con otro hombre.

La segunda condición quizá sea menos constante, pero no es menos llamativa. El tipo sólo queda completo por su conjunción con la primera, que, en cambio, parece presentarse también por sí sola con gran frecuencia. Esta segunda condición dice que la **mujer** casta e insospechable nunca ejerce el atractivo que puede elevarla a objeto de amor, sino sólo aquella cuya conducta sexual de algún modo merezca mala fama y de cuya fidelidad y carácter intachable se pueda dudar. Este último rasgo puede variar dentro de una serie significativa, desde la ligera sombra que pese sobre la fama de una esposa inclinada al *flirt* hasta la pública poligamia de una cocotte o una cortesana; lo cierto es que el hombre perteneciente a este tipo no renunciará a algo de esta clase. Un poco groseramente, podemos designar esta condición como la del «*amor por mujeres fáciles*».

Así como la primera condición daba pie a satisfacer mociones agonales, hostiles al hombre a quien se arrebataba la **mujer** amada, esta segunda, la de la liviandad de la **mujer**, se relaciona con el quehacer de los *celos*, que parecen constituir una necesidad para el amante de este tipo. Sólo cuando puede albergarlos logra la pasión su cima, adquiere la **mujer** su valor pleno, y nunca omitirá apoderarse de una ocasión que le consienta vivenciar estas intensísimas sensaciones. Cosa notable, estos celos jamás se dirigen al poseedor legítimo de la amada, sino a extraños recién llegados en relación con quienes se pueda alentar sospechas de ella. En los casos más acusados, el amante no muestra ningún deseo de poseer para sí solo a la **mujer**, y parece sentirse enteramente cómodo dentro de la relación triangular. Uno de mis pacientes, que había sufrido horriblemente con los deslices de su dama, no presentó objeción alguna a su casamiento, y aun lo promovió por todos los medios; y durante años no sintió ni sombra de celos hacia el marido. Otro caso típico había mostrado grandes celos hacia el marido, es cierto, en su primer vínculo amoroso, y había obligado a la dama a suspender el comercio marital; pero en sus muy numerosos enredos posteriores se comportó como los otros y dejó de considerar perturbador al marido legítimo" […] "En la vida amorosa normal, el valor de la **mujer** es regido por su integridad sexual, y el rasgo de la liviandad lo rebaja. Por eso aparece como una llamativa desviación respecto de lo normal el hecho de que los amantes del tipo considerado traten como *objetos amorosos de supremo valor* a las **mujeres** que presentan ese rasgo. Cultivan los vínculos de amor con estas **mujeres** empeñándose en el máximo gasto psíquico, hasta consumir todo otro interés; son las únicas personas a quienes pueden amar, y en todos los casos

exaltan la autoexigencia de fidelidad, por más a menudo que en la realidad la infrinjan. En estos rasgos de los vínculos amorosos descritos se acusa con extrema nitidez el carácter *obsesivo* que en cierto grado es propio de todo enamoramiento. Sin embargo, no se deduzca de la fidelidad e intensidad de la ligazón que un único enredo de esta índole llenará la vida amorosa de estas personas o se escenificará {*abspielen*} en ellas una vez sola. Antes al contrario; en la vida de quienes responden a este tipo se repiten varias veces pasiones de esa clase con iguales peculiaridades -cada una, la exacta copia de las anteriores-, y aun, siguiendo vicisitudes exteriores, como los cambios de residencia y de medio, los objetos de amor pueden sustituirse unos a otros tan a menudo que se llegue a la *formación de una larga serie"* (Freud, 1910, pags. 160-61).

11.4.19. "(…) En la vida amorosa normal quedan pendientes sólo unos pocos rasgos que dejan traslucir de manera inequívoca el arquetipo materno de la elección de objeto (p. ej., la predilección de ciertos jóvenes por **mujeres** maduras); el desasimiento de la libido respecto de la madre se ha consumado con relativa rapidez" (Freud, 1910, pag. 162).

11.4.20. "(…) Lo conseguiremos con mayor facilidad respecto de la primera condición, la de que la **mujer** no sea libre, o del tercero perjudicado. Inteligimos de inmediato que en el niño que crece dentro de la familia el hecho de que la madre pertenezca al padre pasa a ser una pieza inseparable del ser de aquella, y que el tercero perjudicado no es otro que el propio padre" (Freud, 1910, pags. 162-63).

11.4.21. "(…) Pero justamente ese nexo de la más tajante oposición entre la «madre» y la «**mujer** fácil" nos incitará a explorar la historia de desarrollo y el nexo inconciente de esos dos complejos; en efecto, desde hace tiempo sabemos que en lo inconciente a menudo coincide en una misma cosa lo que en la conciencia se presenta escindido en dos opuestos" (Freud, 1910, pag. 163).

11.4.22. "Como un corolario que rara vez falta a ese «esclarecimiento sexual», el muchacho toma al mismo tiempo noticia de la existencia de ciertas **mujeres** que ejercen el acto sexual a cambio de una paga y por eso son objeto de universal desprecio" (Freud, 1910, pag. 164).

11.4.23. "Artemidoro, el antiguo intérprete de sueños, tenía sin duda razón cuando aseveraba que el sentido del sueño varía según la persona del soñante. De acuerdo con las leyes válidas para la expresión de pensamientos inconcientes, «rescatar» puede cambiar de significado según lo fantasee una **mujer** o un hombre. Puede significar tanto "hacer un hijo = procurarle el nacimiento» (para el hombre) como «parir un hijo» (para la **mujer**). En particular, en su combinación con el agua se discierne fácilmente estos diversos significados del rescatar en sueños y fantasías. Cuando en el sueño un hombre rescata del

agua a una **mujer**, eso significa que la convierte en madre lo cual, de acuerdo con las anteriores elucidaciones, tiene el mismo sentido que el contenido «convertirla en su propia madre». Si una **mujer** rescata del agua a otra persona (a un niño), con ello se confiesa su madre, la que lo ha parido, como la hija del rey en la leyenda de Moisés. En ocasiones, también la fantasía de rescate dirigida al padre cobra un sentido tierno. En tales casos quiere expresar el deseo de tener por hijo" (Freud, 1910, pag. 167).

11.4.24. "(…) El varón dejará a su padre y a su madre -según el precepto bíblico- y se allegará a su **mujer**; así quedan conjugadas ternura y sensualidad. Los grados máximos de enamoramiento sensual conllevarán la máxima estimación psíquica (la sobrestimación {*Überschätzung*} normal del objeto sexual de parte del varón)" (Freud, 1912, pag. 175).

11.4.25. "Ahora se vuelven comprensibles en sus motivos las fantasías de muchachos que rebajan a la madre a la condición de **mujer** fácil, mencionadas en la primera de estas Contribuciones" (Freud, 1912, pag. 177).

11.4.26. "(…) Y de los hombres anestésicos, una analogía fácil de justificar nos lleva al enorme número de **mujeres** frígidas cuya conducta amorosa de hecho no puede describirse o comprenderse mejor que equiparándola con la impotencia psíquica del varón, más estrepitosa".

NOTA AL PIE: "Me muestro a la vez muy dispuesto a admitir que el complicado tema de la frigidez en la **mujer** puede también ser abordado desde otro ángulo" (Freud, 1912, pag. 178).

11.4.27. "Pero si no consideramos una ampliación del concepto de la impotencia psíquica, sino las gradaciones de su sintomatología, no podemos desconocer la intelección de que la conducta amorosa del hombre en el mundo cultural de nuestros días presenta universalmente el tipo de la impotencia psíquica. La corriente tierna y la sensual se encuentran fusionadas entre sí en las menos de las personas cultas; casi siempre el hombre se siente limitado en su quehacer sexual por el respeto a la **mujer**, y sólo desarrolla su potencia plena cuando está frente a un objeto sexual degradado, lo que de nuevo tiene por fundamento, entre otros, la circunstancia de que en sus metas sexuales entran componentes perversos que no osa satisfacer en la **mujer** respetada. Sólo le es deparado un pleno goce sexual si puede entregarse a la satisfacción sin miramientos, cosa que no se atreve a hacer, por ejemplo, con su educada esposa. A ello se debe su necesidad de un objeto sexual degradado, de una **mujer** inferior éticamente a quien no se vea precisado a atribuirle reparos estéticos, que no lo conozca en sus otras relaciones de vida ni pueda enjuiciarlo. A una **mujer** así consagra de preferencia su fuerza sexual, aunque su ternura pertenezca por entero a una de superior condición. Es posible que la inclinación, tan a menudo observada,

de los hombres de las clases sociales elevadas a elegir una **mujer** de inferior extracción como amante duradera, o aun como esposa, no sea más que la consecuencia de aquella necesidad de un objeto sexual degradado, con el cual psicológicamente se enlaza la posibilidad de la satisfacción plena.

No vacilo en responsabilizar también por esta conducta tan frecuente de los hombres de cultura en su vida amorosa a los dos factores eficaces en la impotencia psíquica genuina: la intensa fijación incestuosa de la infancia y la frustración real de la adolescencia. Suena poco alentador y, por añadidura, paradójico, pero es preciso decir que quien haya de ser realmente libre, y, de ese modo, también feliz en su vida amorosa, tiene que haber superado el respeto a la **mujer** y admitido la representación del incesto con su madre o hermana. Quien se someta a un serio autoexamen respecto de este requisito hallará dentro de sí, sin duda alguna, que en el fondo juzga el acto sexual como algo degradante, que mancha y ensucia no sólo en lo corporal. Y sólo podrá buscar la génesis de esta valoración -que por cierto no confesará de buena gana- en aquella época de su juventud en que su corriente sensual ya se había desarrollado con fuerza, pero tenía prohibido satisfacerse en el objeto ajeno casi tanto como en el incestuoso.

En nuestro mundo cultural, las **mujeres** se encuentran bajo un parecido efecto posterior de su educación y, además, bajo el efecto de contragolpe de la conducta de los hombres. Desde luego, para ellas es tan desfavorable que el varón no las aborde con toda su potencia como que a la inicial sobrestimación del enamoramiento suceda, tras la posesión, el menosprecio. En la **mujer** se nota apenas una necesidad de degradar el objeto sexual; esto tiene que ver sin duda con el hecho de que, por regla general, no se produce en ella nada semejante a la sobrestimación sexual característica del varón. Ahora bien, la prolongada coartación de lo sexual y la reclusión de la sensualidad a la fantasía tienen para ella otra consecuencia de peso. A menudo le sucede, en efecto, no poder desatar más el enlace del quehacer sensual con la prohibición, y así se muestra psíquicamente impotente, es decir, frígida, cuando al fin se le permite ese quehacer. A ello se debe, en muchas **mujeres**, su afán de mantener por un tiempo en secreto incluso relaciones permitidas y, en otras, su capacidad para sentir normalmente tan pronto se restablece la condición de lo prohibido en un amorío secreto; infieles al marido, están en condiciones de guardar al amante una fidelidad de segundo orden.

Opino que esa condición de lo prohibido es equiparable, en la vida amorosa femenina, a la necesidad de degradación del objeto sexual en el varón. Ambas son consecuencias del prolongado diferimiento entre madurez genésica y quehacer sexual, que la educación exige por razones culturales. Y ambas buscan cancelar la impotencia psíquica que resulta del

desencuentro entre mociones tiernas y sensuales. Si el resultado de idénticas causas se muestra tan diverso en la **mujer** y en el varón, acaso se debe a otra diferencia entre la conducta de uno y otro sexo. La **mujer** de cultura no suele trasgredir la prohibición del quehacer sexual durante ese lapso de espera, y así adquiere el íntimo enlace entre prohibición y sexualidad. El varón la infringe en la mayoría de los casos bajo la condición de la degradación del objeto, y por eso retoma esta última en su posterior vida amorosa.

En vista de los afanes de reforma sexual, tan vivos en la cultura de hoy, no es superfluo recordar que la investigación psicoanalítica, como cualquier labor científica, es ajena a toda tendencia. Sólo pretende descubrir nexos reconduciendo lo manifiesto a lo oculto. Luego, no le parecerá mal que los reformadores se sirvan de sus averiguaciones para remplazar lo dañino por lo más ventajoso. Sin embargo, no puede predecir si instituciones diversas no traerán por consecuencia otros sacrificios, acaso más graves" (Freud, 1912, pags. 178-80).

11.4.28. "Pocos detalles de la vida sexual de los pueblos primitivos nos provocan un sentimiento de extrañeza tan grande como su posición frente a la virginidad, la doncellez de la **mujer**. Es que la estima por la virginidad nos parece cosa tan establecida y natural en el varón cortejante que a punto estamos de sumirnos en desconcierto cuando se nos pide fundamentar ese juicio. La exigencia de que la novia no traiga al matrimonio el recuerdo del comercio sexual con otro hombre no es más que la aplicación consecuente del derecho de propiedad exclusiva sobre una **mujer**; es la esencia de la monogamia: la extensión de ese monopolio hacia el pasado.

Pero desde nuestras opiniones sobre la vida amorosa de la **mujer** no nos resulta difícil justificar lo que al comienzo pareció un prejuicio. El primero que satisface la añoranza de amor -larga y penosamente contenida- de la doncella, superando así las resistencias que los influjos del medio y de la educación le habían erigido, es tomado por ella en una relación duradera cuya posibilidad ya ningún otro tiene. Sobre la base de esta vivencia se establece en la **mujer** un estado de servidumbre que garantiza su ulterior posesión sin sobresaltos y la vuelve capaz de resistir a nuevas impresiones y tentaciones provenientes de extraños" (Freud, 1918 [1917], pag. 189).

11.4.29. "(…) En consonancia con ello, la servidumbre es incomparablemente más frecuente e intensa en la **mujer** que en el varón, aunque en este último es más común en nuestro tiempo que en la antigüedad. Toda vez que hemos podido estudiar la servidumbre sexual en varones, era el resultado de la superación de una impotencia psíquica por obra de una **mujer** determinada a quien el hombre en cuestión permanecía ligado desde entonces. Muchos matrimonios llamativos y no pocos destinos trágicos -hasta de graves

consecuencias- parecen hallar su esclarecimiento en ese origen" (Freud, 1918 [1917], pag. 190).

11.4.30. "Una tercera explicación -es la preferida por Crawley- destaca que el tabú de la virginidad pertenece a una vasta trama en la que se incluye la vida sexual entera. No sólo el primer coito con la **mujer** es tabú; lo es el comercio sexual como tal. Casi podría decirse que la **mujer** es en un todo tabú y no lo es sólo en las situaciones particulares que derivan de su vida sexual -la menstruación, el embarazo, el parto, el puerperio-, sino que aun fuera de ellas el trato con la **mujer** está sometido a limitaciones tan serias y profusas que tenemos todas las razones para poner en duda la supuesta libertad sexual de los salvajes. Es cierto que en determinadas ocasiones la sexualidad de los primitivos sobrepasa toda inhibición; pero en las situaciones ordinarias parece más coartada por prohibiciones que en los estadios más elevados de la cultura. Tan pronto el varón debe emprender algo especial -un viaje, una expedición de caza, una incursión guerrera- debe mantenerse apartado de la **mujer**, y sobre todo del comercio sexual con ella; de otro modo su fuerza quedaría paralizada y se atraería el fracaso. También en las costumbres de la vida cotidiana hay una inequívoca tendencia a la separación de los sexos. Las **mujeres** conviven con **mujeres**, y los hombres con hombres; son numerosas las tribus primitivas en las que apenas si existe una vida familiar tal como hoy la entendemos. A veces la división llega tan lejos que los miembros de un sexo no tienen permitido pronunciar los nombres personales de los miembros del otro, y las **mujeres** desarrollan un lenguaje con un léxico propio. Es cierto que la necesidad sexual irrumpe de continuo a través de esas barreras, pero en muchas tribus hasta las citas de los esposos tienen que producirse fuera de la casa y en secreto.

Toda vez que el primitivo ha erigido un tabú es porque teme un peligro, y no puede negarse que en todos esos preceptos de evitación se exterioriza un horror básico a la **mujer**. Acaso se funde en que ella es diferente del varón, parece eternamente incomprensible y misteriosa, ajena y por eso hostil. El varón teme ser debilitado por la **mujer**, contagiarse de su feminidad y mostrarse luego incompetente. Acaso el efecto adormecedor del coito, resolutorio de tensiones, sea arquetípico respecto de tales temores, y la percepción de la influencia que la **mujer** consigue sobre el hombre mediante el comercio sexual, la elevada consideración que así obtiene, quizás explique la difusión de esa angustia" (Freud, 1918 [1917], pag. 194).

11.4.31. "Muchos observadores de los primitivos actuales han juzgado que su pujar amoroso es relativamente más débil y nunca alcanza las intensidades que estamos habituados a encontrar en la humanidad culta. Otros han contradicho esa apreciación, pero

en todo caso los tabúes que hemos enumerado atestiguan la existencia de un poder contrario al amor, que desautoriza a la **mujer** como ajena y hostil.

Con expresiones que difieren poco de la terminología empleada por el psicoanálisis, Crawley señala que cada individuo se separa de los demás mediante un «*taboo of personal isolation*» {«tabú de aislamiento personal}, y que justamente en sus pequeñas diferencias, no obstante su semejanza en todo el resto, se fundamentan los sentimientos de ajenidad y hostilidad entre ellos. Sería seductor ceder a esta idea y derivar de ese «narcisismo de las pequeñas diferencias» la hostilidad que en todos los vínculos humanos vemos batallar con éxito contra los sentimientos solidarios y yugular al mandamiento de amar al prójimo. El psicoanálisis cree haber discernido lo principal de los fundamentos de esa desautorización narcisista de la **mujer**, que linda mucho con el menosprecio, refiriéndolos al complejo de castración y su influjo sobre el juicio acerca de la **mujer.**

Advertimos, sin embargo, que con estas últimas reflexiones hemos incursionado muy lejos de nuestro tema. El tabú general de la **mujer** no arroja ninguna luz sobre los preceptos particulares que rigen el primer acto sexual con una virgen. En este punto seguimos reducidos a las dos primeras explicaciones, que invocan el horror a la sangre y a las primicias; pero aun sobre estas deberíamos decir que no aciertan el núcleo del tabú en cuestión. La base de este último es, evidentemente, el propósito de denegar o ahorrar precisamente al futuro esposo algo que es inseparable del primer acto sexual, aunque, según la puntualización que hicimos al comienzo, de ese mismo vínculo no podría menos que derivarse una particular ligazón de la **mujer** con ese hombre en especial" (Freud, 1918 [1917], pag. 195).

11.4.32. "(…) Ahora bien, por otra parte está habituado a proyectar al mundo exterior sus propias mociones internas de hostilidad; por tanto, a atribuirlas a los objetos que siente como desagradables o aun sólo como ajenos. En la **mujer** se discierne una fuente de tales peligros, y el primer acto sexual con ella se singulariza por un peligro particularmente intenso.

Creo que obtendremos alguna luz sobre la naturaleza de este peligro acrecentado y la razón por la cual amenaza justamente al futuro marido si indagamos con mayor atención la conducta de las **mujeres** de nuestro estadio cultural en iguales circunstancias. Anticipo el resultado de esa indagación: de hecho existe un peligro de esa índole, de suerte que por medio del tabú de la virginidad el primitivo se protege de un peligro correctamente vislumbrado, aunque psíquico.

Estimamos como la reacción normal tras el coito que la **mujer**, en el ápice de la satisfacción, abrace al varón oprimiéndolo contra sí; vemos en ello una expresión de su

agradecimiento y una promesa de duradera servidumbre. Pero, bien lo sabemos, en modo alguno es la regla que también el primer comercio tenga por consecuencia esa conducta; hartas veces no significa más que un desengaño para la **mujer**, que permanece fría e insatisfecha, y de ordinario se requiere largo tiempo y la frecuente repetición del acto sexual para que este produzca la satisfacción también en la **mujer**. Desde esos casos de frigidez meramente inicial y muy pasajeros, una serie continua lleva hasta el desagradable resultado de una frigidez permanente que ningún empeño tierno del varón consigue superar. Creo que todavía no se ha llegado a entender bien esa frigidez de la **mujer**, y por eso reclama -salvo en los casos que pueden imputarse a la insuficiente potencia del varón- ser esclarecida, en lo posible a través de los fenómenos de que se rodea.

Preferiría no considerar en este punto los tan frecuentes intentos de huir del primer comercio sexual; en efecto, ellos son multívocos y ha de concebírselos en lo principal -aunque no en su totalidad- como expresión del universal afán defensivo de la **mujer**. En cambio, creo que arrojan luz sobre el enigma de la frigidez femenina ciertos casos en que la **mujer**, tras el primer comercio sexual y tras cada uno de los subsiguientes, expresa sin tapujos su hostilidad al varón insultándolo, levantándole la mano o pegándole de hecho. En un notable caso de esa índole que me fue posible analizar a fondo, ello acontecía a pesar de que la **mujer** amaba mucho a su marido y ella misma solía pedirle el coito, en el que sin ninguna duda hallaba gran satisfacción. Opino que esta rara reacción contraria es el resultado de las mismas mociones que de ordinario sólo pueden exteriorizarse como frigidez, vale decir, son capaces de atajar la reacción tierna, pero no de imponerse ellas mismas. En el caso patológico se desagrega, por así decir, en sus dos componentes eso mismo que en la frigidez, mucho más frecuente, se aúna en un efecto inhibitorio; esto es en un todo semejante a lo que hace ya tiempo hemos discernido en los llamados «síntomas de dos tiempos» de la neurosis obsesiva. El peligro que de ese modo se suscitaría por la desfloración de la **mujer** consistiría en atraerse su hostilidad, y justamente su futuro marido tendría todas las razones para evitarla.

Ahora bien, el análisis permite colegir fácilmente las mociones que colaboran en la **mujer** para producir aquella paradójica conducta en la que espero hallar el esclarecimiento de la frigidez. El primer coito moviliza toda una serie de tales mociones, inutilizables para la deseada actitud femenina; por cierto que algunas de ellas no necesariamente habrán de repetirse en los actos posteriores. En primer término, cabe pensar aquí en el dolor que se inflige a la virgen en la desfloración, y acaso uno se inclinaría a considerar decisivo este factor, absteniéndose de buscar otros. No obstante, el dolor mismo no consiente bien que le atribuyamos esa significatividad; más bien es preciso remplazarlo por la afrenta

narcisista engendrada por la destrucción de un órgano y que hasta encuentra subrogación acorde a la *ratio* en el conocimiento del menor valor sexual de la desflorada. Por otra parte, las costumbres relativas a la boda entre los primitivos contienen una advertencia contra esa sobrestimación. Consignamos ya que en muchos casos el ceremonial es de dos tiempos; al desgarramiento del himen (ejecutado con la mano o con un instrumento) sigue un coito oficial o seudocoito con los subrogadores del esposo, lo cual nos muestra que el sentido del tabú no se agota en evitar la desfloración anatómica, sino que está destinado a ahorrarle al marido algo más que la reacción de su cónyuge ante la lesión dolorosa.

Hallamos otra razón de desengaño a raíz del primer coito en el hecho de que -al menos para la **mujer** culta- expectativa y cumplimiento no pueden coincidir en él. Hasta ese momento el comercio sexual estuvo asociado con la más fuerte prohibición; por eso mismo el comercio legal y permitido no se siente como la misma cosa. El afán de tantas novias por ocultar a los extraños sus nuevas relaciones amorosas, y aun por mantenerlas en secreto ante sus padres cuando en realidad nada constriñe a ello ni cabe esperar veto alguno, nos ilustra de manera casi cómica cuán estrecho puede llegar a ser aquel enlace. Las muchachas dicen abiertamente que su amor pierde valor para ellas si otros saben de él. En ocasiones este motivo puede volverse hiperpotente e impedir por completo el desarrollo de la capacidad de amor dentro del matrimonio. La esposa sólo reencuentra su sensibilidad tierna en una relación ilícita que deba mantenerse secreta, la única en la que está segura de seguir su propia voluntad libre de influencias.

Empero, tampoco este motivo nos permite alcanzar la profundidad requerida; por otra parte, puesto que se liga a las condiciones de la cultura, no se entrama bien con las circunstancias que imperan entre los primitivos. Mucho más sustantivo es el siguiente factor, que tiene su base en la historia de desarrollo de la libido. Los empeños del análisis nos han enseñado cuán regulares y poderosas son las primeras colocaciones de la libido. Son deseos sexuales que persisten desde la infancia -en la **mujer**, es casi siempre la fijación de su libido al padre o a un hermano que lo sustituya-, deseos que con harta frecuencia estuvieron dirigidos a cosas diferentes del coito o lo incluían sólo como una meta discernida sin nitidez. El marido nunca es más que un varón sustitutivo, por así decir; nunca es el genuino. Es otro –el padre, en el caso típico- quien posee el primer título a la capacidad de amor de la esposa; al marido le corresponde a lo sumo el segundo. Ahora bien, para que se desautorice a este por insatisfactorio importa cuán intensa sea la fijación y cuán tenazmente se persevere en ella. Así, la frigidez se encuentra entre las condiciones genéticas de la neurosis. Mientras mayor sea el poder del elemento psíquico dentro de la vida sexual de la esposa, más capacidad de resistencia mostrará su distribución libidinal

ante la conmoción del primer acto sexual, y tanto menos avasallador le resultará el efecto de ser poseída corporalmente. La frigidez puede entonces establecerse como inhibición neurótica o allanar el terreno al desarrollo de otras neurosis; además, unas disminuciones de la potencia viril, aunque sólo sean moderadas, pueden contar mucho como coadyuvantes" (Freud, 1918 [1917], pags. 196-99).

11.4.33. "Otro motivo cala hasta estratos todavía más profundos; puede demostrarse que es el principal responsable de la reacción paradójica frente al marido y, en mi opinión, exterioriza su influjo también en la frigidez de la **mujer**. Además de las antiguas mociones ya descritas, el primer coito activa en la **mujer** otras por entero contrarias a la función y al papel femeninos.

Por el análisis de muchas **mujeres** neuróticas sabemos que atraviesan un estadio temprano en que envidian a su hermano el signo de la virilidad y se sienten perjudicadas y relegadas a raíz de su falta (en verdad, de su empequeñecimiento). Subordinamos al «complejo de castración» esta «envidia del pene»" (Freud, 1918 [1917], pags. 199-200).

11.4.34. "No me sorprendería que en otros casos la secuencia de estas mociones se encontrara invertida y esa pieza del complejo de castración adquiriera eficacia sólo después de cumplida la elección de objeto. De todos modos, desde el punto de vista de la historia de desarrollo, esta fase masculina de la **mujer**, fase en la cual envidia al varón su pene, es más temprana y está más cerca del narcisismo originario que del amor de objeto.

Hace algún tiempo se me ofreció por azar la oportunidad de analizar el sueño de una recién casada, y pude discernirlo como reacción a su desfloración. Dejaba traslucir fácilmente el deseo de castrar a su joven esposo y guardarse su pene. Por cierto, también cabía la interpretación más inofensiva de que habría deseado la prolongación y repetición del acto; empero, muchos detalles del sueño contrariaban este sentido, y tanto el carácter como la posterior conducta de la soñante testimoniaban en favor de la concepción más grave. Ahora bien, tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la **mujer** hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las «emancipadas». Ferenczi reconduce -no sé si ha sido el primero- esa hostilidad de la **mujer**, en una especulación paleobiológica, hasta la época de la diferenciación de los sexos. En el principio -opina-, la copulación se producía entre dos individuos de igual género, pero de ellos uno desarrolló un vigor mayor y compelió al más débil a tolerar la unión sexual. El encono provocado por ese sometimiento se continúa en la disposición de la **mujer** actual. No considero reprochable servirse de esas especulaciones siempre que se evite sobrevalorarlas.

Tras esta enumeración de los motivos de la paradójica reacción de la **mujer** frente a la desfloración, que también puede rastrearse en la frigidez, nos es lícito enunciar, a modo de resumen, que la sexualidad inacabada de la **mujer** se descarga en el hombre que le hace conocer por primera vez el acto sexual. Pero entonces el tabú de la virginidad tiene sobrado sentido, y comprendemos el precepto de que evite tales peligros justamente el hombre destinado a mantener con esa **mujer** una convivencia duradera. En estadios más elevados de la cultura la apreciación de este peligro es relegada por la perspectiva de la servidumbre y sin duda también por otros motivos y seducciones. La virginidad es considerada un bien al que el hombre no debe renunciar. Pero el análisis de las querellas matrimoniales enseña que tampoco en la vida anímica de la **mujer** de cultura se han extinguido del todo los motivos que la constreñirían a tomar venganza por su desfloración. Creo que no puede menos que llamar la atención del observador el número insólitamente grande de casos en que la **mujer** permanece frígida y se siente desdichada en un primer matrimonio, en tanto que tras su disolución se convierte en una **mujer** tierna, que hace la felicidad de su segundo marido. La reacción arcaica se ha agotado, por así decir, en el primer objeto […] "Admite entonces que se case con otro, y sólo la tomará por **mujer** cuando enviude y ya no sea peligrosa" (Freud, 1918 [1917], pags. 200-01).

11.4.35. "El tabú de la virginidad y una pieza de su motivación ha hallado su figuración más intensa en un conocido personaje dramático, la Judith de la tragedia de Hebbel, *Judith und Holofernes*. Judith es una de aquellas **mujeres** cuya virginidad está protegida por un tabú. Su primer marido se vio paralizado la noche de bodas por una enigmática angustia y nunca más se atrevió a tocarla. «Mi hermosura es la de la belladona», dice ella; «su goce depara locura y muerte». Cuando el mariscal asirio sitia la ciudad, ella concibe el plan de seducirlo y perderlo con su hermosura, usando así un motivo patriótico para encubrir uno sexual. Tras la desfloración por ese hombre violento, envanecido de su fuerza y su audacia, ella encuentra en su indignación la fuerza para cortarle la cabeza y así convertirse en la libertadora de su pueblo. La acción de decapitar nos es bien conocida como sustituto simbólico de la de castrar; según eso, Judith es la **mujer** que castra al hombre que la desfloró, como lo pretendía también el sueño ya citado de una recién casada. Es evidente que Hebbel ha sexualizado adrede este relato patriótico tomado de los libros apócrifos del Antiguo Testamento, pues en el texto bíblico Judith puede gloriarse a su regreso de no haber sido mancillada, y falta toda referencia a su ominosa noche de bodas. Pero es probable que su sensibilidad de poeta registrara el antiquísimo motivo inserto en aquel relato tendencioso y no hiciera más que devolver al material su contenido primigenio.

En un certero análisis, I. Sadger (1912) ha puntualizado cómo Hebbel se vio comandado por su complejo parental en la elección de su material, y cómo en la lucha entre los sexos llegó a tomar partido casi siempre en favor de la **mujer** y a percibir empáticamente sus más escondidas mociones anímicas"

NOTA AL PIE: "(…) El amante de una actriz muy experimentada en amores sufre un accidente; antes de morir le crea, por así decir, una nueva virginidad pronunciando una maldición para el primer hombre que la posea después de él. Decretado ese tabú, la **mujer** no se atreve por un tiempo a mantener comercio amoroso. Pero se enamora de un cantante y entonces concibe el expediente de entregarse antes, por una noche, al barón Von Leisenbogh, quien la ha requerido durante años sin éxito. Y en este se cumple la maldición: muere de un ataque de apoplejía al enterarse del motivo de su inesperada dicha" (Freud, 1918 [1917], pag. 202).

11.4.36. "A modo de conclusión podemos decir, pues: La desfloración no tiene sólo la consecuencia cultural de atar duraderamente la **mujer** al hombre; desencadena también una reacción anárquica de hostilidad al varón, que puede cobrar formas patológicas, exteriorizarse con mucha frecuencia en fenómenos inhibitorios de la vida amorosa matrimonial, y a la que es lícito atribuirle el hecho de que unas segundas nupcias sean a menudo más felices que las primeras. El extraño tabú de la virginidad, el horror con que entre los primitivos el marido esquiva la desfloración, hallan su justificación plena en esta reacción hostil.

Ahora bien, es interesante que en calidad de analistas encontremos **mujeres** en quienes las reacciones contrapuntas de servidumbre y hostilidad hayan llegado a expresarse permaneciendo en estrecho enlace recíproco. Hay **mujeres** que parecen totalmente distanciadas de sus maridos, a pesar de lo cual son vanos sus esfuerzos para desasirse de ellos. Toda vez que intentan dirigir su amor a otro hombre se interpone la imagen del primero, a quien ya no aman. En tales casos, el análisis enseña que esas **mujeres** dependen como siervas de su primer marido, pero ya no por ternura. No se liberan de él porque no han consumado su venganza en él, y en los casos más acusados la moción vengativa ni siquiera ha llegado a su conciencia" (Freud, 1918 [1917], pag. 203).

Niña (7):

11.5.1. "(…) Y puedo recordarles que hace pocas horas mi amigo, el doctor Carl G. Jung, les expuso en esta misma sala la observación de una **niña** aún más pequeña, que a raíz de igual ocasión que mi paciente -el nacimiento de un hermanito- permitió colegir con certeza

casi las mismas mociones sensuales, formaciones de deseo y complejo" (Freud, 1910 [1909], pag. 39).

11.5.2. "(…) Como no tiene la posibilidad de colegir que existe otro tipo de genitales igualmente valiosos, tiene que recurrir a la hipótesis de que todos los seres humanos, también las mujeres, poseen un miembro como el de él. Este prejuicio arraiga tanto en el juvenil investigador que ni siquiera lo destruyen las primeras observaciones de los genitales de **niñitas**. La percepción le dice, por cierto, que ahí hay algo diverso que en él; pero él no es capaz de confesarse, como contenido de esta percepción, que no puede hallar el miembro en la **niña**. Que pueda faltar el miembro, he ahí una representación ominosa {*unheimlichl*}, insoportable; por eso ensaya una decisión mediadora: el miembro está presente en la **niña**, pero es aún muy pequeño; después crecerá. Si esta expectativa no parece cumplirse en posteriores observaciones, se le ofrece otro subterfugio. El miembro también estuvo ahí en la **niñita**, pero fue cortado, en su lugar ha quedado una herida. Este progreso de la teoría utiliza ya experiencias propias de carácter penoso; ha escuchado entretanto la amenaza de que se lo despojará de ese caro órgano si pone en práctica demasiado nítidamente su interés por él. Bajo el influjo de esta amenaza de castración, él reinterpreta ahora su concepción de los genitales femeninos; en lo sucesivo temblará por su propia virilidad, pero al mismo tiempo despreciará a las desdichadas criaturas en quienes, en su opinión, ya se ha consumado ese cruel castigo" (Freud, 1910, pag. 89).

11.5.3. "Pero desde otro ángulo se nos advierte que no hemos de sobrestimar el influjo de un factor como el horror a la sangre. Es que este no ha podido sofocar costumbres como la circuncisión de los muchachos y los ritos todavía más crueles a que son sometidas las **niñas** (excisión del clítoris y de los labios menores), costumbres vigentes en parte entre aquellos mismos pueblos; y tampoco ha hecho caducar otros ceremoniales en los que se derrama sangre. No sería entonces asombroso que ese horror se superara en favor del marido para la primera cohabitación" (Freud, 1918 [1917], pag. 193).

11.5.4. "Por el análisis de muchas mujeres neuróticas sabemos que atraviesan un estadio temprano en que envidian a su hermano el signo de la virilidad y se sienten perjudicadas y relegadas a raíz de su falta (en verdad, de su empequeñecimiento). Subordinamos al «complejo de castración» esta «envidia del pene». Si por «masculino» se entiende el querer ser varón, a esa conducta le cabe la designación «protesta masculina» acuñada por A. Adler [1910] para proclamar este factor como el portador de toda neurosis. En esta fase las muchachas a menudo no ocultan su envidia, ni la hostilidad derivada de esta, hacia el hermano favorecido: hasta intentan orinar de pie como él a fin de sustentar su presunta igualdad de derechos. En el ya mencionado ejemplo de la esposa que tras el coito hacía

objeto de agresión franca a su marido, a quien sin embargo amaba, pude comprobar que esta fase se había presentado antes de la elección de objeto. Sólo después la libido de la **niñita** se volcó al padre, y entonces deseó, en vez del pene, un hijo" (Freud, 1918 [1917], pag. 200).

Tomo 12

Sexualidad Femenina:

12.1.1. No hay entradas.

Feminidad (3):

12.2.1. “Luego llegó a la convicción cierta de que Dios mismo, para su propia satisfacción, le demandaba la **feminidad** (…)” (Freud, 1911 [1910], pag. 32).

12.2.2. “(…) Aun así creemos no poder resolver una condensación que estaría ahí presente, apliquemos, empero, el indicio antes adquirido de que los «pájaros de milagro», desenmascarados como muchachas, derivaban de los vestíbulos del cielo [pág. 34], y reclamemos para los reinos *de adelante* de Dios y *vestíbulos* del cielo el simbolismo de la **feminidad**, y para los reinos *de atrás* de Dios el de la masculinidad. Si se supiera con certeza que el hermano muerto de Schreber era mayor que él, sería lícito ver la fragmentación de Dios en uno inferior y otro superior como la expresión del recuerdo de que, tras la muerte temprana del padre, el hermano mayor ocupó su lugar. [Cf. pág. 47, n. 19.]” (Freud, 1911 [1910], pag. 50).

12.2.3. “Ahora bien, justamente en el campo del desarrollo del carácter tropezamos con una buena analogía respecto del caso clínico aquí descrito, a saber, una ratificación de la organización pregenital sádico-anal-erótica. Es un hecho consabido, y ha dado a los hombres mucho paño para quejas, que las mujeres, después de resignadas sus funciones genitales, a menudo alteran su carácter de curiosa manera. Se vuelven peleadoras, martirizadoras y querellonas, mezquinas y avaras, o sea, muestran típicos rasgos sádicos y anal-eróticos que no poseían antes, en la época de la **feminidad**. Comediógrafos y satíricos de todos los tiempos han dirigido sus invectivas contra la «vieja bruja» en que se ha convertido la dulce niña, la esposa amante, la madre tierna.

Comprendemos que esta mudanza del carácter corresponde a la regresión de la vida sexual al estadio pregenital, en el cual hemos hallado la predisposición a la neurosis obsesiva” (Freud, 1913, pag. 343).

Femenina/o (29):

12.3.1. “Pasemos ahora a otro tema, situado en íntima referencia a Dios: el de la bienaventuranza. La bienaventuranza es para Schreber, por cierto, «la vida en el más allá» a que es elevada el alma humana mediante la purgación tras la muerte. La describe como

un estado de continuo gozar, unido a la visión de Dios. Es bien poco original, pero en cambio nos sorprenderá, el distingo que Schreber traza entre una bienaventuranza masculina y una **femenina**" (Freud, 1911 [1910], pag. 28).

12.3.2. "(…) No era ya una libertad sexual masculina, sino un **sentimiento sexual femenino**; adoptaba una **actitud femenina** frente a Dios, se sentía mujer de Dios" (Freud, 1911 [1910], pag. 30).

12.3.3. "Los nervios por él absorbidos han cobrado en su cuerpo el carácter de unos nervios de **voluptuosidad femenina**, y con un **sello femenino** mayor o menor, en particular sobre su piel, a la que prestan la peculiar blandura de ese sexo" (…) "Por medio de un «dibujar» (un representar visual) es capaz de procurarse a sí mismo y a los rayos la impresión de que su cuerpo está dotado de **pechos y partes genitales femeninas**" (…) "El afirma «atrevidamente que quien lo viera ante el espejo con la parte superior de su tronco desnuda —sobre todo si la ilusión es apoyada por algún **adorno femenino**— recibiría la impresión indubitable de estar frente a un torso de mujer». Reclama un examen médico para que se compruebe que todo su cuerpo, desde la coronilla a las plantas de los pies, está recorrido por nervios de voluptuosidad, lo cual, en su opinión, ocurre sólo en el **cuerpo femenino**, mientras que en el varón, por lo que él sabe, se encuentran nervios de voluptuosidad sólo en las partes genitales y en su inmediata proximidad" (…) "La voluptuosidad de alma que se le ha desarrollado por esta acumulación de los nervios en su cuerpo es tan intensa que, sobre todo yacente en la cama, le hace falta un mínimo gasto de fuerza imaginativa para obtener un contento sensual, que le otorga una vislumbre bastante nítida del **goce sexual femenino** en el acoplamiento" (Freud, 1911 [1910], pags. 31-32).

12.3.4. "Las dos piezas principales del delirio de Schreber, la mudanza en mujer y el vínculo privilegiado con Dios, están enlazadas en su sistema mediante la **actitud femenina** frente a Dios" (Freud, 1911 [1910], pag. 33).

12.3.5. "(…) Si ponemos a esos sueños y a esa representación fantaseada, que en Schreber son comunicados en la contigüidad más inmediata, también en un nexo de contenido, tenemos derecho a inferir que con el recuerdo de la enfermedad despertó también el del médico, y la **postura femenina** de la fantasía valía desde el comienzo para el médico" (…) "Se le instaló enseguida un rechazo indignado de esa **fantasía femenina** de impersonal sustento —una verdadera «protesta masculina», según la expresión de Alfred Adler, mas no en el sentido que él le da—. Pero en la grave psicosis que pronto estallaría, la **fantasía femenina** se iría imponiendo sin pausa, y apenas hace falta corregir un poco la indeterminación paranoica de los modos de expresión de Schreber para colegir que el enfermo temía un abuso sexual de su médico" (Freud, 1911 [1910], pags. 40-1).

12.3.6. “(…) La **postura femenina** frente a Dios, abrazada {*bekennen*} sin horror en el ulterior desarrollo del delirio, borra por cierto la última duda en cuanto al papel originariamente reservado al médico” (Freud, 1911 [1910], pag. 42).

12.3.7. “Creo que ya no nos revolveremos más contra el supuesto de que la ocasión de contraer la enfermedad fue la emergencia de una **fantasía de deseo femenina** (homosexual pasiva), cuyo objeto era la persona del médico” […] “Así se ha encontrado un expediente que satisface a las dos partes en pugna. El yo es resarcido por la manía de grandeza, y a su vez la **fantasía de deseo femenina** se ha abierto paso, ha sido aceptada. Pueden cesar la lucha y la enfermedad” (Freud, 1911 [1910], pag. 45).

12.3.8. “(…) La raíz de aquella **fantasía femenina** que desató tanta resistencia en el enfermo habría sido, entonces, la añoranza por padre y hermano, que alcanzó un refuerzo erótico; de ellos, el segundo pasó por trasferencia al médico Flechsig, mientras que con su reconducción al primero se alcanzó una nivelación de la lucha” (Freud, 1911 [1910], pag. 47).

12.3.9. “(…) El simbolismo se establece aquí con prescindencia del género gramatical; en alemán, quiero decir, pues en la mayoría de las otras lenguas «Sol» no es **femenino**, sino masculino” (Freud, 1911 [1910], pag. 51).

12.3.10. NOTA AL PIE: “Análogamente, la «**fantasía femenina** de deseo» de Schreber no es sino una de las plasmaciones típicas del complejo nuclear infantil” (Freud, 1911 [1910], pag. 52).

12.3.11. “Quizá tenga yo derecho a agregar todavía algo para fundamentar aquel conflicto que estalló en torno de la **fantasía femenina** de deseo. Sabemos que nuestra tarea es entramar el surgimiento de una fantasía de deseo con una frustración [cf. pág. 58, n. 9], una privación en la vida real y objetiva” (Freud, 1911 [1910], pag. 53).

12.3.12. “(…) El gran Napoleón, si bien tras arduas luchas interiores, admitió separarse de su Josefina porque ella no podía dar herederos a la dinastía; acaso el doctor Schreber forjó la fantasía de que si él fuera mujer sería más apto para tener hijos, y así halló el camino para resituarse en la **postura femenina** frente al padre, de la primera infancia” (Freud, 1911 [1910], pag. 54).

12.3.13. “(…) Acordémonos de que Schereber exterioriza libremente en su enfermedad su orgullo familiar, y de que hemos hallado en su falta de hijos un motivo humano para que enfermara a raíz de una **fantasía femenina** de deseo [pág. 54]. Se vuelve entonces bastante claro el nexo entre su privilegio delirante y las bases de su condición de enfermo” (Freud, 1911 [1910], pag. 76).

12.3.14. "(…) Al poder del analista le ocurre casi lo mismo que a la potencia del varón. El más potente de los hombres puede, sí, concebir un hijo completo, mas no puede engendrar en el **organismo femenino** una cabeza sola, un brazo o una pierna; ni siquiera puede ordenar el sexo del niño" (Freud, 1913, pag. 132).

12.3.15. "(…) Desde luego, el deseo de muerte contra el importuno compañero de cama no recibe de la censura moral un castigo tan grave como ese mismo deseo contra la esposa, pero la reacción basta para dirigirlo contra la persona propia o sobre el deseado **objeto femenino**" (Freud, 1958 [1911], pag. 197).

12.3.16. "También debo declarar sensata y significativa la puntúalización de Reitler según la cual ciertos dispositivos del aparato genital, peculiares de la especie humana, parecen aspirar a atajar el comercio sexual en la infancia. Pero a este punto se anudan mis reparos. La oclusión de la **abertura sexual femenina** y la ausencia de un hueso peniano que asegurara la erección apuntan sólo contra el coito mismo, no contra unas excitaciones sexuales en general" (Freud, 1912, pag. 256).

12.3.17. NOTA AL PIE: "Como es sabido, la madera es a menudo un **símbolo femenino**, materno (materia, Madeira, etc.)" (Freud, 1913, pag. 298).

12.3.18. "El poeta nos acerca el motivo antiguo haciendo que la elección entre las tres hermanas la consume un anciano y moribundo. La elaboración regresiva que él ha emprendido con el mito desfigurado por una mudanza de deseo nos deja traslucir de su sentido antiguo lo bastante, quizá, como para posibilitarnos también una interpretación superficial, alegórica, de las tres **personas femeninas** del motivo. Se podría decir que se figuran aquí los tres vínculos con la mujer, para el hombre inevitables: la paridora, la compañera y la corrompedora. O las tres formas en que se muda la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, que él elige a imagen y semejanza de aquella, y por último la Madre Tierra, que vuelve a recogerlo en su seno. El hombre viejo en vano se afana por el amor de la mujer, como lo recibiera primero de la madre; sólo la tercera de las mujeres del destino, la callada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos" (Freud, 1913, pag. 317).

12.3.19. "Y en este punto calza bien la pieza del historial clínico de nuestro caso que nos habíamos reservado. La vida sexual de la paciente comenzó en la más tierna infancia con unas fantasías sádicas de paliza. Tras su sofocación, se le instaló un período de latencia de duración insólita, en que la muchacha pasó por un desarrollo moral de alto vuelo sin despertar al **sentir sexual femenino**" (Freud, 1913, pag. 341).

12.3.20. "Si desde nuestra formulación buscamos el entronque con nexos biológicos, no debemos olvidar que la oposición entre masculino y **femenino**, introducida por la función

de reproducción, no puede estar presente aún en el estadio de la elección pregenital de objeto" (Freud, 1913, pag. 342).

Mujer (102):

12.4.1. "El médico informante destaca, como los dos puntos esenciales, el *papel redentor* y la *mudanza en* ***mujer***. El delirio de redención es una fantasía con la que estamos familiarizados; harto a menudo constituye el núcleo de la paranoia religiosa. El agregado de que deba producirse por la mudanza del varón en **mujer** es insólito y extraño en sí mismo, pues se distancia mucho del mito histórico que la fantasía del enfermo quiere reproducir. Es tentador suponer, con la pericia médica, que la ambición de hacer el papel de redentor sería lo pulsionador en este complejo delirante, y la *emasculación* no podría reclamar otro significado que el de un medio para ese fin. Aunque esto último fuera válido para la plasmación definitiva del delirio, el estudio de las *Memorias* nos impone una concepción por entero diversa. Nos enteramos de que la mudanza en **mujer** (emasculación) fue el delirio primario, juzgado al comienzo como un acto de grave daño y de persecución, y que sólo secundariamente entró en relación con el papel de redentor" (Freud, 1911 [1910], pag. 18).

12.4.2. "(…) Agreguemos que las «voces» escuchadas por el paciente nunca trataron la trasformación en **mujer** de otro modo que como una injuria sexual, en virtud de la cual se consideraban autorizadas a burlarse del enfermo" […] "La naturaleza primaria de la fantasía de emasculación y su inicial independencia respecto de la idea del redentor es atestiguada, además, por aquella «representación», citada al comienzo [pág. 14], que afloró en duermevela: tiene que ser hermoso ser una **mujer** sometida al acoplamiento (36)" […] "La mudanza en una **mujer** había sido el punctum saliens, el primer germen de la formación delirante; demostró ser también la única pieza que sobrevivió al restablecimiento, y la única que supo asegurarse su lugar en el obrar efectivo del ahora sano" (Freud, 1911 [1910], pag. 20).

12.4.3. "(…) No era ya una libertad sexual masculina, sino un sentimiento sexual femenino; adoptaba una actitud femenina frente a Dios, se sentía **mujer** de Dios" (Freud, 1911 [1910], pag. 30).

12.4.4. "Ningún otro fragmento de su delirio es tratado por el enfermo con tanto detalle, con tanta insistencia, se podría decir, como la mudanza en **mujer** por él aseverada. Los nervios por él absorbidos han cobrado en su cuerpo el carácter de unos nervios de voluptuosidad femenina, y con un sello femenino mayor o menor, en particular sobre su piel, a la que prestan la peculiar blandura de ese sexo (87). Si ejerce leve presión con la

mano sobre un lugar cualquiera del cuerpo, siente estos nervios bajo la superficie de la piel como unas formaciones a modo de hilos o cordones; ellos están presentes sobre todo en el torso, donde la **mujer** tiene los pechos" (Freud, 1911 [1910], pag. 31).

12.4.5. "Si nos acordamos del sueño que tuvo en el período de incubación de su enfermedad, antes de su traslado a Dresde [pág. 14], se vuelve evidente y a salvo de cualquier duda que el delirio de la mudanza en **mujer** no es más que la realización de dicho contenido onírico. En aquel tiempo se había revuelto con viril indignación contra ese sueño, y de igual modo se defendió de él al comienzo, durante la enfermedad; veía la mudanza en **mujer** como una irrisión a que lo condenaban con un propósito hostil" (Freud, 1911 [1910], pag. 32).

12.4.6. "Las dos piezas principales del delirio de Schreber, la mudanza en **mujer** y el vínculo privilegiado con Dios, están enlazadas en su sistema mediante la actitud femenina frente a Dios" (Freud, 1911 [1910], pag. 33).

12.4.7. NOTA AL PIE: "Según otra versión significativa, pero pronto rechazada, el profesor Flechsig se habría dado muerte en Weissenburg, Alsacia, o en una prisión policial de Leipzig. El paciente vio su cortejo fúnebre, pero este no se movía en la dirección que cabía esperar según la ubicación de la clínica universitaria respecto del cementerio. Otras veces, Flechsig se le aparecía acompañado por un policía o en plática con la señora Flechsig, plática de la que el paciente era testigo por la vía del «apéndice de los nervios», y en ella el profesor Flechsig se nombraba ante su **mujer** «Dios Flechsig», de suerte que esta se inclinaba a tenerlo por loco (82)" (Freud, 1911 [1910], pag. 38).

12.4.8. "(…) Además, cierta vez, en un estado de duermevela le afloró la sensación de que era hermosísimo sin duda ser una **mujer** sometida al acoplamiento" (Freud, 1911 [1910], pag. 40).

12.4.9. "¿No es irresponsable ligereza, indiscreción y calumnia acusar de homosexualidad a un hombre de tan elevadas miras éticas como el presidente del Superior Tribunal, doctor Schreber? No; el propio enfermo ha anunciado a sus prójimos su fantasía de la mudanza en **mujer**, y se sobrepone a susceptibilidades personales en aras de unos intereses de superior intelección. El mismo, pues, nos ha dado el derecho a ocuparnos de esa fantasía, y nuestra traducción a los términos especializados de la medicina nada agrega a su contenido. — Bien; pero él lo hizo en su condición de enfermo; su delirio de ser mudado en **mujer** era una idea patológica" […] "Pero —se objetará— en ningún pasaje se dice expresamente que la temida mudanza en **mujer** deba cumplirse en beneficio de Flechsig" (Freud, 1911 [1910], pag. 41).

12.4.10. "(…) El doctor Schreber tenía 51 años de edad en el momento en que contrajo esta enfermedad; se encontraba en la época crítica para la vida sexual, aquella en que la función sexual de la **mujer**, tras un previo acrecentamiento, experimenta una vasta involución, pero de cuya gravitación tampoco parece a salvo el hombre; también para este hay un «climaterio», con las predisposiciones patológicas que de él se siguen" (Freud, 1911 [1910], pags. 43-44).

12.4.11. "(…) Si era imposible avenirse al papel de la **mujerzuela** frente al médico, la tarea de ofrecer al propio Dios la voluptuosidad que busca no tropieza con igual resistencia del yo" (Freud, 1911 [1910], pag. 45).

12.4.12. "(…) La mudanza en **mujer** previsiblemente se cumplirá alguna vez; hasta entonces, la persona del doctor Schreber permanecerá indestructible" (Freud, 1911 [1910], pag. 46).

12.4.13. "(…) La más temida amenaza del padre, la castración, ha prestado su material a la fantasía de deseo de la mudanza en **mujer**, combatida primero y aceptada después" (Freud, 1911 [1910], pag. 52).

12.4.14. "(…) El gran Napoleón, si bien tras arduas luchas interiores, admitió separarse de su Josefina porque ella no podía dar herederos a la dinastía; acaso el doctor Schreber forjó la fantasía de que si él fuera **mujer** sería más apto para tener hijos, y así halló el camino para resituarse en la postura femenina frente al padre, de la primera infancia" (Freud, 1911 [1910], pag. 54).

12.4.15. "(…) Los historiales clínicos que poseíamos como material de indagación eran tanto de hombres como de **mujeres,** de diferentes razas, profesiones y rangos sociales, y vimos con sorpresa cuan nítidamente se discernía en todos ellos, en el centro del conflicto patológico, la defensa frente al deseo homosexual, y cómo todos habían fracasado en dominar su homosexualidad reforzada desde lo Inconciente" (Freud, 1911 [1910], pag. 55).

12.4.16. "(…) A semejante resultado puede llevar todo cuanto provoque una corriente retrocedente de la libido («regresión»); tanto, por un lado, un refuerzo colateral por desengaño con la **mujer**, una retroestasis directa por fracasos en los vínculos sociales con el hombre —casos ambos de «frustración»—, como, por otro lado, un acrecentamiento general de la libido demasiado violento para que pueda hallar tramitación por los caminos ya abiertos, y que por eso rompe el dique en el punto más endeble del edificio" (Freud, 1911 [1910], pags. 57-58).

12.4.17. “La tercera y última variedad posible de la contradicción sería ahora el delirio de celos, que podemos estudiar en formas características en el varón y la **mujer**” (Freud, 1911 [1910], pag. 59).

12.4.18. “El delirio de celos del alcohólico. El papel del alcohol en esta afección se nos ha vuelto inteligible en todos sus aspectos. Sabemos que este medio de goce cancela inhibiciones y deshace sublimaciones. No es raro que el varón sea empujado al alcohol por el desengaño con la **mujer**, pero esto, por regla general, equivale a decir que ingresa en la taberna y en la sociedad de los varones, donde halla la satisfacción del sentimiento que echa de menos en su hogar con la **mujer**. Y si estos varones devienen objetos de una investidura {*Besetzung*} libidinosa más intensa en su inconciente, se defiende de ella mediante la tercera variedad de la contradicción:

«No *yo* amo al varón - *es ella quien lo ama*», y sospecha de la **mujer** con todos los hombres a quienes él está tentado de amar.

Es fuerza que aquí falte la desfiguración proyectiva, porque con el cambio de vía del sujeto que ama el proceso es arrojado sin más fuera del yo. Que la **mujer** ame a los hombres sigue siendo asunto de la percepción exterior; que uno mismo no ame, sino que odie, que uno no ame a esta persona, sino a estotra, he ahí sin duda unos hechos de la percepción interior” (Freud, 1911 [1910], pags. 59-60).

12.4.19. “De manera por entero análoga se establece la paranoia de celos en las **mujeres**.

«No *yo* amo a las **mujeres** - sino que *él las ama*». La **mujer** celosa sospecha del hombre con todas las **mujeres** que a ella misma le gustan a consecuencia de su narcisismo predisponente, devenido hiperintenso, y de su homosexualidad. En la elección de los objetos de amor atribuidos al hombre se manifiesta de manera inequívoca el período de la vida en que sobrevino la fijación; son a menudo personas ancianas, ineptas para el amor real, refrescamientos de las cuidadoras, sirvientas, amigas de su infancia, o directamente sus hermanas competidoras” (Freud, 1911 [1910], pag. 60).

12.4.20. “(…) Muchas de las resistencias del neurótico se acrecientan enormemente por el tratamiento gratuito; así, en la **mujer** joven, la tentación contenida en el vínculo trasferencial, y en el hombre joven, su renuencia al deber del agradecimiento, renuencia que proviene del complejo paterno y se cuenta entre los más rebeldes obstáculos de la asistencia médica” (Freud, 1913, pags. 133-34).

12.4.21. “(…) Los pacientes cuyo análisis es precedido por ese rehusamiento de las ocurrencias son, sobre todo, **mujeres** que por el contenido de su biografía están preparadas para una agresión sexual, u hombres de una homosexualidad reprimida hiperintensa” (Freud, 1913, pag. 139).

12.4.22. “De las situaciones que ella produce seleccionaré una, bien circunscrita, tanto en razón de su frecuencia y real importancia cuanto de su interés teórico. Me refiero al caso en que una paciente **mujer** deja colegir por inequívocos indicios, o lo declara de manera directa, que, como cualquier frágil **mujer**, se ha enamorado del médico que la analiza. Esta situación tiene sus lados penosos y cómicos, y también sus lados serios; además, es tan enmarañada y de condicionamiento tan múltiple, tan inevitable y de solución tan difícil, que su estudio (adeudado desde hace mucho tiempo) habría llenado una necesidad vital de la técnica analítica” (Freud, 1915 [1914], pag. 163).

12.4.23. “(…) Al psicoanalista no le hace falta ser entremetido, pero tiene derecho a proclamarse indispensable para ciertos logros. El pariente que haga suya la posición de Tolstoi frente a este problema podrá, sí, permanecer en la posesión imperturbada de su **mujer** o de su hija, pero tendrá que buscar la manera de aguantar que ella conserve su neurosis y la perturbación de la capacidad de amar que esta conlleva” […] “Según he sabido, ciertos médicos que practican el análisis preparan con frecuencia a sus pacientes **mujeres** para la aparición de la trasferencia amorosa, y hasta las exhortan a «enamorarse del médico sólo para que el análisis marche adelante». (Freud, 1915 [1914], pag. 165).

12.4.24. “En este punto me resultaría fácil postular, por expresa insistencia en la moral universalmente válida, que el analista jamás tiene derecho a aceptar la ternura que se le ofrece ni a responder a ella. Y que, al contrario, debería considerar llegado el momento de abogar ante la **mujer** enamorada por el reclamo ético y la necesidad de la renuncia, conseguir que abandone su apetencia y, venciendo la parte animal de su yo, prosiga el trabajo analítico” (Freud, 1915 [1914], pag. 167).

12.4.25. “Es verdad que este intento de mantener el amor de transferencia sin satisfacerlo fracasará con una clase de **mujeres**. Son aquellas de un apasionamiento elemental que no tolera subrogados, criaturas de la naturaleza que no quieren tomar lo psíquico por lo material; que, según palabras del poeta, sólo son accesibles a «lógica de sopas y argumentos de albóndigas». Con tales personas se está frente a una opción; mostrarles correspondencia de amor, o bien cargar con toda la hostilidad de la **mujer** desairada. Y en ninguno de ambos casos puede uno percibir los intereses de la cura. Es preciso retirarse sin obtener el éxito, y acaso pueda uno preguntarse cómo se compadece la aptitud para la neurosis con una necesidad de amor tan inexorable” (Freud, 1915 [1914], pags. 169-70).

12.4.26. “Motivos éticos se suman a los técnicos para que el médico se abstenga de consentir el amor de la enferma. Debe tener en vista su meta: que esta **mujer**, estorbada en su capacidad de amar por unas fijaciones infantiles, alcance la libre disposición sobre esa función de importancia inestimable para ella, pero no la dilapide en la cura, sino que

la tenga aprontada para la vida real cuando después del tratamiento esta se lo demande. El médico no puede escenificar con ella el episodio de la carrera de perros en que se había instituido como premio una ristra de salchichas, y que un chusco arruinó arrojando una sola salchicha a la pista: sobre esta se abalanzaron los perros, olvidando la carrera y la ristra que allá lejos aguardaba al vencedor. No quiero decir que al médico siempre le resulte fácil mantenerse dentro de las fronteras que la ética y la técnica le prescriben. Sobre todo el hombre joven y no bien afirmado todavía puede sentirla como una dura tarea. Sin ninguna duda, el amor sexual es uno de los contenidos principales de la vida, y la reunión de satisfacción anímica y corporal en el goce amoroso, uno de sus puntos más altos. Todos los hombres, salvo unos extravagantes fanáticos, lo saben y ordenan su vida según ello; sólo en la ciencia se hacen remilgos para admitirlo. Por otra parte, es penoso para el varón hacer el papel del que rechaza y deniega mientras la **mujer** lo corteja; y una noble dama que confiesa su pasión irradia un ensalmo incomparable a pesar de la neurosis y la resistencia. No son las groseras apetencias sensuales de la paciente las que crean la tentación; ellas provocan más bien rechazo y hace falta armarse de tolerancia para admitirlas como un fenómeno natural. Son quizá las mociones de deseo más finas, y de meta inhibida, de la **mujer** las que conllevan el peligro de hacer olvidar la técnica y la misión médica á cambio de una hermosa vivencia" (Freud, 1915 [1914], pags. 172-73).

12.4.27. "La figuración del pene como arma, cuchillo filoso, puñal, etc., nos es familiar por los sueños de angustia, en particular de **mujeres** abstinentes; y también en personas neuróticas es la base de numerosas fobias. Pero el complicado ropaje del sueño trascrito nos sugiere el intento de aclararlo mediante interpretación psicoanalítica, apuntalados en trabajos interpretativos ya consumados; sabemos que al hacerlo vamos más allá de lo que el folklore nos ofrece, y mengua nuestra certeza.

Como este sueño desemboca en una agresión sexual ejecutada por la **mujer** como acción onírica, es sugerente concebir la penuria material del contenido del sueño como el sustituto de una penuria sexual. Sólo la más extrema apretura libidinosa puede justificar semejante agresión de la **mujer**. Otros fragmentos del sueño apuntan en una dirección diversa, muy definida. La culpa de esa penuria es atribuida al marido. (Se había bebido todo el dinero.) Y cuando después el sueño quita de en medio al marido y a la niña, y hábilmente esquiva el sentimiento de culpa propio por abrigar tales deseos haciendo que el marido mate a la niña, tras lo cual él mismo se elimina, arrepentido, este contenido del sueño nos permite deducir, según múltiples analogías, que se trata de una **mujer** insatisfecha de su marido y que en su fantasía anhela otra pareja" (Freud, 1958 [1911], pags. 188-89).

12.4.28. "(…) Por eso nos abstenemos de interpretar todavía, y destacamos, como otro rasgo que debería ser explicado, que en ambas situaciones en que dos hombres duermen juntos lo ominoso del guía espectral es entramado con una **mujer**. El espíritu del primer sueño se revela pronto como una **mujer** hermosa que ahora se siente redimida, y el del segundo toma como meta la tumba de una muchacha, la cual debe ser señalada con el signo".

"Para obtener ulterior esclarecimiento recurrimos a otros sueños de defecación en que los durmientes camaradas ya no son dos hombres, sino marido y **mujer,** una pareja conyugal. La acción satisfaciente consumada durmiendo a consecuencia del sueño aparece aquí especialmente repulsiva, pero quizá por eso mismo esconde un sentido particular. Comenzamos, en virtud de sus vínculos de contenido con los que siguen, por un sueño que en términos estrictos no responde al anuncio que hemos hecho. Es incompleto, pues en él no se ensucia a la compañera de cama y esposa. En cambio, es hipernítido el nexo del esfuerzo defecatorio con la angustia de muerte. El campesino, a quien se define como casado, sueña que lo alcanza un rayo y su alma vuela al cielo. Ya arriba, pide permiso para regresar una vez más a la Tierra y ver a su **mujer** e hijos; le dan la autorización para mudarse en araña y deslizarse hacia abajo por el hilo segregado por él mismo. El hilo le resulta corto y en el afán de exprimir más hilo de su vientre sobreviene la evacuación" (Freud, 1958 [1911], pag. 193).

12.4.29. "(…) El sueño no puede significar otra cosa que un escarnio {*Schmähung*}, en rigor, un repudio {*Verschmähung*} de la **mujer**. Y con esto último es fácil conectar el significado más profundo de la angustia exteriorizada en el sueño" […] "De ahí, en estos sueños, el estar muerto, el viaje al cielo, la hipócrita añoranza de volver a ver a la **mujer** y a los hijos. Por el camino de la regresión, la libido sexual desengañada deja que la releve la moción de deseo excrementicia, que insulta y embadurna al inepto objeto sexual.

Es la interpretación que nos sugiere este sueño en particular; pero su demostración, con referencia a las peculiaridades del material disponible, sólo se conseguirá si podemos aplicarla a toda una serie de sueños de sentido emparentado. Con este propósito, remontémonos a los sueños, antes consignados, cuya situación era que el durmiente tenía por compañero de cama a un hombre. Ahora, con posterioridad, nos parece provista de significado la referencia dentro de la cual la **mujer** se presenta en esos sueños. El durmiente, aquejado por una moción libidinosa, repudia al varón, desea removerlo de ahí y poner a una **mujer** en su lugar. Desde luego, el deseo de muerte contra el importuno compañero de cama no recibe de la censura moral un castigo tan grave como ese mismo deseo contra la esposa, pero la reacción basta para dirigirlo contra la persona propia o sobre

el deseado objeto femenino. El propio durmiente es arrebatado por la muerte; no el otro hombre, sino la **mujer** ansiada, fallece. Pero al final irrumpe el repudio del objeto sexual masculino en el embadurnamiento, y también el otro siente y reprende esto como escarnio. […] En el siguiente sueño de defecación no se destaca el emporcamiento de la **mujer**, pero se dice, con toda la nitidez posible por el camino simbólico, que la moción libidinosa recae sobre otra **mujer**. El soñante no quiere emporcar su propia parcela, sino que quiere defecar en el campo del vecino" (Freud, 1958 [1911], pags. 196-98).

12.4.30. "Lo que más necesita ser fundamentado en nuestra interpretación parece el deseo de muerte del soñante contra su **mujer**. Pero en el sueño que ahora comunicaremos él entierra directamente a su **mujer**, designada con hipocresía como «tesoro»; entierra la vasija donde está contenido el oro y, como era lo acostumbrado en los sueños de tesoro, le planta encima el montón de caca como signo. Mientras excava, trabaja con sus manos en la vagina de su **mujer**" (Freud, 1958 [1911], pag. 198).

12.4.31. "Con este ejemplo hemos vuelto a los sueños de tesoro de que habíamos partido, y echamos de ver que los sueños de defecación que tratan de un tesoro no contienen nada, o muy poco, de angustia de muerte, y en cambio los otros, en que la referencia a la muerte se declara de manera directa (sueños de viaje al cielo), prescinden del tesoro y motivan la defecación de diversa manera. Es casi como si la mudanza de la **mujer** en un tesoro hubiera ahorrado el castigo por el deseo de muerte.

Con la máxima nitidez se confiesa el deseo de muerte contra la **mujer** en otro sueño de viaje al cielo, que, empero, no culmina en una defecación sobre el cuerpo de ella, sino en una acometida sexual sobre sus genitales, como ya ocurría en el sueño anterior. El soñante abrevia directamente la vida de su **mujer** para alargar la suya, poniendo aceite en su propia lámpara de la vida, tomándolo de la lámpara de ella. Como sustituto de esa franca hostilidad, en la conclusión del sueño entra en escena algo como el intento de una caricia" (Freud, 1958 [1911], pags. 199-200).

12.4.32. "Ha llegado el momento de acordarnos del «mal sueño» de aquella **mujer** que al final tiraba a su marido del miembro como si se lo quisiera arrancar [págs. 187-9]. La interpretación a que entonces nos vimos llevados armoniza en todas sus partes con la aquí sustentada para los sueños de defecación del hombre. Y también el sueño de la **mujer** insatisfecha elimina sin ceremonias al marido (y a la hija) como obstáculo para la satisfacción.

Otro sueño defecatorio, sobre cuya interpretación quizá no podamos tener plena certeza, nos avisa, empero, que hemos de admitir cierta variante en el propósito de estos sueños, al par que arroja nueva luz sobre sueños como los últimos consignados, y otros que

comunicaremos, en que la acción onírica consiste en una manipulación de los genitales de la **mujer**" (Freud, 1958 [1911], pag. 201).

12.4.33. "Este sueño insta a la interpretación simbólica, pues su contenido manifiesto es del todo ininteligible, en tanto que sus símbolos son de una claridad llamativa. ¿Por qué, en verdad, se aterrorizaría el soñante viendo mecerse una palangana con agua en la punta del alminar? Ahora bien, un alminar es apropiadísimo como símbolo del pene, y la vasija con agua que se mece rítmicamente parece un buen símbolo para los genitales de la **mujer** en el acto del coito".

[…]

"La variante interpretativa no es tan grande como podría parecer a primera vista. También en los sueños defecatorios cuya víctima es la **mujer** se trata de impotencia, una impotencia relativa, es cierto: hacia aquella persona que ha perdido su estímulo para el soñante. Así, el sueño de defecación pasa a ser el sueño del hombre que ya no puede satisfacer a la **mujer**, así como del hombre a quien cierta **mujer** ya no satisface.

Esta misma interpretación, como sueño de impotencia, admite un sueño de las *Facetiae* de Poggio, que por otra parte se presenta de manera manifiesta como el sueño de un celoso, vale decir, de un hombre que desconfía de poder bastarle a su **mujer**" (Freud, 1958 [1911], pag. 201).

12.4.34. "Se considera que este chascarrillo de Poggio es la fuente de un relato de Rabelais, que, si bien muy semejante, es más nítido, pues aquí el marido es un hombre de edad avanzada que se casa con una **mujer** joven, la cual le da buen fundamento para sus temores celosos" (Freud, 1958 [1911], pag. 203).

12.4.35. "El diablo, que, como en los sueños de tesoro, aparece aquí como consejero, deja colegir bien algunos de los pensamientos oníricos del soñante. Sin duda que originariamente estaba destinado a «llevarse» a la **mujer** infiel, difícil de guardar; luego, en el sueño manifiesto mostró el recurso infalible para guardarla por siempre. También aquí discernimos una analogía con el deseo de eliminación (de muerte) de los sueños defecatorios" (Freud, 1958 [1911], pag. 204).

12.4.36. "Un joven que venía satisfaciendo su libido mediante fantasías con desenlace masturbatorio y ahora quiere trocar este régimen próximo al autoerotismo por la elección real de objeto; una muchacha que regalaba toda su ternura al padre o al hermano y ahora, por un varón que la corteja, tiene que dejar que le devengan concientes los deseos libidinales incestuosos, antes inconcientes; una **mujer** que querría renunciar a sus inclinaciones polígamas y fantasías de prostitución para ser una esposa fiel y una madre intachable: todos ellos enfermarán a raíz de tales afanes, dignos del mayor encomio, si las

fijaciones anteriores de su libido son lo bastante intensas para contrariar un desplazamiento, en lo cual son decisivos, también aquí, los factores de la predisposición, de la disposición constitucional y del vivenciar infantil" (Freud, 1912, pag. 242).

12.4.37. "(…) Según se sabe, tales acrecentamientos libidinales, más bien repentinos, se conectan de una manera regular con la pubertad y la menopausia, con ciertas edades en la **mujer**: además, en muchos seres humanos pueden exteriorizarse unas periodicidades todavía desconocidas" (Freud, 1912, pag. 243).

12.4.38. "(…) He lamentado también que no pudiéramos considerar el onanismo de la **mujer** en igual medida que el del hombre; opino que merece un estudio particular y que en él, justamente, ha de recaer un fuerte acento sobre las modificaciones condicionadas por la época de la vida" (Freud, 1912, pag. 256).

12.4.39. "(…) Es de hecho el carácter más llamativo de la mente histérica el estar gobernada por representaciones inconcientes. Si una **mujer** histérica vomita, acaso lo haga desde la idea de estar embarazada" (Freud, 1912, pag. 273).

12.4.40. "(…) Que la **mujer** no diera respuesta alguna, no se interesara, podríamos interpretarlo como un rebajamiento de la otra servidora en favor de la soñante, que en su sueño se eleva sobre la otra justamente porque tiene que luchar con unos reproches a causa de su desatención" (Freud, 1913, pag. 285).

12.4.41. "(…) Si estuviéramos frente a un sueño, enseguida daríamos en pensar que estos cofrecillos son **mujeres**, símbolos de lo esencial en la **mujer** y, por eso, la **mujer** misma, como también lo son tabaqueras, polveras, cajitas, cestas, etc. Si nos permitimos emprender esa sustitución simbólica también en el mito, la escena de los cofrecillos de *El mercader de Venecia* se convierte realmente en lo inverso de lo que conjeturábamos. De un solo golpe, como únicamente en los cuentos tradicionales suele suceder, hemos arrancado a nuestro tema su vestido astral y ahora vemos que se trata de un motivo humano, *la elección que un hombre hace entre tres* ***mujeres.***

Ahora bien, este mismo es el contenido de otra escena de Shakespeare, en uno de sus dramas más conmovedores; no se trata esta vez de elegir una novia, a pesar de lo cual muchísimas afinidades secretas enlazan esta escena con la elección de los cofrecillos en *El mercader de Venecia*. El viejo rey Lear decide repartir en vida su reino entre sus tres hijas según la medida del amor que le muestren. Las dos mayores, Goneril y Regan, se deshacen en juramentos y alabanzas de su amor; en cambio, la tercera, Cordelia, se rehúsa a hacerlo. El habría debido reconocer este amor recatado, sin palabras, de la tercera, y recompensarlo; pero se equivoca sobre ella, la repudia y reparte el reino entre las otras dos, para su propio infortunio y el de todos. ¿No es también esta una elección entre tres **mujeres**, de las cuales

la más joven es la mejor, la excelente?" […] "¡Contentémonos con Cordelia, Afrodita, Cenicienta y Psique! Las tres **mujeres**, de quienes la excelente es la tercera, han de concebirse de algún modo como de la misma índole, puesto que son presentadas como hermanas. No debe despistarnos que en El rey Lear las tres sean hijas del que elige; acaso sólo signifique que Lear tiene que ser figurado como un hombre viejo: al viejo no es fácil hacerle elegir de otro modo entre tres **mujeres**; por esa razón estas se convierten en sus hijas.

Ahora bien: ¿quiénes son estas tres hermanas, y por qué la elección recae sobre la tercera? Si pudiéramos responder esta pregunta, poseeríamos la interpretación buscada. Ya nos hemos valido de una aplicación de las técnicas psicoanalíticas al esclarecer simbólicamente los tres cofres como tres **mujeres**. Si tenemos la osadía de continuar con este procedimiento, nos internaremos por un camino que al comienzo nos llevará a lo imprevisto, lo inconcebible, y quizás a la meta por unos rodeos.

Puede llamarnos la atención que aquella tercera **mujer**, la superior, tenga en varios casos, además de su hermosura, ciertas particularidades. Son propiedades que parecen tender hacia alguna unidad; por cierto, no tenemos derecho a esperar hallarlas igualmente bien perfiladas en todos los ejemplos" (Freud, 1913, pags. 308-10).

12.4.42. "Es llegado ya el momento de volver al motivo de la elección entre tres hermanas, motivo que sometimos a la interpretación. Con profundo descontento notaremos cuan incomprensibles se vuelven las situaciones consideradas si en ellas introducimos la interpretación descubierta, así como las contradicciones a su aparente contenido que de ese modo resultan. La tercera de las hermanas debía ser la diosa de la muerte, la muerte misma, y en el juicio de Paris es la diosa del amor, en el cuento de Apuleyo es una beldad comparable a esta última, en *El mercader de Venecia* es la más hermosa y prudente de las **mujeres**, en *El rey Lear* es la única hija fiel. ¿Puede concebirse una contradicción más completa? Sin embargo, acaso hallemos ahí mismo esa inverosímil contradicción mayor. Y en verdad ella existe, pues en nuestro motivo, eligiéndose libremente entre tres **mujeres**, la elección siempre recae sobre la muerte; y nadie elige la muerte, de quien se es víctima por una fatalidad" (Freud, 1913, pag. 314).

12.4.43. "(…) Y su fantasía, pues, se sublevó contra la intelección encarnada en el mito de las Moiras y creó el otro, de él derivado, en que la diosa de la muerte es sustituida por la diosa del amor y por todo cuanto equivalga a esta en plasmaciones humanas. La tercera de las hermanas ya no es la muerte; es la más hermosa, es la mejor, la más apetecible y amable de las **mujeres**" (Freud, 1913, pag. 315).

12.4.44. “Lear es un hombre viejo. Ya dijimos que por eso las tres hermanas aparecen como sus hijas. A la relación paterna, que podría originar tan fecundos motivos dramáticos, no se recurre más en esta obra. Ahora bien, Lear no sólo es un viejo, sino un moribundo. La premisa de la distribución de la herencia, tan singular, pierde así toda su extrañeza. Pero este condenado a muerte no quiere renunciar al amor de la **mujer**, quiere oír que le digan cuánto es amado” (Freud, 1913, pag. 316).

12.4.45. “El poeta nos acerca el motivo antiguo haciendo que la elección entre las tres hermanas la consume un anciano y moribundo. La elaboración regresiva que él ha emprendido con el mito desfigurado por una mudanza de deseo nos deja traslucir de su sentido antiguo lo bastante, quizá, como para posibilitarnos también una interpretación superficial, alegórica, de las tres personas femeninas del motivo. Se podría decir que se figuran aquí los tres vínculos con la **mujer**, para el hombre inevitables: la paridora, la compañera y la corrompedora. O las tres formas en que se muda la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, que él elige a imagen y semejanza de aquella, y por último la Madre Tierra, que vuelve a recogerlo en su seno. El hombre viejo en vano se afana por el amor de la **mujer**, como lo recibiera primero de la madre; sólo la tercera de las **mujeres** del destino, la callada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos” (Freud, 1913, pag. 317).

12.4.46. “(…) A la manera de la **mujer**, ponía todo su orgullo en el hombre amado, y entonces se le hizo un motivo hiperintenso apoyar al padre contra el mundo” (Freud, 1913, pag. 326).

12.4.47. “(…) Enseguida de esto partió de viaje; la **mujer** lo creyó aquejado de impotencia permanente y produjo los primeros síntomas obsesivos la víspera de su esperado regreso” (Freud, 1913, pag. 340).

12.4.48. “(…) Es un hecho consabido, y ha dado a los hombres mucho paño para quejas, que las **mujeres**, después de resignadas sus funciones genitales, a menudo alteran su carácter de curiosa manera. Se vuelven peleadoras, martirizadoras y querellonas, mezquinas y avaras, o sea, muestran típicos rasgos sádicos y anal-eróticos que no poseían antes, en la época de la feminidad” (Freud, 1913, pag. 343).

12.4.49. “(…) Ahora bien, es muy común que en la neurosis histérica de las **mujeres** sobrevenga una reactivación de esta sexualidad masculina reprimida, y contra ella se dirige luego la lucha defensiva de las pulsiones acordes con el yo. No obstante, me parece prematuro internarme en este trabajo en el examen de los problemas de la predisposición histérica” (Freud, 1913, pag. 345).

12.4.50. "(…) También los orfebres volvieron a encontrar trabajo, creando imágenes del templo y de la divinidad para los nuevos peregrinos; sólo que la virtud de Artemisa, que se expresaba en su atributo de [vocablo en caracteres griegos] pasó a un San Artemidoro, quien cuidó ahora de las **mujeres** en trance de dar a luz" (Freud, 1911-13, pag. 367).

Niña (19):

12.5.1. "Y cuando después el sueño quita de en medio al marido y a la **niña**, y hábilmente esquiva el sentimiento de culpa propio por abrigar tales deseos haciendo que el marido mate a la **niña**, tras lo cual él mismo se elimina, arrepentido, este contenido del sueño nos permite deducir, según múltiples analogías, que se trata de una mujer insatisfecha de su marido y que en su fantasía anhela otra pareja" (Freud, 1958 [1911], pags. 188-89).

12.5.2. "Recurro aquí al noveno de los cuentos populares de los Grimm, que se titula «Los doce hermanos». Un rey y una reina tenían doce hijos, brillantes varones. Entonces el rey dijo: «Si el decimotercero es mujer, los varones morirán». En la expectativa de ese nacimiento, hizo construir doce sarcófagos. Los doce hijos huyeron, ayudados por su madre, a un bosque recóndito, v juraron dar muerte a cualquier **niña** que les saliera al paso. Nació una **niña**; ella creció, y cierta vez se enteró, por su madre, de que tenía doce hermanos. Resuelve buscarlos, y halla en el bosque al menor, quien la reconoce, pero preferiría esconderla a causa del juramento de los hermanos. La hermana dice: «Prefiero morir, si de ese modo puedo redimir a mis doce hermanos». Pero ellos la acogen de corazón, permanece con ellos y les cuida la casa. En un pequeño jardín junto a la casa crecen doce lirios; la **niña** los corta para regalar uno a cada uno de sus hermanos. En ese instante, los hermanos son trasnformados en cuervos, y desaparecen con casa y jardín. — Los cuervos son pájaros-espíritus; la muerte de los doce hermanos por su hermana es figurada de nuevo por el cortar las flores, como, al comienzo, por los sarcófagos y la desaparición de ellos. — La **niña**, presta otra vez a redimir a sus hermanos de la muerte, recibe ahora por condición permanecer muda siete años, durante los cuales no tiene permitido decir una sola palabra. Se somete a esta prueba, a causa de la cual ella misma corre peligro de muerte, o sea, muere por sus hermanos como lo prometió antes del encuentro con ellos. Al fin, perseverando en su mudez, consigue redimir a los cuervos" (Freud, 1913, pags. 311-12).

12.5.3. "Una **niña** de siete años (asiste al segundo grado de la escuela) ha pedido dinero a su padre para comprar unas pinturas con las cuales adornar huevos de Pascua. El padre se lo ha negado argumentándole que no tiene. A poco, le pide dinero a fin de contribuir a la compra de una corona para la difunta princesa. Cada uno de los escolares debe aportar

cincuenta pfennig. El padre le da diez marcos; ella hace su aporte, deja sobre el escritorio del padre nueve marcos y con los cincuenta pfennig restantes se compra unas pinturas que esconde en el armario de los juguetes. En la mesa familiar, el padre, enojado, pregunta qué ha hecho con los cincuenta pfennig fallantes, si acaso no se compró pinturas con ellos. La **niña** niega, pero su hermano, tres años mayor y con quien ella quería pintar, juntos, los huevos, la delata; le encuentran las pinturas en el armario. El encolerizado padre entrega la malhechora a la madre para su castigo, que resulta muy enérgico. Poco más tarde, la madre misma se conmueve cuando nota lo desesperada que está la **niña**. La mima después del castigo, la saca a pasear para consolarla. Pero los efectos de esta vivencia son calificados por la propia paciente como un «punto de viraje» de su niñez, demostraron ser incancelables. Había sido hasta ese momento una **niña** silvestre, confiada, y de ahí en más se volvió timorata" […] "A la edad de tres años y medio, tenía una niñera a quien se apegó mucho. Esta muchacha entró en vínculos eróticos con un médico, cuyo consultorio visitaba con la **niña**. Parece que por esa época esta fue testigo de diversos procesos sexuales. No es seguro si vio que el médico diera dinero a la muchacha, pero es indudable que esta obsequiaba a la **niña** moneditas para asegurarse de su silencio, a cambio de las cuales se hacían compras (de golosinas, sin duda) en el camino de regreso a casa. También es posible que el propio médico obsequiara en ocasiones dinero a la **niña**. A pesar de ello, esta, por celos, delató a su niñera ante la madre. Jugaba de manera tan llamativa con los centavos que traía a casa, que la madre no pudo menos que preguntarle: «¿Quién te ha dado ese dinero?». La niñera fue despedida" […] "Para el psicoanalista, apenas si hace falta destacar que en esta pequeña vivencia de la **niña** se tiene uno de aquellos casos, frecuentísimos, de continuación del previo erotismo anal en la posterior vida amorosa. También proviene de esta misma fuente el placer de pintar los huevos de colores" (Freud, 1913, pags. 323-25).

12.5.4. "Una señora, que hoy está gravemente enferma a consecuencia de una frustración en su vida, había sido una muchacha particularmente buena, seria, amante de la verdad y capaz, y se convirtió luego en una esposa tierna. Sin embargo, antes de todo ello, en los primeros años de su vida, fue una **niña** caprichosa y descontentadiza, y mientras variaba con bastante rapidez hacia una bondad y escrupulosidad excesivas, ocurrieron cosas (estando todavía en la escuela primaria) que en la época de su enfermedad la llevaron a hacerse graves reproches y que juzgó como unas pruebas de radical corrupción" (Freud, 1913, pag. 325).

12.5.5. "Otra vez, cuando tenía diez años, en la clase de dibujo le dieron la tarea de trazar un círculo a pulso. Pero se sirvió para ello del compás; le fue muy fácil, produjo un círculo perfecto y, triunfante, mostró su logro a su vecina de banco. El maestro se acercaba, oyó

la jactancia, descubrió las marcas del compás en el círculo y puso en entredicho a la **niña**. Pero esta negó con obstinación; ninguna prueba obtuvo su confesión y se refugió en desafiante mudez. El maestro trató el asunto con el padre; y ambos, movidos por la habitual bondad de la **niña**, convinieron en que la falta no le trajera ulteriores consecuencias.

Las dos mentiras de la **niña** estaban motivadas por el mismo complejo" (Freud, 1913, pag. 326).

12.5.6. "(…) Comediógrafos y satíricos de todos los tiempos han dirigido sus invectivas contra la «vieja bruja» en que se ha convertido la dulce **niña**, la esposa amante, la madre tierna" (Freud, 1913, pag. 343).

12.5.7. "No es difícil, en cambio, demostrar que también a la histeria le corresponde una regresión, diversa, a un nivel más temprano. Como sabemos, la sexualidad de la **niña** está bajo el imperio de un órgano rector masculino (el clítoris), y en muchos planos ella se comporta como la del varoncito. Una última oleada de desarrollo en la época de la pubertad tiene que remover esa sexualidad masculina y elevar a la vagina, derivada de la cloaca, a la condición de zona erógena dominante. Ahora bien, es muy común que en la neurosis histérica de las mujeres sobrevenga una reactivación de esta sexualidad masculina reprimida, y contra ella se dirige luego la lucha defensiva de las pulsiones acordes con el yo. No obstante, me parece prematuro internarme en este trabajo en el examen de los problemas de la predisposición histérica" (Freud, 1913, pag. 345).

Tomo 13

Sexualidad Femenina:

13.1.1. No hay entradas.

Feminidad:

13.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (4):

13.3.1. "(…) También impide al varón la unión sexual con cualquier mujer de su propia estirpe, o sea, con cierto número de personas del **sexo femenino** que no son sus parientes consanguíneos, pero a quienes trata como si lo fueran" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 15).

13.3.2. "Si queremos llegar a una caracterización del totemismo originario más allá de todo lo que pueda corresponder a un desarrollo posterior o a un debilitamiento de él, obtenemos los siguientes rasgos esenciales: *Los totems fueron originariamente sólo animales, y eran considerados los antepasados de cada linaje. El tótem se heredaba sólo por* ***línea femenina****; estaba prohibido matar al tótem (o comerlo, lo cual, en las condiciones de vida primitivas, equivale a decir lo mismo); los miembros del clan totémico tenían prohibido mantener comercio sexual reciproco*" (Freud, 1913 [1912-13], pags. 109-10).

13.3.3. "Así, la fuente última del totemismo sería la ignorancia de los salvajes acerca del proceso por el cual hombres y animales reproducen su especie, Y, en particular, acerca del papel que desempeña el macho en la fecundación. Esa ignorancia tiene que verse facilitada por el prolongado intervalo que trascurre entre el acto de fecundación y el nacimiento del hijo (o el registro de sus primeros movimientos). Por eso el totemismo es una creación del **espíritu femenino**, no del masculino. Los antojos (*sick fancies*) de la mujer grávida son sus raíces" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 120).

13.3.4. "Nada fáctico. El sueño apunta a los **genitales femeninos** y el ano, que, de niño, él había considerado como un espacio único, la «cola» (de acuerdo con la teoría infantil de la «cloaca»), mientras que ahora sabe que forman dos cavidades y orificios separados. Una figuración invertida" (Freud, 1913, pag. 199).

Mujer (57):

13.4.1. “Puesto que el tótem es hereditario y no se altera por casamiento, se echan de ver fácilmente las consecuencias de la prohibición, por ejemplo en caso de herencia matrilineal. Si el marido pertenece a un clan de tótem «Canguro» y su **mujer** al tótem «Emú», los hijos (varones y **mujeres**) serán todos Emú”

“Pero apenas hace falta un momento de reflexión para inteligir que la exogamia conectada con el tótem logra más, y por tanto se propone algo más, que prevenir el incesto con la madre y hermanas. También impide al varón la unión sexual con cualquier **mujer** de su propia estirpe, o sea, con cierto número de personas del sexo femenino que no son sus parientes consanguíneos, pero a quienes trata como si lo fueran” (Freud, 1913 [1912-13], pag. 15).

13.4.2. “(…) Por eso no es superfluo apuntar que las costumbres de los australianos reconocen condiciones sociales y oportunidades festivas en que se infringe el privilegio matrimonial exclusivo de un hombre sobre una **mujer**” […] “Esto significa que un hombre llama «padre» no sólo a quien lo engendró, sino a cualquier otro hombre que de acuerdo con los estatutos tribales habría podido casarse con su madre y de ese modo ser su padre; y llama «madre» a cualquier **mujer**, no sólo a la que lo dio a luz, sino a todas las que sin violar las leyes tribales habrían podido serlo” (Freud, 1913 [1912-13], pag. 16).

13.4.3. “La explicación de este uso lingüístico tan extraño para nosotros se obtiene fácilmente concibiéndolo como un resto y un indicio de aquella institución matrimonial que el reverendo L. Fison ha llamado «matrimonio por grupos», y cuya esencia consiste en que cierto número de hombres ejerce derechos maritales sobre cierto número de **mujeres**” (Freud, 1913 [1912-13], pag. 17).

13.4.4. “(…) El resultado, vale decir, la tendencia de estas instituciones, es indudable: por este camino se limitan todavía más la elección de cónyuge y la libertad sexual. Si sólo existieran las doce estirpes totémicas, un miembro de una de ellas —bajo la premisa de que cada estirpe constara de igual número de individuos— tendría permitido elegir entre el 11/12 de las **mujeres** de la tribu entera. La existencia de las dos fratrías limita este número a 6/12 = 1/2; un hombre del tótem a sólo puede tomar por esposa a una **mujer** de las estirpes 1 a 6. Y al introducirse las dos subclases, la elección se reduce a los 3/12 = 1/4; un hombre del tótem a tiene que limitar su elección matrimonial a las **mujeres** de los totems 4, 5 y 6” (Freud, 1913 [1912-13], pag. 18).

13.4.5. “(…) En ese pueblo se supone, sin más, que el hecho de encontrarse solos un hombre con una **mujer** lleva a una intimidad indebida, y puesto que ellos esperan del comercio entre parientes consanguíneos todos los castigos y malas consecuencias posibles, hacen bien en evitar cualquier tentación mediante esas prohibiciones.

Entre los barongo de la Bahía de Delagoa, en Sudáfrica, rigen, cosa asombrosa, los más severos preceptos respecto de la concuñada, la **mujer** del hermano de la esposa propia" […] "En muchos de estos pueblos existen parecidas prohibiciones al trato inocente de una **mujer** con su suegro; empero, ni de lejos son tan constantes y serias. En casos aislados, ambos suegros son objeto de la evitación" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 21).

13.4.6. "(…) Un hombre tiene que evitar la proximidad de su suegra, y ella la de él. Si por casualidad se encuentran en una senda, la **mujer** se aparta y le da la espalda hasta que él ya ha pasado, o él hace lo mismo" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 22).

13.4.7. "Con todo derecho pareció incomprensible que esos pueblos mostraran tanta angustia ante la tentación que un hombre sentiría en presencia de una **mujer** anciana que podría ser su madre, sin serlo de hecho" […] "Una **mujer** zulú a quien le preguntaron por el fundamento de la prohibición adujo un motivo de ternura: «No está bien que él vea los pechos que amamantaron a su esposa» (Freud, 1913 [1912-13], pag. 23).

13.4.8. "(…) Y de parte del hombre, la decisión de no subordinarse más a ninguna voluntad ajena, los celos hacia todas las personas que poseyeron antes que él la ternura de su **mujer** y —*last not least*— la aversión a que le empañen la ilusión de la sobrestimación sexual" […] "Ahora bien, podemos agregar todavía otros motivos merced a la noticia que sobre unas mociones anímicas escondidas nos procura la indagación de seres humanos individuales. Toda vez que la **mujer** deba satisfacer sus necesidades psicosexuales en el matrimonio y la vida familiar, siempre la amenazará el peligro de quedar insatisfecha por el término prematuro del vínculo conyugal o por la esterilidad de su propia vida afectiva" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 24).

13.4.9. "(…) Así, los adolescentes son tabú durante las ceremonias de iniciación; las **mujeres**, durante la menstruación y un lapso tras el parto; también lo son los recién nacidos, los enfermos y, especialmente, los muertos" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 32).

13.4.10. "(…) El muerto, el recién nacido, la **mujer** en los estados propios de su sexo, estimulan por su particular desvalimiento; el individuo que alcanza la madurez sexual, por el nuevo goce que promete. Por eso todas esas personas y todos esos estados son tabú, pues no está permitido ceder a la tentación" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 40).

13.4.11. "(…) En Timor (cf. supra las prácticas de apaciguamiento), el jefe de la expedición no tiene permitido volver a su casa sin más. Le erigen una choza especial donde pasa dos meses obedeciendo diversos preceptos purificatorios. Durante ese tiempo no está autorizado a ver a su **mujer**, ni puede alimentarse por sí: es preciso que otra persona le introduzca la comida en la boca. — En algunas tribus dayak, los que regresan a casa tras una expedición guerrera triunfante tienen que permanecer apartados y abstenerse de ciertos

manjares; tampoco pueden tocar la comida y se mantienen lejos de sus **mujeres**. — En Logea, una isla próxima a Nueva Guinea, los hombres que dieron muerte a enemigos, o participaron en esa acción, se recluyen en sus casas durante algunas semanas. Evitan todo trato con su **mujer** y amigos, no tocan la comida con sus manos y sólo se alimentan de vegetales cocinados para ellos en unas vasijas especiales. Como fundamento de esta última restricción se indica que no tienen permitido oler la sangre del muerto; de lo contrario, enfermarían y morirían. — En la tribu toaripi o motumotu, de Nueva Guinea, un hombre que haya matado a otro no puede aproximarse a su **mujer** ni tocar alimento con sus dedos. Otras personas le administran uno especial. Esto dura hasta la siguiente luna nueva. [Frazer, 1911*b*, pág. 167.]" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 46).

13.4.12. "«Entre los monumbo de la Nueva Guinea alemana, todo el que haya dado muerte en combate a un enemigo se vuelve "impuro"», y la palabra empleada es la misma que se aplica a la **mujer** durante la menstruación o el puerperio. «Por largo tiempo no puede abandonar la casa-club de los varones; mientras, los otros habitantes de su aldea se reúnen en su derredor y festejan su triunfo con cánticos y danzas. No puede tocar a nadie, ni siquiera a su propia **mujer** e hijos; si lo hiciera, ellos se cubrirían de pústulas" (Freud, 1913 [1912-13], pags. 46-47).

13.4.13. "(…) Su **mujer**, la Flaminica, observaba además sus propias prohibiciones; en cierto tipo de escaleras no tenía permitido subir más allá del tercer escalón, ni cortarse el cabello en ciertos días festivos; el cuero de sus zapatos no podía tomarse de un animal muerto de muerte natural, sino sólo de uno que hubiera sido abatido o sacrificado; si oía tronar, quedaba impura hasta ofrecer un sacrificio expiatorio. (Frazer, 1911*b*, págs. 13-4.)" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 53).

13.4.14. "Cuando una **mujer** pierde a su marido por fallecimiento, o una hija a su madre, no es raro que el supérstite se vea aquejado por unos penosos escrúpulos que llamamos «reproches obsesivos»; dudan sobre si ellos mismos no son culpables, por imprevisión o negligencia, de la muerte de la persona amada" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 66).

13.4.15. "El canibalismo de los primitivos deriva de parecida manera su motivación más alta. Si mediante el acto de la devoración uno recibe en sí partes del cuerpo de una persona, al mismo tiempo se apropia de las cualidades que a ella pertenecieron. De aquí resultan luego precauciones y restricciones de la dieta bajo ciertas circunstancias. Una **mujer** en estado de gravidez evitará comer la carne de ciertos animales porque sus indeseadas propiedades, la cobardía por ejemplo, podrían trasmitirse al niño que ella nutre" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 85).

13.4.16. "(…) Se dice que los campesinos ingleses obran todavía hoy según esta receta, y si se han cortado con una hoz, a partir de ese momento la mantienen limpia para que la herida no supure. En junio de 1902, según informó un semanario local inglés, en Norwich una **mujer** de nombre Matilda Henry se lastimó por casualidad el pie con un clavo de hierro. Sin hacer que le examinasen la herida, y sin quitarse la media siquiera, ordenó a su hija aceitar bien el clavo, con la expectativa de que así no le ocurriría nada. Murió pocos días después, de tétanos, a consecuencia de esta desplazada antisepsis" (Freud, 1913 [1912-13], pag. 86).

13.4.17. "(…) En tanto los hombres de una tribu salvaje están empeñados en cazar, pescar, guerrear, recolectar preciosas sustancias vegetales, sus **mujeres** permanecen en casa sometidas a numerosas restricciones oprimentes; los salvajes mismos les atribuyen un efecto simpatético, operante a la distancia, sobre el feliz resultado de la expedición. Sin embargo, no hace falta una gran agudeza para colegir que ese factor eficaz en la lejanía no puede ser otro que el recuerdo del hogar, la añoranza de los ausentes, y que tras esas vestiduras se esconde la buena intelección psicológica de que los hombres sólo harán un óptimo trabajo si están completamente tranquilos sobre el paradero de sus no resguardadas esposas. Otras veces se enuncia de manera directa, sin motivación mágica, que la infidelidad conyugal de la **mujer** hace fracasar los empeños del marido que se ha ausentado para cumplir una tarea responsable.

Los innumerables preceptos-tabú a que están sometidas las **mujeres** de los salvajes durante su menstruación son motivados, se cree, por el horror supersticioso a la sangre, y sin duda tienen ahí un fundamento real. Pero andaría errado quien omitiese la posibilidad de que ese horror a la sangre estuviera también al servicio de propósitos estéticos e higiénicos, que en todos los casos se ven obligados a vestirse de motivaciones mágicas" (Freud, 1913 [1912-12]), pag. 101).

13.4.18. "Los arunta tienen una peculiar teoría sobre la concepción y el renacimiento. Suponen que, en determinados lugares de su país [«centros totémicos»], los espíritus de los difuntos de su mismo tótem aguardan su renacimiento y penetran en el vientre de las **mujeres** que pasan por allí. Cuando nace un niño, la madre indica la sede de espíritus donde cree haberlo concebido. Así se determina el tótem del niño. Además, se supone que los espíritus (de los difuntos, como de los renacidos) están ligados a unos peculiares amuletos de piedras (de nombre *churinga*) que se hallan en aquellos sitios.

Al parecer, dos factores movieron a Frazer a creer que en las instituciones de los arunta se ha descubierto la forma más antigua del totemismo. En primer lugar, la existencia de ciertos mitos según los cuales los antepasados de los arunta se alimentaban regularmente

de su tótem y sólo se casaban con las **mujeres** que pertenecían a este. En segundo término, el aparente relegamiento del acto sexual en su teoría sobre la concepción. A unos hombres que todavía ignoran que esta última es la consecuencia del comercio sexual es lícito considerarlos los más retrasados y primitivos entre los hoy vivientes" (Freud, 1913 [1912-12]), pag. 117).

13.4.19. "Según ya consignamos, los arunta suprimen el nexo entre la concepción y el acto sexual. Cuando una **mujer** se siente madre, es porque en ese instante ha penetrado en su vientre uno de los espíritus al acecho de renacimiento desde la sede de espíritus más cercana, y ella lo parirá como hijo. Ese niño tendrá el mismo tótem que todos los espíritus del lugar señalado. Esta teoría de la concepción no puede explicar al totemismo, puesto que presupone al tótem. Pero si uno retrocede un paso y se aviene a suponer que la **mujer** originariamente creía que el animal, la planta, la piedra, el objeto que ocupaba su fantasía en el momento en que por primera vez se sintió madre, de hecho había penetrado en ella, y luego lo pariría en forma humana, la identidad de un hombre con su tótem estaría fundada realmente por la creencia de la madre, y todos los otros mandamientos totémicos (con excepción de la exogamia) se derivarían de ahí con facilidad. Ese hombre se rehusaría a comer de ese animal o planta, porque se comería a sí mismo […] Los antojos (*sick fancies*) de la **mujer** grávida son sus raíces" (Freud, 1913 [1912-12]), pag. 120).

13.4.20. "(…) Durkheim (1898, 1902 y 1905) ha señalado en sus trabajos cómo el tabú anudado al tótem no podía menos que conllevar la prohibición de usar en comercio sexual a una **mujer** del mismo tótem. En efecto, el tótem es de la misma sangre que el hombre, y por ello la interdicción de la sangre (con referencia a la desfloración y la menstruación) prohíbe el comercio sexual con una **mujer** perteneciente al mismo tótem. Lang (1905, pág. 125), quien adhiere en esto a Durkheim, opina incluso que no habría hecho falta el tabú de la sangre para poner en vigor la prohibición sobre las **mujeres** de la misma tribu. […] McLennan (1865), agudamente, había colegido la exogamia a partir de los relictos de costumbres que apuntaban al antiguo rapto de **mujeres**. Supuso entonces que el uso universal en épocas primordiales había sido procurarse la **mujer** de un linaje ajeno, y el matrimonio con una **mujer** del propio linaje poco a poco se dejó de permitir porque se había vuelto inusual [ibid., pág. 289]. Y buscó el motivo de ese hábito de la exogamia en una carencia de **mujeres** entre aquellos linajes primitivos, por el uso de dar muerte a la mayoría de las niñas recién nacidas. Aquí no nos interesa pesquisar si las circunstancias fácticas corroboran los supuestos de McLennan. Más nos interesa el siguiente argumento: entre las premisas de este autor queda sin explicar por qué para los miembros masculinos del linaje se habrían vuelto inasequibles aun las pocas **mujeres** de su misma sangre; y

también nos importa el modo en que aquí se deja por completo de lado el problema del incesto. (Frazer, 1910,

4, págs. 71-92.)" (Freud, 1913 [1912-12]), pags. 123-24).

13.4.21. "El primer resultado de nuestra sustitución es muy asombroso. Si el animal totémico es el padre, los dos principales mandamientos del totemismo, los dos preceptos-tabú que constituyen su núcleo, el de no matar al tótem y no usar sexualmente a ninguna **mujer** que pertenezca a él, coinciden por su contenido con los dos crímenes de Edipo, quien mató a su padre y tomó por **mujer** a su madre, y con los dos deseos primordiales del niño, cuya represión insuficiente o cuyo nuevo despertar constituye quizás el núcleo de todas las psiconeurosis. Si esta ecuación fuera algo más que un mero juego desconcertante del azar, tendría que permitirnos arrojar luz sobre la génesis del totemismo en tiempos inmemoriales. Con otras palabras, conseguiría tornarnos verosímil que el sistema totemista resultó de las condiciones del complejo de Edipo, lo mismo que la zoofobia del pequeño Hans y la perversión de gallinero del pequeño Arpad. A fin de perseguir esa posibilidad, estudiaremos en lo que sigue un rasgo peculiar del sistema totemista (o, como podemos decir, de la religión totemista) que hasta ahora no habíamos hallado ocasión de mencionar" (Freud, 1913 [1912-12]), pag. 134).

13.4.22. "(…) El *kinship* es más antiguo que la vida familiar; las familias más antiguas de que tenemos noticia abarcan por lo regular a personas que pertenecen a diferentes uniones de parentesco. Los varones se casan con **mujeres** de un clan ajeno, los niños heredan el clan de la madre; no existe ningún parentesco de linaje entre el marido y los restantes miembros de la familia. En una familia así no existe banquete en común. Los salvajes todavía hoy comen apartados y solos, y las prohibiciones religiosas de ciertos manjares, que el totemismo impone, suelen imposibilitarles la comunidad de comida con sus **mujeres** e hijos. [Ibid., págs. 277-8.]" (Freud, 1913 [1912-12]), pags. 137-38).

13.4.23. "(…) Lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la «*obediencia de efecto retardado* {*nachträglich*}» que tan familiar nos resulta por los psicoanálisis. Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las **mujeres** liberadas. Así, desde la *conciencia de culpa del hijo varón*, ellos crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, que por eso mismo necesariamente coincidieron con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo. Quien los contraviniera se hacía culpable de los únicos dos crímenes en los que toma cartas la sociedad primitiva. Estos dos tabúes del totemismo, con los cuales comenzó la eticidad de los hombres, no son psicológicamente del mismo valor. Sólo uno, el respeto del animal totémico, descansa por

entero en motivos de sentimiento; es que el padre había sido eliminado, y en la realidad ello no tenía remedio. Pero el otro, la prohibición del incesto, tenía también un poderoso fundamento práctico. La necesidad sexual no une a los varones, sino que provoca desavenencias entre ellos. Si los hermanos se habían unido para avasallar al padre, ellos eran rivales entre sí respecto de las **mujeres**. Cada uno habría querido tenerlas todas para sí, como el padre, y en la lucha de todos contra todos se habría ido a pique la nueva organización. Ya no existía ningún hiperpoderoso que pudiera asumir con éxito el papel del padre. Por eso a los hermanos, si querían vivir juntos, no les quedó otra alternativa que erigir —acaso tras superar graves querellas— la prohibición del incesto, con la cual todos al mismo tiempo renunciaban a las **mujeres** por ellos anheladas y por causa de las cuales, sobre todo, habían eliminado al padre. Así salvaron la organización que los había hecho fuertes y que podía descansar sobre sentimientos y quehaceres homosexuales, tal vez establecidos entre ellos en la época del destierro. Además, quizá fue esta situación la que constituyó el germen de las instituciones del derecho materno, discernidas por Bachofen [1861], hasta que fue relevado por el régimen de la familia patriarcal" (Freud, 1913 [1912-12]), pags. 145-46).

13.4.24. "Así, en la doctrina cristiana la humanidad se confiesa con el menor fingimiento la hazaña culposa del tiempo primordial; y lo hace porque en la muerte sacrificial de un hijo ha hallado la más generosa expiación de aquella. La reconciliación con el padre es ahora tanto más radical porque de manera simultánea a ese sacrificio se produce la total renuncia a la **mujer**, por cuya causa uno se había sublevado contra el padre. Pero en este punto la fatalidad psicológica de la ambivalencia reclama sus derechos" (Freud, 1913 [1912-12]), pag. 155).

13.4.25. "Una **mujer** sueña que *anda con dos niñas pequeñas, cuya diferencia es de quince meses*" (Freud, 1913, pag. 198).

13.4.26. "Una **mujer** soñó que estaba acostada de espaldas y con las plantas de sus pies presionaba los de otra **mujer**" (Freud, 1913, pag. 198).

13.4.27. "En sueños de **mujeres**, se ha demostrado sin ninguna duda que un manto {Mantel} es símbolo de un hombre. Acaso la homofonía de las palabras tenga algo que ver en esto {Mann, hombre}" (Freud, 1913, pag. 199).

Niña (2):

13.5.1. "(…) Y buscó el motivo de ese hábito de la exogamia en una carencia de mujeres entre aquellos linajes primitivos, por el uso de dar muerte a la mayoría de las **niñas** recién nacidas. Aquí no nos interesa pesquisar si las circunstancias fácticas corroboran los

supuestos de McLennan. Más nos interesa el siguiente argumento: entre las premisas de este autor queda sin explicar por qué para los miembros masculinos del linaje se habrían vuelto inasequibles aun las pocas mujeres de su misma sangre; y también nos importa el modo en que aquí se deja por completo de lado el problema del incesto. (Frazer, 1910, 4, págs. 71-92.)" (Freud, 1913 [1912-12]), pags. 123-24).

13.5.2. "Una mujer sueña que *anda con dos* ***niñas*** *pequeñas, cuya diferencia es de quince meses*" (Freud, 1913, pag. 198).

Tomo 14

Sexualidad Femenina:

14.1.1. No hay entradas.

Feminidad (4):

14.2.1. “Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto. Y todavía hay otras que no necesitan esperar el hijo para dar ese paso en el desarrollo desde el narcisismo (secundario) hasta el amor de objeto. Antes de la pubertad se han sentido varones y durante un tramo se desarrollaron como tales; y después que esa aspiración quedó interrumpida por la maduración de la **feminidad**, les resta la capacidad de ansiar un ideal masculino que es en verdad la continuación del ser varonil que una vez fueron” (Freud, 1914, pags. 86-87).

14.2.2. “La paciente, a quien conocí poco después, era una muchacha de unos treinta años, de gracia y belleza inusuales; parecía mucho más joven que su edad declarada, y su aspecto era el de una genuina **feminidad**. Adoptó una actitud totalmente negativa hacia el médico, y no se tomó el trabajo de ocultar su desconfianza. Sólo presionada por su abogado, que estaba presente, me contó la historia que sigue, y que me planteó un problema que después mencionaré” (Freud, 1915, pag. 263).

14.2.3. “Una persona que se derrumba tras alcanzar el triunfo, después que bregó por él con pertinaz energía, es Lady Macbeth, de Shakespeare. Antes, ninguna vacilación y ningún indicio en ella de lucha interior, ninguna otra aspiración que disipar los reparos de su ambicioso pero sentimental marido. A su designio de muerte quiere sacrificar incluso su **feminidad**, sin atender al papel decisivo que habrá de caberle a esa **feminidad** después, cuando sea preciso asegurar esa meta de su ambición alcanzada por el crimen (…)” (Freud, 1916, pag. 325).

Femenina/o (13):

14.3.1. “En el intento, que se ha hecho insoslayable por obra del psicoanálisis, de anudar el principio fundamental de la doctrina a la vida anímica del niño, le han sido deparadas a Adler las más serias desviaciones de la realidad observada y los más profundos extravíos conceptuales. Los sentidos biológico, social y psicológico de «masculino» y «**femenino**»

se han entreverado sin remedio en una formación mixta. Es imposible, y la observación lo refuta, que el niño —sea varón o mujer— pueda fundar su plan de vida sobre un originario menosprecio del **sexo femenino** y hacer de este deseo su guía: «Quiero ser un hombre hecho y derecho»" (Freud, 1914, pag. 53).

14.3.2. "Igualmente lamentable y vacío es todo lo que Adler ha expresado sobre el sueño, ese *shibbólet* del psicoanálisis. Al principio el sueño fue para él una vuelta de la **línea femenina** a la masculina, lo cual no significaba sino la traducción de la doctrina del cumplimiento de deseo en el sueño al lenguaje de la «protesta masculina»" (Freud, 1914, pag. 55).

14.3.3. "La comparación entre hombre y mujer muestra, después, que en su relación con el tipo de elección de objeto presentan diferencias fundamentales, aunque no, desde luego, regulares. El pleno amor de objeto según el tipo del apuntalamiento es en verdad característico del hombre. Exhibe esa llamativa sobrestimación sexual que sin duda proviene del narcisismo originario del niño y, así, corresponde a la trasferencia de ese narcisismo sobre el objeto sexual. Tal sobrestimación sexual da lugar a la génesis del enamoramiento, ese peculiar estado que recuerda a la compulsión neurótica y se reconduce, por lo dicho, a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto. Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y más genuino, de la mujer. Con el desarrollo puberal, por la conformación de los **órganos sexuales femeninos** hasta entonces latentes, parece sobrevenirle un acrecimiento del narcisismo originario; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobrestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto" (Freud, 1914, pag. 85).

14. 3.4. "No es ocioso, quizá, que lo asegure: nada más lejos de mí, en esta pintura de la **vida amorosa femenina**, que la tendencia a menospreciar a la mujer. Prescindiendo de que soy ajeno a cualquier tendenciosidad, sé que estas conformaciones en direcciones diversas responden a la diferenciación de funciones dentro de una trabazón biológica en extremo compleja; además, estoy dispuesto a conceder que un número indeterminado de mujeres aman según el modelo masculino y también despliegan la correspondiente sobrestimación sexual" (Freud, 1914, pag. 86).

14.3.5. "(…) El yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una *actividad* hacia el mundo exterior, de suerte que destacando

lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias. La oposición entre activo y pasivo se fusiona más tarde con la que media entre masculino y **femenino**, que, antes que esto acontezca, carece de significación psicológica. La soldadura entre la actividad y lo masculino, y entre la pasividad y lo **femenino**, nos aparece, en efecto, como un hecho biológico. Pero en modo alguno es tan omnipresente y exclusiva como nos inclinamos a suponer" (Freud, 1915, pag. 129).

14.3.6. "(…) Los hoyos que por su culpa le aparecerían son los **genitales femeninos**, vale decir, el cumplimiento de la amenaza de castración (o de su fantasía subrogante) provocada por el onanismo" (…) "Un hoyito diminuto, como un poro de la piel, difícilmente será tomado por un histérico como símbolo de la vagina, que en cambio él comparará con todos los objetos posibles que encierran un hueco. Creemos también que el carácter múltiple de los hoyitos le haría abstenerse de usarlos como sustituto de los **genitales femeninos.** Lo mismo se aplica a un paciente joven sobre quien Tausk informó hace unos años en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Se comportaba en todo como un neurótico obsesivo, se pasaba las horas haciéndose su toilette, etc. Pero era llamativo que pudiese comunicar sin resistencia alguna el significado de sus inhibiciones. Cuando se ponía las medias le perturbaba, por ejemplo, la idea de tener que estirar los puntos del tejido, vale decir, los agujeros, y todo agujero era para él un símbolo de la **abertura genital femenina**" (Freud, 1915, pags. 196-97).

14.3.7. "De buena cuna y bien criada, no pudo de muchacha, aún muy joven, poner freno a su gana de vivir; escapó de la casa paterna y rodó por el mundo de aventura en aventura, hasta que conoció a un artista que supo apreciar su **encanto femenino**, pero también atinó a vislumbrar que había en la descarriada una disposición más fina" (Freud, 1916, pag. 323).

14.3.8. "Y ahora uno se pregunta; ¿Qué fue lo que destruyó ese carácter que parecía forjado del metal más duro? ¿Fue sólo la desilusión, la otra cara de la hazaña cumplida? ¿Acaso debemos inferir que también en Lady Macbeth una vida anímica en su origen dulce y de **femenina** blandura se fue empinando hasta alcanzar una concentración y una tensión extrema que no podían ser duraderas, o tenemos que salir en busca de indicios que nos hagan comprender humanamente ese derrumbe por una motivación más profunda?" (Freud, 1916, pag. 326).

14.3.9. "Ahí se dice que durante las excavaciones practicadas en Priena, en el Asia Menor, se hallaron terracotas que figuraban a esta Baubo. Muestran un **cuerpo femenino** sin cabeza y sin busto, sobre cuyo abdomen se ha pintado un rostro; el vestido alzado enmarca ese rostro como una corona de cabellos (ibid., pág. 117)" (Freud, 1915-16, pag. 345).

Mujer (60):

14.4.1. “Un día, siendo yo un joven médico de hospital, acompañaba a Breuer en un paseo por la ciudad; en eso se le acercó un hombre que quería hablarle con urgencia. Permanecí apartado; cuando Breuer quedó libre, me comunicó, con su manera de enseñanza amistosa: ese era el marido de una paciente que le traía noticias de ella. La **mujer**, agregó, se comportaba en reuniones sociales de un modo tan llamativo que se la habían enviado para que la tratase por nerviosa. Son siempre secretos de alcoba, concluyó Breuer” […] “Oí al comienzo de manera imprecisa, y poco a poco el relato fue cautivando mi atención: Una joven pareja de lejanas tierras del Oriente, la **mujer** con un padecimiento grave, y el hombre, impotente o del todo inhábil. «*Tâchez done*», oí que Charcot repetía, «*je vous assure, vous y arriverez*». Brouardel, quien hablaba en voz más baja, debió de expresar entonces su asombro por el hecho de que en tales circunstancias se presentaran síntomas como los de la **mujer**” (Freud, 1914, pag. 13).

14.4.2. “(…) Adler es tan consecuente en esto que llega a apreciar como el resorte impulsor más poderoso del acto sexual el propósito de estar encima, de enseñarle a la **mujer** quién es el amo. No sé si también en sus escritos ha sostenido estas enormidades” (Freud, 1914, pag. 51).

14.4.3. “(…) El análisis revela, en las personas de cuya biografía el médico tendrá que ocuparse más tarde, que dos mociones se apoderan del inmaduro espectador; si se trata de un muchacho, una es la de ponerse en el lugar del hombre activo, y la otra, la aspiración contraria, la de identificarse con la **mujer** pasiva” […] “Es imposible, y la observación lo refuta, que el niño —sea varón o **mujer**— pueda fundar su plan de vida sobre un originario menosprecio del sexo femenino y hacer de este deseo su guía: «Quiero ser un hombre hecho y derecho». El niño al comienzo no vislumbra el significado de la diferencia de los sexos; más bien parte de la premisa de que los dos sexos poseen el mismo genital (el masculino). Su investigación sexual no parte del problema de la diferencia entre los sexos, y le es por completo ajeno el menosprecio social por la **mujer**. Existen **mujeres** en cuya neurosis el deseo de ser un hombre no ha cumplido papel alguno” (Freud, 1914, pag. 53).

14.4.4. “Una tercera vía de acceso al estudio del narcisismo es la vida amorosa del ser humano dentro de su variada diferenciación en el hombre y en la **mujer**” (Freud, 1914, pag. 84).

14.4.5. “Ahora bien, no hemos inferido que los seres humanos se descomponen tajantemente en dos grupos según que su elección de objeto responda a uno de los dos tipos, el narcisista o el del apuntalamiento; más bien, promovemos esta hipótesis: todo ser

humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la **mujer** que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto.

La comparación entre hombre y **mujer** muestra, después, que en su relación con el tipo de elección de objeto presentan diferencias fundamentales, aunque no, desde luego, regulares. El pleno amor de objeto según el tipo del apuntalamiento es en verdad característico del hombre. Exhibe esa llamativa sobrestimación sexual que sin duda proviene del narcisismo originario del niño y, así, corresponde a la trasferencia de ese narcisismo sobre el objeto sexual. Tal sobrestimación sexual da lugar a la génesis del enamoramiento, ese peculiar estado que recuerda a la compulsión neurótica y se reconduce, por lo dicho, a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto. Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y más genuino, de la **mujer**. Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle un acrecimiento del narcisismo originario; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobrestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales **mujeres** sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja a la del hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad. La importancia de este tipo de **mujer** para la vida amorosa de los seres humanos ha de tasarse en mucho. Tales **mujeres** poseen el máximo atractivo {*Reiz* = estímulo} para los hombres, y no sólo por razones estéticas (pues suelen ser las más hermosas); también, a consecuencia de interesantes constelaciones psicológicas. En efecto, con particular nitidez se evidencia que el narcisismo de una persona despliega gran atracción sobre aquellas otras que han desistido de la dimensión plena de su narcisismo propio y andan en requerimiento del amor de objeto; el atractivo del niño reside en buena parte en su narcisismo, en su complacencia consigo mismo y en su inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que no parecen hacer caso de nosotros, como los gatos y algunos grandes carniceros; y aun el criminal célebre y el humorista subyugan nuestro interés, en la figuración literaria, por la congruencia narcisista con que saben alejar de sí todo cuanto pueda empequeñecer su yo. Es como si les envidiásemos por conservar un estado psíquico beatífico, una posición libidinal inexpugnable que nosotros resignamos hace ya tiempo. Pero al gran atractivo de la **mujer** narcisista no le falta su reverso; buena parte de la insatisfacción del hombre enamorado, la duda sobre el amor de la **mujer**, el lamentarse por los enigmas de su

naturaleza, tienen su raíz en esta incongruencia [entre los dos tipos] de la elección de objeto.

No es ocioso, quizá, que lo asegure: nada más lejos de mí, en esta pintura de la vida amorosa femenina, que la tendencia a menospreciar a la **mujer**. Prescindiendo de que soy ajeno a cualquier tendenciosidad, sé que estas conformaciones en direcciones diversas responden a la diferenciación de funciones dentro de una trabazón biológica en extremo compleja; además, estoy dispuesto a conceder que un número indeterminado de **mujeres** aman según el modelo masculino y también despliegan la correspondiente sobrestimación sexual.

Aun para las **mujeres** narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto. Y todavía hay otras que no necesitan esperar el hijo para dar ese paso en el desarrollo desde el narcisismo (secundario) hasta el amor de objeto. Antes de la pubertad se han sentido varones y durante un tramo se desarrollaron como tales; y después que esa aspiración quedó interrumpida por la maduración de la feminidad, les resta la capacidad de ansiar un ideal masculino que es en verdad la continuación del ser varonil que una vez fueron" (Freud, 1914, pags. 85-87).

14.4.6. "Según el tipo de apuntalamiento:

a) A la **mujer** nutricia, y
b) Al hombre protector" (Freud, 1914, pag. 87).

14.4.7. "(…) La mayoría de las **mujeres** histéricas se cuentan entre las exponentes atractivas y aun hermosas de su sexo; y, por otra parte, la frecuencia de tachas, atrofias de órgano y defectos en los estamentos inferiores de nuestra sociedad no produce efecto alguno en cuanto a multiplicar las enfermedades neuróticas en ese ambiente" (Freud, [1915], pag. 96).

14.4.8. "(…) La **mujer** antes cabal, meritoria y penetrada de sus deberes, no hablará, en la melancolía, mejor de sí misma que otra en verdad inservible para todo, y aun quizá sea más proclive a enfermar de melancolía que esta otra de quien nada bueno sabríamos decir" (Freud, 1917 [1915], pag. 244).

14.4.9. "La **mujer** que conmisera en voz alta a su marido por estar atado a una **mujer** de tan nulas prendas quiere quejarse, en verdad, de la falta de valía de él, en cualquier sentido que se la entienda. No es mucha maravilla que entre los autorreproches revertidos haya diseminados algunos genuinos; pudieron abrirse paso porque ayudan a encubrir a los otros y a imposibilitar el conocimiento de la situación, y aun provienen de los pros y contras que

se sopesaron en la disputa de amor que culminó en su pérdida" (Freud, 1917 [1915], pag. 246).

14.4.10. "(…) Lo que yo y mis amigos habíamos podido observar y analizar confirmaba hasta entonces sin dificultad el vínculo de la paranoia con la homosexualidad. El caso aquí presentado lo contradecía de manera terminante. La muchacha parecía defenderse del amor a un hombre, puesto que mudaba directamente al amado en el perseguidor; nada se descubría de la influencia de la **mujer**, de una renuencia hacia un vínculo homosexual" (Freud, 1915, pag. 265).

14.4.11. "Lo que acabamos de averiguar pone término, en primer lugar, a la duda sobre la naturaleza enfermiza de la sospecha. Con facilidad se advierte que la jefa de cabellos blancos es un sustituto de la madre; que el hombre amado, a pesar de su juventud, es puesto en el lugar del padre, y que es el poder del complejo materno el que compele a la enferma a suponer una relación amorosa entre esos dos desiguales compañeros, en contra de toda su inverosimilitud. Pero con ello se evapora también la aparente contradicción a la expectativa alentada por la doctrina psicoanalítica de que un vínculo homosexual reforzado sería la condición para el desarrollo de un delirio de persecución. El perseguidor originario, la instancia de cuya influencia se quiere escapar, tampoco en este caso es el hombre, sino la **mujer**. La jefa sabe de las relaciones amorosas de la muchacha, las ve con malos ojos y le da a conocer este juicio adverso mediante tácitas insinuaciones. El vínculo con el mismo sexo se contrapone a los empeños por ganar como objeto de amor un compañero del otro sexo. El amor a la madre deviene el portavoz de todas las aspiraciones que, cumpliendo el papel de una «conciencia moral», quieren hacer que la muchacha se vuelva atrás en su primer paso por el camino nuevo, peligroso en muchos sentidos, hacia la satisfacción sexual normal, y aun logra perturbar la relación con el hombre" (Freud, 1915, pag. 267).

14.4.12. "Ahora se creería que la resistencia fue vencida definitivamente y que la muchacha, ligada hasta entonces a la madre, ha logrado amar a un hombre. Pero tras el segundo encuentro se establece una nueva formación delirante que, mediante una hábil utilización de ciertas contingencias, consigue arruinar ese amor y, así, lleva a su ejecución exitosa el propósito del complejo materno. Sigue pareciéndonos sorprendente que la **mujer** haya de defenderse del amor por el hombre con ayuda de un delirio paranoico. Pero antes de esclarecer con mayor detenimiento esta situación, queremos echar una ojeada a las contingencias sobre las que se apoyó la segunda formación delirante, dirigida con exclusividad contra el hombre" (Freud, 1915, pag. 268).

14.4.13. "Ahora regresemos al llamativo hecho de que la enferma se defienda del amor al hombre con ayuda de una formación delirante paranoica. La clave para comprenderlo es

proporcionada por la génesis de este delirio. Originariamente estaba dirigido, según nos era lícito esperar, contra la **mujer**, pero ahora, *sobre el terreno de la paranoia, se cumplió el avance de la **mujer** al hombre en cuanto objeto*. Un avance así no es habitual en la paranoia; por regla general hallamos que el perseguido permanece fijado a las mismas personas (y por tanto también al mismo sexo) sobre las que recayó su elección de amor antes de la trasmudación paranoica. Pero la afección neurótica no lo excluye; nuestra observación podría ser paradigmática para muchas otras. Además de la paranoia, hay muchos procesos semejantes que hasta ahora no fueron reunidos bajo este punto de vista; entre ellos, algunos muy conocidos. Por ejemplo, el llamado neurasténico, por su ligazón inconciente con objetos de amor incestuosos, se abstiene de tomar por objeto a una **mujer** extraña, y en cuanto a su realización sexual queda encerrado en la fantasía. Ahora bien, en el terreno de la fantasía realiza ese avance que le es rehusado y puede sustituir a madre y hermana por objetos extraños. Y como en estos está ausente la objeción de la censura, la elección de tales personas sustitutivas en sus fantasías le deviene conciente" (Freud, 1915, pags. 270-71).

14.4.14. "(…) Y además, desde luego, con toda clase de miramientos por la parte de la población no combatiente, por las **mujeres**, que permanecen alejadas de las acciones bélicas, y por los niños, que, cuando crezcan, se brindarán —supuestamente— amistad y ayuda por encima de los bandos. También con la preservación de todas las empresas e instituciones internacionales en que ha cobrado cuerpo la comunidad de cultura de tiempos de paz" (Freud, 1915, pag. 280).

14.4.15. "(…) Nos paraliza para ello este reparo: ¿Quién ha de sustituirle a la madre su hijo, a la **mujer** su esposo, a los hijos su padre, si es que acaece una desgracia? La inclinación a no computar la muerte en el cálculo de la vida trae por consecuencia muchas otras renuncias y exclusiones" (Freud, 1915, pag. 292).

14.4.16. "La muerte propia fue para el hombre primordial sin duda tan inimaginable e irreal como lo es hoy para cada uno de nosotros. Pero a él se le presentaba un caso en que esas dos actitudes contrapuestas hacia la muerte chocaban y entraban en conflicto recíproco, y este caso devino muy importante y muy rico en consecuencias de vasto alcance. Ocurría cuando el hombre primordial veía morir a uno de sus deudos, su **mujer**, su hijo, su amigo, a quienes ciertamente él amaba como nosotros a los nuestros, pues el amor no puede ser mucho más reciente que el gusto de matar {*Mordlust*}" (Freud, 1915, pag. 294).

14.4.17. "En este último caso el hombre civilizado ya no siente esa reacción. Cuando la pugna salvaje de esta guerra se haya decidido, los combatientes victoriosos regresarán a su hogar, junto a su **mujer** y a sus hijos, y lo harán impertérritos y sin que los turbe pensar en

los enemigos a quienes dieron muerte en la lucha cuerpo a cuerpo o mediante las armas de largo alcance. Es digno de nota que los pueblos primitivos que todavía viven sobre la Tierra y están por cierto más próximos que nosotros al hombre primordial se conducen en este punto de otro modo (o se conducían así cuando aún no habían sufrido la influencia de nuestra cultura). El salvaje —australiano, bosquimano, o de la Tierra del Fuego— en modo alguno es un matador sin remordimiento; cuando vuelve a casa triunfante de la empresa bélica, no osa pisar su aldea ni tocar a su **mujer** antes de limpiar sede sus hechos de muerte por medio de una expiación a menudo prolongada y trabajosa. Fácil es, desde luego, explicarlo por su creencia supersticiosa; el salvaje teme todavía la venganza del espíritu del enemigo aniquilado. Pero este espíritu no es sino la expresión de su mala conciencia por causa de su culpa de sangre; tras esta superstición se oculta un filón de fina sensibilidad ética que nosotros, los hombres civilizados, hemos perdido" (Freud, 1915, pags. 296-97).

14.4.18. "Así, también nosotros, si se nos juzga por nuestras mociones inconcientes de deseo, somos, como los hombres primordiales, una gavilla de asesinos. Es una suerte que todos estos deseos no posean la fuerza que los hombres eran todavía capaces de darles en épocas primordiales; bajo el fuego cruzado de las maldiciones recíprocas, hace tiempo que la humanidad se habría ido a pique, incluso los mejores y más sabios entre los hombres, y las **mujeres** más hermosas y encantadoras" (Freud, 1915, pags. 298-99).

14.4.19. "No queremos abandonar las «excepciones» sin apuntar que la pretensión de las **mujeres** a ciertas prerrogativas y dispensas de tantas coerciones de la vida descansa en el mismo fundamento. Como lo averiguamos por el trabajo psicoanalítico, las **mujeres** se consideran dañadas en la infancia, cercenadas de un pedazo y humilladas sin su culpa, y el encono de tantas hijas contra su madre tiene por raíz última el reproche de haberlas traído al mundo como **mujeres** y no como varones" (Freud, 1916, pag. 322).

14.4.20. "Tanto más sorprendidos y aun confundidos quedamos, entonces, cuando, como médicos, hacemos la experiencia de que en ocasiones ciertos hombres enferman precisamente cuando se les cumple un deseo hondamente arraigado y por mucho tiempo perseguido. Parece como si no pudieran soportar su dicha, pues el vínculo causal entre la contracción de la enfermedad y el éxito no puede ponerse en duda. Tuve oportunidad de tomar conocimiento del destino de una **mujer**, que quiero describir a modo de paradigma de esos vuelcos trágicos.

De buena cuna y bien criada, no pudo de muchacha, aún muy joven, poner freno a su gana de vivir; escapó de la casa paterna y rodó por el mundo de aventura en aventura, hasta que conoció a un artista que supo apreciar su encanto femenino, pero también atinó a vislumbrar que había en la descarriada una disposición más fina. La recogió en su casa y

ganó en ella una fiel compañera, a quien sólo parecía faltarle la rehabilitación social para alcanzar la dicha plena. Tras una convivencia de años, él impuso a su familia que la aceptase y estaba dispuesto a hacerla su **mujer** ante la ley. En ese momento empezó ella a denegarse. Descuidó la casa cuya ama legítima estaba destinada a ser ahora, se juzgó perseguida por los parientes que querían incorporarla a la familia, por celos absurdos bloqueó al hombre todo trato social, lo estorbó en su trabajo artístico y pronto contrajo una incurable enfermedad anímica" (Freud, 1916, pags. 323-24).

14.4.21. "(…) Resulta claro que, como Macbeth no puede vivir eternamente, no le queda más que un camino para desvirtuar la parte de la profecía que le es desfavorable, a saber, tener él mismo hijos que puedan sucederle. Es lo que parece esperar de su fuerte **mujer** (…)" (Freud, 1916, pag. 327).

14.4.22. "Eso quiere decir, sin duda: «Sólo porque él no tiene hijos pudo matar a los míos»; pero puede esconder algo más, y sobre todo podría despejar el motivo más profundo que empuja a Macbeth a rebasar en mucho su naturaleza y que también alcanza a su dura **mujer** en su único punto débil […] Ahora bien, sería de una justicia poética erigida totalmente sobre la ley del talión que la falta de hijos de Macbeth y la esterilidad de su **mujer** fueran el castigo por sus crímenes contra la santidad de la generación, que Macbeth no pudiera ser padre porque arrebató los hijos al padre y el padre a los hijos, y que en Lady Macbeth se cumpliera ese despojamiento de su sexo que pidió a los espíritus de la muerte" (Freud, 1916, pag. 328).

14.4.23. "(…) Esta precipitación resta base a todas nuestras construcciones sobre los motivos del vuelco de carácter de Macbeth y su **mujer**. Falta el tiempo de un continuo desengaño en la espera del hijo, que pudiera desmoralizar a la **mujer** y empujar al hombre a una furia temeraria, y queda en pie la contradicción: dentro de la pieza, y entre ella y la ocasión que llevó a escribirla, son muchos los finos nexos que convergen coincidentemente en el motivo de la falta de hijos; no obstante, la economía temporal de la tragedia desautoriza de manera expresa una evolución del carácter no debida a los motivos más internos" (Freud, 1916, pag. 329).

14.4.24. "Rebeca Gamvik, la hija de una comadrona, fue educada por su padre adoptivo, el doctor West, como librepensadora y en el desprecio por las cadenas con que una moralidad fundada en la fe religiosa querría aherrojar los deseos de la vida. Tras la muerte del doctor, ella consigue ser recogida en Rosmersholm, casa de un antiguo linaje cuyos miembros no conocen la risa y han sacrificado la alegría al rígido cumplimiento del deber. En Rosmersholm moran el pastor Johannes Rosmer y su esposa Beate, enfermiza y sin hijos. Dominada por «una pasión salvaje e indomable» hacia ese hombre de noble cuna,

Rebeca resuelve quitar de en medio a la **mujer** que le estorba el camino y para eso se vale de su voluntad «osada y nacida libre», no inhibida por miramiento alguno. Como al descuido le deja en las manos un libro médico donde se indica que el fin del matrimonio es concebir hijos, de suerte que la pobre se pregunta, extraviada, por la justificación de su propio matrimonio; le deja entrever que Rosmer, cuyas lecturas y pensamientos ella comparte, está a punto de abandonar la antigua fe y abrazar el partido de la Ilustración; y después de haber sacudido así la confianza de la **mujer** en la solidez moral de su marido, le hace entender, por último, que ella misma, Rebeca, pronto abandonará la casa para ocultar las consecuencias de un comercio carnal prohibido con Rosmer. Ese plan criminal triunfa. La pobre **mujer**, que ha pasado por deprimida e irresponsable, se arroja al agua desde la pasarela del molino, imbuida del sentimiento de su nulidad y para no estorbar la dicha del hombre amado.

Y ahora, largo tiempo viven Rebeca y Rosmer solos en Rosmersholm, en una relación en que él quiere ver una amistad ideal y puramente espiritual. Pero cuando desde fuera caen sobre ellos las primeras sombras de la murmuración, y al mismo tiempo una duda martirizante mueve a Rosmer a preguntarse por los motivos que llevaron a su **mujer** a darse muerte, pide a Rebeca que sea su segunda **mujer**, para oponer al triste pasado una realidad nueva y viviente (acto II). A ella por un instante la llena de júbilo esa propuesta, pero enseguida declara que eso es imposible y que si él la asedia «seguirá el camino de Beate». Rosmer no atina a comprender ese rechazo; pero es todavía más incomprensible para nosotros, que sabemos más de las obras y propósitos de

Rebeca. De lo único que no podemos dudar es de que su «no» debe tomarse en serio" […] "Esta explicación la da Rebeca después de haber confesado espontáneamente su crimen a Rosmer y al rector Kroll, el hermano de la **mujer** que ella eliminó" […] "Todavía después de la confesión, en el último diálogo, que pone fin a la pieza, Rosmer le pide otra vez que sea su **mujer**. Él le perdona el crimen que cometió por amor a él. Y hete aquí que ella no responde lo que debería —que ningún perdón podría quitarle el sentimiento de culpa que le valió su alevoso engaño a la pobre Beate—, sino que carga sobre sí otro reproche que por fuerza nos suena extraño en la librepensadora, y en modo alguno merece la importancia que le atribuye Rebeca: «¡Ah!, amigo mío, no vuelvas sobre eso! ¡Es algo imposible! Pues has de saber, Rosmer, que yo tengo. . . un pasado». Desde luego, ella quiere aludir a que ha mantenido relaciones sexuales con otro hombre, y nosotros ahora nos enteramos de que esas relaciones, de una época en que era libre y no tenía que dar cuentas a nadie, parecen ser un obstáculo mayor para su unión con Rosmer que su conducta realmente criminal hacia la **mujer** de este" (Freud, 1916, pags. 331-33).

14.4.25. “El enigma de la conducta de Rebeca admite una sola solución. La comunicación de que el doctor West pudo ser su padre es el golpe más duro que podía propinársele, pues no sólo fue ella la hija adoptiva, sino la amante de ese hombre. Cuando Kroll empezó a hablar, ella creyó que iba a aludir a esas relaciones, que probablemente habría confesado invocando su libertad. Pero eso estaba lejos de la intención del rector; él nada sabía de su relación amorosa con el doctor

West, así como ella no sabía nada de su filiación. No otra cosa que esta relación amorosa puede ella tener en la mente cuando, en su última negativa ante Rosmer, alega que su pasado la hace indigna de ser su **mujer**. Probablemente le habría comunicado a Rosmer, de haberlo querido este, sólo una mitad de su secreto, callando la parte más grave de él” (Freud, 1916, pags. 334-35).

14.4.26. “(…) Cuando llegó a Rosmersholm, el yugo interior de aquella primera vivencia la empujó a crear, mediante una acción violenta, la misma situación que la primera vez se había realizado sin su cooperación: eliminar a la **mujer** y madre para ocupar su lugar junto al hombre y padre” […] “Esto no es embellecer lo sucedido sino exponerlo con veracidad. Todo lo que le sucedió en Rosmersholm, el enamoramiento de Rosmer y la hostilidad hacia su **mujer**, era ya fruto del complejo de Edipo, réplica inevitable de sus relaciones con su madre y con el doctor West” (Freud, 1916, pag. 336).

14.4.27. “El médico que practica el psicoanálisis sabe cuán frecuente o cuan regular es que la muchacha que entra en una casa como servidora, dama de compañía o institutriz urda allí, conciente o inconcientemente, el sueño diurno cuyo contenido está tomado del complejo de Edipo, a saber: que la señora de la casa desaparezca de algún modo y el señor la tome a ella por **mujer** en su remplazo” (Freud, 1916, pag. 337).

14.4.28. “Según la saga griega, Deméter había llegado a Eleusis en busca de su hija robada; allí la albergaron en su casa Disaules y su **mujer** Baubo, pero, en su hondo duelo, rehusaba probar alimento y bebida” (Freud, 1915-16, pag. 345).

Niña (3):

14.5.1. “(…) *His Majesty the Baby*, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la **niña** se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre” (Freud, 1914, pag. 88).

14.5.2. “Las perturbaciones a que está expuesto el narcisismo originario del niño, las reacciones con que se defiende de ellas y las vías por las cuales es esforzado al hacerlo, he ahí unos temas que yo querría dejar en suspenso como un importante material todavía a la

espera de ser trabajado; su pieza fundamental puede ponerse de resalto como «complejo de castración» (angustia por el pene en el varón, envidia del pene en la **niña**) y abordarse en su trabazón con el influjo del temprano amedrentamiento sexual. La indagación psicoanalítica, que nos habilitó para perseguir los destinos de las pulsiones libidinosas cuando, aisladas de las pulsiones yoicas, se encuentran en oposición a estas, nos permite en este ámbito unas inferencias retrospectivas a una época y a una situación psíquica en que ambas clases de pulsiones emergían como intereses narcisistas actuando todavía de consuno en unión inseparable" (Freud, 1914, pag. 89).

14.5.3. "El diario es una pequeña joya. Creo realmente que nunca, hasta ahora, se había podido penetrar con esa claridad y esa veracidad en las mociones anímicas que caracterizan al desarrollo de la muchacha de nuestro nivel social y cultural en los años de la prepubertad. El modo en que los sentimientos crecen desde el egoísmo infantil hasta alcanzar la madurez social; el modo en que se perfilan primero las relaciones con padres y hermanos, y después poco a poco se acendran en seriedad e intimidad; el modo en que se anudan amistades y se las abandona, y cómo tantea la ternura sus primeros objetos; sobre todo, el modo en que el secreto del sexo emerge al comienzo borroso, para apoderarse luego por completo del alma infantil, y de qué manera esta **niña**, bajo la conciencia de su secreto saber, sufre un perjuicio y gradualmente lo supera: todo eso se expresa de manera tan encantadora, tan natural y tan seria en esos bocetos hechos sin artificio, que por fuerza despertará en pedagogos y psicólogos el máximo interés. [...]" (Freud, 1915-16, pag. 343).

Tomo 15

Sexualidad Femenina:

15.1.1. No hay entradas.

Feminidad:

15.2.1. No hay entradas.

Femenina/o (25):

15.3.1. "(…) Nuestro hombre tenía la tez inusualmente clara, y en los diálogos de la cura yo lo había llamado repetidas veces, en broma, albino; acabábamos de ocuparnos de establecer el **componente femenino** de su constitución. El mismo era entonces esa Albine, la mujer más interesante por el momento" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 98).

15.3.2. "Entre los símbolos sexuales masculinos menos comprensibles se cuentan ciertos *reptiles* y *peces*, sobre todo el famoso símbolo de la *serpiente*. ¿Por qué el *sombrero* y el *manto* han hallado el mismo empleo? Sin duda no es fácil colegirlo, pero su significado simbólico es desde todo punto de vista indubitable [cf. pág. 144]. Por último, cabe preguntarse todavía si la sustitución del miembro masculino por otro miembro, el pie o la mano, puede caracterizarse como simbólica. Creo que nos vemos precisados a hacerlo por el contexto y por sus **contrapartidas femeninas.**

Los **genitales femeninos** son figurados simbólicamente por medio de todos aquellos objetos que comparten su propiedad de incluir un espacio cóncavo que puede recoger algo dentro de él. Así, por *pozos*, *cuevas* y *cavidades*, por *vasijas* y *frascos*, por *cajas*, *tabaqueras*, *baúles*, *cofres*, *cestas*, *bolsos*, etc. También el *barco* pertenece a esta serie. Muchos símbolos se relacionan más con el vientre materno que con los genitales de la mujer, como *armarios*, *hornos* y, sobre todo, la *habitación*. El simbolismo de la habitación linda aquí con el simbolismo de la casa; *puertas* y *portales* pasan a ser, a su vez, símbolos de la abertura genital. Pero también ciertos materiales son símbolos de la mujer [cf. pág. 146]: la *madera*, el *papel*, y objetos hechos de estos materiales, como la *mesa* y el *libro*. Entre los animales, por lo menos el *caracol* y los *moluscos valvados* han de mencionarse como indubitables **símbolos femeninos**; entre las partes del cuerpo, la *boca* como subrogación de la abertura genital y, entre los edificios, las *iglesias* y *capillas*. Como vemos, no todos los símbolos se comprenden igualmente bien.

Entre los genitales tienen que contarse los pechos, que, al igual que los hemisferios mayores del **cuerpo femenino**, encuentran su figuración en *manzanas*, *melocotones* y *frutos* en general. Al vello pubiano de ambos sexos, el sueño lo describe como *bosque* y *matorral*. La complicada topografía de las **partes sexuales femeninas** explica que con harta frecuencia se las figure como *paisaje* con roca, bosque y agua, mientras que el imponente mecanismo del aparato sexual masculino lleva a que pasen a ser símbolos de él toda clase de máquinas complejas y difíciles de describir.

Otro símbolo de los **genitales femeninos** digno de mención es el *alhajero*; también en el sueño, *alhaja* y *tesoro* son designaciones de la persona amada; los *dulces*, una frecuente figuración del goce sexual. La satisfacción con los genitales propios es aludida mediante todo tipo de *juego* {*Spielen*}, incluyendo el *tocar el piano* {*Klavierspiel*}. Refinadas figuraciones simbólicas del onanismo son el *deslizarse* y el *resbalar*, así como el *arrancar una rama* [cf. pág. 150]. Un símbolo onírico particularmente notable es la *caída de un diente* o la *extracción de un diente*. Significa primordialmente, a no dudarlo, la castración como castigo por el onanismo [*loc. cit.*]. Figuraciones particulares del comercio sexual se encuentran en el sueño en menor número de lo que pudiera esperarse por lo comunicado hasta aquí. Deben mencionarse actividades rítmicas como *danzar*, *cabalgar* y *trepar*, y también vivencias violentas como el *ser aplastado*. Además, ciertas *actividades artesanales* y, desde luego, la *amenaza con armas*.

No crean ustedes que el uso y la traducción de estos símbolos son sumamente simples. Se presentan en ellos toda clase de cosas que contradicen nuestra expectativa. Por ejemplo, apenas parece creíble, pero en estas figuraciones simbólicas las diferencias entre los sexos a menudo no se mantienen bien deslindadas. Muchos símbolos significan un **genital** en general, sin que importe que sea masculino o **femenino**, por ejemplo, un niño *pequeño*, hijo *pequeño* o hija *pequeña*. Otras veces, un símbolo predominantemente masculino puede usarse para un **genital femenino**, o a la inversa. Esto no se comprende si antes no se obtiene un mejor entendimiento sobre el desarrollo de las representaciones sexuales en los seres humanos. En muchos casos esta ambigüedad de los símbolos puede ser sólo aparente; los símbolos más patentes, como *armas*, *bolsos*, *cestas*, están por cierto excluidos de este uso bisexual.

Ahora no quiero partir de lo figurado, sino del símbolo. Daré un panorama de los ámbitos de donde se toman la mayoría de las veces los símbolos sexuales, y agregaré alguna acotación con particular referencia a los símbolos en los que no se advierte el elemento común que les sirvió de base. Un símbolo oscuro de esa índole es el *sombrero*, y quizás en

general todo lo que cubra la cabeza; habitualmente tiene significado masculino, pero también es susceptible del **femenino**. De igual modo, el *manto* significa un hombre, quizá no siempre con referencia genital. Dejo librado a ustedes el inquirir por qué. La *corbata* que pende, y que la mujer no lleva, es un símbolo nítidamente masculino. *Ropa interior* y *ropa blanca*, en general, son **femeninos**; *vestidos*, *uniformes*, son, como ya vimos, sustitutos de desnudez, formas del cuerpo; *zapatos*, *pantuflas*, son **genitales femeninos**; *mesa* y *madera* ya se mencionaron como **símbolos** enigmáticos, pero ciertamente **femeninos**. Las *escalas de cuerda*, las *escaleras de mano* o las *escaleras interiores* de las casas, así como el subir por ellas, son símbolos seguros del comercio sexual. Ante una reflexión más detenida, el carácter rítmico de esta subida nos saltará a la vista como el término común; quizá también el aumento de la excitación, el jadeo a medida que se trepa [cf. pág. 150].

Al *paisaje* aludimos ya como figuración de los **genitales femeninos**. *Monte* y *roca* son símbolos del miembro masculino; el *jardín*, un símbolo habitual de los genitales femeninos. El *fruto* no hace las veces del hijo, sino de los pechos. *Animales salvajes* significan personas sensualmente excitadas, y además, pulsiones malas, pasiones. *Florescencia* y *flores* designan los genitales de la mujer o, en especial, la virginidad. No olviden ustedes que las flores son realmente los genitales de las plantas" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 142-44).

15.3.3. NOTA AL PIE: "Vale decir, cualquiera de ellos puede ser utilizado en un sueño como símbolo ya sea de los genitales masculinos o **femeninos**" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 143).

15.3.4. "Volvamos al simbolismo de la casa. Cuando en el sueño aprovechamos para sostenernos los saledizos de las casas, ¿no trae esto a la memoria el conocido dicho popular sobre un busto muy desarrollado: «Ella tiene de dónde sostenerse»? En un caso así, el pueblo se expresa todavía de otro modo; dice: «Ella tiene mucha madera en el frente de la casa», como si quisiera venir en auxilio de nuestra interpretación de que la madera es un **símbolo femenino**, materno.

Algo más sobre la madera. No comprendemos cómo este material ha llegado a ser subrogación de lo materno, de lo **femenino**" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 145-46).

15.3.5. "(…) La preparación del fuego y todo lo relativo a este están penetrados hasta el tuétano por un simbolismo sexual. Siempre la llama es un genital masculino, y el lugar donde se enciende el fuego, el fogón, un **vientre femenino**.

Si les ha resultado asombrosa la frecuencia con que los paisajes se usan en el sueño para figurar los **genitales femeninos**, dejen ustedes que los mitólogos les enseñen el papel que

la Madre Tierra ha desempeñado en las concepciones y cultos de la Antigüedad y el modo en que la concepción de la agricultura estuvo determinada por ese simbolismo" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 148).

15.3.6. "(…) El trébol de cuatro hojas está en lugar del trébol de tres hojas, el verdaderamente apto para símbolo; el chancho es un antiguo símbolo de la fecundidad; el hongo es un innegable símbolo fálico —hay hongos que a su inequívoca semejanza con el miembro masculino deben su nombre taxonómico (*Phallus impudicus*)—; la herradura repite el esbozo de la **abertura genital femenina**, y el deshollinador, que lleva la escalera, calza en esta relación de comunidad, porque practica una de esas maniobras con que vulgarmente es comparado el comercio sexual (véase *Anthropophyteia*)" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 150).

15.3.7. "(…) Entenderíamos la razón por la cual, en el sueño, que conserva algo de estas condiciones antiquísimas, hay en número tan extraordinario símbolos para lo sexual y, en general, armas e instrumentos hacen siempre las veces de lo masculino y los materiales y materias trabajadas, de lo **femenino**. La referencia simbólica sería el relicto de la vieja identidad léxica; cosas que una vez se llamaron de igual modo que los genitales podrían ahora remplazarlos en el sueño en calidad de símbolos" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 153).

15.3.8. "(…) El cajón del escritorio es, como todo cajón, cesta, caja, un **genital femenino** [pág. 142]" […] "De nuevo una muestrita de simbolismo. Pero esta vez tengo que anticipar, en un breve informe preliminar, la situación psíquica. Un señor que ha pasado una noche de amor con una mujer pinta a su compañera como una de aquellas naturalezas maternales en las que el deseo de tener un hijo impregna irresistiblemente el trato amatorio con el hombre. Las circunstancias de esa cita, empero, obligaron a una precaución en virtud de la cual la eyaculación fecundante no alcanzó el **regazo femenino**" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 175).

15.3.9. "Los genitales masculinos están figurados por una trinidad de personas; los **femeninos**, por un paisaje con iglesia, monte y bosque. De nuevo encuentran ustedes los escalones como símbolo del acto sexual. Lo que en el sueño es llamado «monte», también en anatomía se dice así, *mons veneris*, monte de Venus" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 177).

15.3.10. "(…) Hay sueños así, pero en vano pretenderían ustedes extender esta concepción siquiera a una mayoría de sueños. Después de todo cuanto han oído, les resultará completamente inconcebible la aseveración de que todos los sueños han de interpretarse

bisexualmente, como fusión de una **corriente** masculina con una que ha de llamarse **femenina** (Adler [1910])" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 177).

Mujer (54):

15.4.1. "No me resulta fácil ofrecerles las ilustraciones de esto si es que debo circunscribirme al ámbito del trastrabarse, aunque también aquí se obtienen algunos buenos ejemplos. El joven que quería *begleitdigen* [pág. 29] a una dama es sin duda un tímido; la dama cuyo marido puede comer y beber lo que ella quiera [pág. 32] me es conocida como una de esas **mujeres** enérgicas que llevan los pantalones en su casa" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 46).

15.4.2. "(…) Una vez me fue dado comprobar con posterioridad un estímulo sonoro de esa índole, claro que sólo por obra de circunstancias particulares. Cierta mañana desperté, estando en un lugar de las montañas del Tirol, con la certeza de haber soñado que el papa había muerto. No pude explicarme ese sueño, pero horas más tarde me preguntó mi **mujer**: «¿Has oído hoy por la mañana el espantoso atronar de las campanas echadas a vuelo en todas las iglesias y capillas?» (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 85).

15.4.3. "(…) El contenido de estas fantasías está presidido por una motivación muy trasparente. Son escenas o circunstancias en que encuentran satisfacción los afanes de ambición o de poder, o los deseos eróticos de la persona. En los hombres jóvenes prevalecen casi siempre las fantasías de ambición, y en las **mujeres**, que han puesto su ambición en el éxito amoroso, las eróticas. Pero con harta frecuencia también en los hombres la necesidad erótica se insinúa en el trasfondo; todas las hazañas heroicas y los triunfos están exclusivamente destinados a pasmar a las **mujeres** y a granjearse su favor. Por lo demás, estos sueños diurnos son muy variados y sufren cambiantes destinos" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 89).

15.4.4. "(…) Yo sé que él mantiene vínculos particularmente numerosos, de todo tipo, con señoras y muchachas, y por eso opino que dispondrá de una selección muy abundante si deja que se le ocurra un nombre de **mujer**. Presta su acuerdo a ello. Para mi asombro, o quizá para el de él, en modo alguno me suelta ahora un torrente de nombres de **mujer**, sino que permanece un rato callado y después confiesa que sólo le viene a la mente un único nombre y ningún otro: Albine. «Muy extraño, pero, ¿qué se asocia para usted con ese nombre? ¿Cuántas Albine conoce usted?». Curiosamente, no conocía a ninguna Albine, y tampoco se le ocurría nada respecto de este nombre. Podía suponerse, entonces, que el análisis había fracasado; pero no, ya estaba terminado, no requería de ninguna ocurrencia ulterior. Nuestro hombre tenía la tez inusualmente clara, y en los diálogos de la cura yo lo

había llamado repetidas veces, en broma, albino; acabábamos de ocuparnos de establecer el componente femenino de su constitución. El mismo era entonces esa Albine, la **mujer** más interesante por el momento" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 98).

15.4.5. "El soñante *saca al descubierto a una **mujer*** (una **mujer** determinada, conocida de él) *por detrás de la cama*. El mismo advierte, por la primera ocurrencia, el sentido de este elemento onírico. Quiere decir: da a esa **mujer** la *preferencia*" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 110).

15.4.6. "Muy bien; una **mujer** joven, pero casada desde hace muchos años, sueña: *Está sentada con su marido en el teatro, un sector de la platea está totalmente desocupado. Su marido le cuenta que Elise L. y su prometido también habían querido ir, pero sólo consiguieron malas localidades, 3 por 1 florín y 50 kreuzer, y no pudieron tomarlas. Ella piensa que eso no habría sido una calamidad*" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 111).

15.4.7. "(…) ¿De dónde viene el 3? Sobre eso ella no sabe nada, a menos que quiera considerarse la ocurrencia de que la novia, Elise L., es sólo 3 meses más joven que ella, **mujer** casada ya desde hace casi diez años. ¿Y el disparate de que se tomen tres entradas cuando sólo eran dos? Sobre eso nada dice, nos rehúsa toda ocurrencia e información ulteriores" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 112).

15.4.8. "Ese yo desembarazado de todo freno ético sabe también avenirse a todos los requerimientos del anhelo sexual, aquellos que mucho tiempo ha merecieron el juicio adverso {*verurteilen*} de nuestra educación estética, y aquellos que contradicen todas las restricciones éticas. El ansia de placer —la libido, como nosotros decimos— escoge sus objetos sin inhibición, y por cierto da preferencia a los prohibidos. No sólo la **mujer** del prójimo, sino sobre todo objetos incestuosos, sacralizados por la convención: la madre y la hermana en el hombre, el padre y el hermano en la **mujer**" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 131).

15.4.9. "(…) En sueños sucede que uno, ora placenteramente, ora con angustia, se descuelga por fachadas de casas. Las que tienen paredes enteramente lisas son hombres; las provistas de salientes y balcones en los que uno puede sostenerse son **mujeres** [cf. pág. 145]" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 139).

15.4.10. "(…) Y no esgriman ustedes como objeción él hecho de que también las **mujeres** pueden tener estos mismos sueños de vuelo. Mejor acuérdense de que nuestros sueños quieren ser cumplimientos de deseo, y que el deseo de ser un hombre se encuentra en la **mujer** con harta frecuencia, conciente o inconcientemente. Y que la **mujer** puede realizar este deseo mediante las mismas sensaciones que el hombre, he ahí algo que no desconcertará a nadie que conozca anatomía. La **mujer** posee en sus genitales también un

pequeño miembro semejante al masculino, y este pequeño miembro, el clítoris, desempeña aun en la infancia y en la edad previa al comercio sexual el mismo papel que el miembro grande del hombre" […] "Los genitales femeninos son figurados simbólicamente por medio de todos aquellos objetos que comparten su propiedad de incluir un espacio cóncavo que puede recoger algo dentro de él. Así, por *pozos*, *cuevas* y *cavidades*, por *vasijas* y *frascos*, por *cajas*, *tabaqueras*, *baúles*, *cofres*, *cestas*, *bolsos*, etc. También el *barco* pertenece a esta serie. Muchos símbolos se relacionan más con el vientre materno que con los genitales de la **mujer**, como *armarios*, *hornos* y, sobre todo, la *habitación*. El simbolismo de la habitación linda aquí con el simbolismo de la casa; *puertas* y *portales* pasan a ser, a su vez, símbolos de la abertura genital. Pero también ciertos materiales son símbolos de la **mujer** [cf. pág. 146]: la *madera*, el *papel*, y objetos hechos de estos materiales, como la *mesa* y el *libro*. Entre los animales, por lo menos el *caracol* y los *moluscos valvados* han de mencionarse como indubitables símbolos femeninos; entre las partes del cuerpo, la *boca* como subrogación de la abertura genital y, entre los edificios, las *iglesias* y *capillas*. Como vemos, no todos los símbolos se comprenden igualmente bien" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 141-42).

15.4.11. "(…) La *corbata* que pende, y que la **mujer** no lleva, es un símbolo nítidamente masculino" […] "Al *paisaje* aludimos ya como figuración de los genitales femeninos. *Monte* y *roca* son símbolos del miembro masculino; el *jardín*, un símbolo habitual de los genitales femeninos. El *fruto* no hace las veces del hijo, sino de los pechos. *Animales salvajes* significan personas sensualmente excitadas, y además, pulsiones malas, pasiones. *Florescencia* y *flores* designan los genitales de la **mujer** o, en especial, la virginidad. No olviden ustedes que las flores son realmente los genitales de las plantas" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 144).

15.4.12. "(…) En el uso simbólico de madera por **mujer**, madre, sobrevive, por tanto, esta antigua concepción" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 146).

15.4.13. "El simbolismo genital es menos atribuible todavía al sueño solo. Todos ustedes habrán sido alguna vez tan descorteses como para denominar a una **mujer** «*caja vieja*» {*alte Schachtel*}, quizá sin saber que se valían de un símbolo genital. El Nuevo Testamento dice: La **mujer** es una *vasija* frágil. Las Sagradas Escrituras de los judíos, en su estilo tan próximo al poético, rebosan de expresiones de simbolismo sexual que no siempre se han comprendido rectamente y cuya exegesis, por ejemplo, en el Cantar de los Cantares, ha llevado a numerosos malentendidos. En la literatura hebraica posterior, la figuración de la **mujer** como casa, donde las puertas subrogan a la abertura genital, está muy difundida. Por ejemplo, si halla que su **mujer** no es virgen, el hombre se queja de que ha encontrado

la puerta abierta. También el símbolo mesa para **mujer** es conocido en esta literatura. La **mujer** dice de su marido: «Yo le tendí la mesa, pero él la revolvió». Niños tullidos nacerían cuando el hombre revuelve la mesa. Tomo estos documentos de un ensayo de L. Levy, de Brno [1914].

Que también los barcos del sueño significan **mujeres** nos lo hacen creíble los expertos en etimologías, quienes aseveran que barco {*Schiff*} fue en su origen el nombre de una vasija de arcilla, y es la misma palabra que *Schaff* {palabra dialectal que significa tina}. Que el horno indica la **mujer** y su vientre nos lo corrobora la saga griega de Periandro de Corinto y su **mujer** Melisa. Según relata Heródoto, el tirano idolatraba a su esposa, pero la había matado por celos; cuando conjuró a su sombra para que le diese algún indicio de ella, la muerta se identificó diciéndole que él, Periandro, *había introducido su pan en un horno frío*, dándole así a entender encubiertamente un hecho que de ninguna otra persona podía ser conocido. En la publicación periódica *Anthropophyteia*, dirigida por F. S. Krauss, fuente insustituible para todo lo que atañe a la vida sexual de los pueblos, leemos que en cierta comarca de Alemania se dice, de una **mujer** que ha parido: «*El horno se le partió*». La preparación del fuego y todo lo relativo a este están penetrados hasta el tuétano por un simbolismo sexual. Siempre la llama es un genital masculino, y el lugar donde se enciende el fuego, el fogón, un vientre femenino.

Si les ha resultado asombrosa la frecuencia con que los paisajes se usan en el sueño para figurar los genitales femeninos, dejen ustedes que los mitólogos les enseñen el papel que la *Madre Tierra* ha desempeñado en las concepciones y cultos de la Antigüedad y el modo en que la concepción de la agricultura estuvo determinada por ese simbolismo. Que *Zimmer* {habitación} representa en el sueño *Frauenzimmer* {*mujer*}, se inclinarán ustedes a inferirlo de nuestro uso lingüístico, que remplaza *Frau* {*mujer*} por *Frauenzimmer*, vale decir, hace que la persona humana esté subrogada por el espacio destinado a ella. De manera parecida hablamos de la «Sublime Puerta», y con ello entendemos al Sultán y a su gobierno; también el título del señor del antiguo Egipto, *faraón*, no significaba otra cosa que «gran recinto». (En el antiguo Oriente, los recintos entre las puertas dobles de la ciudad eran lugares de reunión, como en el mundo clásico lo fueron las plazas del mercado.) No obstante, opino que esta derivación es demasiado superficial. Juzgo más verosímil que la habitación se haya convertido en símbolo de la **mujer** en cuanto es el espacio que circunda a los seres humanos. A la casa la conocemos ya en ese significado; por la mitología y por el estilo poético nos es lícito agregar *ciudad, ciudadela, castillo, fortaleza*, como otros tantos símbolos para la **mujer**. Fácil sería resolver este problema recurriendo a sueños de personas que no hablan alemán ni lo entienden. En los últimos años he tratado sobre todo

a pacientes que hablan lenguas extranjeras, y creo recordar que en sus sueños la habitación significaba también **mujer**, aunque en sus idiomas no disponían de ningún uso análogo. Hay otros indicios de que la referencia simbólica puede rebasar los límites idiomáticos, cosa que por lo demás ya aseveró Schubert [1814], el viejo investigador de los sueños. Empero, ninguno de mis soñantes ignoraba por completo el alemán, de suerte que tengo que dejar ese discernimiento a aquellos psicoanalistas que en otros países puedan recoger experiencias en personas monolingües" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 147-49).

15.4.14. "De su escalera hemos tomado noticia en el sueño como símbolo sexual; el uso lingüístico del alemán viene aquí en nuestro auxilio, mostrándonos el modo en que la palabra «*steigen*» {montar, trepar} es usada en un sentido refinadamente sexual. Se dice: «*den Frauen nachsteigen*» {«rondar a las **mujeres**»; literalmente, montarlas}, y «*ein alter Steiger*» {«un viejo Don Juan»; literalmente, un viejo montador}. En francés, donde «escalón» se dice *marche*, hallamos de manera enteramente análoga esta expresión, para un viejo calavera: «*un vieux marcheur*». Probablemente no sea ajeno a esta conexión el hecho de que el comercio sexual de muchos grandes animales tiene por premisa un montar, un montársele a la hembra" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 150).

15.4.15. "Un sueño consta sólo de dos breves imágenes: *Su tío fuma un cigarrillo, a pesar de que es sábado. Una* ***mujer*** *lo acaricia y lo mima* [al soñante] *como si fuera su hijo*.

Sobre la primera imagen, el soñante (es judío) observa que su tío es un hombre piadoso, nunca ha hecho ni haría algo pecaminoso de esa naturaleza. Sobre la **mujer** de la segunda imagen, no se le ocurre nada más que su madre" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 169-70).

15.4.16. "De nuevo una muestrita de simbolismo. Pero esta vez tengo que anticipar, en un breve informe preliminar, la situación psíquica. Un señor que ha pasado una noche de amor con una **mujer** pinta a su compañera como una de aquellas naturalezas maternales en las que el deseo de tener un hijo impregna irresistiblemente el trato amatorio con el hombre. Las circunstancias de esa cita, empero, obligaron a una precaución en virtud de la cual la eyaculación fecundante no alcanzó el regazo femenino. Esa noche, al despertar, cuenta la **mujer** un sueño, que es este:

Un oficial con una capa roja la persigue por la calle. Huye de él, sube volando la escalera, y él siempre atrás. Sin aliento se mete en su casa y cierra tras sí las puertas con cerrojo. El se queda ahí fuera y, lo ve a través de la mirilla, se sienta sobre un banco y llora" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 175).

15.4.17. "(…) Les presentaré el sueño, ya publicado, de una **mujer** de pueblo cuyo marido es policía y que, claro está, no ha oído ni hablar de simbolismo onírico y psicoanálisis

Juzguen ustedes por sí mismos si su explicitación con el auxilio de símbolos sexuales puede llamarse arbitraria y forzada" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 176).

15.4.18. "Los dos sueños que siguen, de un extranjero con gran disposición a la poligamia, se los comunico para documentar el aserto [pág. 130] de que el yo propio aparece en todos los sueños, aun en aquellos casos en que se lo ha ocultado para el contenido manifiesto. En estos sueños, los baúles son símbolos de **mujer**" […] "Y en realidad, él viaja con sobrado equipaje, pero también sobradas historias de mujeres aporta al tratamiento. Los dos baúles negros {*schwarz*} corresponden a dos mujeres de tez oscura {*schwarz*} que en la actualidad desempeñan el papel principal en su vida. Una de ellas quiso emprender viaje siguiéndolo a Viena; llevándose de mi consejo, él la hizo desistir por telegrama" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 177-78).

15.4.19. "(…) La **mujer** cuyo sueño significa que ella querría ver muerta frente a sí a su única hija, ahora de diecisiete años, descubre bajo nuestra guía que, en efecto, alimentó en un tiempo ese deseo de muerte" (Freud, 1916-17 [1915-17], pags. 184-85).

15.4.20. "(…) Un hada buena promete a una pareja pobre, marido y **mujer**, el cumplimiento de los tres primeros deseos que se les ocurran. Eso los llena de dicha y se proponen escoger con cuidado los tres deseos. Pero la **mujer** se deja seducir por el aroma de unas salchichas que cocinan en la choza vecina, y desea para sí un par de salchichas como esas. Y volando están ellas ahí; es el primer cumplimiento de deseo. Entonces el marido se enoja y en su ira desea que las salchichas le queden a su **mujer** colgadas de la nariz. También esto se consuma, y las salchichas no pueden removerse de su nuevo lugar; he ahí el segundo cumplimiento de deseo, pero el deseo fue del hombre: a la **mujer** no le gusta nada ese cumplimiento de deseo. Ya saben cómo sigue el cuento. Puesto que los dos en el fondo son uno, marido y **mujer**, el tercer deseo tiene que ser que las salchichas se aparten de la nariz de la **mujer**. Podremos aplicar este cuento muchas veces en otros contextos; aquí nos sirve sólo como ilustración de la posibilidad de que el cumplimiento de deseo de uno pueda significar displacer para él otro cuando los dos no están de acuerdo entre sí" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 198).

15.4.21. "Si, en tercer lugar, recuerdan ustedes la concepción según la cual el soñante que se revuelve contra sus deseos es equiparable a una sumación de dos personas separadas, pero conectadas estrechamente de algún modo, hallarán concebible otra posibilidad de que por la vía de un cumplimiento de deseo pueda producirse algo en extremo displacentero, a saber, una punición. Aquí puede servir de nuevo como ilustración el cuento de los tres deseos: las salchichas en el plato son el cumplimiento directo del deseo de la primera persona, la **mujer**; las salchichas en la nariz de esta son el cumplimiento de deseo de la

segunda, el marido, pero a la vez el castigo por el necio deseo de la **mujer**" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 200).

15.4.22. NOTA AL PIE: "No he mencionado otra posible interpretación de este «3» en una **mujer** estéril porque su análisis no produjo material que la refrendara. [Cf. págs. 149-50.]" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 201).

Niña (7):

15.5.1. "Una dama cuenta que de **niña** soñó con mucha frecuencia que *el buen Dios tiene un bonete de papel puntiagudo sobre la cabeza*.

¿Cómo quieren ustedes comprenderlo sin la ayuda de la soñante? Suena totalmente disparatado. Deja de serlo cuando la dama nos informa que siendo **niña** le solían poner un bonete así estando a la mesa porque no podía dejar de atisbar los platos de sus hermanos para ver si les daban más que a ella. El bonete estaba destinado entonces a hacer las veces de anteojeras. Por lo demás, esta es una información histórica [pág. 96], dada sin dificultad alguna. La interpretación de ese elemento y, con él, de todo el breve sueño se obtiene fácilmente con ayuda de una ulterior ocurrencia de la soñante. «Como había oído decir que el buen Dios era omnisapiente y lo veía todo —dice—, el sueño sólo puede significar que yo lo sé todo y todo lo veo como el buen Dios, aunque quieran impedírmelo». Este ejemplo es quizá demasiado sencillo" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 107).

15.5.2. "Una **niñita** de 3 años y tres meses ha navegado por primera vez por el lago. Ya en el desembarcadero, no quiere abandonar la embarcación y llora amargamente. Le parecía que el tiempo del viaje por el lago había pasado demasiado rápido. A la mañana siguiente: «*Esta noche he viajado por el lago*». Sin duda este viaje duró más, bien podemos agregar nosotros" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 116).

15.5.3. "De todos modos, queda todavía una clase de sueños que no están desfigurados y, lo mismo que los sueños de niños, se dejan reconocer fácilmente como cumplimientos de deseo. Son los provocados durante toda la vida por las necesidades corporales imperativas, el hambre, la sed, la satisfacción sexual; son, pues, cumplimientos de deseo como reacciones frente a estímulos corporales interiores. Así, de una **niña** de 19 meses he registrado un sueño que consistía en un menú al que iba agregado su nombre («*Anna F. . ., Er(d)beer, Hochbeer, Eier(s)peis, Papp*») como reacción frente a un día de ayuno que le impusieron a causa de un trastorno digestivo, el cual se había atribuido, precisamente, al fruto que aparece dos veces en el sueño".

NOTA AL PIE: "La **niña** era Anna Freud, y luego de su nombre decía más o menos esto, en su media lengua: «fesas, fesas silvestes, evos, papía» (o sea, en lenguaje adulto: «fresas, fresas silvestres, huevos, papilla»)" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 121).

15.5.4. "(…) Arguye que en el sueño no ha visto al árbol, pero esa misma frase, en su literalidad, sirve para la expresión de otro pensamiento, que confirma enteramente a la interpretación simbólica. El sueño remita a otra parte de las teorías sexuales infantiles: la creencia de que las **niñas** tuvieron originariamente los mismos genitales que los varones, y que su conformación posterior ha nacido de la castración (desarraigo de un árbol)" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 175).

15.5.5. "(…) Si la diferencia es algo mayor, el nuevo niño puede despertarle desde el comienzo ciertas simpatías, como un objeto interesante, como una suerte de muñeco vivo; y si la diferencia de edades es de ocho años o más, pueden ya, particularmente en las **niñas**, entrar en juego mociones protectoras, maternales" (Freud, 1916-17 [1915-17], pag. 187).

Tomo 16

Sexualidad Femenina:

16.1.1. No hay entradas.

Feminidad (1):

16.2.1. “Como ustedes notan, sólo he pintado la relación del varoncito con su padre y su madre. Con las necesarias modificaciones, las cosas son en un todo semejantes en el caso de la niña pequeña. La actitud de tierna dependencia hacia el padre, la sentida necesidad de eliminar por superflua a la madre y ocupar su puesto, una coquetería que ya trabaja con los recursos de la posterior **feminidad**, dan por resultado justamente en la niña pequeña una imagen encantadora, que nos hace olvidar la seriedad de esta situación infantil y las posibles consecuencias graves que esconde. No dejemos de agregar que con frecuencia los propios padres ejercen una influencia decisiva para que despierte en el niño la actitud del Edipo: se dejan llevar ellos mismos por la atracción sexual y, donde hay varios hijos, el padre otorga de la manera más nítida su preferencia en la ternura a su hijita, y la madre a su hijo. Pero ni siquiera este factor pone seriamente en duda la naturaleza espontánea del complejo infantil de Edipo” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 304).

Femenina/o (10):

16.3.1. “Con ello, desde luego, no quedan respondidas todas las preguntas que pudimos plantearnos a raíz de este caso. Más bien, él rebosa de otros problemas, unos que todavía nos resultan insolubles y otros que no se dejan solucionar a causa de lo desfavorable de las circunstancias. Por ejemplo, ¿por qué esta señora, que vive un matrimonio dichoso, sufre un enamoramiento hacia su yerno, y por qué el alivio, que también habría sido posible por otras vías, ocurre en la forma de un espejamiento así, de una proyección de su propio estado sobre su marido? Y no crean ustedes que es ocioso o pretencioso plantear tales preguntas. Disponemos ya de mucho material para una respuesta posible. Esta señora se encuentra en la edad crítica que trae a la **necesidad sexual femenina** una intensificación indeseada y repentina; quizás esto baste por sí solo” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 232).

16.3.2. “Nuestra paciente aprendió poco a poco que si había proscrito al reloj de sus aprontes para la noche fue como símbolo de los **genitales femeninos**” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 243).

16.3.3. "(…) Floreros y vasos son, del mismo modo que toda clase de vasijas, **símbolos femeninos**" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 244).

16.3.4. "(…) Con facilidad deja que se le recuerde: el rombo es el dibujo de los **genitales femeninos** abiertos que se repite en todas las paredes. Ella misma hacía entonces el papel del hombre, el padre, y con su cabeza sustituía al miembro viril. (Cotéjese con el simbolismo de la decapitación para la castración)" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 245).

16.3.5. "(…) De la niñita sabemos que a causa de la falta de un gran pene visible se considera gravemente perjudicada; envidia al varón tal pertenencia y por este motivo, esencialmente, desarrolla el deseo de ser hombre, deseo que se retomará más tarde en la neurosis sobrevenida a causa de un fracaso en su **papel femenino**" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 290).

16.3.6. "Ahora podemos indicar la conformación de la vida sexual del niño antes de que se instaure el primado de los genitales; este se prepara en la primera época infantil, la anterior al período de latencia, y se organiza de manera duradera a partir de la pubertad. En esta prehistoria hay una suerte de organización laxa que llamaremos *pregenital*. Pero en esta fase no se sitúan en el primer plano las pulsiones parciales genitales, sino las *sádicas* y *anales*. La oposición entre *masculino* y ***femenino*** no desempeña todavía papel alguno; ocupa su lugar la oposición entre *activo* y *pasivo*, que puede definirse como la precursora de la polaridad sexual, con la cual también se suelda más tarde. Lo que nos parece masculino en las prácticas de esta fase, si las consideramos desde la fase genital, resulta ser expresión de una pulsión de apoderamiento que fácilmente desborda hacia lo cruel. Aspiraciones de meta pasiva se anudan a la zona erógena del orificio anal, muy importante en este período" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 298).

16.3.7. "La diferencia entre los dos destinos, a pesar de ser igual la vivencia, se debe a que el yo de una ha experimentado un desarrollo no iniciado en el de la otra. A la hija del portero, la práctica sexual le parecerá más tarde tan natural y tan sin reparos como en la infancia. La hija del propietario ha experimentado la influencia de la educación y aceptado sus exigencias. A partir de las incitaciones que se le presentaron, su yo ha formado ideales de pureza y de **austeridad femeninas** con los cuales la práctica sexual no es conciliable; su formación intelectual ha rebajado su interés por el **papel femenino** a que está destinada. En virtud de este desarrollo de su yo, más elevado en lo moral y lo intelectual, ha caído en conflicto con los requerimientos de su sexualidad" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 322).

16.3.8. "(…) Así, no es nada raro que un muchacho se tome la mala costumbre de jugar con su miembro sin saber que es preciso ocultar esos manejos, y los padres o las personas encargadas de su crianza lo amenacen con cortarle el miembro o la mano pecadora.

Preguntados, los padres a menudo confiesan que con ese amedrentamiento creen haber hecho algo conveniente; muchos hombres tienen un recuerdo conciente verídico de esa amenaza, en particular si la recibieron en años un poco más tardíos. Si es la madre o una persona del **sexo femenino** quien la formula, suele achacar su ejecución al padre o al... médico. (…) Nos resulta suficiente comprender las cosas del siguiente modo: el niño se compone esa amenaza sobre la base de indicios, ayudado por su saber de que la satisfacción autoerótica está prohibida, y bajo la impresión de su descubrimiento de los **genitales femeninos**" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 336).

Mujer (46):

16.4.1. "(…) Un día conversaba nuestra dama con su mucama acerca de un señor anciano que habían recibido en la casa, y de quien se sabía que no vivía con su **mujer**, sino que mantenía una relación con otra" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 228).

16.4.2. "(…) La idea con que esta **mujer** se martiriza no ha de llamarse disparatada en sí misma; ocurre, en efecto, que hombres casados de edad avanzada mantienen relaciones amorosas con muchachas jóvenes" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 229).

16.4.3. "Vemos, pues, que la **mujer** no se limitó a repetir la escena, sino que la prosiguió, y al hacerlo la corrigió, la rectificó" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 240).

16.4.4. "¡Y algo más todavía! ¿No les ha sorprendido el modo en que esta acción obsesiva nimia nos introdujo en las intimidades de la paciente? Una **mujer** no tiene muchas cosas más íntimas para contar que la historia de su noche de bodas, y el hecho de que justamente hayamos dado con intimidades de la vida sexual, ¿se deberá al azar, o tendrá un alcance mayor? Podría ser, sin duda, consecuencia de la elección que yo hice esta vez. Pero no emitamos juicio demasiado rápido y volvámonos al segundo ejemplo, que es de una clase por entero diversa, una muestra de un género que suele presentarse a menudo, a saber, un ceremonial de dormir" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 241).

16.4.5. "(…) Una mujer, acaso, puede alabarse de que su menstruación se comporta tan regularmente como un reloj" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 243).

16.4.6. "El sentido central de su ceremonial lo coligió un día en que repentinamente comprendió su precepto de que la almohada no debía estar en contacto con la cabecera de la cama. La almohada había sido siempre para ella, dijo, una **mujer**, y el enhiesto respaldo, un hombre. Quería entonces —de manera mágica, podemos acotar— mantener separados hombre y **mujer**, vale decir, separar a sus padres, no dejarlos que llegaran al comercio conyugal" […] "Si una almohada era una **mujer**, tenía también un sentido sacudir el edredón hasta que todas las plumas se agolparan abajo y se provocase una hinchazón.

Significaba preñar a la **mujer**; pero ella no dejaba de volver a eliminar esa preñez, pues durante años había vivido con el temor de que el comercio sexual de los padres diera por fruto otro hijo y así le deparara un competidor. Por otra parte, si la almohada grande era una **mujer**, la madre, entonces la pequeña almohadita de mano sólo podía representar a la hija. ¿Por qué esta tenía que colocarse formando un rombo, y la cabeza de ella coincidir exactamente con su diagonal mayor? Con facilidad deja que se le recuerde: el rombo es el dibujo de los genitales femeninos abiertos que se repite en todas las paredes. Ella misma hacía entonces el papel del hombre, el padre, y con su cabeza sustituía al miembro viril. (Cotéjese con el simbolismo de la decapitación para la castración)" (Freud, 1917 [1916-17], pags. 244-45).

16.4.7. "(…) La primera paciente histérica de Breuer [pág. 235] había quedado fijada, de manera similar, a la época en que cuidaba a su padre gravemente enfermo. Después, y a pesar de su restablecimiento, en cierto aspecto permaneció segregada de la vida; quedó, por cierto, sana y capaz de rendimiento, pero se apartó del destino normal en la **mujer**[6]" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 251).

16.4.8. "(…) Las **mujeres** se las componen magistralmente para hacer sobre el médico una trasferencia tierna, de tinte erótico, y explotarla a los fines de la resistencia" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 266).

16.4.9. "Consideren la acción obsesiva de nuestra primera paciente. La **mujer** echa de menos a su marido, a quien ama intensamente, pero con quien no puede convivir a causa de las deficiencias y debilidades de él" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 273).

16.4.10. "En general, no carecemos de orientación acerca de lo que los hombres llaman sexual. Para todas las necesidades prácticas de la vida cotidiana, bastará algo que combine las referencias a la oposición entre los sexos, a la ganancia de placer, a la función de la reproducción y al carácter de lo indecoroso que ha de mantenerse en secreto. Pero para la ciencia no basta con eso. En efecto, cuidadosas indagaciones, que por cierto sólo pudieron realizarse tras un abnegado olvido de sí mismo, nos han hecho conocer a grupos de individuos cuya «vida sexual» se aparta, de la manera más llamativa, de la que es habitual en el promedio. Una parte de estos «perversos» han borrado de su programa, por así decir, la diferencia entre los sexos. Sólo los de su mismo sexo pueden excitar sus deseos sexuales; los otros, y sobre todo sus partes sexuales, no constituyen para ellos objeto sexual alguno y, en los casos extremos, les provocan repugnancia. Desde luego, han renunciado así a participar en la reproducción. A estas personas las llamamos homosexuales o invertidos.

[6] *No contrajo matrimonio. Aclaración en una nota al pie*.

Muchas veces —no siempre— son hombres y **mujeres** por lo demás intachables, de elevado desarrollo intelectual y ético, y aquejados sólo de esta fatal desviación. Por boca de sus portavoces científicos se presentan como una variedad particular del género humano, como un «tercer sexo» a igual título que los otros dos. Quizá tengamos después oportunidad de someter a crítica sus pretensiones. [Cf. pág. 281.] Por cierto que ellos no son, como gustarían proclamarse, una «cepa selecta» de la humanidad, sino que incluyen por lo menos tantos individuos inferiores e inútiles como los que hay en cualquier otra variedad en el orden sexual" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 278).

16.4.11. "(…) Otros, todavía, han resignado enteramente como objeto los genitales, elevando en su remplazo otra parte del cuerpo a la condición de objeto anhelado: el pecho de la **mujer**, el pie, una trenza" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 279).

16.4.12. "(…) Quizá recuerden ustedes todavía que una de nuestras pacientes [pág. 239] actuaba {*agieren*} en su conducta obsesiva a un hombre, a su propio marido abandonado; este tipo de producción de síntomas, personificando a un hombre, es muy habitual en las **mujeres** neuróticas. Si bien no puede imputárselo en sí mismo a la homosexualidad, tiene mucho que ver con las premisas de esta" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 281).

16.4.13. "(…) Por lo demás, en la infancia el clítoris de la niña desempeña enteramente el papel del pene; es el portador de una particular excitabilidad, el lugar donde se alcanza la satisfacción autoerótica. Para que la niñita se haga **mujer** importa mucho que el clítoris ceda a tiempo y por completo esa sensibilidad a la vagina. En los casos de la llamada anestesia sexual de las **mujeres**, el clítoris ha conservado obstinadamente esa sensibilidad" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 290).

16.4.14. "(…) Primero supone que los niños nacen cuando se ha comido algo en particular, y no sabe que sólo las **mujeres** pueden tenerlos" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 291).

16.4.15. "(…) El odio hacia el padre, los deseos de que muera, ya no se insinúan tímidamente; la ternura hacia la madre confiesa como su meta el poseerla en calidad de **mujer**" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 306).

16.4.16. "(…) Quiero contarles un caso de este tipo que yo mismo he observado. Un hombre a quien hoy no le importan los genitales de la **mujer** ni ningún otro de sus encantos, y a quien sólo un pie de cierta forma, calzado, le provoca una excitación sexual incontenible, atina a recordar una vivencia de su sexto año de vida que fue decisiva para la fijación de su libido" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 317).

16.4.17. "(…) En los años en que como **mujer** está destinada a gustarle a un hombre, estallará en ella la neurosis, que le tronchará el matrimonio y sus esperanzas en la vida" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 322).

16.4.18. “Antes de dejarlos por hoy, me gustaría reclamar la atención de ustedes un momento aún para un aspecto de la vida de la fantasía que es digno del más universal interés. Existe, en efecto, un camino de regreso de la fantasía a la realidad, y es… el arte. Al comienzo, el artista es también un introvertido, y no está muy lejos de la neurosis. Es constreñido por necesidades pulsionales hiperintensas; querría conseguir honores, riqueza, fama y el amor de las **mujeres**. Pero le faltan los medios para alcanzar estas satisfacciones” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 342).

16.4.19. “(…) Y si puede obtener todo eso, posibilita que los otros extraigan a su vez consuelo y alivio de las fuentes de placer de su propio inconciente, que se les habían hecho inaccesibles; así obtiene su agradecimiento y su admiración, y entonces alcanza por su fantasía lo que antes lograba sólo en ella: honor, poder, y el amor de las **mujeres**” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 343).

16.4.20. “(…) Una **mujer** tratada con brutalidad y explotada despiadadamente por su marido halla con bastante regularidad una salida en la neurosis cuando sus disposiciones {constitucionales} se lo permiten, cuando es demasiado pusilánime o su moral es demasiado rigurosa para consolarse en secreto con otro hombre, cuando no tiene fuerza bastante para divorciarse de su marido venciendo todas las coartaciones externas, cuando no tiene perspectivas de mantenerse por sí misma o de encontrar un marido mejor, y cuando, además, sigue vinculada por su sensibilidad sexual con ese marido brutal” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 348).

16.4.21. “(…) Pero yo, calladamente, tomé partido por ella y empecé a sospechar que esa pobre **mujer** del pueblo había puesto certeramente en descubierto un nexo importante” (Freud, 1917 [1916-17], pag. 362).

16.4.22. “Nos queda un tercer grupo de fobias que ya están por completo fuera de nuestra comprensión. Cuando la angustia impide a un hombre fuerte, adulto, atravesar una calle o una plaza de su ciudad natal, tan familiar para él; cuando una **mujer** sana y bien desarrollada cae presa de incomprensible angustia porque un gato roza el ruedo de su vestido o una laucha atravesó corriendo la habitación, ¿cómo estableceríamos el nexo con el peligro que evidentemente existe para el fóbico? En el caso de las fobias a los animales, que pertenecen a este grupo, no puede tratarse de unas aumentadas antipatías, comunes a todos los seres humanos; en efecto, como para demostrar lo contrario, hay muchas personas que no pueden pasar junto a un gato sin atraerlo y hacerle caricias. El ratón, tan temido por las **mujeres**, es al mismo tiempo [en alemán] un apelativo cariñoso por excelencia; muchas muchachas que gustosas se oirían llamar «ratoncito» por su amado gritan despavoridas al divisar el gracioso animalito que lleva ese nombre. En cuanto al hombre que siente angustia

en calles o plazas, se nos impone esta única explicación: se comporta como un niño pequeño. Los educadores dirigen a este la exhortación directa de evitar como peligrosas tales situaciones, y nuestro agorafóbico se siente, de hecho, protegido de su angustia si lo acompañamos por la plaza" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 364).

16.4.23. "No es difícil comprobar que la angustia expectante o estado de angustia general mantiene estrecha dependencia con determinados procesos de la vida sexual; queremos decir: con ciertas aplicaciones de la libido. El caso más simple y más instructivo de esta clase se presenta en personas expuestas a la llamada excitación frustránea, es decir, aquellas en que unas violentas excitaciones sexuales no experimentan descarga suficiente, no son llevadas a una consumación satisfactoria. Por ejemplo, los hombres mientras están de novios, o las **mujeres** cuyos maridos no tienen suficiente potencia o que, por precaución, practican el acto sexual abreviado o mutilado. En estas circunstancias, la excitación libidinosa desaparece y en su lugar emerge angustia, tanto en la forma de la angustia expectante cuanto en ataques y sus equivalentes. La interrupción deliberada del acto sexual, cuando se la practica como régimen sexual, es tan regularmente causa de neurosis de angustia en los hombres, y en particular en las **mujeres**, que en la práctica médica es recomendable investigar en tales casos ante todo esta etiología. Y entonces podrá comprobarse innumerables veces que la neurosis de angustia desaparece cuando se elimina ese mal hábito sexual.

Este nexo entre retención sexual y estados de angustia es un hecho. Por lo que yo sé, ni siquiera médicos alejados del psicoanálisis lo ponen en duda. No obstante, bien puedo imaginar que no se omitirá el intento de invertir la relación, sosteniendo que en tales casos se trata de personas de antemano propensas a los estados de angustia y que por eso se retienen en materia sexual. Pero contradice terminantemente esa concepción la conducta de las **mujeres**, cuya práctica sexual es por esencia de naturaleza pasiva, vale decir, está determinada por el trato que reciben del hombre. Mientras más temperamental, y por tanto más inclinada al comercio sexual y más capaz de satisfacción, sea una **mujer**, tanto más seguramente reaccionará con manifestaciones de angustia frente a la impotencia del marido o al *coitus interruptus*, en tanto que en **mujeres** anestésicas o poco libidinosas ese mal trato ejercerá un papel mucho menor" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 365-66).

16.4.24. "Un médico joven debió ser expulsado de su ciudad natal porque había amenazado de muerte al hijo de un profesor universitario que allí vivía, hasta entonces su mejor amigo. Atribuía a este ex amigo propósitos realmente diabólicos y un poder demoníaco. Era el culpable de todos los males que en los últimos años sobrevinieron a la familia del enfermo, y de todas sus desventuras familiares y sociales. Pero la cosa no paraba ahí: el mal amigo

y su padre habían provocado la guerra y llamado a los rusos al país. El malhechor merecía mil veces la muerte, y nuestro enfermo estaba convencido de que ella pondría fin a todas las desgracias. No obstante, la ternura que antiguamente había sentido por él fue lo bastante fuerte como para detenerle la mano en una ocasión en que pudo abatir a su enemigo a quemarropa. En los breves coloquios que tuve con el enfermo, se evidenció que la relación de amistad entre ambos se remontaba muy atrás, hasta la escuela secundaria. Por lo menos una vez había rebasado los límites de la amistad; una noche que habían pasado juntos fue para ellos la ocasión de un comercio sexual completo. Nuestro paciente nunca había adquirido con las **mujeres** el vínculo afectivo que había correspondido a su edad y a su atractiva personalidad. Había estado comprometido con una muchacha bella y distinguida, pero esta rompió el compromiso porque no encontraba ninguna ternura en su novio. Años después, su enfermedad estalló justamente en el momento en que por primera vez había conseguido satisfacer a una **mujer** plenamente. Cuando ella lo abrazó, agradecida y rendida, él sintió de pronto un enigmático dolor que le corría como un filo agudo en torno de la calota craneana. Más tarde interpretó esta sensación como si en una autopsia le hubieran hecho el corte para exponer el cerebro; y dado que su amigo era especialista en anatomía patológica, poco a poco descubrió que sólo él podía haberle enviado a esa **mujer** para tentarlo. Desde ahí abrió los ojos para las otras persecuciones cuya víctima estaba destinado a ser por las maquinaciones de su ex amigo.

Ahora bien, ¿qué pensar en los casos en que el perseguidor no pertenece al mismo sexo que el perseguido, y entonces parecen contradecir nuestra explicación por la defensa frente a una libido homosexual? Hace algún tiempo tuve oportunidad de indagar un caso así, y de la aparente contradicción pude obtener una confirmación. Una joven, que se creía perseguida por el hombre a quien había concedido dos citas amorosas, de hecho había dirigido primero una idea delirante a una **mujer** en quien podía verse un sustituto de la madre. Sólo tras el segundo encuentro avanzó hasta desasir esa idea delirante de la **mujer** y trasferirla al hombre. Por tanto, también en este caso se había cumplido la condición de que el perseguidor ha de ser del mismo sexo. En su queja al abogado y al médico, la paciente no había mencionado ese estadio previo de su delirio, y así dio lugar a una apariencia que contradecía nuestra comprensión de la paranoia". […] "Recuerdan ustedes que en el primer encuentro de este semestre les conté un caso de delirio de celos en una **mujer** [pág. 228]. Ahora que estamos llegando al final, ustedes querrían saber, sin duda, cómo explicamos en el psicoanálisis una idea delirante. Pero sobre esto tengo para decirles menos de lo que esperan. La imposibilidad de abordar la idea delirante mediante argumentos lógicos y experimentos reales se explica, como en el caso de las obsesiones, por el vínculo con lo inconciente, que es representado {repräsentiert} y sofrenado por la

idea delirante o la idea obsesiva. La diversidad entre ambas tiene su raíz en la tópica y la dinámica de esas dos afecciones" (Freud, 1917 [1916-17], pags. 386-88).

16.4.25. "(…) Las personas sobre las cuales el médico puede ejercer una influencia tal habrían hallado aun sin él ese mismo camino. Bien lo saben ustedes: cuando un joven abstinente se decide a un comercio sexual ilegítimo, o una **mujer** insatisfecha busca resarcimiento con otro hombre, por lo general no han aguardado el permiso de un médico ni del analista" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 394).

16.4.26. "(…) Todavía se concibe que en una **mujer** joven, desdichada en su matrimonio, nazca una seria pasión por su médico aún soltero, que esté dispuesta a llevar adelante su divorcio para pertenecerle o, en caso de impedimentos sociales, no formule reparos a iniciar con él una relación amorosa secreta. Cosas así suceden, de todos modos, fuera del psicoanálisis. Pero en estas circunstancias uno oye con asombro, de **mujeres** casadas y solteras, manifestaciones que atestiguan la definida posición que han adoptado frente al problema terapéutico: siempre habrían sabido que sólo por el amor podían sanar, y desde el comienzo del tratamiento esperaron que ese lazo les deparase como regalo lo que la vida hasta entonces les había negado" […] "Y de hecho, a medida que nos adentramos en la experiencia, menos podemos negarnos a esta enmienda vergonzosa para nuestro rigor científico. Las primeras veces pudo pensarse, acaso, que la cura analítica había chocado con un escollo debido a un suceso contingente, es decir, que no estaba en sus propósitos ni fue provocado por ella. Pero si ese vínculo tierno del paciente con el médico se repite de manera regular con cada nuevo caso; si una y otra vez se presenta, en las condiciones más desfavorables y originando malentendidos directamente grotescos, aun en la **mujer** ya anciana y respecto del hombre encanecido, aun allí donde a nuestro juicio ya no hay nada seductor; si tal ocurre, tenemos que abandonar sin duda la idea de una contingencia perturbadora y reconocer que se trata de un fenómeno que está en la más íntima relación con la naturaleza de la enfermedad misma.

Llamamos *trasferencia* a este nuevo hecho que tan a regañadientes admitimos. Creemos que se trata de una trasferencia de sentimientos sobre la persona del médico, pues no nos parece que la situación de la cura avale el nacimiento de estos últimos. Más bien conjeturamos que toda esa proclividad del afecto viene de otra parte, estaba ya preparada en la enferma y con oportunidad del tratamiento analítico se trasfirió sobre la persona del médico. La trasferencia puede presentarse como un tormentoso reclamo de amor o en formas más atenuadas; en lugar del deseo de ser amada, puede emerger en la muchacha joven el deseo de que el hombre anciano la acepte como hija predilecta, y la aspiración libidinosa puede atemperarse en la propuesta de una amistad indisoluble, pero ideal y no

sensual. Muchas **mujeres** se las arreglan para sublimar la trasferencia y modelarla hasta que cobra una suerte de viabilidad; otras no pueden menos que expresarla en su forma cruda, originaria, imposible la mayoría de las veces. Pero en el fondo siempre se trata de lo mismo y siempre es inequívoca su proveniencia de la misma fuente.

Antes de preguntarnos dónde hemos de colocar este nuevo hecho de la trasferencia, perfeccionemos su descripción. ¿Qué ocurre con los pacientes masculinos? Tendríamos derecho a esperar que en este caso nos sustraeríamos de los enfadosos efectos de la diferencia de sexos y la atracción sexual. Pero no; nuestra respuesta es que no ocurre nada muy diverso que en el caso de las **mujeres**. El mismo vínculo con el médico, la misma sobrestimación de sus cualidades, el mismo abandono al interés de él y los mismos celos hacia todo cuanto lo rodea en la vida. Las formas sublimadas de la trasferencia son más frecuentes entre hombre y hombre, y más rara la demanda sexual directa, en la misma medida en que la homosexualidad manifiesta cede el paso a los otros usos de este componente libidinal. En los pacientes masculinos, el médico observa más a menudo que en el caso de las **mujeres** una forma de manifestación de la trasferencia que, a primera vista, parece contradecir todo lo descrito hasta aquí: la trasferencia hostil o negativa" (Freud, 1917 [1916-17], pags. 401-02).

16.4.27. "(…) Y toda vez que la neurosis se entrama con conflictos entre los miembros de la familia, como es, tan frecuente, el miembro sano no vacila mucho entre su interés y el del restablecimiento del enfermo. No es de maravillar entonces que el marido no vea con buenos ojos un tratamiento en el cual, según acertadamente puede suponer, se desplegará su registro de pecados; tampoco nosotros nos maravillamos, pero no podemos reprocharnos nada si nuestro empeño resulta infructuoso y se interrumpe antes de tiempo porque la resistencia del marido vino a sumarse a la de la **mujer** enferma. Es que habríamos emprendido algo que era irrealizable en las condiciones existentes" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 418).

Niña (14):

16.5.1. "Una muchacha de 19 años, lozana, bien dotada, hija única, que aventaja a sus padres en materia de cultura y vivacidad intelectual, fue, de **niña**, salvaje y traviesa; en el curso de los últimos años, sin que mediase influencia exterior visible, se ha convertido en una neurótica" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 241).

16.5.2. "(…) Con relación a esta parte de su ceremonial, la muchacha aportó también un recuerdo y varias ocurrencias. Cierta vez, de **niña**, se había caído llevando una vasija de vidrio o de cerámica, cortándose un dedo que le sangró copiosamente. Cuando creció y

tomó conocimiento de los hechos del comercio sexual, se instaló en ella la idea angustiosa de que en la noche de bodas no sangraría ni demostraría su virginidad. Sus cautelas hacia la rotura de los vasos significan, entonces, un rechazo de todo el complejo que se entrama con la virginidad y el sangrar en el primer coito; es tanto un rechazo de la angustia de sangrar como de la contraria, la de no sangrar. Estas medidas, que ella subordinó a la prevención de los ruidos, sólo remotamente tenían que ver con esta última" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 244).

16.5.3. "(…) Pero ya nuestro segundo caso, el de la muchacha fijada a su padre, nos enseña que la fórmula no es suficientemente inclusiva. Por una parte, un enamoramiento así de una **niñita** hacia su padre es algo tan común y tan a menudo superable que la designación «traumático» perdería todo su contenido; por otra parte, la historia de la enferma nos enseña que esta primera fijación erótica pareció al principio pasajera e inocua, y sólo varios años más tarde volvió a salir a la luz en los síntomas de la neurosis obsesiva" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 252).

16.5.4. "(…) De la **niñita** sabemos que a causa de la falta de un gran pene visible se considera gravemente perjudicada; envidia al varón tal pertenencia y por este motivo, esencialmente, desarrolla el deseo de ser hombre, deseo que se retomará más tarde en la neurosis sobrevenida a causa de un fracaso en su papel femenino. Por lo demás, en la infancia el clítoris de la **niña** desempeña enteramente el papel del pene; es el portador de una particular excitabilidad, el lugar donde se alcanza la satisfacción autoerótica. Para que la **niñita** se haga mujer importa mucho que el clítoris ceda a tiempo y por completo esa sensibilidad a la vagina. En los casos de la llamada anestesia sexual de las mujeres, el clítoris ha conservado obstinadamente esa sensibilidad" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 290).

16.5.5. "Como ustedes notan, sólo he pintado la relación del varoncito con su padre y su madre. Con las necesarias modificaciones, las cosas son en un todo semejantes en el caso de la **niña** pequeña. La actitud de tierna dependencia hacia el padre la sentida necesidad de eliminar por superflua a la madre y ocupar su puesto, una coquetería que ya trabaja con los recursos de la posterior feminidad, dan por resultado justamente en la **niña** pequeña una imagen encantadora, que nos hace olvidar la seriedad de esta situación infantil y las posibles consecuencias graves que esconde. No dejemos de agregar que con frecuencia los propios padres ejercen una influencia decisiva para que despierte en el niño la actitud del Edipo: se dejan llevar ellos mismos por la atracción sexual y, donde hay varios hijos, el padre otorga de la manera más nítida su preferencia en la ternura a su hijita, y la madre a su hijo. Pero ni siquiera este factor pone seriamente en duda la naturaleza espontanea del complejo infantil de Edipo. […] Una **niñita** encuentra en el hermano mayor un sustituto

del padre, quien ya no se ocupa de ella con la ternura de los primeros años, o toma a una hermanita menor como sustituto del bebé que en vano deseó del padre" (Freud, 1917 [1916-17], pags. 303-04).

16.5.6. "(…) Estas vivencias son suficientes, aunque no prosigan mucho tiempo, para activar en ambas **niñas** ciertas mociones sexuales que, tras el cese de los juegos en común, se exteriorizarán durante algunos años como masturbación. Hasta aquí la identidad de desarrollo; el resultado final será muy diverso en ambas **niñas**. La hija del portero seguirá masturbándose quizás hasta tener su primer período; después dejará sin dificultad de hacerlo, pocos años más tarde tendrá un amado, quizá también un hijo, emprenderá este o estotro camino en la vida, y tal vez llegue a ser una artista popular que terminará como aristócrata. Es probable que su destino sea menos brillante, pero en todo caso cumplirá su vida sin que la haya afectado la práctica prematura de su sexualidad, y estará exenta de neurosis. Cosa muy distinta sucederá a la hijita del propietario. Muy temprano, siendo todavía una **niña**, sospechará que ha hecho algo malo, y al poco tiempo, pero quizá tras dura lucha, renunciará a la satisfacción masturbatoria y a pesar de eso conservará algo oprimido en su ser" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 321).

16.5.7. "(…) La seducción por niños mayores o de la misma edad es, con mucho, más frecuente que la seducción por adultos, y si en el caso de las **niñas** que acusan este hecho en su historia infantil el padre aparece con bastante regularidad como el seductor, no son dudosos ni la naturaleza fantástica de esta inculpación ni el motivo que constriñe a ella. Con la fantasía de la seducción, cuando no la ha habido, el niño encubre {*decken*} por regla general el período autoerótico de su quehacer sexual. Se ahorra la vergüenza de la masturbación fantaseando retrospectivamente, para estas épocas más tempranas, un objeto anhelado. No crean ustedes, por lo demás, que los abusos sexuales cometidos contra las **niñas** por sus parientes masculinos más próximos pertenecen por entero al reino de la fantasía. La mayoría de los analistas habrán tratado casos en que esas relaciones fueron reales y pudieron comprobarse inobjetablemente; sólo que correspondían a años más tardíos de la infancia y se atribuyeron a una época anterior" (Freud, 1917 [1916-17], pag. 337).

Tomo 17

Sexualidad Femenina:

17.1.1. No hay entradas.

Feminidad (7):

17.2.1. “En este punto tenemos que prestar oídos a una objeción cuyo examen puede contribuir mucho a aclarar esta situación en apariencia confusa. Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida que servía para el comercio sexual; que la castración era la condición de la **feminidad**, y por causa de esta amenazadora pérdida él había reprimido la actitud femenina hacia el varón y había despertado con angustia de la ensoñación homosexual. ¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, este reconocimiento de la vagina, con la elección del intestino para identificarse con la mujer? ¿No descansan los síntomas intestinales en la concepción, probablemente más antigua, de que el recto es el lugar del comercio sexual, concepción que contradice por completo a la angustia de castración?” (Freud, 1918 [1914], pags. 72-73).

17.2.2. “(…) Primero se había revuelto y luego cedió, pero una reacción no había cancelado a la otra.

Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la **feminidad** como sustituto” (Freud, 1918 [1914], pag. 78).

17.2.3. “Se tendría la tentación de modificar, a partir de esto, una pieza de la teoría psicoanalítica. Uno cree ya estar viendo que la represión y la formación de la neurosis surgen del conflicto entre aspiraciones masculinas y femeninas, vale decir, de la bisexualidad. Empero, esa concepción es lagunosa. De las dos mociones sexuales contrapuestas, una es acorde con el yo, en tanto que la otra ultraja al interés narcisista; por eso cae bajo la represión. También en este caso es el yo quien pone en obra la represión en favor de una de esas aspiraciones sexuales. En otros casos no existe tal conflicto entre masculinidad y **feminidad;** sólo hay una aspiración sexual que demanda reconocimiento, pero choca {*verstossen}* contra ciertos poderes del yo y por eso mismo es repelida {*verstossen*}. Es que con mucho mayor frecuencia que conflictos dentro de la sexualidad misma hallamos los otros, que se producen entre la sexualidad y las tendencias morales del yo. En nuestro caso falta un conflicto moral de esa índole. Destacar la bisexualidad

como motivo de la represión sería entonces demasiado limitado; en cambio, el conflicto entre el yo y el querer-alcanzar sexual (libido) recubre todos los hechos.

Cabe objetar a la doctrina de la 'protesta masculina', tal como Adler [1910] la ha formulado, que la represión en modo alguno toma siempre el partido de la masculinidad y afecta a la **feminidad**; en integras y muy numerosas clases de casos es la masculinidad la que tiene que sufrir la represión" (Freud, 1918 [1914], pags. 100-01).

17.2.4. "Dejemos el proceso represivo, que acaso no hemos conseguido dominar por completo, para considerar el estado sobrevenido tras despertar del sueño. Si fuera cierto que la masculinidad triunfó sobre la homosexualidad (**feminidad**) en el curso del proceso onírico, por fuerza hallaríamos dominante ahora una aspiración sexual activa de carácter masculino bien acusado. Pero no hay nada de ello; lo esencial de la organización sexual no varía, la fase sádico-anal persiste, ha seguido siendo la dominante. El triunfo de la masculinidad sólo se muestra en que ahora se reacciona con angustia ante las metas sexuales pasivas de la organización dominante (que son masoquistas, pero no femeninas). No ha existido ninguna moción sexual masculina triunfante, sino sólo una moción pasiva y una revuelta contra esta" (Freud, 1918 [1914], pag. 101).

17.2.5. "Tuve oportunidad de enterarme de sueños de mujeres tras sus primeras cohabitaciones. Revelaban inequívocamente el deseo de guardar consigo al pene que habían sentido, y por tanto respondían, prescindiendo del fundamento libidinoso, a una regresión pasajera del varón al pene como objeto de deseo. Sin duda, se tenderá a reconducir de una manera puramente racionalista el deseo del varón al deseo del hijo, pues en algún momento se llegará a entender que sin la adjunción del varón no se puede tener el hijo. Pero acaso ocurra más bien que el deseo del varón nazca independientemente del deseo del hijo, y que el viejo deseo del pene se le acople como un refuerzo libidinoso inconciente cuando aquel emerge por motivos comprensibles, que pertenecen por entero a la psicología del yo.

El valor del proceso descrito reside en que trasporta hasta la **feminidad** un fragmento de la masculinidad narcisista de la joven y así lo vuelve inocuo para la función sexual femenina (…)" (Freud, 1917, pag. 120).

17.2.6. "(…) Podría objetarse que esas fantasías se presentan y experimentan tales destinos justamente en muchachos femeninos y en niñas masculinas, o que el responsable de ellas es un rasgo de **feminidad** en el varón y de masculinidad en la niña (en aquel, responsable de la génesis de la fantasía pasiva, y en esta, de su represión). Nos inclinaríamos a conceder verosimilitud a esta concepción, pero el aseverado nexo entre carácter sexual manifiesto y elección de lo destinado a reprimirse no resultaría, aun así, menos insostenible. En el

fondo, sólo observamos que en individuos masculinos y femeninos sobrevienen, y pueden devenir inconcientes por represión, tanto mociones pulsionales masculinas cuanto femeninas" (Freud, 1919, pag. 198).

Femenina/o (50):

17.3.1. "Más o menos hacia el octavo año desaparecieron todos los fenómenos que el paciente atribuye a la fase de su vida iniciada con su conducta díscola. No lo hicieron de golpe, pues retornaban algunas veces, pero al fin —según cree el enfermo— cedieron al influjo de los maestros y educadores que remplazaron a las personas de **sexo femenino** encargadas de su crianza" (Freud, 1918 [1914], pag. 18).

17.3.2. "(…) Otros problemas sexuales le plantearon los cuentos con que se familiarizó por esa época. En «Caperucita Roja» y en «Los siete cabritos» los niños son rescatados del vientre del lobo. ¿Era entonces el lobo un **ser femenino**, o también varones podían tener niños en el vientre? Esto no se decidió en ese momento todavía. Por otra parte, en la época en que se realizó esta investigación no conoció angustia ninguna frente al lobo" (Freud, 1918 [1914], pag. 25).

17.3.3. "(…) Descubrió la vagina y el significado biológico de masculino y **femenino**. Ahora comprendió que activo equivalía a masculino, y pasivo a **femenino**. Así, su meta sexual pasiva no podía menos que mudarse en una **meta femenina**, cobrar esta expresión: «ser poseído sexualmente por el padre», en vez de «ser azotado por él en los genitales o en la cola». Pues bien, esta **meta femenina** cayó bajo la represión y se vio precisada a dejarse sustituir por la angustia ante el lobo" (Freud, 1918 [1914], pag. 45).

17.3.4. "En un pasaje anterior [pág. 40] tropezamos sin duda con esta ambigüedad: la predilección del paciente por las **nalgas femeninas** y por el coito en la postura en que ellas más resaltan parecía tener que derivarse del coito observado entre los padres, pero, al mismo tiempo, esa preferencia era un rasgo universal de las constituciones arcaicas con predisposición a la neurosis obsesiva" (Freud, 1918 [1914], pag. 54).

17.3.5. "(…) Por la injerencia de aquel sueño que lo puso bajo el influjo de la escena primordial, habría podido progresar hasta la organización genital y mudar su masoquismo hacia el padre en una **actitud femenina** hacia él, en homosexualidad. Empero, ese sueño no trajo consigo ese progreso; desembocó en angustia" (Freud, 1918 [1914], pag. 60).

17.3.6. "(…) El caracol remplazaba a la mujer como **símbolo femenino** por excelencia" (Freud, 1918 [1914], pag. 65).

17.3.7. "Sobre el segundo de los sueños mencionados, en que el **símbolo femenino** fue sustituido por el masculino, recuerda una vivencia determinada que tuvo poco antes. Cierto

día, cabalgando por la finca, pasó junto a un campesino dormido, a cuyo lado yacía su hijo. Este despertó al padre y le dijo algo, tras lo cual el padre empezó a insultar al jinete y a perseguirlo, de suerte que él puso rápidamente distancia con su caballo. Y tras esto el segundo recuerdo: en la misma finca había árboles totalmente blancos, totalmente recubiertos de orugas. Comprendemos que emprendió {*ergreifen*} la huida ante la realización de la fantasía de que el hijo durmiera con el padre, y que adujo los árboles blancos para producir una alusión al sueño angustioso de los lobos blancos encima del nogal. Era, por tanto, un estallido directo de la angustia frente a aquella **actitud femenina** ante el varón de la cual primero se había protegido mediante la sublimación religiosa y pronto lo haría mediante la sublimación militar, todavía más eficaz" (Freud, 1918 [1914], pag. 66).

17.3.8. "(…) Entonces las perturbaciones en la función de esa zona habían cobrado el significado de unas mociones de **ternura femenina**, y lo conservaron también durante la enfermedad posterior.

En este punto tenemos que prestar oídos a una objeción cuyo examen puede contribuir mucho a aclarar esta situación en apariencia confusa. Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida que servía para el comercio sexual; que la castración era la condición de la feminidad, y por causa de esta amenazadora pérdida él había reprimido la **actitud femenina** hacia el varón y había despertado con angustia de la ensoñación homosexual. ¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, este reconocimiento de la vagina, con la elección del intestino para identificarse con la mujer? ¿No descansan los síntomas intestinales en la concepción, probablemente más antigua, de que el recto es el lugar del comercio sexual, concepción que contradice por completo a la angustia de castración?" (Freud, 1918 [1914], pags. 72-3).

17.3.9. "(…) La **actitud femenina** hacia el varón, rechazada por el acto represivo, se repliega por así decir a la sintomatología intestinal y se exterioriza en las frecuentes diarreas, estreñimientos y dolores intestinales de los años infantiles" (Freud, 1918 [1914], pags. 74).

17.3.10. "Por el rodeo del común punto de partida en el significado «regalo», el dinero puede ahora atraer hacia sí el significado «hijo» y de ese modo asumir la expresión de la **satisfacción femenina** (homosexual)" (Freud, 1918 [1914], pags. 76).

17.3.11. "(…) En el segundo se expresa una **ternura femenina**, la disposición a renunciar a la masculinidad propia si a cambio uno puede ser amado como mujer. Es precisamente

aquella moción contra Dios que se expresa con palabras inequívocas en el sistema delirante del paranoico *Senats-präsident* Schreber.

Cuando luego informe acerca de la última solución de un síntoma en mi paciente, se podrá mostrar otra vez cómo la perturbación intestinal se había puesto al servicio de la corriente homosexual y expresaba la **actitud femenina** hacia el padre. Un nuevo significado de la caca está destinado ahora a allanarnos el camino para considerar el complejo de castración" (Freud, 1918 [1914], pags. 77-8).

17.3.12. "(…) Entonces era forzoso que en aquella escena de angustia se hubiera despertado el recuerdo de una persona del **sexo femenino**" (Freud, 1918 [1914], pag. 82).

17.3.13. "(…) Uno desea retroceder a la situación en que se encontraba dentro de los genitales de la madre, para lo cual el hombre se identifica con su pene, se hace subrogar por él. Entonces, esas dos fantasías se revelan como correlativas: según sea masculina o **femenina** la actitud de la persona en cuestión, expresan el deseo de comercio sexual con el padre o con la madre" (Freud, 1918 [1914], pag. 93).

17.3.14. "Se tendría la tentación de modificar, a partir de esto, una pieza de la teoría psicoanalítica. Uno cree ya estar viendo que la represión y la formación de la neurosis surgen del conflicto entre **aspiraciones** masculinas y **femeninas**, vale decir, de la bisexualidad. Empero, esa concepción es lagunosa" (Freud, 1918 [1914], pag. 100).

17.3.15. "(…) El triunfo de la masculinidad sólo se muestra en que ahora se reacciona con angustia ante las metas sexuales pasivas de la organización dominante (que son masoquistas, pero no **femeninas**). No ha existido ninguna moción sexual masculina triunfante, sino sólo una moción pasiva y una revuelta contra esta.

Imagino las dificultades que depara al lector la tajante separación, inhabitual pero indispensable, de activo-masculino y de **pasivo-femenino**; por eso no evitaré repetirme. (…) El resultado del sueño no fue tanto el triunfo de una corriente masculina como la reacción frente a una femenina y a una pasiva" (Freud, 1918 [1914], pags. 101-02).

17.3.16. "(…) Con una irrupción violenta hacia la mujer, se había conquistado al fin la plena masculinidad; este objeto sexual fue retenido en lo sucesivo, pero el paciente no gozó de su posesión porque una intensa inclinación hacia el varón, ahora enteramente inconciente, que reunía en sí todas las fuerzas de las fases anteriores, lo apartó una y otra vez del **objeto femenino** y lo constriñó a exagerar en los intervalos la dependencia respecto de la mujer" (Freud, 1918 [1914], pag. 107).

17.3.17. "(…) Es bien sabido que el lenguaje simbólico suele prescindir de la diferencia entre los sexos. El «pequeño», que originariamente mentaba al miembro masculino, puede pasar a designar secundariamente el **genital femenino**" […] "Podemos indicar el destino

que experimenta ese deseo infantil del pene cuando en la vida posterior están ausentes las condiciones de las neurosis. Se muda entonces en el deseo del varón; el varón es aceptado como un apéndice del pene. Mediante esa mudanza, una moción contraria a la **función sexual femenina** se convierte en una favorable a ella. De ese modo se posibilita a esas mujeres una vida amorosa según el tipo masculino del amor de objeto, que puede afirmarse junto al genuinamente **femenino**, derivado del narcisismo. Ya hemos dicho que en otros casos es sólo el hijo el que produce el paso del amor narcisista de sí mismo al amor de objeto. Por consiguiente, también en este punto el hijo puede ser subrogado por el pene" (Freud, 1917, pag. 119)

17.3.18. "El valor del proceso descrito reside en que trasporta hasta la feminidad un fragmento de la masculinidad narcisista de la joven y así lo vuelve inocuo para la **función sexual femenina**" (Freud, 1917, pag. 120)

17.3.19. "Para estudiar con mayor facilidad estas mudanzas en las fantasías de paliza, me permitiré circunscribir mis descripciones a las personas del **sexo femenino**, que por otra parte constituyen mayoría en mi material (cuatro contra dos)" (Freud, 1919, pag. 182).

17.3.20. "(…) No hay que olvidar que a raíz de la mudanza de la fantasía incestuosa del varoncito en su correspondiente masoquista se produce una inversión más que en el caso de la niñita, a saber, la sustitución de actividad por pasividad; y acaso sea este plus de desfiguración {dislocación} lo que proteja a la fantasía de permanecer inconciente como resultado de la represión. Así, la conciencia de culpa se habría conformado con la regresión en lugar de la represión; en los **casos femeninos**, la conciencia de culpa —acaso más exigente en sí misma sólo se habría calmado mediante la cooperación de ambas.

En dos de mis cuatro **casos femeninos** se había desarrollado sobre la fantasía masoquista de paliza una superestructura de sueños diurnos muy ingeniosa y sustantiva para la vida de la persona en cuestión, y que tenía como función posibilitar el sentimiento de la excitación satisfecha aun con renuncia al acto onanista. En uno de estos casos, se permitió al contenido de ser azotado por el padre aventurarse de nuevo hasta la conciencia, toda vez que el yo propio se volvía irreconocible mediante un ligero disfraz. El héroe de estas historias regularmente era azotado por el padre; luego sólo castigado, humillado, etc." (Freud, 1919, pag. 187).

17.3.21. "(…) Cuando se extrañan del amor incestuoso hacia el padre, entendido genitalmente, es fácil que rompan por completo con su **papel femenino**, reanimen su «complejo de masculinidad» (Van Ophuijsen [1917]) y a partir de entonces sólo quieran ser muchachos" (Freud, 1919, pag. 188).

17.3.22. “Ahora bien, en estos hombres masoquistas descubrimos algo que nos advierte no perseguir más allá por ahora la analogía con las constelaciones halladas en la mujer, sino apreciar el estado de cosas de manera autónoma: se observa que, tanto en las fantasías masoquistas como en las escenificaciones que las realizan, ellos se sitúan por lo común en el papel de mujeres, coincidiendo así su masoquismo con una **actitud *femenina***. Esto es fácil de demostrar a partir de los detalles de las fantasías; pero muchos pacientes incluso lo saben y lo exteriorizan como una certidumbre subjetiva. No modifica en nada las cosas el hecho de que el decorado teatral de la escena masoquista se atenga a la ficción de un muchacho, paje o aprendiz, de malas costumbres que debe ser castigado. Ahora bien, las personas que aplican el correctivo son siempre mujeres, tanto en las fantasías como en las escenificaciones. Esto confunde bastante; uno querría saber también si ya el masoquismo de la fantasía infantil de paliza descansaba en similar **actitud femenina”** (Freud, 1919, pag. 194).

17.3.21. “(…) La fantasía de paliza del varón es entonces desde el comienzo mismo pasiva, nacida efectivamente de la **actitud femenina** hacia el padre. Entonces, como la **femenina** (la de la niña), corresponde también al complejo de Edipo, sólo que el paralelismo entre ambas por nosotros esperado debe trocarse por una relación de comunidad de otro tipo: en ambos casos la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre” […] “El varón se sustrae de su homosexualidad reprimiendo y refundiendo la fantasía inconciente; lo curioso de su posterior fantasía conciente es quo tiene por contenido una **actitud femenina** sin elección homosexual de objeto. En cambio, mediante ese mismo proceso la niña escapa al reclamo de la vida amorosa, se fantasea varón sin volverse varonilmente activa y ahora sólo presencia como espectadora el acto que sustituye a un acto sexual” (Freud, 1919, pag. 195).

17.3.22. “(…) Resumido en breves términos: En el hombre lo reprimido inconciente se reconduce a **mociones pulsionales femeninas**; y a la inversa en la mujer.

La segunda teoría es de origen más reciente; coincide con la primera en cuanto supone, también, que la lucha entre los dos sexos es lo decisivo para la represión. Pero en lo demás entra por fuerza en oposición con ella; no invoca unos apoyos biológicos, sino sociológicos. Esta teoría de la «protesta masculina», formulada por Alfred Adler, tiene por contenido que todo individuo se resiste a permanecer en la «**línea femenina**» [de desarrollo], inferior, y esfuerza hacia la línea masculina, la única satisfactoria. A partir de esta protesta masculina, Adler explica en términos universales tanto la formación del carácter como la de la neurosis. Por desdicha, aquel distingue con tan poca nitidez esos dos procesos —que por cierto deberían considerarse separadamente—, y además presta

atención tan escasa al hecho mismo de la represión, que uno se expone al peligro de incurrir en un malentendido si intenta aplicar la doctrina de la protesta masculina a la represión. Opino que ese intento no podría dar otro resultado que este: La protesta masculina, la voluntad de apartarse de la línea femenina, es en todos los casos el motivo de la represión. Entonces, lo represor sería siempre una moción pulsional masculina, y lo reprimido, una femenina. Pero también el síntoma sería resultado de una **moción femenina**, puesto que no podemos desconocer su carácter, a saber, que se trata de un sustituto de lo reprimido que se ha abierto paso desafiando a la represión.

Ensayemos ahora ambas teorías, que tienen en común por así decir la Sexualización del proceso represivo, en el ejemplo de la fantasía de paliza aquí estudiada. La fantasía originaria 'Yo soy azotado por el padre' corresponde en el varoncito a una **actitud femenina**; por tanto, exterioriza su disposición de sexo contrario. El hecho de que sucumba a la represión parece corroborar la primera teoría, que ha formulado la regla según la cual lo del sexo contrario coincide con lo reprimido. Claro que ya responde menos a nuestra expectativa este otro hecho: la fantasía conciente que sale a la luz tras una represión exitosa, vuelve a exhibir la **actitud femenina**, solo que ahora hacia la madre. Pero no entraremos a considerar esta duda, puesto que la decisión es inminente: la fantasía originaria de la niña, «Yo soy azotada (vale decir, amada) por el padre», corresponde sin duda, como **actitud femenina**, al sexo manifiesto predominante en ella; por tanto, de acuerdo con la teoría, debería sustraerse a la represión y no tendría que devenir inconciente. Pero efectivamente deviene tal y experimenta una sustitución por una fantasía conciente que desmiente el carácter sexual manifiesto. Esa teoría no nos sirve entonces para entender las fantasías de paliza, que la refutan. Podría objetarse que esas fantasías se presentan y experimentan tales destinos justamente en **muchachos femeninos** y en niñas masculinas, o que el responsable de ellas es un rasgo de feminidad en el varón y de masculinidad en la niña (en aquel, responsable de la génesis de la fantasía pasiva, y en esta, de su represión). Nos inclinaríamos a conceder verosimilitud a esta concepción, pero el aseverado nexo entre carácter sexual manifiesto y elección de lo destinado a reprimirse no resultaría, aun así, menos insostenible. En el fondo, sólo observamos que en **individuos** masculinos y **femeninos** sobrevienen, y pueden devenir inconcientes por represión, tanto **mociones pulsionales** masculinas cuanto **femeninas.**

La teoría de la protesta masculina parece pasar mucho mejor la prueba de su aplicación a las fantasías de paliza. Tanto en el varón como en la niña, la fantasía de paliza corresponde a una **actitud femenina**, vale decir, a una permanencia en la **línea femenina**; y ambos sexos, mediante represión de la fantasía, se apresuran a librarse de esa postura {actitud}.

Es verdad que la protesta masculina parece alcanzar pleno éxito únicamente en la niña, quien presenta un ejemplo poco menos que ideal de la acción de dicha protesta. En el varón, el éxito no es cabalmente satisfactorio; la **línea femenina** no es resignada y el muchacho por cierto no está «encima» en su fantasía masoquista conciente. Por eso responde a la expectativa derivada de esta teoría que en la fantasía discernamos un síntoma nacido del fracaso de la protesta masculina. Pero nos deja perplejos el hecho de que la fantasía surgida en la niña tras la represión tenga igualmente el valor y el significado de un síntoma. Es que aquí, donde la protesta masculina ha cumplido cabalmente su propósito, deberían faltar las condiciones para la formación de síntoma" (Freud, 1919, pags. 197-99).

17.3.23. NOTA AL PIE: "Esta muñeca automática no puede ser otra cosa que la materialización de la **actitud femenina** de Nathaniel hacia su padre en la primera infancia" (Freud, 1919, pag. 232).

17.3.24. "Para dar por concluida esta selección de ejemplos, sin duda todavía incompleta, debemos citar una experiencia extraída del trabajo psicoanalítico, que, si no se basa en una coincidencia accidental, conlleva la más cabal corroboración de nuestra concepción de lo ominoso. Con frecuencia hombres neuróticos declaran que los **genitales femeninos** son para ellos algo ominoso. Ahora bien, eso ominoso es la puerta de acceso al antiguo solar de la criatura, al lugar en que cada quien ha morado al comienzo" (Freud, 1919, pag. 244).

Mujer (70):

17.4.1. "(…) Bajo el continuado influjo de esta vivencia describe ahora la trayectoria que va desde la hermana, pasando por la ñaña, hasta el padre —desde la postura {Einstellung) pasiva hacia la **mujer** hasta la misma postura hacia el varón—, con lo cual, empero, no hacía sino hallar el anudamiento con su temprana fase de desarrollo espontáneo" (Freud, 1918 [1914], pags. 26-7).

17.4.2. "Por esto último me refiero a las posiciones que él vio adoptar a los padres: la erguida del hombre y la agachada, al modo de los animales, de la **mujer**" (Freud, 1918 [1914], pag. 38).

17.4.3. "(…) No menos significatividad se atrajo la posición que, según nuestra construcción de la escena primordial, había visto adoptar a la **mujer**; pero esa significatividad permaneció limitada al campo sexual. El fenómeno más llamativo de su vida amorosa tras llegar a la madurez eran ataques de un enamoramiento sensual compulsivo que emergían en enigmática secuencia y volvían a desaparecer,

desencadenaban en él una gigantesca energía aun en épocas en que se encontraba inhibido en los demás terrenos, y se sustraían por entero a su gobierno. A causa de unos notables nexos, debo posponer todavía la apreciación plena de estos amores compulsivos [cf. págs. 84 y sigs.], pero puedo señalar aquí que estaban atados a una determinada condición, oculta para su conciencia, que sólo en la cura pudo discernirse. La **mujer** tenía que haber adoptado la posición que atribuimos a la madre en la escena primordial. A partir de la pubertad sintió como el mayor encanto de la **mujer** grandes y llamativas nalgas; otro coito que no fuera desde atrás apenas le deparaba goce. Por cierto que el juicio crítico tiene derecho a objetar aquí que tal predilección sexual por las partes posteriores del cuerpo es un rasgo universal de las personas inclinadas hacia la neurosis obsesiva y no justifica que se la derive de una particular impresión recibida en la infancia. Pertenece a la ensambladura de la propensión anal-erótica y se cuenta entre los rasgos arcaicos que singularizan a esta constitución. Es lícito concebir el acoplamiento desde atrás —*more ferarum*— como la forma filogenéticamente más antigua. También sobre este punto volveremos en un examen posterior, cuando hayamos completado el material relativo a su condición inconciente de amor. [Cf. págs. 54 y 85.]" (Freud, 1918 [1914], pag. 40).

17.4.4. "Ahora caemos en la cuenta de que en este punto de la exposición tenemos que cambiar nuestra terminología. En el curso del sueño había alcanzado una nueva fase de su organización sexual. Hasta ese momento los opuestos sexuales eran para él *activo* y *pasivo*. Desde la seducción, su meta sexual era pasiva: ser tocado en los genitales; luego se tornó, por regresión al estadio anterior de la organización sádico-anal, en la meta masoquista de recibir un correctivo, de ser castigado. Le era indiferente que esa meta se alcanzase en el varón o en la **mujer**" (Freud, 1918 [1914], pag. 45).

17.4.5. "(…) No podemos renunciar al supuesto de que este niño observa un coito a cuya vista adquiere el convencimiento de que la castración puede ser algo más que una vacua amenaza; por otra parte, el valor que más tarde reciben las posturas de hombre y **mujer** para su desarrollo de angustia y como condición de amor no admite otra opción que inferir esto: debe tratarse de un *coitus a tergo, more ferarum*" (Freud, 1918 [1914], pag. 55).

17.4.6. "(…) La relación con el padre, que de la meta sexual de recibir un correctivo de él habría debido llevar a la meta siguiente, la de ser poseído sexualmente por el padre como una **mujer**, en virtud del veto de su masculinidad narcisista fue arrojada hacia atrás, hacia un estadio aún más primitivo, y escindida {*abspalten*} por desplazamiento a un sustituto del padre, como angustia de ser comido por el lobo; pero en modo alguno quedó tramitada con esto último" […] "En la duda de si Cristo puede tener un trasero se insinúa la actitud homosexual reprimida, pues tal cavilación no pudo significar más que este interrogante: si

el padre podía usarlo como a una **mujer**, como a la madre en la escena primordial" […] "También su investigación sexual había obtenido una ganancia con las comunicaciones acerca de la historia sagrada. Hasta entonces no había tenido ninguna razón para suponer que los hijos venían sólo de la **mujer**. Al contrario, la ñaña le había hecho creer que él era el hijo del padre, y su hermana la hija de la madre [pág. 18], y él había concedido gran valor a este vínculo más estrecho con el padre. Ahora se enteró de que llamaban a María la Madre de Dios. Entonces los hijos venían de la **mujer** y ya no podía seguir creyendo en el aserto de la ñaña. Además, los relatos lo dejaron perplejo en cuanto al verdadero padre de Cristo" (Freud, 1918 [1914], pags. 60-2).

17.4.7. "(…) En plática con la ñaña se asombró farisaicamente de que Adán se hubiera dejado precipitar a la desdicha por una **mujer**, y prometió a la ñaña que jamás se casaría. En esa época se procuraba intensa expresión una enemistad con la **mujer** a causa de la seducción por su hermana" (Freud, 1918 [1914], pag. 64).

17.4.8. "(…) Un efecto postrero de su dependencia del maestro, que pronto lo abandonó, fue que más tarde prefiriera el elemento alemán (médicos, sanatorios, **mujeres**) al de su patria (subrogación del padre), lo cual significó también una importante ventaja para la trasferencia en la cura" […] "Enseguida había colegido que ese diablo era el demonio de una conocida poesía," y el sueño mismo, la refundición de una difundida imagen que figuraba al demonio en una escena amorosa con una muchacha. El caracol remplazaba a la **mujer** como símbolo femenino por excelencia" (Freud, 1918 [1914], pag. 65).

17.4.9. "Entre el empleo atrevido de la incontinencia a los 3 ½ años y el horror a ella a los 4 ½ años se sitúa el sueño con que empezó su período de angustia, el sueño que le permitió entender con efecto retardado {*nachträglich*} la escena vivenciada cuando tenía 1 ½ año y que esclareció el papel de la **mujer** en el acto sexual" (…) "El órgano en que podía exteriorizarse la identificación con la **mujer**, la actitud homosexual pasiva hacia el varón, era la zona anal. Entonces las perturbaciones en la función de esa zona habían cobrado el significado de unas mociones de ternura femenina, y lo conservaron también durante la enfermedad posterior.

En este punto tenemos que prestar oídos a una objeción cuyo examen puede contribuir mucho a aclarar esta situación en apariencia confusa. Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la **mujer** era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida que servía para el comercio sexual; que la castración era la condición de la feminidad, y por causa de esta amenazadora pérdida él había reprimido la actitud femenina hacia el varón y había despertado con angustia de la ensoñación homosexual. ¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, este reconocimiento

de la vagina, con la elección del intestino para identificarse con la **mujer**? ¿No descansan los síntomas intestinales en la concepción, probablemente más antigua, de que el recto es el lugar del comercio sexual, concepción que contradice por completo a la angustia de castración?

[…] Cuando la espera excitada del sueño de Navidad le presentó como por arte de magia la imagen del comercio sexual otrora observado (o construido) de los padres, sin duda emergió primero la antigua concepción según la cual el lugar del cuerpo de la **mujer** que recibía al miembro era el ano. ¿Qué otra cosa podría haber creído cuando fue espectador de esa escena al 1 ½ año? Pero entonces sobrevino lo nuevo, teniendo él cumplidos ya los 4 años. Las experiencias que había hecho a partir de ese momento, las alusiones a la castración que había escuchado, despertaron y pusieron en duda la «teoría de la cloaca», le arrimaron el discernimiento de la diferencia entre los sexos y del papel sexual de la **mujer**. Se comportó entonces como suelen hacerlo los niños a quienes se da un esclarecimiento indeseado —sexual o de otra clase—. Desestimó lo nuevo —en nuestro caso por motivos derivados de la angustia frente a la castración— y se atuvo a lo antiguo. Se decidió a favor del intestino y contra la vagina, de la misma manera y por los mismos motivos que más tarde tomó partido contra Dios y en favor de su padre. El nuevo esclarecimiento fue rechazado, la antigua teoría fue conservada; esta última bien pudo prestar el material para la identificación con la **mujer**, emergida luego como angustia ante la muerte intestinal, y para los primeros escrúpulos religiosos sobre si Cristo había tenido trasero, etc. No es que la nueva intelección no surtiera efecto alguno; todo lo contrario, desplegó un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en el motivo para mantener en la represión {esfuerzo de desalojo} el proceso onírico íntegro y excluirlo de un posterior procesamiento conciente. Pero con esto su efecto quedó agotado; no tuvo influjo ninguno sobre la decisión del problema sexual. Era por cierto una contradicción que a partir de ese momento una angustia de castración pudiera subsistir junto a la identificación con la **mujer** por medio del intestino, pero era sólo una contradicción lógica, lo cual no significa mucho. El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconciente. Una represión {*Verdrangung*} es algo diverso de una desestimación {*Verwerfung*}" (Freud, 1918 [1914], pags. 72-4).

17.4.10. "(…) Que nuestro muchachito produjera una evacuación del intestino como signo de su excitación sexual debe apreciarse como un carácter de su constitución sexual congénita. Adopta enseguida una actitud pasiva, y después se muestra más inclinado a identificarse con la **mujer** que con el hombre" […] "El lenguaje usual designa al hijo como un «regalo»; la **mujer** enuncia con más frecuencia haber «regalado un hijo» al varón, pero

en el uso del Inconciente se toma en cuenta como derecho el otro lado de la relación, a saber, que la **mujer** ha «recibido» {empagen, «concebido»} el hijo como regalo del varón" (Freud, 1918 [1914], pags. 75-6).

17.4.11. "Debemos agregar entonces una nueva corriente sexual a la que ya conocemos; como la otra, parte de la escena primordial reproducida en el sueño. En la identificación con la **mujer** (con la madre) está dispuesto a regalar un hijo al padre, y tiene celos de la madre que ya lo ha hecho y acaso volverá a hacerlo" (Freud, 1918 [1914], pag. 76).

17.4.12. "(…) En el segundo se expresa una ternura femenina, la disposición a renunciar a la masculinidad propia si a cambio uno puede ser amado como **mujer.** Es precisamente aquella moción contra Dios que se expresa con palabras inequívocas en el sistema delirante del paranoico *Senats-präsident* Schreber" (Freud, 1918 [1914], pag. 77).

17.4.13. "(…) Si alucinó la misma escalofriante vivencia que Tasso, en *Jerusalen liberada*, refiere de su héroe Tancredo, se justifica sin duda la interpretación de que también para mi pequeño paciente el árbol significaba una **mujer**. Con sus actos, pues, jugaba al padre y relacionaba las hemorragias de la madre, que le eran familiares, con la castración de las **mujeres**, por él discernida: con «la herida»" […] "Entonces, las **mujeres** no tenían pene porque se lo habían quitado al nacer" […] "Las amenazas o indicios de castración que había experimentado partieron más bien de **mujeres**, pero ello no pudo demorar largo tiempo el resultado final".

NOTA AL PIE: "Ya sabemos esto con respecto a la ñaña, y lo averiguaremos despues acerca de otra **mujer**" (Freud, 1918 [1914], pags. 79-80).

17.4.14. "(…) Cierto día dijo que «mariposa» se llamaba en su lengua «*bábushka*», mamaíta; y que en general las mariposas le parecían como unas **mujeres** o unas niñas y los escarabajos y orugas como unos muchachos. Entonces era forzoso que en aquella escena de angustia se hubiera despertado el recuerdo de una persona del sexo femenino. No quiero callar que en ese momento propuse la posibilidad de que las vetas amarillas de la mariposa recordaran parecidas rayas del vestido de una **mujer**. Lo hago sólo para mostrar con un ejemplo cuan insuficiente es por lo general la combinación del médico para solucionar los problemas planteados, y cuan injusto es responsabilizar a la fantasía y la sugestión del médico por los resultados del análisis" (Freud, 1918 [1914], pag. 82).

17.4.15. "(…) Habría sido como si una **mujer** abriera las piernas y entonces estas dibujaran la figura de una V romana {el número 5}, que como sabemos era la hora hacia la cual ya en su infancia, pero aún en el presente, solía sobrevenirle un talante sombrío [pág. 37]" (Freud, 1918 [1914], pag. 83).

17.4.16. “(…) Pero la condición de amor experimentó una modificación que atestiguaba la influencia de esta segunda escena; se trasfirió de la posición de la **mujer** a la actividad que realizaba en esa posición” (Freud, 1918 [1914], pag. 85).

17.4.17. “[Ahora bien, la escena con Gruya no solo contiene las condiciones decisivas para la posterior elección de objeto del paciente, precaviéndonos así del error que importaría sobrestimar el valor de la tendencia a degradar a la **mujer**; también fue apta para justificar mi anterior proceder (pág. 57), cuando decliné defender sin reparo alguno y como la única solución posible la reconducción de la escena primordial a una observación de animales hecha poco antes del sueño” (Freud, 1918 [1914], pags. 87-8).

17.4.18. “(…) En consecuencia, la traducción es ahora: su enfermedad sólo lo abandona cuando le es permitido sustituir a la **mujer**, a la madre, para hacerse satisfacer por el padre y parirle un hijo. En este caso, pues, la fantasía de renacimiento no era más que un reflejo censurado, mutilado, de la fantasía de deseo homosexual” (Freud, 1918 [1914], pag. 92).

17.4.19. “(…) Consideremos aún esta interesante complicación: la beatería nació bajo el influjo de **mujeres** (la madre y el aya), mientras que el influjo masculino le posibilitó librarse de ella” (Freud, 1918 [1914], pag. 106).

17.4.20. “(…) Con una irrupción violenta hacia la **mujer**, se había conquistado al fin la plena masculinidad; este objeto sexual fue retenido en lo sucesivo, pero el paciente no gozó de su posesión porque una intensa inclinación hacia el varón, ahora enteramente inconciente, que reunía en sí todas las fuerzas de las fases anteriores, lo apartó una y otra vez del objeto femenino y lo constriñó a exagerar en los intervalos la dependencia respecto de la **mujer**. En la cura presentó la queja de que no podía cohabitar con la **mujer**, y todo el trabajo se dirigió a descubrir su relación con el varón, inconciente para él” (Freud, 1918 [1914], pag. 107).

17.4.21. “Si se investiga con la suficiente profundidad la neurosis de una **mujer**, no es raro toparse con el deseo reprimido de poseer un pene como el varón. Un fracaso accidental en su vida como **mujer**, que en sí mismo es hartas veces consecuencia de una fuerte disposición masculina, ha reactivado este deseo infantil (que clasificamos como «envidia del pene» dentro del complejo de castración) y lo ha hecho convertirse, por el reflujo de la libido, en el principal portador de los síntomas neuróticos. En otras **mujeres** no se registra en absoluto este deseo del pene; su lugar está ocupado por el deseo del hijo, cuya frustración en su vida puede desencadenar la neurosis. Es como si estas **mujeres** hubieran entendido desde luego, esto no pudo haber actuado en calidad de motivo que la naturaleza ha dado a la **mujer** el hijo como sustituto de lo otro que se vio precisada a denegarle. En otras **mujeres**, aún, se averigua que ambos deseos estuvieron presentes en la infancia y se

relevaron el uno al otro. Primero quisieron tener un pene como el varón y en una época posterior, siempre dentro de la infancia, apareció en su remplazo el deseo de tener un hijo. Uno no puede rechazar la impresión de que factores accidentales de la vida infantil -la presencia o ausencia de hermanos, el vivenciar el nacimiento de un nuevo niño en una época favorable de la vida— son los responsables de esta diversidad, de suerte que el deseo del pene sería en el fondo idéntico al deseo del hijo.

Podemos indicar el destino que experimenta ese deseo infantil del pene cuando en la vida posterior están ausentes las condiciones de las neurosis. Se muda entonces en el deseo del varón; el varón es aceptado como un apéndice del pene. Mediante esa mudanza, una moción contraria a la función sexual femenina se convierte en una favorable a ella. De ese modo se posibilita a esas **mujeres** una vida amorosa según el tipo masculino del amor de objeto, que puede afirmarse junto al genuinamente femenino, derivado del narcisismo. Ya hemos dicho que en otros casos es sólo el hijo el que produce el paso del amor narcisista de sí mismo al amor de objeto. Por consiguiente, también en este punto el hijo puede ser subrogado por el pene.

Tuve oportunidad de enterarme de sueños de **mujeres** tras sus primeras cohabitaciones. Revelaban inequívocamente el deseo de guardar consigo el pene que habían sentido, y por tanto respondía, prescindiendo del fundamento libidinoso, a una regresión pasajera del varón al pene como objeto de deseo. Sin duda, se tenderá a reconducir de una manera puramente racionalista el deseo del varón al deseo del hijo, pues en algún momento se llegará a entender que sin la adjunción del varón no se puede tener el hijo. Pero acaso ocurra más bien que el deseo del varón nazca independientemente del deseo del hijo, y que el viejo deseo del pene se acople como un refuerzo libidinoso Inconciente cuando aquel emerge por motivos comprensibles, que pertenecen por entero a la psicología del yo" (Freud, 1918 [1914], pags. 119-20).

17.4.22. "Otra pieza de este nexo se discierne con mayor nitidez en el varón. Se establece cuando la investigación sexual del niño lo ha puesto en conocimiento de la falta de pene en la **mujer**. Así, el pene es discernido como algo separable del cuerpo y entra en analogía con la caca, que fue el primer trozo de lo corporal al que se debió renunciar. De ese modo el viejo desafío anal entra en la constitución del complejo de castración. La analogía orgánica a consecuencia de la cual el contenido del intestino figuraba el precursor del pene durante la fase pregenital no puede contar como motivo; sin embargo, halla un sustituto psíquico mediante la investigación sexual" (Freud, 1917, pag. 122).

17.4.23. "Desde luego, el requisito de formar una concatenación vale también para el tercer recuerdo de infancia del paciente, que, siendo el más temprano, se sitúa al final de la

pequeña serie. Es fácil satisfacer ese requisito: Comprendemos que ese niño de dos años estaba tan inquieto porque no toleraba el estar juntos su padre y su madre en la cama. Es claro que durante el viaje no resultaba posible evitar que el niño se convirtiera en testigo de esa comunidad. De los sentimientos que entonces se agitaron en el pequeño celoso le quedó el encono contra la **mujer**, consecuencia del cual fue una perturbación duradera de su desarrollo amoroso" (Freud, 1917, pag. 147).

17.4.24. "Hasta donde yo lo veo, el peligro amenaza en particular desde dos lados. Por una parte, el paciente, cuya condición de enfermo ha sido conmovida por el análisis, se empeña con la mayor diligencia en procurarse en remplazo de sus síntomas nuevas satisfacciones sustitutivas, que ahora no van acompañadas de padecimiento. Se vale de la grandiosa desplazabilidad de la libido parcialmente liberada para investir con libido las más diversas actividades, preferencias y hábitos, aun los que ya tuvo antes, elevándolos a la condición de satisfacciones sustitutivas. De continuo halla tales desvíos nuevos por los que se escurre la energía necesaria para la empresa de la cura, y sabe mantenerlos en secreto durante algún tiempo. La tarea es pesquisarlos uno por uno y pedirle que renuncie a ellos, por inocente que parezca en sí misma la actividad productora de satisfacción. Empero, la persona curada a medias puede emprender también unos caminos menos inocentes; por ejemplo, en el caso de un hombre, buscando una ligazón prematura con una **mujer**. Señalemos de pasada que matrimonio infeliz y achaque físico son los sucedáneos más usuales de la neurosis. Satisfacen en particular la conciencia de culpa (necesidad de castigo) en virtud de la cual muchos enfermos se aferran tan tenazmente a su neurosis. Por medio de una elección matrimonial desafortunada se castigan a sí mismos; una larga enfermedad orgánica es considerada por ellos como una punición del destino, y consiguientemente suelen renunciar a proseguir la neurosis" (Freud, 1919 [1918], pag. 159).

17.4.25. "(…) Se crearán entonces sanatorios o lugares de consulta a los que se asignarán médicos de formación psicoanalítica, quienes, aplicando el análisis, volverán más capaces de resistencia y más productivos a hombres que de otro modo se entregarían a la bebida, a **mujeres** que corren peligro de caer quebrantadas bajo la carga de las privaciones, a niños a quienes sólo les aguarda la opción entre el embrutecimiento o la neurosis" (Freud, 1919 [1918], pag. 162).

17.4.26. "(…) Entre los seis casos sobre cuyo estudio en profundidad se basa esta breve comunicación (cuatro **mujeres** y dos hombres), había dos de neurosis obsesiva: uno gravísimo, incapacitante, y uno de mediana gravedad, accesible a la terapia; además, un tercero presentaba al menos algunos rasgos nítidos de la neurosis obsesiva" (Freud, 1919 [1918], pag. 180).

17.4.27. “(…) Este hombre, ahora adulto, había conservado con claridad en la memoria que solía usar con fines onanistas la representación de ser azotado por la madre; es cierto que pronto sustituyó a la madre propia por las de compañeros de escuela u otras **mujeres** que se le asemejaran de algún modo” (Freud, 1919, pag. 187).

17.4.28. “(…) En los dos casos de sueños diurnos —uno se elevaba casi hasta el nivel de una creación literaria—, los héroes eran siempre sólo hombres jóvenes; más aún: las **mujeres** ni siquiera aparecían en estas creaciones, y sólo tras muchos años hallaron cabida en papeles secundarios” (Freud, 1919, pag. 188).

17.4.29. “(…) Pulsiones de meta pasiva son dadas desde el comienzo mismo, sobre todo en la **mujer**, pero la pasividad no constituye todavía el todo del masoquismo; a este le pertenece, además, el carácter displacentero, tan extraño para un cumplimiento pulsional” (Freud, 1919, pags. 190-91).

17.4.30. “La descripción de las fantasías de paliza se habría dispersado y vuelto inabarcable de no haberla yo limitado, prescindiendo de unas pocas referencias, a las constelaciones que hallarnos en la **mujer**” (Freud, 1919, pag. 192).

17.4.31. “(…) El onanista masoquista se encuentra absolutamente impotente cuando al fin ensaya el coito con la **mujer**, y quien hasta cierto momento logró el coito con ayuda de una representación o escenificación masoquistas puede descubrir de pronto que esa alianza cómoda para él le falla, pues el genital ya no reacciona a la estimulación masoquista” (Freud, 1919, pag. 193).

17.4.32. “Ahora bien, en estos hombres masoquistas descubrimos algo que nos advierte no perseguir más allá por ahora la analogía con las constelaciones halladas en la **mujer**, sino apreciar el estado de cosas de manera autónoma: se observa que, tanto en las fantasías masoquistas como en las escenificaciones que las realizan, ellos se sitúan por lo común en el papel de **mujeres**, coincidiendo así su masoquismo con una actitud *femenina*. Esto es fácil de demostrar a partir de los detalles de las fantasías; pero muchos pacientes incluso lo saben y lo exteriorizan como una certidumbre subjetiva. No modifica en nada las cosas el hecho de que el decorado teatral de la escena masoquista se atenga a la ficción de un muchacho, paje o aprendiz, de malas costumbres que debe ser castigado. Ahora bien, las personas que aplican el correctivo son siempre **mujeres**, tanto en las fantasías como en las escenificaciones. Esto confunde bastante; uno querría saber también si ya el masoquismo de la fantasía infantil de paliza descansaba en similar actitud femenina” (Freud, 1919, pag. 194).

17.4.33. "(…) El muchacho, que quería huir de la elección homosexual de objeto y no ha mudado su sexo, se siente empero como **mujer** en su fantasía conciente y dota a las **mujeres** azotadoras con atributos y propiedades masculinos" (Freud, 1919, pag. 196).

17.4.34. "(…) Resumido en breves términos: En el hombre lo reprimido inconciente se reconduce a mociones pulsionales femeninas; y a la inversa en la **mujer**" (Freud, 1919, pag. 197).

17.4.35. NOTA AL PIE: "(…) Numerosos análisis clínicos, de contenido por cierto menos fantástico, pero apenas menos triste que la historia del estudiante Nathaniel, prueban cuan correcto es psicológicamente que el jovencito fijado al padre por el complejo de castración sea incapaz de amar a la **mujer**" (Freud, 1919, pag. 233).

17.4.36. "(…) Sólo se veían **mujeres** pintarrajeadas que se asomaban por las ventanas de las casitas, y me apresuré a dejar la estrecha callejuela doblando en la primera esquina" (Freud, 1919, pag. 237).

17.4.37. "(…) En el cuento de los tres deseos, la **mujer** se deja seducir por el olorcillo de unas salchichas, y dice que le gustaría tener ella también una salchichita así. Y al punto la tiene sobre el plato. El marido, en su enojo, desea que se le cuelgue de la nariz a la indiscreta. Y volando la tiene ella balanceándosele en su nariz. Esto es muy impresionante, pero por nada del mundo ominoso" (Freud, 1919, pag. 245).

Niña (46):

17.5.1. "(…) Parece que al principio fue un niño manso, dócil y más bien tranquilo, y por eso solían decir que él habría debido ser la **niña**, y su hermana mayor el varón" (Freud, 1918 [1914], pag. 15).

17.5.2. "Ahora bien, la seducción por su hermana no era ciertamente una fantasía. Su credibilidad se reforzaba en virtud de una comunicación que le habían hecho años después, cuando ya no era un niño, y que nunca olvidó. Un primo más de diez años mayor que él le había dicho, platicando sobre su hermana, que se acordaba muy bien qué clase de personita sensual y curiosa había sido. Cierta vez, teniendo la **niña** cuatro o cinco años, se le sentó en el regazo y le abrió los calzones para agarrarle el miembro.

En este punto prefiero interrumpir la historia infantil de mi paciente para hablar de esa hermana, de su desarrollo y ulteriores peripecias, así como de su influjo sobre él. Era dos años mayor y siempre lo aventajó. De **niña** fue como un varoncito, indomeñable, y luego inició un brillante desarrollo intelectual, se destacó por una inteligencia aguda y realista, prefirió en sus estudios las ciencias naturales, pero también produjo poesías que el padre

apreciaba mucho. Era de espiritualidad muy superior a sus numerosos primeros pretendientes y solía burlarse de ellos" (Freud, 1918 [1914], pag. 21).

17.5.3. "(…) En esa época pudo observar a dos **niñas** —su hermana y una amiga de esta— en el acto de orinar. Ya a raíz de esa visión su inteligencia le habría permitido entender las cosas, sólo que se comportó como suelen hacerlo otros niños varones. Desautorizó la idea de que ahí veía corroborada la herida con que amenazaba la ñaña, y se entregó a la explicación de que era la «cola de adelante» de las **niñas**" (Freud, 1918 [1914], pag. 24).

17.5.4. "(…) (La visión de las dos **niñas** orinando, la amenaza de la ñaña, la interpretación de la gobernanta sobre los alfeñiques, el recuerdo de que el padre había partido en pedazos una serpiente). En efecto, ahora veía con sus propios ojos la herida de que había hablado la ñaña, y comprendía que su presencia era una condición para el comercio sexual con el padre. Ya no podía confundirla con la «cola», como en la observación de las **niñitas**" (Freud, 1918 [1914], pag. 44).

17.5.5. "(…) Cierto día dijo que «mariposa» se llamaba en su lengua «*bábushka*», mamaíta; y que en general las mariposas le parecían como unas mujeres o unas **niñas** y los escarabajos y orugas como unos muchachos. Entonces era forzoso que en aquella escena de angustia se hubiera despertado el recuerdo de una persona del sexo femenino. No quiero callar que en ese momento propuse la posibilidad de que las vetas amarillas de la mariposa recordaran parecidas rayas del vestido de una mujer. Lo hago sólo para mostrar con un ejemplo cuan insuficiente es por lo general la combinación del médico para solucionar los problemas planteados, y cuan injusto es responsabilizar a la fantasía y la sugestión del médico por los resultados del análisis" (Freud, 1918 [1914], pag. 82).

17.5.6. "(…) Y en efecto, debimos traducir así esa angustia: angustia de ser sexualmente poseído por el padre. Es sabido que en años muy posteriores, en **niñas** que se hallan en la época de la pubertad o poco después de esta, se presenta una neurosis que expresa la desautorización de lo sexual mediante una anorexia; es lícito vincularla con esta fase oral de la vida sexual" (Freud, 1918 [1914], pag. 97).

17.5.7. "Del erotismo anal surge, en un empleo narcisista, el desafío como una reacción sustantiva del yo contra reclamos de los otros; el interés volcado a la caca traspasa a interés por el regalo y luego por el dinero. Con el advenimiento del pene nace en la **niñita** la envidia del pene, que luego se traspone en deseo del varón como portador del pene. Antes, todavía, el deseo del pene se ha mudado en deseo del hijo, o este último ha remplazado a aquel. Una analogía orgánica entre pene e hijo (línea de puntos) se expresa mediante la posesión de un símbolo común a ambos (el «pequeño»). Luego, del deseo del hijo un

camino adecuado a la ratio (línea doble) conduce al deseo del varón. Ya hemos apreciado el significado de esta trasposición pulsional" (Freud, 1917, pag. 122).

17.5.8. "(…) En la segunda observación es notable la edad de la **niña**, de dos años y medio".

NOTA AL PIE: "Hace algún tiempo, una dama de más de cincuenta años me aportó otra confirmación de este simbolismo del embarazo. Le habían contado repetidas veces que siendo **niña** pequeña —hablaba apenas— solía atraer a su padre a la ventana, presa de emoción, cuando veía trasportar un pesado mueble por la calle. Por referencia al recuerdo que conservaba de las casas en que vivió se pudo comprobar que en ese momento tenía menos de dos años y nueve meses. Hacia esa época nació su hermano inmediato y, a consecuencia de ese aumento de la familia, se mudaron de casa. Más o menos contemporáneamente solía tener antes de dormirse la angustiosa sensación de algo ominosamente grande que venía sobre ella y entonces «las manos se le ponían gruesísimas»" (Freud, 1917, pag. 149).

17.5.9. "La primera fase de las fantasías de paliza en **niñas** tiene que corresponder, pues, a una época muy temprana de la infancia. En ellas hay algo que permanece asombrosamente indeterminable, como si fuera indiferente. (…) En cuanto a quién es, en realidad, la persona que pega, no queda claro al comienzo. Sólo puede comprobarse que no es otro niño, sino un adulto.

Esta persona adulta indeterminada se vuelve más tarde reconocible de manera clara y unívoca como el *padre* (de la **niñita**)" (Freud, 1919, pag. 182).

17.5.10. "(…) En un lugar de un solo niño azotado, casi siempre están presentes ahora muchos niños. Con abrumadora frecuencia los azotados (en las fantasías de las **niñas**) son varoncitos, pero ninguno de ellos resulta familiar individualmente. La situación originaria, simple y monótona, del ser azotado puede experimentar las más diversas variaciones y adornos, y el azotar mismo puede ser sustituido por castigos y humillaciones de otra índole. Empero, el carácter esencial que diferencia aun las fantasías más simples de esta fase de las de la primera y establece el nexo con la fase intermedia es el siguiente; la fantasía es ahora la portadora de una excitación intensa, inequívocamente sexual, y como tal procura la satisfacción onanista. Pero he ahí lo enigmático: ¿Por qué camino esta fantasía, sádica lo sucesivo, de unos varoncitos desconocidos y ajenos que son azotados se ha convertido en un patrimonio duradero de la aspiración libidinosa de la **niña** pequeña?" (Freud, 1919, pag. 183).

17.5.11. “Si uno prosigue el análisis a través de esas épocas tempranas en que se sitúa la fantasía de paliza y desde las cuales se las recuerda, la **niña** se nos aparece enredada en las excitaciones de su complejo parental.

La **niña** pequeña está fijada con ternura al padre, quien probablemente lo ha hecho todo para ganar su amor, poniendo así el germen de una actitud de odio y competencia hacia la madre, una actitud que subsiste junto a una corriente de dependencia tierna y que puede volverse cada vez más intensa y más nítidamente conciente a medida que pasen los años, o motivar una ligazón amorosa reactiva, hipertrófica, con aquella. Ahora bien, la fantasía de paliza no se anuda a la relación con la madre. Están los otros hijos, de edad apenas mayor o menor, que a uno no le gustan por toda clase de razones, pero principalmente porque debe compartir con ellos el amor de los padres, y a quienes, por eso, uno aparta de sí con toda la salvaje energía que la vida de los sentimientos posee en esos años” (Freud, 1919, pag. 184).

17.5.12. “En esta prematura elección de objeto del amor incestuoso, la vida sexual del niño alcanza evidentemente el estadio de la organización genital. Esto es más fácil de demostrar en el varoncito, pero tampoco es dudoso en el caso de la **niña** pequeña. Algo como una vislumbre de la posterior meta sexual definitiva y normal gobierna el querer-alcanzar libidinoso del niño; cabe preguntarse con asombro de dónde proviene, pero es lícito considerar como una prueba de ello que los genitales ya hayan iniciado su papel en el proceso excitatorio. Nunca falta en el varoncito el deseo de tener un hijo con la madre, y es constante en la **niña** el de recibir un hijo del padre, y ello a pesar de su total incapacidad de aclararse el camino que pudiera llevar al cumplimiento de tales deseos. Que los genitales tienen algo que ver con esto parece establecido para el niño, aunque sus cavilaciones puedan buscar la naturaleza de la intimidad presupuesta entre los padres en vínculos de otra clase —por ejemplo, en el dormir juntos, en el orinar en común y cosas parecidas—, y los contenidos de esta índole puedan ser captados en representaciones-palabra antes que eso oscuro que se relaciona con los genitales” (Freud, 1919, pag. 185).

17.5.13. “(…) No hay que olvidar que a raíz de la mudanza de la fantasía incestuosa del varoncito en su correspondiente masoquista se produce una inversión más que en el caso de la **niñita**, a saber, la sustitución de actividad por pasividad; y acaso sea este plus de desfiguración {dislocación} lo que proteja a la fantasía de permanecer inconciente como resultado de la represión” (Freud, 1919, pag. 187).

17.5.14. “Además, aquí se muestra por primera vez algo que semeja una constancia en el sexo de las personas al servicio de la fantasía. Los niños azotados son casi siempre varoncitos, tanto en las fantasías de los varones como en las de las **niñas**. Y este rasgo no

se explica evidentemente por alguna competencia entre los sexos, pues de lo contrario en las fantasías de los varones tendrían que ser más bien **niñas** las azotadas; por otra parte, tampoco tiene nada que ver con el sexo del niño odiado de la primera fase, sino que apunta a un complicado proceso que sobreviene en las **niñas**. Cuando se extrañan del amor incestuoso hacia el padre, entendido genitalmente, es fácil que rompan por completo con su papel femenino, reanimen su «complejo de masculinidad» (Van Ophuijsen [1917]) y a partir de entonces sólo quieran ser muchachos. Por eso los chivos expiatorios que las subrogan son sólo muchachos. En los dos casos de sueños diurnos —uno se elevaba casi hasta el nivel de una creación literaria—, los héroes eran siempre sólo hombres jóvenes; más aún: las mujeres ni siquiera aparecían en estas creaciones, y sólo tras muchos años hallaron cabida en papeles secundarios" (Freud, 1919, pag. 188).

17.5.15. "La descripción de las fantasías de paliza se habría dispersado y vuelto inabarcable de no haberla yo limitado, prescindiendo de unas pocas referencias, a las constelaciones que hallarnos en la mujer. Resumo los resultados: la fantasía de paliza de la **niña** pequeña recorre tres fases; de ellas, la primera y la última se recuerdan como concientes, mientras que la intermedia permanece inconciente. Las dos corrientes parecen sádicas; la intermedia —la inconciente— es de indudable naturaleza masoquista; su contenido es ser azotado por el padre, y a ella adhieren la carga libidinosa y la conciencia de culpa. En la primera y tercera fantasías, el niño azotado es siempre un otro; en la intermedia, sólo la persona propia; en la tercera —fase conciente— son, en la gran mayoría de los casos, sólo varoncitos los azotados. La persona que pega es desde el comienzo el padre; luego, alguien que hace sus veces, tomado de la serie paterna. La fantasía inconciente de la fase intermedia tuvo originariamente significado genital; surgió, por represión y regresión, del deseo incestuoso de ser amado por el padre. Dentro de una conexión al parecer más laxa viene al caso el hecho de que las **niñas**, entre la segunda y la tercera fases, cambian de vía su sexo, fantaseándose como varoncitos" (Freud, 1919, pag. 192).

17.5.16. "(…) Como es natural, esperé hallar plena analogía entre las constelaciones vigentes en el varoncito y en la **niña**; en el caso del primero, desde luego, la madre debía remplazar al padre en esa fantasía. Y en efecto ello pareció corroborarse, pues la fantasía que se consideró la correspondiente en el varón tenía por contenido ser azotado por la madre (luego, por una persona sustitutiva). Sin embargo, esa fantasía en que la persona propia se retenía como objeto se diferenciaba de la segunda fase hallada en la **niña** por el hecho de que podía devenir conciente.

Pero si por esa razón se quería equipararla a la tercera fase de la **niña**, subsistía una nueva diferencia, a saber, que la persona propia del muchacho no era sustituida por muchas, indeterminadas, ajenas, y menos aún por muchas **niñas**. Así se malograba la expectativa de un paralelismo íntegro" (Freud, 1919, pag. 193).

17.5.17. "(…) Este estadio previo corresponde entonces efectivamente a la segunda fase de la fantasía en la **niña**. La fantasía notoria y conciente «Yo soy azotado por la madre» se sitúa en el lugar de la tercera fase de la **niña**, en la cual, como dijimos, unos muchachos desconocidos son los objetos azotados. No pude pesquisar en el varón un estadio previo comparable a la primera fase de la **niña**, pero no quiero formular aquí una desautorización terminante, pues veo muy bien la posibilidad de tipos más complejos" (Freud, 1919, pag. 194).

17.5.18. "(…) La fantasía de paliza del varón es entonces desde el comienzo mismo pasiva, nacida efectivamente de la actitud femenina hacia el padre. Entonces, como la femenina (la de la niña), corresponde también al complejo de Edipo, sólo que el paralelismo entre ambas por nosotros esperado debe trocarse por una relación de comunidad de otro tipo: *En ambos casos la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre*.

Con miras a obtener una visión panorámica será útil que inserte en este punto las otras concordancias y diversidades entre las fantasías de paliza de ambos sexos. En la **niña**, la fantasía masoquista inconciente parte de la postura edípica normal; en el varón, de la trastornada {*verkehren*}, que toma al padre como objeto de amor. En la **niña**, la fantasía tiene un grado previo (la primera fase) en que la acción de pegar aparece en su significado indiferente y recae sobre una persona a quien se odia por celos; ambos elementos faltan en el varón, aunque quizás una observación más feliz podría eliminar esta diferencia. En el paso a la fantasía conciente que sustituye a la anterior [la tercera fase], la **niña** retiene la persona del padre y, con ella, el sexo de la persona que pega; pero cambia a la persona azotada y su sexo, de suerte que al final un hombre pega a niños varones. Por lo contrario, el varón cambia persona y sexo del que pega, sustituyendo al padre por la madre, y conserva su propia persona, de suerte que al final el que pega y el que es azotado son de distinto sexo. En la **niña**, la situación originariamente masoquista (pasiva) es trasmudada por la represión en una sádica, cuyo carácter sexual está muy borrado; en el varón sigue siendo masoquista y a consecuencia de la diferencia de sexo entre el que pega y el azotado conserva más semejanza con la fantasía originaria, de intención genital. El varón se sustrae de su homosexualidad reprimiendo y refundiendo la fantasía inconciente; lo curioso de su posterior fantasía conciente es quo tiene por contenido una actitud femenina sin elección homosexual de objeto. En cambio, mediante eso mismo proceso la **niña** escapa al reclamo

de la vida amorosa, se fantasea varón sin volverse varonilmente activa y ahora sólo presencia como espectadora el acto que sustituye a un acto sexual" (Freud, 1919, pag. 195).

17.5.19. "(…) La **niña**, que sí ha resignado su sexo y en el conjunto ha operado una labor represiva más radical, no se suelta empero del padre, no osa pegar ella misma, y puesto que ha devenido muchacho, hace que sean principalmente muchachos los azotados" (Freud, 1919, pag. 196).

17.5.20. "(…) Pero no entraremos a considerar esta duda, puesto que la decisión es inminente: la fantasía originaria de la **niña**, «Yo soy azotada (vale decir, amada) por el padre», corresponde sin duda, como actitud femenina, al sexo manifiesto predominante en ella; por tanto, de acuerdo con la teoría, debería sustraerse a la represión y no tendría que devenir inconciente. Pero efectivamente deviene tal y experimenta una sustitución por una fantasía conciente que desmiente el carácter sexual manifiesto. Esa teoría no nos sirve entonces para entender las fantasías de paliza, que la refutan. Podría objetarse que esas fantasías se presentan y experimentan tales destinos justamente en muchachos femeninos y en **niñas** masculinas, o que el responsable de ellas es un rasgo de feminidad en el varón y de masculinidad en la **niña** (en aquel, responsable de la génesis de la fantasía pasiva, y en esta, de su represión). Nos inclinaríamos a conceder verosimilitud a esta concepción, pero el aseverado nexo entre carácter sexual manifiesto y elección de lo destinado a reprimirse no resultaría, aun así, menos insostenible. En el fondo, sólo observamos que en individuos masculinos y femeninos sobrevienen, y pueden devenir inconcientes por represión, tanto mociones pulsionales masculinas cuanto femeninas.

La teoría de la protesta masculina parece pasar mucho mejor la prueba de su aplicación a las fantasías de paliza. Tanto en el varón como en la **niña**, la fantasía de paliza corresponde a una actitud femenina, vale decir, a una permanencia en la línea femenina; y ambos sexos, mediante represión de la fantasía, se apresuran a librarse de esa postura {actitud}. Es verdad que la protesta masculina parece alcanzar pleno éxito únicamente en la **niña**, quien presenta un ejemplo poco menos que ideal de la acción de dicha protesta. En el varón, el éxito no es cabalmente satisfactorio; la línea femenina no es resignada y el muchacho por cierto no está «encima» en su fantasía masoquista conciente. Por eso responde a la expectativa derivada de esta teoría que en la fantasía discernamos un síntoma nacido del fracaso de la protesta masculina. Pero nos deja perplejos el hecho de que la fantasía surgida en la **niña** tras la represión tenga igualmente el valor y el significado de un síntoma. Es que aquí, donde la protesta masculina ha cumplido cabalmente su propósito, deberían faltar las condiciones para la formación de síntoma" (Freud, 1919, pag. 198-99).

17.5.21. “(…) Por otra parte, se suele decir que uno cuidará cierta cosa como a la **niña** de sus ojos” (Freud, 1919, pag. 231).

Tomo 18

Sexualidad Femenina:

18.1.1. No hay entradas.

Feminidad (1):

18.2.1. “La explicación es la siguiente: Cuando la desilusión se abatió sobre ella, la muchacha se encontraba en la fase del refrescamiento, en la pubertad, del complejo infantil de Edipo. Se le hizo conciente a plena luz el deseo de tener un hijo, y que fuera varón; que este debía ser un hijo del padre y la réplica de él, no le era permitido como saber conciente. Pero en eso sucedió que recibió el hijo no ella, sino la competidora odiada en lo inconciente, la madre. Sublevada y amargada dio la espalda al padre, y aun al varón en general. Tras este primer gran fracaso, desestimó su **feminidad** y procuró otra colocación para su libido” (Freud, 1920, pags. 150-51).

Femenina/o (24):

18.3.1. “Si lo hacemos, nos asombrará el poco acuerdo que reina entre los biólogos en cuanto al problema de la muerte natural; más aún: el concepto mismo de la muerte se les deshace entre las manos. El hecho de que al menos la vida de los animales superiores tiene cierta duración promedio aboga, desde luego, en favor de la muerte por causas internas, pero esta impresión vuelve a disiparse por la circunstancia de que ciertos grandes animales y árboles gigantescos alcanzan una edad muy elevada, que hasta ahora no ha podido estimarse. Según la grandiosa concepción de W. Fliess [1906], todos los fenómenos vitales de los organismos —incluida su muerte, desde luego— están sujetos al cumplimiento de ciertos plazos en los que se expresa la dependencia de dos **sustancias** vivas, una masculina y una **femenina**, respecto del año solar. No obstante, las observaciones acerca de la facilidad y la amplitud con que los influjos de fuerzas externas son capaces de alterar la emergencia temporal de las manifestaciones vitales (en particular del reino vegetal), anticipándolas o retardándolas, resisten su inserción dentro de las rígidas fórmulas de Fliess y hacen dudar, al menos, de que las leyes postuladas por él tengan predominio exclusivo” (Freud, 1920, pag. 44).

18.3.2. “El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser

como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. Esta conducta nada tiene que ver con una **actitud** pasiva o **femenina** hacia el padre (y hacia el varón en general); al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que contribuye a preparar" […] "Más tarde es fácil perder de vista el destino de esta identificación con el padre. Puede ocurrir después que el complejo de Edipo experimente una inversión, que se tome por objeto al padre en una **actitud femenina**, un objeto del cual las pulsiones sexuales directas esperan su satisfacción; en tal caso, la identificación con el padre se convierte en la precursora de la ligazón de objeto que recae sobre él. Lo mismo vale para la niña, con las correspondientes sustituciones" (Freud, 1921, pags. 99-100).

18.3.3. "La **homosexualidad femenina**, en verdad tan frecuente como la masculina, si bien mucho menos estridente, no sólo ha escapado a la ley penal; también ha sido descuidada por la investigación psicoanalítica. Por eso quizá merece considerarse la comunicación de un único caso, y no demasiado flagrante, en que se pudo reconocer la historia de su génesis psíquica casi sin lagunas y con plena certeza. Si esta exposición brinda sólo los trazos más globales de los acontecimientos y las intelecciones que se obtuvieron, callando todos los detalles característicos en que descansa la interpretación, tal cercenamiento se explica fácilmente por la reserva que el médico está obligado a guardar cuando el caso es reciente" (Freud, 1920, pag. 141).

18.3.4. "(…) No han notado nunca que la muchacha se interesara por hombres jóvenes y se complaciera ante sus homenajes; en cambio, tienen bien en claro que esta inclinación presente hacia una mujer no hace sino proseguir en medida extremada lo que en los últimos años se insinuó hacia personas del **sexo femenino** y había despertado el enojo y el rigor del padre" (Freud, 1920, pag. 142).

18.3.5. "(…) Más importante, sin duda, es que en su conducta hacia su objeto de amor había adoptado en todo el tipo masculino, vale decir, la humildad y la enorme sobrestimación sexual que es propia del varón amante, la renuncia a toda satisfacción narcisista, la preferencia por amar antes que ser amado. Por tanto, no sólo había elegido un **objeto femenino**; también había adoptado hacia él una actitud masculina" (Freud, 1920, pag. 148).

18.3.6. "A una introducción tan prolija sólo puedo hacerle suceder una exposición en extremo sucinta y panorámica de la historia libidinal de este caso. La muchacha había atravesado sus años infantiles, de manera poco llamativa, con la actitud normal del complejo de **Edipo femenino**; más tarde, también, había empezado a sustituir al padre por el hermano un poco mayor que ella. Traumas sexuales de la primera adolescencia no se

recordaban ni el análisis pudo descubrirlos. La comparación de los genitales de su hermano con los propios, ocurrida al comienzo del período de latencia (hacia los cinco años o algo antes), le dejó una fuerte impresión y fue preciso seguirle el rastro un buen trecho en sus efectos posteriores. Hubo muy pocos indicios de onanismo de la primera infancia, o el análisis no avanzó lo suficiente para esclarecer este punto" (Freud, 1920, pag. 148).

18.3.7. "Así se comportó en todo como muchos hombres, que, tras una primera experiencia penosa, rompen duraderamente con el fementido sexo de las mujeres y se hacen misóginos. De una de las personalidades principescas más atrayentes y más desdichadas de nuestra época, se cuenta que se hizo homosexual porque su prometida lo engañó con un extraño. Yo no sé si es esta una verdad histórica, pero tras esa habladuría se esconde una pizca de verdad psicológica. La libido de todos nosotros oscila normalmente a lo largo de la vida entre el **objeto** masculino y el **femenino**; el joven abandona a sus amigos cuando se casa, y vuelve a la mesa del café cuando su vida conyugal se ha vuelto insípida. Claro que cuando esa oscilación es tan radical y definitiva, nuestra conjetura se dirige a un factor especial que favoreciera decisivamente este o aquel extremo, y quizás esperara el momento propicio para imponer en su provecho la elección de objeto.

Nuestra muchacha, pues, tras esa desilusión había arrojado de sí el deseo de tener un hijo, el amor por el varón y, en general, el **papel femenino**. Y es evidente que entonces habrían podido ocurrir muy diversas cosas; lo que finalmente sucedió fue lo más extremo. Ella se trasmudó en varón y tomó a la madre en el lugar del padre como objeto de amor. Su vínculo con la madre había sido sin duda ambivalente desde el comienzo; por eso logró con facilidad reanimar el amor temprano por la madre y, con su auxilio, sobrecompensar su hostilidad presente hacia ella. Y puesto que con la madre real poco había que hacerle, de la trasposición afectiva que aquí hemos descrito resultó la busca de un sustituto del cual pudiera prendarse con apasionada ternura" (Freud, 1920, pag. 151).

18.3.8. "La bibliografía sobre la homosexualidad no suele distinguir con nitidez suficiente el problema de la elección de objeto, por un lado, y el del carácter y la actitud sexuales, por el otro, como si la decisión sobre uno de esos puntos se enlazara necesariamente con la decisión sobre el otro. Pero la experiencia muestra lo contrario: Un hombre con cualidades predominantemente viriles, y que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres, no a mujeres. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de manera llamativa las **cualidades femeninas**, y aun que se porte en el amor como una mujer, en virtud de esa **actitud femenina** debería estar destinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una

persona normal media. Lo mismo vale para las mujeres; tampoco en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija. Por tanto, el misterio de la homosexualidad en modo alguno es tan simple como se propende a imaginarlo en el uso popular: Un **alma femenina**, forzada por eso a amar al varón, instalada para desdicha en un cuerpo masculino; o un alma viril, atraída irresistiblemente por la mujer, desterrada para su desgracia a un **cuerpo femenino**. Más bien se trata de tres series de caracteres:

Caracteres sexuales somáticos
(Hermafroditismo físico)

Carácter sexual psíquico
(**Actitud** masculina o **femenina**)

Tipo de elección de objeto

que hasta cierto grado varían con independencia unos de otros y se presentan en cada individuo dentro de múltiples permutaciones" (Freud, 1920, pags. 162-63).

18.3.9. "No es misión del psicoanálisis solucionar el problema de la homosexualidad. Tiene que conformarse con revelar los mecanismos psíquicos que han llevado a decidir la elección de objeto, y rastrear desde ahí los caminos que llevan hasta las disposiciones pulsionales. En ese punto cesa su tarea y abandona el resto a la investigación biológica, que precisamente hoy, en los experimentos de Steinach, ha producido esclarecimientos tan importantes sobre la influencia de la primera de las series mencionadas sobre la segunda y la tercera. El psicoanálisis se sitúa en un terreno común con la biología en la medida en que adopta como premisa una originaria bisexualidad del individuo humano (así como del animal). Pero no puede esclarecer la esencia de aquello que en sentido convencional o biológico se llama «masculino» y «**femenino**»; adopta ambos conceptos y basa en ellos sus trabajos. En el intento de una reconducción más avanzada, lo masculino se le volatiliza en actividad y lo **femenino** en pasividad, y eso es harto poco. Ya antes [pág. 144] ensayé puntualizar la medida en que es admisible o está corroborada la expectativa de obtener un punto de apoyo para modificar la inversión mediante el trabajo de esclarecimiento que cae dentro del ámbito del análisis. Si se compara esa cuota de influencia con los grandes vuelcos que ha conseguido Steinach en casos singulares mediante intervenciones quirúrgicas, no produce aquella una impresión imponente. No obstante, sería

apresuramiento o exageración perjudicial abrigar desde ahora la esperanza de una «terapia» de la inversión que fuera de aplicación universal. Los casos de homosexualidad masculina en que Steinach obtuvo éxito satisfacían la condición, no siempre presente, de un «hermafroditismo» somático en extremo marcado. La terapia de una **homosexualidad femenina** por caminos análogos es, a primera vista, del todo oscura. Si hubiera de consistir en la extirpación de los ovarios probablemente hermafroditas y en la implantación de otros que, según se confía, son de un solo sexo, tendría pocas perspectivas de aplicación práctica. Un **individuo femenino** que se siente viril y ha amado de la manera masculina harto difícilmente se dejará empujar al **papel femenino** si tiene que pagar esta trasmudación, no en todo ventajosa, con la renuncia a la maternidad" (Freud, 1920, pags. 163-64).

18.3.10. "Con estas alusiones a la ternura por el padre, a los contactos genitales con él y a los deseos de muerte hacia la madre, queda trazado el esbozo del **complejo de Edipo femenino**. La ignorancia sexual por mucho tiempo conservada y la posterior frigidez corresponden a estas premisas. Nuestra corresponsal se convirtió virtualmente —y por un tiempo, sin duda, también de hecho— en una neurótica histérica. Para su ventura, los poderes de la vida la han arrastrado consigo, le han posibilitado su **sensibilidad sexual femenina**, la dicha de ser madre y múltiples aptitudes para el trabajo; pero una parte de su libido sigue adherida a los puntos de fijación de su infancia, le sobreviene todavía aquel sueño que la arroja de la cama y la castiga con «heridas nada leves» a causa de aquella incestuosa elección de objeto" (Freud, 1922, pag. 206).

18.3.11. "(…) Como marca de este proceso se establece por muchos años esta condición de amor: los objetos masculinos deben tener la edad en que se produjo en él esa trasmudación. Hemos tomado conocimiento de diversos factores que contribuyen a este resultado, probablemente en grados variables. En primer lugar, la fijación a la madre, que dificulta el pasaje a otro **objeto femenino**. La identificación con la madre es un desenlace de este vínculo de objeto y al mismo tiempo permite permanecer fiel, en cierto sentido, a ese primer objeto" (Freud, 1922 [1921], pag. 224).

18.3.12. "Decapitar = castrar. El terror a la Medusa es entonces un terror a la castración, terror asociado a una visión. Por innumerables análisis conocemos su ocasión: se presenta cuando el muchacho que hasta entonces no había creído en la amenaza ve un **genital femenino**. Probablemente el de una mujer adulta, rodeado por vello; en el fondo, el de la madre" […] "Si la cabeza de Medusa sustituye la figuración del **genital femenino**, y más bien aísla su efecto excitador de horror de su efecto excitador de lubricidad, puede recordarse que enseñar los genitales es conocido como acción apotropaica. Lo que excita horror en uno mismo provocará igual efecto en el enemigo con quien se lucha. Todavía en

Rabelais el diablo emprende la huida después que la mujer le enseñó su vulva" (Freud, 1920-22, pags. 270-71).

Mujer (86):

18.4.1. "(…) Se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos (por disímiles que sean en lo demás) se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar entera la amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; otros que en su vida repiten incontables veces el acto de elevar a una persona a la condición de eminente autoridad para sí mismos o aun para el público, y tras el lapso señalado la destronan para sustituirla por una nueva; amantes cuya relación tierna con la **mujer** recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final, etc. Este «eterno retorno de lo igual» nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias. Nos sorprenden mucho más los casos en que la persona parece vivenciar pasivamente algo sustraído a su poder, a despecho de lo cual vivencia una y otra vez la repetición del mismo destino. Piénsese, por ejemplo, en la historia de aquella **mujer** que se casó tres veces sucesivas, y las tres el marido enfermó y ella debió cuidarlo en su lecho de muerte. La figuración poética más tocante de un destino fatal como este la ofreció Tasso en su epopeya romántica, la *Jerusalén liberada*. El héroe, Tancredo, dio muerte sin saberlo a su amada Clorinda cuando ella lo desafió revestida con la armadura de un caballero enemigo. Ya sepultada, Tancredo se interna en un ominoso bosque encantado, que aterroriza al ejército de los cruzados. Ahí hiende un alto árbol con su espada, pero de la herida del árbol mana sangre, y la voz de Clorinda, cuya alma estaba aprisionada en él, le reprocha que haya vuelto a herir a la amada" (Freud, 1920, pags. 21-22).

18.4.2. "(…) Y en el de la humanidad toda, al igual que en el del individuo, solamente el amor ha actuado como factor de cultura en el sentido de una vuelta del egoísmo en altruismo. Sin duda, ello es válido tanto para el amor sexual por la **mujer**, con todas las obligaciones que impone respetar lo que es caro a ella, cuanto para el amor desexualizado hacia el prójimo varón, amor homosexual sublimado que tiene su punto de arranque en el trabajo común" (Freud, 1921, pag. 98).

18.4.3. "Es notorio que con la pubertad se inician nuevas aspiraciones, muy intensas, dirigidas a metas directamente sexuales. En casos desfavorables permanecen divorciadas, en calidad de corriente sensual, de las orientaciones «tiernas» del sentimiento, que

persisten. Entonces se está frente a un cuadro cuyas dos variantes ciertas corrientes literarias son tan proclives a idealizar. El hombre se inclina a embelesarse por **mujeres** a quienes venera, que empero no le estimulan al intercambio amoroso; y sólo es potente con otras **mujeres**, a quienes no «ama», a quienes menosprecia o aun desprecia. Pero es más común que el adolescente logre cierto grado de síntesis entre el amor no sensual, celestial, y el sensual, terreno; en tal caso, su relación con el objeto sexual se caracteriza por la cooperación entre pulsiones no inhibidas y pulsiones de meta inhibida. Y gracias a la contribución de las pulsiones tiernas, de meta inhibida, puede medirse el grado del enamoramiento por oposición al anhelo simplemente sensual" (Freud, 1921, pag. 106).

18.4.4. "(…) Igual núcleo tiene la bella anécdota del fallo de Salomón. Si el hijo de una de las **mujeres** ha muerto, tampoco la otra ha de tenerlo vivo. Por este deseo se reconoce a la perdidosa" (Freud, 1921, pag. 115).

18.4.5. "(…) En la falaz trasfiguración poética de la horda primordial, la **mujer**, que había sido el botín de la lucha y el señuelo del asesinato, pasó a ser probablemente la seductora e instigadora del crimen" (Freud, 1921, pag. 123).

18.4.6. "(…) Es conocida la facilidad con que pueden desarrollarse deseos eróticos a partir de vínculos afectivos de índole amistosa, fundados en el reconocimiento y la admiración (el «*Embrassez-moi pour I'amour du Grec*» de Molière), entre maestro y alumna, entre un artista y su arrobada oyente, sobre todo en el caso de **mujeres**" (Freud, 1921, pag. 132).

18.4.7. "(…) Pero así se da una regresión a un estado anterior de las relaciones entre los sexos, en que el enamoramiento no desempeñaba todavía papel alguno y los objetos sexuales eran juzgados de igual valor {*gleichwertig*}, acaso en el sentido del maligno apotegma de Bernard Shaw, según el cual estar enamorado significa sobrestimar indebidamente la diferencia entre una **mujer** y otra.

Hay abundantes indicios de que el enamoramiento se introdujo sólo más tarde en las relaciones sexuales entre hombre y **mujer**, de modo que también el antagonismo entre amor sexual y formación de masa se desarrolló tardíamente. Ahora bien, podría parecer que esta hipótesis es incompatible con nuestro mito de la familia primordial. La cuadrilla de hermanos debe de haber sido empujada al asesinato del padre por el amor hacia las madres y hermanas, y es difícil imaginarse este amor si no es como un amor primitivo, íntegro, esto es, como íntima unión de ternura y sensualidad. Pero pensándolo mejor, esta objeción se resuelve en una corroboración. Una de las reacciones al asesinato del padre fue, en efecto, la institución de la exogamia totémica, la prohibición de toda relación sexual con las **mujeres** de la familia, amadas con ternura desde la infancia. Así se introdujo la cuña entre las mociones tiernas y las sensuales del varón, cuña enclavada todavía hoy en

su vida amorosa. A consecuencia de esta exogamia, las necesidades sensuales de los varones tuvieron que contentarse con **mujeres** extrañas y no amadas.

En las grandes masas artificiales, Iglesia y ejército, no hay lugar para la **mujer** como objeto sexual. La relación amorosa entre hombre y **mujer** queda excluida de estas organizaciones. Aun donde se forman masas mixtas de hombres y **mujeres**, la diferencia entre los sexos no desempeña papel alguno. Apenas tiene sentido preguntar si la libido que cohesiona a las masas es de naturaleza homosexual o heterosexual, pues no se encuentra diferenciada según los sexos y prescinde, en particular, de las metas de la organización genital de la libido.

Aun para el individuo que en todos los otros aspectos está sumergido en la masa, las aspiraciones sexuales directas conservan una parte de quehacer individual. Donde se vuelven hiperintensas, descomponen toda formación de masa. La Iglesia católica tenía los mejores motivos para recomendar a sus fieles la soltería e imponer a sus sacerdotes el celibato, pero es frecuente que aun estos últimos abandonen la Iglesia por haberse enamorado. De igual manera, el amor por la **mujer** irrumpe a través de las formaciones de masa de la raza, de la segregación nacional y del régimen de las clases sociales, consumando así logros importantes desde el punto de vista cultural. Parece cierto que el amor homosexual es mucho más compatible con las formaciones de masa, aun donde se presenta como aspiración sexual no inhibida; hecho asombroso, cuyo esclarecimiento nos llevaría lejos" (Freud, 1921, pags. 133-34).

18.4.8. "(…) No han notado nunca que la muchacha se interesara por hombres jóvenes y se complaciera ante sus homenajes; en cambio, tienen bien en claro que esta inclinación presente hacia una **mujer** no hace sino proseguir en medida extremada lo que en los últimos años se insinuó hacia personas del sexo femenino y había despertado el enojo y el rigor del padre" […] "El primero era un hombre serio, respetable, en el fondo muy tierno, algo distanciado de sus hijos por su impostado rigor. Su comportamiento hacia la única hija estuvo movido en demasía por miramientos hacia su **mujer**, la madre de ella" (Freud, 1920, pag. 142).

18.4.9. "La actitud de la madre no era tan fácil de penetrar. Era una **mujer** todavía juvenil que manifiestamente no quería renunciar a la pretensión de agradar ella misma por sus encantos" (Freud, 1920, pag. 143).

18.4.10. "(…) Pero con harta frecuencia resulta que un encargo así es incumplible, vale decir, que el médico no puede producir el resultado en vista del cual el marido deseaba el tratamiento. Tan pronto la **mujer** queda liberada de sus inhibiciones neuróticas, se impone

la disolución del matrimonio, cuyo mantenimiento sólo era posible bajo la premisa de la neurosis de ella" (Freud, 1920, pag. 144).

18.4.11. "(…) Pues esa dama solía aconsejarle, en cada cita, que desviara enteramente su inclinación por ella y por las **mujeres** en general, y hasta que ella intentó suicidarse no le había mostrado sino un adusto rechazo" […] "Dicho de otra manera: en los dos sexos *la medida del hermafroditismo físico es en alto grado independiente de la del psíquico*. Como restricción de ambos enunciados debe agregarse que esa independencia es más nítida en el hombre que en la **mujer**, en quien la impronta corporal y la anímica del carácter sexual opuesto coinciden más regularmente. Pero, con relación a este caso, no estoy en condiciones de responder de manera satisfactoria la primera de las preguntas planteadas. El psicoanalista suele, en determinados casos, denegarse un examen corporal detallado de sus pacientes. De todos modos, no se presentaba una desviación llamativa del tipo corporal de la **mujer**; tampoco un trastorno menstrual. Si esta muchacha bella y bien formada exhibía la alta talla del padre y, en su rostro, rasgos más marcados que los suaves de las niñas, quizás en eso puedan discernirse indicios de una virilidad somática. A un ser viril podían atribuirse también algunas de sus cualidades intelectuales, como su tajante inteligencia y la fría claridad de su pensamiento cuando no la dominaba su pasión. No obstante, estos distingos responden más a la convención que a la ciencia. Más importante, sin duda, es que en su conducta hacia su objeto de amor había adoptado en todo el tipo masculino, vale decir, la humildad y la enorme sobrestimación sexual que es propia del varón amante, la renuncia a toda satisfacción narcisista, la preferencia por amar antes que ser amado. Por tanto, no sólo había elegido un objeto femenino; también había adoptado hacia él una actitud masculina" (Freud, 1920, pags. 147-48).

18.4.12. "Entre los trece y catorce años manifestó una predilección tierna y, a juicio de todos, exagerada por un niñito que aún no había cumplido los tres años y a quien podía ver de manera regular en un parque infantil. Tan a pecho se tomó a ese niño que de ahí nació una larga relación amistosa con los padres del pequeño. De ese hecho puede inferirse que en esa época estaba dominada por un fuerte deseo de ser madre ella misma y tener un hijo. Pero poco después el niño comenzó a serle indiferente, y ella empezó a mostrar interés por **mujeres** maduras, aunque todavía jóvenes, interés cuyas exteriorizaciones le atrajeron pronto una sentida reprimenda de parte del padre.

Quedó certificado más allá de toda duda que esta mudanza coincidió en el tiempo con un acontecimiento ocurrido en la familia, del cual, entonces, nos es lícito esperar el esclarecimiento de la mudanza. Antes, su libido estuvo depositada en la maternidad; después fue una homosexual enamorada de **mujeres** más maduras, tal como siguió

siéndolo en lo sucesivo. Este acontecimiento tan importante para nuestra comprensión fue un nuevo embarazo de la madre y el nacimiento de un tercer hermano cuando ella tenía dieciséis años" (Freud, 1920, pag. 149).

18.4.13. "El análisis permitió reconocer indubitablemente que la dama amada era un sustituto de. . . la madre. Ahora bien, la dama misma no era por cierto madre, pero tampoco había sido el primer amor de la muchacha. Los primeros objetos de su inclinación desde el nacimiento de su último hermano fueron madres reales, **mujeres** que frisaban entre los treinta y los treinta y cinco años, a quienes había conocido, con los hijos de ellas, en los veraneos o en el trato de familias en la gran ciudad. La condición de la maternidad quedó en suspenso más tarde porque no se compadecía bien en la realidad con otra, que devino cada vez más importante. El vínculo particularmente intenso con la última amada, la «dama», tenía aún otro fundamento que la muchacha descubrió, sin trabajo, cierto día. La silueta delgada, la belleza adusta y el carácter áspero de la dama le recordaron a su propio hermano algo mayor que ella. Por consiguiente, el objeto en definitiva elegido no correspondía sólo a su ideal de **mujer**, sino también a su ideal de hombre; reunía la satisfacción de las dos orientaciones del deseo, la homosexual y la heterosexual. Como es sabido, el análisis de homosexuales masculinos ha mostrado en numerosos casos la misma coincidencia, un aviso para que no nos representemos con simplicidad excesiva la naturaleza y la génesis de la inversión ni perdamos de vista la universal bisexualidad del ser humano.

No obstante, ¿cómo se entiende que la muchacha, justamente por el nacimiento de un hijo tardío, cuando ella misma ya era madura y tenía fuertes deseos propios, se viera movida a volcar su ternura apasionada sobre la que alumbró a ese niño, su misma madre, y a darle expresión en una subrogada de esta? Según todo lo que se sabe de otros lados, se habría debido esperar lo contrario. Las madres suelen sentirse incómodas en esas circunstancias frente a sus hijas casi núbiles, y las hijas son propensas a tener hacia ellas un sentimiento mezcla de compasión, menosprecio y envidia, que en nada contribuye a aumentar la ternura hacia la madre. La muchacha de nuestra observación tenía poquísimas razones para sentir ternura por su madre. Para esta **mujer**, ella misma todavía juvenil, esa hija que había florecido de súbito era una incómoda competidora; la relegó tras los hermanos, restringió su autonomía en todo lo posible y vigiló con especial celo para que permaneciera alejada del padre. Por eso la necesidad de una madre más amorosa pudo estar justificada desde siempre en la muchacha; ahora bien, no se advierte por qué estalló en ese momento, ni por qué adoptó la figura de una pasión ardiente" (Freud, 1920, pags. 149-50).

18.4.14. “Así se comportó en todo como muchos hombres, que, tras una primera experiencia penosa, rompen duraderamente con el fementido sexo de las **mujeres** y se hacen misóginos” (Freud, 1920, pag. 151).

18.4.15. “La postura libidinal ganada así no hizo sino consolidarse cuando la muchacha notó cuan desagradable le resultaba al padre. Desde aquella primera reprimenda causada por una aproximación demasiado tierna a una mujer, ella sabía con qué podía ofender al padre y vengarse de él. Ahora seguía siendo homosexual por un desafío contra el padre”.

NOTA AL PIE: “Como hasta ahora ese «hacerse a un lado» no se había señalado entre las causas de la homosexualidad, ni tampoco con relación al mecanismo de la fijación libidinal, quiero traer a colación aquí una observación analítica similar, interesante por una particular circunstancia. Conocí cierta vez a dos hermanos mellizos, dotados ambos de fuertes impulsos libidinosos. Uno de ellos tenía mucha suerte con las **mujeres**, y mantenía innumerables relaciones con señoras y señoritas. El otro siguió al comienzo el mismo camino, pero después se le hizo desagradable cazar en coto ajeno, ser confundido con aquel en ocasiones íntimas en razón de su parecido, y resolvió la dificultad convirtiéndose en homosexual. Abandonó las **mujeres** a su hermano, y así «se hizo a un lado» con respecto a él. Otra vez traté a un hombre joven, artista y de disposición inequívocamente bisexual, en quien la homosexualidad se presentó contemporánea a una perturbación en su trabajo. Huyó al mismo tiempo de las **mujeres** y de su obra. El análisis, que pudo devolverle ambas, reveló que el motivo más poderoso de las dos perturbaciones —renuncias, en verdad— era el horror al padre. En su representación, todas las **mujeres** pertenecían al padre, y se refugió en los hombres por resignación, para «hacerse a un lado» del conflicto con el padre. Esta clase de motivación de la elección homosexual de objeto tiene que ser frecuente; en las épocas primordiales del género humano fue realmente así: todas las **mujeres** pertenecían al padre y jefe de la horda primordial” (Freud, 1920, pag. 152).

18.4.16. “(…) Pero ya sus primeras exaltaciones estuvieron dirigidas a **mujeres** que no tenían fama de una moralidad particularmente acendrada. La primera protesta del padre contra su elección de amor había sido provocada por la obstinación que puso, en aquel lugar de veraneo, en tener trato con una actriz de cine. Pero nunca eran **mujeres** a las que se reputase de homosexuales y que así le habrían ofrecido la perspectiva de una satisfacción de esa índole; más bien requería, cosa ilógica, a **mujeres** coquetas en el sentido habitual de la palabra; a una homosexual, amiga suya de su misma edad, que se puso lo más gustosamente a su disposición, la rechazó sin vacilar” (Freud, 1920, pag. 154).

18.4.17. “(…) Con el marido, decía con un dejo de desprecio, despacharía lo que era debido; y en definitiva era bien posible, como lo mostraba el ejemplo de la dama venerada,

mantener relaciones sexuales simultáneas con un hombre y una **mujer**" (Freud, 1920, pag. 157).

18.4.18. "No quiero dejar pasar esta oportunidad sin expresar, otra vez, mi estupefacción por el hecho de que los seres humanos puedan recorrer tramos tan grandes y tan importantes de su vida amorosa sin notar mucho de ella y aun, a veces, sin tener de ella la mínima vislumbre; o que, cuando eso les llega a la conciencia, equivoquen tan radicalmente su juicio. Y esto no acontece sólo bajo las condiciones de la neurosis, donde estamos familiarizados con el fenómeno; parece ser lo corriente. En nuestro caso, una muchacha desarrolla una idolatría por **mujeres**; los padres, primero, se resienten con enojo por ello, pero apenas si la toman en serio; ella misma sabe bien la fuerza con que eso la reclama, pero experimenta muy poco de las sensaciones de un enamoramiento intenso hasta que, a raíz de una determinada frustración, se produce una reacción por completo excesiva, que muestra a todos los interesados que se está frente a una pasión devoradora, de fuerza elemental. De las premisas requeridas para la irrupción de semejante tormenta anímica, tampoco la muchacha notó nunca nada. En otros casos encontramos muchachas o señoras en graves depresiones, que, preguntadas por la causación posible de su estado, dan por referencia que han sentido, sí, un cierto interés por determinada persona, pero no lo tomaron muy a pecho y muy pronto despacharon ese asunto después que fue forzoso abandonarlo. Y no obstante, esta renuncia, al parecer sobrellevada tan fácilmente, se ha convertido en la causa del grave trastorno. O bien encontramos hombres que han puesto fin a superficiales relaciones con **mujeres**, y sólo por los fenómenos subsiguientes no pueden menos que enterarse de que estaban enamorados con pasión de ese objeto presuntamente menospreciado. También cabe el asombro por los insospechados efectos que pueden derivar de un aborto artificial, el acto de matar el fruto del vientre, decisión que se había tomado sin remordimiento ni vacilación. Así, nos vemos precisados a dar la razón a los creadores literarios que nos describen de preferencia personas que aman sin saberlo, o que no saben si aman, o creen odiar cuando en verdad aman. Parece que justamente el saber que nuestra conciencia recibe de nuestra vida amorosa puede ser incompleto, lagunoso o falseado con particular facilidad. En estas elucidaciones, desde luego, no he dejado de descontar la parte de un olvido en que pudo incurrirse con posterioridad" (Freud, 1920, pag. 159).

18.4.19. "(…) Era en verdad una feminista, hallaba injusto que las niñas no gozaran de las mismas libertades que los varones, y se rebelaba absolutamente contra la suerte de la **mujer"** (Freud, 1920, pag. 161).

18.4.20. "(…) Pero la experiencia muestra lo contrario: Un hombre con cualidades predominantemente viriles, y que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres, no a **mujeres**. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de manera llamativa las cualidades femeninas, y aun que se porte en el amor como una **mujer**, en virtud de esa actitud femenina debería estar destinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una persona normal media. Lo mismo vale para las **mujeres**; tampoco en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija. Por tanto, el misterio de la homosexualidad en modo alguno es tan simple como se propende a imaginarlo en el uso popular: Un alma femenina, forzada por eso a amar al varón, instalada para desdicha en un cuerpo masculino; o un alma viril, atraída irresistiblemente por la **mujer**, desterrada para su desgracia a un cuerpo femenino" (Freud, 1920, pags. 162-63).

18.4.21. "En la ciudad de F. se criaba una niña, la mayor de cinco hermanas, todas **mujeres**. La más joven es diez años menor que ella; cierta vez, siendo esta un bebé, la dejó caer de los brazos; luego la llamará «su hija». La hermanita que le sigue en edad tiene con ella la diferencia mínima, han nacido el mismo año. La madre es mayor que el padre, no es una **mujer** afable; el padre, más joven no sólo en años, se consagra mucho a sus hijitas, las deslumbra con sus habilidades. En otros campos, por desdicha, no es nada deslumbrante; deficiente cono hombre de negocios, no puede mantener a su familia sin el auxilio de unos parientes. La hija mayor, desde edad muy temprana, deviene la confidente de todos los aprietos que le causa su deficiencia para ganarse el sustento" […] "Cierto día aparece un pariente de la madre, bastante mayor que la muchacha, pero aún joven, puesto que ella tiene sólo diecinueve años. Es extranjero, vive en Rusia, donde dirige una gran empresa comercial, se ha hecho muy rico. Nada menos que una guerra mundial y la caída del máximo despotismo harían falta {luego} para empobrecerlo a él también. Se enamora de su joven y rigurosa prima, y quiere tenerla por **mujer**. Los padres no le dicen palabra, pero ella comprende lo que desean. Por detrás de todos los ideales éticos se le asoma el cumplimiento del deseo de su fantasía: auxiliar a su padre, salvarlo de sus penurias. Cuenta con poder apoyar al padre con dinero mientras conduzca su negocio, y procurarle una pensión cuando por fin se retire; dará a sus hermanas dote y ajuar para que puedan casarse. Y se enamora de él, poco después se casa y lo sigue a Rusia.

En ese matrimonio todo marcha a pedir de boca hasta un pequeño suceso, no bien comprendido, que sólo cobra significación en una ojeada retrospectiva. **Mujer**, se convierte en una tierna amante, sensualmente satisfecha, la bienhechora de su familia. Sólo

una cosa faltaba: no tenía hijos. Ahora tiene 27 años, casada hace 8, vive en Alemania y tras vencer todos los reparos acudió a un ginecólogo de allí. Pero este, con la desaprensión habitual en los especialistas, le prometió éxito si se sometía a una pequeña operación. Ella está dispuesta, al atardecer del día anterior habla con su marido. Van cayendo las sombras, ella quiere encender la luz. El marido le pide que no lo haga, tiene algo que decirle para lo cual prefiere la oscuridad. Que desista de la operación, la culpa de la falta de hijos está en él. Durante un congreso médico, hace dos años, se enteró de que ciertas enfermedades pueden quitar al hombre la capacidad para engendrar hijos, y un examen le mostró después que también él caía dentro de este caso. Tras esta franqueza, se suspende la operación. En ella se consuma instantáneamente un quebrantamiento, que en vano procura guardar en secreto. Sólo lo había podido amar como sustituto del padre, y ahora se entera de que nunca podrá serlo. Tres caminos se abren frente a ella, todos intransitables: la infidelidad, renunciar a tener hijos, divorciarse de su marido. A este último no podía seguirlo por los mejores motivos prácticos, y al segundo, por los más poderosos motivos inconcientes, que ustedes coligen con facilidad. Toda su infancia había estado dominada por el deseo, tres veces defraudado, de tener un hijo del padre. Entonces le resta aquella salida que para nosotros la volverá tan interesante. Cae presa de grave neurosis. Durante largo tiempo se defiende de diversas tentaciones con el auxilio de una histeria de angustia, pero luego se produce un vuelco a graves acciones compulsivas. Ingresa en sanatorios y por fin, tras diez años de arrastrar la enfermedad, acude a mí. Su síntoma más llamativo era que, puesta en el lecho, prendía [*anstecken*] su ropa de cama a las sábanas con unos imperdibles. Así dejaba traslucir el secreto de la infección [*Ansteckung*] de su marido, que la había dejado sin hijos" (Freud, 1941 [1921], pags. 177-78).

18.4.22. "(…) Casada después de los 30 años, su año 32 había sido justamente aquel en que, apartándose del usual destino de la **mujer** y como para recuperar ese retraso, pudo dar a luz dos hijos" (Freud, 1941 [1921], pag. 180).

18.4.23. "(…) Resultó que se había enredado con una de las más notorias **mujeres** de vida galante, de la cual quería desembarazarse a fin de recuperar su pleno albedrío, pero no podía" (Freud, 1941 [1921], pag. 181).

18.4.24. "Hace poco he tenido otro sueño anunciador de desgracia; fue, creo, inmediatamente antes de que me decidiera a redactar esta pequeña comunicación; esta vez no se gastó mucho en disfraces; vi a mis dos sobrinas, las que viven en Inglaterra; llevaban luto, y me dijeron: «El jueves la enterramos». Yo sabía que se referían a la muerte de su madre, ahora de ochenta y siete años, la **mujer** de mi hermano mayor, ya fallecido.

Hubo en mí, desde luego, un período de penosa expectativa; el deceso repentino de una **mujer** tan anciana nada tendría de sorprendente, y, sin embargo, sería tan indeseable que mi sueño coincidiera justamente con ese suceso. . . Pero la siguiente carta venida de Inglaterra aventó esos temores. Para todos aquellos que estén preocupados por la teoría del deseo del sueño, quiero intercalar el aseguramiento tranquilizador de que al análisis no le fue difícil descubrir también para estos sueños de muerte los motivos inconcientes presumibles" (Freud, 1922, pag. 190).

18.4.25. "(…) En el sueño, la ***mujer*** del soñante ha tenido mellizos. Pero lo que resulta es que su *hija*, que vive lejos, los ha dado a luz" (Freud, 1922, pag. 197).

18.4.26. "(…) Con ocasión del parto de ella (esperado, o captado telepáticamente), se agita en lo reprimido este deseo inconciente: Preferiría que ella fuera mi (segunda) **mujer**, y es este deseo el que desfigura los pensamientos oníricos y el responsable de la diferencia entre el contenido manifiesto del sueño y el suceso. Tenemos el derecho de cambiar en el sueño la segunda **mujer** por la hija. Si poseyésemos más material sobre el sueño, sin duda podríamos certificar esta interpretación y profundizarla.

Y ya estoy en lo que quería mostrarles. Nos hemos empeñado en la neutralidad más estricta y en admitir como igualmente posibles e igualmente probadas dos concepciones del sueño. Según la primera, el sueño es la reacción frente a un mensaje telepático: «Tu hija acaba de dar a luz mellizos». De acuerdo con la segunda, hay en la base de él un trabajo inconciente de pensamiento que, tal vez, se dejaría traducir así: «Hoy es el día en que tendría que producirse el parto si los jóvenes de Berlín han equivocado realmente la cuenta en un mes, como yo en verdad creo. ¡Y si mi (primera) **mujer** viviera todavía, no se conformaría con un solo nieto! Para ella tendrían que ser por lo menos mellizos». Si esta segunda concepción es la justa, no surgen para nosotros problemas nuevos. Es un sueño como cualquier otro. A estos pensamientos oníricos (preconcientes) mencionados se sumó el deseo (inconciente) de que no otra que la hija habría debido ser la segunda **mujer** del soñante, y así nació el sueño manifiesto que se nos ha comunicado" (Freud, 1922, pag. 198).

18.4.27. "(…) Cuando en el sueño una **mujer** rescata del agua a un hombre (o quiere hacerlo), esto puede significar que ella quiere ser su madre (lo reconoce como hijo, según hizo la hija del faraón con Moisés), o también que por obra de él quiere ser madre, quiere tener un hijo de él, que se le parezca como su retrato. El tronco de árbol del que la **mujer** se tiene es fácilmente reconocible como símbolo del falo, aunque no esté derecho, sino inclinado —en el sueño se dice encorvado— hacia la superficie del agua" (Freud, 1922, pag. 204).

18.4.28. "(…) Pero el tomar-en-la-mano el pajarito avisa al analista, que tiene sus prevenciones, acerca de un rasgo del sueño que pone la mano de la **mujer** en relación con otro símbolo del falo" (Freud, 1922, pag. 205).

18.4.29. "Quizá, por medio de una intelección analítica, se hará más fácil comprender otra «visión» de nuestra soñante. Es evidente que las amigas poseen una gran importancia para su vida afectiva. La muerte de una de ellas se le anunció hace poco por un golpeteo nocturno en la cama de una compañera de pieza en el sanatorio. Otra amiga, muchos años atrás, se había casado con un viudo con muchos (cinco) hijos. En casa de ellos vio regularmente, en sus visitas, la aparición de una dama que, debió conjeturarlo, era la primera **mujer** difunta, lo que al principio no pudo corroborar y sólo trascurridos siete años se le hizo certeza por el descubrimiento de una nueva fotografía de la extinta. Esta operación visionaria se sitúa, respecto de los complejos familiares de la corresponsal, que ya conocemos, en la misma estrecha dependencia que su presagio de la muerte del hermano. Si ella se identificó con su amiga, pudo hallar en su persona el cumplimiento de su deseo, pues todas las hijas mayores de familias con muchos hijos engendran en el inconciente la fantasía de convertirse en la segunda **mujer** del padre por la muerte de la madre. Cuando la madre está enferma o muere, la hija mayor, como es lógico, se desplaza hasta el lugar de aquella en la relación con los hermanos y entonces puede adoptar también frente al padre una parte de las funciones de la **mujer**. El deseo inconciente completa la otra parte" (Freud, 1922, pags. 209-10).

18.4.30. "(…) Comoquiera que fuese, es digno de notarse que en muchas personas son vivenciados bisexualmente, esto es: en el hombre, además del dolor por la **mujer** amada y el odio hacia los rivales masculinos, adquiere eficacia de refuerzo también un duelo por el hombre al que se ama inconcientemente y un odio hacia la **mujer** como rival frente a aquel. Y aun sé de un hombre que padecía cruelmente con sus ataques de celos y que, según él sostenía, era traspasado por las torturas más terribles al trasladarse inconcientemente a la posición de la **mujer** infiel. La sensación de encontrarse inerme, las imágenes que hallaba para su estado —como si él, cual Prometeo, hubiera sido expuesto para pasto de los buitres o, encadenado, lo hubiesen arrojado a un nido de serpientes—, las refería a la impresión de varios ataques homosexuales que había vivenciado de muchacho.

Los celos del segundo estrato, o proyectados, provienen, así en el hombre como en la **mujer**, de la propia infidelidad, practicada de hecho, o de impulsiones a la infidelidad que han caído bajo la represión. Es una experiencia cotidiana que la fidelidad, sobre todo la exigida en el matrimonio, sólo puede mantenerse luchando contra permanentes tentaciones. Quien las desmiente dentro de sí mismo, siente empero sus embates con tanta

fuerza que es proclive a echar mano de un mecanismo inconciente para hallar alivio. Se procura tal alivio, y hasta una absolución de su conciencia moral, proyectando a la otra parte, hacia quien es deudor de fidelidad, sus propias impulsiones a la infidelidad. Este poderoso motivo puede servirse después del material de percepciones que delata mociones inconcientes del mismo género en la otra parte, y acaso se justifique con la reflexión de que el compañero o la compañera probablemente no son mucho mejores que uno mismo.

Las costumbres sociales han saldado cuentas sabiamente con este universal estado de cosas permitiendo cierto juego a la coquetería de la **mujer** casada y al donjuanismo del marido, con la esperanza de purgar y neutralizar así la innegable inclinación a la infidelidad. La convención establece que las dos partes no han de echarse en cara estos pasitos en dirección a la infidelidad, y las más de las veces consigue que el encendido apetito por el objeto ajeno se satisfaga, mediante un cierto retroceso a la fidelidad, en el objeto propio. Pero el celoso no quiere admitir esta tolerancia convencional; no cree posibles la detención o la vuelta en ese camino que una vez se emprendió, ni que el «flirt» social pueda ser, incluso, una garantía contra la infidelidad efectiva. En el tratamiento de uno de estos celosos es preciso evitar ponerle en entredicho el material en que él se apoya; sólo puede procurarse moverlo a que lo aprecie de otro modo" (Freud, 1922 [1921], pags. 217-18).

18.4.31. "El primer caso fue el de un hombre joven con una paranoia de celos bien marcada, cuyo objeto era su **mujer**, de una intachable fidelidad. Un período tormentoso en que el delirio lo dominó sin interrupción ya era asunto del pasado para él. Cuando lo vi, sólo seguía produciendo ataques aislados; duraban varios días y, cosa interesante, por lo general sobrevenían al día siguiente de un acto sexual, por lo demás satisfactorio para ambas partes. Es lícito inferir que en cada caso, después de saciada la libido heterosexual, el componente homosexual coexcitado se conquistaba su expresión en el ataque de celos.

El ataque extraía su material de la observación de mínimos indicios, por los cuales se le había traslucido la coquetería de la **mujer**, por completo inconciente e imperceptible para otro. Ora había rozado inadvertidamente con su mano al señor que se sentaba junto a ella, ora había inclinado demasiado su rostro hacia él o le había exhibido una sonrisa más amistosa, que no usaba a solas con su marido. El ponía un grado extraordinario de atención en todas las exteriorizaciones del inconciente de ella, y siempre sabía interpretarlas rectamente, de suerte que en verdad siempre tenía razón y aun podía acudir al análisis para justificar sus celos. Ciertamente, su anormalidad se reducía a que él observaba lo inconciente de su **mujer** con mayor agudeza, y lucido lo tasaba en más de lo que a otro se le ocurriría hacerlo" […] "Ahora sospechamos que describimos de modo harto insatisfactorio la conducta del paranoico, tanto del celoso como del perseguido, cuando

decimos que proyectan hacia afuera, sobre otros, lo que no quieren percibir en su propia interioridad. Sin duda que lo hacen, pero no proyectan en el aire, por así decir, ni allí donde no hay nada semejante, sino que se dejan guiar por su conocimiento de lo inconciente y desplazan sobre lo inconciente del otro la atención que sustraen de su inconciente propio. Nuestro celoso discierne la infidelidad de su **mujer** en lugar de la suya propia; y en la medida en que se hace conciente de la de su **mujer** aumentada a escala gigantesca, logra mantener inconciente la propia. Si juzgamos que su ejemplo sirve como patrón, nos es lícito inferir que también la hostilidad que el perseguido encuentra en otros es el reflejo especular de sus propios sentimientos hostiles hacia esos otros. Y como sabemos que en el paranoico precisamente la persona más amada del mismo sexo deviene el perseguidor, damos en preguntarnos de dónde proviene esta inversión del afecto, y la respuesta más inmediata sería que el sentimiento de ambivalencia, presente de continuo, proporciona la base para el odio, y lo refuerza el incumplimiento de los requerimientos de amor. Así, para defenderse de la homosexualidad, la ambivalencia de sentimientos presta al perseguido el mismo servicio que los celos prestaban a nuestro paciente" (Freud, 1922 [1921], pags. 219-20).

18.4.32. "(…) Los primeros años de su matrimonio trascurrieron sin celos. Después fue infiel a su **mujer** y entabló una prolongada relación con otra" […] "Por una parte, él era el rebelde más declarado, que en todos los aspectos se había desarrollado en manifiesta divergencia con los deseos e ideales de su padre; por la otra, empero, y en un estrato más profundo, era el hijo más sumiso, que tras la muerte del padre se denegó el goce de la **mujer**, presa de una tierna conciencia de culpa" (Freud, 1922 [1921], pag. 221).

18.4.33. "(…) El menosprecio por la **mujer,** la repugnancia y aun el horror a ella, por lo general derivan del descubrimiento, hecho tempranamente, de que la **mujer** no posee pene. Más tarde hemos llegado a conocer todavía, como poderoso motivo para la elección homosexual de objeto, la deferencia por el padre o la angustia frente a él, pues la renuncia a la **mujer** tiene el significado de «hacerse a un lado» en la competencia con él (o con todas las personas de sexo masculino que hacen sus veces)" (Freud, 1922 [1921], pag. 224).

18.4.34. "(…) Se estaría tentado de dar esta explicación teórica: un hombre que ve en otros hombres objetos posibles de amor tiene que comportarse hacia la comunidad de los hombres diferentemente que otro, que se vea precisado a discernir en el hombre, ante todo, el rival frente a la **mujer**" (Freud, 1922 [1921], pag. 226).

18.4.35. "(…) Obedeciendo a una insinuación de la propia paciente, **mujer** de gran inteligencia, la puso en estado de hipnosis y así obtuvo que por comunicación del talante

y de los pensamientos que la dominaban recobrara en cada oportunidad una condición anímica normal" (Freud, 1923 [1922], pag. 231).

18.4.36. "(…) Carl G. Jung fue el primero en señalar la sorprendente concordancia entre las desenfrenadas fantasías de los enfermos de *dementia praecox* y las formaciones de mitos de los pueblos primitivos; el autor de este artículo llamó la atención sobre el hecho de que las dos mociones de deseo que componen el complejo de Edipo presentan una completa coincidencia de contenido con las dos prohibiciones principales del totemismo (no matar al antepasado y no desposar **mujer** de la estirpe a que se pertenece), y extrajo de ahí vastas inferencias" (Freud, 1923 [1922], pag. 248).

18.4.37. "Decapitar = castrar. El terror a la Medusa es entonces un terror a la castración, terror asociado a una visión. Por innumerables análisis conocemos su ocasión: se presenta cuando el muchacho que hasta entonces no había creído en la amenaza ve un genital femenino. Probablemente el de una **mujer** adulta, rodeado por vello; en el fondo, el de la madre" […] "Atenea, la diosa virgen, lleva en su vestido este símbolo del horror. Y con justicia, pues eso la hace una **mujer** inabordable, que rechaza toda concupiscencia sexual. Deja ver, en efecto, los terroríficos genitales de la madre. A los griegos, en su generalidad fuertemente homosexuales, no podía faltarles la figuración de la **mujer** que aterroriza por su castración.

Si la cabeza de Medusa sustituye la figuración del genital femenino, y más bien aísla su efecto excitador de horror de su efecto excitador de lubricidad, puede recordarse que enseñar los genitales es conocido como acción apotropaica. Lo que excita horror en uno mismo provocará igual efecto en el enemigo con quien se lucha. Todavía en Rabelais el diablo emprende la huida después que la **mujer** le enseñó su vulva" (Freud, 1920-22 pags. 270-71).

Niña (7):

18.5.1. "Más tarde es fácil perder de vista el destino de esta identificación con el padre. Puede ocurrir después que el complejo de Edipo experimente una inversión, que se tome por objeto al padre en una actitud femenina, un objeto del cual las pulsiones sexuales directas esperan su satisfacción; en tal caso, la identificación con el padre se convierte en la precursora de la ligazón de objeto que recae sobre él. Lo mismo vale para la **niña**, con las correspondientes sustituciones" (Freud, 1921, pags. 99-100).

18.5.2. "Dilucidemos la identificación en unos nexos más complejos, en el caso de una formación neurótica de síntoma. Supongamos ahora que una **niña** pequeña reciba el mismo síntoma de sufrimiento que su madre; por ejemplo, la misma tos martirizadora. Ello puede

ocurrir por diversas vías. La identificación puede ser la misma que la del complejo de Edipo, que implica una voluntad hostil de sustituir a la madre, y el síntoma expresa el amor de objeto por el padre; realiza la sustitución de la madre bajo el influjo de la conciencia de culpa: «Has querido ser tu madre, ahora lo eres al menos en el sufrimiento». He ahí el mecanismo completo de la formación histérica de síntoma. O bien el síntoma puede ser el mismo que el de la persona amada («Dora», por ejemplo, imitaba la tos de su padre); en tal caso no tendríamos más alternativa que describir así el estado de cosas: *La identificación remplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación*. Dijimos que la identificación es la forma primera, y la más originaria, del lazo afectivo; bajo las constelaciones de la formación de síntoma, vale decir, de la represión y el predominio de los mecanismos del inconciente, sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto. Es digno de notarse que en estas identificaciones el yo copia {*Kopieren*} en un caso a la persona no amada, y en el otro a la persona amada. Y tampoco puede dejar de llamarnos la atención que, en los dos, la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto" (Freud, 1921, pags. 100-01).

18.5.3. "(…) Si esta muchacha bella y bien formada exhibía la alta talla del padre y, en su rostro, rasgos más marcados que los suaves de las **niñas**, quizás en eso puedan discernirse indicios de una virilidad somática. A un ser viril podían atribuirse también algunas de sus cualidades intelectuales, como su tajante inteligencia y la fría claridad de su pensamiento cuando no la dominaba su pasión. No obstante, estos distingos responden más a la convención que a la ciencia. Más importante, sin duda, es que en su conducta hacia su objeto de amor había adoptado en todo el tipo masculino, vale decir, la humildad y la enorme sobrestimación sexual que es propia del varón amante, la renuncia a toda satisfacción narcisista, la preferencia por amar antes que ser amado. Por tanto, no sólo había elegido un objeto femenino; también había adoptado hacia él una actitud masculina" (Freud, 1920, pag. 148).

18.5.4. "(…) Era en verdad una feminista, hallaba injusto que las **niñas** no gozaran de las mismas libertades que los varones, y se rebelaba absolutamente contra la suerte de la mujer" (Freud, 1920, pag. 161).

18.5.5. "En la ciudad de F. se criaba una **niña**, la mayor de cinco hermanas, todas mujeres" (Freud, 1941 [1921], pag. 177).

18.5.6. "Parece que la madre ha comprendido por sí misma el tránsito de la primera manifestación de la **niña** a la segunda. La **niña** quiere decir: «Yo sé que los hijos crecen en la madre», y expresa ese saber, no de manera directa, sino simbólica, sustituyendo la

madre por la Madre Tierra. Numerosas e indubitables observaciones nos han enseñado ya cuan temprano saben los niños servirse de símbolos. Pero tampoco la tercera manifestación de la pequeña carece de relación con las anteriores. No podemos menos que suponer que quiso comunicar otra parte de su saber sobre el origen de los niños: «Sé también que todo eso es la obra del padre». Pero esta vez sustituye las ideas directas por la sublimación que les corresponde: que el buen Dios crea al mundo" (Freud, 1920-22, pags. 261-62).

Tomo 19

Sexualidad Femenina:

19.1.1. No hay entradas.

Feminidad (10):

19.2.1. “Pero, ¿por qué el padre, rebajado a Diablo, lleva en sí la marca corporal de la mujer? Este rasgo parece de interpretación difícil al principio, pero pronto se obtienen dos explicaciones que rivalizan entre sí sin excluirse. La actitud femenina hacia el padre cayó bajo la represión al comprender el varoncito que la competencia con la mujer por el amor del padre tenía como condición resignar su propio genital masculino, o sea, la castración. La desautorización de la actitud femenina es, por tanto, la consecuencia de la revuelta frente a la castración; por regla general encuentra su expresión más intensa en la fantasía opuesta, la de castrar al padre mismo, hacerlo mujer. Los pechos del Diablo corresponderían entonces a una proyección de la propia **feminidad** al sustituto del padre. La otra explicación de este ornamento del cuerpo del Diablo ya no tiene un sentido hostil, sino tierno: discierne en esta figura un indicio de que la ternura infantil ha sido desplazada de la madre al padre, y así apunta a una intensl padre. Los grandes pechos son los signos sexuales positivos de la madre, aun en una época en que el niño todavía ignora el carácter negativo de la mujer, la falta de pene” (Freud, 1923 [1922], pag. 92).

19.2.2. “El Senatsprasident Schreber halló su curación cuando resolvió resignar la resistencia a la castración y avenirse al papel femenino que Dios le destinaba. Se volvió entonces sereno y reposado, logró que lo dieran de alta en el sanatorio y llevó una vida normal salvo en un punto, a saber, que diariamente consagraba unas horas al cuidado de su **feminidad**, de cuyos paulatinos progresos hasta la meta determinada por Dios seguía convencido” (Freud, 1923 [1922], pag. 94).

19.2.3. “(…) Pero si se tiene la oportunidad de estudiar casos en que las fantasías masoquistas hayan experimentado un procesamiento particularmente rico, es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la **feminidad**, vale decir, significan ser castrado, ser poseído sexualmente o parir. Por eso he dado a esta forma de manifestación del masoquismo el nombre de «femenina», en cierto modo *a potiori* [sobre la base de sus ejemplos extremos], aunque muchísimos de sus elementos apuntan a la vida infantil” (Freud, 1924, pag. 168).

19.2.4. “El masoquismo erógeno acompaña a la libido en todas sus fases de desarrollo, y le toma prestados sus cambiantes revestimientos psíquicos. La angustia de ser devorado

por el animal totémico (padre) proviene de la organización oral, primitiva; el deseo de ser golpeado por el padre, de la fase sádico-anal, que sigue a aquella; la castración, si bien desmentida más tarde, interviene en el contenido de las fantasías masoquistas como sedimento del estadio fálico de organización; y, desde luego, las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir, características de la **feminidad**, derivan de la organización genital definitiva. También resulta fácil comprender el papel que las nalgas desempeñan en el masoquismo, prescindiendo de su obvio fundamento real. Las nalgas son la parte del cuerpo preferida erógenamente en la fase sádico-anal, como lo son las mamas en la fase oral, y el pene en la genital" (Freud, 1924, pags. 170-71).

19.2.5. "En este lugar se bifurca el llamado *complejo de masculinidad* de la mujer, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la **feminidad**. La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías y convertirse en motivo de extrañas acciones, de otro modo incomprensibles. O bien sobreviene el proceso que me gustaría designar *desmentida* que en la vida anímica infantil no es ni raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis. La niñita se rehúsa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, y se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón" (Freud, 1925, pags. 271-72).

19.2.6. "Hay otro sorprendente efecto de la envidia del pene —o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris— que es, sin duda, el más importante de todos. A menudo yo había tenido, antes, la impresión de que en general la mujer soporta peor la masturbación que el varón, suele revolverse contra ella y no es capaz de utilizarla en las mismas circunstancias en que el varón habría recurrido sin vacilar a ese expediente. Por cierto, la experiencia mostraría incontables excepciones a esta tesis, si se la quisiera estatuir como regla. Es que las reacciones de los individuos de ambos sexos son mezcla de rasgos masculinos y femeninos. No obstante, sigue pareciendo que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación, y para resolver el problema supuesto se podría aducir esta ponderación de las cosas: al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la **feminidad** tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea. Los análisis de la prehistoria fálica me han enseñado que en la niña sobreviene pronto, tras los indicios de la envidia del pene, una intensa contracorriente opuesta al onanismo, que no puede reconducirse exclusivamente al influjo pedagógico de las personas encargadas de la crianza. Esta moción es manifiestamente un preanuncio de aquella oleada represiva que en la época de la pubertad eliminará una gran parle de la sexualidad masculina para

dejar espacio al desarrollo de la **feminidad**. Muy bien puede ocurrir que esta primera oposición al quehacer autoerótico no logre su meta. Es lo que en efecto había sucedido en los casos analizados por mí. El conflicto prosiguió entonces, y la niña hizo en ese momento, así como más tarde, todo lo posible para liberarse de la compulsión al onanismo. Muchas exteriorizaciones posteriores de la vida sexual en la mujer permanecerían incomprensibles si no se discerniera este intenso motivo

No puedo explicarme esta sublevación de la niña pequeña contra el onanismo fálico si no es mediante el supuesto de que algún factor concurrente le vuelve acerbo el placer que le dispensaría esa práctica. Acaso no haga falta buscar muy lejos ese factor; podría ser la afrenta narcisista enlazada con la envidia del pene, el aviso de que a pesar de todo no puede habérselas en este punto con el varón y sería mejor abandonar la competencia con él. De esa manera, el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la **feminidad"** […] "Ya he dicho lo esencial que tenía para decir, y aquí me detengo para echar una ojeada panorámica sobre los resultados. Hemos obtenido una intelección sobre la prehistoria del complejo de Edipo en la niña. Lo que pueda corresponderle en el varón es bastante desconocido. En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. *Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último*. Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la **feminidad**. La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración. Entonces, nuestro resultado es en el fondo algo trivial que habría podido preverse. (Freud, 1925, pags. 273-75).

19.2.7. "En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer. Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó

nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón. Rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer —que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles— estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación-superyó que inferimos en las líneas anteriores. En tales juicios no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualación e idéntica apreciación de ambos sexos; pero si concederemos de buen grado que también la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional} bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y **feminidad** puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto" (Freud, 1925, pag. 276).

Femenina/o (40):

19.3.1. "Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investidura de objeto de la madre. Puede tener dos diversos remplazos: o bien una identificación con la madre, o un refuerzo de la identificación-padre. Solemos considerar este último desenlace como el más normal; permite retener en cierta medida el vínculo tierno con la madre. De tal modo, la masculinidad experimentaría una reafirmación en el carácter del varón por obra del sepultamiento del complejo de Edipo. Análogamente, la actitud edípica de la niñita puede desembocar en un refuerzo de su identificación-madre (o en el establecimiento de esa identificación), que afirme su **carácter femenino**" (Freud, 1923, pag. 34).

19.3.2. "(…) Es decir que el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la **actitud femenina** tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre" (Freud, 1923, pag. 35).

19.3.3. "Otro detalle de las relaciones del pintor con el Diablo nos remite igualmente a la sexualidad. La primera vez ve al Maligno, según consignamos, bajo la figura de un honorable ciudadano. Pero ya la vez siguiente está desnudo, es contrahecho y tiene dos pares de **pechos femeninos**. Ahora bien, los pechos, ora simples, ora múltiples, no faltan en ninguna de las apariciones siguientes. Sólo en una de ellas muestra el Diablo, además de los pechos, un gran pene rematado en serpiente. Esta insistencia en el **carácter sexual**

femenino, señalado por unos grandes y colgantes pechos (en ninguna parte se encuentra una alusión a los **genitales femeninos**), se nos presentará como una llamativa contradicción a lo que hemos supuesto: que el Diablo significa para nuestro pintor un sustituto del padre. Además, en sí y por sí, semejante figuración del Diablo es insólita. Allí donde el Diablo es un concepto colectivo, y por tanto existen muchos demonios, nada tiene de extraña la figuración de **diablos femeninos**; pero no me parece que a un Diablo que es una gran individualidad, el Señor del Infierno y el contradictor de Dios, se lo pueda figurar si no es como macho, y aun hipermacho: con cuernos, cola y una gran serpiente-pene.

A partir de estos dos pequeños indicios puede colegirse, empero, el factor típico que condiciona el aspecto negativo de su vínculo con el padre. Aquello contra lo cual se revuelve es la **actitud femenina** hacia el padre, que culmina en la fantasía de parirle un hijo (nueve años). Tenemos noticia precisa de esta resistencia por nuestros análisis, donde cobra formas muy asombrosas en la trasferencia y nos da mucho que hacer. Con el duelo por el padre perdido, con el acrecentamiento de su añoranza de él, se reactivó en nuestro pintor también la fantasía de embarazo, hacía tiempo reprimida, de la cual se ve forzado a defenderse mediante una neurosis y una degradación del padre.

Pero, ¿por qué el padre, rebajado a Diablo, lleva en sí la marca corporal de la mujer? Este rasgo parece de interpretación difícil al principio, pero pronto se obtienen dos explicaciones que rivalizan entre sí sin excluirse. La **actitud femenina** hacia el padre cayó bajo la represión al comprender el varoncito que la competencia con la mujer por el amor del padre tenía como condición resignar su propio genital masculino, o sea, la castración. La desautorización de la **actitud femenina** es, por tanto, la consecuencia de la revuelta frente a la castración; por regla general encuentra su expresión más intensa en la fantasía opuesta, la de castrar al padre mismo, hacerlo mujer. Los pechos del Diablo corresponderían entonces a una proyección de la propia feminidad al sustituto del padre. La otra explicación de este ornamento del cuerpo del Diablo ya no tiene un sentido hostil, sino tierno: discierne en esta figura un indicio de que la ternura infantil ha sido desplazada de la madre al padre, y así apunta a una intensa fijación anterior a la madre, que, a su vez, es responsable de una parte de la hostilidad hacia el padre. Los grandes pechos son los signos sexuales positivos de la madre, aun en una época en que el niño todavía ignora el carácter negativo de la mujer, la falta de pene.

Si la renuencia a aceptar la castración imposibilita a nuestro pintor tramitar su añoranza del padre, es bien comprensible que se vuelva a la imagen de la madre en busca de ayuda y salvación. Por eso declara que sólo la Santa Madre de Dios de Mariazell puede salvarlo del pacto con el Diablo, y recupera su libertad el día del Natalicio de la Madre (8 de

setiembre). Nunca averiguaremos, desde luego, si el día en que se estableció el pacto, el 24 de setiembre, no fue también señalado parecidamente.

De lo que el psicoanálisis ha pesquisado en la vida anímica del niño, nada sonará tan chocante e increíble al adulto normal como la **actitud femenina** hacia el padre y la fantasía de embarazo del varoncito, que es su consecuencia. Sólo ahora, después que el *Senatspräsident* de Sajonia, Daniel Paul Schreber, nos ha dado a conocer la historia de su enfermedad psicótica y de su amplia curación; podemos hablar de ella sin temor y sin que precisemos disculparnos.

Por esta inapreciable publicación nos enteramos de que el señor *Senätsprasident*, a la edad de cincuenta años más o menos, obtuvo la segura convicción de que Dios —quien, por lo demás, llevaba impresos nítidos rasgos de su padre, el meritorio médico doctor Schreber— había resuelto quitarle la virilidad, usarlo como mujer y engendrar en él seres humanos nuevos, de espíritu schreberiano. (No había tenido hijos en su matrimonio.) Por su renuencia frente a ese propósito de Dios, que se le antojó injusto en grado sumo y «contrario al orden del mundo», contrajo una enfermedad que presentaba las manifestaciones de una paranoia, pero involucionó en el curso de los años hasta dejarle como secuela un mínimo resto. Es claro que el inteligente autor de su propio historial clínico no podía sospechar que había descubierto en él mismo un factor patógeno típico.

Alfred Adler ha arrancado de sus nexos orgánicos esta renuencia frente a la castración o a la **actitud femenina**, relacionándola mediante vínculos triviales o falsos con el afán de poderío y presentándola, como si fuera una cosa independiente, bajo el nombre de «protesta masculina». Puesto que nunca puede producirse una neurosis si no es por el conflicto entre dos aspiraciones, siempre estará justificado ver en la protesta masculina, lo mismo que en la **actitud femenina** contra la cual se protesta, la causación de «todas» las neurosis. Es cierto que esta protesta masculina participa regularmente en la formación del carácter (con una cuota muy alta en muchos tipos) y, además, nos sale al paso como resistencia vigorosa en el análisis de varones neuróticos. El psicoanálisis aprecia la protesta masculina en conexión con el complejo de castración, pero sin poder sustentar su omnipotencia ni su omnipresencia en las neurosis. Entre los enfermos que han acudido a mi tratamiento, el caso más marcado de protesta masculina en todas sus reacciones manifiestas y rasgos de carácter necesitaba de ellos a causa de una neurosis obsesiva cuyos síntomas eran la nítida expresión de un conflicto no resuelto entre **actitud** masculina y **femenina** (angustia de castración y placer de castración). Además, el paciente había desarrollado fantasías masoquistas que tenían por exclusivo fundamento el deseo de aceptar la castración, y aun había avanzado, desde estas fantasías, hasta la satisfacción real

en situaciones perversas. La totalidad de su estado descansaba —como la teoría de Adler misma— en la represión, la desmentida de fijaciones de amor de la primera infancia.

El Senätsprasident Schreber halló su curación cuando resolvió resignar la resistencia a la castración y avenirse al **papel femenino** que Dios le destinaba. Se volvió entonces sereno y reposado, logró que lo dieran de alta en el sanatorio y llevó una vida normal salvo en un punto, a saber, que diariamente consagraba unas horas al cuidado de su feminidad, de cuyos paulatinos progresos hasta la meta determinada por Dios seguía convencido" (Freud, 1923 [1922], pags. 91-94).

19.3.4. "Es notorio, asimismo, cuánto menosprecio por la mujer, horror a ella, disposición a la homosexualidad, derivan del convencimiento final acerca de la falta de pene en la mujer.

Recientemente, Ferenczi (1923), con todo derecho, recondujo el símbolo mitológico del horror, la cabeza de Medusa, a la impresión de los **genitales femeninos** carentes de pene.

Pero no se crea que el niño generaliza tan rápido ni tan de buen grado su observación de que muchas personas del **sexo femenino** no poseen pene; ya es un obstáculo para ello el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo. El niño cree, al contrario, que sólo personas despreciables del **sexo femenino**, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, habrían perdido el genital, Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene. Para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta del pene. Sólo más tarde, cuando aborda los problemas de la génesis y el nacimiento de los niños, y colige que sólo mujeres pueden parir hijos, también la madre perderá el pene y, entretanto, se edificarán complejísimas teorías destinadas a explicar el trueque del pene a cambio de un hijo. Al parecer, con ello nunca se descubren los **genitales femeninos**. Como sabemos, el niño vive en el vientre (intestino) de la madre y es parido por el ano. Con estas últimas teorías sobrepasamos la frontera temporal del período sexual infantil

No carece de importancia tener presentes las mudanzas que experimenta, durante el desarrollo sexual infantil, la polaridad sexual a que estamos habituados. Una primera oposición se introduce con la elección de objeto, que sin duda presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y **femenino**; la oposición entre *activo* y *pasivo* es la dominante. En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo *masculino*, pero no algo **femenino**; la oposición reza aquí: *genital masculino*, o *castrado*. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino* y ***femenino***. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo **femenino**, el objeto y la

pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno" (Freud, 1923, pags. 148-49).

19.3.5. "Volvamos al masoquismo. Se ofrece a nuestra observación en tres figuras: como una condición a la que se sujeta la excitación sexual, como una expresión de la **naturaleza femenina** y como una norma de la conducta en la vida {behaviour}. De acuerdo con ello, es posible distinguir un **masoquismo** erógeno, uno **femenino** y uno moral. El primero, el masoquismo erógeno, el placer {gusto} de recibir dolor, se encuentra también en el fundamento de las otras dos formas; han de atribuírsele bases biológicas y constitucionales, y permanece incomprensible si uno no se decide a adoptar ciertos supuestos acerca de constelaciones que son totalmente oscuras. La tercera forma de manifestación del masoquismo, en cierto sentido la más importante, sólo recientemente ha sido apreciada por el psicoanálisis como un sentimiento de culpa las más de las veces inconciente. Empero, ya admite un esclarecimiento pleno y su inserción dentro de la trama de nuestros conocimientos. En cuanto al **masoquismo femenino**, es el más accesible a nuestra observación, el menos enigmático, y se lo puede abarcar con la mirada en todos sus nexos. Empecemos con él nuestra exposición" (Freud, 1924, pag. 167).

19.3.6. "(…) Por eso he dado a esta forma de manifestación del **masoquismo** el nombre de **«femenina»**, en cierto modo a potiori [sobre la base de sus ejemplos extremos], aunque muchísimos de sus elementos apuntan a la vida infantil. Sobre esta estratificación superpuesta de lo infantil y lo **femenino** daremos después un esclarecimiento simple" […] "El masoquismo **femenino** que acabamos de describir se basa enteramente en el masoquismo primario, erógeno, el placer de recibir dolor; no obtendremos su explicación sin retomar el problema desde muy atrás" (Freud, 1924, pag. 168).

19.3.7. "La condición de inconciente del masoquismo moral nos pone sobre una pista interesante. Podríamos traducir la expresión «sentimiento inconciente de culpa» por «necesidad de ser castigado por un poder parental». Ahora bien, sabemos que el deseo de ser golpeado por el padre, tan frecuente en fantasías, está muy relacionado con otro deseo, el de entrar con él en una **vinculación sexual pasiva (femenina)**, y no es más que la desfiguración regresiva de este último" (Freud, 1924, pag. 175).

19.3.8. "Últimamente se ha aguzado nuestra sensibilidad para la percepción de que el desarrollo sexual del niño progresa hasta una fase en que los genitales ya han tomado sobre sí el papel rector. Pero estos genitales son sólo los masculinos (más precisamente, el pene), pues los **femeninos** siguen sin ser descubiertos. Esta fase fálica, contemporánea a la del complejo de Edipo, no prosigue su desarrollo hasta la organización genital definitiva, sino que se hunde y es relevada por el período de latencia. Ahora bien, su desenlace se consuma

de manera típica y apuntalándose en sucesos que retornan de manera regular" (Freud, 1924, pag. 182).

19.3.9. "La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los **genitales femeninos**. Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niñita, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad {*nachträglich*}

No debemos ser tan miopes como la persona encargada de la crianza que amenaza con la castración, y pasar por alto que la vida sexual del niño en esa época en modo alguno se agota en la masturbación. Se la puede pesquisar en la actitud edípica hacia sus progenitores; la masturbación es sólo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo, y a esta referencia deberá su significatividad para todas las épocas posteriores. El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando. En cuanto a la naturaleza del comercio amoroso satisfactorio, el niño sólo debe de tener representaciones muy imprecisas; pero es cierto que el pene cumplió un papel, pues lo atestiguaban sus sentimientos de órgano. No tuvo aún ocasión alguna para dudar de que la mujer posee un pene. Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la **femenina**, como premisa.

Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo" (Freud, 1924, pags. 183-4).

19.3.10. "Nuestro material se vuelve aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro y lagunoso. También el **sexo femenino** desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón" (…) "Excluida la angustia de castración, está ausente también un poderoso motivo para instituir el superyó e interrumpir la organización genital infantil. Mucho más que en el varón, estas alteraciones parecen ser resultado de la educación, del

amedrentamiento externo, que amenaza con la pérdida de ser-amado. El complejo de Edipo de la niñita es mucho más unívoco que el del pequeño portador del pene; según mi experiencia, es raro que vaya más allá de la sustitución de la madre y de la **actitud femenina** hacia el padre. La renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza —a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos— del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo. Se tiene la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado después poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al **ser femenino** para su posterior papel sexual. La menor intensidad de la contribución sádica a la pulsión sexual, que es lícito conjugar con la mutilación del pene, facilita la mudanza de las aspiraciones directamente sexuales en aspiraciones tiernas de meta inhibida. Pero en conjunto es preciso confesar que nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas" (Freud, 1924, pag. 186).

19.3.11. "La situación del complejo de Edipo es la primera estación que discernimos con seguridad en el varoncito. Nos resulta fácilmente inteligible porque en ella el niño retiene el mismo objeto al que ya en el período precedente, el de lactancia y crianza, había investido con su libido todavía no genital. También el hecho de que vea al padre como un rival perturbador a quién querría eliminar y sustituir se deduce limpiamente de las constelaciones objetivas {*real*}. Y ya en otro lugar he expuesto que la actitud (postura) edípica del varoncito pertenece a la fase fálica, y que se va al fundamento {*zugrunde gehen*} por la angustia de castración, o sea, por el interés narcisista hacia los genitales. Ahora bien, hay una complicación que dificulta nuestro esclarecimiento: aun en el varoncito, el complejo de Edipo es de sentido doble, activo y pasivo, en armonía con la disposición bisexual. También él quiere sustituir a la madre como objeto de amor del padre; a esto lo designamos como actitud **femenina**" (Freud, 1925, pags. 268-69).

19.3.12. NOTA AL PIE: "Ya en mi primer pronunciamiento crítico contenido en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*) [AE, 14, págs. 52-3] reconocí que este es el núcleo de verdad de la doctrina de Adler, quien no tiene reparo alguno en explicar el universo íntegro a partir de este vínico punto (inferioridad de órgano-protesta masculina-apartamiento de la **línea femenina**) y luego se ufana de haber arrebatado a la sexualidad su importancia, en favor del afán de poder. Entonces, el único órgano «inferior» que merece inequívocamente ese nombre sería el clítoris. Por otro lado, nos enteramos de que ciertos analistas se vanaglorian de no haber percibido nada acerca

de la existencia de un complejo de castración a pesar de su empeño de décadas. Hay que inclinarse reverente ante la magnitud de esta hazaña, por más que sólo lo sea negativa, una proeza en el descuido y el desconocimiento. Las dos doctrinas dan por resultado un interesante par de opuestos; Aquí, ninguna huella de un complejo de castración; allí, nada más que consecuencias de él" (Freud, 1925, pag. 272).

19.3.13. "Hay otro sorprendente efecto de la envidia del pene —o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris— que es, sin duda, el más importante de todos. A menudo yo había tenido, antes, la impresión de que en general la mujer soporta peor la masturbación que el varón, suele revolverse contra ella y no es capaz de utilizarla en las mismas circunstancias en que el varón habría recurrido sin vacilar a ese expediente. Por cierto, la experiencia mostraría incontables excepciones a esta tesis, si se la quisiera estatuir como regla. Es que las reacciones de los individuos de ambos sexos son mezcla de **rasgos** masculinos y **femeninos**. No obstante, sigue pareciendo que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación, y para resolver el problema supuesto se podría aducir esta ponderación de las cosas: al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea. Los análisis de la prehistoria fálica me han enseñado que en la niña sobreviene pronto, tras los indicios de la envidia del pene, una intensa contracorriente opuesta al onanismo, que no puede reconducirse exclusivamente al influjo pedagógico de las personas encargadas de la crianza. Esta moción es manifiestamente un preanuncio de aquella oleada represiva que en la época de la pubertad eliminará una gran parte de la sexualidad masculina para dejar espacio al desarrollo de la feminidad. Muy bien puede ocurrir que esta primera oposición al quehacer autoerótico no logre su meta. Es lo que en efecto había sucedido en los casos analizados por mí. El conflicto prosiguió entonces, y la niña hizo en ese momento, así como más tarde, todo lo posible para liberarse de la compulsión al onanismo. Muchas exteriorizaciones posteriores de la vida sexual en la mujer permanecerían incomprensibles si no se discerniera este intenso motivo.

No puedo explicarme esta sublevación de la niña pequeña contra el onanismo fálico si no es mediante el supuesto de que algún factor concurrente le vuelve acerbo el placer que le dispensaría esa práctica. Acaso no haga falta buscar muy lejos ese factor; podría ser la afrenta narcisista enlazada con la envidia del pene, el aviso de que a pesar de todo no puede habérselas en este punto con el varón y sería mejor abandonar la competencia con él. De esa manera, el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad.

Hasta ese momento no estuvo en juego el complejo de Edipo, ni había desempeñado papel alguno. Pero ahora la libido de la niña se desliza —sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo— a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer. Si me es lícito creer en comprobaciones analíticas aisladas, en esta nueva situación puede llegar a tener sensaciones corporales que han de apreciarse como un prematuro despertar del **aparato genital femenino**. Y si después esta ligazón-padre tiene que resignarse por malograda, puede atrincherarse en una identificación-padre con la cual la niña regresa al complejo de masculinidad y se fija eventualmente a él" (Freud, 1925, pags. 273-74).

19.3.14. "En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer. Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón. Rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer —que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles— estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación-superyó que inferimos en las líneas anteriores. En tales juicios no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualación e idéntica apreciación de ambos sexos; pero si concederemos de buen grado que también la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional) bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí **caracteres** masculinos y **femeninos**, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto" (Freud, 1925, pag. 276).

Mujer (37):

19.4.1. "(…) Desde luego, de entrada es preciso atribuir a una escala de la capacidad de resistencia {*Resistenz*} la medida en que el carácter de una persona adopta estos influjos provenientes de la historia de las elecciones eróticas de objeto o se defiende de ellos. En

los rasgos de carácter de **mujeres** que han tenido muchas experiencias amorosas, uno cree poder pesquisar fácilmente los saldos de sus investiduras de objeto" (Freud, 1923, pag. 31).

19.4.2. NOTA AL PIE: "Quizá sería más prudente decir «con los progenitores», pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene. En la historia de una joven tuve hace poco oportunidad de saber que, tras notar su propia falta de pene, no había desposeído de este órgano a todas las **mujeres**, sino sólo a las que juzgaba de inferior valor. En su opinión, su madre lo había conservado" (Freud, 1923, pag. 33).

19.4.3. "Religión, moral y sentir social —esos contenidos principales de lo elevado en el ser humano — han sido, en el origen, uno solo. Según las hipótesis de *Tótem y tabú*, se adquirieron, filogenéticamente, en el complejo paterno: religión y limitación ética, por el dominio sobre el complejo de Edipo genuino; los sentimientos sociales, por la constricción a vencer la rivalidad remanente entre los miembros de la joven generación. Los varones parecen haberse adelantado en todas esas adquisiciones éticas; la herencia cruzada aportó ese patrimonio también a las **mujeres.** Los sentimientos sociales nacen todavía hoy en el individuo como una superestructura que se eleva sobre las mociones de rivalidad y celos hacia los hermanos y hermanas. Puesto que la hostilidad no puede satisfacerse, se establece una identificación con quienes fueron inicialmente rivales. Observaciones de casos leves de homosexualidad apoyan la conjetura de que también esta identificación sustituye a una elección de objeto tierna, que ha relevado a la actitud hostil, agresiva" (Freud, 1923, pags. 38-39).

19.4.4. "Si consideramos este pacto con el Diablo como historia clínica de una neurosis, nuestro interés apuntará en primer lugar al problema de su motivación, que por cierto se liga estrechamente con el de su ocasionamiento. ¿Por qué se firma, en general, un pacto con el Diablo? Es verdad que el doctor Fausto pregunta, despreciativamente; «¿Qué puedes darme, pobre Diablo?». Pero está equivocado; el Diablo tiene muchísimas cosas para ofrecer a cambio del alma inmortal, cosas harto apreciadas por los hombres: riqueza, seguridad frente a los peligros, poder sobre los seres humanos y sobre las fuerzas de la naturaleza; también artes de encantamiento y, por encima de todo, goce, goce con hermosas **mujeres**. Y estas prestaciones u obligaciones del Demonio suelen incluso mencionarse expresamente en el contrato. Ahora bien, ¿cuál fue, para Christoph Haizmann, el motivo de su pacto?" (Freud, 1923 [1922], pag. 81).

19.4.5. "Pero, ¿por qué el padre, rebajado a Diablo, lleva en sí la marca corporal de la **mujer**? Este rasgo parece de interpretación difícil al principio, pero pronto se obtienen dos

explicaciones que rivalizan entre sí sin excluirse. La actitud femenina hacia el padre cayó bajo la represión al comprender el varoncito que la competencia con la **mujer** por el amor del padre tenía como condición resignar su propio genital masculino, o sea, la castración. La desautorización de la actitud femenina es, por tanto, la consecuencia de la revuelta frente a la castración; por regla general encuentra su expresión más intensa en la fantasía opuesta, la de castrar al padre mismo, hacerlo **mujer**. Los pechos del Diablo corresponderían entonces a una proyección de la propia feminidad al sustituto del padre. La otra explicación de este ornamento del cuerpo del Diablo ya no tiene un sentido hostil, sino tierno: discierne en esta figura un indicio de que la ternura infantil ha sido desplazada de la madre al padre, y así apunta a una intensa fijación anterior a la madre, que, a su vez, es responsable de una parte de la hostilidad hacia el padre. Los grandes pechos son los signos sexuales positivos de la madre, aun en una época en que el niño todavía ignora el carácter negativo de la **mujer**, la falta de pene" (Freud, 1923 [1922], pag. 92).

19.4.6. "(…) Por esta inapreciable publicación nos enteramos de que el señor *Senätsprasident*, a la edad de cincuenta años más o menos, obtuvo la segura convicción de que Dios —quien, por lo demás, llevaba impresos nítidos rasgos de su padre, el meritorio médico doctor Schreber— había resuelto quitarle la virilidad, usarlo como **mujer** y engendrar en él seres humanos nuevos, de espíritu schreberiano. (No había tenido hijos en su matrimonio.) Por su renuencia frente a eso propósito de Dios, que se le antojó injusto en grado sumo y «contrario al orden del mundo», contrajo una enfermedad que presentaba las manifestaciones de una paranoia, pero involucionó en el curso de los años hasta dejarle como secuela un mínimo resto. Es claro que el inteligente autor de su propio historial clínico no podía sospechar que había descubierto en él mismo un factor patógeno típico" (Freud, 1923 [1922], pag. 93).

19.4.7. "(…) La primera serie de visiones en Viena guarda perfecta correspondencia con las fantasías de deseo del pobre, del ávido de goces, del destituido de todo: salas principescas, bienestar, vajilla de plata y **mujeres** hermosas; aquí se compensa lo que echamos de menos en la relación con el Diablo. Es que entonces sufría una melancolía que lo hacía incapaz de goce y le ordenaba renunciar a las demandas más tentadoras. Tras el exorcismo, la melancolía parece superada, todas las concupiscencias del frágil mortal se excitan de nuevo" (Freud, 1923 [1922], pag. 104).

19.4.8. "(…) Ya una vez, antes, había referido a su persona este historial clínico, y no era ese el único indicio de que también en su caso contaba una observación semejante. Ahora bien, el joven que asesina a su amada es una nítida alusión a la concepción sádica de la escena del coito, pero el siguiente elemento, el cacao, se apartaba mucho de ahí. Con el

cacao sólo sabe asociar que su madre suele decir que el cacao provoca dolor de cabeza, y ella pretende haber oído eso mismo de otras **mujeres**. Por lo demás, durante un tiempo se ha identificado con su madre mediante unos tales dolores de cabeza. Pues bien; no puedo hallar otro enlace entre ambos elementos oníricos si no es suponiendo que ella quiere rehuir las inferencias a que obliga la observación del coito. No, eso no tiene nada que ver con la concepción de los hijos. Los niños vienen de algo que uno come (tal como en los cuentos tradicionales), y la mención del erotismo anal, que aparece en el sueño como si fuera un intento de interpretación, completa esa teoría infantil, invocada en socorro, mediante el agregado del nacimiento anal" (Freud, 1923 [1922], pags. 121-22).

19.4.9. "Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito; carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la niña pequeña. Aquel percibe, sin duda, la diferencia entre varones y **mujeres**, pero al comienzo no tiene ocasión de relacionarla con una diversidad de sus genitales. Para él es natural presuponer en todos los otros seres vivos, humanos y animales, un genital parecido al que él mismo posee; más aún: sabemos que hasta en las cosas inanimadas busca una forma análoga a su miembro. Esta parte del cuerpo que se excita con facilidad, parte cambiante y tan rica en sensaciones, ocupa en alto grado el interés del niño y de continuo plantea nuevas y nuevas tareas a su pulsión de investigación. Querría verlo también en otras personas para compararlo con el suyo; se comporta como si barruntara que ese miembro podría y debería ser más grande. La fuerza pulsionante que esta parte viril desplegará más tarde en la pubertad se exterioriza en aquella época de la vida, en lo esencial, como esfuerzo de investigación, como curiosidad sexual. Muchas de las exhibiciones y agresiones que el niño emprende y que a una edad posterior se juzgarían como inequívocas exteriorizaciones de lascivia, se revelan al análisis como experimentos puestos al servicio de la investigación sexual" (Freud, 1923, pags. 146-47).

19.4.10. "Es notorio, asimismo, cuánto menosprecio por la **mujer**, horror a ella, disposición a la homosexualidad, derivan del convencimiento final acerca de la falta de pene en la **mujer**. Recientemente, Ferenczi (1923), con todo derecho, recondujo el símbolo mitológico del horror, la cabeza de Medusa, a la impresión de los genitales femeninos carentes de pene.

Pero no se crea que el niño generaliza tan rápido ni tan de buen grado su observación de que muchas personas del sexo femenino no poseen pene; ya es un obstáculo para ello el supuesto de que la falta de pene es consecuencia de la castración a modo de castigo. El niño cree, al contrario, que sólo personas despreciables del sexo femenino, probablemente

culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, habrían perdido el genital. Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene. Para el niño, ser **mujer** no coincide todavía con falta del pene. Sólo más tarde, cuando aborda los problemas de la génesis y el nacimiento de los niños, y colige que sólo **mujeres** pueden parir hijos, también la madre perderá el pene y, entretanto, se edificarán complejísimas teorías destinadas a explicar el trueque del pene a cambio de un hijo. Al parecer, con ello nunca se descubren los genitales femeninos.

Como sabemos, el niño vive en el vientre (intestino) de la madre y es parido por el ano. Con estas últimas teorías sobrepasamos la frontera temporal del período sexual infantil".

NOTA AL PIE: "Me gustaría agregar que lo mentado en el mito son los genitales de la madre. Atenea, que lleva en su armadura la cabeza de Medusa, se convierte justamente por ello en la **mujer** inabordable, cuya sola visión extingue toda idea de aproximación sexual" (Freud, 1923, pag. 148).

19.4.11. "Cuando el niño (varón) ha volcado su interés a los genitales, lo deja traslucir por su vasta ocupación manual en ellos, y después tiene que hacer la experiencia de que los adultos no están de acuerdo con ese obrar. Más o menos clara, más o menos brutal, sobreviene la amenaza de que se le arrebatará esta parte tan estimada por él. La mayoría de las veces, la amenaza de castración proviene de **mujeres**; a menudo, ellas buscan reforzar su autoridad invocando al padre o al doctor, quienes, según lo aseguran, consumarán el castigo. En cierto número de casos, las **mujeres** mismas proceden a una mitigación simbólica de la amenaza, pues no anuncian la eliminación de los genitales, en verdad pasivos, sino de la mano, activamente pecaminosa. Y con notable frecuencia acontece que al varoncito no se lo amenaza con la castración por jugar con la mano en el pene, sino por mojar todas las noches su cama y no habituarse a la limpieza. Las personas encargadas de la crianza se comportan como si esa incontinencia nocturna fuese consecuencia y prueba de que el niño se ocupa de su pene con demasiado ardor, y probablemente aciertan en ello. Comoquiera que sea, la persistencia en mojarse en la cama ha de equipararse a la polución del adulto: una expresión de la misma excitación genital que en esa época ha esforzado al niño a la masturbación" (Freud, 1924, pags. 182-83).

19.4.12. "No debemos ser tan miopes como la persona encargada de la crianza que amenaza con la castración, y pasar por alto que la vida sexual del niño en esa época en modo alguno se agota en la masturbación. Se la puede pesquisar en la actitud edípica hacia sus progenitores; la masturbación es sólo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo, y a esta referencia deberá su significatividad para todas las épocas posteriores. El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción,

una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando. En cuanto a la naturaleza del comercio amoroso satisfactorio, el niño sólo debe de tener representaciones muy imprecisas; pero es cierto que el pene cumplió un papel, pues lo atestiguaban sus sentimientos de órgano. No tuvo aún ocasión alguna para dudar de que la **mujer** posee un pene. Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la **mujer** es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos paténtales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo" (Freud, 1924, pags. 183-84).

19.4.13. "Nuestro material se vuelve aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón. La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parafraseando una sentencia de Napoleón, «la anatomía es el destino». El clítoris de la niñita se comporta al comienzo en un todo como un pene, pero ella, por la comparación con un compañerito de juegos, percibe que es «demasiado corto», y siente este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho. Es en este punto donde se bifurca el complejo de masculinidad de la **mujer**. Pero la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración. No parece extender esta inferencia de sí misma a otras **mujeres**, adultas, sino que atribuye a estas, exactamente en el sentido de la fase fálica, un genital grande y completo, vale decir, masculino. Así se produce esta diferencia esencial: la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación" (Freud, 1924, pags. 185-84).

19.4.14. “Todo analista ha tomado conocimiento de **mujeres** que perseveran con particular intensidad y tenacidad en su ligazón-padre y en el deseo de tener un hijo de él, en que esta culmina. Hay buenas razones para suponer que esta fantasía de deseo fue también la fuerza pulsional de su onanismo infantil, y uno fácilmente recibe la impresión de hallarse frente a un hecho elemental, no susceptible de ulterior resolución, de la vida sexual infantil. Pero precisamente un análisis de estos casos, llevado más a fondo, muestra algo diverso: que el complejo de Edipo tiene en ellos una larga prehistoria y es, por así decir, una formación secundaria” […] “He aquí una interesante oposición en la conducta de ambos sexos: en el caso análogo, cuando el varoncito ve por primera vez la región genital de la niña, se muestra irresoluto, poco interesado al principio; no ve nada, o desmiente su percepción, la deslíe, busca subterfugios para hacerla acordar con su expectativa. Sólo más tarde, después que cobró influencia sobre él una amenaza de castración, aquella observación se le volverá significativa; su recuerdo o renovación mueve en él una temible tormenta afectiva, y lo somete a la creencia en la efectividad de la amenaza que hasta entonces había echado a risa. Dos reacciones resultarán de ese encuentro, dos reacciones que pueden fijarse y luego, por separado o reunidas, o bien conjugadas con otros factores, determinarán duraderamente su relación con la **mujer**: horror frente a la criatura mutilada, o menosprecio triunfalista hacia ella. Pero estos desarrollos pertenecen al futuro, si bien a uno no muy remoto” […] “En este lugar se bifurca el llamado *complejo de masculinidad* de la **mujer**, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad. La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías y convertirse en motivo de extrañas acciones, de otro modo incomprensibles. O bien sobreviene el proceso que me gustaría designar *desmentida* que en la vida anímica infantil no es ni raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis. La niñita se rehúsa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que

empero posee un pene, y se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón.

Las consecuencias psíquicas de la envidia del pene, en la medida en que ella no se agota en la formación reactiva del complejo de masculinidad, son múltiples y de vasto alcance. Con la admisión de su herida narcisista, se establece en la **mujer** —como cicatriz, por así decir— un sentimiento de inferioridad. Superado el primer intento de explicar su falta de pene como castigo personal, y tras aprehender la universalidad de este carácter sexual,

empieza a compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado en un punto decisivo y, al menos en este juicio, se mantiene en paridad con el varón.

Aunque la envidia del pene haya renunciado a su objeto genuino, no cesa de existir: pervive en el rasgo de carácter de los celos, con leve desplazamiento. Es verdad que los celos no son exclusivos de uno solo de los sexos, y se asientan en una base más amplia; pero yo creo, no obstante, que desempeñan un papel mucho mayor en la vida anímica de la **mujer** porque reciben un enorme refuerzo desde la fuente de la envidia del pene, desviada. Aun antes de reparar en esta derivación de los celos, yo había construido una primera fase para la fantasía onanista «Pegan a un niño», tan frecuente en la niña; en esa primera fase significa que otro niño, de quien se tienen celos como rival, debe ser golpeado. Esta fantasía parece un relicto del período fálico de la niña; la curiosa rigidez que me llamó la atención en la fórmula monótona «Pegan a un niño» probablemente admita todavía una interpretación particular. El niño golpeado-acariciado en ella no puede ser otro, en el fondo, que el clítoris mismo, de suerte que el enunciado contiene, en su estrato más profundo, la confesión de la masturbación que desde el comienzo de la fase fálica hasta épocas más tardías se anuda al contenido de la fórmula" (Freud, 1925, pags. 270-73).

19.4.15. "Hay otro sorprendente efecto de la envidia del pene —o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris— que es, sin duda, el más importante de todos. A menudo yo había tenido, antes, la impresión de que en general la **mujer** soporta peor la masturbación que el varón, suele revolverse contra ella y no es capaz de utilizarla en las mismas circunstancias en que el varón habría recurrido sin vacilar a ese expediente. Por cierto, la experiencia mostraría incontables excepciones a esta tesis, si se la quisiera estatuir como regla. Es que las reacciones de los individuos de ambos sexos son mezcla de rasgos masculinos y femeninos. No obstante, sigue pareciendo que la naturaleza de la **mujer** está más alejada de la masturbación, y para resolver el problema supuesto se podría aducir esta ponderación de las cosas: al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea. Los análisis de la prehistoria fálica me han enseñado que en la niña sobreviene pronto, tras los indicios de la envidia del pene, una intensa contracorriente opuesta al onanismo, que no puede reconducirse exclusivamente al influjo pedagógico de las personas encargadas de la crianza. Esta moción es manifiestamente un preanuncio de aquella oleada represiva que en la época de la pubertad eliminará una gran parte de la sexualidad masculina para dejar espacio al desarrollo de la feminidad. Muy bien puede ocurrir que esta primera oposición al quehacer autoerótico no logre su meta. Es lo que en efecto había sucedido en los casos analizados por mí. El conflicto prosiguió entonces, y la

niña hizo en ese momento, así como más tarde, todo lo posible para liberarse de la compulsión al onanismo. Muchas exteriorizaciones posteriores de la vida sexual en la **mujer** permanecerían incomprensibles si no se discerniera este intenso motivo" […] "Hasta ese momento no estuvo en juego el complejo de

Edipo, ni había desempeñado papel alguno. Pero ahora la libido de la niña se desliza —sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo— a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña **mujer**. Si me es lícito creer en comprobaciones analíticas aisladas, en esta nueva situación puede llegar a tener sensaciones corporales que han de apreciarse como un prematuro despertar del aparato genital femenino. Y si después esta ligazón-padre tiene que resignarse por malograda, puede atrincherarse en una identificación-padre con la cual la niña regresa al complejo de masculinidad y se fija eventualmente a él" (Freud, 1925, pags. 273-74).

19.4.16. "Ya he dicho lo esencial que tenía para decir, y aquí me detengo para echar una ojeada panorámica sobre los resultados. Hemos obtenido una intelección sobre la prehistoria del complejo de Edipo en la niña. Lo que pueda corresponderle en el varón es bastante desconocido. En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. *Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último*. Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad. La diferencia entre varón y **mujer** en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración. Entonces, nuestro resultado es en el fondo algo trivial que habría podido preverse" (Freud, 1925, pags. 274-75).

19.4.17. "En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la **mujer**. Uno titubea en decirlo, pero no es

posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la **mujer**. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón. Rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la **mujer** —que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles— estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación-superyó que inferimos en las líneas anteriores. En tales juicios no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualación e idéntica apreciación de ambos sexos; pero si concederemos de buen grado que también la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional} bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto" […] "En los valiosos y ricos trabajos de Abraham (1921), Horney (1923) y Helene Deutsch (1925) sobre el complejo de masculinidad y el de castración en la **mujer**, hay mucho que toca de cerca a mi exposición, pero nada que coincida con ella enteramente. Valga esto, también, para justificar la publicación del presente trabajo" (Freud, 1925, pag. 276).

Niña (39):

19.5.1. "Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investidura de objeto de la madre. Puede tener dos diversos remplazos: o bien una identificación con la madre, o un refuerzo de la identificación-padre. Solemos considerar este último desenlace como el más normal; permite retener en cierta medida el vínculo tierno con la madre. De tal modo, la masculinidad experimentaría una refirmación en el carácter del varón por obra del sepultamiento del complejo de Edipo. Análogamente, la actitud edípica de la **niñita** puede desembocar en un refuerzo de su identificación-madre (o en el establecimiento de esa identificación), que afirme su carácter femenino.

Estas identificaciones no responden a nuestra expectativa [cf. pág. 31], pues no introducen en el yo al objeto resignado, aunque este desenlace también se produce y es más fácilmente observable en la **niña** que en el varón. Muy a menudo averiguamos por el análisis que la **niña** pequeña, después que se vio obligada a renunciar al padre como objeto de amor, retoma y destaca su masculinidad y se identifica no con la madre, sino con el padre, esto

es, con el objeto perdido. Ello depende, manifiestamente, de que sus disposiciones masculinas (no importa en qué consistan estas) posean la intensidad suficiente.

La salida y el desenlace de la situación del Edipo en identificación-padre o identificación-madre parece depende entonces, en ambos sexos, de la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales. Este es uno de los modos en que la bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo. El otro es todavía más significativo, a saber: uno tiene la impresión de que el complejo de Edipo simple no es, en modo alguno, el más frecuente, sino que corresponde a una simplificación o esquematización que, por lo demás, a menudo se justifica suficientemente en la práctica. Una indagación más a fondo pone en descubierto, las más de las veces, el complejo de Edipo *más completo*, que es uno duplicado, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del niño. Es decir que el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una **niña**: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. Esta injerencia de la bisexualidad es lo que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones {proporciones} de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas, y todavía más difícil describirlas en una sinopsis. Podría ser también que la ambivalencia comprobada en la relación con los padres debiera referirse por entero a la bisexualidad, y no, como antes lo expuse, que se desarrollase por la actitud de rivalidad a partir de la identificación" (Freud, 1923, pags. 34-35).

19.5.2. "Del sueño de una muchacha con intensa fijación al padre, que tiene dificultades para hablar en el análisis: Está sentada en la habitación con una amiga, vestida sólo con un kimono. Entra un señor, frente al cual ella se siente molesta. Pero el señor dice: «Esta es la muchacha a quien ya una vez hemos visto tan bellamente vestida». — El señor soy yo; prosiguiendo la reconducción, es el padre. Pero nada conseguiremos con el sueño hasta no decidirnos a sustituir, en el dicho del señor, el elemento principal por su opuesto: «Esta es la muchacha a quien ya una vez he visto *desvestida*, y tan bella». De **niña**, entre los tres y los cuatro años había dormido durante un tiempo en la misma habitación con su padre, y todo indica que ella solía descubrirse entonces, dormida, para agradarle. La posterior represión de su placer exhibicionista motiva hoy su cerrazón en la cura, su displacer en mostrarse descubierta" (Freud, 1923 [1922], pag. 121).

19.5.3. "Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito; carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la **niña** pequeña. Aquel percibe, sin duda, la diferencia entre varones y mujeres, pero al comienzo no tiene ocasión de relacionarla con una diversidad de sus genitales. Para él es natural presuponer en todos

los otros seres vivos, humanos y animales, un genital parecido al que él mismo posee; más aún: sabemos que hasta en las cosas inanimadas busca una forma análoga a su miembro. Esta parte del cuerpo que se excita con facilidad, parte cambiante y tan rica en sensaciones, ocupa en alto grado el interés del niño y de continuo plantea nuevas y nuevas tareas a su pulsión de investigación. Querría verlo también en otras personas para compararlo con el suyo; se comporta como si barruntara que ese miembro podría y debería ser más grande. La fuerza pulsionante que esta parte viril desplegará más tarde en la pubertad se exterioriza en aquella época de la vida, en lo esencial, como esfuerzo de investigación, como curiosidad sexual. Muchas de las exhibiciones y agresiones que el niño emprende y que a una edad posterior se juzgarían como inequívocas exteriorizaciones de lascivia, se revelan al análisis como experimentos puestos al servicio de la investigación sexual.

En el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Da ocasión a ello la visión casual de los genitales de una hermanita o compañerita de juegos; pero niños agudos ya tuvieron antes, por sus percepciones del orinar de las **niñas**, en quienes veían otra posición y escuchaban otro ruido, la sospecha de que ahí había algo distinto, y luego intentaron repetir tales observaciones de manera más esclarecedora. Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta del pene. Desconocen esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona. Los desarrollos que sobrevienen son demasiado notorios para que sea necesario repetirlos aquí. Me parece, eso sí, que *sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo*" (Freud, 1923, pags. 146-47).

19.5.4. "(…) La **niñita**, que quiere considerarse la amada predilecta del padre, forzosamente tendrá que vivenciar alguna seria reprimenda de parte de él, y se verá arrojada de los cielos" (Freud, 1924, pag. 181).

19.5.5. "La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos. Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una **niñita**, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la

amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad {*nachträglich*}" (Freud, 1924, pag. 183).

19.5.6. "Tales son los nexos que la observación analítica permite discernir o colegir entre organización fálica, complejo de Edipo, amenaza de castración, formación del superyó y período de latencia. Justifican la tesis de que el complejo de Edipo se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración. Pero con ello no queda resuelto el problema; resta espacio para una especulación teórica que puede desechar el resultado obtenido o ponerlo bajo una nueva luz. Antes de internarnos por este camino, tenemos que ocuparnos de un problema que se planteó en el curso de nuestras anteriores elucidaciones y todo el tiempo fue relegado. Según se dijo expresamente, el proceso descrito se refiere sólo al niño de sexo masculino. ¿Cómo se consuma el correspondiente desarrollo en la **niña** pequeña?

Nuestro material se vuelve aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón. La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parafraseando una sentencia de Napoleón, «la anatomía es el destino». El clítoris de la **niñita** se comporta al comienzo en un todo como un pene, pero ella, por la comparación con un compañerito de juegos, percibe que es «demasiado corto», y siente este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho. Es en este punto donde se bifurca el complejo de masculinidad de la mujer. Pero la **niña** no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración. No parece extender esta inferencia de sí misma a otras mujeres, adultas, sino que atribuye a estas, exactamente en el sentido de la fase fálica, un genital grande y completo, vale decir, masculino. Así se produce esta diferencia esencial: la **niñita** acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación.

Excluida la angustia de castración, está ausente también un poderoso motivo para instituir el superyó e interrumpir la organización genital infantil. Mucho más que en el varón, estas alteraciones parecen ser resultado de la educación, del amedrentamiento externo, que amenaza con la pérdida de ser-amado. El complejo de Edipo de la **niñita** es mucho más unívoco que el del pequeño portador del pene; según mi experiencia, es raro que vaya más

allá de la sustitución de la madre y de la actitud femenina hacia el padre. La renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza —a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos— del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo. Se tiene la impresión de que el complejo de Edipo es abandonado después poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual. La menor intensidad de la contribución sádica a la pulsión sexual, que es lícito conjugar con la mutilación del pene, facilita la mudanza de las aspiraciones directamente sexuales en aspiraciones tiernas de meta inhibida. Pero en conjunto es preciso confesar que nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la **niña** son insatisfactorias, lagunosas y vagas" (Freud, 1924, pags. 185-86).

19.5.7. "Cuando hemos indagado las primeras plasmaciones psíquicas de la vida sexual en el niño, en general tomamos por objeto al varoncito. Suponíamos que en el caso de la **niña** todo sería semejante, aunque diverso de alguna manera. No quería aclarársenos el lugar del proceso de desarrollo en que se hallaría esa diversidad" (Freud, 1925, pags. 268).

19.5.8. "A más de los problemas del complejo de Edipo en el varón, el de la **niña** pequeña esconde otro. Inicialmente la madre fue para ambos el primer objeto, y no nos asombra que el varón lo retenga para el complejo de Edipo. Pero, ¿cómo llega la **niña** a resignarlo y a tomar a cambio al padre por objeto? Persiguiendo este problema he podido hacer algunas comprobaciones que acaso echen luz, justamente, sobre la prehistoria de la relación edípica en la **niñita**" […] "Según puntualiza el viejo pediatra Lindner [1879], el niño descubre la zona genital dispensadora de placer —pene o clítoris— durante el mamar con fruición (chupeteo). No quiero entrar a considerar si el niño efectivamente toma esta fuente de placer recién ganada como sustituto del pezón materno que perdió hace poco; posteriores fantasías (*fellatio*) quizás apunten en esa dirección. En suma: la zona genital es descubierta en algún momento, y no parece justificado atribuir un contenido psíquico a los primeros quehaceres del niño con ella. Ahora bien, el paso siguiente en la fase fálica que así ha comenzado no es el enlace de este onanismo con las investiduras de objeto del complejo de Edipo, sino un descubrimiento grávido en consecuencias, circunscrito a la **niña** pequeña. Ella nota el pene de un hermano o un compañerito de juegos, pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido; a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene.

He aquí una interesante oposición en la conducta de ambos sexos: en el caso análogo, cuando el varoncito ve por primera vez la región genital de la **niña**, se muestra irresoluto, poco interesado al principio; no ve nada, o desmiente su percepción, la deslíe, busca subterfugios para hacerla acordar con su expectativa" […] "Nada de eso ocurre a la **niña** pequeña. En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo".

NOTA AL PIE: "Esta es la oportunidad de rectificar una afirmación que hice años atrás. Opinaría que el interés sexual del niño no se despierta, como el del adolescente, por la diferencia entre los sexos, sino que lo aviva el problema de saber de dónde vienen los niños. Ahora veo que esto sin duda no es válido, al menos para la **niña**. En el caso del varoncito será así unas veces, pero otras podrá suceder de otro modo; o bien en ambos sexos serán las ocasiones causales de la vida las que habrán de decidir sobre ello" (Freud, 1925, pags. 270-71).

19.5.9. "En este lugar se bifurca el llamado *complejo de masculinidad* de la mujer, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad. La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías y convertirse en motivo de extrañas acciones, de otro modo incomprensibles. O bien sobreviene el proceso que me gustaría designar *desmentida* que en la vida anímica infantil no es ni raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis. La **niñita** se rehúsa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, y se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón" […] "Aunque la envidia del pene haya renunciado a su objeto genuino, no cesa de existir: pervive en el rasgo de carácter de los *celos*, con leve desplazamiento. Es verdad que los celos no son exclusivos de uno solo de los sexos, y se asientan en una base más amplia; pero yo creo, no obstante, que desempeñan un papel mucho mayor en la vida anímica de la mujer porque reciben un enorme refuerzo desde la fuente de la envidia del pene, desviada. Aun antes de reparar en esta derivación de los celos, yo había construido una primera fase para la fantasía onanista «Pegan a un niño», tan frecuente en la **niña**; en esa primera fase significa que otro niño, de quien se tienen celos como rival, debe ser golpeado. Esta fantasía parece un relicto del período fálico de la **niña**; la curiosa rigidez que me llamó la atención en la fórmula monótona «Pegan a un niño» probablemente admita todavía una interpretación particular. El niño golpeado-acariciado en ella no puede ser otro, en el fondo, que el clítoris mismo, de suerte que el enunciado contiene, en su estrato más

profundo, la confesión de la masturbación que desde el comienzo de la fase fálica hasta épocas más tardías se anuda al contenido de la fórmula.

Una tercera consecuencia de la envidia del pene parece ser el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto-madre. La concatenación no se comprende muy bien, pero uno se convence de que al final la madre, que echó al mundo a la **niña** con una dotación tan insuficiente, es responsabilizada por esa falta de pene. El curso histórico suele ser este: tras el descubrimiento de la desventaja en los genitales, pronto afloran celos hacia otro niño a quien la madre supuestamente ama más, con lo cual se adquiere una motivación para desasirse de la ligazón-madre. Armoniza muy bien con ello que ese niño preferido por la madre pase a ser el primer objeto de la fantasía «Pegan a un niño», que desemboca en masturbación.

Hay otro sorprendente efecto de la envidia del pene —o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris— que es, sin duda, el más importante de todos. A menudo yo había tenido, antes, la impresión de que en general la mujer soporta peor la masturbación que el varón, suele revolverse contra ella y no es capaz de utilizarla en las mismas circunstancias en que el varón habría recurrido sin vacilar a ese expediente. Por cierto, la experiencia mostraría incontables excepciones a esta tesis, si se la quisiera estatuir como regla. Es que las reacciones de los individuos de ambos sexos son mezcla de rasgos masculinos y femeninos. No obstante, sigue pareciendo que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación, y para resolver el problema supuesto se podría aducir esta ponderación de las cosas: al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea. Los análisis de la prehistoria fálica me han enseñado que en la **niña** sobreviene pronto, tras los indicios de la envidia del pene, una intensa contracorriente opuesta al onanismo, que no puede reconducirse exclusivamente al influjo pedagógico de las personas encargadas de la crianza. Esta moción es manifiestamente un preanuncio de aquella oleada represiva que en la época de la pubertad eliminará una gran parle de la sexualidad masculina para dejar espacio al desarrollo de la feminidad. Muy bien puede ocurrir que esta primera oposición al quehacer autoerótico no logre su meta. Es lo que en efecto había sucedido en los casos analizados por mí. El conflicto prosiguió entonces, y la **niña** hizo en ese momento, así como más tarde, todo lo posible para liberarse de la compulsión al onanismo. Muchas exteriorizaciones posteriores de la vida sexual en la mujer permanecerían incomprensibles si no se discerniera este intenso motivo.

No puedo explicarme esta sublevación de la **niña** pequeña contra el onanismo fálico si no es mediante el supuesto de que algún factor concurrente le vuelve acerbo el placer que le

dispensaría esa práctica. Acaso no haga falta buscar muy lejos ese factor; podría ser la afrenta narcisista enlazada con la envidia del pene, el aviso de que a pesar de todo no puede habérselas en este punto con el varón y sería mejor abandonar la competencia con él. De esa manera, el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la **niña** pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad.

Hasta ese momento no estuvo en juego el complejo de Edipo, ni había desempeñado papel alguno. Pero ahora la libido de la **niña** se desliza —sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo— a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la **niña** deviene una pequeña mujer. Si me es lícito creer en comprobaciones analíticas aisladas, en esta nueva situación puede llegar a tener sensaciones corporales que han de apreciarse como un prematuro despertar del aparato genital femenino. Y si después esta ligazón-padre tiene que resignarse por malograda, puede atrincherarse en una identificación-padre con la cual la **niña** regresa al complejo de masculinidad y se fija eventualmente a él" (Freud, 1925, pags. 271-74).

19.5.10. "Ya he dicho lo esencial que tenía para decir, y aquí me detengo para echar una ojeada panorámica sobre los resultados. Hemos obtenido una intelección sobre la prehistoria del complejo de Edipo en la **niña**. Lo que pueda corresponderle en el varón es bastante desconocido. En la **niña**, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. *Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la* ***niña*** *es posibilitado e introducido por este último*. Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad. La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración. Entonces, nuestro resultado es en el fondo algo trivial que habría podido preverse" (Freud, 1925, pags. 274-75).

19.5.11. "En la **niña** falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la **niña** a la situación

del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer. Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón. Rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer —que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles— estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación-superyó que inferimos en las líneas anteriores. En tales juicios no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualación e idéntica apreciación de ambos sexos; pero si concederemos de buen grado que también la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional} bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto" (Freud, 1925, pag. 276).

Tomo 20

Sexualidad Femenina:

20.1.1. No hay entradas.

Feminidad (1):

20.2.1. “Cuando en un pasaje anterior de estas indagaciones tropezamos con la significatividad de la angustia de castración para más de una afección neurótica, nos habíamos advertido a nosotros mismos no sobrestimar ese factor, puesto que en el sexo femenino —sin duda, el más predispuesto a la neurosis —no podría ser lo decisivo. [Cf. pág. 117.] Ahora vemos que no corremos el peligro de declarar a la angustia de castración como el único motor de los procesos defensivos que llevan a la neurosis. En otro lugar he puntualizado cómo el desarrollo de la niña pequeña es guiado a través del complejo de castración hasta la investidura tierna de objeto. Y precisamente, en el caso de la mujer parece que la situación de peligro de la pérdida de objeto siguiera siendo la más eficaz. Respecto de la condición de angustia válida para ella, tenemos derecho a introducir esta pequeña modificación: más que de la ausencia o de la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto. Puesto que sabemos con certeza que la histeria tiene mayor afinidad con la **feminidad**, así como la neurosis obsesiva con la masculinidad, ello nos sugiere la conjetura de que la pérdida de amor como condición de angustia desempeña en la histeria un papel semejante a la amenaza de castración en las fobias, y a la angustia frente al superyó en la neurosis obsesiva” (Freud, 1926 [1925], pag. 135).

Femenina/o (9):

20.3.1. “Paralelo a la organización de la libido marcha el proceso del hallazgo de objeto, al cual le está reservado un importante papel en la vida anímica. Tras el estadio del *autoerotismo*, el primer objeto de amor pasa a ser, para ambos sexos, la madre, cuyo órgano nutriente probablemente no era distinguido del cuerpo propio al comienzo. Después, pero todavía dentro de la primera infancia, se establece la relación del *complejo de Edipo*, en que el varoncito concentra sus deseos sexuales en la persona de la madre y desarrolla mociones hostiles hacia el padre en calidad de rival. De manera análoga adopta posición la niñita. Todas las variaciones y derivaciones del complejo de Edipo adquieren significatividad; la constitución bisexual innata se hace valer y multiplica el número de las aspiraciones simultáneamente presentes. Debe trascurrir todo un lapso hasta que el niño adquiere claridad acerca de la diferencia entre los sexos; en ese tiempo, la *investigación*

sexual se procura *teorías sexuales* típicas, que, en razón del carácter incompleto de la propia organización corporal, confunden lo verdadero con lo falso y no logran resolver los problemas de la vida sexual (el enigma de la esfinge: ¿De dónde vienen los niños?). La primera elección de objeto del niño es, por tanto, *incestuosa*. Todo el desarrollo aquí descrito es recorrido con rapidez. El carácter más notable de la vida sexual humana es su *acometida en dos tiempos* con una pausa intermedia. En el cuarto y quinto años de vida se alcanza una primera culminación, pero luego se disipa ese florecimiento temprano de la sexualidad, las aspiraciones hasta entonces vivas caen bajo la represión y sobreviene el *período de latencia*, que se extiende hasta la pubertad y en el cual se instituyen las *formaciones reactivas* de la moral, la vergüenza, el asco. La doble acometida del desarrollo sexual parece exclusiva del ser humano entre todos los seres vivos, y es quizá la condición biológica de su predisposición a la neurosis. Con la pubertad vuelven a reanimarse las aspiraciones e investiduras de objeto de la temprana infancia, así como las ligazones de sentimiento del complejo de Edipo. En la vida sexual de la pubertad combaten entre sí las incitaciones de la primera infancia y las inhibiciones del período de latencia. Por otra parte, en el ápice del desarrollo sexual infantil se había establecido una suerte de organización genital; empero, sólo el **genital** masculino desempeñaba un papel en ella, pues el **femenino** no había sido descubierto (he llamado a esto el primado *fálico*). La oposición entre los sexos todavía no recibía en esa época los nombres de *masculino* o ***femenino***, sino: en posesión de un pene o *castrado*. El *complejo de castración* que arranca de ahí adquiere grandísima significatividad para la formación del carácter y la neurosis" (Freud, 1925 [1924], pags. 34-36).

20.3.2. "(…) En el caso del ruso, la falta se sitúa en otro lugar; su vínculo con el **objeto femenino** fue perturbado por una seducción prematura, el **aspecto** pasivo, **femenino**, se plasmó en él con intensidad, y el análisis de su sueño de los lobos no revela gran cosa de una agresión deliberada hacia el padre; a cambio de ello, aporta las más indubitables pruebas de que la represión afecta a la actitud pasiva, tierna, hacia el padre" (Freud, 1926 [1925], pag. 103).

20.3.3. "Si volvemos a las zoofobias infantiles, comprenderemos, empero, estos casos mejor que todos los otros. El yo debe proceder aquí contra una investidura de objeto libidinosa del ello (ya sea la del complejo de Edipo positivo o negativo), porque ha comprendido que ceder a ella aparejaría el peligro de la castración. Ya hemos elucidado esto, y ahora hallamos la ocasión de aclararnos una duda que nos quedó pendiente de aquel primer examen. En el caso del pequeño Hans (vale decir, el del complejo de Edipo positivo), ¿debemos suponer que la defensa del yo fue provocada por la moción tierna

hacia la madre, o por la agresiva hacia el padre? En la práctica parecería indiferente, en particular porque las dos mociones se condicionan entre sí; pero esta cuestión presenta interés teórico porque sólo la corriente tierna hacia la madre puede considerarse erótica pura. La agresiva depende esencialmente de la pulsión de destrucción, y siempre hemos creído que en la neurosis el yo se defiende de exigencias de la libido, no de las otras pulsiones. De hecho vemos que tras la formación de la fobia la ligazón-madre tierna ha como desaparecido, ha sido radicalmente tramitada por la represión, mientras que la formación sintomática (formación sustitutiva) se ha consumado en torno de la moción agresiva. En el caso del «Hombre de los Lobos», las cosas son más simples; la moción reprimida es en efecto una moción erótica, la **actitud femenina** frente al padre, y en torno de ella se consuma también la formación de síntoma" (Freud, 1926 [1925], pag. 118).

20.3.4. "Cuando en un pasaje anterior de estas indagaciones tropezamos con la significatividad de la angustia de castración para más de una afección neurótica, nos habíamos advertido a nosotros mismos no sobrestimar ese factor, puesto que en el **sexo femenino** —sin duda, el más predispuesto a la neurosis —no podría ser lo decisivo" (Freud, 1926 [1925], pag. 135).

20.3.5. NOTA AL PIE: "Acaso ocurra bastante a menudo que en una situación de peligro apreciada correctamente como tal se agregue a la angustia realista una porción de angustia pulsional. La exigencia pulsional ante cuya satisfacción el yo retrocede aterrado sería entonces la masoquista, la pulsión de destrucción vuelta hacia la persona propia. Quizás este añadido explique el caso en que la reacción de angustia resulta desmedida e inadecuada al fin. Las fobias a la altura (ventana, torre, abismo) podrían tener ese mismo origen; su secreta **significatividad femenina** se aproxima al masoquismo" (Freud, 1926 [1925], pag. 157).

20.3.6. "Otro carácter de la sexualidad de la primera infancia que el genuino **miembro sexual femenino** no desempeña en ella todavía papel alguno, no se ha descubierto aún para el niño. Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y esa «envidia del pene» da origen a toda una serie de **reacciones** característicamente **femeninas**" (Freud, 1926, pags. 198-99).

Mujer (22):

20.4.1. "(…) Con el propósito de perfeccionar mi técnica hipnótica viajé en el verano de 1889 a Nancy, donde me quedé varias semanas. Presencié el conmovedor espectáculo del viejo Liébeault dedicado a las pobres **mujeres** y niños de la población trabajadora; fui testigo de los asombrosos experimentos de Bernheim con sus pacientes de hospital, y recogí las más fuertes impresiones acerca de la posibilidad de que existieran unos potentes procesos anímicos que, empero, permanecerían ocultos para la conciencia del ser humano" (Freud, 1925 [1924], pag. 17).

20.4.2. "Antes de profundizar en la apreciación de la sexualidad infantil, debo mencionar un error en que caí durante un tiempo y que pronto se habría vuelto funesto para toda mi labor. Bajo el esforzar a que los sometía mi procedimiento técnico de aquella época, la mayoría de mis pacientes reproducían escenas de su infancia cuyo contenido era la seducción sexual por un adulto. En las **mujeres**, el papel del seductor se atribuía casi siempre al padre. Di crédito a estas comunicaciones y supuse, en consecuencia, que en esas vivencias de seducción sexual durante la infancia había descubierto las fuentes de las neurosis posteriores. Algunos casos en que vínculos de esa índole con el padre, un tío o un hermano mayor habían continuado hasta la época de la que se tiene recuerdo cierto me corroboraron en mi creencia" (Freud, 1925 [1924], pag. 32).

20.4.3. NOTA AL PIE agregada en 1935: "Las averiguaciones sobre la sexualidad infantil se hicieron en el varón, y también la teoría derivada de ellas estuvo dirigida al niño varón. La expectativa de un acabado paralelismo entre ambos sexos era bastante natural, pero resultó desacertada. Posteriores indagaciones y reflexiones descubrieron profundas diferencias entre el desarrollo sexual del hombre y el de la **mujer**. También para la niña pequeña es la madre el primer objeto sexual, pero para alcanzar la meta del desarrollo normal la **mujer** debe cambiar de vía no sólo el objeto sexual, sino la zona genital rectora. De ello resultan dificultades y posibles inhibiciones, ausentes en el caso del varón" (Freud, 1925 [1924], pags. 34-35).

20.4.4. "La principal fuente bibliográfica que utilicé para mis trabajos en este campo fueron las conocidas obras de J. G. Frazer (*Totemismo y exogamia, La rama dorada*), una cantera de hechos y puntos de vista valiosos. Pero Frazer no aportaba mucho para comprender el problema del totemismo; sobre este asunto había variado muchas veces radicalmente de opinión, y los otros etnólogos y prehistoriadores parecían tan inseguros como discrepantes en esta materia. Mi punto de partida fue la llamativa coincidencia entre los dos tabúes decretados por el totemismo —el de no matar al tótem y el de no usar sexualmente a ninguna **mujer** del mismo clan totémico— y los dos contenidos del

complejo de Edipo —el de eliminar al padre y tomar por **mujer** a la madre—. Así nos vimos tentados a equiparar el animal totémico al padre, cosa que por lo demás hacen expresamente los primitivos al venerarlo como el antepasado del clan" […] "Y tomando en consideración la conjetura de Darwin, para quien los seres humanos vivieron originariamente en hordas, cuyo jefe era un único macho, fuerte, violento y celoso, a partir de todos esos componentes se formó en mí la hipótesis —o la visión, como preferiría decir— del siguiente proceso: El padre de la horda primordial, como déspota irrestricto, había acaparado a todas las **mujeres**, asesinando o expulsando a los hijos peligrosos como rivales. Pero un día estos hijos se reunieron, lo vencieron, asesinaron y comieron en común, pues él había sido su enemigo, pero también su ideal. Tras el asesinato no pudieron entrar en posesión de su herencia, pues se estorbaban unos a otros. Bajo el influjo del fracaso y del arrepentimiento aprendieron a soportarse entre sí, se ligaron en un clan de hermanos mediante los decretos del totemismo, destinados a excluir la repetición de un hecho como aquel, y renunciaron en conjunto a la posesión de las **mujeres** por quienes habían asesinado al padre. En lo sucesivo debían buscar **mujeres** extranjeras; he ahí el origen de la exogamia, estrechamente enlazada con el totemismo" (Freud, 1925 [1924], pags. 62-63).

20.4.5. "No puede escapársenos por mucho tiempo la existencia de un nexo entre la inhibición y la angustia. Muchas inhibiciones son, evidentemente, una renuncia a cierta función porque a raíz de su ejercicio se desarrollaría angustia. En la **mujer** es frecuente una angustia directa frente a la función sexual; la incluimos en la histeria, lo mismo que al síntoma defensivo del asco, que originariamente se instala como una reacción, sobrevenida con posterioridad {*nächtraglich*}, frente al acto sexual vivenciado de manera pasiva, y luego emerge a raíz de la representación de este. También un número considerable de acciones obsesivas resultan ser precauciones y aseguramientos contra un vivenciar sexual, y por tanto son de naturaleza fóbica" (Freud, 1926 [1925], pag. 84).

20.4.6. "(…) Pero también el pequeño ruso renuncia por angustia de castración al deseo de ser amado por el padre como objeto sexual, pues ha comprendido que una relación así tendría por premisa que él sacrificara sus genitales, a saber, lo que lo diferencia de la **mujer.** Ambas plasmaciones del complejo de Edipo, la normal, activa, así como la invertida, se estrellan, en efecto, contra el complejo de castración" (Freud, 1926 [1925], pag. 103).

20.4.7. "Ahora bien, puede considerarse otra posibilidad todavía. Acaso la regresión no sea la consecuencia de un factor constitucional, sino de uno temporal. No se hará posible porque la organización genital de la libido haya resultado demasiado endeble, sino porque

la renuencia del yo se inició demasiado temprano, todavía en pleno florecimiento de la fase sádica.

Tampoco en este punto me atrevo a adoptar una decisión cierta, pero la observación analítica no favorece ese supuesto. Muestra, más bien, que el estadio fálico ya se ha alcanzado en el momento del giro {*Wendung*} hacia la neurosis obsesiva. Además, esta neurosis estalla a edad más tardía que la histeria (el segundo período infantil, luego de iniciada la época de latencia), y en un caso de desarrollo muy tardío de esta afección, que pude estudiar [una paciente **mujer**], se demostró con claridad que una desvalorización objetiva {real} de la vida genital hasta entonces intacta había creado la condición de la regresión y de la génesis de la neurosis obsesiva" (Freud, 1926 [1925], pags. 108-09).

20.4.8. "(…) Tener contacto con una **mujer** es en el lenguaje usual un eufemismo para decir que se la aprovechó como objeto sexual" […] "Si se piensa en las neurosis de las **mujeres** no se puede menos que dudar, pues si bien se comprueba en ellas la presencia del complejo de castración, no puede hablarse, en este caso en que la castración ya está consumada, de una angustia de castración en el sentido propio" (Freud, 1926 [1925], pag. 117).

20.4.9. "(…) Ahora vemos que no corremos el peligro de declarar a la angustia de castración como el único motor de los procesos defensivos que llevan a la neurosis. En otro lugar he puntualizado cómo el desarrollo de la niña pequeña es guiado a través del complejo de castración hasta la investidura tierna de objeto. Y precisamente, en el caso de la **mujer** parece que la situación de peligro de la pérdida de objeto siguiera siendo la más eficaz. Respecto de la condición de angustia válida para ella, tenemos derecho a introducir esta pequeña modificación: más que de la ausencia o de la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto. Puesto que sabemos con certeza que la histeria tiene mayor afinidad con la feminidad, así como la neurosis obsesiva con la masculinidad, ello nos sugiere la conjetura de que la pérdida de amor como condición de angustia desempeña en la histeria un papel semejante a la amenaza de castración en las fobias, y a la angustia frente al superyó en la neurosis obsesiva" (Freud, 1926 [1925], pag. 135).

20.4.10. "(…) Empero, como diferencia respecto de la neurosis obsesiva debe destacarse que tales formaciones reactivas no muestran la naturaleza general de rasgos de carácter, sino que se limitan a relaciones muy especiales. Por ejemplo, la histérica que trata con excesiva ternura al hijo a quien en el fondo odia, no por ello será en el conjunto más amorosa que otras **mujeres**, ni siquiera más tierna con otros niños. La formación reactiva de la histeria retiene con firmeza un objeto determinado y no se eleva al carácter de una predisposición universal del yo. En cambio, lo característico de la neurosis obsesiva es

justamente esta generalización, el aflojamiento de los vínculos de objeto, la facilidad para el desplazamiento en la elección de objeto" (Freud, 1926 [1925], pag. 148).

20.4.11. "Otros enfermos, aún, se sienten perturbados en un campo particular, en que la vida de los sentimientos reclama la participación del cuerpo. Si son varones, se hallan incapaces de traducir en expresión corporal las mociones más tiernas hacia el otro sexo, en tanto que quizá dispongan de todas las reacciones frente a objetos menos amados. O su sensualidad se ata a personas a quienes desprecian y de las que querrían verse libres. O les impone condiciones cuyo cumplimiento les repugna a ellos mismos. Si los pacientes son **mujeres**, por angustia o asco, o por desconocidas inhibiciones, se sienten impedidas de entregarse a los reclamos de la vida sexual o, si han cedido al amor, se encuentran privadas del goce que la naturaleza ha estatuido como premio a esa obediencia" (Freud, 1926 [1925], pag. 174).

20.4.12. "Otro carácter de la sexualidad de la infancia es que el genuino miembro sexual femenino no desempeña en ella todavía papel alguno, no se ha descubierto aún para el niño. Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la **mujer** adulta sigue siendo un *dark continent* {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y esa «envidia del pene» da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas" (Freud, 1926, pags. 198-99).

20.4.13. "Hay todavía otras circunstancias que favorecen su conversión en curandero en el análisis. Si pretendiera hacer operaciones de ojos sin la debida preparación, el fracaso de sus extracciones de cataratas y sus iridectomías, así como la falta de pacientes, pronto pondrían término a su aventurerismo. Pero el ejercicio del análisis, comparativamente, no es para él peligroso. El público está mal acostumbrado por el resultado favorable, en términos generales, de las operaciones de ojos, y espera del cirujano la curación. Pero nadie se asombra si el «médico de los nervios» no sana a sus enfermos. No se está mal acostumbrado por los éxitos de la terapia en el caso de los neuróticos, y el neurólogo al menos «se ha ocupado mucho de ellos». Y precisamente no es mucho lo que se puede hacer, tienen que ayudar la naturaleza y el tiempo.

Es que en la **mujer** primero viene la menstruación, después el matrimonio y más tarde la menopausia. Al final, lo que efectivamente ayuda es la muerte. No es más que eso lo que el analista médico ha emprendido con los neuróticos, y de manera tan poco notoria que no

puede hacérsele reproche alguno. En efecto, no ha usado ni instrumentos ni medicamentos, sólo ha hablado con el enfermo, ha intentado persuadirlo o disuadirlo de algo. Y eso no lo puede perjudicar, en particular si se evitó tocar cosas penosas o emocionantes. El analista médico que se ha emancipado de la instrucción rigurosa no habrá omitido el intento de mejorar el análisis, de romperle los colmillos venenosos y hacerlo agradable al enfermo. Y qué bueno si se atuviera a ese intento, pues si efectivamente ha osado despertar resistencias, y luego no supo cómo conjurarlas, pudo haber resultado harto desagradable" (Freud, 1926, pag. 218).

20.4.14. "Ahora bien, si la endeblez relativa del yo es el factor decisivo para la génesis de la neurosis, también tiene que ser posible que una posterior enfermedad corporal produzca esta última, siempre que pueda provocar un debilitamiento de aquel. Y es lo que ocurre en amplia medida. Una perturbación corporal de esa índole puede afectar la vida pulsional dentro del ello y acrecentar la intensidad pulsional más allá del límite que el yo es capaz de enfrentar. El modelo normal de estos procesos sería, por ejemplo, la alteración producida en la **mujer** por las perturbaciones de la menstruación y por la menopausia. O bien una enfermedad corporal general, como una patología orgánica del órgano nervioso central, que ataca las condiciones de nutrición del aparato anímico, lo constriñe a rebajar su nivel de función y a suspender sus operaciones más finas, entre las que se cuenta el mantenimiento de la organización yoica. En todos estos casos se produce más o menos el mismo cuadro de la neurosis; esta tiene siempre el mismo mecanismo psicológico, pero, según ahora lo discernimos, la más variada etiología, harto compleja a menudo" (Freud, 1927, pag. 227).

20.4.15. "Pues bien; para el enfermo es indiferente que el analista sea médico o no, con tal que la consulta médica exigida antes que empiece el tratamiento, y a raíz de ciertos episodios en el curso de él, excluya el peligro de que se cometa un error sobre su cuadro. Para él tiene una importancia incomparablemente mayor que el analista posea las cualidades personales que lo hagan digno de confianza, y que haya adquirido los conocimientos e intelecciones, así como las experiencias, que lo habilitan para cumplir su tarea. Podría creerse que la autoridad del analista resultará menoscabada si el paciente sabe que no es médico y en muchas situaciones no puede prescindir del apoyo en un médico. Desde luego, nunca hemos omitido informar a los pacientes acerca de la calificación del analista, y entonces pudimos convencernos de que los prejuicios estamentales no encuentran eco alguno en ellos y están dispuestos a recibir el auxilio de quien se lo ofrezca —cosa que, por lo demás, el gremio médico tiene averiguado desde hace mucho y lo toma a mortal afrenta—. Y obsérvese que los analistas legos que hoy ejercen el análisis no son

individuos ordinarios cualesquiera, sino personas de formación académica, doctores en filosofía, pedagogos y **mujeres** de gran experiencia en la vida y sobresaliente personalidad. Y el análisis a que deben someterse todos los candidatos de un instituto didáctico en análisis es, al mismo tiempo, el mejor camino a fin de averiguar su aptitud personal para el ejercicio de esta exigente actividad" (Freud, 1926, pag. 229).

20.4.16. "(…) Habría podido aclarar mi posición real sobre este problema imitando la observación cínica aducida en un pasaje de *Simplicissimus* sobre las **mujeres**" (Freud, 1926, pag. 240).

Niña (6):

20.5.1. "NOTA AL PIE agregada en 1935: "Las averiguaciones sobre la sexualidad infantil se hicieron en el varón, y también la teoría derivada de ellas estuvo dirigida al niño varón. La expectativa de un acabado paralelismo entre ambos sexos era bastante natural, pero resultó desacertada. Posteriores indagaciones y reflexiones descubrieron profundas diferencias entre el desarrollo sexual del hombre y el de la mujer. También para la **niña** pequeña es la madre el primer objeto sexual, pero para alcanzar la meta del desarrollo normal la mujer debe cambiar de vía no sólo el objeto sexual, sino la zona genital rectora. De ello resultan dificultades y posibles inhibiciones, ausentes en el caso del varón" (Freud, 1925 [1924], pags. 34-35).

20.5.2. "(…) Ahora vemos que no corremos el peligro de declarar a la angustia de castración como el único motor de los procesos defensivos que llevan a la neurosis. En otro lugar he puntualizado cómo el desarrollo de la **niña** pequeña es guiado a través del complejo de castración hasta la investidura tierna de objeto. Y precisamente, en el caso de la mujer parece que la situación de peligro de la pérdida de objeto siguiera siendo la más eficaz. Respecto de la condición de angustia válida para ella, tenemos derecho a introducir esta pequeña modificación: más que de la ausencia o de la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto. Puesto que sabemos con certeza que la histeria tiene mayor afinidad con la feminidad, así como la neurosis obsesiva con la masculinidad, ello nos sugiere la conjetura de que la pérdida de amor como condición de angustia desempeña en la histeria un papel semejante a la amenaza de castración en las fobias, y a la angustia frente al superyó en la neurosis obsesiva" (Freud, 1926 [1925], pag. 135).

20.5.3. "Intentemos sustituir por un momento el afecto de angustia por otro, el afecto de dolor. Consideramos enteramente normal que la niñita de cuatro años llore dolida si se le rompe una muñeca; a los seis años, si su maestra la reprende; a los dieciséis, si su amado no hace caso de ella, y a los veinticinco quizá, si entierra a un hijo. Cada una de estas

condiciones de dolor tiene su época y desaparece expirada esta; las condiciones últimas, definitivas, se conservan toda la vida. Empero, sería llamativo que esta **niña**, ya esposa y madre, llorara porque se le estropeó un *bibelot.* Ahora bien, es así como se comportan los neuróticos. Hace tiempo que en su aparato anímico están conformadas todas las instancias para el dominio sobre los estímulos, y dentro de amplios límites; son lo bastante adultos para satisfacer por sí mismos la mayoría de sus necesidades; ha mucho saben que la castración ya no se practica como castigo, y no obstante se comportan como si todavía subsistieran las antiguas situaciones de peligro, siguen aferrados a todas las condiciones anteriores de angustia" (Freud, 1926 [1925], pags. 138-39).

20.5.4. "Otro carácter de la sexualidad de la infancia es que el genuino miembro sexual femenino no desempeña en ella todavía papel alguno, no se ha descubierto aún para el niño. Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. Acerca de la vida sexual de la **niña** pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la **niña** siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y esa «envidia del pene» da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas" […] "Ahora bien, no hay hecho que tenga más título para reclamar nuestra atención que este: el niño dirige sus deseos sexuales regularmente a las personas más próximas a él por parentesco, o sea, en primer lugar, a su padre y su madre, y luego a sus hermanos y hermanas. Para el varoncito, la madre es el primer objeto de amor; para la **niña**, lo es el padre, siempre que una disposición bisexual no favorezca también de manera simultánea la postura {actitud} contraria. El otro progenitor es sentido como un rival estorboso, y no es raro que se lo considere con intensa hostilidad. Entiéndame usted bien: no quiero decir que el niño desee, del progenitor preferido, sólo aquella clase de ternura en que nosotros, los adultos, vemos tan de buen grado la esencia del vínculo padres-hijos. No; el análisis no deja ninguna duda de que los deseos del niño se afanan por alcanzar, más allá de aquella, lo que concebimos como una satisfacción sensual, por cierto que hasta donde llega la capacidad de representación del niño.

Es fácil comprender que este nunca colige la verdad efectiva sobre la unión de los sexos, remplazándola por otras representaciones, que él deriva de sus experiencias y sensaciones. Por lo común, sus deseos culminan en el propósito de dar a luz un niño o —de manera indeterminada— engendrarlo. Tampoco el varoncito, en su ignorancia, queda excluido del deseo de dar a luz un niño. A todo este edificio anímico lo llamamos, de acuerdo con la

conocida saga griega, *complejo de Edipo*. El proceso normal es que al final de la época del florecimiento sexual se lo abandone, se lo desmonte en todas sus piezas y se lo trasmude; y los resultados de esta mudanza están destinados a producir grandes rendimientos en la posterior vida anímica. Pero por regla general aquello no acontece con el suficiente radicalismo, y la pubertad convoca una reanimación del complejo, que puede traer aparejadas graves consecuencias" (Freud, 1926, pags. 198-200).

Tomo 21

Sexualidad Femenina (2):

21.1.1. “En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la **sexualidad femenina**. Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí.

Como es sabido, es frecuente el caso de mujeres con intensa ligazón-padre; en modo alguno serán por fuerza neuróticas. En tales mujeres he realizado las observaciones de que informaré y que me han movido a adoptar cierta concepción acerca de la **sexualidad femenina**. Dos hechos me llamaron sobre todo la atención. He aquí el primero: toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. La segunda fase apenas si había aportado a la vida amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía {*Wechsel*} del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral” (Freud, 1931, pags. 227-28).

Feminidad (14):

21.2.1. “Otra complicación sobreviene cuando en el niño se ha plasmado con intensidad mayor aquel factor constitucional que llamamos bisexualidad. Amenazada la virilidad por la castración, se vigorizará en tal caso la inclinación a buscar escapatoria por el lado de la **feminidad**, a ponerse más bien en el lugar de la madre y adoptar su papel de objeto de amor ante el padre. Sólo que la angustia de castración imposibilita también esta solución. Uno comprende que sería preciso admitir la castración si quisiera ser amado por el padre como una mujer. Así caen bajo la represión ambas mociones, odio al padre y

enamoramiento de él. Hay una cierta diferencia psicológica, consistente en que el odio al padre es resignado a consecuencia de la angustia frente a un peligro exterior (la castración); en cambio, el enamoramiento del padre es tratado como un peligro pulsional interior, que, empero, se remonta en el fondo también a idéntico peligro exterior" (Freud, 1928 [1927], pag. 181).

21.2.2. "Los procesos normales de la formación de la conciencia moral tendrían que ser semejantes a los anormales aquí expuestos. Empero, no hemos logrado establecer el deslinde entre ambos. Como se advierte, aquí se atribuye la máxima participación en el desenlace a los componentes pasivos de la **feminidad** reprimida. Además, un factor accidental no puede menos que pesar: que el padre temido sea muy violento también en la realidad. Esto se aplica al caso de Dostoievski, y reconducíremos a un componente femenino particularmente intenso el hecho de su extraordinario sentimiento de culpa así como su modo masoquista de vida. He aquí, pues, la fórmula para Dostoievski: Una persona de disposición bisexual particularmente intensa, que puede defenderse con particular intensidad del vasallaje de un padre particularmente duro. Agregamos este carácter de la bisexualidad a los componentes de su ser ya discernidos. El temprano síntoma de los «ataques de muerte» puede comprenderse entonces como una identificación-padre del yo, consentida por el superyó a modo de castigo. «Tú has querido matar a tu padre para ser tú mismo el padre. Ahora eres el padre, pero el padre muerto»: el mecanismo habitual de los síntomas histéricos. Y además: «Ahora el padre te mata». Para el yo, el síntoma de la muerte es una satisfacción en la fantasía del deseo viril, y al mismo tiempo una satisfacción masoquista; para el superyó, una satisfacción de castigo, vale decir, sádica. Ambos, yo y superyó, siguen desempeñando el papel del padre" (Freud, 1928 [1927], pag. 182-83).

21.2.3. "En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada. Empero, esta impresión puede venirme de que las mujeres acaso establecieron conmigo en el análisis la misma ligazón-padre en la que se habían refugiado al salir de esa prehistoria. En efecto, parece que las analistas mujeres, como Jeanne Lampl-de Groot y

Helene Deutsch, pudieron percibir ese estado de los hechos de manera más fácil y nítida porque en las personas que les sirvieron de testigos tuvieron el auxilio de la trasferencia sobre un adecuado sustituto de la madre. En cuanto a mí, no he logrado penetrar un caso de manera perfecta, y por eso me limito a comunicar los resultados más generales y aduzco sólo unas pocas muestras de mis nuevas intelecciones. Una de estas es que la mencionada

fase de la ligazón-madre deja conjeturar un nexo particularmente íntimo con la etiología de la histeria, lo que no puede sorprender si se repara en que ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la **feminidad**; además, la intelección de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer. Es que muy bien parece ser ese germen la angustia, sorprendente pero de regular emergencia, de ser asesinada (¿devorada?) por la madre. Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la niña se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones de la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica" (Freud, 1931, pags. 228-29).

21.2.4. "La fase de la ligazón-madre exclusiva, que puede llamarse *preedípica*, reclama entonces una significación muchísimo mayor en la mujer, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella. Por ejemplo, uno observado desde tiempo atrás: muchas mujeres que han escogido a su marido según el modelo del padre o lo han puesto en el lugar de este repiten con él, sin embargo, en el matrimonio, su mala relación con la madre. El debía heredar el vínculo-padre y en realidad hereda el vínculo-madre. Se lo comprende con facilidad como un evidente caso de regresión. El vínculo-madre fue el originario; sobre él se edificó la ligazón-padre, y ahora en el matrimonio sale a la luz, desde la represión, lo originario. El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la **feminidad**" (Freud, 1931, pag. 232).

21.2.5. "Otro motivo, mucho más específico, de extrañamiento respecto de la madre resulta del efecto del complejo de castración sobre la criatura sin pene. En algún momento la niña pequeña descubre su inferioridad orgánica, desde luego antes y más fácilmente cuando tiene hermanos o hay varoncitos en su cercanía. Enunciamos ya las tres orientaciones que se abren entonces: a) la suspensión de toda la vida sexual; b) la porfiada hiperinsistencia en la virilidad, y c) los esbozos de la **feminidad** definitiva. No es fácil aquí hacer precisiones temporales más exactas ni establecer circuitos típicos. Ya el momento en que se descubre la castración es variable, muchos otros factores parecen ser inconstantes y depender del azar. Cuenta el estado del propio quehacer fálico; también, que este sea descubierto o no, y el grado de impedimento que se vivencie tras el descubrimiento" (Freud, 1931, pag. 233).

21.2.6. "Cuando la niña pequeña se entera de su propio defecto por la vista de un genital masculino, no acepta sin vacilación ni renuencia la indeseada enseñanza. Como tenemos

dicho, se obstina en la expectativa de poseer alguna vez un genital así, y el deseo de tenerlo sobrevive todavía largo tiempo a la esperanza. En todos los casos, el niño considera al comienzo la castración sólo como un infortunio individual, sólo más tarde la extiende también a ciertos niños, y por fin a algunos adultos. Cuando se capta la universalidad de este carácter negativo, se produce una gran desvalorización de la **feminidad**, y por eso también de la madre" (Freud, 1931, pags. 234-35).

21.2.7. "Otra pregunta reza: ¿Qué demanda la niña pequeña de su madre? ¿De qué índole son sus metas sexuales en esa época de la ligazón-madre exclusiva? La respuesta, tomada del material analítico, armoniza en un todo con nuestras expectativas. Las metas sexuales de la niña junto a la madre son de naturaleza tanto activa como pasiva, y están comandadas por las fases libidinales que atraviesan los niños. La relación de la actividad con la pasividad merece aquí nuestro particular interés. Es fácil observar que en todos los ámbitos del vivenciar anímico, no sólo en el de la sexualidad, una impresión recibida pasivamente provoca en el niño la tendencia a una reacción activa. Intenta hacer lo mismo que antes le hicieron o que hicieron con él. He ahí una porción del trabajo que le es impuesto para dominar el mundo exterior, y hasta puede llevar a que se empeñe en repetir unas impresiones que habría tenido motivos para evitar a causa de su contenido penoso. También el juego infantil es puesto al servicio de este propósito de complementar una vivencia pasiva mediante una acción y cancelarla de ese modo, por así decir. Si el doctor hace abrir la boca al niño renuente para examinar su garganta, luego que él se aleje el niño jugará al doctor y repetirá el violento procedimiento en un hermanito tan desvalido frente a él como él lo estuvo frente al doctor. En todo esto se muestra de manera inequívoca una rebeldía contra la pasividad y una predilección por el papel activo. No en todos los niños se da con igual regularidad y energía esa alternancia de la pasividad a la actividad, y en muchos puede faltar. De esta conducta del niño se puede extraer una inferencia acerca de la intensidad relativa de la masculinidad y **feminidad** que habrá de mostrar en su sexualidad" […] "Es raro oír que la niña pequeña lave a la madre, la vista o le indique hacer sus necesidades excrementicias. Es verdad que le dice en ocasiones: «Ahora jugaremos a que yo soy la madre y tú el nene», pero casi siempre cumple esos deseos activos de manera indirecta, en el juego con la muñeca, donde ella misma figura a la madre como la muñeca al nene. La preferencia de la niña —a diferencia del varón— por el juego de la muñeca suele concebirse como signo del temprano despertar de la **feminidad**. Y no sin razón; empero, no debe pasarse por alto que lo que aquí se exterioriza es la actividad de la **feminidad**, y que esta predilección de la niña tal vez atestigüe el carácter exclusivo de la ligazón con la madre, con total prescindencia del objeto-padre" (Freud, 1931, pags. 237-38).

21.2.8. “El extrañamiento respecto de la madre es un paso en extremo sustantivo en la vía de desarrollo de la niña; es algo más que un mero cambio de vía del objeto. Ya hemos descrito su origen, así como la acumulación de sus presuntas motivaciones, y ahora agregaremos que al par que sobreviene se observa un fuerte descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas. Es cierto que las aspiraciones activas fueron afectadas con mayor intensidad por la frustración {denegación}, demostraron ser completamente inviables y por eso la libido las abandona con mayor facilidad, pero tampoco faltaron desengaños del lado de las aspiraciones pasivas. Con el extrañamiento respecto de la madre a menudo se suspende también la masturbación clitorídea, y hartas veces la represión de la masculinidad anterior infiere un daño permanente a buena parte de su querer-alcanzar sexual. El tránsito al objeto-padre se cumple con ayuda de las aspiraciones pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente {*Umsturz*}. Ahora queda expedito para la niña el camino hacia el desarrollo de la **feminidad**, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre preedípica superada” (Freud, 1931, pags. 240-41).

21.2.9. “Si se echa una mirada panorámica sobre el fragmento aquí descrito del desarrollo sexual femenino, no es posible refrenar cierto juicio acerca de la **feminidad** en su conjunto. Hallamos en acción las mismas fuerzas libidinosas que en el varoncito, y pudimos convencernos de que, en ambos casos, durante cierto tiempo se transita por idénticos caminos y se llega a iguales resultados.

Luego, factores biológicos desvían a esas fuerzas de sus metas iniciales y guían por las sendas de la **feminidad** aun a aspiraciones activas, masculinas en todo sentido. Como no podemos negar que la excitación sexual se reconduce al efecto de determinadas sustancias químicas, nuestra primera expectativa sería que un día la bioquímica habrá de ofrecernos una sustancia cuya presencia provoque la excitación sexual masculina, y otra que provoque la femenina. Pero esta esperanza no parece menos ingenua que aquella otra, hoy por suerte superada, de descubrir bajo el microscopio sendos excitadores de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc.” (Freud, 1931, pag. 241).

21.2.10. “Algunos autores se inclinan a restar valor a las primeras y más originarias mociones libidinales del niño en favor de procesos posteriores del desarrollo, de suerte que —expresado en términos extremos— sólo les resta a aquellas el papel de señalar ciertas orientaciones, mientras que las intensidades [psíquicas] que echan a andar por esas vías son sufragadas por regresiones y formaciones reactivas posteriores. Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que hemos sobrestimado en mucho la primaria envidia del pene de la niña, en tanto atribuye la intensidad de la aspiración a la masculinidad

posteriormente desplegada a una envidia del pene secundaria, usada para defenderse de las mociones femeninas, en especial de la ligazón femenina con el padre. Esto no se corresponde con mis impresiones. Por seguro que sea el hecho de los posteriores refuerzos por regresión y formación reactiva, y por difícil que pueda resultar la apreciación relativa de los componentes libidinales afluyentes, opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse inconmensurable. Es correcto, sin duda, que entre la ligazón-padre y el complejo de masculinidad hay una relación de oposición —es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y **feminidad**—, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa. Y toda vez que la defensa contra la **feminidad** se cumple con tanta energía, ¿de dónde recibiría su fuerza si no es de la aspiración a la masculinidad, que ha hallado su primera expresión en la envidia del pene del niño y por eso merece ser llamada de acuerdo con esta?" (Freud, 1931, pags. 243-44).

Femenina/o (34):

21.3.1. NOTA AL PIE: "Agrego las siguientes puntualizaciones para apoyar la conjetura expresada en el texto: También el ser humano es un animal de indudable disposición bisexual. El in-dividuo {*Individuum*} corresponde a una fusión de dos mitades simétricas; en opinión de muchos investigadores, una de ellas es puramente masculina, y la otra, **femenina.** También es posible que cada mitad fuera originariamente hermafrodita. La sexualidad es un hecho biológico que, aunque de extraordinaria significación para la vida anímica, es difícil de asir psicológicamente. Solemos decir: cada ser humano muestra mociones pulsionales, necesidades, propiedades, tanto masculinas cuanto **femeninas**, pero es la anatomía, y no la psicología, la que puede registrar el carácter de lo masculino y lo **femenino**. Para la psicología, la oposición sexual se atempera, convirtiéndose en la que media entre actividad y pasividad; y demasiado apresuradamente hacemos coincidir la actividad con lo masculino y la pasividad con lo **femenino**, cosa que en modo alguno se corrobora sin excepciones en el mundo animal. La doctrina de la bisexualidad sigue siendo todavía muy oscura, y no podemos menos que considerar un serio contratiempo que en el psicoanálisis todavía no haya hallado enlace alguno con la doctrina de las pulsiones. Comoquiera que sea, si admitimos como un hecho que el individuo quiere satisfacer en su vida sexual deseos tanto masculinos cuanto **femeninos**, estaremos preparados para la posibilidad de que esas exigencias no sean cumplidas por el mismo objeto y se perturben entre sí cuando no se logra mantenerlas separadas y guiar cada moción por una vía

particular, adecuada a ella. Otra dificultad deriva de que el vínculo erótico, además de los componentes sádicos que le son propios, con harta frecuencia lleva acoplado un monto de inclinación a la agresión directa. No siempre el objeto de amor mostrará frente a esas complicaciones tanta comprensión y tolerancia como aquella campesina que se quejaba de que su marido ya no la quería, porque llevaba una semana sin zurrarla" (Freud, 1930 [1929], pag. 103).

21.3.2. "(…) Como *stigma indelebile* de la represión sobrevenida permanece, además, la enajenación respecto de los reales **genitales femeninos**, que no falta en ningún fetichista" […] "Probablemente a ninguna persona del sexo masculino le es ahorrado el terror a la castración al ver los **genitales femeninos**. ¿Por qué algunos se vuelven homosexuales a consecuencia de esa impresión, otros se defienden de ella creando un fetiche y la inmensa mayoría la supera? He ahí algo que por cierto no sabemos explicar. Es posible que, de todas las condiciones cooperantes, no conozcamos todavía las decisivas para los raros desenlaces patológicos; por lo demás, contentémonos con poder explicar lo que acontece, y considerémonos autorizados a desechar provisionalmente la tarea de explicar por qué algo no acontece.

Cabría esperar que, en sustitución del **falo femenino** que se echó de menos, se escogieran aquellos órganos u objetos que también en otros casos subrogan al pene en calidad de símbolos. Acaso ello ocurra con bastante frecuencia, pero sin duda no es lo decisivo. En la instauración del fetiche parece serlo, más bien, la suspensión de un proceso, semejante a la detención del recuerdo en la amnesia traumática. También en aquella el interés se detiene como a mitad de camino; acaso se retenga como fetiche la última impresión anterior a la traumática, la ominosa {*unheimlich*}. Entonces, el pie o el zapato —o una parte de ellos— deben su preferencia como fetiches a la circunstancia de que la curiosidad del varoncito fisgoneó los **genitales femeninos** desde abajo, desde las piernas; pieles y terciopelo —esto ya había sido conjeturado desde mucho antes— fijan la visión del vello pubiano, a la que habría debido seguir la ansiada visión del **miembro femenino**; las prendas interiores, que tan a menudo se escogen como fetiche, detienen el momento del desvestido, el último en que todavía se pudo considerar fálica a la mujer. Empero, no pretendo aseverar que en todos los casos se averigüe con trasparente certeza la determinación del fetiche. Ha de recomendarse perentoriamente la indagación del fetichismo a todos aquellos que todavía dudan de la existencia del complejo de castración o pueden creer que el terror ante los **genitales femeninos** tiene otro fundamento (p. ej., que deriva del supuesto recuerdo del trauma del nacimiento)" (Freud, 1927, pags. 149-50).

21.3.3. "(…) Otra variante, pero que al mismo tiempo constituiría un paralelo del fetichismo en la psicología de los pueblos, sería la costumbre de los chinos de mutilar primero el **pie femenino** para luego venerar a lo mutilado como a un fetiche. Se creería que el hombre chino quiere agradecer a la mujer haberse sometido a la castración" (Freud, 1927, pag. 152).

21.3.4. "La angustia frente al padre es lo que vuelve inadmisible el odio a él; la castración es terrorífica, tanto en su condición de castigo como en la de precio del amor. De los dos factores que reprimen {desalojan} el odio al padre, el primero, la angustia directa frente al castigo y la castración, ha de llamarse normal; el refuerzo patógeno parece venir sólo del otro factor: la angustia ante la **actitud femenina**. Por tanto, una fuerte disposición bisexual se convierte en una de las condiciones o refuerzos de la neurosis. Puede suponérsela con certeza en Dostoievski, y una de sus formas posibles de existencia (homosexualidad latente) se muestra en el valor que tuvieron para su vida sus amistades con hombres, en su conducta raramente tierna hacia sus rivales en el amor, y en su notable comprensión para situaciones sólo explicables por una homosexualidad reprimida, como lo atestiguan muchos ejemplos de sus novelas" […] "Si el padre fue duro, violento, cruel, el superyó toma de él esas cualidades y en su relación con el yo vuelve a producirse la pasividad que justamente debía ser reprimida. El superyó ha devenido sádico, el yo deviene masoquista, es decir, en el fondo, **femeninamente pasivo**. Dentro del yo se genera una gran necesidad de castigo, que en parte está pronta como tal a acoger al destino, y en parte halla satisfacción en el maltrato por el superyó (conciencia de culpa). En efecto, cada castigo es en el fondo la castración y, como tal, el cumplimiento de la vieja actitud pasiva hacia el padre. Y el destino mismo no es en definitiva sino una tardía proyección del padre" (Freud, 1928 [1927], pag. 182).

21.3.5. "(…) Además, un factor accidental no puede menos que pesar: que el padre temido sea muy violento también en la realidad. Esto se aplica al caso de Dostoievski, y reconduciremos a un **componente femenino** particularmente intenso el hecho de su extraordinario sentimiento de culpa así como su modo masoquista de vida" (Freud, 1928 [1927], pag. 183).

21.3.6. "(…) Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la **sexualidad femenina**" […] "En tales mujeres he realizado las observaciones de que informaré y que me han movido a adoptar cierta concepción acerca de la **sexualidad femenina**" […] "El segundo hecho enseñaba que habíamos subestimado también la duración de esa ligazón-madre. En la mayoría de los casos llegaba hasta bien entrado el

cuarto año, en algunos hasta el quinto, y por tanto abarcaba la parte más larga, con mucho, del florecimiento sexual temprano. Más aún: era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del **sexo femenino** permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón.

Con ello, la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla. Por una parte, se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. De hecho, en el curso de esa fase el padre no es para la niña mucho más que un rival fastidioso, aunque la hostilidad hacia él nunca alcanza la altura característica para el varoncito. Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el **desarrollo sexual** masculino y el **femenino**" (Freud, 1931, pags. 227-28).

21.3.7. "He anticipado los dos hechos que me resultaron novedosos, a saber: que la intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada. Ahora volveré atrás para insertar estos resultados dentro del cuadro del **desarrollo sexual femenino**, tal como nos hemos ido familiarizando con él; no podremos evitar algunas repeticiones. La comparación continua con las constelaciones que hallamos en el varón no hará sino beneficiar nuestra exposición.

En primer lugar, es innegable que la bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición {constitucional} de los seres humanos, resalta con mucho mayor nitidez en la mujer que en el varón. En efecto, este tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente **femenina**, y el clítoris, análogo al miembro viril. Nos consideramos autorizados a suponer que durante muchos años la vagina es como si no estuviese, y acaso sólo en la época de la pubertad proporciona sensaciones. En los últimos tiempos, es verdad, se multiplican las voces de los observadores que hacen remontar mociones vaginales hasta esos años tempranos. Lo esencial, vale decir, lo que precede a la genitalidad en la infancia, tiene que desenvolverse en la mujer en torno del clítoris. La vida sexual de la mujer se descompone por regla

general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; sólo la segunda es la específicamente **femenina**. Por tanto, en el **desarrollo femenino** hay un proceso de trasporte de una fase a la otra, que carece de análogo en el varón. Otra complicación nace de que la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer de una manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente. Desde luego, no sabemos cuál es la base biológica de estas particularidades de la mujer; menos todavía podemos atribuirles un propósito teleológico" (Freud, 1931, pags. 229-30).

21.3.8. "(…) El inevitable destino del vínculo de simultáneo amor a uno de los progenitores y odio al rival se establece sólo para el niño varón. Y luego es en este en quien el descubrimiento de la posibilidad de castración, como se prueba por la vista de los **genitales femeninos**, impone la replasmación del complejo de Edipo, produce la creación del superyó y así introduce todos los procesos que tienen por meta la inserción del individuo en la comunidad de cultura" (…) "En el varón, sin duda, resta como secuela del complejo de castración cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y, si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva. Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final **configuración femenina** que toma al padre como objeto y así halla la **forma femenina** del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere. Por eso son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición. Probablemente no se yerre aseverando que

esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración imprime su cuño al carácter de la mujer como ser social.

La fase de la ligazón-madre exclusiva, que puede llamarse preedípica, reclama entonces una significación muchísimo mayor en la mujer, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la **vida sexual femenina**, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella. Por ejemplo, uno observado desde tiempo atrás: muchas mujeres que han escogido a su marido según el modelo del padre o lo han puesto en el lugar de este repiten con él, sin embargo, en el matrimonio, su mala relación con la madre. El debía heredar el vínculo-padre y en realidad hereda el vínculo-madre. Se lo comprende con facilidad como un evidente caso de regresión. El vínculo-madre fue el originario; sobre él se edificó la ligazón-padre, y ahora en el matrimonio sale a la luz, desde la represión, lo originario. El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad"

NOTA AL PIE: "Se puede prever que los feministas entre los hombres, pero también nuestras analistas mujeres, discreparán con estas puntualizaciones. Difícilmente dejarán de objetar que tales doctrinas provienen del «complejo de masculinidad» del varón y están destinadas a procurar justificación teórica a su innata tendencia a rebajar y oprimir a la mujer. Sólo que semejante argumentación psicoanalítica recuerda en este caso, como en tantos otros, a la famosa «vara de dos puntas» de Dostoievski. En efecto, a su vez los oponentes de quienes sostengan tales asertos hallarán muy comprensible que el **sexo femenino** no quiera aceptar algo que parece contradecir su igualación al varón, cálidamente ansiada. Es evidente que el uso del psicoanálisis como instrumento polémico no lleva a decidir las cuestiones" (Freud, 1931, pag. 231-32).

21.3.9. "Las **personas del sexo femenino** con intensa ligazón-madre en quienes pude estudiar la fase preedípica han informado, de acuerdo con lo anterior, que opusieron la máxima resistencia a las enemas y evacuaciones de intestino que la madre emprendió con ellas, reaccionando con angustia y grita enfurecida. Acaso sea esta una conducta muy frecuente o aun regular de los niños. Sólo logré inteligir los fundamentos de esta protesta particularmente violenta mediante una puntualización de Ruth Mack Brunswick, quien de manera simultánea se ocupaba de los mismos problemas: ella se inclinaba a comparar el estallido de furia tras la enema con el orgasmo tras una estimulación genital. En tal caso, la angustia se comprendería como trasposición del placer de agredir, puesto en movimiento. Opino que efectivamente es así, y que en el estadio sádico-anal la intensa estimulación pasiva de la zona intestinal es respondida por un estallido de placer de agredir,

que se da a conocer de manera directa como furia o, a consecuencia de su sofocación, como angustia. Esta reacción parece agotarse en años posteriores" (Freud, 1931, pag. 239).

21.3.10. "Si se echa una mirada panorámica sobre el fragmento aquí descrito del **desarrollo sexual femenino**, no es posible refrenar cierto juicio acerca de la feminidad en su conjunto. Hallamos en acción las mismas fuerzas libidinosas que en el varoncito, y pudimos convencernos de que, en ambos casos, durante cierto tiempo se transita por idénticos caminos y se llega a iguales resultados.

Luego, factores biológicos desvían a esas fuerzas de sus metas iniciales y guían por las sendas de la feminidad aun a aspiraciones activas, masculinas en todo sentido. Como no podemos negar que la excitación sexual se reconduce al efecto de determinadas sustancias químicas, nuestra primera expectativa sería que un día la bioquímica habrá de ofrecernos una sustancia cuya presencia provoque la **excitación sexual** masculina, y otra que provoque la **femenina**. Pero esta esperanza no parece menos ingenua que aquella otra, hoy por suerte superada, de descubrir bajo el microscopio sendos excitadores de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc." (Freud, 1931, pag. 241).

21.3.11. "La descripción de Abraham (1921) de las manifestaciones del complejo de castración en la mujer no ha sido en verdad superada todavía; pero nos gustaría ver insertado en ella el factor de la ligazón-madre inicial y exclusiva. Tengo que declararme de acuerdo en los puntos esenciales con el importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot (1927), donde se discierne la plena identidad de la fase preedípica en el varoncito y la niña, se sostiene la actividad sexual (fálica) de la niña hacia la madre, y se la prueba mediante observaciones. El extrañamiento respecto de la madre es reconducido al influjo del conocimiento de la castración, que obliga al niño a resignar el objeto sexual y, con él, a menudo, el onanismo; para el desarrollo en su conjunto se acuña la fórmula de que la niña atraviesa una fase de complejo de Edipo «negativo» antes que pueda ingresar en el positivo. Encuentro una insuficiencia de ese trabajo en el hecho de que presenta el extrañamiento de la madre como un mero cambio de vía del objeto, y no considera que se consuma bajo los más claros signos de hostilidad. Esta hostilidad halla apreciación cabal en el último ensayo de Helene Deutsch sobre el **masoquismo femenino** y su relación con la frigidez (1930), donde la autora admite también la actividad fálica de la muchacha y la intensidad de su ligazón-madre. Deutsch indica, además, que la vuelta hacia el padre acontece por el camino de las aspiraciones pasivas (ya puestas en movimiento a raíz de la madre). En su primer libro publicado (1925), la autora no se había emancipado todavía de la aplicación del esquema edípico también a la fase preedípica, y por eso interpretaba la actividad fálica de la niña como identificación con el padre" […] "Algunos autores se

inclinan a restar valor a las primeras y más originarias mociones libidinales del niño en favor de procesos posteriores del desarrollo, de suerte que —expresado en términos extremos— sólo les resta a aquellas el papel de señalar ciertas orientaciones, mientras que las intensidades [psíquicas] que echan a andar por esas vías son sufragadas por regresiones y formaciones reactivas posteriores. Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que hemos sobrestimado en mucho la primaria envidia del pene de la niña, en tanto atribuye la intensidad de la aspiración a la masculinidad posteriormente desplegada a una envidia del pene secundaria, usada para defenderse de las **mociones femeninas**, en especial de la **ligazón femenina** con el padre. Esto no se corresponde con mis impresiones. Por seguro que sea el hecho de los posteriores refuerzos por regresión y formación reactiva, y por difícil que pueda resultar la apreciación relativa de los componentes libidinales afluyentes, opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse inconmensurable. Es correcto, sin duda, que entre la ligazón-padre y el complejo de masculinidad hay una relación de oposición —es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y feminidad—, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa. Y toda vez que la defensa contra la feminidad se cumple con tanta energía, ¿de dónde recibiría su fuerza si no es de la aspiración a la masculinidad, que ha hallado su primera expresión en la envidia del pene del niño y por eso merece ser llamada de acuerdo con esta?" (Freud, 1931, pags. 242-44).

Mujer (76):

21.4.1. "Hemos hablado de una hostilidad a la cultura, producida por la presión que ella ejerce, por las renuncias de lo pulsional que exige. Imaginemos canceladas sus prohibiciones: será lícito escoger como objeto sexual a la **mujer** que a uno le guste, eliminar sin reparos a los rivales que la disputen o a quienquiera que se interponga en el camino; se podrá arrebatarle a otro un bien cualquiera sin pedirle permiso: ¡qué hermosa sucesión de satisfacciones sería entonces la vida! Claro que enseguida se tropieza con la inmediata dificultad: los demás tienen justamente los mismos deseos que yo, y no me dispensarán un trato más considerado que yo a ellos. Por eso, en el fondo, sólo un individuo podrá devenir ilimitadamente dichoso mediante esa cancelación de las limitaciones culturales: un tirano, un dictador, que haya atraído hacia sí todos los medios de poder; y ese individuo, además, tendrá todas las razones para desear que los otros obedezcan al menos a este solo mandamiento cultural: «No matarás»" (Freud, 1927, pag. 15).

21.4.2. “(…) Y bien; no tenemos otro medio para gobernar nuestra pulsionalidad que nuestra inteligencia. ¿De qué manera confiamos en que alcanzarán el ideal psicológico, el primado de la inteligencia, personas que están bajo el imperio de la prohibición de pensar? Como usted sabe, se dice y se repite que las **mujeres** en general sufren la llamada «imbecilidad fisiológica», es decir, tienen menor inteligencia que el varón. El hecho mismo es discutible, su explicación es incierta, pero he aquí un argumento que indicaría la naturaleza secundaria de esta mutilación intelectual: las **mujeres** están sujetas a la temprana prohibición de dirigir su pensamiento a lo que más les habría interesado, a saber, los problemas de la vida sexual. Puesto que desde muy temprana edad pesan sobre el ser humano, además de la inhibición de pensar el tema sexual, la inhibición religiosa y, derivada de esta, la de la lealtad política, de hecho nos resulta imposible decir cómo es él realmente” (Freud, 1927, pag. 47).

21.4.3. “Quien durante decenios ha tomado somníferos, no podrá dormir, desde luego, si le son quitados. En cuanto a la licitud de igualar el efecto de los consuelos religiosos a los de un narcótico, cierto proceso que se desarrolla en Estados Unidos lo ilustra bellamente. En ese país se pretende ahora quitar a los hombres —sin duda bajo el influjo del gobierno de las **mujeres**— todos los medios de estímulo, de embriaguez y de goce, saturándolos, como resarcimiento, del temor de Dios. Tampoco en el caso de este experimento hace falta saber cuál será el desenlace” (Freud, 1927, pag. 48).

21.4.4. NOTA AL PIE: “Algún material psicoanalítico, incompleto e incapaz de ofrecer indicaciones ciertas, admite al menos una conjetura —que suena fantástica— acerca del origen de esta hazaña de la humanidad. Es como si el hombre primordial soliera, al toparse con el fuego, satisfacer en él un placer infantil extinguiéndolo con su chorro de orina. De atenernos a sagas registradas, no ofrece duda ninguna la concepción fálica originaria de las llamas que se alzan a lo alto en forma de lenguas. La extinción del fuego mediante la orina —que retoman los modernos gigantes Gulliver, en Lilliput, y el Gargantúa de Rabelais— era por tanto como un acto sexual con un varón, un goce de la potencia viril en la competencia homosexual. Quien primero renunció a este placer y resguardó el fuego pudo llevarlo consigo y someterlo a su servidumbre. Por haber ahogado el fuego de su propia excitación sexual pudo enfrenar la fuerza natural del fuego. Así, esta gran conquista cultural habría sido el premio por una renuncia de lo pulsional. Y además, es como si la **mujer** hubiera sido designada guardiana del hogar porque su conformación anatómica no le permitía ceder a esa tentación de placer. Es notable, también, la regularidad con que las experiencias analíticas atestiguan el nexo entre ambición, fuego y erotismo uretral” (Freud, 1930 [1929], pag. 89).

21.4.5. "(…) Cabe conjeturar que la fundación misma de la familia se enlazó con el hecho de que la necesidad de satisfacción genital dejó de emerger como un huésped que aparecía de pronto en casa de alguien, y tras su despedida no daba más noticias de sí; antes bien, se instaló en el individuo como pensionista. Ello dio al macho un motivo para retener junto a sí a la **mujer** o, más en general, a los objetos sexuales; las hembras, que no querían separarse de sus desvalidos vástagos, se vieron obligadas a permanecer junto al macho, más fuerte, justamente en interés de aquellos. En esta familia primitiva aun echamos de menos un rasgo esencial de la cultura; la arbitrariedad y albedrío del jefe y padre era ilimitada. En *Tótem y tabú* he intentado mostrar el camino que llevó desde esta familia hasta el siguiente grado de la convivencia, en la forma de las alianzas de hermanos. Tras vencer al padre, los hijos hicieron la experiencia de que una unión puede ser más fuerte que el individuo. La cultura totemista descansa en las limitaciones a que debieron someterse para mantener el nuevo estado. Los preceptos del tabú fueron el primer «derecho». Por consiguiente, la convivencia de los seres humanos tuvo un fundamento doble: la compulsión al trabajo, creada por el apremio exterior, y el poder del amor, pues el varón no quería estar privado de la **mujer** como objeto sexual, y ella no quería separarse del hijo, carne de su carne. Así, Eros y Ananké pasaron a ser también los progenitores de la cultura humana. El primer resultado de esta fue que una mayor cantidad de seres humanos pudieron permanecer en comunidad. Y como esos dos grandes poderes conjugaban sus efectos para ello, cabía esperar que el desarrollo posterior se consumara sin sobresaltos hacia un dominio cada vez mayor sobre el mundo exterior y hacia la extensión del número de seres humanos abarcados por la comunidad. En verdad no es fácil comprender cómo esta cultura pudo tener sobre sus participantes otros efectos que los propicios para su dicha" (Freud, 1930 [1929], pags. 97-99).

21.4.6. "Aquel amor que fundó a la familia sigue activo en la cultura tanto en su sesgo originario, sin renuncia a la satisfacción sexual directa, como en su modificación, la ternura de meta inhibida. En ambas formas prosigue su función de ligar entre sí un número mayor de seres humanos, y más intensamente cuando responde al interés de la comunidad de trabajo. El descuido del lenguaje en el empleo de la palabra «amor» halla una justificación genética. «Amor» designa el vínculo entre varón y **mujer**, que fundaron una familia sobre la base de sus necesidades genitales; pero también se da ese nombre a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre los hermanos dentro de la familia, aunque por nuestra parte debemos describir tales vínculos como amor de meta inhibida, como ternura. Es que el amor de meta inhibida fue en su origen un amor plenamente sensual, y lo sigue siendo en el inconciente de los seres humanos. Ambos, el amor plenamente sensual y el de meta inhibida, desbordan la familia y establecen nuevas ligazones con personas hasta entonces

extrañas. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el de meta inhibida, a «fraternidades» que alcanzan importancia cultural porque escapan a muchas de las limitaciones del amor genital; por ejemplo, a su carácter exclusivo. Pero en el curso del desarrollo el nexo del amor con la cultura pierde su univocidad. Por una parte, el amor se contrapone a los intereses de la cultura; por la otra, la cultura amenaza al amor con sensibles limitaciones" (Freud, 1930 [1929], pag.100).

21.4.7. "Además, las **mujeres**, las mismas que por los reclamos de su amor habían establecido inicialmente el fundamento de la cultura, pronto entran en oposición con ella y despliegan su influjo de retardo y reserva. Ellas subrogan los intereses de la familia y de la vida sexual; el trabajo de cultura se ha ido convirtiendo cada vez más en asunto de los varones, a quienes plantea tareas de creciente dificultad, constriñéndolos a sublimaciones pulsionales a cuya altura las **mujeres** no han llegado. Puesto que el ser humano no dispone de cantidades ilimitadas de energía psíquica, tiene que dar trámite a sus tareas mediante una adecuada distribución de la libido. Lo que usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las **mujeres** y de la vida sexual: la permanente convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlo de sus tareas de esposo y padre. De tal suerte, la **mujer** se ve empujada a un segundo plano por las exigencias de la cultura y entra en una relación de hostilidad con ella.

De parte de la cultura, la tendencia a limitar la vida sexual no es menos nítida que su otra tendencia, la de ampliar su círculo. Ya su primera fase, el totemismo, conlleva la prohibición de la elección incestuosa de objeto, que tal vez constituya la mutilación más tajante que ha experimentado la vida amorosa de los seres humanos en el curso de las épocas. Por medio del tabú, de la ley y de las costumbres, se establecen nuevas limitaciones que afectan tanto a los varones como a las **mujeres**. No todas las culturas llegan igualmente lejos en esto; la estructura económica de la sociedad influye también sobre la medida de la libertad sexual restante. Ya sabemos que la cultura obedece en este punto a la compulsión de la necesidad económica; en efecto, se ve precisada a sustraer de la sexualidad un gran monto de la energía psíquica que ella misma gasta. Así, la cultura se comporta respecto de la sexualidad como un pueblo o un estrato de la población que ha sometido a otro para explotarlo. La angustia ante una eventual rebelión de los oprimidos impulsa a adoptar severas medidas preventivas. Nuestra cultura de Europa occidental exhibe un alto nivel dentro de ese desarrollo. Desde el punto de vista psicológico, se justifica por entero que empiece por proscribir las exteriorizaciones de la vida sexual infantil, pues el endicamiento de los apetitos sexuales del adulto no tiene perspectiva alguna de éxito si no se lo preparó desde la niñez. Pero lo que en modo alguno se justifica es que la sociedad culta haya

llegado incluso a desconocer {*leugnen*} estos fenómenos fácilmente comprobables, y aun llamativos. La elección de objeto del individuo genitalmente maduro es circunscrita al sexo contrario; la mayoría de las satisfacciones extragenitales se prohiben como perversiones. El reclamo de una vida sexual uniforme para todos, que se traduce en esas prohibiciones, prescinde de las desigualdades en la constitución sexual innata y adquirida de los seres humanos, segrega a buen número de ellos del goce sexual y de tal modo se convierte en fuente de grave injusticia. Ahora bien, el resultado de tales medidas limitativas podría ser que los individuos normales —no impedidos para ello por su constitución— volcaran sin merma todos sus intereses sexuales por los canales que se dejaron abiertos. Empero, lo único no proscrito, el amor genital heterosexual, es estorbado también por las limitaciones que imponen la legitimidad y la monogamia. La cultura de nuestros días deja entender bien a las claras que sólo permitirá las relaciones sexuales sobre la base de una ligazón definitiva e indisoluble entre un hombre y una **mujer**, que no quiere la sexualidad como fuente autónoma de placer y está dispuesta a tolerarla solamente como la fuente, hasta ahora insustituida, para la multiplicación de los seres humanos" (Freud, 1939 [1929], pags. 101-02).

21.4.8. "La respuesta que el análisis arrojó acerca del sentido y el propósito del fetiche fue en todos los casos la misma. Se la obtuvo de manera tan espontánea y me resultó tan convincente que estoy preparado para esperar la misma solución en cada caso de fetichismo, universalmente. Si ahora comunico que el fetiche es un sustituto del pene, sin duda provocaré desilusión. Por eso me apresuro a agregar que no es el sustituto de uno cualquiera, sino de un pene determinado, muy particular, que ha tenido gran significatividad en la primera infancia, pero se perdió más tarde. Esto es: normalmente debiera ser resignado, pero justamente el fetiche está destinado a preservarlo de su sepultamiento {*Untergang*}. Para decirlo con mayor claridad: el fetiche es el sustituto del falo de la **mujer (**de la madre) en que el varoncito ha creído y al que no quiere renunciar —sabemos por qué—.

He aquí, pues, el proceso: el varoncito rehusó darse por enterado de un hecho de su percepción, a saber, que la **mujer** no posee pene. No, eso no puede ser cierto, pues si la **mujer** está castrada, su propia posesión de pene corre peligro, y en contra de ello se revuelve la porción de narcisismo con que la naturaleza, providente, ha dotado justa mente a ese órgano. Acaso el adulto vivenciará luego un pánico semejante si se proclama que el trono y el altar peligran, y lo llevará a parecidas consecuencias ilógicas. Si no me equivoco, Laforgue diría en este caso que el muchacho «escotomiza» la percepción de la falta de pene en la **mujer**. Un término nuevo se justifica cuando describe o destaca una nueva

relación entre las cosas" (…) "No es correcto que tras su observación de la **mujer** el niño haya salvado para sí, incólume, su creencia en el falo de aquella. La ha conservado, pero también la ha resignado; en el conflicto entre el peso de la percepción indeseada y la intensidad del deseo contrario se ha llegado a un compromiso como sólo es posible bajo el imperio de las leyes del pensamiento inconciente —de los procesos primarios—. Sí; en lo psíquico la **mujer** sigue teniendo un pene, pero este pene ya no es el mismo que antes era. Algo otro lo ha remplazado; fue designado su sustituto, por así decir, que entonces hereda el interés que se había dirigido al primero. Y aún más: ese interés experimenta un extraordinario aumento porque el horror a la castración se ha erigido un monumento recordatorio con la creación de este sustituto. Como *stigma indelebile* de la represión sobrevenida permanece, además, la enajenación respecto de los reales genitales femeninos, que no falta en ningún fetichista. Ahora se tiene una visión panorámica de lo que el fetiche rinde y de la vía por la cual se lo mantiene. Perdura como el signo del triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella, y le ahorra al fetichista el devenir homosexual, en tanto presta a la **mujer** aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual. En la vida posterior, el fetichista cree gozar todavía de otra ventaja de su sustituto genital. Los otros no disciernen la significación del fetiche, y por eso no lo rehúsan; es accesible con facilidad, y resulta cómodo obtener la satisfacción ligada con él. Lo que otros varones requieren y deben empeñarse en conseguir, no depara al fetichista trabajo alguno" (Freud, 1927, pags. 147-49).

21.4.9. "(…) Entonces, el pie o el zapato —o una parte de ellos— deben su preferencia como fetiches a la circunstancia de que la curiosidad del varoncito fisgoneó los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas; pieles y terciopelo —esto ya había sido conjeturado desde mucho antes— fijan la visión del vello pubiano, a la que habría debido seguir la ansiada visión del miembro femenino; las prendas interiores, que tan a menudo se escogen como fetiche, detienen el momento del desvestido, el último en que todavía se pudo considerar fálica a la **mujer**" […] "Para mí, el esclarecimiento del fetiche tiene aún otro interés teórico. Hace poco, por un camino puramente especulativo, di con el enunciado de que la diferencia esencial entre neurosis y psicosis reside en que en la primera el yo sofoca, al servicio de la realidad, un fragmento del ello, mientras que en la psicosis se deja arrastrar por el ello a desasirse de un fragmento de la realidad; y aun he vuelto otra vez sobre el mismo tema. Pero pronto tuve ocasión de lamentar mi osadía de avanzar tanto. Por el análisis de dos jóvenes averigüé que ambos no se habían dado por enterados, en su segundo y su décimo año de vida, respectivamente, de la muerte de su padre; la habían «escotomizado». . . a pesar de lo cual ninguno había desarrollado una psicosis. Vale decir que en su caso el yo había desmentido un fragmento sin duda sustantivo de la realidad,

como hace el yo del fetichista con el hecho desagradable de la castración de la **mujer**. Empecé á vislumbrar también que los sucesos de esta índole en modo alguno son raros en la vida infantil, y pude tenerme por convicto de mi error en la caracterización de neurosis y psicosis. Es cierto que quedaba un expediente: acaso mi fórmula se corroboraba sólo para un grado más alto de diferenciación dentro del aparato psíquico; le estaría permitido al niño lo que en el adulto por fuerza se castigaría con un grave deterioro. Pero ulteriores indagaciones llevaron a solucionar de otro modo la contradicción.

Resultó, en efecto, que esos dos jóvenes no habían «escotomizado» la muerte de su padre más que los fetichistas la castración de la **mujer**. Dentro de la vida anímica de aquellos, sólo una corriente no había reconocido la muerte del padre; pero existía otra que había dado cabal razón de ese hecho: coexistían, una junto a la otra, la actitud acorde al deseo y la acorde a la realidad. En uno de los dos casos, esa escisión pasó a ser la base de una neurosis obsesiva de mediana gravedad; en todas las situaciones de su vida el joven oscilaba entre dos premisas: una, que el padre seguía con vida y estorbaba su actividad, y la contrapuesta, que tenía derecho a considerarse el heredero del padre fallecido. Me es posible, en consecuencia, mantener la expectativa de que en el caso de la psicosis una de esas corrientes, la acorde con la realidad, faltaría efectivamente.

Si vuelvo a la descripción del fetichismo, tengo que señalar que ciertamente hay numerosas e importantes pruebas de la bi-escindida actitud del fetichista frente al problema de la castración de la **mujer.** En casos muy refinados, es en la construcción del fetiche mismo donde han encontrado cabida tanto la desmentida como la aseveración de la castración. Así en un hombre cuyo fetiche consistía en unas bragas íntimas, como las que pueden usarse a modo de malla de baño. Esta pieza de vestimenta ocultaba por completo los genitales y la diferencia de los genitales. Según lo demostró el análisis, significaba tanto que la **mujer** está castrada cuanto que no está castrada, y además permitía la hipótesis de la castración del varón, pues todas esas posibilidades podían esconderse tras las bragas, cuyo primer esbozo en la infancia había sido la hoja de higuera de una estatua. Un fetiche tal, doblemente anudado a partir de opuestos, se sostiene particularmente bien, desde luego. En otros casos, la bi-escisión se muestra en lo que el fetichista hace —en la realidad o en la fantasía— con su fetiche. No sería exhaustivo destacar que venera al fetiche: en muchos casos lo trata de una manera que evidentemente equivale a una figuración de la castración. Esto acontece, en particular, cuando se ha desarrollado una fuerte identificación-padre; el fetichista desempeña entonces el papel del padre, a quien el niño, en efecto, había atribuido la castración de la **mujer**. La ternura y la hostilidad en el tratamiento del fetiche, que respectivamente corren en igual sentido que la desmentida y

la admisión de la castración, se mezclan en diferentes casos en proporciones desiguales, de suerte que una u otra se dan a conocer con mayor nitidez. A partir de aquí uno cree comprender, si bien a la distancia, la conducta del cortador de trenzas, en quien ha esforzado hacia adelante {*vordrängen*} la necesidad de escenificar la castración que él desconoce. Su acción reúne en sí las dos aseveraciones recíprocamente inconciliables: la **mujer** ha conservado su pene, y el padre ha castrado a la **mujer**. Otra variante, pero que al mismo tiempo constituiría un paralelo del fetichismo en la psicología de los pueblos, sería la costumbre de los chinos de mutilar primero el pie femenino para luego venerar a lo mutilado como a un fetiche. Se creería que el hombre chino quiere agradecer a la **mujer** haberse sometido a la castración.

Para concluir, es lícito formular este enunciado: el modelo normal del fetiche es el pene del varón, así como ese órgano inferior, el pequeño pene real de la **mujer**, el clítoris" (Freud, 1927, pags. 150-52).

21.4.10. "La explicación es muy obvia para quien esté habituado a abordar analíticamente las vivencias interiores y las acciones de los hombres; y lo es tanto, que en mi recuerdo ella misma se incluye en el relato de manera directa. Cierta vez que en el curso de unos debates mencioné la carta de mi piadoso colega, referí que había escrito que el rostro del cadáver de esa **mujer** le había recordado a su propia madre. Ahora bien, eso no figuraba en la carta —y por otra parte, la más somera reflexión nos dirá que era imposible que así fuera—, pero es la explicación que se impone de manera irrefutable frente a la lectura de las tiernas palabras con que se recuerda a la anciana señora (*sweet faced dear old woman*). La fragilidad de juicio del joven médico puede imputarse entonces al afecto que le despertó el recuerdo de su madre. Y si uno no puede librarse de una mala costumbre del psicoanálisis, la de aducir pequeñeces como material probatorio y admitir también otra explicación de menor profundidad, tendrá que reparar en que el colega se dirige luego a mí como *brother physician*, expresión de la cual sólo puede darse una traducción imperfecta.

Cabe entonces representarse el proceso del siguiente modo: La vista del cuerpo desnudo (o en acto de ser desvestido) de una **mujer** trae al jovencito el recuerdo de su madre; entonces despierta en él la añoranza de la madre, proveniente del complejo de Edipo, que al instante se completa con la rebelión contra el padre. Padre y Dios todavía no se han distanciado mucho en él, y la voluntad de aniquilar al padre puede devenir conciente como duda en la existencia de Dios y pretender legitimarse ante la razón como indignación por el maltrato del objeto-madre. En efecto, es típico que el niño juzgue como maltrato lo que el padre hace con la madre en el comercio sexual. Esta nueva moción, desplazada al campo

religioso, no hace sino repetir la situación edípica y por eso tras breve lapso experimenta el mismo destino. Sucumbe a una poderosa contracorriente. En el curso del conflicto el nivel del desplazamiento no es sostenido, no se mencionan argumentos justificatorios de Dios ni los signos inequívocos mediante los cuales El probó su existencia al escéptico. El conflicto parece haberse desenvuelto en la forma de una psicosis alucinatoria; hablaron voces interiores para hacerle desistir de la resistencia a Dios. Pero el desenlace de la lucha vuelve a presentarse en el campo religioso, y es el predeterminado por el destino del complejo de Edipo: total sometimiento a la voluntad de Dios Padre; el joven se convierte en creyente, acepta todo lo que se le enseñó en su niñez acerca de Dios y Jesucristo. Ha tenido una vivencia religiosa, ahora es un converso" (Freud, 1928 [1927], pags. 168-69).

21.4.11. "Considerar a Dostoievski como pecador o criminal provoca una violenta protesta, no necesariamente fundada en el juicio filisteo sobre los criminales. Uno se percata pronto del verdadero motivo; en el criminal hay dos rasgos esenciales: el egoísmo sin límites y la intensa tendencia destructiva; común a ambos rasgos, y premisa de sus exteriorzaciones, es el desamor, la falta de valoración afectiva de los objetos (humanos). Y de inmediato uno se acuerda de lo opuesto en Dostoievski: su gran necesidad de amor y su enorme capacidad de amar, exteriorizada esta en manifestaciones de extrema bondad, que le valen ser amado y socorrido donde habría merecido el odio y la venganza; por ejemplo, en la relación con su primera **mujer** y con su amada. Entonces uno no puede menos que preguntarse de dónde viene la tentación de incluir a Dostoievski entre los criminales. Respuesta: es la elección temática del creador literario, los caracteres que descuellan por sus rasgos violentos, asesinos, egoístas, lo que indica la existencia de tales inclinaciones en su interior; además, algún elemento fáctico de su vida, como su manía del juego, y acaso también el abuso sexual cometido contra una niña inmadura" (Freud, 1928 [1927], pag. 176).

21.4.12. "Otra complicación sobreviene cuando en el niño se ha plasmado con intensidad mayor aquel factor constitucional que llamamos bisexualidad. Amenazada la virilidad por la castración, se vigorizará en tal caso la inclinación a buscar escapatoria por el lado de la feminidad, a ponerse más bien en el lugar de la madre y adoptar su papel de objeto de amor ante el padre. Sólo que la angustia de castración imposibilita también esta solución. Uno comprende que sería preciso admitir la castración si quisiera ser amado por el padre como una **mujer**. Así caen bajo la represión ambas mociones, odio al padre y enamoramiento de él. Hay una cierta diferencia psicológica, consistente en que el odio al padre es resignado a consecuencia de la angustia frente a un peligro exterior (la castración); en cambio, el

enamoramiento del padre es tratado como un peligro pulsional interior, que, empero, se remonta en el fondo también a idéntico peligro exterior" (Freud, 1928 [1927], pag. 181).

21.4.13. "Difícilmente se deba al azar que las tres obras maestras de la literatura de todos los tiempos traten del mismo tema, el del parricidio: *Edipo Rey*, de Sófocles; *Hamlet*, de Shakespeare, y *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski. Además, en las tres queda al descubierto como motivo del crimen la rivalidad sexual por la **mujer**. Sin duda la figuración más sincera es la del drama que retoma la saga griega. En él, es el héroe mismo quien cometió el crimen. Pero la elaboración poética no es posible sin suavizamiento y disfraz. La confesión desnuda del propósito de parricidio, como la obtenemos en el análisis, parece insoportable sin preparación analítica. En el drama griego, el indispensable debilitamiento, pero con preservación de la trama efectiva, es logrado con mano maestra proyectando a lo real el motivo inconciente del héroe, como si fuera una compulsión del destino ajena al héroe mismo. Este comete el crimen sin intención y al parecer sin influencia de la **mujer**; empero, el drama da razón de aquel nexo haciendo que pueda alcanzar a la madre reina sólo tras repetir la hazaña en el monstruo, que simboliza al padre. Y descubierta su culpa, hecha ella conciente, no sigue intento alguno de aventarla invocando la construcción auxiliar de la compulsión del destino, sino que es reconocida y punida como una plena culpa conciente, lo cual puede parecer injusto a la reflexión, pero es perfectamente correcto desde el punto de vista psicológico.

La figuración del drama inglés es más indirecta; no ha sido el héroe sino otro quien consumó la acción, y para este no significa un parricidio. Por eso no hace falta disfrazar el motivo escandaloso de la rivalidad sexual por la **mujer**. También vemos por así decir bajo una luz refleja el complejo de Edipo del héroe, a medida que nos enteramos del efecto que el crimen del otro ejerce sobre él. Debería vengarlo, pero se encuentra asombrosamente incapaz de hacerlo. Nosotros sabemos que es su sentimiento de culpa el que lo paraliza; de una manera por entero adecuada a los procesos neuróticos, el sentimiento de culpa es desplazado a la percepción de su insuficiencia para cumplir esa tarea. Se recogen indicios de que el héroe siente esa culpa como supraindividual. Desprecia a los demás no menos que a sí mismo. «Dad a cada hombre el trato que se merece, y ¿quién se salvaría de ser azotado?»" (Freud, 1928 [1927], pags. 185-86).

21.4.14. "La publicación de la obra póstuma de Dostoievski y del diario íntimo de su **mujer** ha arrojado viva luz sobre un episodio de su vida, la época en que estuvo poseído en Alemania por la manía del juego. (Cf. Fülop-Miller y Eckstein, 1925.) Un inequívoco ataque de pasión patológica, que por otra parte nadie pudo valorar de otro modo. No faltaron racionalizaciones para este obrar asombroso e indigno. Como no es raro que

suceda en los neuróticos, el sentimiento de culpa se había procurado una subrogación palpable mediante un cúmulo de deudas {*Schtddenlast*}, y Dostoievski podía alegar que quería conquistarse mediante la ganancia en el juego la posibilidad de regresar a Rusia sin ser encarcelado por sus acreedores. Pero era sólo un subterfugio; Dostoievski era bastante agudo como para discernirlo, y bastante honrado para confesarlo. Sabía que lo principal era el juego en sí y por sí, «*le jeu pour le jeu*». Todos los detalles de su conducta apasionada {*triebhaft*} y absurda prueban esto y algo más aún. Nunca descansaba hasta perderlo todo. El juego era para él también una vía de autocastigo. Innumerables veces había prometido y hasta dado su palabra de honor a su joven **mujer** de no jugar más o no hacerlo ese día y, como ella nos dice, la quebrantaba casi siempre. Y si las pérdidas los habían llevado a él y a ella a la miseria más extrema, extraía de ahí una segunda satisfacción patológica. Podía insultarse, humillarse ante ella, exhortarla a despreciarlo, conmiserarla por haberse casado con él, viejo pecador, y tras este aligeramiento de la conciencia moral el juego proseguía al día siguiente. Y la joven esposa se acostumbró a ese ciclo porque había notado que lo único de que cabía esperar la salvación en la realidad, la producción literaria, nunca marchaba mejor que después que lo habían perdido todo y empeñado su último haber. Desde luego, ella no comprendía los nexos. Cuando el sentimiento de culpa {*Schuld*} de él era satisfecho por los castigos que él mismo se imponía, cedía su inhibición para el trabajo, se permitía dar algunos pasos por el camino que llevaba al éxito.

La pieza del vivenciar infantil ha tiempo soterrado que se conquista una repetición en la compulsión al juego puede colegirse sin dificultad apoyándose en una novela de un literato más joven. Stefan Zweig, quien por lo demás ha consagrado un estudio a Dostoievski (en *Tres maestros* [Zweig, 1920]), relata, en su colección de tres novelas *La confusión de los sentimientos* [1927], una historia que titula «Veinticuatro horas en la vida de una mujer». Esta pequeña obra maestra sólo quiere, presuntamente, mostrar cuan irresponsable criatura es la **mujer**, qué trasgresiones, sorprendentes para ella misma, puede verse empujada a cometer por obra de una impresión vital inesperada. Empero, la novela dice mucho más; si se la somete a una interpretación analítica —y esta nos acude de manera tan insinuante que no podemos rechazarla, figura, prescindiendo de aquella intención de disculpa, algo muy diverso, universalmente humano o más bien masculino. Es característico de la naturaleza de la creación artística que el autor, que es amigo mío, asegurara ante mis preguntas que la interpretación que yo le comunicaba había sido por completo ajena a su saber y a su propósito, aunque en el relato había entretejidos muchos detalles que parecían calculados para indicar esa pista secreta" (Freud, 1928 [1927], pags. 187-89).

21.4.15. "(…) Él la juzga una de las tantas **mujeres** fastidiosas del lugar y quiere quitársela de encima, pero ella permanece a su lado y de la manera más natural se ve precisada a compartir su albergue en el hotel y, finalmente, su cama" (Freud, 1928 [1927], pag. 189).

21.4.16. "(…) En efecto, es harto discutible que la vida amorosa de la **mujer** esté gobernada por impulsos repentinos y enigmáticos" (Freud, 1928 [1927], pag. 190).

21.4.17. "En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina. Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la **mujer**. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí.

Como es sabido, es frecuente el caso de **mujeres** con intensa ligazón-padre; en modo alguno serán por fuerza neuróticas. En tales **mujeres** he realizado las observaciones de que informaré y que me han movido a adoptar cierta concepción acerca de la sexualidad femenina. Dos hechos me llamaron sobre todo la atención. He aquí el primero: toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. La segunda fase apenas si había aportado a la vida amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía {*Wechsel*} del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral" […] "Con ello, la fase preedípica de la **mujer** alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces.

Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla. Por una parte, se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se puede dar razón de las nuevas

experiencias diciendo que la **mujer** llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. De hecho, en el curso de esa fase el padre no es para la niña mucho más que un rival fastidioso, aunque la hostilidad hacia él nunca alcanza la altura característica para el varoncito. Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino" […] "En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada. Empero, esta impresión puede venirme de que las **mujeres** acaso establecieron conmigo en el análisis la misma ligazón-padre en la que se habían refugiado al salir de esa prehistoria. En efecto, parece que las analistas **mujeres**, como Jeanne Lampl-de Groot y Helene Deutsch, pudieron percibir ese estado de los hechos de manera más fácil y nítida porque en las personas que les sirvieron de testigos tuvieron el auxilio de la trasferencia sobre un adecuado sustituto de la madre. En cuanto a mí, no he logrado penetrar un caso de manera perfecta, y por eso me limito a comunicar los resultados más generales y aduzco sólo unas pocas muestras de mis nuevas intelecciones. Una de estas es que la mencionada fase de la ligazón-madre deja conjeturar un nexo particularmente íntimo con la etiología de la histeria, lo que no puede sorprender si se repara en que ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la feminidad; además, la intelección de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la **mujer**. Es que muy bien parece ser ese germen la angustia, sorprendente pero de regular emergencia, de ser asesinada (¿devorada?) por la madre. Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la niña se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones de la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica" […] "He anticipado los dos hechos que me resultaron novedosos, a saber: que la intensa dependencia de la **mujer** respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada. Ahora volveré atrás para insertar estos resultados dentro del cuadro del desarrollo sexual femenino, tal como nos hemos ido familiarizando con él; no podremos evitar algunas repeticiones. La comparación continua con las constelaciones que hallamos en el varón no hará sino beneficiar nuestra exposición. En primer lugar, es innegable que la bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición {constitucional} de los seres humanos, resalta con mucho mayor nitidez en la **mujer** que en el varón. En efecto, este tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la **mujer** posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril. Nos consideramos autorizados a suponer que durante

muchos años la vagina es como si no estuviese, y acaso sólo en la época de la pubertad proporciona sensaciones. En los últimos tiempos, es verdad, se multiplican las voces de los observadores que hacen remontar mociones vaginales hasta esos años tempranos. Lo esencial, vale decir, lo que precede a la genitalidad en la infancia, tiene que desenvolverse en la **mujer** en torno del clítoris. La vida sexual de la **mujer** se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; sólo la segunda es la específicamente femenina. Por tanto, en el desarrollo femenino hay un proceso de trasporte de una fase a la otra, que carece de análogo en el varón. Otra complicación nace de que la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la **mujer** de una manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente. Desde luego, no sabemos cuál es la base biológica de estas particularidades de la **mujer**; menos todavía podemos atribuirles un propósito teleológico.

Paralela a esta primera gran diferencia corre la otra en el campo del hallazgo de objeto. Para el varón, la madre deviene el primer objeto de amor a consecuencia del influjo del suministro de alimento y del cuidado del cuerpo, y lo seguirá siendo hasta que la sustituya un objeto de su misma esencia o derivado de ella. También en el caso de la **mujer** tiene que ser la madre el primer objeto. Es que las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos los niños. Pero al final del desarrollo el varón-padre debe haber devenido el nuevo objeto de amor; vale decir: al cambio de vía sexual de la **mujer** tiene que corresponder un cambio de vía en el sexo del objeto. Surgen aquí, como nuevas tareas para la investigación, las preguntas por los caminos que sigue esa migración, el grado de radicalidad o de inacabamiento con que se cumple, y las diversas posibilidades que se presentan a raíz de este desarrollo" (Freud, 1931, pags. 227-30).

21.4.18. "En el varón, sin duda, resta como secuela del complejo de castración cierto grado de menosprecio por la **mujer** cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y, si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva. Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la **mujer**. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La **mujercita**, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas

increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la **mujer** puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la **mujer** el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la **mujer** nunca lo supere. Por eso son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición. Probablemente no se yerre aseverando que esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración imprime su cuño al carácter de la **mujer** como ser social.

La fase de la ligazón-madre exclusiva, que puede llamarse preedípica, reclama entonces una significación muchísimo mayor en la **mujer**, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella. Por ejemplo, uno observado desde tiempo atrás: muchas **mujeres** que han escogido a su marido según el modelo del padre o lo han puesto en el lugar de este repiten con él, sin embargo, en el matrimonio, su mala relación con la madre. El debía heredar el vínculo-padre y en realidad hereda el vínculo-madre. Se lo comprende con facilidad como un evidente caso de regresión. El vínculo-madre fue el originario; sobre él se edificó la ligazón-padre, y ahora en el matrimonio sale a la luz, desde la represión, lo originario. El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad.

Si tantas **mujeres** nos producen la impresión de que la lucha con el marido ocupa su madurez como la lucha con la madre ocupó su juventud, a la luz de las puntualizaciones precedentes inferiremos que su actitud hostil hacia la madre no es una consecuencia de la rivalidad del complejo de Edipo, sino que proviene de la fase anterior y halla sólo refuerzo y empleo en la situación edípica. Lo corrobora, en efecto, la indagación analítica directa. Nuestro interés tiene que dirigirse a los mecanismos que se han vuelto eficaces para el extrañamiento del objeto-madre, amado de manera tan intensa como exclusiva. Estamos preparados para hallar, no un único factor de esa índole, sino toda una serie, que cooperen en la misma meta final.

NOTA AL PIE: “Se puede prever que los feministas entre los hombres, pero también nuestras analistas **mujeres**, discreparán con estas puntualizaciones. Difícilmente dejarán de objetar que tales doctrinas provienen del «complejo de masculinidad» del varón y están destinadas a procurar justificación teórica a su innata tendencia a rebajar y oprimir a la **mujer**. Sólo que semejante argumentación psicoanalítica recuerda en este caso, como en tantos otros, a la famosa «vara de dos puntas» de Dostoievski. En efecto, a su vez los oponentes de quienes sostengan tales asertos hallarán muy comprensible que el sexo femenino no quiera aceptar algo que parece contradecir su igualación al varen, cálidamente ansiada. Es evidente que el uso del psicoanálisis como instrumento polémico no lleva a decidir las cuestiones” (Freud, 1931, pags. 231-33).

21.4.19. “Comoquiera que fuese, al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido **mujer**. No sin sorpresa se oye otro reproche, que se remonta un poco menos atrás: la madre dio escasa leche a su hija, no la amamantó el tiempo suficiente. Acaso ello sea cierto hartas veces en nuestras circunstancias culturales, pero sin duda no con tanta frecuencia como se lo asevera en el análisis. Parece más bien que esa acusación expresara el universal descontento de los niños que, bajo las condiciones culturales de la monogamia, son destetados trascurridos de seis a nueve meses, mientras que la madre primitiva se consagraba a su hijo durante dos o tres años de manera exclusiva; parece, pues, que nuestros niños permanecieran insaciados para siempre, como si no hubieran mamado el tiempo suficiente del pecho materno. Empero, no estoy seguro de que no se tropezaría con idéntica queja en el análisis de niños amamantados durante tanto tiempo como los hijos de los primitivos. ¡Tan grande es la voracidad de la libido infantil!

Repasemos toda la serie de las motivaciones que el análisis descubre para el extrañamiento respecto de la madre: omitió dotar a la niñita con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió; tras esa ojeada panorámica, nos parece que esos motivos son insuficientes para justificar la final hostilidad. Algunos son consecuencia inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil; los otros presentan el aspecto de unas racionalizaciones amañadas más tarde para explicar un cambio de sentimientos no comprendido. Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique {al fundamento} justamente porque es la primera y es intensísima, algo parecido a lo que puede observarse sobre el primer matrimonio de **mujeres** jóvenes enamoradas con la máxima intensidad. Aquí como allí, la

actitud {postura} de amor naufragaría a raíz de los inevitables desengaños y de la acumulación de las ocasiones para la agresión. Por lo general, un segundo matrimonio marcha mucho mejor" (Freud, 1931, pags. 235-36).

21.4.20. "La descripción de Abraham (1921) de las manifestaciones del complejo de castración en la **mujer** no ha sido en verdad superada todavía; pero nos gustaría ver insertado en ella el factor de la ligazón-madre inicial y exclusiva. Tengo que declararme de acuerdo en los puntos esenciales con el importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot (1927), donde se discierne la plena identidad de la fase preedípica en el varoncito y la niña, se sostiene la actividad sexual (fálica) de la niña hacia la madre, y se la prueba mediante observaciones. El extrañamiento respecto de la madre es reconducido al influjo del conocimiento de la castración, que obliga al niño a resignar el objeto sexual y, con él, a menudo, el onanismo; para el desarrollo en su conjunto se acuña la fórmula de que la niña atraviesa una fase de complejo de Edipo «negativo» antes que pueda ingresar en el positivo. Encuentro una insuficiencia de ese trabajo en el hecho de que presenta el extrañamiento de la madre como un mero cambio de vía del objeto, y no considera que se consuma bajo los más claros signos de hostilidad. Esta hostilidad halla apreciación cabal en el último ensayo de Helene Deutsch sobre el masoquismo femenino y su relación con la frigidez (1930), donde la autora admite también la actividad fálica de la muchacha y la intensidad de su ligazón-madre. Deutsch indica, además, que la vuelta hacia el padre acontece por el camino de las aspiraciones pasivas (ya puestas en movimiento a raíz de la madre). En su primer libro publicado (1925), la autora no se había emancipado todavía de la aplicación del esquema edípico también a la fase preedípica, y por eso interpretaba la actividad fálica de la niña como identificación con el padre" (Freud, 1931, pags. 242-43).

21.4.21. "En la grandiosa novela de Dostoievski *Los hermanos Karamazov*, la situación edípica ocupa el centro del interés. El viejo Karamazov se ha hecho odiar por sus hijos a causa de la desalmada opresión a que los somete; y además, es el poderoso rival de uno de ellos frente a la **mujer** que anhela. Este hijo, Dmitri, no ha ocultado a nadie su propósito de vengarse violentamente de su padre. Por eso es natural que tras su asesinato y despojo lo acusen a él, y lo condenen a pesar de todos sus juramentos de inocencia. Y no obstante, Dmitri es inocente; otro de los hermanos fue quien cometió el crimen. En la escena del tribunal, de esta novela, se pronuncia la sentencia que se ha hecho célebre: la psicología es «una vara de dos puntas»" (Freud, 1929-31, pag. 250).

Niña (37):

21.5.1. “Considerar a Dostoievski como pecador o criminal provoca una violenta protesta, no necesariamente fundada en el juicio filisteo sobre los criminales. Uno se percata pronto del verdadero motivo; en el criminal hay dos rasgos esenciales: el egoísmo sin límites y la intensa tendencia destructiva; común a ambos rasgos, y premisa de sus exteriorizaciones, es el desamor, la falta de valoración afectiva de los objetos (humanos). Y de inmediato uno se acuerda de lo opuesto en Dostoievski: su gran necesidad de amor y su enorme capacidad de amar, exteriorizada esta en manifestaciones de extrema bondad, que le valen ser amado y socorrido donde habría merecido el odio y la venganza; por ejemplo, en la relación con su primera mujer y con su amada. Entonces uno no puede menos que preguntarse de dónde viene la tentación de incluir a Dostoievski entre los criminales. Respuesta: es la elección temática del creador literario, los caracteres que descuellan por sus rasgos violentos, asesinos, egoístas, lo que indica la existencia de tales inclinaciones en su interior; además, algún elemento fáctico de su vida, como su manía del juego, y acaso también el abuso sexual cometido contra una **niña** inmadura” (Freud, 1928 [1927], pag. 176).

21.5.2. “En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la **niña** pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina. Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí” (Freud, 1931, pag. 227).

21.5.3. “Con ello, la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla. Por una parte, se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se

puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. De hecho, en el curso de esa fase el padre no es para la **niña** mucho más que un rival fastidioso, aunque la hostilidad hacia él nunca alcanza la altura característica para el varoncito. Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino.

La intelección de la prehistoria preedípica de la **niña** tiene el efecto de una sorpresa, semejante a la que en otro campo produjo el descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega.

En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada. Empero, esta impresión puede venirme de que las mujeres acaso establecieron conmigo en el análisis la misma ligazón-padre en la que se habían refugiado al salir de esa prehistoria. En efecto, parece que las analistas mujeres, como Jeanne Lampl-de Groot y

Helene Deutsch, pudieron percibir ese estado de los hechos de manera más fácil y nítida porque en las personas que les sirvieron de testigos tuvieron el auxilio de la trasferencia sobre un adecuado sustituto de la madre. En cuanto a mí, no he logrado penetrar un caso de manera perfecta, y por eso me limito a comunicar los resultados más generales y aduzco sólo unas pocas muestras de mis nuevas intelecciones. Una de estas es que la mencionada fase de la ligazón-madre deja conjeturar un nexo particularmente íntimo con la etiología de la histeria, lo que no puede sorprender si se repara en que ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la feminidad; además, la intelección de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer. Es que muy bien parece ser ese germen la angustia, sorprendente pero de regular emergencia, de ser asesinada (¿devorada?) por la madre. Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la **niña** se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones de la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica" (Freud, 1931, pags. 228-29).

21.5.4. "Otro motivo, mucho más específico, de extrañamiento respecto de la madre resulta del efecto del complejo de castración sobre la criatura sin pene. En algún momento la **niña** pequeña descubre su inferioridad orgánica, desde luego antes y más fácilmente cuando tiene hermanos o hay varoncitos en su cercanía. Enunciamos ya las tres orientaciones que se abren entonces: *a)* la suspensión de toda la vida sexual; *b)* la porfiada hiperinsistencia

en la virilidad y *c)* los esbozos de la feminidad definitiva. No es fácil aquí hacer precisiones temporales más exactas ni establecer circuitos típicos. Ya el momento en que se descubre la castración es variable, muchos otros factores parecen ser inconstantes y depender del azar. Cuenta el estado del propio quehacer fálico; también, que este sea descubierto o no, el grado de impedimento que se vivencie tras el descubrimiento" (Freud, 1931, pag. 233).

21.5.5. "El propio quehacer fálico, la masturbación en el clítoris, es hallado por la **niña** pequeña casi siempre de manera espontánea y al comienzo no va por cierto acompañado de fantasías. El influjo que sobre su despertar ejerce el cuidado del cuerpo es testimoniado por la tan frecuente fantasía en la que la madre, nodriza o niñera es la seductora. No entramos a considerar si el onanismo de la **niña** es más raro y, desde el comienzo, menos enérgico que el del varón; sería muy posible. También la seducción real es harto frecuente, de parte de otros niños o de personas a cargo de la crianza que quieren calmar al niño, hacerlo dormir o volverlo dependiente de ellas. Toda vez que interviene una seducción, por regla general perturba el decurso natural de los procesos de desarrollo; a menudo deja como secuela vastas y duraderas consecuencias.

Según dijimos, la prohibición de masturbarse se convierte en la ocasión para dejar de hacerlo, pero también es motivo para rebelarse contra la persona prohibidora, vale decir, la madre o su sustituto (que más tarde se fusiona regularmente con ella). La porfía en la masturbación parece abrir el camino hacia la masculinidad. Aun en los casos en que la **niña** no logró sofocar la masturbación, el efecto de la prohibición en apariencia ineficaz se muestra en su posterior afán de librarse a costa de cualquier sacrificio de esa satisfacción que la hace padecer. Además, ese propósito en que así se persevera puede influir sobre la elección de objeto de la muchacha madura. El rencor por haberle impedido el libre quehacer sexual desempeña un gran papel en el desasimiento de la madre. Ese mismo motivo vuelve a producir efectos tras la pubertad, cuando la madre cree su deber preservar la castidad de la hija. No olvidaremos, desde luego, que la madre estorba de igual manera la masturbación del varoncito, y así crea también en él un fuerte motivo para la rebelión.

Cuando la **niña** pequeña se entera de su propio defecto por la vista de un genital masculino, no acepta sin vacilación ni renuencia la indeseada enseñanza. Como tenemos dicho, se obstina en la expectativa de poseer alguna vez un genital así, y el deseo de tenerlo sobrevive todavía largo tiempo a la esperanza. En todos los casos, el niño considera al comienzo la castración sólo como un infortunio individual, sólo más tarde la extiende también a ciertos niños, y por fin a algunos adultos. Cuando se capta la universalidad de este carácter negativo, se produce una gran desvalorización de la feminidad, y por eso también de la madre.

Es muy posible que la precedente pintura del comportamiento de la **niña** pequeña frente a la impresión de la castración y a la prohibición del onanismo haya parecido al lector confusa y contradictoria. No es enteramente culpa del autor. En realidad, apenas es posible una exposición universalmente válida. En diversos individuos hallamos las más diferentes reacciones y en un mismo individuo coexisten actitudes contrapuestas. Tan pronto interviene por primera vez la prohibición, se genera el conflicto, que en lo sucesivo acompañará al desarrollo de la función sexual. También significa un particular obstáculo para la intelección el hecho de que resulte tan trabajoso distinguir los procesos anímicos de esta primera fase y los de fases posteriores, que se les superponen y los desfiguran en el recuerdo. Por ejemplo, en algún momento se concebirá el hecho de la castración como un castigo por el quehacer onanista, pero se atribuirá al padre su ejecución, cuando en verdad ninguna de ambas creencias puede ser originaria. De manera similar, el varoncito teme la castración regularmente de su padre, aunque también en su caso la amenaza partió casi siempre de la madre" (Freud, 1931, pags. 234-35).

21.5.6. "Repasemos toda la serie de las motivaciones que el análisis descubre para el extrañamiento respecto de la madre: omitió dotar a la **niñita** con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió; tras esa ojeada panorámica, nos parece que esos motivos son insuficientes para justificar la final hostilidad. Algunos son consecuencia inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil; los otros presentan el aspecto de unas racionalizaciones amañadas más tarde para explicar un cambio de sentimientos no comprendido. Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique {al fundamento} justamente porque es la primera y es intensísima, algo parecido a lo que puede observarse sobre el primer matrimonio de mujeres jóvenes enamoradas con la máxima intensidad. Aquí como allí, la actitud {postura} de amor naufragaría a raíz de los inevitables desengaños y de la acumulación de las ocasiones para la agresión. Por lo general, un segundo matrimonio marcha mucho mejor

No podemos llegar tan lejos como para aseverar que la ambivalencia de las investiduras de sentimiento sea una ley psicológica de validez universal, ni que sea de todo punto imposible sentir gran amor por una persona sin que vaya aparejado un odio acaso de igual magnitud, o a la inversa. Es indudable que la persona normal y adulta consigue separar entre sí ambas posturas para no tener que odiar a su objeto de amor ni amar también a su enemigo. Pero esto parece ser el resultado de desarrollos más tardíos. En las primeras fases de la vida amorosa es evidente que la ambivalencia constituye la regla. En muchos seres

humanos este rasgo arcaico se conserva durante toda la vida; es característico del neurótico obsesivo el equilibrio de amor y odio en sus vínculos de objeto. También respecto de los primitivos podemos sostener el predominio de la ambivalencia. Entonces, la intensa ligazón de la **niña** pequeña con su madre debió de haber sido muy ambivalente, y justamente por esa ambivalencia, con la cooperación de otros factores, habrá sido esforzada a extrañarse de ella; vale decir: el proceso es, también aquí, consecuencia de un carácter universal de la sexualidad infantil" (Freud, 1931, pags. 236-37).

21.5.7. "Otra pregunta reza: ¿Qué demanda la **niña** pequeña de su madre? ¿De qué índole son sus metas sexuales en esa época de la ligazón-madre exclusiva? La respuesta, tomada del material analítico, armoniza en un todo con nuestras expectativas. Las metas sexuales de la **niña** junto a la madre son de naturaleza tanto activa como pasiva, y están comandadas por las fases libidinales que atraviesan los niños. La relación de la actividad con la pasividad merece aquí nuestro particular interés. Es fácil observar que en todos los ámbitos del vivenciar anímico, no sólo en el de la sexualidad, una impresión recibida pasivamente provoca en el niño la tendencia a una reacción activa. Intenta hacer lo mismo que antes le hicieron o que hicieron con él. He ahí una porción del trabajo que le es impuesto para dominar el mundo exterior, y hasta puede llevar a que se empeñe en repetir unas impresiones que habría tenido motivos para evitar a causa de su contenido penoso. También el juego infantil es puesto al servicio de este propósito de complementar una vivencia pasiva mediante una acción y cancelarla de ese modo, por así decir. Si el doctor hace abrir la boca al niño renuente para examinar su garganta, luego que él se aleje el niño jugará al doctor y repetirá el violento procedimiento en un hermanito tan desvalido frente a él como él lo estuvo frente al doctor. En todo esto se muestra de manera inequívoca una rebeldía contra la pasividad y una predilección por el papel activo. No en todos los niños se da con igual regularidad y energía esa alternancia de la pasividad a la actividad, y en muchos puede faltar. De esta conducta del niño se puede extraer una inferencia acerca de la intensidad relativa de la masculinidad y feminidad que habrá de mostrar en su sexualidad" […] "Es raro oír que la **niña** pequeña lave a la madre, la vista o le indique hacer sus necesidades excrementicias. Es verdad que le dice en ocasiones: «Ahora jugaremos a que yo soy la madre y tú el nene», pero casi siempre cumple esos deseos activos de manera indirecta, en el juego con la muñeca, donde ella misma figura a la madre como la muñeca al nene. La preferencia de la **niña** —a diferencia del varón— por el juego de la muñeca suele concebirse como signo del temprano despertar de la feminidad. Y no sin razón; empero, no debe pasarse por alto que lo que aquí se exterioriza es la actividad

de la feminidad, y que esta predilección de la **niña** tal vez atestigüe el carácter exclusivo de la ligazón con la madre, con total prescindencia del objeto-padre.

La actividad sexual de la **niña** hacia la madre, tan sorprendente, se exterioriza siguiendo la secuencia de aspiraciones orales, sádicas y, por fin, hasta fálicas dirigidas a aquella. Es difícil informar aquí sobre los detalles, pues a menudo se trata de mociones pulsionales oscuras que la **niña** no podía asir psíquicamente en la época en que ocurrieron, por lo cual sólo han recibido una interpretación con posterioridad {*nachträglich*} y emergen luego en el análisis con formas de expresión que por cierto no tuvieron originariamente. A veces nos salen al paso como trasferencias al posterior objeto-padre, de donde no son oriundas, y perturban sensiblemente la comprensión. Hallamos los deseos agresivos orales y sádicos en la forma a que los constriñó una represión prematura: como angustia de ser asesinada por la madre, a su vez justificatoria del deseo de que la madre muera, cuando este deviene conciente. No sabemos indicar cuan a menudo esta angustia frente a la madre se apuntala en una hostilidad inconciente de la madre misma, colegida por la **niña**. [Cf. pág. 229.] (En cuanto a la angustia de ser devorado, hasta ahora sólo la he hallado en varones y referida al padre; empero, es probable que sea el producto de una mudanza de la agresión oral dirigida a la madre. Uno quiere devorar a la madre de quien se nutrió; respecto del padre, le falta a este deseo la ocasión inmediata.)" […] "Entre las mociones pasivas de la fase fálica, se destaca que por regla general la **niña** inculpa a la madre como seductora, ya que por fuerza debió registrar las primeras sensaciones genitales, o al menos las más intensas, a raíz de los manejos de la limpieza y el cuidado del cuerpo realizados por la madre (o la persona encargada de la crianza, que la subrogue). A la **niña** le gustan esas sensaciones y pide a la madre las refuerce mediante repetido contacto y frote, según me lo han comunicado a menudo las madres como observación de sus hijitas de dos a tres años. A mí juicio, el hecho de que de ese modo la madre inevitablemente despierta en su hija la fase fálica es el responsable de que en las fantasías de años posteriores el padre aparezca tan regularmente como el seductor sexual. Al tiempo que se cumple el extrañamiento respecto de la madre, se trasfiere al padre la introducción en la vida sexual.

En la fase fálica sobrevienen por último intensas mociones activas de deseo dirigidas a la madre. El quehacer sexual de esta época culmina en la masturbación en el clítoris, a raíz de la cual es probable que sea representada la madre; empero, mi experiencia no me permite colegir si lleva a la **niña** a representarse una meta sexual, ni cuál sería esta. Tal meta sólo puede discernirse con claridad cuando todos los intereses de la **niña** reciben una nueva impulsión por la llegada de un hermanito. La **niña** pequeña quiere haber sido la madre de este nuevo niño, en un todo como el varón, y también es la misma su reacción

frente al acontecimiento y su conducta hacia el niñito. Es verdad que esto suena bastante absurdo, pero acaso sólo por el hecho de resultarnos tan insólito.

El extrañamiento respecto de la madre es un paso en extremo sustantivo en la vía de desarrollo de la **niña**; es algo más que un mero cambio de vía del objeto. Ya hemos descrito su origen, así como la acumulación de sus presuntas motivaciones, y ahora agregaremos que al par que sobreviene se observa un fuerte descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas. Es cierto que las aspiraciones activas fueron afectadas con mayor intensidad por la frustración {denegación}, demostraron ser completamente inviables y por eso la libido las abandona con mayor facilidad, pero tampoco faltaron desengaños del lado de las aspiraciones pasivas. Con el extrañamiento respecto de la madre a menudo se suspende también la masturbación clitorídea, y hartas veces la represión de la masculinidad anterior infiere un daño permanente a buena parte de su querer-alcanzar sexual. El tránsito al objeto-padre se cumple con ayuda de las aspiraciones pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente {*Umsturz*}. Ahora queda expedito para la **niña** el camino hacia el desarrollo de la feminidad, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre preedípica superada" (Freud, 1931, pags. 237-41).

21.5.8. "Si se examina la bibliografía analítica sobre nuestro tema, uno se convence de que todo lo indicado aquí ya estaba en ella. Habría sido innecesario publicar este trabajo si no fuera que en un campo de tan difícil acceso puede resultar valioso todo informe acerca de experiencias propias y concepciones personales. Además, he aprehendido muchas cosas con mayor precisión, aislándolas con más cuidado. En algunos de esos otros ensayos, la exposición se vuelve confusa porque simultáneamente se elucidan los problemas del superyó y del sentimiento de culpa. Yo lo he evitado, y en la descripción de los diferentes desenlaces de esta fase del desarollo tampoco he tratado las complicaciones que sobrevienen cuando la **niña** regresa a la ligazón-madre resignada a consecuencia de su desilusión con el padre, o en el curso de su vida repetidas veces cambia de vía de una actitud a la otra. Pero justamente porque mi trabajo es sólo una contribución entre otras, puedo ahorrarme una apreciación a fondo de la bibliografía y limitarme a poner de relieve las concordancias sustanciales con algunos de esos trabajos, y las importantes divergencias con otros.

La descripción de Abraham (1921) de las manifestaciones del complejo de castración en la mujer no ha sido en verdad superada todavía; pero nos gustaría ver insertado en ella el factor de la ligazón-madre inicial y exclusiva. Tengo que declararme de acuerdo en los puntos esenciales con el importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot (1927), donde se discierne la plena identidad de la fase preedípica en el varoncito y la **niña**, se sostiene la

actividad sexual (fálica) de la **niña** hacia la madre, y se la prueba mediante observaciones. El extrañamiento respecto de la madre es reconducido al influjo del conocimiento de la castración, que obliga al niño a resignar el objeto sexual y, con él, a menudo, el onanismo; para el desarrollo en su conjunto se acuña la fórmula de que la **niña** atraviesa una fase de complejo de Edipo «negativo» antes que pueda ingresar en el positivo. Encuentro una insuficiencia de ese trabajo en el hecho de que presenta el extrañamiento de la madre como un mero cambio de vía del objeto, y no considera que se consuma bajo los más claros signos de hostilidad. Esta hostilidad halla apreciación cabal en el último ensayo de Helene Deutsch sobre el masoquismo femenino y su relación con la frigidez (1930), donde la autora admite también la actividad fálica de la muchacha y la intensidad de su ligazón-madre. Deutsch indica, además, que la vuelta hacia el padre acontece por el camino de las aspiraciones pasivas (ya puestas en movimiento a raíz de la madre). En su primer libro publicado (1925), la autora no se había emancipado todavía de la aplicación del esquema edípico también a la fase preedípica, y por eso interpretaba la actividad fálica de la **niña** como identificación con el padre.

Fenichel (1930) insiste con acierto en la dificultad de discernir, dentro del material que surge en el análisis, lo que corresponde al contenido intacto de la fase preedípica y lo que de ella ha sido desfigurado regresivamente (o de otro modo). No admite la actividad fálica de la **niña** en el sentido de Jeanne Lampl-de Groot, y rechaza también el «desplazamiento hacia atrás» del complejo de Edipo propuesto por Melanie Klein (1928), quien sitúa sus comienzos ya al empezar el segundo año de vida. Esta precisión temporal, que necesariamente altera también la concepción de todas las otras constelaciones del desarrollo, no coincide de hecho con los resultados del análisis de adultos y es incompatible, en particular, con mis descubrimientos acerca de la larga duración de la ligazón-madre preedípica de la **niña**. Una vía para amortiguar la contradicción se abre observando que en este campo no somos todavía capaces de distinguir entre lo establecido de manera rígida por leyes biológicas y lo cambiante y mudable bajo el influjo del vivenciar accidental. Además del efecto de la seducción, que conocemos hace tiempo, acaso otros factores —el momento en que nacieron los hermanitos, el del descubrimiento de la diferencia entre los sexos, la observación directa del comercio sexual, la conducta de cortejo o de rechazo de los padres, etc.— pueden contribuir de igual modo a apresurar y hacer madurar el desarrollo sexual infantil.

Algunos autores se inclinan a restar valor a las primeras y más originarias mociones libidinales del niño en favor de procesos posteriores del desarrollo, de suerte que —expresado en términos extremos— sólo les resta a aquellas el papel de señalar ciertas

orientaciones, mientras que las intensidades [psíquicas] que echan a andar por esas vías son sufragadas por regresiones y formaciones reactivas posteriores. Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que hemos sobrestimado en mucho la primaria envidia del pene de la **niña**, en tanto atribuye la intensidad de la aspiración a la masculinidad posteriormente desplegada a una envidia del pene secundaria, usada para defenderse de las mociones femeninas, en especial de la ligazón femenina con el padre. Esto no se corresponde con mis impresiones. Por seguro que sea el hecho de los posteriores refuerzos por regresión y formación reactiva, y por difícil que pueda resultar la apreciación relativa de los componentes libidinales afluyentes, opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse inconmensurable. Es correcto, sin duda, que entre la ligazón-padre y el complejo de masculinidad hay una relación de oposición —es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y feminidad—, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa. Y toda vez que la defensa contra la feminidad se cumple con tanta energía, ¿de dónde recibiría su fuerza si no es de la aspiración a la masculinidad, que ha hallado su primera expresión en la envidia del pene del niño y por eso merece ser llamada de acuerdo con esta?

Una objeción parecida vale para la concepción de Jones (1928) de que la fase fálica en la **niña** es una reacción de protección secundaria antes que un estadio real del desarrollo. Esto no responde ni a las constelaciones dinámicas ni a las temporales" (Freud, 1931, pags. 241-44).

Tomo 22

Sexualidad Femenina:

22.1.1. No hay entradas.

Feminidad (25):

22.2.1. “En cuanto a la trasmudación del vínculo parental en el superyó no puedo decirles tanto como me gustaría, en parte porque ese proceso es tan enmarañado que su exposición no cabe en los marcos de una introducción como esta que pretendo ofrecerles, y en parte porque nosotros mismos no creemos haberlo penetrado por completo. Confórmense entonces con las siguientes indicaciones. La base de este proceso es lo que se llama una «identificación», o sea una asimilación de un yo a un yo ajeno, a consecuencia de la cual ese primer yo se comporta en ciertos aspectos como el otro, lo imita, por así decir lo acoge dentro de sí. Se ha comparado la identificación, y no es desatino, con la incorporación oral, canibálica, de la persona ajena. La identificación es una forma muy importante de la ligazón con el prójimo, probablemente la más originaria; no es lo mismo que una elección de objeto. Podemos expresar la diferencia más o menos así: cuando el varoncito se ha identificado con el padre, quiere *ser* como el padre; cuando lo ha hecho objeto de su elección, quiere *tenerlo*, poseerlo. En el primer caso su yo se alterará siguiendo el arquetipo del padre; en el segundo, ello no es necesario. Identificación y elección de objeto son en vasta medida independientes entre sí; empero, uno puede identificarse con la misma persona a quien se tomó, por ejemplo, como objeto sexual, alterar su yo de acuerdo con ella. Suele decirse que el influjo del objeto sexual sobre el yo se produce con particular frecuencia en las mujeres y es característico de la **feminidad**. En cuanto al que es con mucho el más instructivo de los nexos entre identificación y elección de objeto, ya tengo que haberles hablado en las anteriores conferencias. Es que se lo observa con harta facilidad así en niños como en adultos, en personas normales como en enfermas. Si uno ha perdido un objeto o se ve precisado a resignarlo, es muy común que uno se resarza identificándose con él, erigiéndolo de nuevo dentro de su yo, de suerte que aquí la elección de objeto regresa, por así decir, a la identificación” (Freud, 1933 [1932], pags. 58-59).

22.2.2. “Por desdicha, lo que la historia nos informa y lo que nosotros mismos hemos vivenciado no nos habla en ese sentido, sino más bien justifica el juicio de que la creencia en la «bondad» de la naturaleza humana es una de esas miserables ilusiones que, según los hombres esperan, embellecerán y aliviarán su vida, cuando en realidad sólo les hacen daño. No necesitamos continuar esta polémica; en efecto, no hemos propiciado el supuesto de

una particular pulsión de agresión y destrucción en el ser humano en virtud de las doctrinas de la historia ni de nuestra experiencia en la vida, sino que lo hicimos sobre la base de consideraciones generales a que nos llevó la apreciación de los fenómenos del *sadismo* y del *masoquismo*. Ustedes saben que hablamos de sadismo cuando la satisfacción sexual se anuda a la condición de que el objeto sexual padezca dolores, maltratos y humillaciones, y de masoquismo cuando la necesidad consiste en ser uno mismo ese objeto maltratado. Saben también que cierto ingrediente de ambas aspiraciones es acogido en la relación sexual normal, y que las designamos como perversiones cuando refrenan a las otras metas sexuales y las remplazan por sus propias metas. Por otra parte, difícilmente se les escape que el sadismo mantiene un nexo más íntimo con la masculinidad, y el masoquismo con la **feminidad**, como si existiera aquí un secreto parentesco, si bien debo decirles enseguida que no hemos avanzado por este camino. Ambos, sadismo y masoquismo, son fenómenos harto enigmáticos para la teoría de la libido, y muy en particular el masoquismo; además, todo es como debe ser si lo que constituyó la piedra del escándalo para una teoría está destinado a proporcionar la piedra angular de la teoría que la sustituya" (Freud, 1933 [1932], pags. 96-97).

22.2.3. "En cuanto a la conferencia de hoy, no debiera tener cabida en una introducción, pero acaso les sirva como muestra de un trabajo analítico de detalle, y puedo decir dos cosas para recomendarla. No ofrece nada más que hechos observados, casi sin añadido de especulación, y se ocupa de un tema que posee títulos para atraer el interés de ustedes como difícilmente otro los tenga. El enigma de la **feminidad** ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos (…)" (Freud, 1933 [1932], pag. 105).

22.2.4. "(…) Pero como, a pesar de ello y prescindiendo de casos rarísimos, en una persona está presente sólo una clase de productos genésicos —óvulos o células de semen, no podrán ustedes menos que desconcertarse en cuanto al valor decisorio de estos elementos y extraer la conclusión de que aquello que constituye la masculinidad o la **feminidad** es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender" (Freud, 1933 [1932], pags. 105-06).

22.2.5. "Podría intentarse caracterizar psicológicamente la **feminidad** diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo

esto es todavía muy oscuro. No descuidaremos la existencia de un vínculo particularmente constante entre **feminidad** y vida pulsional. Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino. Pero si, como ocurre con tanta frecuencia, se topan ustedes con el masoquismo en varones, ¿qué otra cosa les resta si no decir que estos varones muestran rasgos femeninos muy nítidos?

Ahora ya están ustedes preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la **feminidad**. Ese esclarecimiento, en efecto, tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que no averigüemos cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos. Nada sabemos sobre eso, a pesar de que la división en dos sexos es un carácter harto llamativo de la vida orgánica, que la separa tajantemente de la naturaleza inanimada. Entretanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posesión de genitales femeninos se caracterizan como pertenecientes a ese sexo de una manera manifiesta o predominante. Pues bien; el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer —una tarea de solución casi imposible para él—, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual. Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a la circunstancia de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis. La discusión sobre ella cobró particular atractivo en virtud de la diferencia misma entre los sexos; en efecto, cada vez que una comparación parecía resultar desfavorable a su sexo, nuestras damas podían exteriorizar la sospecha de que nosotros, los analistas varones, no habíamos podido superar ciertos prejuicios hondamente arraigados contra la **feminidad** y lo pagábamos con el carácter parcial de nuestra investigación. Y a nosotros nos resultaba fácil, situándonos en el terreno de la bisexualidad, evitar toda descortesía. No teníamos más que decir: «Eso no es válido para ustedes; son una excepción, más masculinas que femeninas en este punto»" (Freud, 1933 [1932], pags. 107-08).

22.2.6. "Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádico-anal se exteriorizara en la niña pequeña un rezago de la agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que

admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la niña con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos. Es cierto que algunas voces aisladas informan acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguirlas de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la **feminidad** el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual" (Freud, 1933 [1932], pags. 109-10).

22.2.7. "El descubrimiento de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones del desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la **feminidad** normal" (Freud, 1933 [1932], pag. 117).

22.2.8. "Con el abandono de la masturbación clitorídea se renuncia a una porción de actividad. Ahora prevalece la pasividad, la vuelta hacia el padre se consuma predominantemente con ayuda de mociones pulsionales pasivas. Ya lo disciernen ustedes: tal oleada de desarrollo, que remueve la actividad fálica, allana el terreno a la **feminidad**. Cuando no es mucho lo que a raíz de ello se pierde por represión, esa **feminidad** puede resultar normal. El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene [cf. pág. 93]. No se nos escapa que la niña había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, el sentido de su juego con muñecas. Pero ese juego no era propiamente la expresión de su **feminidad**; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. Jugaba a la madre, y la muñeca era ella misma; entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella. Sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa meta de deseo femenina.

Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado [cf. págs. 123-4]. En la expresión compuesta «un hijo del padre», muy a menudo el acento recae sobre el hijo, y no insiste en el padre. Así, el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la **feminidad** consumada. Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia" (Freud, 1933 [1932], pags. 118-19).

22.2.9. "Ahora volvamos atrás: mencionamos como la segunda de las reacciones posibles tras el descubrimiento de la castración femenina el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Se quiere significar con esto que, por así decir, la niña se rehúsa a reconocer el hecho desagradable; con una empecinada rebeldía carga todavía más las tintas sobre la masculinidad que tuvo hasta entonces, mantiene su quehacer clitorídeo y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. ¿Qué será lo decisivo para este desenlace? No podemos imaginar otra cosa que un factor constitucional, una proporción mayor de actividad, como suele ser característica del macho. Empero, lo esencial del proceso es que en este lugar del desarrollo se evita la oleada de pasividad que inaugura el giro {*Wendung*} hacia la **feminidad**. Como la operación más extrema de este complejo de masculinidad se nos aparece su influjo sobre la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta. Es verdad que la experiencia analítica nos enseña que la homosexualidad femenina rara vez o nunca continúa en línea recta a la masculinidad infantil. Parece deberse a que también esas muchachas toman por objeto al padre durante cierto lapso y se internan en la situación edípica. Pero luego son esforzadas a regresar a su anterior complejo de masculinidad en virtud de las infaltables desilusiones con el padre. No es lícito sobrestimar el valor de tales desengaños; tampoco le son ahorrados a la niña destinada a la **feminidad**, y en ella no producen igual resultado. El hiperpoder del factor constitucional parece indiscutible, pero las dos fases del desarrollo de la homosexualidad femenina se reflejan muy claramente en las prácticas de las homosexuales, que con la misma frecuencia e igual nitidez desempeñan los papeles de madre e hija como los de varón y mujer" (Freud, 1933 [1932], pags. 120-21).

22.2.10. "No es mi propósito perseguir la ulterior conducta de la **feminidad** a través de la pubertad hasta llegar a la época de la madurez. Por lo demás, nuestras intelecciones resultarían insuficientes para ello. En lo que sigue reuniré algunos rasgos. Tomando como base la prehistoria, sólo destacaré aquí que el despliegue de la **feminidad** está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de la prehistoria masculina. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases preedípicas son muy frecuentes; en muchos ciclos de vida

se llega a una repetida alternancia de épocas en que predomina la masculinidad o la **feminidad**. Una parte de lo que nosotros los varones llamamos el «enigma femenino» acaso derive de esa expresión de bisexualidad en la vida de la mujer. Ahora bien, en el curso de estas indagaciones parece haber madurado el veredicto sobre otra cuestión. Hemos llamado «libido» a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-femenino; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición. No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la vida sexual masculina y otra las de la femenina. Pero no hay nada semejante. Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas. Comoquiera que sea, la expresión «libido femenina» carece de todo justificativo. Además, es nuestra impresión que se ha ejercido sobre la libido mayor compulsión cuando se la presionó a entrar al servicio de la función femenina, y que —para hablar teleológicamente— la naturaleza puso menos cuidado en considerar las exigencias de esta última que en el caso de la masculinidad. Y acaso —concebido otra vez en términos teleológicos— esto tenga su fundamento en que el logro de la meta biológica es confiado a la agresión del varón y en alguna medida se lo ha vuelto independiente de la aquiescencia de la mujer" […] "He prometido presentarles todavía algunas particularidades psíquicas de la **feminidad** madura, tal como las encontramos en la observación analítica. No reclamamos para estas aseveraciones más que un valor de verdad en el promedio; además, no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social. Adjudicamos a la **feminidad**, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual. La vergüenza, considerada una cualidad femenina por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales. No olvidamos que luego ha tomado sobre sí otras funciones. Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconciente de ese logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los

genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados. Si ustedes rechazan esta ocurrencia por fantástica, y consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta del pene sobre la conformación de la **feminidad**, yo quedo, naturalmente, indefenso" […] "El hecho de que sea preciso atribuir a la mujer escaso sentido de la justicia tiene íntima relación con el predominio de la envidia en su vida anímica, pues el reclamo de justicia es un procesamiento de la envidia, indica la condición bajo la cual uno puede desistir de esta. También decimos acerca de las mujeres que sus intereses sociales son más endebles que los del varón, así como es menor su aptitud para la sublimación de lo pulsional. Lo primero deriva sin duda del carácter disocial que es rasgo inequívoco de todos los vínculos sexuales. Los amantes se bastan uno al otro y aun la familia es reacia a su inclusión en asociaciones más amplias. La aptitud para la sublimación está sujeta a las máximas variaciones individuales. En cambio, no puedo dejar de mencionar una impresión que se recibe una y otra vez en la actividad analítica. Un hombre que ronde la treintena nos aparece como un individuo joven, más bien inmaduro, del cual esperamos que aproveche abundantemente las posibilidades de desarrollo que le abre el análisis. Pero una mujer en la misma época de la vida nos aterra a menudo por su rigidez psíquica y su inmutabilidad. Su libido ha adoptado posiciones definitivas y parece incapaz de abandonarlas por otras. No se obtienen vías hacia un ulterior desarrollo; es como si todo el proceso estuviera concluido y no pudiera influirse más sobre él desde entonces; más aún; es como si el difícil desarrollo hacia la **feminidad** hubiera agotado las posibilidades de la persona. Como terapeutas lamentamos ese estado de cosas, aunque consigamos poner término al sufrimiento mediante la tramitación del conflicto neurótico" (Freud, 1933 [1932], pags. 121-25).

22.2.11. "Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la **feminidad**. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden qué hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la **feminidad**, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjanse a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada" (Freud, 1933 [1932], pag. 125).

Femenina/o (42):

22.3.1. "(…) Según Abraham (1922¿), la araña en el sueño es un símbolo de la madre, pero de la madre fálica de quien uno siente miedo; por tanto, la angustia frente a la araña expresa el terror al incesto con la madre y el horror a los **genitales femeninos**" (Freud, 1933 [1932], pag. 23).

22.3.2. "(…) Hemos reservado el nombre de fase *genital* para la organización sexual definitiva que se establece tras la pubertad y en la cual los **genitales femeninos** hallan por primera vez el reconocimiento que los masculinos habían conseguido mucho antes" (Freud, 1933 [1932], pag. 91).

22.3.3. "(…) También podemos estudiar muy bien en la niña cómo normalmente el **deseo** de poseer un pene, enteramente **afemenino**, se trasmuda en el deseo de tener un hijo, y luego en el de tener un varón como portador del pene y dador del hijo, de suerte que también aquí se vuelve visible el modo en que un fragmento de un interés anal-erótico en su origen se forja un sitio en la posterior organización genital" (Freud, 1933 [1932], pag. 94).

22.3.4. "Tampoco ustedes, si son varones, estarán a salvo de tales quebraderos de cabeza; de las mujeres presentes, no se espera que sean tal enigma para sí mismas. Masculino y **femenino** es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más. Masculino es el producto genésico masculino, el espermatozoide, y su portador; **femenino**, el óvulo y el organismo que lo alberga. En ambos sexos se han formado órganos que sirven exclusivamente a las funciones genésicas, y es probable que se hayan desarrollado a partir de una misma disposición en dos diferentes configuraciones. Además, los otros órganos, las formas del cuerpo y los tejidos se muestran en ambos influidos por el sexo, pero de manera inconstante y en medida variable; son los llamados «caracteres sexuales secundarios». Luego la ciencia les dice otra cosa que contraría sus expectativas y es probablemente apta para confundir sus sentimientos. Les hace notar que partes del aparato sexual masculino se encuentran también en el cuerpo de la mujer, si bien en un estado de atrofia, y lo mismo es válido para el otro sexo. Ella ve en este hecho el indicio de una *bisexualidad*, como si el individuo no fuera varón o mujer, sino ambas cosas en cada caso, sólo que más lo uno que lo otro. Entonces se los exhortará a ustedes a familiarizarse con la idea de que la proporción en que lo masculino y lo **femenino** se mezclan en el individuo sufre oscilaciones muy notables. Pero como, a pesar de ello y prescindiendo de casos rarísimos, en una persona está presente sólo una clase de productos genésicos —óvulos o células de semen, no podrán ustedes menos que desconcertarse en cuanto al valor decisorio de estos elementos y extraer

la conclusión de que aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender" (Freud, 1933 [1932], pags. 105-06).

22.3.5. "¿Podrá hacerlo la psicología? Estamos habituados a usar «masculino» y «**femenino**» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro **femeninamente**. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y **femenino**. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «**femenino**». Es cierto que existe una relación así. La célula genésica masculina se mueve activamente, busca a la **femenina**, y el óvulo permanece inmóvil, aguardando de manera pasiva. Y aun esta conducta de los organismos genésicos elementales es paradigmática para el comportamiento de los individuos en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra con el fin de la unión sexual, la apresa y penetra en ella. Pero así habrán reducido ustedes, para la psicología, el carácter de lo masculino al factor de la agresión. Y empezarán a dudar de haber dado con algo esencial si piensan que en muchas clases de animales las hembras son las más fuertes y agresivas, y los machos son activos exclusivamente en el acto de la unión sexual. Tal sucede, por ejemplo, en las arañas. Las funciones de la crianza, que nos parecen por excelencia **femeninas**, tampoco se asocian entre los animales de una manera regular con el **sexo femenino**. En especies muy adelantadas en la escala zoológica se observa que los sexos se distribuyen la tarea de la cría, o aun sólo el macho se consagra a ella. También en el campo de la vida sexual humana notarán enseguida cuan insuficiente es hacer corresponder **conducta** masculina con actividad, y **femenina** con pasividad. La madre es en todo sentido activa hacia el hijo, y hasta respecto del acto de mamar puede decirse tanto que ella da de mamar al niño cuanto que lo deja mamar de ella. Y mientras más se alejen del ámbito estrictamente sexual, más nítido se les volverá ese error de superposición». Las mujeres pueden desplegar gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir con sus iguales si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «**femenino**». Pero se los desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo.

Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser

necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro. No descuidaremos la existencia de un vínculo particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El **masoquismo** es entonces, como se dice, auténticamente **femenino**. Pero si, como ocurre con tanta frecuencia, se topan ustedes con el masoquismo en varones, ¿qué otra cosa les resta si no decir que estos varones muestran **rasgos femeninos** muy nítidos?

Ahora ya están ustedes preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la feminidad. Ese esclarecimiento, en efecto, tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que no averigüemos cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos. Nada sabemos sobre eso, a pesar de que la división en dos sexos es un carácter harto llamativo de la vida orgánica, que la separa tajantemente de la naturaleza inanimada. Entretanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posesión de **genitales femeninos** se caracterizan como pertenecientes a ese sexo de una manera manifiesta o predominante. Pues bien; el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer —una tarea de solución casi imposible para él—, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual. Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a la circunstancia de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis. La discusión sobre ella cobró particular atractivo en virtud de la diferencia misma entre los sexos; en efecto, cada vez que una comparación parecía resultar desfavorable a su sexo, nuestras damas podían exteriorizar la sospecha de que nosotros, los analistas varones, no habíamos podido superar ciertos prejuicios hondamente arraigados contra la feminidad y lo pagábamos con el carácter parcial de nuestra investigación. Y a nosotros nos resultaba fácil, situándonos en el terreno de la bisexualidad, evitar toda descortesía. No teníamos más que decir: «Eso no es válido para ustedes; son una excepción, más masculinas que **femeninas** en este punto»" (Freud, 1933 [1932], pags. 106-08).

22.3.6. “Abordamos la indagación del **desarrollo sexual femenino** con dos expectativas: la primera, que tampoco en este caso la constitución ha de plegarse sin renuencia a la función; la segunda, que los cambios decisivos ya se habrán encaminado o consumado antes de la pubertad. Ambas se confirman pronto” (Freud, 1933 [1932], pag. 108).

22.3.7. “Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádico-anal se exteriorizara en la niña pequeña un rezago de la agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la niña con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la **vagina**, genuinamente **femenina**, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos. Es cierto que algunas voces aisladas informan acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguirlas de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual” (Freud, 1933 [1932], pags. 109-10).

22.3.8. “Ahora queremos saber cuáles son los vínculos libidinosos de la niña con la madre. He aquí la respuesta: son muy diversos. Puesto que atraviesan por las tres fases de la sexualidad infantil, cobran los caracteres de cada una de ellas, se expresan mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos. Esos **deseos** subrogan tanto mociones activas como pasivas; si se los refiere —cosa que debe evitarse en lo posible— a la diferenciación entre los sexos, cuya emergencia es posterior, se los puede llamar masculinos y **femeninos**” (Freud, 1933 [1932], pag. 111).

22.3.9. “Como lo oyen, también a la mujer le atribuimos un complejo de castración. Y con buen fundamento; pero no puede tener el mismo contenido que en el varón. En este, el complejo de castración nace después que por la visión de unos **genitales femeninos** se

enteró de que el miembro tan estimado por él no es complemento necesario del cuerpo. Entonces se acuerda de las amenazas que se atrajo por ocuparse de su miembro, empieza a prestarles creencia, y a partir de ese momento cae bajo el influjo de la *angustia de castración*, que pasa a ser el más potente motor de su ulterior desarrollo. El complejo de castración de la niña se inicia, asimismo, con la visión de los genitales del otro sexo. Al punto nota la diferencia y —es preciso admitirlo— su significación. Se siente gravemente perjudicada, a menudo expresa que le gustaría «tener también algo así», y entonces cae presa de la *envidia del pene*, que deja huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter, y aun en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico. Que la niña admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. AI contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de llegar a tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía, y aun en épocas en que su saber de la realidad hace mucho desechó por inalcanzable el cumplimiento de ese deseo, el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconciente y ha retenido una considerable investidura energética. El deseo de obtener al fin el pene anhelado puede prestar todavía su contribución a los motivos que llevan a la mujer madura al análisis, y lo que razonablemente le cabe esperar de este último (p. ej., la aptitud para ejercer un oficio, intelectual) es discernible a menudo como una metamorfosis sublimada de ese deseo reprimido" (Freud, 1933 [1932], pags. 115-16).

22.3.10. "Acerca de las tres hemos averiguado bastante, si bien no todo. El contenido esencial de la primera es que la niña pequeña, que hasta ese momento había vivido como varón, sabía procurarse placer por excitación de su clítoris y relacionaba este quehacer con sus deseos sexuales, con frecuencia activos, referidos a la madre, ve estropearse el goce de su sexualidad fálica por el influjo de la envidia del pene. La comparación con el varón, tanto mejor dotado, es una afrenta a su amor propio; renuncia a la satisfacción masturbatoria en el clítoris, desestima su amor por la madre y entonces no es raro que reprima una buena parte de sus propias aspiraciones sexuales. Es cierto que el extrañamiento respecto de la madre no se produce de un golpe, pues la muchacha al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del **sexo femenino** y, por último, también a la madre. Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se habían ido reuniendo. Vale decir, pues, que por el descubrimiento de la falta del pene la mujer resulta desvalorizada tanto para la niña como para el varoncito, y luego, tal vez, para el hombre" (Freud, 1933 [1932], pag. 117).

22.3.11. "Con el abandono de la masturbación clitorídea se renuncia a una porción de actividad. Ahora prevalece la pasividad, la vuelta hacia el padre se consuma predominantemente con ayuda de mociones pulsionales pasivas. Ya lo disciernen ustedes: tal oleada de desarrollo, que remueve la actividad fálica, allana el terreno a la feminidad. Cuando no es mucho lo que a raíz de ello se pierde por represión, esa feminidad puede resultar normal. El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la **situación femenina** sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene [cf. pág. 93]. No se nos escapa que la niña había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, el sentido de su juego con muñecas. Pero ese juego no era propiamente la expresión de su feminidad; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. Jugaba a la madre, y la muñeca era ella misma; entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella. Sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa **meta** de deseo **femenina**. Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado [cf. págs. 123-4]. En la expresión compuesta «un hijo del padre», muy a menudo el acento recae sobre el hijo, y no insiste en el padre. Así, el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada. Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un **deseo femenino** por excelencia" (Freud, 1933 [1932], pags. 118-19).

22.3.12. "(…) En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y. . . las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el **carácter femenino** medio.

Ahora volvamos atrás: mencionamos como la segunda de las reacciones posibles tras el descubrimiento de la **castración femenina** el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Se quiere significar con esto que, por así decir, la niña se rehúsa a reconocer el hecho desagradable; con una empecinada rebeldía carga todavía más las tintas sobre la masculinidad que tuvo hasta entonces, mantiene su quehacer clitorídeo y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. ¿Qué será lo decisivo para este desenlace? No podemos imaginar otra cosa que un factor constitucional, una proporción mayor de actividad, como suele ser característica del macho. Empero, lo esencial del

proceso es que en este lugar del desarrollo se evita la oleada de pasividad que inaugura el giro {*Wendung*} hacia la feminidad. Como la operación más extrema de este complejo de masculinidad se nos aparece su influjo sobre la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta. Es verdad que la experiencia analítica nos enseña que la **homosexualidad femenina** rara vez o nunca continúa en línea recta a la masculinidad infantil. Parece deberse a que también esas muchachas toman por objeto al padre durante cierto lapso y se internan en la situación edípica. Pero luego son esforzadas a regresar a su anterior complejo de masculinidad en virtud de las infaltables desilusiones con el padre. No es lícito sobrestimar el valor de tales desengaños; tampoco le son ahorrados a la niña destinada a la feminidad, y en ella no producen igual resultado. El hiperpoder del factor constitucional parece indiscutible, pero las dos fases del desarrollo de la **homosexualidad femenina** se reflejan muy claramente en las prácticas de las homosexuales, que con la misma frecuencia e igual nitidez desempeñan los papeles de madre e hija como los de varón y mujer" (Freud, 1933 [1932], pags. 120-21).

22.3.13. "No es mi propósito perseguir la ulterior conducta de la feminidad a través de la pubertad hasta llegar a la época de la madurez. Por lo demás, nuestras intelecciones resultarían insuficientes para ello. En lo que sigue reuniré algunos rasgos. Tomando como base la prehistoria, sólo destacaré aquí que el despliegue de la feminidad está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de la prehistoria masculina. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases preedípicas son muy frecuentes; en muchos ciclos de vida se llega a una repetida alternancia de épocas en que predomina la masculinidad o la feminidad. Una parte de lo que nosotros los varones llamamos el «**enigma femenino**» acaso derive de esa expresión de bisexualidad en la vida de la mujer. Ahora bien, en el curso de estas indagaciones parece haber madurado el veredicto sobre otra cuestión. Hemos llamado «libido» a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-**femenino**; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición. No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la **vida sexual** masculina y otra las de la **femenina**. Pero no hay nada semejante. Existe sólo una libido, que entra al servicio de la **función sexual** tanto masculina como **femenina**. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas. Comoquiera que sea, la expresión «**libido femenina**» carece de todo justificativo. Además, es nuestra impresión que se ha ejercido sobre la libido

mayor compulsión cuando se la presionó a entrar al servicio de la **función femenina**, y que —para hablar teleológicamente— la naturaleza puso menos cuidado en considerar las exigencias de esta última que en el caso de la masculinidad. Y acaso —concebido otra vez en términos teleológicos— esto tenga su fundamento en que el logro de la meta biológica es confiado a la agresión del varón y en alguna medida se lo ha vuelto independiente de la aquiescencia de la mujer" […] "He prometido presentarles todavía algunas particularidades psíquicas de la feminidad madura, tal como las encontramos en la observación analítica. No reclamamos para estas aseveraciones más que un valor de verdad en el promedio; además, no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social. Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual. La vergüenza, considerada una **cualidad femenina** por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales. No olvidamos que luego ha tomado sobre sí otras funciones. Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconciente de ese logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados. Si ustedes rechazan esta ocurrencia por fantástica, y consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta del pene sobre la conformación de la feminidad, yo quedo, naturalmente, indefenso" (Freud, 1933 [1932], pags. 121-23).

22.3.14. "En efecto, sea el paciente un homosexual o un necrófilo, un histérico aquejado de angustia, un neurótico obsesivo bloqueado o un delirante furioso, el psicólogo individual de la escuela de Adler indicará en todos los casos como motivo impulsor de su estado la voluntad de imponerse a los demás, de sobrecompensar su inferioridad, de permanecer «encima», de pasar de la línea **femenina** a la masculina" (Freud, 1933 [1932], pag. 131).

22.3.15. "Sólo se comprende la asombrosa conjunción de enseñanza, consuelo y demanda en la religión cuando se la somete a un análisis genético. Puede tomarse como punto de

partida lo más llamativo del conjunto, la enseñanza acerca de la génesis del universo, pues, ¿por qué una cosmogonía ha de ser un ingrediente regular del sistema religioso? La doctrina dice, pues, que el universo ha sido creado por un ser magnificado en todas sus partes —en poder, sabiduría, intensidad de la pasión—, por un superhombre idealizado. Que unos animales sean tenidos por creadores del universo indica el influjo del totemismo, sobre el que luego haremos alguna observación, siquiera de pasada. Es interesante anotar que ese creador siempre es único, aunque se crea en varios dioses. También, que casi siempre es varón, aunque en modo alguno falten indicaciones de **divinidades femeninas** y muchas mitologías señalen el comienzo de la creación en el momento en que una **deidad** masculina desplaza a una **femenina**, degradada a la condición de monstruo. Esto plantea interesantísimos problemas, pero debemos apresurarnos. Reconocemos con facilidad el paso siguiente, en que ese Dios Creador es llamado directamente

Padre. El psicoanálisis infiere que es de hecho el padre, tan grandioso como le apareció otrora al niño pequeño. Así, el hombre religioso se representa la creación del universo como a su propia génesis" (Freud, 1933 [1932], pag. 150).

22.3.16. "La prohibición de pensar, que la religión decreta al servicio de su autoconservación, por lo demás, tampoco es inocua, ni para el individuo ni para la comunidad humana. La experiencia analítica nos ha enseñado que semejante prohibición, aunque en su origen se limite a determinado campo, tiende a expandirse y luego pasa a ser causa de inhibiciones graves en el modo de vida de la persona. Ese efecto puede ser observado, además, en el **sexo femenino**, como consecuencia de la prohibición de ocuparse, aunque sólo fuera en el pensamiento, de su sexualidad. La biografía de casi todos los individuos destacados de épocas pretéritas es apta para demostrar lo dañino de la prohibición religiosa del pensamiento. Por otra parte, el intelecto —o para llamarlo con el nombre que nos resulta más familiar: la razón— es uno de los poderes de los que con mayor justificación podemos esperar un influjo unificador sobre los hombres, esos hombres cuya cohesión y —por lo tanto— cuyo gobierno son tan dificultosos. Imagínense lo imposible que sería la sociedad humana si cada quien tuviera su propia tabla de multiplicar y sus particulares unidades de longitud y de peso. Nuestra mejor esperanza para el futuro es que el intelecto —el espíritu científico, la razón— establezca con el tiempo la dictadura dentro de la vida anímica. La esencia de la razón garantiza que en tal caso no dejaría de asignar su lugar debido a las mociones afectivas de los seres humanos y a todo lo comandado por ellas. Pero el yugo común de ese imperio de la razón demostrará ser el más fuerte lazo unificador entre los hombres y abrirá el camino a ulteriores unificaciones. Todo lo que contraríe ese desarrollo, como de hecho lo hace la prohibición de pensar

decretada por la religión, constituye un peligro para el futuro de la humanidad" (Freud, 1933 [1932], pag. 158).

Mujer (77):

22.4.1. "(…) Sin embargo, investigadores de Viena han empezado justamente a corroborar por vía experimental nuestro simbolismo onírico. Cierto doctor Schrötter descubrió ya en 1912 que si a personas en estado de hipnosis profunda se les imparte la orden de soñar con procesos sexuales, en el sueño así provocado el material sexual aparece sustituido por uno de los símbolos consabidos. Por ejemplo: se ordena a una **mujer** soñar que mantiene comercio sexual con una amiga. En su sueño esta amiga aparece con una *maleta de viaje* que tiene pegado un cartelito: «Sólo para damas»" (Freud, 1933 [1932], pag. 21).

22.4.2. "Consideremos un poco más los símbolos. A algunos de ellos creímos haberlos discernido, pese a lo cual nos perturbaba no poder indicar el modo en que ese símbolo había cobrado ese significado. En tales casos era forzoso que acogiéramos con particular interés corroboraciones de otros campos: de la lingüística, el folklore, la mitología, el ritual. Un ejemplo de esta clase fue el símbolo del manto {*Mantel*}. Dijimos que en el sueño de una **mujer** significaba un hombre {*Mann*}" (…) "Armoniza con esto, pues, que una **mujer** que no ha superado su deseo de ser varón sueñe tan a menudo con puentes demasiado cortos para alcanzar la otra orilla" (Freud, 1933 [1932], pags. 22-23).

22.4.3. "Un hombre de evidente inteligencia, carente en absoluto —como él mismo asevera— de «inspiración ocultista», me escribe acerca de un sueño que le parece asombroso. Comienza diciendo que su hija casada, que vive en un lugar distante, espera su primer parto para mediados de diciembre. Esta hija le es muy querida, y sabe que también ella siente fuerte apego por él. Entonces, en la noche del 16 al 17 de noviembre, él sueña que su propia **mujer** ha dado a luz mellizos. Siguen numerosos detalles que puedo omitir aquí; por lo demás, no todos fueron esclarecidos. La que en su sueño pasó a ser madre de los mellizos es su segunda **mujer**, madrastra de su hija. No desea tener hijos con ella, pues no la considera apta para la educación racional de los niños; además, por la época del sueño había suspendido hacía largo tiempo el comercio sexual con ella. Lo que le mueve a escribirme no es una duda sobre la doctrina del sueño, que habría estado justificada por el contenido manifiesto del suyo: en efecto, ¿por qué el sueño, en total oposición a sus deseos, hace que alumbre hijos esta **mujer**? Y de acuerdo con su informe, tampoco lo motiva el temor de que ese acontecimiento indeseado pudiera ocurrir. Lo que lo movió a referirme ese sueño fue la circunstancia de que el 18 de noviembre por la

mañana recibió la noticia telegráfica de que su hija había dado a luz mellizos. El telegrama había sido despachado el día anterior, y el nacimiento se produjo la noche del 16 al 17, más o menos a la misma hora en que él soñaba que su **mujer** tenía mellizos. El soñante me pregunta si la coincidencia de sueño y acontecimiento debe considerarse casual. No se atreve a llamar telepático al sueño, pues la diferencia entre contenido del sueño y acontecimiento atañe justamente a lo que le parece lo esencial, la persona de la parturienta. Pero de una de sus observaciones se infiere que no le habría asombrado un sueño telepático correcto. Cree que su hija sin duda «ha pensado particularmente en él» durante sus horas difíciles.

Señoras y señores: Estoy seguro de que ustedes ya pueden explicarse este sueño y comprenden también por qué se los referí. Hay ahí un hombre insatisfecho con su segunda **mujer**; preferiría tener una esposa como su hija del primer matrimonio. Este «como», desde luego, falta en lo in-

conciente. Entonces durante la noche lo alcanza el mensaje telepático de que su hija ha dado a luz mellizos. El trabajo del sueño se apodera de esta noticia, deja que influya sobre ella el deseo inconciente que preferiría poner a la hija en el lugar de la segunda **mujer**, y así nace el sueño manifiesto que provoca extrañeza, que oculta el deseo y desfigura el mensaje. Debemos decir que sólo la interpretación del sueño nos ha mostrado que se trata de un sueño telepático; el psicoanálisis ha descubierto un sumario de hechos telepáticos que de otro modo no habríamos discernido.

¡Pero no se equivoquen ustedes! A pesar de ello, la interpretación del sueño no ha enunciado nada acerca de la verdad objetiva de ese sumario de hechos telepáticos. También podría ser una apariencia susceptible de otro esclarecimiento. Es posible que los pensamientos oníricos latentes de ese hombre rezaran: «Hoy es el día en que debería producirse el parto si mi hija, como en verdad lo creo, erró la cuenta por un mes. Y ya la última vez que la vi su aspecto era de tener mellizos. ¡Ah, cómo se habría regocijado mi difunta mujer, tan amante de los niños, si nacieran mellizos!»" (Freud, 1933 [1932], pags. 35-36).

22.4.4. "(…) Un joven de elevada posición está enredado con una **mujer** de vida galante y en ese vínculo rige una curiosa compulsión. De tiempo en tiempo se ve precisado a afrentar a la amada de palabra haciéndola objeto de mofa y escarnio hasta que ella cae en viva desesperación" […] "Para apreciar las pericias del grafólogo, sobre todo la primera, es preciso saber algo acerca de la historia secreta de nuestro hombre. Siendo muy jovencito, y respondiendo a su naturaleza apasionada, se había enamorado hasta el frenesí de una **mujer** joven, aunque mayor que él. Rechazado, intentó un suicidio de cuyo serio

propósito no cabe dudar. Sólo por azar escapó de la muerte, y se restableció tras larga convalecencia. Pero ese acto silvestre causó profunda impresión en la **mujer** amada, quien le concedió sus favores; él pasó a ser su amante, permaneció desde entonces ligado con ella secretamente {*heimlich*} y la sirvió como un auténtico caballero. Trascurridas más de dos décadas, y habiendo envejecido ambos —sobre todo la **mujer**, desde luego—, se le despertó la necesidad de desasirse de ella, de liberarse, llevar su propia vida, fundar él mismo una casa y una familia. Y simultánea con ese hastío se instaló en él la necesidad, largo tiempo sofocada, de vengarse de su amante. Si una vez quiso matarse porque ella lo desdeñó, ahora quería tener el contento de que ella buscara la muerte porque él la abandonaba. Empero, su amor seguía siendo demasiado intenso para que ese deseo pudiera devenirle conciente; además, no era capaz de hacerle suficiente mal para empujarla a la muerte. Con ese estado de ánimo, tomó a la **mujer** galante en cierto modo como chivo emisario, a fin de satisfacer *in corpore vili* su sed de venganza; se permitió hacerla objeto de todos los martirios cuyo efecto previsible fuera el que él deseaba para la **mujer** amada. Que la venganza iba dirigida en verdad a esta última se traslucía ya por el hecho de que la tomó por confidente y consejera en su enredo amoroso, en vez de ocultarle su infidelidad. La pobre, rebajada hacía tiempo de la posición de quien otorga a la de quien recibe, probablemente sufrió más por esas confidencias que la **mujer** galante con las brutalidades que él le infligía. Desde luego, la compulsión de que él se quejaba a raíz de esa persona sustitutiva, y que lo empujó al análisis, había sido trasferida a ella desde la ex amante: de esta última quería librarse y no podía. No soy grafólogo y no estimo en mucho el arte de colegir el carácter a partir de la escritura; menos aún creo en la posibilidad de predecir por esa vía el futuro del que escribe. Pero vean ustedes: no importa lo que se piense acerca del valor de la grafología; es inequívoco que el experto, al asegurar que el autor del trozo de escritura que se le presentaba como muestra se mataría en los próximos días, no hizo más que traer a la luz, también en este caso, un intenso deseo secreto de la persona que lo consultaba. Algo semejante ocurrió en la segunda pericia, sólo que aquí no contaba un deseo inconciente, sino que el germen de duda y de aprensión del consultante halló una expresión clara por boca del grafólogo. En fin, mi paciente consiguió, con ayuda del análisis, hacer una elección amorosa fuera del círculo de encantamiento en que había estado hechizado" (Freud, 1933 [1932], pags. 42-43).

22.4.5. "(…) Enseguida, a eso de las once, llega uno de mis pacientes, el señor P., un hombre amable y espiritual que tiene entre 40 y 50 años y en su momento recurrió a mí por dificultades con las **mujeres**" […] "Ese día el señor P. volvió sobre sus intentos de anudar vínculos amorosos con **mujeres** y mencionó una vez más a la muchacha pobre,

graciosa y bella con quien podría haber tenido éxito si el hecho mismo de su virginidad no lo disuadiese ya de todo serio empeño" (Freud, 1933 [1932], pag. 45).

22.4.6. "(…) Hace poco, una **mujer** digna de toda confianza, D. Burlingham, en su ensayo «Kinderanalyse und Mutter» {El análisis de niños y la madre} [1932], comunicó observaciones que, de ser corroboradas, no podrán menos que poner término a la duda que aún resta sobre la realidad de la trasferencia del pensamiento" (Freud, 1933 [1932], pag. 52).

22.4.7. "(…) Suele decirse que el influjo del objeto sexual sobre el yo se produce con particular frecuencia en las **mujeres** y es característico de la feminidad" (Freud, 1933 [1932], pag. 59).

22.4.8. "La angustia de castración no es, desde luego, el único motivo de la represión; ya no tiene sitio alguno en las **mujeres**, que por cierto poseen un complejo de castración, pero no pueden tener angustia ninguna de castración. En su remplazo aparece en las de su sexo la angustia a la pérdida de amor, que puede dilucidarse como una continuación de la angustia del lactante cuando echa de menos a la madre" (Freud, 1933 [1932], pags. 80-81).

22.4.9. "Tampoco ustedes, si son varones, estarán a salvo de tales quebraderos de cabeza; de las **mujeres** presentes, no se espera que sean tal enigma para sí mismas. Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más. Masculino es el producto genésico masculino, el espermatozoide, y su portador; femenino, el óvulo y el organismo que lo alberga. En ambos sexos se han formado órganos que sirven exclusivamente a las funciones genésicas, y es probable que se hayan desarrollado a partir de una misma disposición en dos diferentes configuraciones. Además, los otros órganos, las formas del cuerpo y los tejidos se muestran en ambos influidos por el sexo, pero de manera inconstante y en medida variable; son los llamados «caracteres sexuales secundarios». Luego la ciencia les dice otra cosa que contraría sus expectativas y es probablemente apta para confundir sus sentimientos. Les hace notar que partes del aparato sexual masculino se encuentran también en el cuerpo de la **mujer**, si bien en un estado de atrofia, y lo mismo es válido para el otro sexo. Ella ve en este hecho el indicio de una *bisexualidad*, como si el individuo no fuera varón o **mujer**, sino ambas cosas en cada caso, sólo que más lo uno que lo otro. Entonces se los exhortará a ustedes a familiarizarse con la idea de que la proporción en que lo masculino y lo femenino se mezclan en el individuo sufre oscilaciones muy notables. Pero como, a pesar de ello y prescindiendo de casos rarísimos, en una persona está presente sólo una clase de productos genésicos —óvulos o células de semen, no podrán

ustedes menos que desconcertarse en cuanto al valor decisorio de estos elementos y extraer la conclusión de que aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender" (Freud, 1933 [1932], pags. 105-06).

22.4.10. "(…) Las **mujeres** pueden desplegar gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir con sus iguales si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «femenino». Pero se los desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo.

Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la **mujer** en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la **mujer** hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro. No descuidaremos la existencia de un vínculo particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Su propia constitución le prescribe a la **mujer** sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino. Pero si, como ocurre con tanta frecuencia, se topan ustedes con el masoquismo en varones, ¿qué otra cosa les resta si no decir que estos varones muestran rasgos femeninos muy nítidos?

Ahora ya están ustedes preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la feminidad. Ese esclarecimiento, en efecto, tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que no averigüemos cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos. Nada sabemos sobre eso, a pesar de que la división en dos sexos es un carácter harto llamativo de la vida orgánica, que la separa tajantemente de la naturaleza inanimada. Entretanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posesión de genitales femeninos se caracterizan como pertenecientes a ese sexo de una manera manifiesta o predominante. Pues bien; el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la **mujer** —una tarea de solución casi imposible para él—,

sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la **mujer** a partir del niño de disposición bisexual. Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a la circunstancia de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis. La discusión sobre ella cobró particular atractivo en virtud de la diferencia misma entre los sexos; en efecto, cada vez que una comparación parecía resultar desfavorable a su sexo, nuestras damas podían exteriorizar la sospecha de que nosotros, los analistas varones, no habíamos podido superar ciertos prejuicios hondamente arraigados contra la feminidad y lo pagábamos con el carácter parcial de nuestra investigación. Y a nosotros nos resultaba fácil, situándonos en el terreno de la bisexualidad, evitar toda descortesía. No teníamos más que decir: «Eso no es válido para ustedes; son una excepción, más masculinas que femeninas en este punto»" (Freud, 1933 [1932], pags. 106-08).

22.4.11. "Abordamos la indagación del desarrollo sexual femenino con dos expectativas: la primera, que tampoco en este caso la constitución ha de plegarse sin renuencia a la función; la segunda, que los cambios decisivos ya se habrán encaminado o consumado antes de la pubertad. Ambas se confirman pronto. Además, una comparación con las constelaciones estudiadas en el varón nos dice que el desarrollo de la niña pequeña hasta la **mujer** normal es más difícil y complicado, pues incluye dos tareas adicionales que no tienen correlato alguno en el desarrollo del varón. Persigamos los paralelismos desde el comienzo. Por supuesto, ya el material mismo difiere entre el varón y la niña; no hace falta ningún psicoanálisis para comprobarlo. La diferencia en la conformación de los genitales es acompañada por otras desemejanzas corporales demasiado conocidas para que sea preciso mencionarlas. También surgen diferencias en la disposición pulsional, que permiten vislumbrar la posterior naturaleza de la **mujer**" […] "Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádico-anal se exteriorizara en la niña pequeña un rezago de la agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas **mujeres** que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la niño con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos. Es cierto que algunas voces aisladas informan

acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguirlas de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la **mujer** tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual" […] "En este punto conseguiríamos una solución ideal por su simplicidad si estuviéramos autorizados a suponer que a partir de determinada edad rige el influjo elemental de la atracción recíproca entre los sexos, que esforzaría a la **mujercita** hacia el varón, mientras que la misma ley permitiría al varoncito perseverar en la madre. Y aun cabría conjeturar que los niños siguen en esto las señales que les imparte la predilección sexual de sus progenitores. Pero no nos será deparada una tan fácil solución; ni siquiera sabemos si nos es lícito creer en serio en ese misterioso poder, ya no susceptible de descomposición analítica, que tanto entusiasma a los poetas. Laboriosas indagaciones nos han proporcionado una información de tipo muy diverso, para la cual al menos es fácil procurarse el material. Es esta: ustedes saben que es muy grande el número de **mujeres** que hasta épocas tardías permanecen en la dependencia tierna respecto del objeto-padre, y aun del padre real. En tales **mujeres** de intensa y duradera ligazón-padre hemos hecho sorprendentes comprobaciones. Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón-madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones. Durante ese período el padre es sólo un fastidioso rival; en muchos casos la ligazón-madre dura hasta pasado el cuarto año. Casi todo lo que más tarde hallamos en el vínculo con el padre preexistió en ella, y fue trasferido de ahí al padre. En suma, llegamos al convencimiento de que no se puede comprender a la **mujer** si no se pondera esta fase de la *ligazón-madre preedipica*" (Freud, 1933 [1932], pags. 108-11).

22.4.12. "(…) O este otro caso: Recuerdan ustedes un interesante episodio de la historia de la investigación analítica que me hizo pasar muchas horas penosas. En la época en que el principal interés se dirigía al descubrimiento de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes **mujeres** me referían que habían sido seducidas por su padre. Al fin tuve que llegar a la intelección de que esos informes eran falsos, y así comprendí que los síntomas histéricos derivan de fantasías, no de episodios reales. Sólo más tarde pude discernir en esta fantasía de la seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la **mujer**. Y ahora reencontramos la fantasía de seducción en la prehistoria preedípica de la

niña, pero la seductora es por lo general la madre. Empero, aquí la fantasía toca el terreno de la realidad, pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por vez primera" (Freud, 1933 [1932], pags. 111-12).

22.4.13. "Como lo oyen, también a la **mujer** le atribuimos un complejo de castración. Y con buen fundamento; pero no puede tener el mismo contenido que en el varón. En este, el complejo de castración nace después que por la visión de unos genitales femeninos se enteró de que el miembro tan estimado por él no es complemento necesario del cuerpo. Entonces se acuerda de las amenazas que se atrajo por ocuparse de su miembro, empieza a prestarles creencia, y a partir de ese momento cae bajo el influjo de la angustia de castración, que pasa a ser el más potente motor de su ulterior desarrollo. El complejo de castración de la niña se inicia, asimismo, con la visión de los genitales del otro sexo. Al punto nota la diferencia y —es preciso admitirlo— su significación. Se siente gravemente perjudicada, a menudo expresa que le gustaría «tener también algo así», y entonces cae presa de la envidia del pene, que deja huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter, y aun en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico. Que la niña admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. AI contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de llegar a tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía, y aun en épocas en que su saber de la realidad hace mucho desechó por inalcanzable el cumplimiento de ese deseo, el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconciente y ha retenido una considerable investidura energética. El deseo de obtener al fin el pene anhelado puede prestar todavía su contribución a los motivos que llevan a la **mujer** madura al análisis, y lo que razonablemente le cabe esperar de este último (p. ej., la aptitud para ejercer un oficio, intelectual) es discernible a menudo como una metamorfosis sublimada de ese deseo reprimido.

La importancia de la envidia del pene es indudable. Acaso lo juzguen un ejemplo de injusticia masculina si asevero que envidia y celos desempeñan en la vida anímica de las **mujeres** un papel todavía mayor que en la de los varones. No es que en estos últimos se encuentren ausentes tales cualidades, ni que en las **mujeres** no tuvieran otra raíz que la envidia del pene; pero nos inclinamos a atribuir a este último influjo el plus que hay en las **mujeres**. Sin embargo, en muchos analistas ha surgido la tendencia de rebajar el valor de esa primera oleada de envidia del pene dentro de la fase fálica. A su juicio, lo que de esa actitud se encuentra en la **mujer** es, en lo esencial, una formación secundaria producida en oportunidad de posteriores conflictos por vía de regresión a aquella moción de la primera

infancia. Ahora bien, es este un problema general de la psicología de lo profundo. Respecto de muchas actitudes pulsionales patológicas —o aun sólo insólitas—, por ejemplo todas las perversiones sexuales, cabe preguntar cuánto de su intensidad debe atribuirse a fijaciones de la primera infancia y cuánto al influjo de vivencias o desarrollos posteriores. Casi siempre se trata ahí de unas series complementarias como las que supusimos en la elucidación de la etiología de las neurosis. Ambos factores participan con proporciones alternas en la causación; una disminución en uno de los lados es compensada por un aumento en el otro. Lo infantil es en todos los casos lo que marca la dirección; no siempre es lo decisivo, pero sí lo es muy a menudo. Justamente en el caso de la envidia del pene yo sustentaría sin vacilar la preeminencia del factor infantil" […] "Vale decir, pues, que por el descubrimiento de la falta del pene la **mujer** resulta desvalorizada tanto para la niña como para el varoncito, y luego, tal vez, para el hombre" (Freud, 1933 [1932], pags. 115-17).

22.4.14. "(…) El hiperpoder del factor constitucional parece indiscutible, pero las dos fases del desarrollo de la homosexualidad femenina se reflejan muy claramente en las prácticas de las homosexuales, que con la misma frecuencia e igual nitidez desempeñan los papeles de madre e hija como los de varón y **mujer**" (Freud, 1933 [1932], pag. 121).

22.4.15. "Lo que acabo de referirles es, por llamarlo así, la prehistoria de la **mujer**. Es una adquisición de estos últimos años, y acaso les resultó interesante como muestra de un trabajo analítico de detalle. Puesto que el tema es la **mujer** misma, me permito mencionar esta vez algunos nombres propios de **mujeres** a quienes esta indagación debe contribuciones importantes. La doctora Ruth Mack Brunswick [1928*b*] fue la primera en describir un caso de neurosis que se remontaba a una fijación al estadio preedípico y no había alcanzado en modo alguno la situación edípica. Tenía la forma de una paranoia de celos y demostró ser accesible a la terapia. La doctora Jeanne Lampl-de Groot [1927] ha comprobado con observaciones ciertas la tan increíble actividad fálica de la niña hacia la madre, y la doctora Helene Deutsch [1932] demostró que los actos de amor de **mujeres** homosexuales reproducen los vínculos madre-hijo.

No es mi propósito perseguir la ulterior conducta de la feminidad a través de la pubertad hasta llegar a la época de la madurez. Por lo demás, nuestras intelecciones resultarían insuficientes para ello. En lo que sigue reuniré algunos rasgos. Tomando como base la prehistoria, sólo destacaré aquí que el despliegue de la feminidad está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de la prehistoria masculina. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases preedípicas son muy frecuentes; en muchos ciclos de vida se llega a una repetida alternancia de épocas en que predomina la masculinidad o la

feminidad. Una parte de lo que nosotros los varones llamamos el «enigma femenino» acaso derive de esa expresión de bisexualidad en la vida de la **mujer**. Ahora bien, en el curso de estas indagaciones parece haber madurado el veredicto sobre otra cuestión. Hemos llamado «libido» a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-femenino; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición. No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la vida sexual masculina y otra las de la femenina. Pero no hay nada semejante. Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas. Comoquiera que sea, la expresión «libido femenina» carece de todo justificativo. Además, es nuestra impresión que se ha ejercido sobre la libido mayor compulsión cuando se la presionó a entrar al servicio de la función femenina, y que —para hablar teleológicamente— la naturaleza puso menos cuidado en considerar las exigencias de esta última que en el caso de la masculinidad. Y acaso —concebido otra vez en términos teleológicos— esto tenga su fundamento en que el logro de la meta biológica es confiado a la agresión del varón y en alguna medida se lo ha vuelto independiente de la aquiescencia de la **mujer**.

La frigidez sexual de la **mujer**, cuya frecuencia parece confirmar esa postergación, es un fenómeno mal comprendido. Psicógena muchas veces, y entonces accesible a la terapia, sugiere en otros casos la hipótesis de un condicionamiento constitucional, y aun la contribución de un factor anatómico.

He prometido presentarles todavía algunas particularidades psíquicas de la feminidad madura, tal como las encontramos en la observación analítica. No reclamamos para estas aseveraciones más que un valor de verdad en el promedio; además, no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social. Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la **mujer** la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la **mujer** sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual. La vergüenza, considerada una cualidad femenina por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales. No olvidamos que luego ha tomado sobre sí otras funciones. Se cree que las **mujeres** han

brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconciente de ese logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados. Si ustedes rechazan esta ocurrencia por fantástica, y consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta del pene sobre la conformación de la feminidad, yo quedo, naturalmente, indefenso.

Las condiciones de la elección de objeto de la **mujer** se vuelven hartas veces irreconocibles por obra de las circunstancias sociales. Cuando puede mostrarse libremente, se produce a menudo siguiendo el ideal narcisista del varón que la niña había deseado devenir. Si ella ha permanecido dentro de la ligazón-padre —es decir, del complejo de Edipo—, elige según el tipo paterno. Puesto que en la vuelta desde la madre hacia el padre la hostilidad del vínculo ambivalente de sentimientos permaneció junto a la madre, tal elección debiera de asegurar un matrimonio dichoso. Pero muy a menudo interviene otro desenlace que en general amenaza esa tramitación del conflicto de ambivalencia. La hostilidad que se dejó atrás alcanza a la ligazón positiva y desborda sobre el nuevo objeto. El marido, que había heredado al padre, entra con el tiempo en posesión de la herencia materna. Entonces ocurre fácilmente que la segunda mitad de la vida de una **mujer** se llene con la lucha contra su marido, así como la primera, más breve, lo estuvo con la rebelión contra su madre. Tras desfogarse la reacción, es fácil que un segundo matrimonio se plasme de manera mucho más satisfactoria. Otra mudanza en el ser de la **mujer**, para la cual los amantes no están preparados, puede sobrevenir luego del nacimiento del primer hijo en el matrimonio. Bajo la impresión de la propia maternidad puede revivirse una identificación con la madre propia, identificación contra la cual la **mujer** se había rebelado hasta el matrimonio, y atraer hacia sí toda la libido disponible, de suerte que la compulsión de repetición reproduzca un matrimonio desdichado de los padres. Que el antiguo factor de la falta de pene no siempre ha perdido su fuerza se demuestra en la diversa reacción de la madre frente al nacimiento de un hijo según sea varón o **mujer**. Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede trasferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad. El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la **mujer** haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar {*agieren*} la madre respecto de él.

La identificación-madre de la **mujer** permite discernir dos estratos: el preedípico, que consiste en la ligazón tierna con la madre y la toma por arquetipo, y el posterior, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y sustituirla junto al padre. De ambos estratos es mucho lo que queda pendiente para el futuro, y hasta hay derecho a decir que ninguno se supera en medida suficiente en el curso del desarrollo. Empero, la fase de la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la **mujer**; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales. En esa identificación conquista también su atracción sobre el varón, atizando hasta el enamoramiento la ligazón-madre edípica de él. Sin embargo, con harta frecuencia sólo el hijo varón recibe lo que el varón pretendía para sí. Uno tiene la impresión de que el amor del hombre y el de la **mujer** están separados por una diferencia de fase psicológica.

El hecho de que sea preciso atribuir a la **mujer** escaso sentido de la justicia tiene íntima relación con el predominio de la envidia en su vida anímica, pues el reclamo de justicia es un procesamiento de la envidia, indica la condición bajo la cual uno puede desistir de esta. También decimos acerca de las **mujeres** que sus intereses sociales son más endebles que los del varón, así como es menor su aptitud para la sublimación de lo pulsional. Lo primero deriva sin duda del carácter disocial que es rasgo inequívoco de todos los vínculos sexuales. Los amantes se bastan uno al otro y aun la familia es reacia a su inclusión en asociaciones más amplias. La aptitud para la sublimación está sujeta a las máximas variaciones individuales. En cambio, no puedo dejar de mencionar una impresión que se recibe una y otra vez en la actividad analítica. Un hombre que ronde la treintena nos aparece como un individuo joven, más bien inmaduro, del cual esperamos que aproveche abundantemente las posibilidades de desarrollo que le abre el análisis. Pero una **mujer** en la misma época de la vida nos aterra a menudo por su rigidez psíquica y su inmutabilidad. Su libido ha adoptado posiciones definitivas y parece incapaz de abandonarlas por otras. No se obtienen vías hacia un ulterior desarrollo; es como si todo el proceso estuviera concluido y no pudiera influirse más sobre él desde entonces; más aún; es como si el difícil desarrollo hacia la feminidad hubiera agotado las posibilidades de la persona. Como terapeutas lamentamos ese estado de cosas, aunque consigamos poner término al sufrimiento mediante la tramitación del conflicto neurótico.

Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden qué hemos descrito a la **mujer** sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin

duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la **mujer** individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjanse a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada" (Freud, 1933 [1932], pags. 121-25).

22.4.16. "No hemos tenido empacho alguno en aplicar la terapia analítica a estos niños que mostraban inequívocos síntomas neuróticos o bien estaban en camino de un desfavorable desarrollo del carácter. El temor de que pudiera causarse daño al niño mediante el análisis, expresado por los opositores de este último, resultó infundado. Nuestra ganancia en tales empresas fue la de poder comprobar en el objeto viviente lo que en el adulto habíamos dilucidado, por así decir, partiendo de documentos históricos. Pero también para los niños fue muy rica la ganancia. Se demostró que el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica; los éxitos son radicales y duraderos. Desde luego, es preciso modificar en gran medida la técnica de tratamiento elaborada para adultos. Psicológicamente, el niño es un objeto diverso del adulto, todavía no posee un superyó, no tolera mucho los métodos de la asociación libre, y la trasferencia desempeña otro papel, puesto que los progenitores reales siguen presentes. Las resistencias internas que combatimos en el adulto están sustituidas en el niño, las más de las veces, por dificultades externas. Cuando los padres se erigen en portadores de la resistencia, a menudo peligra la meta del análisis o este mismo, y por eso suele ser necesario aunar al análisis del niño algún influjo analítico sobre sus progenitores. Por otra parte, las inevitables divergencias de este tipo de análisis con relación al del adulto se aminoran por la circunstancia de que muchos de nuestros pacientes han conservado tantos rasgos infantiles de carácter que el analista, adaptándose también aquí a su objeto, no puede menos que servirse con ellos de ciertas técnicas del análisis de niños. De manera espontánea ha sucedido que este último se convirtiera en el dominio de analistas **mujeres**, y sin duda lo seguirá siendo" (Freud, 1933 [1932], pag. 137).

22.4.17. "(…) El niño cree todavía poder reunir ambas funciones; según su teoría, los hijos se producen porque el varón orina en el vientre de la **mujer**" (Freud, 1932 [1931], pag. 178).

22.4.18. "(…) Pero semejante estado de reposo {*Ruhezustand*} es concebible sólo en la teoría; en la realidad, la situación se complica por el hecho de que la comunidad incluye desde el comienzo elementos de poder desigual, varones y **mujeres**, padres e hijos, y pronto, a consecuencia de la guerra y el sometimiento, vencedores y vencidos, que se trasforman en amos y esclavos" (Freud, 1933 [1932], pag. 189).

22.4.19. "(…) Y el sentimiento de solidaridad que nació entre nosotros bajo tantas vivencias comunes no sufrió mengua ninguna cuando él, en un momento de la vida por

desgracia demasiado tardío, se unió a la destacada **mujer** que hoy lo llora como viuda" (Freud, 1932-26, pag. 227).

Niña (45):

22.5.1. "Sé que han oído hablar mucho del sentimiento de inferioridad que distinguiría justamente a los neuróticos. Se hace bulla con él sobre todo en las llamadas «bellas letras». Un escritor que usa el término «complejo de inferioridad» cree haber satisfecho todos los requerimientos del psicoanálisis y elevado su exposición a un nivel psicológico superior. En realidad, la artificiosa expresión «complejo de inferioridad» apenas si se usa en el psicoanálisis. Para nosotros no significa algo simple, y menos aún algo elemental. Reconducirla a la autopercepción de cualesquiera mutilaciones de órgano, como gusta hacerlo la escuela de la llamada «psicología individual», nos parece un miope error. El sentimiento de inferioridad tiene fuertes raíces eróticas. El niño se siente inferior cuando nota que no es amado, y lo mismo le sucede al adulto. El único órgano considerado de hecho inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la **niña**. Pero lo principal del sentimiento de inferioridad proviene del vínculo del yo con su superyó y, lo mismo que el sentimiento de culpa, expresa la tensión entre ambos. En general, es difícil distinguir entre sentimiento de inferioridad y sentimiento de culpa. Acaso se haría bien en ver en el primero el complemento erótico del sentimiento de inferioridad moral. En el psicoanálisis hemos prestado poca atención a este problema de deslinde conceptual".

22.5.2. "(…) En tercer lugar aparece la fase *fálica*, en que en ambos sexos el miembro viril y su correspondiente en la **niña** adquieren una significación que ya no puede pasarse por alto. Hemos reservado el nombre de fase genital para la organización sexual definitiva que se establece tras la pubertad y en la cual los genitales femeninos hallan por primera vez el reconocimiento que los masculinos habían conseguido mucho antes" (Freud, 1933 [1932], pag. 91).

22.5.3. "(…) También podemos estudiar muy bien en la **niña** cómo normalmente el deseo de poseer un pene, enteramente afemenino, se trasmuda en el deseo de tener un hijo, y luego en el de tener un varón como portador del pene y dador del hijo, de suerte que también aquí se vuelve visible el modo en que un fragmento de un interés anal-erótico en su origen se forja un sitio en la posterior organización genital" (Freud, 1933 [1932], pag. 94).

22.5.4. "(…) Además, una comparación con las constelaciones estudiadas en el varón nos dice que el desarrollo de la **niña** pequeña hasta la mujer normal es más difícil y complicado, pues incluye dos tareas adicionales que no tienen correlato alguno en el

desarrollo del varón. Persigamos los paralelismos desde el comienzo. Por supuesto, ya el material mismo difiere entre el varón y la **niña**; no hace falta ningún psicoanálisis para comprobarlo. La diferencia en la conformación de los genitales es acompañada por otras desemejanzas corporales demasiado conocidas para que sea preciso mencionarlas. También surgen diferencias en la disposición pulsional, que permiten vislumbrar la posterior naturaleza de la mujer. La **niña** pequeña es por regla general menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso ser más dependiente y dócil. El hecho de que se la pueda educar con mayor facilidad y rapidez para el gobierno de las excreciones no es, probablemente, sino la consecuencia de aquella docilidad; en efecto, la orina y las heces son los primeros regalos que el niño hace a las personas que lo cuidan [cf. pág. 93], y su gobierno es la primera concesión que puede arrancarse a la vida pulsional infantil. También se recibe la impresión de que la **niña** pequeña es más inteligente y viva que el varoncito de la misma edad, que se muestra más solícita hacia el mundo exterior, y que sus investiduras de objeto poseen mayor intensidad que las de aquel. No sé si este adelanto en el desarrollo se ha comprobado mediante observaciones exactas, pero lo cierto es que no puede atribuirse a la **niña** un retraso intelectual. Sin embargo, esas diferencias entre los sexos no cuentan mucho, pueden ser contrarrestadas por variaciones individuales. Para nuestros propósitos inmediatos podemos dejarlas de lado.

Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádico-anal se exteriorizara en la **niña** pequeña un rezago de la agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las **niñas** no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la **niña** pequeña es como un pequeño varón. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la **niña** con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos. Es cierto que algunas voces aisladas informan acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguirlas de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la **niña** el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su

valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual.

Hemos de volver luego sobre el papel del clítoris; consideremos ahora la segunda tarea que gravita sobre el desarrollo de la **niña**. El primer objeto de amor del varoncito es la madre, quien lo sigue siendo también en la formación del complejo de Edipo, en el fondo, durante toda la vida.

También para la **niña** tiene que ser la madre —y las figuras del ama y la niñera, que se fusionan con ella— el primer objeto; en efecto, las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y las circunstancias de la crianza son las mismas para los dos sexos. Ahora bien, en la situación edípica es el padre quien ha devenido objeto de amor para la **niña**, y esperamos que en un desarrollo de curso normal esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto. Por lo tanto, con la alternancia de los períodos la **niña** debe trocar zona erógena y objeto, mientras que el varoncito retiene ambos. Así nace el problema de averiguar cómo ocurre esto y, en particular, cómo pasa la **niña** de la madre a la ligazón con el padre o, con otras palabras, de su fase masculina a la femenina, que es su destino biológico" […] "Ahora querremos saber cuáles son los vínculos libidinosos de la **niña** con la madre. He aquí la respuesta: son muy diversos. Puesto que atraviesan por las tres fases de la sexualidad infantil, cobran los caracteres de cada una de ellas, se expresan mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos. Esos deseos subrogan tanto mociones activas como pasivas; si se los refiere —cosa que debe evitarse en lo posible— a la diferenciación entre los sexos, cuya emergencia es posterior, se los puede llamar masculinos y femeninos. Además, son por completo ambivalentes, tanto de naturaleza tierna como hostil-agresiva. Estos últimos suelen salir a la luz únicamente después que han sido mudados en representaciones de angustia. No siempre es fácil pesquisar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que se expresa con mayor nitidez es el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico, bastante extraños, pero comprobados fuera de duda por la observación analítica. El atractivo de estas indagaciones reside en los sorprendentes descubrimientos que nos proporcionan. Por ejemplo, ya en este período preedípico se descubre, referida a la madre, la angustia de ser asesinado o envenenado, que más tarde puede constituir el núcleo de una paranoia. O este otro caso: Recuerdan ustedes un interesante episodio de la historia de la investigación analítica que me hizo pasar muchas horas penosas. En la época en que el principal interés se dirigía al descubrimiento

de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes mujeres me referían que habían sido seducidas por su padre. Al fin tuve que llegar a la intelección de que esos informes eran falsos, y así comprendí que los síntomas histéricos derivan de fantasías, no de episodios reales. Sólo más tarde pude discernir en esta fantasía de la seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la mujer. Y ahora reencontramos la fantasía de seducción en la prehistoria preedípica de la **niña**, pero la seductora es por lo general la madre. Empero, aquí la fantasía toca el terreno de la realidad, pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por vez primera.

No dudo de que estarán prestos a sospechar que es recargada esta pintura de la riqueza y la intensidad de los vínculos sexuales de la **niña** pequeña con su madre. Cada quien tiene oportunidad de ver **niñas** pequeñas y no les nota nada parecido. Pero la objeción no es válida; es posible ver en los niños hartas cosas si se sabe observarlos, y, además, reparen ustedes en lo poco que el niño puede expresar o aun comunicar sobre sus deseos sexuales. No hacemos entonces sino valemos de un buen derecho si estudiamos con posterioridad los residuos y consecuencias de ese universo de sentimientos en personas en quienes esos procesos de desarrollo han alcanzado una plasmación particularmente nítida o hasta hipertrófica. En efecto, la patología nos ha prestado siempre el servicio de darnos a conocer por aislamiento y exageración constelaciones que en la normalidad habrían permanecido ocultas. Y como nuestras indagaciones en modo alguno se realizaron en personas que padecieran una anormalidad grave, yo creo que estamos autorizados a considerar fidedignos sus resultados.

Dirijamos ahora nuestro interés a este problema preciso: ¿A raíz de qué, pues, se va a pique {se va al fundamento} esta potente ligazón-madre de la **niña**? Sabemos que ese es su destino habitual: está destinada a dejar sitio a la ligazón-padre. Tropezamos entonces con un hecho que nos indica el camino a seguir. En este paso del desarrollo no se trata de un simple cambio de vía del objeto. El extrañamiento respecto de la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón-madre acaba en odio. Ese odio puede ser muy notable y perdurar toda la vida, puede ser cuidadosamente sobrecompensado más tarde; por lo común una parte de él se supera y otra permanece. Sobre esto ejercen fuerte influencia, desde luego, los episodios de años posteriores. Pero limitémonos a estudiarlo en la época de la vuelta hacia el padre y a indagar sus motivaciones. Escuchamos entonces una larga lista de acusaciones y cargos contra la madre, destinados a justificar los sentimientos hostiles del niño; son de muy diverso valor, cuya ponderación no omitiremos. Muchos son racionalizaciones manifiestas; queda a nuestro cargo hallar las fuentes reales de la

hostilidad. Ahora he de guiarlos por todos los detalles de una indagación psicoanalítica; espero que esto les interesará mucho" (Freud, 1933 [1932], pags. 108-13).

22.5.5. "(…) Uno creería que son motivos suficientes para fundar el extrañamiento de la **niña** respecto de su madre. Se juzgaría, entonces, que esa discordia se sigue inevitablemente de la naturaleza de la sexualidad infantil, lo desmedido de las exigencias de amor y la imposibilidad de cumplir los deseos sexuales. O se podría pensar que este primer vínculo de amor del niño está condenado al sepultamiento justamente porque es el primero, pues esas tempranas investiduras de objeto son por lo general ambivalentes en alto grado; junto al amor intenso está siempre presente una intensa inclinación agresiva, y cuanto más apasionadamente ame el niño a su objeto, tanto más sensible se volverá para los desengaños y denegaciones de su parte. Al fin, el amor tendrá que sucumbir a la hostilidad acumulada. O bien uno puede desautorizar esa ambivalencia originaria de las investiduras de amor y apuntar que es la particular naturaleza de la relación madre-hijo la que con igual inevitabilidad lleva a la perturbación del amor infantil, pues aun la educación más blanda no puede hacer otra cosa que ejercer compulsión e introducir limitaciones, y cada una de estas intromisiones en su libertad tiene que producir en el niño, como reacción, la inclinación a rebelarse y agredir. Creo que el examen de estas posibilidades podría volverse muy interesante, pero interviene de pronto una objeción que empuja nuestro interés hacia otro rumbo. Todos estos factores —las postergaciones, los desengaños de amor, los celos, la seducción con la prohibición subsiguiente— adquieren sin duda eficacia también en la relación del varoncito con su madre, pero no son capaces de enajenarlo del objeto-madre. Si no hallamos algo que sea específico para la **niña** y no se presente en el varoncito, o no lo haga de igual modo, no habremos explicado el desenlace de la ligazón-madre en aquella" (Freud, 1933 [1932], pag. 115).

22.5.6. "(…) El complejo de castración de la **niña** se inicia, asimismo, con la visión de los genitales del otro sexo. Al punto nota la diferencia y —es preciso admitirlo— su significación. Se siente gravemente perjudicada, a menudo expresa que le gustaría «tener también algo así», y entonces cae presa de la envidia del pene, que deja huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter, y aun en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico. Que la **niña** admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. AI contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de llegar a tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía, y aun en épocas en que su saber de la realidad hace mucho desechó por inalcanzable el cumplimiento de ese deseo, el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconciente y ha retenido una considerable investidura energética" […] "El descubrimiento

de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la **niña**. De ahí parten tres orientaciones del desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la feminidad normal.

Acerca de las tres hemos averiguado bastante, si bien no todo. El contenido esencial de la primera es que la **niña** pequeña, que hasta ese momento había vivido como varón, sabía procurarse placer por excitación de su clítoris y relacionaba este quehacer con sus deseos sexuales, con frecuencia activos, referidos a la madre, ve estropearse el goce de su sexualidad fálica por el influjo de la envidia del pene" (…) "Vale decir, pues, que por el descubrimiento de la falta del pene la mujer resulta desvalorizada tanto para la **niña** como para el varoncito, y luego, tal vez, para el hombre" (Freud, 1933 [1932], pags. 116-17).

22.5.7. "(…) Pues bien; en el desarrollo de la **niña**, que estoy presentándoles, tienen un ejemplo en que el propio niño se empeña en librarse del onanismo. Pero no siempre lo consigue. Cuando la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contrario al onanismo clitorídeo y este, empero, no quiere ceder, se entabla una violenta lucha por liberarse; en esa lucha la **niña** asume ella misma, por así decir, el papel de la madre ahora destituida y expresa todo su descontento con el clítoris inferior en la repulsa a la satisfacción obtenida en él" (Freud, 1933 [1932], pag. 118).

22.5.8. "(…) El deseo con que la **niña** se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene [cf. pág. 93]. No se nos escapa que la **niña** había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, el sentido de su juego con muñecas" […] "Con la trasferencia del deseo hijo-pene al padre, la **niña** ha ingresado en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad a la madre, que no necesita ser creada como si fuera algo nuevo, experimenta ahora un gran refuerzo, pues deviene la rival que recibe del padre todo lo que la **niña** anhela de él. Por largo tiempo el complejo de Edipo de la **niña** nos impidió ver esa ligazón-madre preedípica que, sin embargo, es tan importante y deja como secuela fijaciones tan duraderas. Para la **niña**, la situación edípica es el desenlace de un largo y difícil proceso, una suerte de tramitación provisional, una posición de reposo que no se abandona muy pronto, sobre todo porque el comienzo del período de latencia no está lejos. Y en este punto, en la relación del complejo de Edipo con el de castración, nos salta a la vista una diferencia entre los sexos, probablemente grávida en consecuencias. El complejo de Edipo del varoncito, dentro del cual anhela a su madre y querría eliminar a su padre

como rival, se desarrolla desde luego a partir de la fase de su sexualidad fálica. Ahora bien, la amenaza de castración lo constriñe a resignar esta postura {actitud}. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido, en el caso más normal radicalmente destruido [cf. pág. 85], y se instaura como su heredero un severo superyó. Lo que acontece en la **niña** es casi lo contrario. El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la **niña** es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto. Ausente la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. La **niña** permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y. . . las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio.

Ahora volvamos atrás: mencionamos como la segunda de las reacciones posibles tras el descubrimiento de la castración femenina el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad. Se quiere significar con esto que, por así decir, la **niña** se rehúsa a reconocer el hecho desagradable; con una empecinada rebeldía carga todavía más las tintas sobre la masculinidad que tuvo hasta entonces, mantiene su quehacer clitorídeo y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre" (…) "No es lícito sobrestimar el valor de tales desengaños; tampoco le son ahorrados a la **niña** destinada a la feminidad, y en ella no producen igual resultado" (Freud, 1933 [1932], pags. 119-21).

22.5.9. "(…) La doctora Jeanne Lampl-de Groot [1927] ha comprobado con observaciones ciertas la tan increíble actividad fálica de la **niña** hacia la madre, y la doctora Helene Deutsch [1932] demostró que los actos de amor de mujeres homosexuales reproducen los vínculos madre-hijo" (Freud, 1933 [1932], pag. 121).

22.5.10. "Las condiciones de la elección de objeto de la mujer se vuelven hartas veces ¡rreconocibles por obra de las circunstancias sociales. Cuando puede mostrarse libremente, se produce a menudo siguiendo el ideal narcisista del varón que la **niña** había deseado devenir" (Freud, 1933 [1932], pag. 123).

Tomo 23

Sexualidad Femenina:

23.1.1. No hay entradas.

Feminidad (7):

23.2.1. “Los efectos de la amenaza de castración son múltiples e incalculables; atañen a todos los vínculos del muchacho con padre y madre, y luego con hombre y mujer en general. Las más de las veces, la masculinidad del niño no resiste esta primera conmoción. Para salvar su miembro sexual, renuncia de manera más o menos completa a la posesión de la madre, y a menudo su vida sexual permanece aquejada para siempre por esa prohibición. Si está presente en él un fuerte componente femenino, según lo hemos expresado, este cobra mayor intensidad por obra del amedrentamiento de la masculinidad. El muchacho cae en una actitud pasiva hacia el padre, como la que atribuye a la madre. Es cierto que a consecuencia de la amenaza resignó la masturbación, pero no la actividad fantaseadora que la acompaña. Al contrario, esta, siendo la única forma de satisfacción sexual que le ha quedado, es cultivada más que antes y en tales fantasías él sin duda se identificará todavía con el padre, pero también al mismo tiempo, y quizá de manera predominante, con la madre. Retoños y productos de trasmudación de estas fantasías onanistas tempranas suelen procurarse el ingreso en su yo posterior y consiguen tomar parte en la formación de su carácter. Independientes de tal promoción de su **feminidad**, la angustia ante el padre y el odio contra él experimentarán un gran acrecentamiento. La masculinidad del muchacho se retira, por así decir, a una postura de desafío al padre, que habrá de gobernar compulsivamente su posterior conducta en la comunidad humana. Como resto de la fijación erótica a la madre suele establecerse una hipertrófica dependencia de ella, que se prolongará más tarde como servidumbre hacia la mujer. Ya no osa amar a la madre, pero no puede arriesgar no ser amado por ella, pues así correría el peligro de ser denunciado por ella al padre y quedar expuesto a la castración. La vivencia íntegra, con todas sus condiciones previas y sus consecuencias, de la cual nuestra exposición sólo pudo ofrecer una selección, cae bajo una represión de extremada energía y, como lo permiten las leyes del ello inconciente, todas las mociones de sentimiento y todas las reacciones en recíproco antagonismo, en aquel tiempo activadas, se conservan en lo inconciente y están prontas a perturbar el posterior desarrollo yoico tras la pubertad. Cuando el proceso somático de la maduración sexual reanima las viejas fijaciones libidinales en apariencia

superadas, la vida sexual se revelará inhibida, desunida, y se fragmentará en aspiraciones antagónicas entre sí" (Freud, 1940 [1938], pags. 190-91).

23.2.2. "Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para la mujer, la envidia del pene —el positivo querer-alcanzar la posesión de un genital masculino—, y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre. Eso común ha sido destacado muy temprano en la nomenclatura psicoanalítica como conducta frente al complejo de castración, y más tarde Alfred Adler ha impuesto el uso de la designación, enteramente acertada para el caso del hombre, de «protesta masculina»; yo creo que «desautorización de la **feminidad**» habría sido desde el comienzo la descripción correcta de este fragmento tan asombroso de la vida anímica de los seres humanos.

En el intento de articularlo dentro de nuestro edificio doctrinal teórico, no se podría descuidar que este factor, por su naturaleza, no admite la misma colocación en ambos sexos. En el varón la aspiración de masculinidad aparece desde el comienzo mismo y es por entero acorde con el yo; la actitud pasiva, puesto que presupone la castración, es enérgicamente reprimida, y muchas veces sólo unas sobrecompensaciones excesivas señalan su presencia. También en la mujer el querer-alcanzar la masculinidad es acorde con el yo en cierta época, a saber, en la fase fálica, antes del desarrollo hacia la **feminidad**. Pero luego sucumbe a aquel sustantivo proceso de represión, de cuyo desenlace, como a menudo se ha expuesto, dependen los destinos de la **feminidad**. Mucho importa, para estos, que se haya sustraído de la represión en bastante medida el complejo de masculinidad, influyendo de manera permanente sobre el carácter; grandes sectores del complejo son trasmudados de manera normal para contribuir a la edificación de la **feminidad**; del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene. Pero con insólita frecuencia hallaremos que el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores" (Freud, 1937, pags. 251-52).

23.2.3. "Pero de ahí uno aprende que no es importante la forma en que se presenta la resistencia, si como trasferencia o no. Lo decisivo es que la resistencia no permite que se produzca cambio alguno, que todo permanece como es. A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la «roca de base» y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. En efecto, la desautorización de la **feminidad** no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran estigma de la sexualidad. Difícil es decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor, y cuándo lo hemos

logrado. Nos consolamos con la seguridad de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible para reexaminar y variar su actitud frente a él".

NOTA AL PIE: "La designación «protesta masculina» no debe inducir al error de suponer que la desautorización del varón recaiga sobre la actitud pasiva, sobre el aspecto por así decir social de la **feminidad**. Lo contradice la observación, fácil de corroborar, de que tales hombres suelen exhibir una conducta masoquista hacia la mujer, una lisa y llana servidumbre. El hombre sólo se defiende de la pasividad frente al hombre, no de la pasividad en general. En otras palabras; la «protesta masculina» no es de hecho otra cosa que una angustia de castración" (Freud, 1937, pags. 253-54).

Femenina/o (18):

23.3.1. "La idea monoteísta que ardió con Ikhnatón se había vuelto a apagar y estaba destinada a permanecer todavía largo tiempo en la oscuridad. Descubrimientos en la isla Elefantina, próxima a la primera catarata del Nilo, han traído la sorprendente noticia de que allí existía una colonia militar judía, establecida siglos atrás, en cuyo templo, junto al dios principal Yahú, se veneraba a dos **deidades femeninas**, una de ellas llamada Anat-Yahú. Estos judíos sin duda se separaron de la madre patria, no acompañaron su desarrollo religioso; el gobierno imperial persa (siglo v a. C.) les trasmitió el conocimiento de los nuevos preceptos del culto de Jerusalén" (Freud, 1939 [1934-38], pags. 60-61).

23.3.2. "La tercera fase es la llamada «fálica», que, por así decir como precursora, se asemeja ya en un todo a la plasmación última de la vida sexual. Es digno de señalarse que no desempeñan un papel aquí los genitales de ambos sexos, sino sólo el masculino (falo). Los **genitales femeninos** permanecen por largo tiempo ignorados; el niño, en su intento de comprender-los procesos sexuales, rinde tributo a la venerable teoría de la cloaca, que tiene su justificación genética" (Freud, 1940 [1938], pag. 152).

23.3.3. "(…) La teoría tendrá que conformarse con algunas referencias que denuncian un nexo más profundo; que el período de la primera infancia, en el trascurso del cual el yo empieza a diferenciarse del ello, es también la época del temprano florecimiento sexual al que pone término el período de latencia; que difícilmente se deba al azar que esa prehistoria significativa caiga luego bajo la amnesia infantil; y, por último, que unas alteraciones biológicas dentro de la vida sexual como lo son la acometida de la función en dos tiempos, la pérdida del carácter de la periodicidad en la excitación sexual y la mudanza en la relación entre la **menstruación femenina** y la excitación masculina, que estas innovaciones dentro de la sexualidad, decíamos, no pueden menos que haber sido muy significativas para el desarrollo del animal al ser humano" (Freud, 1940 [1938], pag. 186).

23.3.4. “Aquí tenemos que describir por separado el desarrollo de varoncito y niña —hombre y mujer—, pues ahora la diferencia entre los sexos alcanza su primera expresión psicológica. El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema, que, manifiestamente, pertenece por entero a la biología. En la vida anímica sólo hallamos reflejos de aquella gran oposición, interpretar la cual se vuelve difícil por el hecho, vislumbrado de antiguo, de que ningún individuo se limita a los modos de reacción de un solo sexo, sino que de continuo deja cierto sitio a los del contrapuesto, tal como su cuerpo conlleva, junto a los órganos desarrollados de uno de los sexos, también los mutilados rudimentos del otro, a menudo devenidos inútiles. Para distinguir lo masculino de lo **femenino** en la vida anímica nos sirve una ecuación convencional y empírica, a todas luces insuficiente. Llamamos «masculino» a todo cuanto es fuerte y activo, y «**femenino**» a lo débil y pasivo. Este hecho de la bisexualidad, también psicológica, entorpece todas nuestras averiguaciones y dificulta su descripción” (Freud, 1940 [1938], pags. 187-88).

23.3.5. “La madre ha comprendido muy bien que la excitación sexual del varoncito se dirige a su propia persona. En algún momento medita entre sí que no es correcto consentirla. Cree hacer lo justo si le prohíbe el quehacer manual con su miembro. La prohibición logra poco, a lo sumo produce una modificación en la manera de la autosatisfacción. Por fin, la madre echa mano del recurso más tajante: amenaza quitarle la cosa con la cual él la desafía. Por lo común, cede al padre la ejecución de la amenaza, para hacerla más terrorífica y creíble; se lo dirá al padre y él le cortará el miembro. Asombrosamente, esta amenaza sólo produce efectos si antes o después se cumple otra condición. En sí, al muchacho le parece demasiado inconcebible que pueda suceder algo semejante. Pero si a raíz de esa amenaza puede recordar la visión de unos **genitales femeninos** o poco después le ocurre verlos, unos genitales a los que les falta esa pieza apreciada por encima de todo, entonces cree en la seriedad de lo que ha oído y vivencia, al caer bajo el influjo del *complejo de castración*, el trauma más intenso de su joven vida” (Freud, 1940 [1938], pag. 189).

23.3.6. “Los efectos de la amenaza de castración son múltiples e incalculables; atañen a todos los vínculos del muchacho con padre y madre, y luego con hombre y mujer en general. Las más de las veces, la masculinidad del niño no resiste esta primera conmoción. Para salvar su miembro sexual, renuncia de manera más o menos completa a la posesión de la madre, y a menudo su vida sexual permanece aquejada para siempre por esa prohibición. Si está presente en él un fuerte **componente femenino**, según lo hemos

expresado, este cobra mayor intensidad por obra del amedrentamiento de la masculinidad. El muchacho cae en una actitud pasiva hacia el padre, como la que atribuye a la madre" (Freud, 1940 [1938], pag. 190).

23.3.7. "Los efectos del complejo de castración son más uniformes en la niña pequeña, y no menos profundos. Desde luego, ella no tiene que temer la pérdida del pene, pero no puede menos que reaccionar por no haberlo recibido. Desde el comienzo envidia al varoncito por su posesión; se puede decir que todo su desarrollo se consuma bajo el signo de la envidia del pene. Al principio emprende vanas tentativas por equipararse al muchacho y, más tarde, con mejor éxito, unos empeños por resarcirse de su defecto, empeños que, en definitiva, pueden conducir a la **actitud femenina** normal. Si en la fase fálica intenta conseguir placer como el muchacho, por estimulación manual de los genitales, suele no conseguir una satisfacción suficiente y extiende el juicio de la inferioridad de su mutilado pene a su persona total. Por regla general, abandona pronto la masturbación, porque no quiere acordarse de la superioridad de su hermano varón o su compañerito de juegos, y se extraña por completo de la sexualidad" […] "Es interesante que en la mujer la relación entre complejo de Edipo y complejo de castración se plasme de manera tan diversa, y aun contrapuesta, que en el varón. En este, según hemos averiguado, la amenaza de castración pone fin al complejo de Edipo; y en el caso de la mujer nos enteramos de que ella, al contrario, es esforzada hacia su complejo de Edipo por el efecto de la falta de pene. Para la mujer conlleva mínimos daños permanecer en su **postura edípica femenina** (se ha propuesto, para designarla, el nombre de «complejo de Electra»). Escogerá a su marido por cualidades paternas y estará dispuesta a reconocer su autoridad. Su añoranza de poseer un pene, añoranza en verdad insaciable, puede llegar a satisfacerse si ella consigue totalizar {*vervollständigen*} el amor por el órgano como amor por el portador de este, como en su tiempo aconteció con el progreso del pecho materno a la persona de la madre.

Si se demanda al analista que diga, guiándose por su experiencia, qué formaciones psíquicas de sus pacientes se han demostrado menos asequibles al influjo, la respuesta será: En la mujer, el deseo del pene; en el varón, la **actitud femenina** hacia el sexo propio, que tiene por premisa la pérdida del pene" (Freud, 1940 [1938], pags. 192-94).

23.3.8. "El punto de vista que postula en todas las psicosis una *escisión del yo* no tendría títulos para reclamar tanta consideración si no demostrara su acierto en otros estados más semejantes a las neurosis y, en definitiva, en estas mismas. Me he convencido de ello sobre todo en casos de fetichismo. Esta anormalidad, que es lícito incluir entre las perversiones, tiene su fundamento, como es notorio, en que el paciente (masculino casi siempre) no reconoce la falta de pene de la mujer, que, como prueba de la posibilidad de su propia

castración, le resulta en extremo indeseada. Por eso desmiente la percepción sensorial genuina que le ha mostrado la falta de pene en los **genitales femeninos**, y se atiene a la convicción contraria. Pero la percepción desmentida no ha dejado de ejercer influjo, pues él no tiene la osadía de aseverar que vio efectivamente un pene. Antes bien, recurre a algo otro, una parte del cuerpo o una cosa, y le confiere el papel del pene que no quiere echar de menos. Las más de las veces es algo que en efecto ha visto en aquel momento, cuando vio los **genitales femeninos**, o algo que se presta como sustituto simbólico del pene. Ahora bien, sería desacertado llamar «escisión del yo» a lo que sobreviene a raíz de la formación del fetiche; es una formación de compromiso con ayuda de un desplazamiento {descentramiento}, según se nos ha vuelto notorio por el sueño. Y nuestras observaciones nos muestran algo más todavía. La creación del fetiche ha obedecido al propósito de destruir la prueba de la posibilidad de la castración, de suerte que uno pudiera escapar a la angustia de castración. Si la mujer posee un pene como otros seres vivos, no hace falta qué uno tiemble por la posesión permanente del pene propio. Sin embargo, encontramos fetichistas que han desarrollado la misma angustia de castración que los no fetichistas, y reaccionaron frente a ella de igual manera. Por tanto, en su comportamiento se expresan al mismo tiempo dos premisas contrapuestas. Por un lado, desmienten el hecho de su percepción, a saber, que en los **genitales femeninos** no han visto pene alguno; por el otro, reconocen la falta de pene de la mujer y de ahí extraen las conclusiones correctas. Las dos actitudes subsisten una junto a la otra durante toda la vida sin influirse recíprocamente. Es lo que se tiene derecho a llamar una *escisión del yo*. Este estado de cosas nos permite comprender también que con tanta frecuencia el fetichismo alcance sólo una plasmación parcial. No gobierna la elección de objeto de una manera excluyente, sino que deja espacio para una extensión mayor o menor de conducta sexual normal, y aun muchas veces se retira a un papel modesto o a la condición de mero indicio. Por tanto, los fetichistas nunca han logrado el completo desasimiento del yo respecto de la realidad objetiva del mundo exterior" (Freud, 1940 [1938], pags. 204-05).

23.3.9. "Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para la mujer, la *envidia del pene* —el positivo querer-alcanzar la posesión de un genital masculino—, y para el hombre, la revuelta contra su **actitud pasiva o femenina** hacia otro hombre. Eso común ha sido destacado muy temprano en la nomenclatura psicoanalítica como conducta frente al complejo de castración, y más tarde Alfred Adler ha impuesto el uso de la designación, enteramente acertada para el caso del hombre, de «protesta masculina»; yo creo que «desautorización de la feminidad» habría sido desde el comienzo la descripción correcta de este fragmento tan asombroso de la vida anímica de los seres humanos" (Freud, 1937, pags. 251-52).

23.3.10. “No puede redundar sino en ventaja que yo introduzca en esta exposición esquemática los datos de un historial clínico particular. Un varoncito entre los tres y los cuatro años tuvo conocimiento de los **genitales femeninos** por seducción de una niña mayor que él. Rotas esas relaciones, prolongó la incitación sexual así recibida en un ferviente onanismo manual, pero fue sorprendido pronto por la enérgica niñera y amenazado con la castración, cuyo cumplimiento, como es usual, se atribuyó al padre. En este caso están dadas las condiciones para un efecto de terror enorme. No es forzoso que la amenaza de castración por sí sola cause mucha impresión; el niño le rehúsa creencia, no le es fácil representarse como posible una separación de esa parte del cuerpo tan apreciada por él. Si ha visto [antes] los **genitales femeninos**, el niño pudo convencerse de semejante posibilidad, pero en aquel tiempo no extrajo esa conclusión porque la repugnancia a ello era demasiado grande y no existía ningún motivo que se la impusiera. Al contrario, lo que pudo moverlo a desasosiego fue apaciguado con el subterfugio: lo que ahí falta ha de venir luego, eso —el miembro— ya le crecerá más tarde. Quien haya observado suficientes varoncitos puede recordar una exteriorización de esa índole a la vista de los genitales de su hermanita. Pero diversamente ocurre si ambos factores se conjugan. Entonces la amenaza despierta el recuerdo de la percepción que se tuvo por inofensiva y encuentra en ella la temida corroboración. El niño cree comprender ahora por qué los genitales de la niñita no mostraban pene alguno, y ya no se atreve a poner en duda que su propio genital pueda correr la misma suerte. En lo sucesivo no puede menos que creer en la realidad objetiva del peligro de castración” (Freud, 1940 [1938], pag. 276).

23.3.11. “Se sabía que siendo joven había mantenido intensa amistad con Friedrich Nietzsche, una amistad fundada en su profunda inteligencia para las osadas ideas del filósofo. La relación halló un final repentino cuando ella rechazó la propuesta matrimonial que él le hizo. Y de años posteriores se conocía que había sido tanto musa como madre solícita para el gran poeta Rainer Maria Rilke, hombre bastante desvalido en el diario vivir. Pero en lo demás, su personalidad permaneció en las sombras. Era de una modestia y una discreción poco comunes. Nunca hablaba de sus propias producciones poéticas y literarias. Era evidente que sabía dónde es preciso buscar los reales valores de la vida. Quien se le acercaba recibía la más intensa impresión de la autenticidad y la armonía de su ser, y también podía comprobar, para su asombro, que todas las **debilidades femeninas** y quizá la mayoría de las debilidades humanas le eran ajenas, o las había vencido en el curso de su vida.

En Viena se había desarrollado, en aquel tiempo, el episodio más conmovedor de sus **destinos femeninos**. En 1912 regresó a esta ciudad para hacerse introducir en el

psicoanálisis. Mi hija, que mantenía trato familiar con ella, la oyó lamentarse por no haber conocido al psicoanálisis en su juventud. Es verdad que por entonces no lo había" (Freud, 1937-38, pags. 299-300).

Mujer (37):

23.4.1. "(…) Y sólo así, como una contradicción deliberada a la delatadora relación de cosas, se puede concebir aquel enigmático pasaje del *Éxodo* [4: 24-6], estilizado hasta volverse incomprensible, según el cual Yahvé se encolerizó una vez con Moisés por omitir este la circuncisión, y su **mujer** madianita le salvó la vida haciéndole de prisa la operación {a su hijo} [cf. pág. 26]" (Freud, 1939 [1934-38], pag. 43).

23.4.2. "En cuanto a las propiedades o particularidades comunes de los fenómenos neuróticos, corresponde destacar dos puntos: a) Los efectos del trauma son de índole doble, positivos y negativos. Los primeros son unos empeños por devolver al trauma su vigencia, vale decir, recordar la vivencia olvidada o, todavía mejor, hacerla real-objetiva {*real*}, vivenciar de nuevo una repetición de ella: toda vez que se tratara sólo de un vínculo afectivo temprano, hacerlo revivir dentro de un vínculo análogo con otra persona. Resumimos tales empeños como *fijación* al trauma y como *compulsión de repetición*. Pueden ser acogidos en el yo llamado normal y, como tendencias de él, prestarle unos rasgos de carácter inmutables, aunque su fundamento real y efectivo, su origen histórico-vivencial {*historisch*}, esté olvidado, o más bien justamente por ello. Así, un hombre que pasó su infancia dentro de una ligazón-madre hiperpotente, hoy olvidada, durante toda su vida buscará una **mujer** de quien pueda hacerse dependiente, una **mujer** que lo alimente y mantenga. Una muchacha que en su temprana infancia fue objeto de una seducción sexual puede organizar su posterior vida sexual de manera de provocar una y otra vez tales ataques. Es fácil colegir que con estas intelecciones rebasamos el problema de las neurosis y avanzamos hacia la inteligencia de la formación del carácter en general" (Freud, 1939 [1934-38], pags. 72-73).

23.4.3. "El advenimiento de la pubertad trajo la neurosis manifiesta y reveló su segundo síntoma principal, la impotencia sexual. Había perdido la sensibilidad de su miembro, no intentaba tocarlo, no osaba aproximarse a una **mujer** con propósito sexual. Su quehacer sexual permaneció limitado a un onanismo psíquico con fantasías sadomasoquistas en las que uno discierne, sin dificultad, los emisarios de aquellas tempranas observaciones de coito entre los padres. La oleada de virilidad reforzada que la pubertad conlleva se volcó a un furioso odio al padre y una oposición a él. Este comportamiento extremo hacia el padre, desconsiderado hasta la autodestrucción, fue además el culpable de su fracaso en la vida y

de sus conflictos con el mundo exterior. No tuvo permitido lograr nada en su profesión porque el padre lo había esforzado a abrazarla. Tampoco hizo amigos, y nunca estuvo bien con sus jefes.

Cuando, aquejado por estos síntomas e incapacidades, halló por fin una **mujer** tras la muerte del padre, le salieron a relucir, como el núcleo de su ser, unos rasgos de carácter que volvían difícil su trato para todos sus allegados. Desarrolló una personalidad absolutamente egoísta, despótica y brutal, para quien era una evidente necesidad sofocar y mortificar a los demás. Era la copia fiel del padre tal como el retrato de este se había plasmado en su recuerdo: una reanimación de la identificación-padre en la cual el varoncito había entrado en su momento por motivos sexuales. En esta pieza discernimos el retorno de lo reprimido, que, junto a los efectos inmediatos del trauma y al fenómeno de la latencia, hemos descrito entre los rasgos esenciales de una neurosis" (Freud, 1939 [1934-38], pags. 76-77).

23.4.4. "El acontecer histórico {*Geschichte*} será narrado en una condensación grandiosa, como si hubiera sucedido de un golpe lo que en realidad ha demandado milenios y en esa larga época se ha repetido innumerables veces. El macho fuerte era amo y padre de la horda entera, ilimitado en su poder, que usaba con violencia. Todas las hembras eran propiedad suya: **mujeres** e hijas de la horda propia, y quizás otras robadas de hordas ajenas. El destino de los hijos varones era duro; cuando excitaban los celos del padre eran muertos, o castrados, o expulsados. Estaban obligados a convivir en pequeñas comunidades y a procurarse **mujeres** por robo, con lo cual uno que otro lograba alzarse hasta una posición parecida a la del padre en la horda primordial. Por razones naturales, los hijos menores tenían una posición excepcional: protegidos por el amor de la madre, sacaban ventaja de la avanzada edad del padre y podían sustituirlo tras su muerte. Tanto de la expulsión de los hijos varones mayores como de la predilección por los menores cree uno discernir los ecos en las sagas y los cuentos tradicionales" (Freud, 1939 [1934-38], pag. 78).

23.4.5. "(…) Buena parte de la plenipotencia vacante por la eliminación del padre pasó a las **mujeres**; advino la época del matriarcado" (Freud, 1939 [1934-38], pag. 79).

23.4.6. "(…) A fin de poder convivir en paz, los hermanos triunfantes renunciaron a las **mujeres** por cuya causa, sin embargo, habían dado muerte al padre, y se sometieron a la exogamia" (Freud, 1939 [1934-38], pag. 126).

23.4.7. "Con la fase fálica, y en el trascurso de ella, la sexualidad de la primera infancia alcanza su apogeo y se aproxima al sepultamiento. Desde entonces, varoncito y niña tendrán destinos separados. Ambos empezaron por poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual, y ambos parten de la premisa de la presencia universal

del pene. Pero ahora los caminos de los sexos se divorcian. El varoncito entra en la fase edípica, inicia el quehacer manual con el pene, junto a unas fantasías simultáneas sobre algún quehacer sexual de este pene en relación con la madre, hasta que el efecto conjugado de una amenaza de castración y la visión de la falta de pene en la **mujer** le hacen experimentar el máximo trauma de su vida, iniciador del período de latencia con todas sus consecuencias. La niña, tras el infructuoso intento de emparejarse al varón, vivencia el discernimiento de su falta de pene o, mejor, de su inferioridad clitorídea, con duraderas consecuencias para el desarrollo del carácter; y a menudo, a raíz de este primer desengaño en la rivalidad, reacciona lisa y llanamente con un primer extrañamiento de la vida sexual" (Freud, 1939 [1934-38], pags. 152-53).

23.4.8. "Aquí tenemos que describir por separado el desarrollo de varoncito y niña —hombre y **mujer**—, pues ahora la diferencia entre los sexos alcanza su primera expresión psicológica. El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema, que, manifiestamente, pertenece por entero a la biología. En la vida anímica sólo hallamos reflejos de aquella gran oposición, interpretar la cual se vuelve difícil por el hecho, vislumbrado de antiguo, de que ningún individuo se limita a los modos de reacción de un solo sexo, sino que de continuo deja cierto sitio a los del contrapuesto, tal como su cuerpo conlleva, junto a los órganos desarrollados de uno de los sexos, también los mutilados rudimentos del otro, a menudo devenidos inútiles. Para distinguir lo masculino de lo femenino en la vida anímica nos sirve una ecuación convencional y empírica, a todas luces insuficiente. Llamamos «masculino» a todo cuanto es fuerte y activo, y «femenino» a lo débil y pasivo. Este hecho de la bisexualidad, también psicológica, entorpece todas nuestras averiguaciones y dificulta su descripción" (Freud, 1940 [1938], pags. 187-88).

23.4.9. NOTA AL PIE: "La castración tampoco falta en la saga de Edipo, pues la ceguera que Edipo se inflige como castigo tras descubrir su crimen es, según el testimonio de los sueños, un sustituto simbólico de aquella. No se puede desechar la conjetura de que la responsabilidad por el efecto extraordinariamente terrorífico de la amenaza sea compartida por una huella mnémica filogenética de la prehistoria de la familia humana, pues el padre celoso realmente despojaba al hijo varón de sus genitales si lo importunaba como rival con la **mujer**. La antiquísima costumbre de la circuncisión, otro sustituto simbólico de la castración, sólo se puede comprender como expresión del sometimiento a la voluntad del padre. (Cf. los ritos de pubertad entre los primitivos.) No se ha estudiado aún cómo se

plasma este decurso, por nosotros descrito, en los pueblos y culturas que no sofocan la masturbación infantil" (Freud, 1940 [1938], pags. 189-90).

23.4.10. "Los efectos de la amenaza de castración son múltiples e incalculables; atañen a todos los vínculos del muchacho con padre y madre, y luego con hombre y **mujer** en general. Las más de las veces, la masculinidad del niño no resiste esta primera conmoción. Para salvar su miembro sexual, renuncia de manera más o menos completa a la posesión de la madre, y a menudo su vida sexual permanece aquejada para siempre por esa prohibición. Si está presente en él un fuerte componente femenino, según lo hemos expresado, este cobra mayor intensidad por obra del amedrentamiento de la masculinidad. El muchacho cae en una actitud pasiva hacia el padre, como la que atribuye a la madre. Es cierto que a consecuencia de la amenaza resignó la masturbación, pero no la actividad fantaseadora que la acompaña. Al contrario, esta, siendo la única forma de satisfacción sexual que le ha quedado, es cultivada más que antes y en tales fantasías él sin duda se identificará todavía con el padre, pero también al mismo tiempo, y quizá de manera predominante, con la madre. Retoños y productos de trasmudación de estas fantasías onanistas tempranas suelen procurarse el ingreso en su yo posterior y consiguen tomar parte en la formación de su carácter. Independientes de tal promoción de su feminidad, la angustia ante el padre y el odio contra él experimentarán un gran acrecentamiento. La masculinidad del muchacho se retira, por así decir, a una postura de desafío al padre, que habrá de gobernar compulsivamente su posterior conducta en la comunidad humana. Como resto de la fijación erótica a la madre suele establecerse una hipertrófica dependencia de ella, que se prolongará más tarde como servidumbre hacia la **mujer**. Ya no osa amar a la madre, pero no puede arriesgar no ser amado por ella, pues así correría el peligro de ser denunciado por ella al padre y quedar expuesto a la castración. La vivencia íntegra, con todas sus condiciones previas y sus consecuencias, de la cual nuestra exposición sólo pudo ofrecer una selección, cae bajo una represión de extremada energía y, como lo permiten las leyes del ello inconciente, todas las mociones de sentimiento y todas las reacciones en recíproco antagonismo, en aquel tiempo activadas, se conservan en lo inconciente y están prontas a perturbar el posterior desarrollo yoico tras la pubertad. Cuando el proceso somático de la maduración sexual reanima las viejas fijaciones libidinales en apariencia superadas, la vida sexual se revelará inhibida, desunida, y se fragmentará en aspiraciones antagónicas entre sí" (Freud, 1940 [1938], pags. 190-91).

23.4.11. "Es interesante que en la **mujer** la relación entre complejo de Edipo y complejo de castración se plasme de manera tan diversa, y aun contrapuesta, que en el varón. En este, según hemos averiguado, la amenaza de castración pone fin al complejo de Edipo; y

en el caso de la **mujer** nos enteramos de que ella, al contrario, es esforzada hacia su complejo de Edipo por el efecto de la falta de pene. Para la **mujer** conlleva mínimos daños permanecer en su postura edípica femenina (se ha propuesto, para designarla, el nombre de «complejo de Electra»). Escogerá a su marido por cualidades paternas y estará dispuesta a reconocer su autoridad. Su añoranza de poseer un pene, añoranza en verdad insaciable, puede llegar a satisfacerse si ella consigue totalizar {*vervollständigen*} el amor por el órgano como amor por el portador de este, como en su tiempo aconteció con el progreso del pecho materno a la persona de la madre.

Si se demanda al analista que diga, guiándose por su experiencia, qué formaciones psíquicas de sus pacientes se han demostrado menos asequibles al influjo, la respuesta será: En la **mujer**, el deseo del pene; en el varón, la actitud femenina hacia el sexo propio, que tiene por premisa la pérdida del pene" (Freud, 1940 [1938], pags. 193-94).

23.4.12. "El punto de vista que postula en todas las psicosis una *escisión del yo* no tendría títulos para reclamar tanta consideración si no demostrara su acierto en otros estados más semejantes a las neurosis y, en definitiva, en estas mismas. Me he convencido de ello sobre todo en casos de fetichismo. Esta anormalidad, que es lícito incluir entre las perversiones, tiene su fundamento, como es notorio, en que el paciente (masculino casi siempre) no reconoce la falta de pene de la **mujer**, que, como prueba de la posibilidad de su propia castración, le resulta en extremo indeseada. Por eso desmiente la percepción sensorial genuina que le ha mostrado la falta de pene en los genitales femeninos, y se atiene a la convicción contraria. Pero la percepción desmentida no ha dejado de ejercer influjo, pues él no tiene la osadía de aseverar que vio efectivamente un pene. Antes bien, recurre a algo otro, una parte del cuerpo o una cosa, y le confiere el papel del pene que no quiere echar de menos. Las más de las veces es algo que en efecto ha visto en aquel momento, cuando vio los genitales femeninos, o algo que se presta como sustituto simbólico del pene. Ahora bien, sería desacertado llamar «escisión del yo» a lo que sobreviene a raíz de la formación del fetiche; es una formación de compromiso con ayuda de un desplazamiento {descentramiento}, según se nos ha vuelto notorio por el sueño. Y nuestras observaciones nos muestran algo más todavía. La creación del fetiche ha obedecido al propósito de destruir la prueba de la posibilidad de la castración, de suerte que uno pudiera escapar a la angustia de castración. Si la **mujer** posee un pene como otros seres vivos, no hace falta qué uno tiemble por la posesión permanente del pene propio. Sin embargo, encontramos fetichistas que han desarrollado la misma angustia de castración que los no fetichistas, y reaccionaron frente a ella de igual manera. Por tanto, en su comportamiento se expresan al mismo tiempo dos premisas contrapuestas. Por un lado, desmienten el hecho de su

percepción, a saber, que en los genitales femeninos no han visto pene alguno; por el otro, reconocen la falta de pene de la **mujer** y de ahí extraen las conclusiones correctas. Las dos actitudes subsisten una junto a la otra durante toda la vida sin influirse recíprocamente. Es lo que se tiene derecho a llamar una *escisión del yo*. Este estado de cosas nos permite comprender también que con tanta frecuencia el fetichismo alcance sólo una plasmación parcial. No gobierna la elección de objeto de una manera excluyente, sino que deja espacio para una extensión mayor o menor de conducta sexual normal, y aun muchas veces se retira a un papel modesto o a la condición de mero indicio. Por tanto, los fetichistas nunca han logrado el completo desasimiento del yo respecto de la realidad objetiva del mundo exterior" (Freud, 1940 [1938], pags. 204-05).

23.4.13. "En este contexto, me gustaría abordar dos problemas que brotan de manera directa de la práctica analítica, como habrán de mostrarlo los siguientes ejemplos. Un hombre que ha ejercido él mismo el análisis con gran éxito juzga que su relación con el hombre y con la **mujer** —con los hombres que son sus competidores y con la **mujer** a quien ama— no está, empero, exenta de estorbos neuróticos, y por eso se hace objeto analítico de otro a quien considera superior a él. Este alumbramiento crítico de su persona propia le trae pleno éxito. Desposa a la **mujer** amada y se convierte en el amigo y el maestro de los presuntos rivales. Así pasan varios años, en los que permanece también imperturbado el vínculo con su antiguo analista. Pero luego, sin ocasión externa registrable, sobreviene una perturbación. El analizado entra en oposición con el analista, le reprocha haber omitido brindarle un análisis integral {*vollständig*}. Es que habría debido saber, y debió tenerlo en cuenta, que un vínculo trasferencial nunca puede ser meramente positivo; tendría que haber hecho caso de la posibilidad de una trasferencia negativa. El analista se disculpa diciendo que en la época del análisis no se notaba nada de una trasferencia negativa. Pero aun suponiendo que hubiera descuidado unos levísimos indicios de esta última —lo cual no estaría excluido, dada la estrechez del horizonte en aquella temprana época del análisis—, seguiría siendo dudoso que tuviera el poder de activar por su mero señalamiento un tema o, como dice, un «complejo», mientras este no fuera actual en el paciente mismo. Para ello, sin duda habría necesitado emprender alguna acción contra el paciente, una acción inasmitosa en el sentido objetivo. Y además, no toda buena relación entre analista y analizado, en el curso del análisis y después de él, ha de ser estimada como una trasferencia. Existen también —siguió diciendo el analista— vínculos amistosos de fundamento objetivo y que demuestran ser viables" (Freud, 1937, pags. 224-25).

23.4.14. “Tampoco da lugar a dudas el material del otro lado [la intensidad pulsional]. Por dos veces en el curso del desarrollo individual emergen refuerzos considerables de ciertas pulsiones: durante la pubertad y, en la **mujer**, cerca de la menopausia. En nada nos sorprende que personas que antes no eran neuróticas devengan tales hacia esas épocas. El domeñamiento de las pulsiones, que habían logrado cuando estas eran de menor intensidad, fracasa ahora con su refuerzo. Las represiones se comportan como unos diques contra el esfuerzo de asalto {*Andrang*} de las aguas. Lo mismo que producen aquellos dos refuerzos pulsionales puede sobrevenir de manera irregular en cualquier otra época de la vida por obra de influjos accidentales. Se llega a refuerzos pulsionales en virtud de nuevos traumas, frustraciones impuestas, influjos colaterales recíprocos de las pulsiones. El resultado es en todos los casos el mismo y confirma el poder incontrastable del factor cuantitativo en la causación de la enfermedad” (Freud, 1937, pag. 229).

23.4.15. “Tanto en los análisis terapéuticos como en los de carácter es llamativo el hecho de que dos temas se destaquen en particular y den guerra al analista en medida desacostumbrada. No pasa mucho tiempo sin que se reconozca lo acorde a ley que ahí se exterioriza. Los dos temas están ligados a la diferencia entre los sexos; uno es tan característico del hombre como lo es el otro de la **mujer**. A pesar de la diversidad de su contenido, son correspondientes manifiestos. Algo que es común a ambos sexos ha sido comprimido, en virtud de la diferencia entre los sexos, en una forma de expresión otra.

Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para la **mujer**, la *envidia del pene* —el positivo querer-alcanzar la posesión de un genital masculino—, y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre. Eso común ha sido destacado muy temprano en la nomenclatura psicoanalítica como conducta frente al complejo de castración, y más tarde Alfred Adler ha impuesto el uso de la designación, enteramente acertada para el caso del hombre, de «protesta masculina»; yo creo que «desautorización de la feminidad» habría sido desde el comienzo la descripción correcta de este fragmento tan asombroso de la vida anímica de los seres humanos.

En el intento de articularlo dentro de nuestro edificio doctrinal teórico, no se podría descuidar que este factor, por su naturaleza, no admite la misma colocación en ambos sexos. En el varón, la aspiración de masculinidad aparece desde el comienzo mismo y es por entero acorde con el yo; la actitud pasiva, puesto que presupone la castración, es enérgicamente reprimida, y muchas veces sólo unas sobrecompensaciones excesivas señalan su presencia. También en la **mujer** el querer-alcanzar la masculinidad es acorde con el yo en cierta época, a saber, en la fase fálica, antes del desarrollo hacia la feminidad. Pero luego sucumbe a aquel sustantivo proceso de represión, de cuyo desenlace, como a

menudo se ha expuesto, dependen los destinos de la feminidad. Mucho importa, para estos, que se haya sustraído de la represión en bastante medida el complejo de masculinidad, influyendo de manera permanente sobre el carácter; grandes sectores del complejo son trasmudados de manera normal para contribuir a la edificación de la feminidad; del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene. Pero con insólita frecuencia hallaremos que el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores" […] "La sobresaliente significatividad de ambos temas —el deseo del pene en la **mujer** y la revuelta contra la actitud pasiva en el varón— no ha escapado a la atención de Ferenczi. En su conferencia de 1927 plantea, para todo análisis exitoso, el requisito de haber dominado esos dos complejos. Por experiencia propia yo agregaría que hallo a Ferenczi demasiado exigente en este punto. En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de «predicar en el vacío», que cuando se quiere mover a las **mujeres** a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida. De la sobrecompensación desafiante del varón deriva una de las más fuertes resistencias trasferenciales. El hombre no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación. No puede establecerse una trasferencia análoga desde el deseo del pene de la **mujer**; en cambio, de esa fuente provienen estallidos de depresión grave, por la certeza interior de que la cura analítica no servirá para nada y de que no es posible obtener remedio. No se le hará injusticia si se advierte que la esperanza de recibir, empero, el órgano masculino que echa de menos dolidamente fue el motivo más intenso que la esforzó a la cura" (Freud, 1937, pags. 251-53).

23.4.16. NOTA AL PIE: "La designación «protesta masculina» no debe inducir al error de suponer que la desautorización del varón recaiga sobre la actitud pasiva, sobre el aspecto por así decir social de la feminidad. Lo contradice la observación, fácil de corroborar, de que tales hombres suelen exhibir una conducta masoquista hacia la **mujer**, una lisa y llana servidumbre. El hombre sólo se defiende de la pasividad frente al hombre, no de la pasividad en general. En otras palabras; la «protesta masculina» no es de hecho otra cosa que una angustia de castración" (Freud, 1937, pag. 254).

23.4.17. "Pues bien: la consecuencia ordinaria, considerada la normal, del terror de castración es que el muchacho ceda a la amenaza con una obediencia total o al menos parcial —no llevándose más la mano a los genitales—, sea enseguida, sea luego de

prolongada lucha; vale decir, que renuncie en todo o en parte a satisfacer la pulsión. Sin embargo, nosotros estamos preparados para entender que nuestro paciente supiera remediarse de otro modo. Se creó un sustituto del pene echado de menos en la **mujer**, un fetiche. Con ello había desmentido, es cierto, la realidad objetiva, pero había salvado su propio pene. Si no estaba obligado a reconocer que la **mujer** había perdido su pene, perdía credibilidad la amenaza que le impartieron; ya no necesitaba temer más por su pene y podía continuar, imperturbable, su masturbación. Este acto de nuestro paciente se nos impone como un extrañamiento respecto de la realidad, como un proceso que tenderíamos a dejar reservado para la psicosis. Y de hecho no es muy diverso, no obstante lo cual suspenderemos nuestro juicio, pues, tras un abordaje más ceñido, descubrimos un distingo que no carece de importancia. El varoncito no ha contradicho simplemente su percepción, no ha alucinado un pene allí donde no se veía ninguno, sino que sólo ha emprendido un desplazamiento {descentramiento} de valor, ha trasferido el significado del pene a otra parte del cuerpo, para lo cual vino en su auxilio —de una manera que no hemos de precisar aquí— el mecanismo de la regresión. Por cierto que ese desplazamiento sólo afectó al cuerpo de la **mujer**; respecto de su pene propio nada se modificó" (Freud, 1940 [1938], pags. 276-77).

23.4.18. "El 5 de febrero de este año tuvo dulce muerte, en su casita de Gotinga, Lou Andreas-Salomé, poco antes de cumplir los 76 años. Los últimos veinticinco años de vida de esta **mujer** extraordinaria estuvieron dedicados al psicoanálisis, al cual brindó valiosos trabajos científicos, ejerciéndolo además en la práctica. No digo gran cosa si confieso que todos nosotros sentimos como un honor su ingreso en las filas de nuestros colaboradores y compañeros de lucha, y, al mismo tiempo, como una nueva confirmación del contenido de verdad de las doctrinas analíticas" (Freud, 1937-38, pag. 299).

23.4.19. "12 de julio. En sustitución de la envidia del pene, identificación con el clítoris, buenísima expresión de la inferioridad, fuente de toda clase de inhibiciones. Para eso —en el caso X.—, desmentida del descubrimiento de que tampoco las otras **mujeres** tienen un pene" (Freud, 1937-38, pag. 301).

Niña (9):

23.5.1. "Del abundante material destaco, en primer lugar, casos que se refieren al desarrollo del carácter. Tomemos a la joven que se ha dado a la más decidida oposición frente a su madre, cultiva todas las cualidades que se echan de menos en esta y evita todo cuanto a ella recuerda. Tenemos derecho a completar que en años más tempranos, como toda **niña**, había emprendido una identificación con la madre y ahora se le subleva

enérgicamente. Pero cuando esta muchacha se casa, y ella misma deviene esposa y madre, no hemos de asombrarnos si empieza a volverse cada vez más semejante a su madre enemiga, hasta que al fin se restablece de una manera inequívoca la vencida identificación-madre. Lo mismo acontece en el varón, y aun el gran Goethe, que en la época de despliegue de su genio sin duda menospreció a su padre rígido y pedante, de anciano desarrolló unos rasgos que pertenecían al cuadro de carácter de aquel. El resultado puede ser todavía más llamativo cuando es más aguda la oposición entre las dos personas. Un joven a quien el destino le deparó criarse junto a un padre indigno, se desarrolló primero, en desafío a él, como un hombre virtuoso, confiable y honorable. En el apogeo de su vida su carácter sufrió un vuelco, y desde entonces se comportó como si hubiera tomado como modelo a ese mismo padre. Para no perder el nexo con nuestro tema, es preciso tener presente que en el comienzo de un decurso así se sitúa siempre una identificación con el padre en la temprana infancia. Expulsada luego, y aun sobrecompensada, al final vuelve a abrirse paso" (Freud, 1940 [1938], pags. 120-21).

23.5.2. "Con la fase fálica, y en el trascurso de ella, la sexualidad de la primera infancia alcanza su apogeo y se aproxima al sepultamiento. Desde entonces, varoncito y **niña** tendrán destinos separados. Ambos empezaron por poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual, y ambos parten de la premisa de la presencia universal del pene. Pero ahora los caminos de los sexos se divorcian. El varoncito entra en la fase edípica, inicia el quehacer manual con el pene, junto a unas fantasías simultáneas sobre algún quehacer sexual de este pene en relación con la madre, hasta que el efecto conjugado de una amenaza de castración y la visión de la falta de pene en la mujer le hacen experimentar el máximo trauma de su vida, iniciador del período de latencia con todas sus consecuencias. La **niña**, tras el infructuoso intento de emparejarse al varón, vivencia el discernimiento de su falta de pene o, mejor, de su inferioridad clitorídea, con duraderas consecuencias para el desarrollo del carácter; y a menudo, a raíz de este primer desengaño en la rivalidad, reacciona lisa y llanamente con un primer extrañamiento de la vida sexual" (Freud, 1939 [1934-38], pags. 152-53).

23.5.3. "Aquí tenemos que describir por separado el desarrollo de varoncito y **niña** -—hombre y mujer—, pues ahora la diferencia entre los sexos alcanza su primera expresión psicológica. El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema, que, manifiestamente, pertenece por entero a la biología. En la vida anímica sólo hallamos reflejos de aquella gran oposición, interpretar la cual se vuelve difícil por el hecho,

vislumbrado de antiguo, de que ningún individuo se limita a los modos de reacción de un solo sexo, sino que de continuo deja cierto sitio a los del contrapuesto, tal como su cuerpo conlleva, junto a los órganos desarrollados de uno de los sexos, también los mutilados rudimentos del otro, a menudo devenidos inútiles. Para distinguir lo masculino de lo femenino en la vida anímica nos sirve una ecuación convencional y empírica, a todas luces insuficiente. Llamamos «masculino» a todo cuanto es fuerte y activo, y «femenino» a lo débil y pasivo. Este hecho de la bisexualidad, también psicológica, entorpece todas nuestras averiguaciones y dificulta su descripción" (Freud, 1940 [1938], pags. 187-88).

23.5.4. "Los efectos del complejo de castración son más uniformes en la **niña** pequeña, y no menos profundos. Desde luego, ella no tiene que temer la pérdida del pene, pero no puede menos que reaccionar por no haberlo recibido. Desde el comienzo envidia al varoncito por su posesión; se puede decir que todo su desarrollo se consuma bajo el signo de la envidia del pene. Al principio emprende vanas tentativas por equipararse al muchacho y, más tarde, con mejor éxito, unos empeños por resarcirse de su defecto, empeños que, en definitiva, pueden conducir a la actitud femenina normal. Si en la fase fálica intenta conseguir placer como el muchacho, por estimulación manual de los genitales, suele no conseguir una satisfacción suficiente y extiende el juicio de la inferioridad de su mutilado pene a su persona total. Por regla general, abandona pronto la masturbación, porque no quiere acordarse de la superioridad de su hermano varón o su compañerito de juegos, y se extraña por completo de la sexualidad.

Si la **niña** pequeña persevera en su primer deseo de convertirse en un «varón», en el caso extremo terminará como una homosexual manifiesta; de lo contrario, expresará en su posterior conducta de vida unos acusados rasgos masculinos, escogerá una profesión masculina, etc. El otro camino pasa por el desasimiento de la madre amada, a quien la hija, bajo el influjo de la envidia del pene, no puede perdonar que la haya echado al mundo tan defectuosamente dotada. En la inquina por ello, resigna a la madre y la sustituye por otra persona como objeto de amor: el padre. Cuando uno ha perdido un objeto de amor, la reacción inmediata es identificarse con él, sustituirlo mediante una identificación desde adentro, por así decir. Este mecanismo acude aquí en socorro de la **niña** pequeña. La identificación-madre puede relevar ahora a la ligazón-madre. La hijita se pone en el lugar de la madre, tal como siempre lo ha hecho en sus juegos; quiere sustituirla al lado del padre, y ahora odia a la madre antes amada, con una motivación doble: por celos y por mortificación a causa del pene denegado. Su nueva relación con el padre puede tener al principio por contenido el deseo de disponer de su pene, pero culmina en otro deseo: recibir

el regalo de un hijo de él. Así, el deseo del hijo ha remplazado al deseo del pene o, al menos, se ha escindido de este" (Freud, 1940 [1938], pags. 192-93).

23.5.5. "No puede redundar sino en ventaja que yo introduzca en esta exposición esquemática los datos de un historial clínico particular. Un varoncito entre los tres y los cuatro años tuvo conocimiento de los genitales femeninos por seducción de una **niña** mayor que él. Rotas esas relaciones, prolongó la incitación sexual así recibida en un ferviente onanismo manual, pero fue sorprendido pronto por la enérgica niñera y amenazado con la castración, cuyo cumplimiento, como es usual, se atribuyó al padre. En este caso están dadas las condiciones para un efecto de terror enorme. No es forzoso que la amenaza de castración por sí sola cause mucha impresión; el niño le rehúsa creencia, no le es fácil representarse como posible una separación de esa parte del cuerpo tan apreciada por él. Si ha visto [antes] los genitales femeninos, el niño pudo convencerse de semejante posibilidad, pero en aquel tiempo no extrajo esa conclusión porque la repugnancia a ello era demasiado grande y no existía ningún motivo que se la impusiera. Al contrario, lo que pudo moverlo a desasosiego fue apaciguado con el subterfugio: lo que ahí falta ha de venir luego, eso —el miembro— ya le crecerá más tarde. Quien haya observado suficientes varoncitos puede recordar una exteriorización de esa índole a la vista de los genitales de su hermanita. Pero diversamente ocurre si ambos factores se conjugan. Entonces la amenaza despierta el recuerdo de la percepción que se tuvo por inofensiva y encuentra en ella la temida corroboración. El niño cree comprender ahora por qué los genitales de la **niñita** no mostraban pene alguno, y ya no se atreve a poner en duda que su propio genital pueda correr la misma suerte. En lo sucesivo no puede menos que creer en la realidad objetiva del peligro de castración" (Freud, 1940 [1938], p. 276).